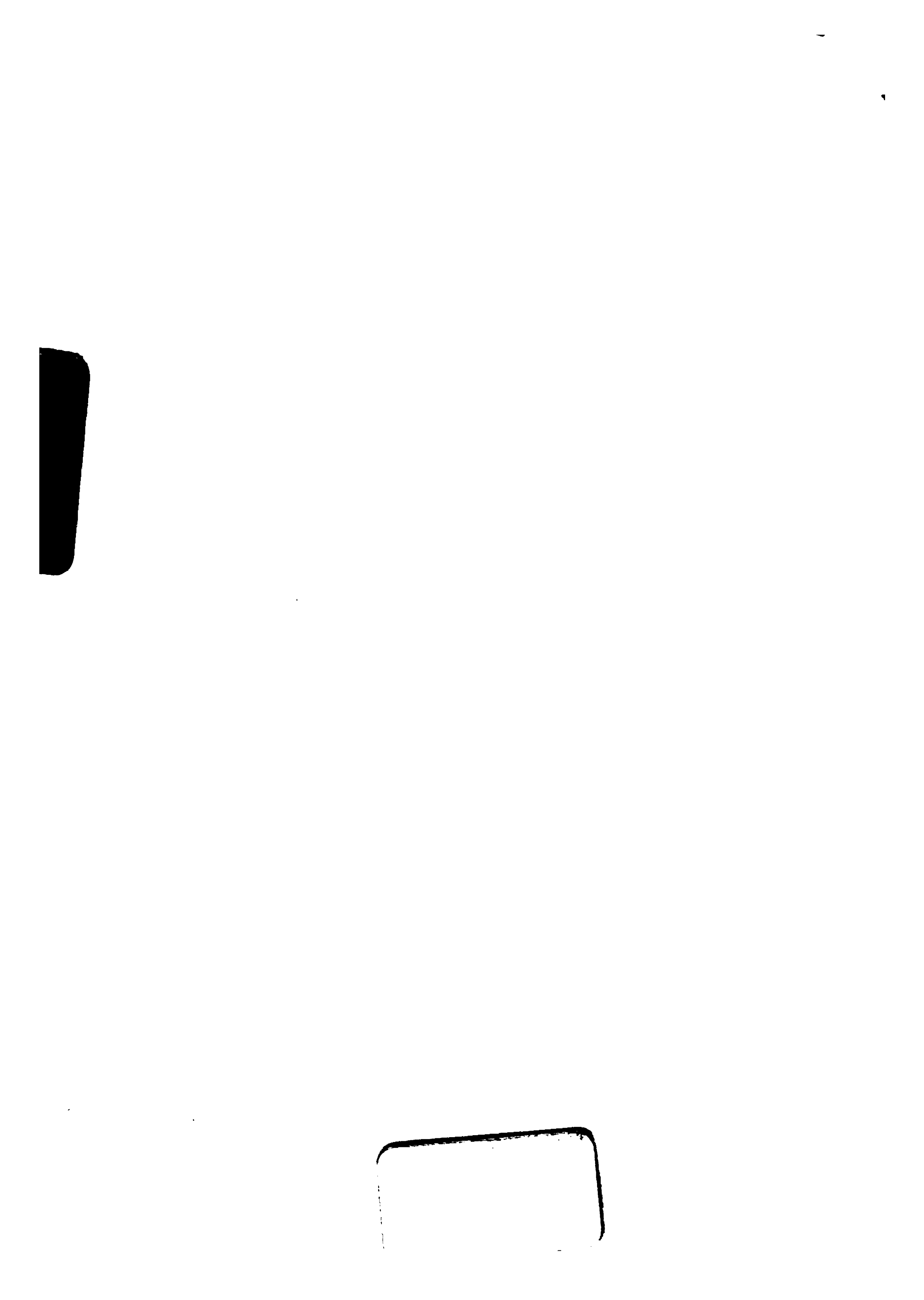


EL INGENIOSO HIDALGO DON QVIXOTE DE LA MANCHA.

Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.

DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burgillos.

Año 

1608.

Con priuilegio de Castilla, Aragon, y Portugal.

EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

TASSA.

YO Iuan Gallo de Andrada, escriuano de Camara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, certifico, y doy fê, que auiendo visto por los señores del vn libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra: tassarõ cada pliego del dicho libro a tres marauedis y medio: el qual tiene setenta y tres pliegos, que al dicho precio mõta el dicho libro, dozientos y cincuenta y cinco marauedis y medio, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que a este precio se pueda vender. Y mãdaron que esta tassa se ponga al principio del libro, y no se pueda vender sin ella. Y para que dello conste di la presente en Valladolid, a veynte dias del mes de Diziẽbre, de mil y seyscientos y quatro años.

Iuan Gallo de Andrada.

Vi este libro, intitulado don Quixote de la Mãcha, y en el no ay cosa digna de notar que no corresponda a su original. Dada en Madrid en veynte y cinco de Iunio de.1608.años.

El Licenciado Francisco Murcia de la Llana.

¶ 2 YO

EL REY.

POr quanto por parte de vos Miguel de Ceruantes, nos fue fecha relacion, q̃ auiades compueſto vn libro, intitulado, *El ingenioſo Hidalgo de la Mãcha*, el qual os auia coſtado mucho trabajo, y era muy vtil y prouechoſo, nos pediſtes, y ſuplicaſtes, os mandaſſemos dar licẽcia y facultad, para le poder imprimir: y priuilegio por el tiempo q̃ fueſſemos ſeruidos, o como la nueſtra merced fueſſe. Lo qual viſto por los del nueſtro Cõſejo, por quãto en el dicho libro ſe hizieron las diligencias que la prematica vltimamente por nos fecha, ſobre la impreſsion de los libros diſpone, fue acordado, que deuiamos mandar dar eſta nueſtra cedula para vos en la dicha razon, y nos tuuimoslo por bien. Por la qual, por os hazer bien y merced, os damos licencia y facultad, para q̃ vos, ò la perſona que vueſtro poder huuiere, y no otra alguna, podays imprimir el dicho libro, intitulado, *El ingenioſo Hidalgo de la Mancha*, q̃ de ſuſo ſe haze mẽció, en todos eſtos nueſtros Reynos de Caſtilla, por tiempo y eſpacio de diez años, que corran, y ſe cuentẽ, deſde el dicho dia dela data deſta nueſtra cedula. So pena, que la perſona, o perſonas, que ſin tener vueſtro poder lo imprimiere, o vendiere, o hiziere imprimir, o vender, por el meſmo caſo pierda la impreſſion que hiziere, con los mo des, y aparejos della: y mas incurra en pena de cincuenta mil marauedis, cada vez q̃ lo cõtrario hiziere. La qual dicha pena, ſea la tercia parte para la perſona que lo acuſare: y la otra tercia parte, para nueſtra camara: y la otra tercia parte, para el juez que lo ſentenciare. Con tanto, que todas las vezes que huuieredes de hazer imprimir el dicho libro, durante el tiempo de los dichos diez años, le traygays al nueſtro Conſejo, juntamente con el original que en el fue viſto,

que

que va rubricado cada plana, y firmado al fin del, de Iuã Gallo de Andrada, nuestro escriuano de camara, de los que en el residen, para saber si la dicha impression està conforme el original: o trayays fê en publica forma, de como por Corretor nombrado por nuestro mandado, se vio, y corrigio la dicha impression por el original, y se imprio conforme a el, y quedan impressas las erratas por el apuntadas, para cada vn libro de los que assi fueren impressos, para que se tasse el precio que por cada volumen huuieredes de auer. Y mandamos al Impressor que assi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio, ni el primer pliego del, ni entregue mas de vn solo libro, con el original al Autor, o persona a cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno, para efeto de la dicha correcion, y tassa, hasta q̃ antes, y primero el dicho libro estê corregido, y tassado por los del nuestro Consejo: y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio, y primer pliego: y sucessiuamente ponga esta nuestra cedula, y la aprouació, tassa, y erratas, so pena de caer, ê incurrir en las penas contenidas en las leyes, y prematicas destos nuestros Reynos. Y mandamos a los del nuestro Consejo, y a otras qualesquier justicias dellos, guarden, y cumplan esta nuestra cedula, y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid, a veynte y seys dias del mes de Setiembre, de mil y seyscientos y quatro años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro señor.

Iuan de Amezqueta.

EV EL Rey, Fazo saber a os que este aluara vieren, que eu hei por ben de fazer merced a Miguel de Ceruantes de Saauedra, de le dar licença para que possa imprimir nos meus Reynos de Portugal, ò liuro intitulado, *Ingenioso Hidalgo don Quixote de la Mancha*. E isto por tẽpo de dez anos, que començaraon da feytura deste em diante. Dentro do qual tempo hei por ben, è mando, que nehũ Impressor, nem liureiro, nem otra alguã pesoa de qualquier calidad, ê condiçaó que seia non possaó imprimir nem vender o dito liuro, nos ditos meus Reynos, é senhorios, nem traçellos de fora delles, saluo aquellos libreiros, ou pessoas q̃ para isso tiurem poder, ê licẽça do dito Miguel de Ceruantes. E qualquier outra pesoa que sin sua licença imprimir, vender, ou traxer de fora o dito liuro, durante os ditos dez anos, perdera pera elle todos os bolumes q̃ lle foren achados: e alé disso encorrera en pena de cinquenta cruzados: â metade para minha Camara, ê otra metade pera quen o acusar. E mando a todas minhas justiças, oficiaes, ê pesoas dos destos meus Reynos, ê senhorios a q̃ este aluara for mostrado, eo conheceimento delle pertenecer, que o cumpraó, e guarden, e façaó inteiramẽte cumprir e guardar, como nelle se cõthem. O qual quero que vala, tenha força, e vigor, como sé fosse carta per mi asinada, e passada pe la Cancelleria, sen embargo da ordenaçaom do segundo liuro, titul. 40. que diz, que as cosas cuyo effeito ouer de durar maes dè hũ anno, passe per cartas: e passando por aluaras naon vaKaó: e vallera outrosi, posto que naó seia passado pi lla Chanzilleria, sin embargo da ordenazaon en contrario. Antonio Campello o fez, en Valladolid, noue de Febreyro, de mil seyscientos e sinco anos.

REY.

AL

AL DVQVE DE BEIAR, MARQVES DE Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.



NFE Del buen acogimiento, y honra, que haze vuestra Excelencia a toda suerte de libros, como Principe tã inclinado a fauorecer las buenas artes, mayormẽte, las q̃ por su nobleza no se abate al seruicio y grangerias del vulgo, he determinado de sacar a luz, al ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha, al abrigo del clarissimo nõbre de vuestra Excelencia, a quien, con el acatamiento que deuo a tanta grãdeza, suplico, le reciba agradablemente en su proteccion, para que a su sombra,

aunque

aunque desnudo de aquel precioso ornamēto de elegancia, y erudicion, de que suelen andar vestidas las obras que se componē enlas casas de los hombres que saben, osè parecer seguramēte en el juyzio de algunos, que no conteniē dose en los limites de su ignorancia, suelē condenar con mas rigor, y menos justicia los trabajos agenos, que poniendo los ojos la prudēcia de vuestra Excelencia en mi buen desseo, fio, que no desdeñarà la cortedad de tan humilde seruicio.

Miguel de Ceruantes
Saauedra.

DESOCV-

Prologo.



ESOCVPADO Lector, ſin juramento me podras creer, que quiſiera que eſte libro como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoſo, el mas gallardo, y mas diſcreto que pudiera imaginarſe. Pero no he podido yo contrauenir la orden de naturaleza, que en ella cada coſa engendra ſu ſemejante. Y aſsi, que podia engendrar el eſteril, y mal cultiuado ingenio mio, ſino la hiſtoria de vn hijo ſeco, auellanado, antojadizo, y lleno de penſamientos varios, y nunca imaginados de otro alguno: bien como quien ſe engendrò en vna carcel, donde toda incomodidad tiene ſu aſsiento, y dóde todo triſte ruydo haze ſu habitacion? El ſoſsiego, el lugar apazible, la amenidad de los campos, la ſerenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del eſpiritu, ſon grande parte para q̃ las muſas mas eſteriles, ſe mueſtren fecundas, y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de marauilla, y de contento. Acontece tener vn padre vn hijo feo, y ſin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone vna venda en los ojos, para que no vea ſus faltas: antes las juzga por diſcreciones, y lindezas, y las cuẽta à ſus amigos por agudezas y donayres. Pero yo, que aunque parezco padre, ſoy padraſtro de don Quixote, no quiero yrme con la corriente del vſo, ni ſuplicarte, caſi con las lagrimas en los ojos, como otros hazen, Lector cariſsimo, que perdones, o diſsimules las faltas q̃ en eſte mi hijo vieres: y pues ni eres ſu pariente, ni ſu amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre aluedrio como el mas pintado, y eſtas en tu caſa, donde eres ſeñor de la, como el Rey de ſus alcaualas, y ſabes lo que comunmente ſe dize, que debaxo de mi manto, al Rey ma-

to. Todo lo qual te essenta, y haze libre de todo respeto, y obligacion: assi puedes dezir de la historia, todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunie por el mal, ni te premien por el bien que dixeres della.

Solo quisiera dartela monda, y desnuda, sin el ornato de Prologo, ni de la inumerabilidad, y catalogo delos acostumbrados Sonetos, Epigramas, y elogios q̃ al principio de los libros suelen ponerse. Porque te se dezir, q̃ aunque me costô algun trabajo componerla, ninguno tuue por mayor, que hazer esta prefacion que vas leyendo. Muchas vezes tomê la pluma para escriuilla, y muchas la dexê, por no saber lo que escriuiria: y estando vna suspenso con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mexilla, pensando lo que diria, entrò à deshora vn amigo mio, gracioso, y bien entendido. El qual viendome tan imaginatiuo, me preguntô la causa: y no encubriendosela yo, le dixe, que pensaua en el Prologo que auia de hazer à la historia de don Quixote, y que me tenia de suerte, que ni queria hazerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble cauallero. Porque como quereys vos que no me tenga confuso, el que dirâ el antiguo legislador, que llaman vulgo, quando vea que al cabo de tantos años como ha q̃ duermo, en el silencio del oluido, salgo aora con todos mis años acuestas, con vna leyenda seca como vn esparto, agena de inuencion, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion, y dotrina: sin acotaciones en las margenes, y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que estan otros libros, aunque sean fabulosos, y profanos, tan llenos de sentencias de Aristoteles, de Platon, y de toda la caterua de Filosofos, que admiran à los leyentes, y tienen à sus autores por hombres leydos, eruditos, y eloquentes? Pues que quando citan la diuina Escritura, no diran sino que son vnos santos Tomases, y

otros

otros Doctores de la Iglesia, guardando en esto vn decoro tan ingenioso, que en vn renglon han pintado vn enamorado distraydo, y en otro hazen vn sermoncico Christiano, que es vn contento, y vn regalo, oyrle, o leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tẽgo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos se que autores sigo en el, para ponerlos al principio, como hazen todos, por las letras del A. B. C. Començando en Aristoteles, y acabando en Xenofonte, y en Zoylo, o Zeuxis, aunque fue maldiciente el vno, y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de Sonetos al principio, alomenos de Sonetos, cuyos autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, Damas, o Poetas celeberrimos. Aunque si yo los pidiesse à dos, o tres oficiales amigos, yo se que me los darian, y tales, que no les ygualassen los de aquellos que tienẽ mas nombre en nuestra España.

En fin señor, y amigo mio (prosegui) yo determino, que el señor don Quixote se quede sepultado en sus archiuos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia, y pocas letras: y porque naturalmente soy poltron, y perezoso, de andarme buscando autores, que digan lo que yo me se dezir sin ellos. De aqui nace la suspension, y eleuamiẽto en que me hallastes, bastante causa para ponerme en ella, la que de mi aueys oydo. Oyendo lo qual mi amigo, dandose vna palmada en la frente, y disparando en vna larga risa, me dixo: Por Dios hermano, que aora me acabo de desengañar, de vn engaño en que he estado, todo el mucho tiẽpo que ha que os conozco, en el qual siempre os he tenido por discreto, y prudente, en todas vuestras acciones. Pero aora veo, que estays tan lejos de serlo, como lo està el cielo de la tierra.

PROLOGO.

Como,que es posſible,que coſas de tan poco momento, y tan faciles de remediar, puedan tener fuerças de ſuſpender, y abſortar vn ingenio tan maduro como el vueſtro, y tan hecho à romper,y atropellar por otras dificultades mayores? Alafe, eſto no nace de falta de abilidad, ſino de ſobra de pereza, y penuria de diſcurſo. Quereys ver ſi es verdad lo que digo? Pues eſtadme atẽto, y vereys como en vn abrir, y cerrar de ojos, confundo todas vueſtra dificultades, y remedio todas las faltas que dezis que os ſuſpenden, y acobardan, para dexar de ſacar à la luz del mundo, la hiſtoria de vueſtro famoſo dõ Quixote, luz, y eſpejo de toda la caualleria andante. Dezid, le repliquê yo, oyendo lo que me dezia: De que modo penſays llenar el vazio de mi temor, y reduzir â claridad, el caos de mi confuſsion? A lo qual el dixo: Lo primero en que reparays de los Sonetos, Epigramas, o Elogios, que os faltan para el principio, y que ſean de perſonages graues, y de titulo, ſe puede remediar, en que vos miſmo tomeys algun trabajo en hazerlos, y deſpues los podeys bautizar, y poner el nombre que quiſieredes, ahijandolos al Preſte Iuan de las Indias, o al Emperador de Trapiſonda: de quien yo ſe que ay noticia, que fuerõ famoſos Poetas: y quando no lo ayan ſido, y huuiere algunos pedantes, y bachilleres, que por detras os muerdan, y murmuren deſta verdad, no ſe os de dos marauedis, porque ya que os aueriguen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo eſcriuiſtes.

En lo de citar en las margenes los libros, y autores de donde ſacaredes las ſentencias, y dichos que puſieredes en vueſtra hiſtoria, no ay mas, ſino hazer de manera que vengã a pelo algunas ſentencias, o latines, que vos ſepays de memoria: o alomenos q̃ os cueſten poco trabajo el buſcallo. Como ſerà poner, tratando de libertad, y cautiuerio. N*on bene pro toto libertas venditur auro.*

Y lue-

Y luego en el margẽ citar à Horacio, o a quien lo dixo. Si trataredes del poder de la muerte, acudir luego con, *Pallida mors æquo pulſat pede pauperum tabernas, Regũque turres*. Si de la amiſtad, y amor que Dios manda que ſe tenga à el enemigo, entraros luego al punto por le Eſcritura diuina, que lo podeys hazer con tantico de curioſidad, y dezir las palabras por lo menos, del miſmo Dios. *Ego autem dico vobis, diligite inimicos veſtros*. Si trataredes de malos penſamientos, acudid con el Euangelio. *De corde exeunt cogitationes malæ*. Si de la inſtabilidad de los amigos, aì eſtà Caton que os darà ſu diſtico. *Donec eris felix, multas numerabis amicos, tempora ſi fuerint nubila ſolus eris*. Y con eſtos latinicos, y otros tales os tendran ſiquiera por Gramatico, que el ſerlo no es de poca honra, y prouecho el dia de oy. En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, ſeguramente lo podeys hazer deſta manera. Si nombrays algun Gigante en vueſtro libro, hazelde que ſea el Gigante Golias, y con ſolo eſto (que os coſtarâ caſi nada) teneys vna grande anotaciõ, pues podeys poner: El Gigante Golias, o Goliat, fue vn Filiſteo, a quien el paſtor Dauid matò vna gran pedrada, en el valle de Terebinto, ſegun ſe cuenta en el libro de los Reyes, en el capitulo que vos hallaredes que ſe eſcriue.

Tras eſto, para moſtraros hombre erudito en letras humanas, y Coſmografo, hazed de modo como en vueſtra hiſtoria ſe nombre el rio Tajo, y vereys os luego con otra famoſa anotacion, poniendo: El rio Tajo, fue aſsi dicho por vn Rey de las Eſpañas: tiene ſu nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Oceano, beſando los muros de la famoſa Ciudad de Lisboa: y es opinion que tiene las arenas de oro, &c. Si trataredes de ladrones, yo os dare la hiſtoria de Caco, que la ſe de coro. Si de mugeres rameras, aì eſtâ el Obiſpo de Mondoñedo, q̃ os preſ-

tarà a Lamia, Layda, y Flora, cuya anotacion os darà grã credito. Si de crueles, Ouidio os entregará a Medea. Si de encantadores, y hechizeras, Homero tiene a Calipso, y Virgilio a Circe. Si de Capitanes valerosos, el mismo Iulio Cessar os prestara â si mismo en sus Comentarios, y Plutarco os darà mil Alexandros. Si tratáredes de amores, con dos onças que sepays de la lengua Toscana, topareys con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y sino quereys andaros por tierras estrañas, en vuestra casa teneys à Fonseca del amor de Dios, donde se cifra todo lo que vos, y el mas ingenioso acertare à dessear en tal materia. En resolucion, no ay mas, sino que vos procureys nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dexadme â mi el cargo de poner las anotaciones, y acotaciones, que yo os voto â tal de llenaros los margenes, y de gastar quatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos aora â la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy facil, porque no aueys de hazer otra cosa, que buscar vn libro que los acote todos, desde la A. hasta la Z. como vos dezis. Pues esse mismo abecedario pondreys vos en vuestro libro. Que puesto que â la clara se vea la mentira, por la poca necessidad que vos teniades de aprouecharos dellos, no importa nada: y quiça alguno aurà tan simple, que crea que de todos os aueys aprouechado, en la simple, y sencilla historia vuestra. Y quando no sirua de otra cosa, por lo menos seruirà aquel largo Catalogo de autores à dar de improuiso autoridad al libro. Y mas, que no aurá quien se ponga à aueriguar, si los seguistes, o no los seguistes, no yendole nada en ello. Quanto mas, que si bien caygo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necessidad de ninguna cosa de aquellas que vos dezis que

le

le falta, porque todo el es vna inuectiua contra los libros de cauallerias, de quien nunca se acordò Aristoteles, ni dixo nada san Basilio, ni alcançô Ciceron. Ni caen debaxo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las obseruaciones de la Astrologia: ni le son de importancia las medidas Geometricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirue la Retorica: ni tiene para que predicar â ninguno, mezclando lo humano con lo diuino, que es vn genero de mezcla, de quien no se ha de vestir ningun Christiano entendimiento. Solo tiene q̃ aprouecharse de la imitacion, en lo que fuere escriuiendo, que quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor serà lo que se escriuiere. Y pues esta vuestra escritura no mira â mas, q̃ â deshazer la autoridad, y cabida, que en el mundo, y en el vulgo tienen los libros de cauallerias, no ay para que andeys mendigando sentencias de filosofos, consejos de la diuina Escritura, fabulas de Poetas, oraciones de Retóricos, milagros de santos: sino procurar que à la llana, con palabras significantes, honestas, y bien colocadas salga vuestra oracion, y periodo, sonoro, y festiuo. Pintando en todo lo que alcançaredes, y fuere possible vuestra intencion, dando â entender vuestros conceptos, sin intricarlos, y escurecerlos. Procurad tambien, que leyendo vuestra historia, el malencolico se mueua â risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la inuencion, el graue no la desprecie, ni el prudente dexe de alabarla. En efecto, lleuad la mira puesta à derribar la maquina mal fundada destos cauallerescos libros, aborrecidos de tãtos, y alabados d̃ muchos mas: q̃ si esto alcançassedes, no auriades alcançado poco. Cõ silẽcio grãde estuue escuchando, lo q̃ mi amigo me dezia, y de tal manera se imprimietõ en mi sus razones, que sin disputa, las aprouê por buenas, y de

¶¶ 4 ellas

ellas mismas quise hazer este Prologo. En el qual veras, Lector suaue, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia, en hallar en tiempo tan necessitado tal cõsegero, y el aliuio tuyo, en hallar tan sincera, y tan sin rebueltas, la historia del famoso don Quixote de la Mancha: de quien ay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el mas casto enamorado, y el mas valiente cauallero, q̃ de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el seruicio que te hago, en darte a conocer tan notable, y tan honrado cauallero: pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendras, del famoso Sancho Pança su escudero, en quien a mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la caterua de los libros vanos de cauallerias, estan esparzidas. Y con esto, Dios te dè salud, y à mi no oluide.

(?)

VALE.

AL LIBRO DE DON QVIxote de la Mancha, Vrganda la desconocida.

Si de llegarte a los bue
Libro fueres con letu
No te dirà el boquirru
Que no pones bien los de.
Mas si el pan no se te cue
Por yr a manos de idiò
Veràs de manos a bo
Aun no dar vna en el cla
Si bien se comen las ma
Por mostrar que son curio
Y pues la expiriencia ense
Que el que a buen arbol se arri
Buena sombra le cobi
En Bexar tu buena estre.
Vn arbol real te ofre
Que dà Principes por fru
En el qual florece vn Du
Que es nueuo Alexandro Ma
Llega a su sombra que a osa
Fauorece la fortu
De vn noble hidalgo Manche
Contaràs las auentu
A quien ociosa letu
Trastornaron la cabe.
Damas, armas, caualle
Le prouocaron de mo
Que qual Orlando furio
Templado a lo enamore

¶¶ 5 Alcançò

Alcançò a fuerça de bra
A Dulcinea del Tobo.
No indiſcretos hierogli
Eſtampes en el eſcu
Que quando es todo ſigu
Con ruynes puntos ſe embi.
Si en la direccion te humi
No dirà mofante algu
que don Aluaro de Lu
Qe Anibal el de Carta
Que Rey Franciſco en Eſpa
Se quexa de la fortu
Pues al cielo no le plu
Que ſalieſſes tan ladi
Como el negro Iuan Lati
Hablar latines rehu.
No me deſpuntes de agu
Ni me alegues con filo
Porque torziendo la bo
Dirà el que entiende la le
No vn palmo de la ore
Para que comigo flo?
No te metas en dibu
Ni en ſaber vidas age
Que en lo que no và ni vie
Paſſar de largo es cordu.
Que ſuelen en caperu
Darles a los que grace
Mas tu quemate las ce
Solo en cobrar buena fa
Que el que imprime neceda
Dalas à cenſo perpe
Aduierte que es deſati
Siendo de vidrio el teja

Tomar

Tomar piedra en la ma
Para tirar al vezi.
Dexa que el hombre de juy
En las obras que compo
Se vaya con pies de plo
Que el que saca a luz pape
Para entretener donze
Escriue à tontas, y alo.

AMADIS DE GAVLA, A DON QVIxote de la Mancha.

SONETO.

TV que imitaste la llorosa vida,
Que tuue ausente, y desdeñado, sobre
El gran ribaço de la peña pobre,
De alegre â penitencia reduzida.
Tu, a quien los ojos dieron la beuida,
De abundante licor, aunque salobre,
Y alçandote la plata, estaño, y cobre,
Te dio la tierra, en tierra la comida.
Viue seguro, de que eternamente,
En tanto almenos que en la quarta esfera,
Sus cauallos aguije el rubio Apolo.
Tendras claro renombre de valiente,
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo vnico, y solo.

DON

DON BELIANIS DE GRECIA A DON Quixote de la Mancha.

SONETO.

Rompì, cortè, abollè, y dixe, y hize,
Mas que en el orbe cauallero andante,
Fuy diestro, fuy valiente, y fuy arrogante,
Mil agrauios venguè, cien mil deshize.
Hazañas di à la fama que eternize,
Fuy comedido, y regalado amante,
Fue enano para mi todo gigante,
Y al duelo en qualquier punto satisfize.
Tuue a mis pies postrada la fortuna,
Y traxo del copete mi cordura,
A la calua ocasion al estricote.
Mas aunque sobre el cuerno de la luna,
Siempre se vio encumbrada mi ventura,
Tus proezas embidio, ò gran Quixote.

LA SEÑORA ORIANA, A DVLCINEA del Toboso.

SONETO.

O Quien tuuiera hermosa Dulcinea,
Por mas comodidad, y mas reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara sus Londres con tu Aldea,
O quien de tus desseos, y librea,
Alma, y cuerpo adornara, y del famoso
Cauallero, que heziste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea,
O quien tan castamente se escapara,
Del señor Amadis, como tu heziste,
Del comedido hidalgo don Quixote.

Que

Que aſsi embidiada fuera, y no embidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fue triſte,
Y gozara los guſtos ſin eſcote.

GANDALIN ESCVDERO DE AMADIS. de Gaula, â Sancho Pança, eſcudero de Don Quixote.

SONETO.

Salue, varon famoſo, a quien fortuna,
Quando en el trato eſcuderil te puſo
Tan blanda, y cuerdamente lo diſpuſo,
Que lo paſſaſte ſin deſgracia alguna.
Ya la açada, o la hoz poco repugna
Al andante exercicio, ya eſtà en vſo
La llaneza eſcudera, con que acuſo
Al ſoberuio que intenta hollar la Luna.
Embidio a tu jumento, y a tu nombre,
Y a tus alforjas ygualmente embidio,
Que moſtraron tu cuerda prouidencia.
Salue otra vez, o Sancho, tan buen hombre,
Que a ſolo tu nueſtro Eſpañol Ouidio
Con buz corona te haze reuerencia.

DEL DONOSO POETA ENTREVERADO, A Sancho Pança, y Rozinante.

Soy Sancho Pança eſcude
Del Manchego don Quixo
Puſe pies en poluoro
Por viuir â lo diſcre.

Que

Que el tacito Villadie
Toda su razon de esta
Cifrò en vna retira
Segun siente Celesti
Libro en mi opinion diui
Si encubriera mas lo huma.

A ROZINANTE.

Soy Rozinante el famo
Bisnieto del gran Babie
Por pecados de flaque
Fuy à poder de vn don Quixo.
Parejas corri á lo flo
Mas por vña de caua
No se me escapò ceua
Que esto saquê a Lazari
Quando para hurtar el vi
Al ciego le di la pa.

ORLANDO FVRIOSO, A DON Quixote de la Mancha.

SONETO.

Si no eres Par, tampoco le has tenido,
Que par pudieras ser entre mil pares,
Ni puede auerle donde tu te hallares,
Inuicto vencedor, jamas vencido.
Orlando soy Quixote, que perdido
Por Angelica vi remotos mares,
Ofreciendo à la fama en sus altares,
Aquel valor, que respetò el oluido.

No

No puedo ser tu ygual; que este decoro
Se deue à tus proezas, y à tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al soberuio Moro,
Y Cita fiero domas, que oy nos llama,
Yguales en amor con mal sucesso.

EL CAVALLERO DEL FEBO, A DON *Quixote de la Mancha.*

SONETO.

A Vuestra espada no ygualò la mia,
Febo Español, curioso cortesano,
Ni à la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fue do nace, y muere el dia.
Imperios despreciè, y la Monarquia
Que me ofrecio el Oriente (roxo) en vano,
Dexè por ver el rostro soberano
De Claridiana, Aurora hermosa mia.
Amela por milagro vnico, y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temio mi braço, que domò su rabia.
Mas vos Godo Quixote, ilustre, y claro,
Por Dulcinea soys al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta, y sabia.

DE SOLISDAN, A DON QVIXOTE de la Mancha.

SONETO.

MAguer señor Quixote, que sandezes
Vos tengan el cerbelo derrumbado,

Nue-

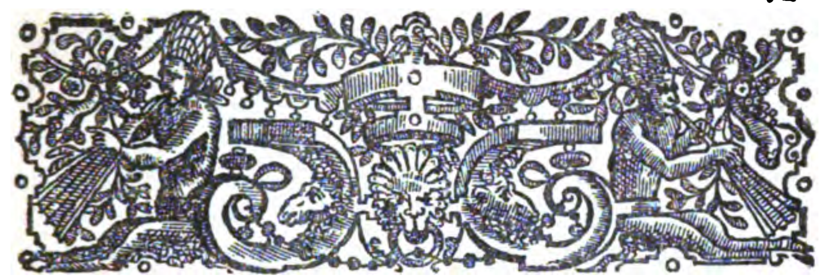
Nunca sereys de alguno reprochado,
Por hombre de obras viles, y soezes:
Seran vuessas fazañas los joezes,
Pues tuertos desfaziendo aueys andado,
Siendo vegadas mil apaleado,
Por follones cautiuos, y rahezes.
Y si la vuessa linda Dulcinea,
Desaguisado contra vos comete,
Ni à vuessas cuytas muestra buen talante.
En tal desman vuesso conorte sea,
Que Sancho Pança fue mal alcahuete
Necio el, dura ella, y vos no amante.

DIALOGO ENTRE BABIECA, *y Rozinante.*

SONETO.

B. Como estays Rozinante tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. Pues que es de la ceuada, y de la paja?
R. No me dexa mi amo, ni vn bocado.
B. Anda señor, que estays muy mal criado,
Pues vuestra lengua de asno al amo vltraja:
R. Asno se es de la cuna â la mortaja,
Quereyslo ver? miraldo enamorado.
B. Es necedad amar? R. No es gran prudencia.
B. Metafisico estays. R. Es que no como,
B. Quexaos del escudero. R. No es bastante.
Como me he de quexar en mi dolencia,
Si el amo, y escudero, o mayordomo,
Son tan Rozines como Rozinante,

P.RI.



PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO Hidalgo don Quixote de la Mancha.

Capitulo primero. Que trata de la condicion, y exercicio del famoso hidalgo don Quixote de la Mancha.



EN Vn lugar de la Mãcha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que viuia vn hidalgo de los de lança en astillero, adarga antigua, rozin flaco, y galgo corredor. Vna olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos, y quebrantos los Sabados, lantejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos, consumian las tres partes de su hazienda. El resto della concluîan, sayo de velarte, calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraua con su vellori de lo mas fino. Tenia en su casa

vna ama que passaua de los quarenta: y vna sobrina que no llegaua a los veynte, y vn moço de campo, y plaça, q̃ assi ensillaua el rozin, como tomaua la podadera. Frisaua la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexion rezia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador, y amigo de la caça, Quieren dezir, que tenia el sobre nombre de Quixada, ò Quesada (que en esto ay alguna diferencia en los autores que deste caso escriuen) aunque por conjeturas verisimiles se dexa entender, que se llamaua Quixana. Pero esto importa poco a nuestro cuento, basta que en la narracion del no se salga vn punto de la verdad. Es pues de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaua ocioso (que eran los mas del año) se daua à leer libros de cauallerias con tanta aficion, y gusto, que oluidò casi de todo punto el exercicio de la caça, y aun la administracion de su hazienda: y llegò a tanto su curiosidad, y desatino en esto, que vẽdio muchas hanegas de tierra de sembradura, para comprar libros de cauallerias que leer, y assi lleuò a su casa todos quantos pudo auer dellos: y de todos, ningunos le parecian tã bien, como los que compuso el famoso Feliciano de Silua, porque la claridad de su prosa, y aquellas entricadas razones suyas, le parecian de perlas: y mas quando llegaua à leer aquellos requiebros, y cartas de desafios, donde en muchas partes hallaua escrito. *La razon de la sin razon que a mi razõ se haze, de tal manera mi razon enflaqueze, que con razon me quexo de la vuestra fermosura.* Y tambien quando leia. *Los altos cielos que de vuestra diuinidad, diuinamente con las estrellas os fortifican, y os hazen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Con estas razones perdia el pobre cauallero el juyzio, y desuelauase por entẽderlas, y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristotels, si resucitara para solo ello. No estaua muy bien con las heridas que dõ Belianis daua, y recebia,

porque se imaginaua, que por grandes maestros que le huuiessen curado, no dexaria de tener el rostro, y todo el cuerpo lleno de cicatrices, y señales. Pero con todo alabaua en su autor, aquel acabar su libro con la promessa de aquella inacabable auentura, y muchas vezes le vino desseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra, como alli se promete: y sin duda alguna lo hiziera, y aun saliera con ello, si otros mayores, y continuos pensamientos no se lo estoruaran. Tuuo muchas vezes competencia cõ el Cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Ciguença) sobre qual auia sido mejor cauallero, Palmerin de Ingalaterra, ò Amadis de Gaula: mas Maese Nicolas, barbero del mismo pueblo dezia, que ninguno llegaua al Cauallero del Febo, y que si alguno se le podia cõparar, era don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo, que no era cauallero melindroso, ni tã lloron como su hermano, y que en lo de la valentia no le yua en çaga. En resoluciõ, el se enfrascò tanto en su letura, que se le passauan las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y assi del poco dormir, y del mucho leer, se le secò el celebro de manera, que vino a perder el juyzio. Llenos le la fantasia de todo aquello q̃ leia en los libros, assi de encantamentos, como de pedencias, batallas, desafios, heridas requiebros, amores, tormentas, y disparates impossibles. Y assentosele de tal modo en la imaginacion, que era verdad toda aquella maquina de aquellas soñadas inuenciones que leia, que para el no auia otra historia mas cierta en el mundo. Dezia el, q̃ el Cid Ruydiaz auia sido muy buen cauallero, pero q̃ no tenia q̃ ver con el cauallero de la Ardiẽte espada, q̃ de solo vn reues auia partido por medio dos fieros, y descomunales gigantes. Mejor estaua cõ Bernardo del Carpio, porq̃ en Rõçesualles auia muerto a Roldã el encãtado, valiẽdose de la industria de Hercules,

quando ahogó à Anteon el hijo de la tierra entre los braços. Dezia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generació gigantea, que todos son soberuios, y descomedidos, el solo era afable, y bien criado. Pero sobre todos estaua bien con Reynaldos de Montaluan, y mas quando le veîa salir de su castillo, y robar quãtos topaua: y quando en allende robò aquel idolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dize su historia. Diera el por dar vna mano de coces al traydor de Galalõ, al ama que tenia, y aun a su sobrina de añadidura. En efeto, rematado yà su juyzio, vino a dar en el mas estraño pensamiento que jamas dio loco en el mundo, y fue, que le parecio conuenible, y necessario, assi para el aumento de su honra, como para el seruicio de su republica, hazerse cauallero andante, y yrse por todo el mundo con sus armas, y cauallo, a buscar las auenturas, y a exercitarse en todo aquello que el auia leydo, que los caualleros andantes se exercitauan, deshaziendo todo genero de agrauio, y poniendose en ocasiones, y peligros, donde acabandolos, cobrasse eterno nõbre, y fama. Imaginauase el pobre, ya coronado por el valor de su braço, por lo menos del Imperio de Trapisonda: y assi con estos tan agradables pensamientos, lleuado del estraño gusto q̃ en ellos sentia, se dio priessa à poner en efeto lo que desseaua. Y lo primero que hizo, fue limpiar vnas armas que auian sido de sus visaguelos, que tomadas de orin, llenas de moho, luengos siglos auia que estauan puestas, y oluidadas en vn rincon. Limpiolas, y adereçolas lo mejor que pudo, pero vio que tenian vna gran falta, y era que no tenian zelada de encaxe, sino morrion simple: mas a esto suplio su industria, porque de cartones hizo vn modo de media zelada, que encaxada con el morrion, hazia vna apariencia de zelada entera. Es verdad que para prouar si era fuerte, y podia estar al riesgo de vna cuchillada, sacò su espada, y le

dio

dio dos golpes, y con el primero, y en vn punto deshizo lo que auia hecho en vna semana: y no dexó de parecerle mal la facilidad con que la auia hecho pedaços, y por assegurarse deste peligro, la tornò a hazer de nueuo, poniendole vnas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que el quedò satisfecho de su fortaleza, y sin querer hazer nueua experiencia della, la diputò, y tuuo por zelada finissima de encaxe. Fue luego a ver a su rozin, y aunque tenia mas quartos que vn real, y mas tachas que el cauallo de Gonela, que *tantum pellis, & ossa fuit*, le parecio q̃ ni el Buzefalo de Alexandro, ni Babieca el del Cid con el se ygualauan. Quatro dias se le passaron en imaginar que nombre le pondria, porque (segun se dezia el a si mismo) no era razon que cauallo de cauallero tan famoso, y tan bueno el por si, estuuiesse sin nombre conocido, y assi procuraua acomodarsele, de manera que declarasse quien auia sido, antes que fuesse de cauallero andante, y lo que era entonces: pues estaua muy puesto en razon, que mudando su señor estado, mudasse el tambien el nõbre, y le cobrasse famoso, y de estruẽdo, como conuenia à la nueua orden, y al nueuo exercicio que ya professaua: y assi despues de muchos nombres que formò, borró, y quitò, añadio, deshizo, y tornò à hazer en su memoria, è imaginacion: al fin le vino a llamar Rozinante, nombre a su parecer, alto, sonoro, y sinificatiuo de lo que auia sido, quando fue rozin antes de lo que aora era, que era antes, y primero de todos los rozines del mundo. Puesto nombre, y tan a su gusto a su cauallo, quiso ponersele a si mismo, y en este pensamiento durò otros ocho dias, y al cabo se vino a llamar dõ Quixote: de donde (como queda dicho) tomaron ocasiõ los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se deuia de llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisieron dezir: pero acordandose que el valeroso Amadis, no solo se auia contentado con llamarse

Amadis a secas, sino que añadio el nombre de su Reyno y patria, por hazerla famosa, y se llamò Amadis de Gaula: assi quiso como buen cauallero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse don Quixote de la Mancha, con que a su parecer declaraua muy al viuo su linage, y patria, y la honraua con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion zelada, puesto nombre a su rozin, y confirmandose a si mismo, se dio a entender, que no le faltaua otra cosa, sino buscar vna dama de quien enamorarse, porque el cauallero andante sin amores era arbol sin hojas, y sin fruto, y cuerpo sin alma. Deziase el: Si yo por malos de mis pecados, ò por mi buena suerte, me encuentro por ai con algun gigante (como de ordinario les acontece a los caualleros andantes, y le derribo de vn encuentro, ò le parto por mitad del cuerpo, ò finalmente le venço, y le rindo, no será bien tener a quien embiarle presentado; y que entre, y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde, y rendida: Yo soy el gigante Caraculiambro, señor de la insula Malindrania, a quien vencio en singular batalla, el jamas como se deue alabado cauallero don Quixote de la Mancha, el qual me mandô, que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mi a su talante. O como se holgô nuestro bué cauallero, quando huuo hecho este discurso, y mas quando hallò a quien dar nombre de su dama: y fue a lo que se cree, que en vn lugar cerca del suyo, auia vna moça labradora de muy buen parecer, de quien el vn tiempo anduuo enamorado, (aunque segun se entiende, ella jamas lo supo, ni se dio cata dello). Llamauase Aldonça Lorenço, y a esta le parecio ser bien darle titulo de señora de sus pensamientos: y buscandole nombre que no desdixesse mucho del suyo, y que tirasse, y se encaminasse al de Princesa, y gran señora, vino a llamarla. Dulcinea del Toboso

por-

porque era natural del Toboso: nombre a su parecer musico, y peregrino, y sinificatiuo, como todos los demas q̃ a el, y a sus cosas auia puesto.

Capit. II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote.

HEchas pues estas preuēciones, no quiso aguardar mas tiempo a poner en efeto su pensamiēto, apretandole a ello la falta que el pensaua q̃ hazia en el mundo su tardança, segun eran los agrauios que pensaua deshazer, tuertos que endereçar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfazer. Y assi sin dar parte a persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viesse, vna mañana antes del dia (q̃ era vno de los calurosos del mes de Iulio) se armô de todas sus armas, sobio sobre Rozinante, puesta su mal cōpuesta zelada, embraçò su adarga, tomô su lança, y por la puerta falsa de vn corral salio al cāpo con grandissimo cōtento, y alboroço, de ver cō quanta facilidad auia dado principio a su buen desseo: mas a penas se vio en el campo, quando le assaltò vn pēsamiento terrible, y tal que por poco le hiziera dexar la començada empresa, y fue, que le vino a la memoria, que no era armado cauallero, y que conforme a ley de caualleria, ni podia, ni deuia tomar armas con ningun cauallero: y puesto que lo fuera auia de lleuar armas blancas, como nouel cauallero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerço la ganasse. Estos pēsamientos le hizieron titubear en su proposito, mas pudiē do mas su locura que otra razō alguna, propuso de hazerse armar cauallero del primero que topasse, à imitacion de otros muchos que assi lo hizieron, segun el auia leydo en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaua limpiarlas de manera (en teniendo lugar)

que lo fuessen mas que vn armiño:y con esto se quietó, y prosiguio su camino,sin lleuar otro que aquel que su cauallo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerça de las auenturas. Yendo pues caminando nuestro flamãte auenturero,yua hablando cõsigo mismo,y diziendo: Quiẽ duda,sino que en los venideros tiempos, quando salga à luz la verdadera historia de mis famosos hechos,que el sabio que los escriuiere no ponga, quando llegue a contar esta mi primera salida tan demañana,desta manera? A penas auia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha, y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y a penas los pequeños, y pintados paxarillos con sus harpadas lenguas auian saludado con dulce,y meliflua armonia la venida de la rosada Aurora,que dexando la blanda cama del zeloso marido,por las puertas,y balcones del Manchego Orizonte, a los mortales se mostraua,quando el famoso cauallero don Quixote de la Mancha,dexando las ociosas plumas,subio sobre su famoso cauallo Rozinante, y començô a caminar por el antiguo,y conocido campo de Montiel(y era la verdad que por el caminaua)y añadio diziendo: Dichosa edad,y siglo dichoso aquel,adonde saldràn a luz las famosas hazañas mias,dignas de entallarse en bronzes, esculpirse en marmoles,y pintarse en tablas,para memoria en lo futuro. O tu sabio encantador,quien quiera q̃ seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia, ruegote,que no te oluides de mi buen Rozinante, compañero eterno mio en todos mis caminos,y carreras. Luego boluia diziẽdo)como si verdaderamente fuera enamorado). O Princesa Dulcinea,señora deste cautiuo coraçó,mucho agrauio me auedes fecho en despedirme, y reprocharme con el rigurosso afincamiento, de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura: Plegaos señora de membraros deste vuestro sujeto coraçon, que tantas cuytas por vuestro amor

amor padece. Con estos yua ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le auian enseñado, imitando en quanto podia su lenguaje: y con esto caminaua tan de espacio, y el sol entraua tan apriessa, y con tãto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos (si algunos tuuiera). Casi todo aquel dia caminô sin acontecerle cosa que de contarse fuesse, de lo qual se desesperaua, porq̃ quisiera topar luego, luego con quien hazer experiencia del valor de su fuerte braço. Autores ay que dizen, que la primera auentura que le auino, fue la del puerto Lapice, otros dizen, que la de los molinos de viento. Pero lo que yo he podido aueriguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los Anales de la mancha, es, que el anduuo todo aquel dia, y al anochezer, su rozin, y el se hallaró cãsados, y muertos de hambre: y que mirando a todas partes, por ver si descubriria algun castillo, ò alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiesse remediar su mucha necessidad: vio no lexos del camino por donde yua, vna vẽta, que fue como si viera vna estrella, que a los portales, sino a los alcaçares de su redencion, le encaminaua. Diose priessa â caminar, y llegò a ella á tiempo que anochecia. Estauan a caso a la puerta dos mugeres moças, destas que llaman del partido, las quales yuan a Seuilla con vnos harrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hazer jornada: y como a nuestro auenturero, todo quanto pensaua, veia, ò imaginaua, le parecia ser hecho, y passar al modo de lo que auia leydo, luego que vio la venta, se le representô que era vn castillo con sus quatro torres, y chapiteles de luziente plata, sin faltarle su puente leuadiza, y honda caua, con todos aquellos aderentes que semejantes castillos se pintan. Fuesse llegando a la venta (que a el le parecia castillo, y a poco trecho della, detuuo las riẽdas a Rozinante, esperando que algun enano se pusiesse entre las almenas, a dar señal con alguna trompeta, de que

llegaua cauallero al castillo. Pero como vio que se tardauan, y que Rozinante se daua priessa por llegar â la caualleriza, se llegò a la puerta de la venta, y vio a las dos distraydas moças que alli estauan, que a el le parecieron dos hermosas donzellas, ò dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estauan solazando. En esto sucedio a caso, que vn porquero que andaua recogiendo de vnos rastrojos vna manada de puercos (que sin perdon asi se llaman) tocô vn cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representò a don Quixote lo que desseaua, que era que algun enano hazia señal de su venida, y asi con estraño contento llegò a la venta, y a las damas. Las quales como vieron venir vn hombre de aquella suerte, armado, y con lança, y adarga, llenas de miedo se yuan à entrar en la venta: pero don Quixote, coligiendo por su huyda su miedo, alçandose la visera de papelon, y descubriendo su seco, y poluoroso rostro, con gentil talante, y voz reposada les dixo: Non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguisado alguno, ca â la orden de caualleria que professo, non toca, ni atañe fazerle a ninguno, quanto mas a tan altas donzellas como vuestras presencias demuestran. Mirandole las moças, y andauan con los ojos buscandole el rostro, que la mala visera le encubria. Mas como se oyeron llamar donzellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fue de manera, que don Quixote vino a correrse, y a dezirles: Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez ademas la risa, que de leue causa procede: pero non vos lo digo porque os acuytedes, ni mostredes mal talante, que el mio non es de al, que de seruiros. El lenguage no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro cauallero acrecentaua en ellas la risa, y en el el enojo, y passara muy adelante, si â aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo,

era

era muy pacifico, el qual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lança, adarga, y coselete no estuuo en nada en acompañar a las donzellas en las muestras de su contento. Mas en efeto, temiendo la maquina de tantos pertrechos, determinò de hablarle comedidamente, y assi le dixo: Si vuestra merced, señor cauallero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no ay ninguno) todo lo demas se hallarà en ella en mucha abundancia: Viendo don Quixote la humildad del Alcayde de la fortaleza (que tal le parecio a el el ventero, y la venta) respondio: Para mi señor Castellano, qualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, &c. Pensò el huesped, que el auerle llamado Castellano, auia sido por auerle parecido de los sanos de Castilla, aunque el era Andaluz, y de los de la playa de Sanlucar, no menos ladron que Caco, ni menos maleante que estudiante, o page, y assi le respondio: Segun esso, las camas de vuestra merced seràn duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo assi, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choça ocasion, y ocasiones para no dormir en todo vn año, quanto mas en vna noche. Y diziendo esto, fue a tener del estribo a don Quixote, el qual se apeò con mucha dificultad, y trabajo (como aquel que en todo aquel dia no se auia desayunado). Dixo luego al huesped, que le tuuiesse mucho cuydado de su cauallo, porque era la mejor pieça que comia pan en el mundo. Mirole el ventero, y no le parecio tan bueno como don Quixote dezia, ni aun la mitad: y acomodandole en la caualleriza, boluio a ver lo que su huesped mandaua, al qual estauan desarmando las donzellas (que ya se auian reconciliado con el) las quales, aunque le auian quitado el peto, y el espaldar, jamas

supie

ſupieron, ni pudieron deſencaxarle la gola, ni quitarle la contrahecha zelada, que traîa atada cõ vnas cintas verdes, y era meneſter cortarlas por no poderſe quitar los ñudos, mas el no lo quiſo conſentir en ninguna manera: y aſsi ſe quedò toda aquella noche con la zelada pueſta, que era la mas gracioſa, y eſtraña figura que ſe pudiera penſar: y al deſarmarle (como el ſe imaginaua que aquellas traydas, y lleuadas que le deſarmauan, eran algunas principales ſeñoras, y damas de aquel caſtillo) les dixo cõ mucho donayre: Nunca fuera cauallero de damas tan biẽ ſeruido, como fuera don Quixote quando de ſu aldea vino, donzellas curauan del, Princeſas de ſu rozino. O Rozinante, que eſte es el nombre, ſeñoras mias, de mi cauallo, y don Quixote de la mancha el mio: que pueſto que no quiſiera deſcubrirme, faſta que las fazañas fechas en vueſtro ſeruicio, y pro, me deſcubrieran, la fuerça de acomodar al propoſito preſente eſte romance viejo de Lançarote, ha ſido cauſa que ſepays mi nombre antes de toda ſazon: pero tiempo vendrà en que las vueſtras ſeñorias me manden, y yo obedezca, y el valor de mi braço deſcubra el deſſeo que tengo de ſeruiros. Las moças que no eſtauan hechas à oyr ſemejantes retoricas, no reſpondiã palabra, ſolo le preguntaron, ſi queria comer alguna coſa. Qualquiera yantaria yo, reſpondio don Quixote, porque a lo q̃ entiendo, me haria mucho al caſo. A dicha acertò a ſer Viernes aquel dia: y no auia en toda la venta ſino vnas raciones de vn peſcado, que en Caſtilla llaman abadexo, y en Andaluzia bacallao: y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntaronle, ſi por ventura comeria ſu merced truchuela, que no auia otro peſcado que darle a comer. Como aya muchas truchuelas, reſpondio don Quixote, podràn ſeruir de vna trucha, porque eſſo me da que me den ocho reales en ſenzillos, que en vna pieça de a ocho. Quanto mas que podria

ſer

ser que fuessen estas truchuelas como la ternera que es mejor que la vaca,y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo, y peso de las armas,no se puede lleuar sin el gouierno de las tripas. Pusieronle la mesa à la puerta de la venta, por el fresco, y truxole el huesped vna porcion del mal remojado, y peor cozido bacallao,y vn pan tan negro, y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la zelada, y alçada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos,si otro no se lo daua, y ponia, y assi vna de aquellas señoras seruia deste menester:mas al darle de beuer no fue possible, ni lo fuera, si el ventero no horadara vna caña, y puesto el vn cabo en la boca,por el otro le yua echando el vino: y todo esto lo recebia en paciencia,a trueco de no romper las cintas de la zelada. Estando en esto, llegò a caso a la venta vn castrador de puercos, y assi como llegò,sonò su siluato de cañas,quatro,ò cinco vezes, con lo qual acabò de confirmar don Quixote, que estaua en algun famoso castillo,y que le seruian con musica,y que el abadexo era truchas,el pan candial,y las rameras damas:y el ventero, Castellano del castillo,y con esto daua por bien empleada su determinacion,y salida. Mas lo que mas le fatigaua, era el no verse armado cauallero, por parecerle que no se podria poner legitimamente en auentura alguna, sin recebir la orden de cauallería.

Cap. III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuuo don Quixote en armarse cauallero.


Assi fatigado deste pensamiento, abreuiò su venteril,y limitada cena, la qual acabada llamô al ventero,y encerrandose con el en la caualleriza, se hincò de rodillas ante el, diziendole: No me leuantarê jamas de donde estoy, valeroso

caua-

cauallero, fasta que la vuestra cortesia me otorgue vn dó que pedirle quiero, el qual redundarà en alabança vuestra, y en pro de genero humano. El ventero que vio a su huesped a sus pies, y oyô semejantes razones, estaua confuso mirandole, sin saber que hazerse, ni dezirle, y porfiaua con el que se leuantasse, y jamas quiso, hasta que le huuo de dezir, que el le otorgaua el don que le pedia. No esperaua yo menos de la gran manificencia vuestra, señor mio, respondio don Quixote, y asi os digo, que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es, que mañana en aquel dia me aueys de armar cauallero: y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velarê las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirà lo que tanto desseo, para poder, como se deue, yr por todas las quatro partes del mundo, buscando las auenturas en pro de los menesterosos, como estâ a cargo de la caualleria, y de los caualleros andantes, como yo soy, cuyo desseo a semejãtes fazañas es inclinado. El ventero (que como està dicho) era vn poco socarron, y ya tenia algunos barruntos de la falta de juzio de su huesped, acabò de creerlo quando acabò de oyr semejantes razones: y por tener q̃ reyr aquella noche, determinô de seguirle el humor, y assi le dixo, que andaua muy acertado en lo q̃ desseaua, y q̃ tal prosupuesto era propio, y natural de los caualleros tan principales, como el parecia, y como su gallarda presencia mostraua: y que el ansi mismo en los años de su mocedad, se auia dado á aquel honroso exercicio, andando por diuersas partes del mundo, buscando sus auenturas, sin q̃ huuiesse dexado los percheles de Malaga, islas de Riaran, compas de Seuilla, açogejo de Segouia, la oliuera de Valencia, rondilla de Granada, playa de Sanlucar, potro de Cordoua, y las ventillas de Toledo, y otras diuersas partes, donde auia exercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haziendo muchos tuertos, requestãdo muchas

chas viudas,deshaziẽdo algunas donzellas, y engañando à algunos pupilos, y finalmente dandose a conocer por quantas audiencias,y tribunales ay casi en toda España: y que a lo vltimo se auia venido a recoger â aquel su castillo,donde viuia con su hazienda, y con las agenas, recogiendo en el a todos los caualleros andantes,de qualquiera calidad,y condicion que fuessen,solo por la mucha aficion que les tenia,y porque partiessen cõ el de sus aueres, en pago de su buen desseo. Dixole tambien, que en aquel su castillo no auia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaua derribada para hazerla de nueuo: pero que en caso de necessidad,el sabia que se podian velar donde quiera,y que aquella noche las podria velar en vn patio del castillo,que a la mañana, siẽdo Dios seruido, se harian las deuidas ceremonias, de manera que el quedasse armado cauallero, y tan cauallero que no pudiesse ser mas en el mundo. Preguntole si traîa dineros, respondio don Quixote, que no traîa blanca, porque el nunca auia leydo en las historias de los caualleros andantes,que ninguno los huuiesse traydo. A esto dixo el ventero, que se engañaua, que puesto caso que en las historias no se escriuia,por auerles parecido a los autores della, q̃ no era menester escriuir vna cosa tan clara,y tã necessaria de traerse,como eran dineros,y camisas limpias, no por esso se auia de creer,q̃ no los truxeron:y assi tuuiesse por cierto,y aueriguado,q̃ todos los caualleros andantes, de que tantos libros estan llenos,y atestados,lleuauan bien herradas las bolsas por lo q̃ pudiesse sucederles, y que assi mismo lleuauan camisas,y vna arqueta pequeña llena de vnguentos, para curar las heridas que recebian, porque no todas vezes en los campos,y desiertos donde se cõbatian, y salian heridos,auia quien los curasse,si ya no era,que tenian algũ sabio encantador por amigo,que luego los socorria,trayẽdo por el ayre en alguna nube alguna dõzella,

ô Enano

ò Enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustãdo alguna gota della, luego al punto quedauã sanos de sus llagas, y heridas, como si mal alguno huuiessen tenido: mas q̃ en tanto que esto no huuiesse, tuuierõ los passados caualleros por cosa acertada, que sus escuderos fuessen proueydos de dineros, y de otras cosas necessarias, como eran hilas, y vnguentos para curarse: y quando sucedia, que los tales caualleros no tenian escuderos (que eran pocas, y raras vezes) ellos mismos lo lleuauan todo en vnas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, a las ancas del cauallo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de lleuar alforjas, no fue muy admitido entre los caualleros andantes: y por esto le daua por consejo, pues aun se lo podia mandar como a su ahijado, que tan presto lo auia de ser, que no caminasse de alli adelante sin dineros, y sin las preuenciones recebidas, y que veria quan bien se hallaua con ellas, quando menos se pensase. Prometiole dõ Quixote, de hazer lo que se le aconsejaua con toda puntualidad: y assi se dio luego orden como velasse las armas, en vn corral grande que a vn lado de la venta estaua, y recogiendolas don Quixote todas, las puso sobre vna pila que junto a vn pozo estaua: y embraçando su adarga, asio de su lança, y con gentil continente se començó a passear delante de la pila, y quando començò el passeo, començaua a cerrar la noche. Contò el ventero a todos quantos estauan en la venta la locura de su huesped, la vela de las armas, y la armazon de caualleria que esperaua. Admirandose de tan estraño genero de locura, fueronselo a mirar desde lexos, y vieron que con sossegado ademan, vnas vezes se passeaua, otras arrimado a su lança, ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por vn buen espacio de ellas. Acabò de cerrar la noche con tanta claridad de la luna, que podia competir con el q̃ se la prestaua:

de

demanera,que quanto el nouel cauallero hazia, era bien visto de todos. Antojosele en esto a vno de los harrieros que estauan en la venta,yr a dar agua a su recua, y fue menester quitar las armas de don Quixote, que estauan sobre la pila,el qual viendole llegar,en voz alta le dixo: O tu,quien quiera que seas atreuido cauallero, que llegas a tocar las armas del mas valeroso andante,que jamas se ciñô espada,mira lo que hazes,y no las toques, sino quieres dexar la vida en pago de tu atreuimiento. No se curô el harriero destas razónes,(y fuera mejor que se curara,porque fuera curarse en salud) antes trauando de las correas, las arrojò gran trecho de si. Lo qual visto por don Quixote,alçò los ojos al cielo,y puesto el pensamiento (a lo que parecio) en su señora Dulcinea,dixo: Acorredme señora mia en esta primera afrenta,que a este vuestro auassallado pecho se le ofrece,no me desfallezca en este primero trance vuestro fauor, y amparo: y diziendo estas,y otras semejantes razones,soltando la adarga,alçò la lança a dos manos,y dio con ella tan gran golpe al harriero en la cabeça,que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuuiera necessidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogio sus armas, y tornò à passearse con el mismo reposo que primero. Desde alli a poco, sin saberse lo que auia passado, (porque aun estaua aturdido el harriero) llegò otro con la mesma intencion, de dar agua à sus mulos, y llegando a quitar las armas para desembaraçar la pila, sin hablar don Quixote palabra, y sin pedir fauor a nadie, soltô otra vez la adarga, y alçò otra vez la lança, y sin hazerla pedaços, hizo mas de tres la cabeça del segundo harriero, porque se la abrio por quatro: al ruydo acudio toda la gente de la venta,y entre ellos el ventero. Viendo esto dó Quixote,embraçò su adarga,y puesta mano a su espada, dixo: O señora de la fermosura, esfuerço, y vigor del debilitado

coraçon mio, aora es tiempo que bueluas los ojos de tu grandeza, à este tu cautiuo cauallero, que tamaña auentura està atendiendo. Con esto cobrô à su parecer tanto animo, que si le acometieran todos los harrieros del mundo, no boluiera el pie atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, començaron desde lexos à llouer piedras sobre don Quixote, el qual lo mejor que podia, se reparaua con su adarga, y no se osaua apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daua vozes que le dexassen, porque ya les auia dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunque los matasse à todos. Tambien don Quixote las daua mayores, llamandolos de aleuosos, y traydores, y que el señor del castillo era vn follon, y mal nacido cauallero, pues de tal manera cōsentia, que se tratassen los andantes caualleros, y que si el huuiera recebido la orden de caualleria, que el le diera à entender su aleuosia, pero de vosotros, soez y baxa canalla, no hago caso alguno. Tirad, llegad, venid, y ofendeme en quanto pudieres, que vosotros vereys el pago que lleuays de vuestra sandez, y demasia. Dezia esto con tāto brio, y denuedo, que infundio vn terrible temor en los que le acometian: y assi por esto, como por las persuasiones del ventero, le dexaron de tirar: y el dexò retirar à los heridos y tornò à la vela de sus armas, con la misma quietud y sossiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huesped, y determinò abreuiar, y darle la negra orden de caualleria luego, antes q̄ otra desgracia sucediesse, y assi llegandose à el, se desculpò de la insolencia que aquella gente baxa con el auia vsado, sin que el supiesse cosa alguna: pero que bien castigados quedauā de su atreuimiento. Dixole como ya le auia dicho, q̄ en aquel castillo no auia capilla, y para lo que restaua de hazer, tampoco era necessaria, q̄ todo el toque de quedar armado cauallero, consistia en la pescoçada, y en el espaldarazo, segun

el

el tenia noticia del ceremonial de la orden,y q̃ aquello en mitad de vn campo se podia hazer: y q̃ ya auia cumplido con lo q̃ tocaua al velar de las armas, q̃ con solas dos horas de vela se cumplia, quanto mas, q̃ el auia estado mas de quatro. Todo se lo creyò don Quixote,y dixo,q̃ el estaua alli pronto para obedecerle, y que concluyesse con la mayor breuedad q̃ pudiesse: porq̃ si fuesse otra vez acometido,y se viesse armado cauallero,no pẽsaua dexar persona viua en el castillo,eceto aquellas q̃ el le mandasse, à quien por su respeto dexaria. Aduertido,y medroso desto el Castellano,truxo luego vn libro donde assentaua la paja,y ceuada que daua à los harrieros,y con vn cabo de vela que le traia vn muchacho,y con las dos ya dichas donzellas,se vino adonde don Quixote estaua,al qual mandò hincar de rodillas,y leyendo en su manual (como que dezia alguna deuota oracion) en mitad de la leyenda,alçò la mano,y diole sobre el cuello vn gran golpe, y tras el con su mesma espada vn gentil espaldarazo (siempre murmurando entre dientes,como que rezaua.) Hecho esto,mandò à vna de aquellas damas que le ciñese la espada,la qual lo hizo con mucha dessemboltura, y discrecion,porque no fue menester poca para no rebentar de risa â cada punto de las ceremonias: pero las proezas que ya auian visto del nouel cauallero,les tenia la risa â raya. Al ceñirle la espada,dixo la buena señora: Dios haga â vuestra merced muy venturoso cauallero,y le dê ventura en lides. Don Quixote le pregũtò como se llamaua,porq̃ el supiesse de alli adelante à quiẽ quedaua obligado,por la merced recebida,porq̃ pensaua darle alguna parte de la hōra q̃ alcãçasse por el valor de su braço. Ella respōdio cō mucha humildad,q̃ se llamaua la Tolosa,y q̃ era hija de vn remẽdō natural de Toledo,q̃ viuia â las tẽdillas de Sãchobienaya, y q̃ dōde quiera q̃ ella estuuiesse le seruiria,y le tendria por señor. Don Quixote le replicò, q̃ por su amor le hiziesse

merced,que de alli adelante se pusiesse don, y se llamasse doña Tolosa. Ella se lo prometio:y la otra le calçò la espuela,con la qual le passô casi el mismo coloquio , que con la de la espada.Preguntole su nombre, y dixo que se llamaua la Molinera,y que era hija de vn honrado molinero de Antequera:â la qual tambien rogò don Quixote, que se pusiesse don,y se llamasse doña Molinera,ofreciendole nueuos seruicios,y mercedes. Hechas pues de galope,y apriessa las hasta alli nunca vistas ceremonias,no vio la hora don Quixote de verse à cauallo , y salir buscando las auenturas:y ensillando luego à Rozinante, subio en el, y abraçando a su huesped,le dixo cosas tan estrañas,agradeciendole la merced de auerle armado cauallero, que no es posible acertar à referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta,con no menos retoricas,aunque cõ mas breues palabras,respondio à las suyas,y sin pedirle la costa de la posada,le dexò yr â la buena hora.

Cap. IIII. De lo que le sucedio à nuestro cauallero quando salio de la venta.

LA Del alua seria , quando don Quixote salio de la venta , tan contento , tan gallardo, tan alboroçado , por verse ya armado cauallero,que el gozo le rebentaua por las cinchas del cauallo.Mas viniendole â la memoria los cõsejos de su huesped , cerca de las preuenciones tan necessarias que auia de lleuar consigo, especial la de los dineros , y camisas, determinò boluer à su casa , y acomodarse de todo , y de vn escudero : haziendo cuenta de recebir a vn labrador vezino suyo , que era pobre , y con hijos , pero muy à proposito para el oficio escuderil de la caualleria. Con este pensamiento guiò â Rozinante hàzia su aldea, el qual casi conociendo la querencia, con tanta gana començo

à ca-

à caminar, que parecia que no ponia los pies en el suelo. No auia andado mucho, quando le parecio que a su diestra mano, de la espessura de vn bosque que alli estaua, salian vnas vozes delicadas, como de persona que se quexaua. Y a penas las huuo oydo, quando dixo: Gracias doy al cielo por la merced que me haze, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que deuo a mi professión, y donde pueda coger el fruto de mis buenos desseos. Estas vozes, sin duda son de algun menesteroso, ò menesterosa, que ha menester mi fauor, y ayuda, y boluiendo las riendas, encaminò a Rozinante hàzia donde le parecio que las vozes salian. Y à pocos passos que entrô por el bosque, vio atada vna yegua â vna enzina, y atado en otra à vn muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quinze años, que era el q̃ las vozes daua: y no sin causa, porque le estaua dando con vna pretina muchos açotes vn labrador de buen talle, y cada açote le acompañaua con vna reprehension, y consejo: porque dezia: La lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: No lo harê otra vez, señor mio, por la passion de Dios, que no lo harê otra vez, y yo prometo de tener de aqui adelante mas cuydado con el hato. Y viendo don Quixote lo que passaua, con voz ayrada dixo: Descortes cauallero, mal parece tomaros con quien defender no se puede, subid sobre vuestro cauallo, y tomad vuestra lança (que tambien tenia vna lança arrimada à la enzina, adonde estaua arrendada la yegua) que yo os harê conocer ser de couardes lo que estays haziendo. El labrador que vio sobre si aquella figura llena de armas, blandiendo la lança sobre su rostro, tuuose por muerto, y con buenas palabras respondio: Señor cauallero, este muchacho que estoy castigãdo, es vn mi criado, que me sirue de guardar vna manada de ouejas, que tengo en estos contornos, el qual es tan descuydado, que cada dia me

falta vna,y porque castigo su descuydo,ò vellaqueria, dize que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada q̃ le deuo,y en Dios,y en mi anima que miente. Miente delante de mi, ruyn villano, dixo don Quixote, por el sol q̃ nos alumbra, q̃ estoy por passaros de parte a parte cō esta lança,pagalde luego sin mas replica, sino por el Dios que nos rige que os concluya,y aniquile en este punto:desatal do luego.El labrador baxò la cabeça, y sin responder palabra desatò a su criado.Al qual preguntò don Quixote,q̃ quanto le deuia su amo: el dixo que nueue meses, a siete reales cada mes.Hizo la cuenta don Quixote,y hallò que montauan setenta,y tres reales: y dixole el labrador,q̃ al momento los desembolsasse, sino queria morir por ello. Respondio el medroso villano,que para el passo en que estaua,y juramento q̃ auia hecho(y aū no auia jurado nada) que no eran tantos:porque se le auian de descontar, y recebir en cuenta tres pares de çapatos que le auia dado, y vn real de dos sangrias que le auian hecho estando enfermo.Bien està todo esso,replicô dōQuixote:pero quedense los çapatos,y las sangrias, por los açotes que sin culpa le aueys dado, que si el rompio el cuero de los çapatos q̃ vos pagastes,vos le aueys rompido el de su cuerpo: y si le sacô el barbero sangre estādo enfermo, vos en sanidad se la aueys sacado:assi que por esta parte no os deue nada.El daño està señor cauallero, en que no tengo aqui dineros, vengase Andres con migo a mi casa,que yo se los pagarê vn real sobre otro. Yrme yo con el, dixo el muchacho, mas mal año,no señor,ni por pienso,porque en viendose solo,me desollarà como a vn S. Bartolome. No harà tal replicò don Quixote,basta q̃ yo se lo mande,para que me tenga respeto:y con que el me lo jure, por la ley de caualleria que ha recebido,le dexarê yr libre, y assegurarê la paga. Mire vuestra merced señor, lo que dize, dixo el

mucha-

muchacho, que este mi amo no es cauallero, ni ha recebido orden de caualleria alguna, que es Iuan Haldudo el rico, el vezino del Quintanar. Importa poco esso, respondio don Quixote, que Haldudos puede auer caualleros: quanto mas, que cada vno es hijo de sus obras. Asi es verdad, dixo Andres: pero este mi amo de que obras es hijo, pues me niega mi soldada, y mi sudor, y trabajo? No niego hermano Andres, respondio el labrador, y hazedme plazer de veniros conmigo, que yo juro por todas las ordenes que de cauallerias ay en el mũdo de pagaros como tengo dicho, vn real sobre otro, y aun sahumados. Del saumerio os hago gracia, dixo don Quixote, dadselos en reales, que con esso me contento: y mirad que lo cumplays como lo aueys jurado, sino por el mismo juramento os juro, de boluer a buscaros, y castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondays mas que vna lagartija. Y si quereys saber quien os manda esto para quedar con mas veras obligado a cumplirlo: Sabed que yo soy el valeroso don Quixote de la Mancha, el desfazedor de agrauios, y sinrazones, y a Dios quedad: y no se os parte de las mientes lo prometido, y jurado, so pena de la pena pronunciada. Y en diziendo esto, picò a su Rozinante, y en breue espacio se apartò dellos. Siguiole el labrador con los ojos, y quando vio que auia traspuesto del bosque, y que ya no parecia, boluiose a su criado Andres, y dixole: Venid aca hijo mio, que os quiero pagar lo que os deuo, como aquel deshazedor de agrauios me dexô mãdado. Esso juro yo, dixo Andres, y como que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen cauallero, q̃ mil años viua, que segun es de valeroso, y de buen juez, viue Roque que si no me paga, que buelua, y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo; dixo el labrador, pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, para acrecentar la paga. Y asiendole

del braço le tornò à atar â la enzina, donde le dio tantos açotes, que le dexó por muerto. Llamad ſeñor Andres aora, dezia el labrador, al desfazedor de agrauios, vereys como no desfaze aqueſte, aunque creo que no eſtâ acabado de hazer, porque me viene gana de deſollaros viuo, como vos temiades: pero al fin le deſatô, y le dio licencia que fueſſe a buſcar â ſu juez, para que executaſſe la pronunciada ſentencia. Andres ſe partio algo mohino, jurando de yr à buſcar al valeroſo don Quixote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que auia paſſado, y que ſe lo auia de pagar con las ſetenas. Pero con todo eſto el ſe partio llorando, y ſu amo ſe quedò riendo, y deſta manera deshizo el agrauio el valeroſo don Quixote, el qual contẽtiſsimo de lo ſucedido, pareciendole que auia dado feliciſsimo, y alto principio a ſus cauallerias, con gran ſatisfacion de ſi miſmo yua caminando hàzia ſu aldea, diziendo a media voz: Bien te puedes llamar dichoſa ſobre quantas oy viuen en la tierra, ò ſobre las bellas bella Dulcinea del Toboſo, pues te cupo en ſuerte, tener ſujeto, y rendido â toda tu voluntad, ê talante, à vn tan valiente, y tan nombrado cauallero, como lo es, y ſerà don Quixote de la Mancha: el qual (como todo el mundo ſabe) ayer recibio la orden de caualleria, y oy ha desfecho el mayor tuerto, y agrauio, que formò la ſinrazon, y cometio la crueldad. Oy quitò el latigo de la mano à aquel deſapiadado enemigó, que tan ſin ocaſion vapulaua à aquel delicàdo infante. En eſto llegò â vn camino que en quatro ſe diuidìa, y luego ſe le vino â la imaginacion las encruzixadas donde los caualleros andantes ſe ponian â penſar qual camino de aquellos tomarian: y por imitarlos, eſtuuo vn rato quedo, y al cabo de auerlo muy bien penſado ſoltô la rienda à Rozinante, dexando à la voluntad del rozin la ſuya, el qual ſiguio ſu primer intento, que fue el yrſe camino de ſu caualleriza. Y auiendo andado como dos

millas,

millas,descubrio don Quixote vn grande tropel de gente,que como despues se supo, eran vnos mercaderes Toledanos,que yuan â comprar seda à Murcia. Eran seys, y venian con sus quitasoles,con otros quatro criados a cauallo,y tres moços de mulas à pie. Apenas los diuisò don Quixote,quando se imaginô ser cosa de nueua auentura: y por imitar en todo quanto à el le parecia posible, los passos que auia leydo en sus libros,le parecio venir alli de molde vno que pensaua hazer. Y asi, con gentil continẽte,y denuedo,se afirmò bien e los estribos,apretò la lança, llegò la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuuo esperando que aquellos caualleros andantes llegassen,que ya el por tales los tenia, y juzgaua: y quando llegaron a trecho que se pudieron ver,y oyr, leuanto don Quixote la voz,y con ademan arrogante dixo: Todo el mundo se tenga,si todo el mundo no confiessa, que no ay en el mundo todo donzella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Pararonse los mercaderes al son destas razones,y a ver la estraña figura del que las dezia: y por la figura,y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisierò ver despacio, en que paraua aquella confesion,que se les pedia,y vno dellos que era vn poco burlon,y muy mucho discreto, le dixo: Señor cauallero, nosotros no conocemos quien sea essa buena señora que dezis, mostradnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como sinificays, de buena gana,y sin apremio alguno confessaremos la verdad,que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara,replicó don Quixote, que hizierades vosotros en cōfessar vna verdad tan notoria,la importancia està,en q̃ sin verla lo aueys de creer,cōfessar,afirmar,jurar,y defender, donde no conmigo soys en batalla,gente descomunal, y soberuia: que aora vengays vno a vno(como pide la ordẽ de caualleria)ora todos jũtos,como es costumbre,y mala

vſança de los de vueſtra ralea,aqui os aguardo, y eſpero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor cauauallero,replicò el mercader,ſuplico a vueſtra merced, en nombre de todos eſtos Principes,q̃ aqui eſtamos,que porque no encarguemos nueſtras conciencias, confeſſando vna coſa por noſotros jamas viſta,ni oyda, y mas ſiendo tan en perjuyzio de las Emperatrizes,y Reynas del Alcarria,y Eſtremadura, que vueſtra merced ſea ſeruido de moſtrarnos algun retrato de eſſa ſeñora, aunque ſea tamaño como vn grano de trigo,que por el hilo ſe ſacarà el ouillo, y quedaremos con eſto ſatisfechos, y ſeguros, y vueſtra merced quedarà contento,y pagado:y aun creo q̃ eſtamos ya tan de ſu parte,que aunq̃ ſu retrato nos mueſtre,que es tuerta de vn ojo,y que del otro le mana bermellon,y piedra açufre,con todo eſſo por complazer a vueſtra merced,diremos en ſu fauor todo lo que quiſiere. No le mana,canalla infame,reſpondio don Quixote encendido en colera,no le mana digo eſſo que dezis, ſino ambar, y algalia entre algodones: y no es tuerta, ni corcobada, ſino mas derecha que vn huſo de Guadarrama: pero voſotros pagareys la grande blasfemia que aueys dicho cõtra tamaña beldad como es la de mi ſeñora. Y en diziendo eſto,arremetio con la lança baxa,contra el que lo auia dicho,con tanta furia,y enojo,que ſi la buena ſuerte no hiziera,que en la mitad del camino tropeçara,y cayera Rozinante,lo paſſara mal el atreuido mercader. Cayó Rozinante,y fue rodando ſu amo vna buena pieça por el campo,y queriendoſe leuantar, jamas pudo: tal embaraço le cauſauan la lança,adarga,eſpuelas,y zelada,con el peſo de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaua por leuantarſe,y no podia, eſtaua diziendo: Non fuyays gente cobarde, gente cautiua atended, que no por culpa mia, ſino de mi cauallo, eſtoy aqui tendido. Vn moço de mulas de los que alli venian, que no deuia de ſer muy bien

inten-

intencionado, oyendo dezir al pobre caydo tantas arrogancias, no lo pudo sufrir, sin darle la respuesta en las costillas. Y llegandose a el, tomò la lança, y despues de auerla hecho pedaços, con vno dellos començò a dar a nuestro don Quixote tantos palos, que a despecho, y pesar de sus armas, le molio como cibera. Dauanle vozes sus amos, que no le diesse tanto, y que le dexasse: pero estaua ya el moço picado, y no quiso dexar el juego, hasta embiar todo el resto de su colera: y acudiendo por los demas troços de la lança, los acabò de deshazer sobre el miserablè caydo, que con toda aquella tempestad de palos que sobre el via, no cerraua la boca, amenazando al cielo, y a la tierra, y a los Malandrines, que tal le parecian. Cansose el moço, y los mercaderes siguieron su camino, lleuando que contar en todo el del pobre apaleado: el qual despues que se vio solo, tornò a prouar si podia leuantarse: pero si no lo pudo hazer quando sano y bueno, como lo haria molido, y casi deshecho, y aun se tenia por dichoso, pareciẽdole q̃ aquella era propia desgracia de caualleros andantes, y toda la atribuîa à la falta de su cauallo, y no era posible leuãtarse, segũ tenia brumado todo el cuerpo.

Cap. V. Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro cauallero.

VIendo pues que en efeto no podia menearse, acordò de acogerse a su ordinario remedio, q̃ era pensar en algun passo de sus libros, y truxole su locura à la memoria aq̃l de Baldouinos, y del Marques de Mãtua quãdo Carloto le dexò herido en la montiña, historia sabida de los niños, no ignorada de los moços, celebrada, y aun creyda de los viejos: y con todo esto, no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le parecio a el que le venia de molde, para el passo en q̃ se hallaua: y assi cõ muestras

de

de grande ſentimiento,ſe començò a bolcar por la tierra, y a dezir con debilitado aliento, lo miſmo que dizen dezia el herido cauallero del boſque: Donde eſtàs ſeñora mia,que no te duele mi mal? ò no lo ſabes ſeñora, ò eres falſa,y deſleal. Y deſta manera fue proſiguiendo el romãce,haſta aquellos verſos que dizen: O noble Marques de Mantua,mi tio,y ſeñor carnal. Y quiſo la ſuerte,que quando llegò a eſte verſo, acertò a paſſar por alli vn labrador de ſu miſmo lugar,y vezino ſuyo,que venia de lleuar vna carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hõbre alli tendido,ſe llegò a el, y le preguntò,que quien era, y que mal ſentia,q̃ tan triſtemente ſe quexaua? Dõ Quixote creyò ſin duda,que aquel era el Marques de Mantua ſu tio,y aſsi no le reſpondio otra coſa,ſino fue proſeguir en ſu romance,donde le daua cuenta de ſu deſgracia,y de los amores del hijo del Emperante con ſu eſpoſa, todo de la miſma manera que el romance lo canta. El labrador eſtaua admirado,oyendo aquellos diſparates,y quitandole la viſera,que ya eſtaua hecha pedaços de los palos, le limpio el roſtro,q̃ lo tenia lleno de poluo. Y apenas le huuo limpiado quando le conocio,y le dixo: Señor Quixada (que aſsi ſe deuia de llamar quando el tenia juyzio, y no auia paſſado de hidalgo ſoſſegado,a cauallero andante) quien ha puesto à vueſtra merced deſta ſuerte: pero el ſeguia cõ ſu romance â quanto le preguntaua. Viendo eſto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitò el peto, y eſpaldar, para ver ſi tenia alguna herida, pero no vio ſangre, ni ſeñal alguna. Procurò leuantarle del ſuelo, y no con poco trabajo le ſubio ſobre ſu jumento,por parecerle caualleria mas ſoſſegada. Recogio las armas, haſta las aſtillas de la lança,y liolas ſobre Rozinante, al qual tomò de la rienda,y del cabeſtro al aſno, y ſe encaminò hazia ſu pueblo, bien penſatiuo de oyr los diſparates que don Quixote dezia: y no menos yua don Quixote,que de puro molido, y

que-

quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de quã do en quando daua vnos sospiros que los ponia en el cielo, de modo, que de nueuo obligò â que el labrador le preguntasse, le dixesse que mal sentia: y no parece sino que el diablo le traîa â la memoria los cuentos acomodados â sus sucessos, porque en aquel punto, oluidandose de Baldouinos, se acordò del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera, Rodrigo de Naruaez le prendio, y lleuò preso â su Alcaydia. Desuerte, que quando el labrador le boluio â preguntar que como estaua, y que sentia, le respondio las mesmas palabras, y razones, que el cautiuo Abencerraje respondia â Rodrigo de Naruaez, del mesmo modo que el auia leydo la historia en la Diana de Iorge de Montemayor, donde se escriue: aprouechandose della tan de proposito, que el labrador se yua dando al diablo de oyr tanta maquina de necedades, por donde conocio, que su vezino estaua loco, y dauale priessa à llegar al pueblo, por escusar el enfado que don Quixote le causaua con su larga arenga. Al cabo de lo qual dixo: Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Naruaez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es aora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago, y harê los mas famosos hechos de cauallerias que se han visto, vean, ni veran en el mundo. A esto respondio el labrador: Mire vuestra merced señor, pecador de mi, que yo no soy don Rodrigo de Naruaez, ni el Marques de Mantua, sino Pedro Alonso su vezino: ni vuestra merced es Baldouinos, ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quixada. Yo se quien soy, respondio don Quixote, y se que puedo ser, no solo los que he dicho, sino todos los doze Pares de Francia, y aun todos los nueue de la Fama, pues â todas las hazañas que ellos todos juntos, y cada vno por si hizieron, se auentajaràn las mias. En estas platicas, y en otras semejantes, llegaron al lugar, à la hora que anoche-

cia: pero el labrador aguardò â que fuesse algo mas noche, porque no viessen al molido hidalgo tan mal caualle ro. Llegada pues la hora que le parecio, entrò en el pueblo, y en la casa de don Quixote, la qual hallò toda alborotada, y estauan en ella el Cura, y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quixote, que estaua diziendoles su ama â vozes: Que le parece à vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que asi se llamaua el Cura) de la desgracia de mi señor, seys dias ha que no parecen el ni el rozin, ni la adarga, ni la lança, ni las armas: desuenturada de mi, que me doy à entender, y asi es ello la verdad: como naci para morir, que estos malditos libros de cauallerias que el tiene, y suele leer tan de ordinario, le han buelto el juyzio, que aora me acuerdo auerle oydo dezir muchas vezes, hablando entre si, que queria hazerse cauallero andante, è yrse â buscar las auenturas por essos mundos. Encomendados sean à Satanas, y â Barrabas tales libros, que asi han echado à perder el mas delicado entendimiento que auia en toda la Mancha. La sobrina dezia lo mesmo, y aun dezia mas: Sepa señor Maesse Nicolas, (que este era el nombre del barbero,) que muchas vezes le acontecio à mi señor tio, estarse leyendo en estos desalmados libros de desuenturas dos dias con sus noches, al cabo de los quales, arrojaua el libro de las manos, y ponia mano à la espada, y andaua à cuchilladas con las paredes, y quando estaua muy cansado, dezia que auia muerto á quatro Gigantes como quatro torres, y el sudor que sudaua del cansancio, dezia que era sangre de las feridas que auia recebido en la batalla, y beuiase luego vn gran jarro de agua fria, y quedaua sano y sossegado, diziendo que aquella agua era vna preciosissima beuida, que le auia traydo el sabio Esquife, vn grande encantador y amigo suyo:

mas

mas yo me tengo la culpa de todo, que no auisê à vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para que lo remediaran, antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ser abrasados, como si fuessen de hereges. Esto digo yo tambien, dixo el Cura, y à fe que no se passe el dia de mañana, sin que dellos no se haga acto publico, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion à quien los leyere, de hazer lo que mi buen amigo deue de auer hecho. Todo esto estauan oyendo el labrador, y don Quixote, con que acabò de entender el labrador la enfermedad de su vezino, y assi començó à dezir à vozes: Abran vuestras mercedes al señor Baldouinos, y al señor Marques de Mantua que viene mal ferido, y al señor Moro Abindarraez, que trae cautiuo el valeroso Rodrigo de Naruaez Alcayde de Antequera. A estas vozes salieron todos, y cómo conocieron los vnos â su amigo, las otras à su amo, y tio, que aun no se auia apeado del jumento, porque no podia, corrieron à abraçarle. El dixo: Tenganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi cauallo: lleuenme á mi lecho, y llamese, si fuere posible, à la sabia Vrganda, que cure, y cate de mis feridas. Mirâ en hora maça, dixo à este punto el ama, si me dezia à mi bien mi coraçon, del pie que coxeaua mi señor: Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga essa vrganda le sabremos aqui curar. Malditos digo sean otra vez, y otras ciento, estos libros de cauallerias, que tal han parado á vuestra merced. Lleuaronle luego à la cama, y catandole las feridas, no le hallaron ninguna: y el dixo, que todo era molimiento, por auer dado vna gran

cayda

cayda con Rozinante su cauallo, combatiendose cō diez Iayanes, los mas desaforados, y atreuidos, que se pudierā fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dixo el Cura, Iayanes ay en la dança, para mi santiguada, que yo los queme mañana antes que llegue la noche. Hizieronle à dō Quixote mil preguntas, y à ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diessen de comer, y le dexassen dormir, que era lo q̄ mas le importaua. Hizose assi, y el Cura se informô muy à la larga del labrador, del modo que auia hallado à don Quixote: el se lo contò todo, con los disparates que al hallarle, y al traerle auia dicho, que fue poner mas desseo en el Licenciado, de hazer lo que otro dia hizo, que fue llamar á su amigo el Barbero Maesse Nicolas, con el qual se vino a casa de don Quixote.

Cap. VI. Del donoso, y grande escrutinio que el Cura, y el Barbero hizieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo.

EL Qual aun toda via dormia. Pidio las llaues â la sobrina del aposento, donde estauan los libros, autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana: entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien enquadernados, y otros pequeños: y assi como el ama los vio, boluiose â salir del aposento con gran priessa, y tornò luego con vna escudilla de agua bendita, y vn hisopo, y dixo: Tome vuestra merced señor Licenciado, rozie este aposento, no estè aqui algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de la que les queremos dar, echandolos del mundo. Causó risa al Licenciado la simplicidad del alma, y mandó al Barbero que le fuesse dando de aquellos libros vno â vno, para ver de que tratauan, pues podia ser hallar algunos

gunos que no merecie ssen castigo de fuego. No, dixo la sobrina, no ay para que perdonar â ninguno, porque todos han sido los dañadores, mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hazer vn rimero dellos, y pegarles fuego, y sino lleuarlos al corral, y alli se hara la hoguera, y no ofenderà el humo. Lo mismo dixo el ama, tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes, mas el Cura no vino en ello, sin primero leer siquiera los titulos. Y el primero, que Maesse Nicolas le dio en las manos, fue los quatro de Amadis de Gaula, y dixo el Cura: Parece cosa de misterio esta, porque segun he oydo dezir, este libro fue el primero de cauallerias que se imprimio en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste, y assi me parece, que como à dogmatizador de vna seta tan mala, le deuemos sin escusa alguna condenar al fuego. No señor, dixo el barbero, que tambien he oydo dezir, que es el mejor de todos los libros que de este genero se han compuesto, y asi como à vnico en su arte se deue perdonar. Assi es verdad, dixo el Cura, y por essa razon se le otorga la vida por aora. Veamos essotro que està junto a el. Es, dixo el barbero, las Sergas de Esplandian, hijo legitimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dixo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: Tomad señora ama, abrid essa ventana, y echalde al corral, y dê principio al monton de la hoguera que se ha de hazer. Hizolo asi el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fue bolando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaua. Adelante, dixo el Cura. Este que viene, dixo el barbero, es Amadis de Grecia, y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mesmo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dixo el Cura, que atrueco de quemar à la Reyna Pintiquiniestra, y al Pastor Dariniel, y à sus Eglogas, y

à las endiabladas y rebueltas razones de ſu autor, quemara con ellos al padre que me engendrò, ſi anduuiera en figura de cauallero andante. De eſſe parecer ſoy yo, dixo el barbero: y aun yo, añadio la ſobrina. Pues aſsi es, dixo el ama, vengan, y al corral con ellos. Dieronſelos, que eran muchos, y ella ahorrò la eſcalera, y dio con ellos por la ventana à baxo. Quien es eſſe tonel, dixo el Cura. Eſte es, reſpondio el barbero, don Oliuante de Laura. El autor deſſe libro, dixo el Cura, fue el meſmo que compuſo à Iardin de Flores, y en verdad que no ſepa determinar, qual de los dos libros es mas verdadero, ô por dezir mejor, menos mentiroſo, ſolo ſe dezir, que eſte yrà al corral, por diſparatado, y arrogante. Eſte que ſe ſigue, es Floriſmarte de Hircania, dixo el barbero. Ai eſtâ el ſeñor Floriſmarte, replicò el Cura, pues a fe, que ha de parar preſto en el corral, â peſar de ſu eſtraño nacimiento, y ſoñadas auenturas, que no da lugar à otra coſa la dureza, y ſequedad de ſu eſtilo. Al corral cõ el, y con eſſotro, ſeñora ama. Que me plaze ſeñor mio, reſpondia ella, y con mucha alegria executaua lo que le era mandado. Eſte es el cauallero Platir, dixo el barbero. Antiguo libro es eſſe, dixo el Cura, y no hallo en el coſa que merezca venia: acompañe â los demas ſin replica, y aſsi fue hecho. Abrioſe otro libro, y vieron que tenia por titulo, el Cauallero de la Cruz. Por nombre tan ſanto como eſte libro tiene, ſe podia perdonar ſu ignorancia, mas tambien ſe ſuele dezir, tras la Cruz eſtà el diablo, vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro, dixo: Eſte es Eſpejo de cauallerias. Ya conozco â ſu merced, dixo el Cura, ay anda el ſeñor Reynaldos de Moltaluan, con ſus amigos, y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doze Pares con el verdadero hiſtoriador Turpin, y en verdad que eſtoy por condenarlos no mas que à deſtierro perpetuo, ſiquiera porque tienen parte de la inuencion del famoſo Mateo Boyardo, de donde

tam-

tambiẽ texio ſu tela el Chriſtiano Poeta Ludouico Arioſto, al qual ſi aqui le hallo, y que habla en otra lengua que la ſuya, no le guardarẽ reſpeto alguno, pero ſi habla en ſu Idioma, le pondre ſobre mi cabeça. Pues yo le tengo en Italiano, dixo el barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendierades, reſpondio el Cura, y aqui le perdonaramos al ſeñor Capitan, que no le huuiera traydo à Eſpaña, y hecho Caſtellano, que le quitô mucho de ſu natural valor, y lo meſmo haran todos aquellos que los libros de verſo quiſieren boluer en otra lengua, que por mucho cuydado que pongan, y habilidad que mueſtren, jamas llegarán al punto que ellos tienen en ſu primer nacimiento. Digo en efeto, que eſte libro, y todos los que ſe hallaren que tratan deſtas coſas de Francia, ſe echen, y depoſiten en vn pozo ſeco, haſta que con mas acuerdo ſe vea, lo que ſe ha de hazer dellos, eſcetuando á vn Bernardo del Carpio que anda por aî, y à otro llamado Ronceſualles, que eſtos en llegando à mis manos, han de eſtar en las del ama, y dellas en las del fuego ſin remiſsion alguna. Todo lo confirmò el barbero, y lo tuuo por bien, y por coſa muy acertaha, por entender que era el Cura tan buen Chriſtiano, y tan amigo de la verdad, que no diria otra coſa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vio que era Palmerin de Oliua, y junto â el eſtaua otro, que ſe llamaua Palmerin de Ingalaterra. Lo qual viſto por el Licenciado, dixo: Eſſa Oliua ſe haga luego raxas, y ſe queme, que aun no queden della las cenizas, y eſſa Palma de Ingalaterra ſe guarde, y ſe conſerue, como à coſa vnica, y ſe haga para ella otra caxa, como la que hallô Alexandro en los deſpojos de Dario, que la diputò para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Eſte libro, ſeñor compadre, tiene autoridad por dos coſas: la vna, porq̃ el por ſi es muy bueno: y la otra, porque es fama q̃ le compuſo vn diſcreto

Rey de Portugal. Todas las auenturas del castillo de Miraguarda son bonissimas, y de grande artificio, las razones cortesanas, y claras, que guardan, y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, saluo vuestro buen parecer (señor Maesse Nicolas) que este, y Amadis de Gaula, queden libres del fuego, y todos los demas, sin hazer mas cala y cata, perezcan. No señor compadre, replicó el barbero, que este que aqui tengo, es el afamado don Belianis. Pues esse, replicò el Cura, con la segunda, tercera, y quarta parte tienen necessidad de vn poco de ruybarbo, para purgar la demasiada colera suya, y es menester quitarles tódo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo qual se les da termino vltramarino, y como se enmendaren, assi se vsarà con ellos de misericordia, ò de justicia, y en tanto, tenedlos vos compadre en vuestra casa, mas no los dexeys leer à ninguno. Que me plaze, respondio el barbero, y sin querer cansarse mas en leer libros de cauallerias, mandò al ama, que tomasse todos los grandes, y diesse con ellos en el corral. No se dixo a tonta, ni à sorda, sino a quien tenia mas gana de quemallos, que de echar vna tela, por grande y delgada que fuera, y assiendo casi ocho de vna vez, los arrojò por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayò vno a los pies del barbero, que le tomò gana de ver de quien era, y vio que dezia: Historia del famoso cauallero Tirante el Blanco. Valame Dios, dixo el Cura, dando vna gran voz, que aqui estè Tirante el Blanco, dadmele aca compadre, que hago cuenta que he hallado en el vn tesoro de contento, y vna mina de passatiempos. Aqui està don Quirieleyson de Montaluan, valeroso cauallero, y su hermano Tomas de Montaluan, y el cauallero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el Alano, y las agudezas de la don-

zella Plazerdemiuida, con los amores, y embuftes de la viuda Repofada, y la feñora Emperatriz, enamorada de Ipolito fu efcudero. Digoos verdad, feñor compadre, q̃ por fu eftilo es efte el mejor libro del mundo: aqui comẽ los caualleros, y duermen, y mueren en fus camas, y hazẽ teftamento antes de fu muerte, con otras cofas, de que todos los demas libros defte genero carecen. Con todo eſſo os digo, que merecia el que lo compufo, pues no hizo tãtas necedades de induftria, que le echaran à galeras por todos los dias de fu vida. Lleualde â cafa, y leelde, y vereys que es verdad quanto del os he dicho. Afsi ferà, refpódio el barbero, pero q̃ haremos deftos pequeños libros que quedan· Eftos dixo el Cura, no deuẽ de fer de caualle rias, fino de Poefia, y abriendo vno, vio que era la Diana de Iorge de Montemayor, y dixo (creyendo que todos los demas eran del mefmo genero): Eftos no merecen fer quemados como los demas, porque no hazen, ni harân el daño, que los de cauallerias han hecho, que fon libros de entendimiento, fin perjuyzio de tercero. Ay feñor, dixo la fobrina, bien los puede vueftra merced mandar quemar como à los demas, porque no feria mucho, que auiendo fanado mi feñor tio de la enfermedad caualleresca, leyen do eftos, fe le antojaffe de hazerfe paftor, y andarfe por los bofques y prados, cantando, y tañiendo: y lo que feria peor, hazerfe Poeta, que fegun dizen, es enfermedad incu rable, y pegadiza. Verdad dize efta donzella, dixo el Cura, y ferà bien quitarle â nueftro amigo efte tropieço, y ocafion delante. Y pues començamos por la Diana de Montemayor, foy de parecer que no fe queme, fino que fe le quite todo aquello que trata de la fabia Felicia, y de la agua encantada, y cafi todos los verfos mayores, y que defele en hora buena la profa, y la honra de fer primero en femejantes libros. Efte que fe figue, dixo el barbero, es la Diana llamada fegunda, del Salmantino, y efte otro

que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondio el Cura, acompañe, y acreciente el numero de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde, como si fuera del mesmo Apolo, y passe adelante señor compadre, y demonos priessa, que se va haziendo tarde. Este libro es, dixo el barbero abriendo otro, los diez libros de fortuna de Amor, compuestos por Antonio de Lofraso, Poeta Sardo. Por las ordenes que recebi, dixo el Cura, que desde que Apolo fue Apolo, y las Musas Musas, y los Poetas Poetas, tan gracioso, ni tan disparatado libro como esse, no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor, y el mas vnico de quantos deste genero han salido à la luz del mundo: y el que no le ha leydo, puede hazer cuenta que no ha leydo jamas cosa de gusto. Dadmele aca compadre, que precio mas auerle hallado, que si me dieran vna sotana de raxa de Florencia. Pusole â parte con grandissimo gusto, y el barbero prosiguio, diziendo: Estos que se siguen, son, el pastor de Iberia, Ninfas de Enares, y Desengaños de zelos. Pues no ay mas que hazer, dixo el Cura, sino entregarlos al braço seglar del ama, y no se me pregunte el porque, que seria nunca acabar. Este que viene, es el Pastor de Filida. No es esse pastor, dixo el Cura, sino muy discreto cortesano, guardese como joya preciosa. Este grande que aqui viene, se intitula, dixo el barbero, Tesoro de varias Poesias. Como ellas no fueran tantas, dixo el Cura, fueran mas estimadas: menester es, que este libro se escarde, y limpie de algunas baxezas que entre sus grandezas tiene: guardese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroycas, y leuantadas obras que ha escrito. Este es, siguio el barbero, el Cancionero de Lopez Maldonado. Tambien el autor desse libro, replicò el Cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran a quien los oye, y tal es la suauidad de la voz con que los canta, que

encan-

encanta. Algo largo es en las Eglogas, pero nunca lo bueno fue mucho; guardese con los escogidos. Pero que libro es esse que està junto à el: La Galatea de Miguel de Ceruantes, dixo el barbero. Muchos años ha, que es grande amigo mio esse Ceruantes, y se que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena inuencion, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete, quiça con la enmiẽda alcançarà del todo la misericordia que aora se le niega, y entretanto que esto se vée, tenelde recluso en vuestra posada. Señor compadre, que me plaze, respondio el barbero, y aqui vienen tres todos juntos: la Araucana de don Alonso de Ercilla, la Austriada de Iuan Rufo Iurado de Cordoua, y el Monserrato de Christoual de Virues, Poeta Valenciano. Todos estos tres libros, dixo el Cura, son los mejores que en verso heroyco, en lengua Castellana estan escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia: guardense como las mas ricas prendas de Poesia que tiene España. Cansose el Cura de ver mas libros, y assi à carga cerrada, quiso que todos los demas se quemassen, pero ya tenia abierto vno el barbero, que se llamaua las Lagrimas de Angelica. Lloraralas yo, dixo el Cura en oyendo el nombre, si tal libro huuiera mandado quemar, porque su autor fue vno de los famosos Poetas del mundo, no solo de España: y fue felicissimo en la traducion de algunas fabulas de Ouidio.

Cap. VII. De la segunda salida de nuestro buen cauallero, don Quixote de la Mancha.



Stando en esto, començó a dar vozes don Quixote, diziendo: Aqui, aqui valerosos caualleros, aqui es menester mostrar la fuerça de vuestros valerosos braços, que los cortesanos

lleuan lo mejor del torneo. Por acudir à este ruydo, y estruendo, no se passô adelante con el escrutinio de los demas libros que quedauan, y assi se cree, que fueron al fuego, sin ser vistos ni oydos, la Carolea, y Leon de España; con los hechos del Emperador, compuestos por dó Luys de Auila, que sin duda deuian de estar entre los que quedauan, y quiça si el Cura los viera, no passaran por tan rigurosa sentencia. Quando llegaron à don Quixote, ya el estaua leuantado de la cama, y proseguia en sus vozes, y en sus desatinos, dando cuchilladas, y reueses à todas partes, estando tan despierto, como si nunca huuiera dormido Abraçaronse con el, y por fuerça le boluieron al lecho, y despues que huuo sossegado vn poco, boluiendose à hablar con el Cura, le dixo: Porcierto señor Arçobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doze Pares, dexar tan sin mas, ni mas, lleuar la vitoria deste torneo à los caualleros Cortesanos, auiendo nosotros los auentureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced señor compadre, dixo el Cura, que Dios serà seruido, que la suerte se mude, y que lo que oy se pierde, se gane mañana, y atienda vuestra merced à su salud por aora, que me parece, que deue de estar demasiadamente cansado, si ya no es, que está mal ferido. Ferido no, dixo don Quixote, pero molido y quebrantado, no ay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldan, me ha molido â palos con el tronco de vna enzina, y todo de embidia, porque vee, que yo solo soy el opuesto de sus valentias: mas no me llamaria yo Reynaldos de Montaluã, si en leuantandome deste lecho no me lo pagare, à pesar de todos sus encantamentos, y por aora traygame de yantar, que se que es lo que mas me harà al caso, y quedese lo del vengarme à mi cargo. Hizieronlo assi, dieronle de comer, y quedose otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemò, y abrasò el ama quantos libros

libros auia en el corral,y en toda la casa, y tales deuieron de arder,que merecian guardarse en perpetuos archiuos, mas no lo permitio su suerte, y la pereza del escrudiñador, y assi se cumplio el refran en ellos, de que pagan a las vezes justos por pecadores. Vno de los remedios que el Cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo,fue,que le murassen, y tapiassen el aposento de los libros,porque quando se leuantasse no los hallasse,qui ça quitando la causa,cessaria el efeto,y que dixessen, que vn encantador se los auia lleuado,y el aposento y todo, y assi fue hecho con mucha presteza. De alli a dos dias se leuanto don Quixote,y lo primero que hizo, fue yr a ver sus libros,y como no hallaua el aposento donde le auia dexado,andaua de vna en otra parte buscandole. Llegaua adonde solia tener la puerta,y tentauala con las manos,y boluia y reboluia los ojos por todo,sin dezir palabra: pero al cabo de vna buena pieça,preguntò a su ama que hàzia que parte estaua el aposento de sus libros. El ama que ya estaua bien aduertida de lo que auia de responder, le dixo:Que aposento,ó que nada busca vuestra merced,ya no ay aposento, ni libros en esta casa, porque todo se lo lleuò el mesmo diablo. No era diablo,replicò la sobrina, sino vn encantador,que vino sobre vna nube vna noche, despues del dia que vuestra merced de aqui se partio, y apeandose de vna sierpe en que venia cauallero, entrò en el aposento,y no se lo que hizo dentro,que acabo de poca pieça salio bolando por el texado, y dexò la casa llena de humo,y quando acordamos a mirar lo que dexaua hecho,no vimos libro,ni aposento alguno,solo se nos acuerda muy bien,a mi y al ama,que al tiẽpo del partirse aquel mal viejo,dixo en altas vozes,que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros,y aposento, dexaua hecho el daño en aquella casa,que despues se veria: dixo tambien,que se llamaua el sabio Muñaton. Freston diria:

dixo don Quixote. No se, respondio el ama, si se llamaua Freston, ò Friton, solo se, que acabò en ton su nombre. Assi es, dixo don Quixote, que esse es vn sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir andando los tiempos, à pelear en singular batalla con vn cauallero á quien el fauorece, y le tengo de vencer, sin q̃ el lo pueda estoruar, y por esto procura hazerme todos los sinsabores que puede, y mandole yo, que mal podra el contradezir, ni euitar lo que por el cielo està ordenado. Quien duda de esso, dixo la sobrina, pero quien le mete à vuestra merced señor tio, en essas pendencias, no serà mejor estarse pacifico en su casa, y no yrse por el mundo à buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana, y bueluen tresquilados. O sobrina mia, respondio don Quixote, y quan mal que estás en la cuenta, primero que à mi me tresquilen, tendre peladas, y quitadas las barbas à quantos imaginaren tocarme en la punta de vn solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendia la colera. Es pues el caso, que el estuuo quinze dias en casa muy sossegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros deuaneos, en los quales dias, passó graciosissimos cuentos con sus dos compadres el Cura, y el barbero, sobre que el dezia, que la cosa de que mas necessidad tenia el mundo, era de caualleros andantes, y de que en el se resucitasse la caualleria andantesca. El Cura algunas vezes le contradezia, y otras concedia, porque sino guardaua este artificio, no auia poder aueriguarse con el. En este tiempo solicitò don Quixo à vn labrador vezino suyo, hombre de bien (si es que este titulo se puede dar al que es pobre,) pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dixo, tanto le persuadio, y prometio, que el pobre villano se determinò de salirse con el, y seruirle de escudero. Deziale

le entre otras cosas don Quixote, que se dispusiesse à yr con el de buena gana, porque tal vez le podia suceder auentura, que ganasse en quitame allâ essas pajas, alguna Insula, y le dexasse à el por gouernador della. Con estas promessas, y otras tales, Sancho Pança, (que assi se llamaua el labrador,) dexò su muger, y hijos, y assentò por escudero de su vezino. Dio luego don Quixote orden en buscar dineros, y vendiendo vna casa, y empeñando otra, y malbaratandolas todas, llegò vna razonable cantidad. Acomodose assi mesmo de vna rodela que pidio prestada à vn su amigo, y pertrechando su rota zelada lo mejor que pudo, auisò à su escudero Sancho, del dia, y la hora que pensaua ponerse en camino para que el se acomodasse de lo que viesse que mas le era menester. Sobre todo le encargô que lleuasse alforjas: ê dixo, que si lleuaria, y que ansi mesmo pensaua lleuar vn asno que tenia muy bueno, porque el no estaua duecho á andar mucho à pie. En lo del asno reparô vn poco don Quixote, imaginando, si se le acordaua, si algun cauallero andante, auia traydo escudero cauallero asnalmente, pero nunca le vino alguno à la memoria: mas con todo esto, determinò, que le lleuasse, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caualleria, en auiendo ocasion para ello, quitandole el cauallo al primer descortes cauallero que topasse. Proueyose de camisas, y de las demas cosas que el pudo, conforme al consejo que el ventero le auia dado. Todo lo qual hecho, y cumplido, sin despedirse Pança de sus hijos, y muger, ni don Quixote de su ama, y sobrina, vna noche se salieron del lugar, sin que persona los viesse, en la qual caminaron tanto, que al amanecer se tuuieron por seguros de que no los hallariã, aunq̃ los buscassen. Yua Sancho Pança sobre su jumento como vn Patriarca con sus alforjas, y su bota, y cõ mucho desseo de verse ya gouernador de la Insula que su amo

le

le auia prometido. Acertò don Quixote à tomar la misma derrota, y camino, que el que el auia tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Montiel, por el qual caminaua con menos pesadumbre que la vez passada, porque por ser la hora de la mañana, y herirles a soslayo los rayos del sol, no les fatigauan. Dixo en esto Sancho Pança a su amo: Mire vuestra merced, señor cauallero andante, que no se le oluide, lo que de la Insula me tiene prometido, que yo la sabre gouernar por grande que sea. A lo qual le respondio don Quixote: Has de saber amigo Sancho Pança, que fue costumbre muy vsada de los caualleros andantes antiguos, hazer Gouernadores a sus escuderos, de las Insulas, ò Reynos que ganauan, y yo tengo determinado, de que por mi no falte tan agradecida vsança, antes pienso auentajarme en ella, porque ellos algunas vezes, y quiça las mas, esperauan a que sus escuderos fuessen viejos, y ya despues de hartos de seruir, y de lleuar malos dias, y peores noches, les dauan algun titulo de Cõde, ò por lo menos de Marques de algun Valle, ò Prouincia de poco mas a menos, pero si tu viues, y yo viuo, bien podria ser que antes de seys dias ganasse yo tal Reyno, q̃ tuuiesse otros a el aderentes, que viniessen de molde para coronarte por Rey de vno dellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas, y casos acontecen a los tales caualleros, por modos tan nunca vistos, ni pensados, que con facilidad te podria dar, aun mas de lo que te prometo. Dessa manera, respondio Sancho Pança, si yo fuesse Rey por algun milagro de los que vuestra merced dize, por lo menos Iuana Gutierrez, mi oyslo, vendria a ser Reyna, y mis hijos infantes. Pues quien lo duda, respondio don Quixote. Yo lo dudo, replicò Sancho Pança, porque tengo para mi, que aunque llouiesse Dios Reynos sobre la tierra, ninguno assentaria bien sobre la cabeça de Mari Gutierrez. Sepa señor, q̃ no vale dos marauedis para Reyna, Condesa

le caera mejor, y aun Dios, y ayuda. Encomiendalo tu a Dios Sancho, respondio don Quixote, que el te dara lo q̃ mas le conuenga: pero no apoques tu animo tanto, que te vengas a contentar con menos, que con ser Adelantado. No hare señor mio, respondio Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabra dar todo aquello que me estê bien, y yo pueda lleuar.

Cap. VIII. Del buen sucesso que el valeroso don Quixote tuuo en la espantable y jamas imaginada auentura de los molinos de viento, con otros sucessos dignos de felice recordacion.

EN Esto descubrieron treynta, ò quarenta molinos de viento que ay en aquel campo, y assi como don Quixote los vio, dixo a su escudero. La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertaramos a dessear. Porque ves alli amigo Sancho Pança, donde se descubren treynta, ò pocos mas desaforados Gigantes con quien pienso hazer batalla, y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos començaremos a enriquezer, que esta es buena guerra, y es gran seruicio de Dios, quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. Que Gigantes, dixo Sancho Pança. Aquellos que alli ves, respondio su amo, de los braços largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondio Sancho, que aquellos que alli se parecen no son Gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen braços, son las aspas, que bolteadas del viento, hazen andar la piedra del molino. Bien parece, respondio don Quixote, que no estâs cursado en esto de las auenturas, ellos son Gigantes, y si tienes miedo, quitate de ahi, y ponte en oracion en el espacio que yo voy a en-

trar con ellos en fiera, y desigual batalla. Y diziendo esto, dio de espuelas a su cauallo Rozinante, sin atender a las vozes que su escudero Sancho le daua, aduirtiendole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que yua acometer. Pero el yua tan puesto en que eran gigantes, que no oîa las vozes de su escudero Sancho, ni echaua de ver, aunque estaua ya bien cerca, lo que eran, antes yua diziendo en vozes altas: Non fuyades couardes y viles criaturas, que vn solo cauallero es el que os acomete. Leuantose en esto vn poco de viento, y las grandes aspas començaron á mouerse, lo qual visto por don Quixote, dixo: Pues aunque mouays mas braços que los del gigante Briareo, me lo aueys de pagar. Y en diziendo esto, y encomendandose de todo coraçon â su señora Dulcinea, pidiendole que en tal trance le socorriesse, bien cubierto de su rodela, con la lança en el ristre, arremetio à todo el galope de Rozinante, y enuistio con el primero molino que estaua delante, y dandole vna lançada en el aspa, la boluio el viento con tanta furia, que hizo la lança pedaços, lleuandose tras si al cauallo, y al cauallero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudio Sancho Pança â socorrerle, à todo el correr de su asno, y quando llegò, hallò que no se podia menear: tal fue el golpe que dio con el Rozinante. Valame Dios, dixo Sancho, no le dixe yo â vuestra merced, que mirasse bien lo que hazia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar, sino quien lleuasse otros tales en la cabeça. Calla amigo Sancho, respondio don Quixote, que las cosas de la guerra mas que otras estas sujetas à continua mudança: quanto mas que yo pienso, y es asi verdad, que aquel sabio Freston que me robô el aposento, y los libros, ha buelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento,

tal

tal es la enemistad que me tiene, mas al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondio Sancho Pança, y ayudandole â leuantar, tornò a subir sobre Rozinante, que medio despaldado estaua: y hablando en la passada auentura, siguieron el camino del puerto Lapice, porque alli dezia don Quixote, que no era posible dexar de hallarse muchas, y diuersas auenturas, por ser lugar muy passagero, sino que yua muy pesaroso por auerle faltado la lança, y diziendoselo a su escudero, le dixo: Yo me acuerdo auer leydo, que vn cauallero Español, llamado Diego Perez de Vargas, auiendosele en vna batalla roto la espada, desgajô de vna enzina vn pesado ramo, ò tronco, y con el hizo tales cosas aquel dia, y machacò tantos Moros, que le quedò por sobrenombre Machuca, y asi el como sus decendientes, se llamaron desde aquel dia en adelante, Vargas, y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera enzina, ò roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel, que me imagino, y pienso hazer con el tales hazañas, que tu te tengas por bien afortunado, de auer merecido venir à verlas, y a ser testigo de cosas que apenas podran ser creydas. A la mano de Dios, dixo Sancho, yo lo creo todo asi como vuestra merced lo dize, pero enderecese vn poco, que parece que va de medio lado, y deue de ser del molimiento de la cayda. Asi es la verdad, respondio don Quixote, y sino me quexo del dolor, es, porque no es dado à los caualleros andantes quexarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella. Si esso es asi, no tengo yo que replicar, respondio Sancho, pero sabe Dios, si yo me holgara que vuestra merced se quexara quando alguna cosa le doliera. De mi se dezir, que me he de quexar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los

de los caualleros andantes,esso del no quexarse. No se dexò de reyr don Quixote de la simplicidad de su escudero, y assi le declarò que podia muy bien quexarse, como, y quando quisiesse, sin gana, ò con ella, que hasta entonces no auia leydo cosa en contrario en la orden de caualleria. Dixole Sancho, que mirasse que era hora de comer. Respondiole su amo, que por entonces no le hazia menester, que comiesse el quando se le antojasse. Con esta licencia se acomodò Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas auia puesto, yua caminando, y comiendo detras de su amo, muy de espacio, y de quando en quando empinaua la bota con tanto gusto, que le pudiera embidiar el mas regalado bodegonero de Malaga. Y en tanto que el yua de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaua de ninguna promessa que su amo le huuiesse hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las auenturas, por peligrosas que fuessen. En resolucion, aquella noche la passaron entre vnos arboles, y del vno dellos desgajô don Quixote vn ramo seco, que casi le podia seruir de lança, y puso en el el hierro q̃ quitò de la que se le auia quebrado. Toda aquella noche no durmio don Quixote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que auia leydo en sus libros, quando los caualleros passauan sin dormir muchas noches en las florestas, y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la passò assi Sancho Pança, que como tenia el estòmago lleno, y no de agua de chicoria, de vn sueño se la lleuò toda, y no fueran parte para despertarle (si su amo no le llamara) los rayos del sol que le dauan en el rostro, ni el canto de las aues, que muchas, y muy regozijadamente la venida del nueuo dia saludauan: Al leuantarse dio vn tiento a la bota, y hallola algo mas flaca que la noche antes, y afligiose el coraçon, por parecerle que no

lle-

lleuauan camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quixote, porque como està dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su començado camino del puerto Lapice, y à obra de las tres del dia le descubrieron. Aqui (dixo en viendole don Quixote) podemos hermano Sancho Pança, meter las manos hasta los codos, en esto que llaman auenturas. Mas aduierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden, es canalla, y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme: pero si fueren caualleros, en ninguna manera te es licito, ni concedido por las leyes de caualleria, que me ayudes, hasta q̃ seas armado cauallero. Por cierto señor, respondio Sancho, q̃ vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas q̃ yo de mio me soy pacifico, y enemigo de meterme en ruydos, ni pendencias: bien es verdad, q̃ en lo que tocare a defender mi persona, no tendrê mucha cuenta cõ essas leyes, pues las diuinas, y humanas permiten, q̃ cada vno se defienda de quien quisiere agrauiarle. No digo yo menos, respondio don Quixote, pero en esto de ayudarme contra caualleros, has de tener a raya tus naturales impetus. Digo q̃ assi lo hare, respondio Sancho, y q̃ guardare esse preceto tan bien como el dia del Domingo. Estando en estas razones, assomaron por el camino dos Frayles de la orden de S. Benito, caualleros sobre dos Dromedarios, q̃ no eran mas pequeñas dos mulas en q̃ venian. Traian sus antojos de camino, y sus quitasoles. Detras dellos venia vn coche, con quatro, o cinco de acauallo q̃ le acompañauan, y dos moços de mulas a pie. Venia en el coche, como despues se supo, vna señora Vizcayna, q yua a Seuilla dõde estaua su marido, q̃ passaua a las Indias con vn muy honroso cargo. No venian los Frayles con ella, aũque yuan el mismo ca-

mino: mas à penas los diuisò don Quixote quãdo dixo a su escudero: O yo me engaño, o esta ha de ser la mas famosa auentura q̃ se aya visto, porq̃ aquellos bultos negros q̃ alli parecen, deuen de ser, y son sin duda algunos encantadores, q̃ lleuan hurtada alguna Princesa en aq̃l coche, y es menester deshazer este tuerto à todo mi poderio. Peor serà esto q̃ los molinos de viento, dixo Sancho: Mire señor, que aquellos son Frayles de S. Benito, y el coche deue de ser de alguna gente passagera. Mire q̃ digo, que mire bien lo q̃ haze, no sea el diablo q̃ le engañe. Ya te he dicho Sancho, respondio don Quixote, q̃ sabes poco de achaque de auenturas, lo q̃ yo digo es verdad, y aora lo veras: y diziẽdo esto se adelantò, y se puso en la mitad del camino por donde los Frayles venian, y en llegando tan cerca, q̃ á el le parecio que le podriã oyr lo q̃ dixesse, en alta voz dixo: Gente endiablada, y descomunal, dexad luego al punto las altas Princesas q̃ en esse coche lleuays forçadas, sino aparejaos á recebir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuuieron los Frayles las riendas, y quedarõ admirados, assi de la figura de don Quixote, como de sus razones, a las quales respõdierõ: Señor caualleros, nosotros no somos endiablados, ni descomunales, sino dos religiosos de san Benito, q̃ vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen, o no, ningunas forçadas Princesas. Para conmigo no ay palabras blandas, q̃ ya yo os conozco fe mentida canalla, dixo don Quixote, y sin esperar mas respuesta picò a Rozinante, y la lança baxa arremetio cõtra el primero Frayle, cõ tãta furia, y denuedo, q̃ si el Frayle no se dexara caer de la mula, el le hiziera venir al suelo mal de su grado, y aũ mal ferido, sino cayera muerto. El segũdo religioso, q̃ vio del modo q̃ tratauan a su cõpañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y començò a correr por aq̃lla cãpaña, mas ligero q̃ el mismo viẽto.

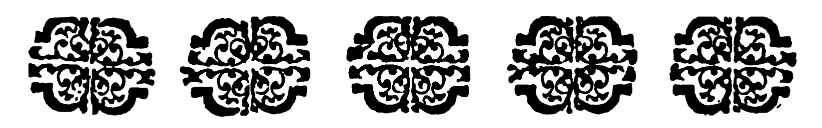
Sancho

Sancho Pança,q̃ vio en el ſuelo al Frayle, apeandoſe ligeramẽte de ſu aſno,arremetio a el,y le començò a quitar los habitos.Llegaron en eſto dos moços de los Frayles,y preguntaronle,q̃ porque le deſnudaua? Reſpõdioles Sancho,q̃ aquello le tocaua a el legitimamẽte, como deſpojos de la batalla q̃ ſu ſeñor don Quixote auia ganado. Los moços q̃ no ſabian de burlas,ni entendian aq̃llo de deſpojos,ni batallas,viendo q̃ ya don Quixote eſtaua deſuiado de alli,hablando cõ las q̃ en el coche venian,arremetieron con Sancho,y dieron cõ el en el ſuelo, y ſin dexarle pelo en las barbas,le molieron a coçes,y le dexaron tendido en el ſuelo,ſin aliento,ni ſentido: y ſin detenerſe vn punto,tornó a ſubir el Frayle,todo temeroſo, y acobardado, y ſin color en el roſtro : y quando ſe vio a cauallo, picô tras ſu cõpañero, q̃ vn buen eſpacio de alli le eſtaua aguardando,y eſperando en q̃ paraua aquel ſobreſalto; y ſin querer aguardar el fin de todo aq̃l començado ſuceſſo,ſiguieron ſu camino,haziẽdoſe mas cruzes q̃ ſi lleuaran el diablo a las eſpaldas.DonQuixote eſtaua como ſe ha dicho, hablando cõ la ſeñora del coche, diziendole: La vueſtra fermoſura ſeñora mia,puede fazer de ſu perſona lo q̃ mas le viniere en talante,porq̃ ya la ſoberuia de vueſtros robadores yaze por el ſuelo,derribada por eſte mi fuerte braço : y porq̃ no peneys por ſaber el nõbre de vueſtro libertador, ſabed q̃ yo me llamo don Quixote dela Mancha,cauallero andante,y cautiuo dela ſin par,y hermoſa doña Dulcinea del Toboſo:y en pago del beneficio q̃ de mi aueys recebido,no quiero otra coſa, ſino q̃ boluays al Toboſo, y q̃ de mi parte os preſenteys ante eſta ſeñora, y le digays lo q̃ por vueſtra libertad he fecho.Todo eſto q̃ don Quixote dezia,eſcuchaua vn eſcudero de los que el coche acompañauan, que era Vizcayno, el qual viendo que no queria dexar paſſar el coche adelante, ſino que dezia que luego auia de dar

la buelta al Toboſo, ſe fue para don Quixote, y aſsiẽdole de la lança, le dixo en mala lengua Caſtellana, y peor Vizcayna, deſta manera: Anda cauallero, q̃ mal andes, por el Dios q̃ criome, q̃ ſino dexas coche, aſsi te matas como eſtas aî Vizcayno. Entendiole muy bien don Quixote, y con mucho ſoſsiego le reſpondio: Si fueras cauallero como no lo eres, ya yo huuiera caſtigado tu ſandez, y atreuimiento, cautiua criatura. A lo qual replicò el Vizcayno: Yo no cauallero: Iuro a Dios tan mientes como Chriſtiano. Si lança arrojas, y eſpada ſacas, el agua quan preſto verás q̃ al gato lleuas: Vizcayno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, q̃ mira ſi otra dizes cosa. Aora lo veredes dixo Agrages, reſpondio don Quixote, y arrojando la lança en el ſuelo, sacò ſu eſpada, y embraçò ſu rodela, y arremetio al Vizcayno, cõ determinacion de quitarle la vida. El Vizcayno q̃ aſsi le vio venir, aũque quiſiera apearſe de la mula, q̃ por ſer de las malas de alquiler, no auia q̃ fiar en ella, no pudo hazer otra coſa, ſino ſacar ſu eſpada: pero auinole bien, q̃ ſe hallò junto al coche, de donde pudo tomar vna almohada q̃ le ſiruio de eſcudo, y luego ſe fueron el vno para el otro, como ſi fuerã dos mortales enemigos. La demas gente quiſiera ponerlos en paz, mas no pudo, porq̃ dezia el Vizcayno en ſus mal trauadas razones, q̃ ſino le dexauan acabar ſu batalla, q̃ el miſmo auia de matar a ſu ama, y â toda la gente q̃ ſe lo eſtoruaſſe. La ſeñora del coche, admirada, y temeroſa de lo q̃ veîa, hizo al cochero q̃ ſe deſuiaſſe de alli algun poco, y deſde lexos ſe puſo a mirar la riguroſa contienda: en el diſcurſo de la qual, dio el Vizcayno vna gran cuchillada a don Quixote encima de vn ombro, por encima de la rodela, que a darſela ſin defenſa, le abriera haſta la cintura. Don Quixote que ſintio la peſadumbre de aquel deſaforado golpe, dio vna gran voz, diziendo: O ſeñora de mi alma

Dulci-

Dulcinea, flor de la fermosura, socorred a este vuestro cauallero, q̃ por satisfazer a la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El dezir esto, y el apretar la espada y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcayno, todo fue en vn tiempo, lleuando determinacion de auenturarlo todo a la de vn solo golpe. El Vizcayno que assi le vio venir cótra el, bien entendio por su denuedo su coraje, y determinò de hazer lo mismo que don Quixote: y assi le aguardò bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a vna, ni a otra parte, q̃ ya de puro cansada, y no hecha a semejantes niñerias, no podia dar vn passo. Venia pues, como se ha dicho, dó Quixote contra el cauto Vizcayno, con la espada en alto, có determinacion de abrirle por medio: y el Vizcayno le aguardaua ansi mismo, leuantada la espada, y aforrado có su almohada, y todos los circunstãtes estauan temerosos, y colgados de lo q̃ auia de suceder de aquellos tamaños golpes con q̃ se amenazauan, y la señora del coche, y las demas criadas suyas, estauan haziẽdo mil votos, y ofrecimientos a todas las imagenes, y casas de deuoció de España, porq̃ Dios librasse a su escudero, y à ellas, de aquel tan grande peligro en q̃ se hallauã. Pero esta el daño de todo esto, q̃ en este punto, y termino, dexa pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpandose, q̃ no hallò mas escrito destas hazañas de don Quixote, de las q̃ dexa referidas. Bien es verdad, q̃ el segundo autor desta obra, no quiso creer, q̃ tan curiosa historia estuuiesse entregada a las leyes del oluido, ni q̃ huuiessen sido tã poco curiosos los ingenios dela Mãcha, q̃ no tuuiessen en sus archiuos, ò en sus escritorios, algunos papeles q̃ deste famoso cauallero tratassen, y assi có esta imaginacion, no se desesperò de hallar el fin desta apazible historia, el qual siendole el cielo fauorable, le hallò del modo que se contarà en la segunda Parte.



SEGVNDA PARTE DEL INGENIOSO Hidalgo don Quixote de la Mancha.

Cap. IX. Donde se concluye, y da fin à la estupenda batalla, que el gallardo Vizcayno, y el valiente Manchego tuuieron.

DEXAMOS en la primera parte desta historia, al valeroso Vizcayno, y al famoso don Quixote, con las espadas altas, y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertauan, por lo menos se diuidirian, y fenderian de arriba abaxo, y abririan como vna granada: y q̃ en aquel punto tan dudoso parò, y quedô destroncada tã sabrosa historia, sin que nos diesse noticia su autor donde se podria hallar lo que della faltaua. Causome esto mucha pesadumbre, porque el gusto de auer leydo tan poco, se boluia en disgusto, de pensar el mal camino que se ofrecia, para hallar lo mucho que a mi parecer faltaua de tan sabroso cuento. Pareciome cosa impossible, y fuera de toda buena costumbre, que a tan buen cauallero le huuiesse faltado algun sabio que tomara a cargo el escriuir

sus

ſus nunca viſta hazañas, coſa q̃ no faltò a ninguno delos caualleros andantes, de los que dizen las gentes, que van a ſus auenturas, porque cada vno dellos tenia vno, o dos ſabios como de molde, q̃ no ſolamente eſcriuian ſus hechos, ſino que pintauan ſus mas minimos penſamientos, y niñerias, por mas eſcondidas que fueſſen. Y no auia de ſer tan deſdichado tan buen cauallero, que le faltaſſe a el lo que ſobrò a Platir, y â otros ſemejantes. Y aſsi no podia inclinarme a creer que tan gallarda hiſtoria huuieſſe quedado manca, y eſtropeada, y echaua la culpa a la malignidad del tiempo deuorador, y conſumidor de todas las coſas: el qual, o la tenia oculta, o conſumida. Por otra parte me parecia, que pues entre ſus libros ſe auian hallado tan modernos como Deſengaño de zelos, y Ninfas, y paſtores de Henares, que tambien ſu hiſtoria deuia de ſer moderna, y que ya que no eſtuuieſſe eſcrita, eſtaria en la memoria de la gente de ſu aldea, y de las a ella circunuezinas. Eſta imaginacion me traia confuſo, y deſſeoſo de ſaber real, y verdaderamente, toda la vida, y milagros de nueſtro famoſo Eſpañol don Quixote de la Mancha, luz, y eſpejo de la caualleria Manchega, y el primero que en nueſtra edad, y en eſtos tan calamitoſos tiempos ſe puſo al trabajo, y exercicio de las andãtes armas: y al de desfazer agrauios, ſocorrer biudas, amparar donzellas, de aquellas que andauan con ſus açotes, y palafrenes, y con toda ſu virginidad acueſtas, de monte en monte, y de valle en valle: que ſino era q̃ algun follon, o algun villano de acha, y capellina, o algũ deſcomunal Gigante las forçaua, donzella huuo en los paſſados tiempos, que al cabo de ochenta años, q̃ en todos ellos no durmio vn dia debaxo de texado, ſe fue tan entera la ſepultura, como la madre que la auia parido. Digo pues, que por eſtos, y otros muchos reſpetos, es digno nueſtro gallardo Quixote, de continuas y memo-

rables alabanças: y aun a mi no se me deuen negar, por el trabajo, y diligencia q̃ puse, en buscar el fin desta agradable historia. Aũque bien se, q̃ si el cielo, el caso, y la fortuna no me ayudarã, el mundo quedara falto, y sin el passatiempo, y gusto q̃ bien casi dos horas podra tener, el q̃ cõ atẽciõ la leyere. Passò pues el hallarla en esta manera.

Estando yo vn dia en el Alcana de Toledo, llegò vn muchacho a vender vnos cartapacios, y papeles viejos a vn escudero, y como soy aficionado a leer, aunque seã los papeles rotos de las calles, lleuado desta mi natural inclinacion, tomê vn cartapacio de los q̃ el muchacho vendia, y vile con caracteres que conoci ser Arabigos. Y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduue mirando si parecia por alli algun Morisco Aljamiado que los leyesse: y no fue muy dificultoso hallar interprete semejante, pues aunq̃ le buscara de otra mejor, y mas antigua lẽgua le hallara. En fin la suerte me deparò vno, que diziendole mi desseo, y poniẽdole el libro en las manos, le abrio por medio, y leyendo vn poco en el, se començò a reyr. Preguntele, que de que se reîa? y respondiome, que de vna cosa que tenia aquel libro escrita en el margen por anotacion. Dixele, que me la dixesse, y el sin dexar la risa, dixo: Està, como he dicho, aqui en el margen escrito esto: Esta Dulcinea del Toboso, tantas vezes en esta historia referida, dizen que tuuo la mejor mano para salar puercos, q̃ otra muger de toda la Mancha. Quando yo oî dezir Dulcinea del Toboso, quedê atonito, y suspenso, porque luego se me representò q̃ aquellos cartapacios contenian la historia de don Quixote. Con esta imaginacion le di priessa que leyesse el principio: y haziendolo assi, boluiendo de improuiso el Arabigo en Castellano, dixo que dezia: Historia de dõ Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador Arabigo. Mucha discrecion fue menester

ter para dissimular el contento que recebi, quãdo llegô à mis oydos el titulo del libro: y salteandosele al sedero, comprè al muchacho todos los papeles, y cartapacios, por medio real: que si el tuuiera discrecion, y supiera lo que yo los desseaua, bien se pudiera prometer, y lleuar mas de seys reales de la compra. Aparteme luego cõ el Morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguele me boluiesse aquellos cartapacios, todos los que tratauã de don Quixote, en lengua Castellana, sin quitarles, ni añadirles nada, ofreciendole la paga que el quisiesse. Cõtentose cõ dos arrobas de passas, y dos fanegas de trigo, y prometio de traduzirlos bien, y fielmente, y cõ mucha breuedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgo, le truxe a mi casa, donde en poco mas de mes, y medio la traduxo toda, del mismo modo que aqui se refiere. Estaua en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quixote con el Vizcayno, puestos en la misma postura q̃ la historia cuenta, leuantadas las espadas, el vno cubierto de su rodela, el otro de la almohada: y la mula del Vizcayno tan al viuo, q̃ estaua mostrãdo ser de alquiler a tiro de ballesta. Tenia a los pies escrito el Vizcayno vn titulo q̃ dezia: Don Sancho de Azpetia, q̃ sin duda deuia de ser su nombre: y à los pies de Rozinante estaua otro q̃ dezia: Don Quixote. Estaua Rozinante marauillosamente pintado, tã largo, y tendido, tan atenuado, y flaco, con tanto espinazo, tan etico confirmado, que mostraua bien al descubierto con quãta aduertencia, y propiedad, se le auia puesto el nombre de Rozinante. Iunto a el estaua Sancho Pança, que tenia del cabestro a su asno: a los pies del qual estaua otro retulo, que dezia: Sancho çancas, y deuia de ser, que tenia a lo que mostraua la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las çancas largas: y por esto se le deuio de poner nombre de Pança, y de çancas,

cas,que con eſtos dos ſobrenombres le llama algunas ve zes la hiſtoria. Otras algunas menudencias auia que aduertir, pero todas ſon de poca importancia, y que no hazen al caſo a la verdadera relacion de la hiſtoria, que ninguna es mala como ſea verdadera. Si á eſta ſe le puede poner alguna obgecion cerca de ſu verdad, no podrà ſer otra, ſino auer ſido ſu autor Arabigo, ſiendo muy propio de los de aquella nacion ſer mentiroſos: aunque por ſer tan nueſtros enemigos, antes ſe puede entender auer quedado falto en ella que demaſiado. Y aſsi me parece a mi, quando pudiera, y deuiera eſtender la pluma, en las alabanças de tan buen cauallero, parece que de induſtria las paſſa en ſilencio. Coſa mal hecha, y peor penſada, auiendo, y deuiendo ſer los hiſtoriadores puntuales, verdaderos, y no nada apaſsionados, y que ni el interes, ni el miedo, el rancor, ni la aficion, no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la hiſtoria emula del tiẽpo, depoſito de las acciones, teſtigo de lo paſſado, exemplo, y auiſo de lo preſente, aduertencia de lo por venir. En eſta ſe, que ſe hallarà todo lo que ſe acertare a deſſear en la mas apazible: y ſi algo bueno en ella faltare, para mi tengo, que fue por culpa del galgo de ſu autor, antes que por falta del ſugeto. En fin ſu ſegunda parte, ſiguiendo la traducion, començaua deſta manera.

Pueſtas, y leuantadas en alto las cortadoras eſpadas de los dos valeroſos, y enojados combatientes, no parecia ſino que eſtauan amenazando al cielo, a la tierra, y al abiſmo; tal era el denuedo, y continente que tenian. Y el primero q̃ fue a deſcargar el golpe, fue el colerico Vizcayno: el qual fue dado con tanta fuerça, y tanta furia, q̃ a no boluerſele la eſpada en el camino, aquel ſolo golpe fuera baſtante para dar fin a ſu rigüroſa contienda, y á todas las auenturas de nueſtro cauallero: mas la buena ſuerte que para mayores coſas le tenia guardado, torciò la eſ

pada

pada de su contrario, de modo, que aunque le acertò en el ombro yzquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, lleuandole de camino gran parte de la zelada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruyna vino al suelo, dexandole muy mal trecho. Valame Dios, y quien serâ aquel que buenamente pueda cõtar aora, la rabia que entrò en el coraçon de nuestro Manchego, viẽdose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fue de manera, que se alçò de nueuo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el Vizcayno, acertandole de lleno sobre la almohada, y sobre la cabeça, que sin ser parte tã buena defensa, como si cayera sobre el vna montaña, comenςô a echar sangre por las narizes, y por la boca, y por los oydos, y á dar muestras de caer de la mula abaxo, de donde cayera sin duda, sino se abraçara con el cuello: pero con todo esso sacò los pies de los estribos, y luego soltò los braços, y la mula espantada del terrible golpe, dio a correr por el campo, y á pocos corcobos dio cõ su dueño en tierra. Estauaselo con mucho sossiego mirando dõ Quixote: y como lo vio caer, saltò de su cauallo, y con mucha ligereza se llegò a el, y poniendole la punta de la espada en los ojos, le dixo que se rindiesse, sino que le cortaria la cabeça. Estaua el Vizcayno tan turbado, que no podia responder palabra, y el lo passara mal, segun estaua ciego don Quixote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo auian mirado la pendencia, no fueran adonde estaua, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hiziesse tan gran merced, y fauor, de perdonar la vida á aquel su escudero. A lo qual don Quixote respondio, con mucho entono, y grauedad: Por cierto fermosas señoras, yo soy muy contento de hazer lo que me pedis, mas ha de ser con vna condicion, y concierto: y es, que este cauallero me ha de prometer de yr al lugar

del

del Toboſo, y preſẽtarſe de mi parte ante la ſin par doña Dulcinea, para que ella haga dello lo que mas fuere de ſu voluntad: La temeroſa, y deſconſolada ſeñora, ſin entrar en cuenta de lo que don Quixote pedia, y ſin preguntar quien Dulcinea fueſſe, le prometieron que el eſcudero haria todo aquello que de ſu parte le fueſſe mandado. Pues en fè de eſſa palabra, yo no le hare mas daño, pueſto que me lo tenia bien merecido.

Cap. X. De lo que mas le auino a don Quixote con el Vizcayno, y del peligro en que ſe vio con vna turba de Yangueſes.

YA en eſte tiempo ſe auia leuantado Sancho Pança, algo maltratado de los moços de los Frayles, y auia eſtado atento a la batalla de ſu ſeñor don Quixote, y rogaua a Dios en ſu coraçon, fueſſe ſeruido de darle vitoria, y que en ella ganaſſe alguna Inſula de donde le hizieſſe Gouernador, cõmo ſe lo auia prometido. Viendo pues ya acabada la pẽdencia, y que ſu amo boluia a ſubir ſobre Rozinante, llegò a tenerle el eſtribo: y antes que ſubieſſe ſe hincò de rodillas delante del, y aſsiendole de la mano ſe la beſò, y le dixo: Sea vueſtra merced ſeruido, ſeñor don Quixote mio, de darme el gouierno de la Inſula que en eſta riguroſa pendencia ſe ha ganado, que por grande que ſea, yo me ſiento con fuerças de ſaberla gouernar, tal, y tan bien, como otro que aya gouernado Inſulas en el mundo. A lo qual reſpondio don Quixote, aduertid hermano Sancho, que eſta auentura, y las à eſtas ſemejantes, no ſon auenturas de Inſulas, ſino de encruzijadas, en las quales no ſe gana otra coſa que ſacar rota la cabeça, o vna oreja menos. Tened paciencia, que auenturas ſe ofrẽ

cerán

teran, donde no solamẽte os pueda hazer Gouernador, sino mas adelante. Agradecioselo mucho Sancho, y besandole otra vez la mano, y la falda de la loriga, le ayudò a subir sobre Rozinante, y el subio sobre su asno, y començò a seguir a su señor, que a passo tirado, sin despedirse, ni hablar mas con las del coche, se entrô por vn bosque que alli junto estaua. Seguiale Sancho, a todo el trote de su jumento: pero caminaua tanto Rozinante, que viẽdose quedar atras, le fue forçoso dar vozes a su amo, que se aguardasse. Hizolo assi don Quixote, teniendo las riendas a Rozinante, hasta que llegasse su cansado escudero, el qual en llegando le dixo: Pareceme señor, q̃ seria acertado yrnos a retraer à alguna Iglesia, que segũ quedò mal trecho aquel con quien os combatistes, no serâ mucho que den noticia del caso a la santa Hermandad, y nos prendan: y á fê que si lo hazen, que primero que salgamos de la carcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dixo don Quixote, y donde has visto tu, o leydo jamas, que cauallero andante aya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios que huuiesse cometido. Yo no se nada de omecillos, respondio Sancho, ni en mi vida le catê a ninguno: solo sê, que la santa Hermandad tiene q̃ ver con los que pelean en el campo, y en essotro no me entremeto. Pues no tengas pena amigo, respondio don Quixote, que yo te sacarè de las manos de los Caldeos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, has tu visto mas valeroso cauallero que yo, en todo lo descubierto de la tierra? Has leydo en historias otro que tenga, ni aya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseuerar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondio Sancho, que yo no he leydo ninguna historia jamas, porque ni se leer, ni escreuir: mas lo que osaré apostar, es, que mas atreuido amo que vuestra merced, yo no le he seruido en

todos

todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atreuĩ mientos no se paguen donde tengo dicho. Lo q̃ le ruego a vuestra merced, es, q̃ se cure, q̃ le va mucha sangre de essa oreja, q̃ aqui traygo hilas, y vn poco de vnguẽto blã co en las alforjas. Todo esso fuera bien escusado, respon dio don Quixote, si a mi se me acordara de hazer vna re doma del balsamo de Fierabras, q̃ con sola vna gota, se ahorraran tiẽpo, y medicinas. Que redoma, y q̃ balsamo es esse, dixo Sancho Pança? Es vn balsamo, respondio dõ Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, cõ el qual no ay q̃ tener temor a la muerte, ni ay pensar mo rir de ferida alguna. Y assi, quãdo yo le haga, y te le dé, no tienes mas q̃ hazer, sino, q̃ quando vieres q̃ en alguna batalla me hã partido por medio del cuerpo (como muchas vezes suele acontecer:) bonitamente la parte del cuerpo que huuiere caydo en el suelo, y con mucha soti leza, antes q̃ la sangre se yele, la pondras sobre la otra mi tad q̃ quedare en la silla, aduirtiendo de encaxallo ygual mente, y al justo. Luego me darâs a beuer solos dos tragos del balsamo q̃ he dicho, y verasme quedar mas sano q̃ vna mençana. Si esso ay, dixo Pança, yo renuncio desde aqui el gouierno de la prometida Insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos, y buenos seruicios, sino q̃ vuestra merced me dê la receta de esse estremado licor, q̃ para mi tengo q̃ valdra la onça adonde quiera, mas de a dos reales, y no he menester yo mas, para passar esta vida honrada, y descansadamente. Pero es de saber aora, si tiene mucha costa el hazelle? Con menos de tres reales se pueden hazer tres azũbres, respondio dõ Quixote. Pecador de mi, replicò Sancho, pues a q̃ aguarda vuestra merced a hazelle, y â enseñarmele? Calla amigo, respondio don Quixote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hazerte: y por aora curemonos, q̃ la oreja me duele mas de lo que yo quisiera.

ra. Sacó Sancho de las alforjas hilas, y vnguento: mas quando don Quixote llegò a ver rota su zelada, péso per der el juyzio, y puesta la mano en la espada, y alçãdo los ojos al cielo, dixo: Yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y à los santos quatro Euangelios, dóde mas largamente estã escritos, de hazer la vida q̃ hizo el gran de Marques de Mantua, quãdo jurô de vengar la muerte de su sobrino Baldouinos; q̃ fue, de no comer pan a mãteles, ni cõ su muger folgar, y otras cosas, q̃ aũque dellas no me acuerdo, las doy aqui por expressadas, hasta tomar entera vẽgança del q̃ tal desaguisado me fizo. Oyẽdo esto Sancho, le dixo: Aduierta vuestra merced, señor don Quixote, q̃ si el cauallero cumpliò lo que se le dexò ordenãdo, de yrse a presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya aura cũplido cõ lo q̃ deuia, y no merece otra pena, sino comete nueuo delito. Has hablado, y apũtado muy bien, respondio dõ Quixote, y assi anulo el juramento, en quãto lo q̃ toca a tomar del nueua vengãça: pero hagole, y cõfirmole de nueuo, de hazer la vida q̃ he dicho, hasta tanto q̃ quite por fuerça otra zelada, tal, y tã buena cõmo esta à algũ cauallero. Y no pienses Sãcho, q̃ assi a humo de pajas hago esto, q̃ bien tengo aquiẽ imitar en ello, q̃ esto mismo passô al pie de la letra sobre el y elmo de Mambrino, q̃ tan caro le costò a Sacripante. Que dê al diablo vuestra merced tales juramẽtos, señor mio, replicò Sãcho, q̃ son muy en daño đ la salud, y muy en perjuyzio de la conciencia. Sino digame aora, si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con zelada, q̃ hemos de hazer, hase de cumplir el juramento, a despecho de tantos inconuenientes, è incomodidades, como serâ el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias, que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, que vuestra merced quiere reualidar aora? Mire vuestra merced

bien

bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros, y carreteros, que no solo no traẽ zeladas, pero quiça no las han oydo nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en esso, dixo don Quixote, porque no auremos estado dos horas por estas encruzijadas, quando veamos mas armados que los que vinierõ sobre Albraca, a la conquista de Angelica la Bella. Alto pues, sea asi, dixo Sancho, y â Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta Insula que tan cara me cuesta, y muerame yo luego. Ya te he dicho Sancho, que no te de esso cuydado alguno, q̃ quando faltare Insula, aî estâ el Reyno de Dinamarca, o el de Sobradisa, que te vendran como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te deues mas alegrar. Pero dexemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en essas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde aloxemos esta noche, y hagamos el balsamo que te he dicho, porq̃ yo te voto a Dios, que me va doliendo mucho la oreja. Aqui trayo vna cebolla, y vn poco de queso, y no se quãtos mendrugos de pan, dixo Sancho, pero no son manjares que pertenecen a tan valiẽte cauallero como vuestra merced. Que mal lo entiendes, respondio don Quixote: hagote saber Sancho, que es honra de los caualleros andantes, no comer en vn mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas a mano: y esto se te hiziera cierto, si huuieras leydo tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relaciõ de que los caualleros andantes comiessen, sino era a caso, y en algunos suntuosos banquetes que les hazian, y los demas dias se los passauan en flores. Y aunque se dexa entender, q̃ no podian passar sin comer, y sin hazer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien, que andando lo

mas

mas del tiempo de su vida por las florestas, y despoblados, y sin cozinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rusticas, tales como las que tu aora me ofreces. Assi que Sancho amigo, no te congoje lo que a mi me da gusto, ni quieras tu hazer mundo nueuo, ni sacar la caualleria andante de sus quicios. Perdoneme vuestra merced, dixo Sancho, que como yo no se leer, ni escreuir, como otra vez he dicho, no se ni he caydo en las reglas de la professsion caualleresca, y de aqui adelante yo proueere las alforjas de todo genero de fruta seca para vuestra merced, q̃ es cauallero: y para mi las proueere, pues no lo soy, de otras cosas bolatiles, y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicò don Quixote, que sea forçoso a los caualleros andãtes, no comer otra cosa sino essas frutas que dizes, sino que su mas ordinario sustento deuia de ser dellas, y de algunas yeruas que hallauan por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondio Sancho, conocer essas yeruas, que segun yo me voy imaginando, algun dia serâ menester vsar de esse conocimiento Y sacando en esto, lo que dixo q̃ trahia, comieron los dos en buena paz, y compaña. Pero desseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha breuedad su pobre, y seca comida. Subieron luego a cauallo, y dieronse priessa por llegar a poblado antes que anochecieste: pero faltoles el Sol, y la esperança de alcançar lo que desseauan, junto à vnas choças de vnos cabreros, y assi determinaron de passarla alli: q̃ quanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar â poblado, fue de contento para su amo, dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia, era hazer vn acto possessiuo que facilitaua la prueua de su caualleria.

Cap. XI. De lo que le sucedio a don Quixote con vnos cabreros.

FVe recogido de los cabreros con buen animo, y auiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado à Rozinante, y â su jumento, se fue tras el olor que despedian de si ciertos tassajos de cabra, que hiruiendo al fuego en vn caldero estauan, y aunque el quisiera en aquel mismo punto, ver si estauan en saçon de trasladarlos del caldero al estomago, lo dexò de hazer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiēdo por el suelo vnas pieles de ouejas, adereçaron con mucha priessa su rustica mesa, y combidaron à los dos, con muestras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sentaronse â la redonda de las pieles seys dellos, que eran los que en la majada auia: auiendo primero con grosseras ceremonias rogado a don Quixote que se sentasse sobre vn dornajo que buelto del reues le pusieron. Sentose don Quixote, y quedauase Sancho en pie para seruirle la copa, que era hecha de cuerno. Viendole en pie su amo, le dixo: Porque veas Sancho el bien que en si encierra la andante caualleria, y quā a pique estan los que en qualquiera ministerio della se exercitan, de venir breuemente a ser honrados, y estimados del mundo, quiero que aqui à mi lado, y en compañia desta buena gente te sientes, y que seas vna misma cosa conmigo, que soy tu amo, y natural señor; que comas en mi plato, y beuas por donde yo beuiere: porque de la caualleria andāte se puede dezir lo mismo que del Amor se dize, que todas las cosas yguala. Gran merced, dixo Sancho, pero se dezir à vuestra merced, que como yo tuuiesse bien de comer, tan bien, y mejor me lo comeria

meria en pie, y à mis solas, como sentado à par de vn Emperador. Y aun si va â dezir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon, sin melindres, ni respetos, aunque sea pan, y cebolla, que los gallipauos de otras mesas, donde me sea forçoso mascar despacio, beuer poco, limpiarme à menudo, no estornudar, ni toser, si me viene gana, ni hazer otras cosas que la soledad, y la libertad traen consigo. Asi que señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro, y aderente de la caualleria andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conuiertalas en otras cosas que me sean de mas comodo, y prouecho que estas (aũque las doy por bien recebidas) las renuncio para desde aqui al fin del mundo. Con todo esso te has de sentar, porque à quien se humilla Dios le ensalça, y asiendole por el braço, le forçò à que junto â el se sentasse. No entendian los cabreros aquella gerigonça de escuderos, y de caualleros andãtes, y no hazian otra cosa que comer, y callar, y mirar à sus huespedes, que con mucho donayre, y gana embaulauan tassajo como el puño. Acabado el seruicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas auellanadas, y juntamente pusieron vn medio queso, mas duro que si fuera hecho de argamassa. No estaua en esto ocioso el cuerno, porque andaua â la redonda tan a menudo (ya lleno, ya vazio) como arcaduz de noria, que con facilidad vazió vn zaque, de dos ꝗ estauan de manifiesto. Despues que don Quixote huuo bien satisfecho su estomago, tomó vn puño de bellotas en la mano, y mirandolas atentamente, soltò là voz a semejantes razones: Dichosa edad, y siglos dichosos aquellos, â quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcançasse en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los ꝗ

en ella viuian, ignorauan estas dos palabras de Tuyo, y Mio. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes, à nadie le era necessario, para alcançar su ordinario sustento, tomar otro trabajo, que alçar la mano, y alcançarle de las robustas enzinas, que liberalmente les estauan combidando con su dulce, y saçonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnifica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los arboles, formauan su republica las solicitas, y discretas abejas, ofreciendo à qualquiera mano, sin interes alguno, la fertil cosecha de su dulcissimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de si, sin otro artificio que el de su cortesia, sus anchas, y liuianas cortezas, con que se començaron a cubrir las casas sobre rusticas estacas sustentadas, no mas q̃ para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad. todo concordia: aun no se auiá atreuido la pesada reja del corbo arado â abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forçada, ofrecia por todas las partes de su fertil, y espacioso seno, lo que pudiesse hartar, sustentar, y deleytar à los hijos que entonces la posseîan. Entonces si, q̃ andauan las simples, y hermosas çagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trença, y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente, lo q̃ la honestidad quiere, y ha querido siẽpre que se cubra, y no eran sus adornos de los que aora se vsan, a quien la purpura de Tyro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos, y yedra, entretexidas, con lo que quiça yuan tan pomposas, y compuestas, como van aora nuestras cortesanas con las raras, y peregrinas inuenciones, q̃ la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decorauã los cõcetos amorosos del alma, simple, y senzillamen-

zillamente, del mismo modo, y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No auia la fraude, el engaño, ni la malicia, mezclandose con la verdad, y llaneza. La justicia se estaua en sus propios terminos, sin que la osassen turbar, ni ofender los del fauor, y los del interesse, que tanto aora la menoscaban, turban, y persiguen. La ley del encaxe, aun no se auia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no auia que juzgar, ni quien fuesse juzgada. La donzellas, y la honestidad andauan, como tengo dicho, por donde quiera, sola, y señora, sin temor que la agena desemboltura, y lasciuo intento la menoscabassẽ, y su perdicion nacida de su gusto, y propia voluntad. Y aora en estos nuestros detestables siglos, no està segura ninguna, aunque la oculte, y cierre otro nueuo laberinto como el de Creta, porq̃ alli por los resquicios, o por el ayre, con el zelo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia, y les haze dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyò la orden de los caualleros andantes, para defender las donzellas, amparar las biudas, y socorrer a los huerfanos, y à los menesterosos. Desta orden soy yo hermanos cabreros, aquien agradezco el agassajo, y buen acogimiento que hazeys a mi, y à mi escudero: que aunq̃ por ley natural, estan todos los que viuen obligados a fauorecer â los caualleros andantes, toda via por saber, q̃ sin saber vosotros esta obligaciō, me acogistes, y regalastes, es razon, que con la voluntad a mi posible, os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (q̃ se pudiera muy bien escusar) dixo nuestro cauallero, porque las bellotas que le dierō, le truxerō a la memoria la edad dorada: y antojosele hazer aquel inutil razonamiento a los cabreros, que sin respondelle palabra, embobados, y suspensos

pensos le estuuierõ escuchando. Sancho, asi mismo callaua, y comia bellotas, y visitaua muy a menudo el segundo zaque, que porque se enfriasse el vino, le tenian colgado de vn alcornoque. Mas tardò en hablar dõ Quixote, que en acabarse la cena: al fin de la qual, vno delos cabreros dixo: Para que con mas veras pueda vuestra merced dezir, señor cauallero andante, que le agassajamos con pronta, y buena voluntad, queremos darle solaz, y contento, con hazer, q̃ cante vn compañero nuestro, que no tardarâ mucho en estar aqui: el qual es vn zagal muy entendido, y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer, y escreuir, y es musico de vn rabel, que no ay mas que dessear. Apenas auia el cabrero acabado de dezir esto, quando llegò a sus oydos el son del rabel, y de alli a poco llegò el que le tañia, que era vn moço de hasta veynte, y dos años, de muy buena gracia. Preguntaronle sus compañeros, si auia cenado, y respondiendo, q̃ si, el que auia hecho los ofrecimientos, le dixo: De essa manera Antonio, bien podras hazernos placer de cãtar vn poco, porque vea este señor huesped, que tenemos, quien tambien por los montes, y seluas ay quien sepa de musica. Hemosle dicho tus buenas habilidades, y desseamos que las muestres, y nos saques verdaderos: y asi te ruego, por tu vida, que te sientes, y cantes el Romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, q̃ en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondio el moço, y sin hazerse mas de rogar, se sentò en el tronco de vna desmochada enzina, y templando su rabel, de alli a poco con muy buena gracia començò a cantar, diziendo desta manera.

ANTONIO.

YO se Olalla que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho,
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amorios.
Por que se que eres sabida,
En que me quieres me afirmo,
Que nunca fue desdichado
Amor que fue conocido.
Bien es verdad, que tal vez
Olalla, me has dado indicio;
Que tienes de bronze el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas alla entre tus reproches.
Y honestissimos desuios,
Tal vez la esperança muestra
La orilla de su vestido.
Abalançase al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesia,
De la que tienes colijo,
Que el fin de mis esperanças,
Ha de ser qual imagino.
Y si son seruicios parte
De hazer vn pecho benigno;

Algunos de los que he hecho
Fortalezen mi partido.
Porque si has mirado en ello,
Mas de vna vez auras visto,
Que me he vistido en los Lunes,
Lo que me honraua el Domingo.
Como el amor, y la gala
Andan vn mismo camino,
En todo tiempo a tus ojos
Quise mostrarme polido.
Dexo el baylar por tu causa,
Ni las musicas te pinto,
Que has escuchado a deshoras,
Y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanças,
Que de tu belleza he dicho,
Que aunque verdaderas, hazen,
Ser yo de algunas mal quisto:
Teresa del Berrocal,
Yo alabandote, me dixo,
Tal piensa que adora vn Angel,
Y viene à adorar à vn gimio.
Merced a los muchos dixes,
Y a los cabellos postizos,
Y à hipocritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.
Desmentila, y enojose,
Boluio por ella su primo,

Desa-

Desafiome, y ya sabes
Lo que yo hize, y el hizo.
No te quiero yo a monton,
Ni te pretendo, y te siruo,
Por lo de barragania,
Que mas bueno es mi designio.
Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo,
Pon tu cuello en la gamella,
Veràs como pongo el mio.
Donde no, desde aqui juro
Por el santo mas bendito,
De no salir destas sierras,
Sino para Capuchino.

CON esto dio el cabrero fin a su canto, y aũque don Quixote le rogò que algo mas cantasse, no lo cõsintio Sancho Pança, porque estaua mas para dormir, que para oyr canciones. Y assi dixo a su amo: Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego, â donde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que passen las noches cantando. Ya te entiendo Sancho, le respondio dõ Quixote, que bien se me trasluze, que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño, que de musica. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respõdio Sancho. No lo niego replicò don Quixote, pero acomodate tu donde quisieres, que los de mi profession mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo esso, seria bien Sancho, que me bueluas a curar esta oreja, q̃ me va

va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo q̃ se le mandaua. Y viendo vno de los cabreros la herida, le dixo, que no tuuiesse pena, que el pódria remedio con que facilmente se sanasse. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por alli auia, las mascò, y las mezclò con vn poco de sal, y aplicandoselas a la oreja, se la vendò muy bien, assegurandole, que no auia menester otra medicina, y assi fue la verdad.

Cap. XII. De lo que conto vn cabrero a los que estauan con don Quixote.

ESTando en esto, llegò otro moço delos que les traian del aldea el bastimento, y dixo: Sabeys lo que passa enel lugar compañeros? Como lo podemos saber, respondio vno dellos. Pues sabed, prosiguio el moço, que murio esta mañana, aquel famoso pastor estudiante llamado Grisostomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moça de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en habito de pastora por essos andurriales. Por Marcela diras; dixo vno? Por essa digo, respondio el cabrero: Y es lo bueno, que mandò en su testamento, que le enterrassen en el campo, como si fuera Moro, y que sea al pie de la peña, donde està la fuente del alcornoque: porque segun es fama, y el dizen, que lo dixo, aquel lugar es adonde el la vio la vez primera. Y tambien mandò otras cosas tales, que los Abades del pueblo, dizen que no se han de cumplir, ni es bien que se cũplan, porque parecen de Gentiles. A todo lo qual, respóde aquel gran su amigo Ambrosio, el estudiante, q̃ tambien se vistio de pastor con el, que se ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dexò mandado Grisostomo, y so

bre

bre esto anda el pueblo alborotado, mas a lo que se dize, en fin, se harà lo que Ambrosio, y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen â enterrar con gran pompa, adonde tengo dicho. Y tengo para mi, que ha de ser cosa muy de ver, alomenos yo no dexarê de yr a verla, si supiesse no boluer mañana al lugar. Todos haremos lo mismo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes aquien ha de quedar à guardar las cabras de todos. Bien dizes Pedro, dixo, aunque no serà menester vsar de essa diligencia, que yo me quedarê por todos: y no lo atribuyas a virtud, y a poca curiosidad mia, sino a que no me dexa andar el garrancho, que el otro dia me passò este pie. Con todo esso te lo agradecemos, respódio Pedro. Y don Quixote rogò a Pedro le dixesse, que muerto era aquel, y q̃ pastora aquella. A lo qual Pedro respondio, que lo que sabia era, que el muerto era vn hijodalgo rico, vezino de vn lugar que estaua en aquellas sierras, el qual auia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los quales auia buelto a su lugar, con opinion de muy sabio, y muy leydo. Principalmente dezian, que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo q̃ passan allà en el cielo, el Sol, y la Luna, porque puntualmente nos dezia el cris del Sol, y de la Luna. Eclipse se llama amigo, que no cris, el escurecerse essos dos luminares mayores, dixo don Quixote. Mas Pedro, no reparando en niñerias, prosiguiô su cuento, diziendo: Assi mismo adeuinaua, quando auia de ser el año abundante, o estil. Esteril quereys dezir amigo, dixo don Quixote? Esteril, o estil, respondio Pedro, todo se sale allà. Y digo, que cō esto que dezia, se hizieron su padre, y sus amigos q̃ le dauan credito, muy ricos, porque hazian lo que el les acōsejaua, diziendoles: Sembrad este año ceuada, no trigo: en este podeys sembrar garuanços, y no ceuada: el que viene serâ de guilla de azeyte: los tres siguientes no se

cogerá

cogerá gota. Essa ciencia se llama Astrologia, dixo don Quixote. No se yo como se llama replicò Pedro, mas se que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente, no passaron muchos meses, despues que vino de Salamanca, quãdo vn dia remanecio vestido de pastor, con su ganado, y pellico, auiendose quitado los habitos largos, que como escolar traìa, y juntamente se vistio con el de pastor, otro su grande amigo llamado Ambrosio, que auia sido su cõpañero en los estudios. Oluidauaseme de dezir, como Grisostomo el difunto fue grãde hombre de componer coplas, tanto que el hazia los villancicos para la noche del nacimiẽto del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representauan los moços de nuestro pueblo, y todos dezian, que eran por el cabo. Quando los del lugar vieron tan de improuiso vestidos de pastores a los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adiuinar la causa que les auia mouido a hazer aquella tã estraña mudança. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisostomo, y el quedò heredado en mucha cantidad de hazienda, ansi en muebles, como en rayzes, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor, y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo qual quedò el moço señor desoluto, y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero, y caritatiuo, y amigo de los buenos, y tenia vna cara como vna bendicion. Despues se vino à entender, que el auerse mudado de trage, no auia sido por otra cosa, que por andarse por estos despoblados, empos de aquella pastora Marcela, que nuestro çagal nombrô denantes, del la se auia enamorado el pobre difunto de Grisostomo. Y quiero os dezir aora, porque es bien que lo sepays, quien es esta rapaza, quiça, y aun sin quiça, no aureys oydo semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque viuays mas años que Sarna. Dezid Sarra, replicò don Quixote, no pudiendo sufrir

el tro-

el trocar de los vocablos del cabrero. Harto viue la sarna, respondio Pedro, y si es señor que me aueys de andar çaheriẽdo à cada passo los vocablos, no acabaremos en vn año. Perdonad amigo, dixo don Quixote, que por auer tanta diferencia de sarna à Sarra, os lo dixe, pero vos respondistes muy biẽ, porque viue mas sarna que Sarra, y proseguid vuestra historia, que no os replicarê mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra aldea huuo vn labrador, aun mas rico q̃ el padre de Grisostomo, el qual se llamaua Guillermo, y al qual dio Dios, amen de las muchas, y grandes riquezas, vna hija, de cuyo parto murio su madre, que fue la mas honrada muger que huuo en todos estos cõtornos: no parece sino que aora la veo con aquella cara, que del vn cabo tenia el Sol, y del otro la Luna, y sobre todo hazendosa, y amiga de los pobres, por lo que creo que deue de estar su anima a la hora de hora, gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger, murio su marido Guillermo, dexando a su hija Marcela muchacha, y rica, en poder de vn tio suyo Sacerdote, y Beneficiado en nuestro lugar. Crecio la niña con tanta belleza, que nos hazia acordar de la de su madre, que la tuuo muy grande, y con todo esto se juzgaua que se auia de passar la de la hija. Y assi fue, que quando llegò à edad de catorze á quinze años, nadie la miraua, que no bendezia â Dios que tan hermosa la auia criado, y los mas quedauan enamorados, y perdidos por ella. Guardauala su tio con mucho recato, y con mucho encerramiento: pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura, se estendio de manera, que assi por ella, como por sus muchas riquezas, no solamẽte de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas à la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado, ê importunado su tio se la diesse por muger: Mas el (que a las dere

chas

chas es buen Christiano) aunque quisiera casarla luego, assi como la via de edad, no quiso hazerlo sin su consentimiento, sin tener ojo a la ganancia, y grangeria q̃ le ofrecia el tener la hazienda de la moça, dilatando su casamiento. Y à fê que se dixo esto en mas de vn corrillo en el pueblo en alabança del buen sacerdote. Que quiero q̃ sepa señor andante, que en estos lugares cortos, de todo se trata, y de todo se murmura. Y tened para vos, como yo tengo para mi, q̃ deuia de ser demasiadamente bueno el clerigo, que obliga a sus feligreses à que digan biẽ del, especialmente en las aldeas. Assi es la verdad, dixo don Quixote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos buen Pedro, le contays con muy buena gracia. La del Señor no me falte, q̃ es la que haze al caso. Y en lo demas sabreys, que aũque el tio proponia à la sobrina, y le dezia las calidades de cada vno en particular, de los muchos que por muger la pedian, rogandole que se casasse, y escogiesse à su gusto, jamas ella respondio otra cosa, sino que por entonces no queria casarse, y que por ser tã muchacha no se sentia abil para poder lleuar la carga del matrimonio. Con estas que daua, al parecer justas escusas, dexaua el tio de importunarla, y esperaua à que entrasse algo mas en edad, y ella supiesse escoger cõpañia a su gusto: Porque dezia el, y dezia muy bien; que no auian de dar los padres à sus hijos estado contra su volũtad. Pero hetelo aqui, quando no me cate, que remanece vn dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio, ni todos los del pueblo, q̃ se lo desaconsejauan, dio en yrse al campo, con las demas çagalas del lugar, y dio en guardar su mismo ganado. Y assi como ella salio en publico, y su hermosura se vio al descubierto, no os sabre buenamente dezir, quantos ricos mancebos, hidalgos, y labradores, han tomado el trage de Grisostomo, y la andan requebrando por essos campos. Vno de los

quales

quales,como ya està dicho,fue nuestro difunto,del qual dezian,que la dexaua de querer,y la adoraua. Y no se piẽ se,que porque Marcela se puso en aquella libertad, y vida tan suelta,y de tan poco,o de ningun recogimiento,q̃ por esso ha dado indicio, ni por semejas,q̃ venga en menoscabo de su honestidad,y recato:antes es tanta,y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de quantos la siruen,y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podra alabar,que le aya dado alguna pequeña esperãça de alcançar su desseo. Que puesto,que no huye, ni se esquiua de la compañia, y conuersacion de los pastores, y los trata cortês,y amigablemente, en llegando a descubrirle su intencion qualquiera dellos,aunque sea tan justa, y santa, como la del matrimonio ,los arroja de si como con vn trabuco. Y con esta manera de condicion,haze mas daño en esta tierra,que si por ella entrara la pestilencia,porque su afabilidad,y hermosura atrae los coraçones de los q̃ la tratan à seruirla,y â amarla : pero su desden,y desengaño,los cõduce a terminos de deseperarse: y assi no sabẽ q̃ dezirle,sino llamarla â vozes cruel,y desagradecida, con otros titulos â este semejante, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aqui estuuiessedes señor algun dia,veriades resonar estas sierras,y estos valles,con los lamentos de los desengañados q̃ la siguen . No està muy lexos de aqui vn sitio, donde ay casi dos dozenas de altas hayas,y no ay ninguna que en su lisa corteza no tenga grauado , y escrito el nombre de Marcela , y encima de alguna vna corona grauada en el mismo arbol, como si mas claramente dixera su amante , que Marcela la lleua , y la merece de toda la hermosura humana . Aqui suspira vn pastor, alli se quexa otro , aculla se oyen amorosas canciones , aca desesperadas endechas. Qual ay,que passa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna enzina,o peñasco,y

co,y alli sin plegar los llorosos ojos,embeuecido,y trans portado en sus pensamientos,le hallò el Solâ la mañana. Y qual ay, que sin dar vado, ni tregua à sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del Verano,tẽ dido sobre la ardiente arena, embia sus quexas al piadoso cielo: y deste; y dè aquel, y de aquellos, y destos, libre, y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos, estamos esperando en q̃ ha de parar su altiuez, y quiẽ ha de ser el dichoso que ha de venir a domeñar cõdiciõ tan terrible, y gozar de her mosura tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan aueriguada verdad,me lo doy à entender,que tãbien lo es la que nuestro çagal dixo, que se dezia de la causa de la muerte de Grisostomo. Y assi os aconsejo señor, q̃ no dexeys de hallaros mañana a su entierro, q̃ serà muy de ver, porq̃ Grisostomo tiene muchos amigos,y no està deste lugar,â aquel donde manda enterrarse, media legua. En cuydado me lo tengo,dixo don Quixote,y agra dezcoos el gusto que me aueys dado con la narraciõ de tan sabròso cuento. O, replicò el cabrero, aun no se yo la mitad de los casos sucedidos à los amantes de Marcela,mas podria ser que mañana topassemos en el camino algun pastor que nos los dixesse: y por aora bien serà q̃ os vays á dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida,puesto q̃ es tal la medicina que se os ha puesto,q̃ no ay que temer de contrario accidente. Sancho Pança,q̃ ya daua al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitò por su parte,q̃ su amo se entrasse à dormir en la choça de Pedro. Hizolo assi, y todo lo mas de la noche se le passò en memorias de su señora Dulcinea, à imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Pança se acomodó entre Rozinante, y su jumento, y durmio no como enamorado desfauorecido, sino como hõbre molido à cozes.

Cap.

Cap. XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucessos.

MAS Apenas començó a descubrirse el dia por los valcones del Oriente, quando los cinco de los seys cabreros se leuantaron, y fueron a despertar a don Quixote, y a dezille si estaua toda via con proposito de yr a ver el famoso entierro de Grisostomo, y que ellos le harian compañia. Don Quixote, que otra cosa no desseaua, se leuantò, y mandó a Sancho que ensillasse, y enalbardasse al momento, lo qual el hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no huuieron andado vn quarto de legua, quando al cruzar de vna senda, vieron venir hazia ellos hasta seys pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabeças con guirnaldas de cypres, y de amarga adelfa. Traîa cada vno vn gruesso baston de azebo en la mano. Venian con ellos asi mesmo dos gentiles hombres de a cauallo, muy bien adereçados de camino, con otros tres moços de apie, que los acompañauan. En llegandose a juntar, se saludaron cortesmente: y preguntandose los vnos a los otros donde yuan, supieron que todos se encaminauan al lugar del entierro, y asi comen çaron a caminar todos juntos. Vno de los de acauallo, hablando con su compañero le dixo: Pareceme señor Viualdo, que auemos de dar por bien empleada la tardança, que hizieremos en ver este famoso entierro, que no podra dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado estrañezas, asi del muerto pastor, como de la pastora homicida. Asi me lo parece a mi, respondio Viualdo: y no digo yo hazer tardança de vn dia, pero de

quatro la hiziera, à truecó de verle. Preguntoles don Quixote, que era lo que auian oydo de Marcela, y de Grisostomo. El caminante dixo, que aquella madrugada auian encontrado con aquellos pastores, y que por auerlesvisto en aquel tan triste trage, les auiã preguntado la ocasion porque yuan de aquella manera, que vno dellos se lo contò: contando la estrañeza, y hermosura de vna pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requestauan, con la muerte de aquel Grisostomo, â cuyo entierro yuan. Finalmente, el contò todo lo que Pedro â don Quixote auia contado. Cessò esta platica, y començose otra, preguntando el que se llamaua Viualdo, a don Quixote, que era la ocasion que le mouia à andar armado de aquella manera por tierra tan pacifica? A lo qual respondio don Quixote: La profession de mi exercicio no consiente, ni permite que yo ande de otra manera: El buen passo, el regalo, y el reposo, allà se inuentò para los blandos cortesanos: mas el trabajo, la inquietud, y las armas, solo se inuentaron, è hizieron, para aquellos que el mundo llama caualleros andantes, de los quales, yo annque indigno, soy el menor de todos. Apenas le oyeron esto, quando todos le tuuieron por loco. Y por aueriguarlo mas, y ver que genero de locura era el suyo, le tornò a preguntar Viualdo, que queria dezir caualleros andantes? No han vuestras mercedes leydo, respondio don Quixote, los anales ê historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del Rey Arturo, que continuamente en nuestro Romance Castellano llamamos, el Rey Artus, de quien es tradiciõ antigua, y comun en todo aquel Reyno de la gran Bretaña, que este Rey no murio, sino que por arte de encantamento se conuirtio en cueruo, y que andãdo los tiempos ha de boluer â reynar, y à cobrar su Reyno, y cetro. A cuya causa no se prouará que desde aquel tiempo a este,

aya

aya ningun Ingles muerto cueruo alguno. Pues en tiẽpo deste buẽn Rey fue instityda aquella famosa orden de cauallería, de los caualleros de la tabla Redonda, y passaron sin faltar vn punto, los amores que alli se cuentan, de don Lançarote del Lago, con la Reyua Ginebra, siendo medianera dellos, y sabidora, aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nacio aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de Nunca fuera cauallero de damas tan bien seruido, como fuera Lançarote quando de Bretaña vino. Con àquel progresso tan dulce, y tan suaue, de sus amorosos, y fuertes fechos. Pues desde entonces, de mano en mano fue aquella orden de caualleria estendiendose, y dilatandose por muchas, y diuersas partes del mundo: y en ella fueron famosos, y conocidos por sus fechos, el valiente Amadis de Gaula, con todos sus hijos, y nietos, hasta la quinta generacion: y el valeroso Felixmarte de Hircania: y el nunca como se deue alabado Tirante el Blanco: y casi que en nuestros dias, vimos, y comunicamos, y oymos al inuencible, y valeroso cauallero don Belianis de Grecia. Esto pues señores es ser cauallero andante, y la que he dicho, es la orden de su caualleria. En la qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profession, y lo mismo que professaron los caualleros referidos professo yo: y assi me voy por estas soledades, y despoblados, buscando las auenturas, con animo deliberado de ofrecer mi braço, y mi persona, a la mas peligrosa que la suerte me depararé, en ayuda de los flacos, y menesterosos. Por estas razones que dixo, acabaron de enterarse los caminantes, que era don Quixote falto de juyzio, y del genero de locura que lo señoreaua, de lo qual recibieron la misma admiracion, que recebian todos aquellos que de nueuo venian en conocimiento della. Y Viualdo, que era persona muy dis-

creta, y de alegre condicion, por passar sin pesadumbre el poco camino que dezian que les faltaua, al llegar a la sierra del entierro, quiso darle ocasion a que passasse màs adelante con sus disparates. Y asi le dixo: Pareceme, señor cauallero andante, que vuestra merced ha professado vna de las mas estrechas professiones que ay en la tierra: y tengo para mi, que aun la de los Frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondio nuestro don Quixote, pero tan necessaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va a dezir verdad, no haze menos el soldado que pone en execucion lo que su Capitan le manda, que el mismo Capitan que se lo ordena. Quiero dezir, que los religiosos con toda paz, y sossiego, piden al cielo el bien de la tierra: pero los soldados, y caualleros, ponemos en execucion lo que ellos piden, defendiendola con el valor de nuestros braços, y filos de nuestras espadas. No debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del Sol en el Verano, y de los erizados yelos del Inuierno. Assi, que somos ministros de Dios en la tierra, y braços por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las a ella tocantes, y concernientes, no se pueden poner en execucion, sino sudando, afanando, y trabajando excesiuamente, siguese, que aquellos que la professan, tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sossegada paz, y reposo, estan rogando a Dios, fauorezca a los que poco pueden. No quiero yo dezir, ni me passa por pensamiento, que es tan buen estado el de cauallero andante, como el del encerrado religioso, solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso, y mas aporreado, y mas hambriento, y sediento, miserable, roto, y piojoso, por-

que

que no ay duda, ſino que los caualleros andantes paſſados paſſaron mucha malauentura en el diſcurſo de ſu vida. Y ſi algunos ſubieron à ſer Emperadores por el valor de ſu braço, à fê que les coſtò buen porque de ſu ſangre, y de ſu ſudor: y que ſi â los que á tal grado ſubierõ les faltaran encantadores, y ſabios que los ayudaran, q̃ ellos quedaran bien defraudados de ſus deſſeos, y bien engañados de ſus eſperanças. De eſſe parecer eſtoy yo, replicò el caminante: pero vna coſa entre otras muchas me parece muy mal de los caualleros ãdãtes, y es, que quando ſe veen en ocaſion de acometer vna grande, y peligroſa auentura, en que ſe vee manifieſto peligro de perder la vida, nunca en aquel inſtante de acometella ſe acuerdan de encomendarſe à Dios, como cada Chriſtiano eſtâ obligado à hazer en peligros ſemejantes: antes ſe encomiendan à ſus damas con tanta gana, y deuoció, como ſi ellas fueran ſu Dios: coſa que me parece que huele algo a Gentilidad. Señor, reſpondio don Quixote, eſſo no puede ſer menos en ninguna manera, y caeria en mal caſo el cauallero andante que otra coſa hizieſſe, que ya eſtâ en vſo, y coſtumbre en la caualleria andanteſca, que el cauallero andante que al acometer algun gran fecho de armas, tuuieſſe ſu ſeñora delãte, buelua á ella los ojos, blanda, y amoroſamente, como q̃ le pide con ellos le fauorezca, y ampare en el dudoſo trance que acomete. Y aun ſi nadie le oye, eſtà obligado á dezir algunas palabras entre dientes, en que de todo coraçon ſe le encomiende, y deſto tenemos inumerables exemplos en las hiſtorias. Y no ſe ha de entender por eſto, que hã de dexar de encomendarſe à Dios, que tiempo, y lugar les queda para hazerlo en el diſcurſo de la obra. Con todo eſſo, replicò el caminante, me queda vn eſcrupulo, y es, que muchas vezes he leydo, que ſe trauan palabras entre dos andantes caualleros, y de vna en otra ſe les viene

a encender la colera, y a boluer los cauallos, y a tomar vna buena pieça del campo, y luego sin mas, ni mas, a todo el correr dellos, se bueluen a encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan a sus damas: y lo que suele suceder del encuentro, es, que el vno cae por las ancas del cauallo, passado con la lança del contrario de parte a parte: y al otro le viene tambien, que a no tenerse a las crines del suyo, no pudiera dexar de venir al suelo. Y no se yo, como el muerto tuuo lugar para encomendarse a Dios, en el discurso desta tan acelerada obra. Mejor fuera, que las palabras que en la carrera gastò, encomendandose a su dama, las gastara en lo que deuia, y estaua obligado como Christiano. Quanto mas, que yo tengo para mi, que no todos los caualleros andantes tienen damas a quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Esso no puede ser, respondio don Quixote: Digo que no puede ser, que aya cauallero andante sin dama, porque tan propio, y tan natural les es a los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas. Y a buen seguro que no se aya visto historia, donde se halle cauallero andante sin amores: y por el mesmo caso que estuuiesse sin ellos, no seria tenido por legitimo cauallero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caualleria dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador, y ladron. Con todo esso, dixo el caminante, me parece (si mal no me acuerdo) auer leydo, que dõ Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuuo dama señalada a quien pudiesse encomendarse: y con todo esto, no fue tenido en menos, y fue vn muy valiente y famoso cauallero. A lo qual respondio nuestro don Quixote: Señor, vna golondrina sola no haze Verano. Quanto mas, que yo se, que de secreto estaua esse cauallero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer a todas bien, quantas bien le parecian, era condicion natural, a quien no podia yr a la

ma-

mano. Pero en resoluciõ, aueriguado está muy bien, que el tenia vna sola, aquien el auia hecho señora de su volun tad, a la qual se encomendaua muy a menudo, y muy secretamente, porque se preció de secreto cauallero. Luego si es de essencia, que todo cauallero andante, aya de ser enamorado (dixo el caminante) bien se puede creer, que vuestra merced lo es, pues es de la professiõn. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo, le suplico en nombre de toda esta compañia, y en el mio nos diga el nombre, patria, calidad, y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa, de que todo el mundo sepa, que es querida, y serbida de vn tal cauallero como vuestra merced parece. Aqui dio vn gran suspiro don Quixote, y dixo: Yo no podre afirmar si la dulce mi enemiga, gusta, o no, de que el mũdo sepa q̃ yo la siruo, solo se dezir (respondiendo a lo, que con tanto comedimiento se me pide) que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, vn lugar de la Mancha: su calidad por lo menos, ha de ser de Princesa, pues es Reyna, y señora mia. Su hermosura sobre humana, pues en ella se vienen a hazer verdaderos todos los impossibles, y quimericos atributos de belleza, que los Poetas dan a sus damas. Que sus cabellos son oro, su frente campos Eliseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mexillas rosas, sus labios corales: perlas sus dientes, alabastro su cuello, marmol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieue: y las partes que a la vista humana encubrio la honestidad, son tales, segun yo pienso, y entiendo, que solo la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas. El linage, prosapia, y alcurnia, querriamos saber, replicó Viualdo. A lo qual respondio don Quixote: No es de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones Romanos, ni de los modernos Colonas, y Vrsinos: ni de los Moncadas, y Requesenes de Ca-

talufia: ni menos de los Rebellas, y Villanouas de Valẽcia, Palafoxes, Nuças, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Vrreas, Fozes, y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendoças, y Guzmanes de Castilla: Alencastros, Pallas, y Meneses de Portugal: pero es de los del Toboso de la Mancha, linage, aunque moderno, tal que puede dar generoso principio à las mas ilustres familias de los venideros siglos: y no se me replique en esto, sino fuere con las condiciones que puso Cerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que dezia: Nadie las mueua, que estar no pueda con Roldan a prueua. Aunq̃ el mio es de los Cachopines de Laredo, respondio el caminante, no le osarê yo poner con el del Toboso de la Mancha: puesto que para dezir verdad, semejante apellido, hasta aora no ha llegado à mis oydos. Como esso no aura llegado, replicò don Quixote. Con gran atencion yuan escuchando todos los demas la platica de los dos: y aun hasta los mismos cabreros, y pastores, conocieron la demasiada falta de juyzio de nuestro dõ Quixote. Solo Sancho Pança pensaua, que quanto su amo dexia era verdad, sabiendo el quien era, y auiendole conocido desde su nacimiento. Y en lo que dudaua algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porq̃ nunca tal nombre, ni tal Princesa, auia llegado jamas à su noticia, aũque viuia tan cerca del Toboso. En estas platica yuan, quando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hazian, baxauan hasta veynte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados cõ guirnaldas, que à lo que despues parecio, eran qual de Texo, y qual de Cipres. Entre seys dellos traîan vnas andas, cubiertas de mucha diuersidad de flores, y de ramos. Lo qual visto por vno de los cabreros dixo: Aq̃llos que alli vienen, son los que traen el cuerpo de Grisostomo: y el pie de aquella montaña es el lugar donde el

mandô

mandò que le enterrassen. Por esto se dieron priessa â llegar, y fue a tiempo, que ya los que venian auian puesto las andas en el suelo: y quatro dellos con agudos picos estauan cauando la sepultura à vn lado de vna dura peña. Recibieronse los vnos, y los otros cortésmente: y luego don Quixote, y los que con el venian, se pusieron à mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores vn cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treynta años: y aunque muerto, mostraua, q̃ viuo auia sido de rostro hermoso, y de disposicion gallarda. Al rededor del tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos, y cerrados. Y asi los que esto mirauan, como los que abrian la sepultura, y todos los demas que alli auia, guardauan vn marauilloso silencio. Hasta que vno de los que al muerto truxeron, dixo a otro: Mirâ bien Ambrosio, si es este el lugar que Grisostomo dixo, ya que quereys, que tan puntualmente se cumpla lo que dexò mandado en su testamento. Este es, respondio Ambrosio, que muchas vezes en el me contò mi desdichado amigo, la historia de su desuentura. Alli me dixo el, que vio la vez primera â aquella enemiga mortal del linage humano: y alli fue tambien, donde la primera vez le declarò su pensamiento tan honesto como enamorado: y alli fue la vltima vez, donde Marcela le acabò de desengañar, y desdeñar, de suerte que puso fin â la tragedia de su miserable vida. Y aqui, en memoria de tãtas desdichas, quiso el que le depositassen en las entrañas del eterno oluido. Y boluiendose à don Quixote, y â los caminantes, prosiguio, diziendo: Esse cuerpo, señores, que con piadosos ojos estays mirando, fue depositario de vn alma, en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas: Esse es el cuerpo de Grisostomo, que fue vnico en el ingenio, solo en la cortesia, estremo en la gentileza, fenix en la amistad, magnifico sin tassa,

graue ſin preſuncion, alegre ſin baxeza: y finalmente, pri mero en todo lo que es ſer bueno, y ſin ſegùndo en todo lo que fue ſer deſdichado. Quiſo bien, fue aborrecido: adorò, fue deſdeñado: rogó â vna fiera, importunò a vn marmol, corrio tras el viento, dio vozes a la ſoledad, ſiruio â la ingratitud, de quien alcançò por premio, ſer deſpojos de la muerte en la mitad de la carrera de ſu vida. A la qual dio fin vna paſtora, â quien el procuraua eterni zar, para que viuiera en la memoria de las gentes: qual lo pudieran moſtrar bien eſſos papeles que eſtays mirãdo, ſi el no me huuiera mãdado que los entregarà al fuego, en auiendo entregado ſu cuerpo à la tierra. De mayor rigor, y crueldad vſareys vos con ellos, dixo Viual do, que ſu miſmo dueño, pues no es juſto, ni acertado, que ſe cumpla la volũtad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable diſcurſo. Y no le tuuiera bueno Auguſto Ceſar, ſi cõſintiera que ſe puſiera en execuciõ, lo que el diuino Mantuano dexò en ſu teſtamento mandado. Aſsi que, ſeñor Ambroſio, ya que deys el cuerpo de vueſtro amigo à la tierra, no querays dar ſus eſcritos al oluido, que ſi el ordenò como agrauiado, no es biẽ que vos cumplays como indiſcreto: antes hazed, dando la vida à eſtos papeles, que la tenga ſiempre la crueldad de Marcela, para que ſirua de exemplo en los tiempos q̃ eſtan por venir à los viuientes, para que ſe aparten, y huyan de caer en ſemejantes deſpeñaderos; que ya ſe yo, y los que aqui venimos, la hiſtoria deſte vueſtro enamorado, y deſeſperado amigo, y ſabemos la amiſtad vueſtra, y la ocaſion de ſu muerte, y lo que dexò mandado al acabar de la vida: de la qual lamentable hiſtoria, ſe puede ſacar, quãto aya ſido la crueldad de Marcela, el amor de Griſoſtomo, la fê de la amiſtad vueſtra, con el paradero que tienen los que â rienda ſuelta corren por la ſenda que el deſuariado amor delante de los ojos les pone.

A no-

A noche supimos la muerte de Grisostomo, y que en es te lugar auia de ser enterrado, y assi de curiosidad, y de lastima, dexamos nuestro derecho viage, y acordamos de venir à ver con los ojos, lo que tanto nos auia lastimado en oyllo: y en pago desta lastima, y del desseo q̃ en nosotros nacio de remedialla, si pudieramos, te rogamos, o discreto Ambrosio (alomenos, yo te lo suplico de mi parte) que dexando de abrasar estos papeles, me dexes lleuar algunos dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiesse, alargò la mano, y tomò algunos de los que mas cerca estauan, viendo lo qual Ambrosio, dixo: Por cortesia, consentirê que os quedeys señor con los que ya aueys tomado, pero pensar que dexarè de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Viualdo, que desseaua ver lo que los papeles dezian, abrio luego el vno dellos, y vio que tenia por titulo: Cancion desesperada. Oyolo Ambrosio, y dixo: Esse es el vltimo papel que escriuio el desdichado, y porque veays señor, en el termino que le tenian sus desuẽturas, leelde de modo que seays oydo, que bien os darà lugar á ello, el que se tardare en abrir la sepultura. Esso hare yo de muy buena gana, dixo Viualdo: y como todos los circunstantes tenian el mismo desseo, se le pusieron à la redonda, y el leyendo en voz clara, vio que assi dezia.

(?)

Cap. XIIII. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucessos.

CANCION DE GRISOSTOMO.

YA que quieres cruel que se publique
De lengua en lengua, y de vno en otra gente
Del aspero rigor tuyo la fuerça:
Harè que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio vn son doliente,
Con que el vso comun de mi voz tuerça.
Y al par de mi desseo, que se esfuerça
A dezir mi dolor, y tus hazañas,
De la espantable voz yrà el acento,
Y en el mezcladas, por mayor tormento,
Pedaços de las miserias entrañas.
Escucha pues, y presta atento oydo,
No al concertado son, sino al ruydo,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Lleuado de vn forçoso desuario,
Por gusto mio sale, y tu despecho.
El rugir del Leon, del Lobo fiero
El temeroso aullido, el siluo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algun monstruo: el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable.
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la biuda tortolilla
El sentible arrullar, el triste canto
Del embidiado buho, con el llanto

De

De toda la infernal negra quadrilla.
Salgan con la doliente anima fuera,
Mezclados en vn son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mi se halla,
Para contarla pide nueuos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo, oyran los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las oliuas:
Que alli se esparziran mis duras penas,
En altos riscos, y en profundos huecos,
Con muerta lengua, y con palabras viuas.
O ya en escuros valles, o en esquiuas
Playas, desnudas de contrato humano,
O a donde el sol jamas mostrò su lumbre,
O entre en la venenosa muchedumbre
De fieras, que alimenta el Nilo llano,
Que puesto que en los paramos desiertos,
Los ecos roncos de mi mal inciertos,
Suenen con tu rigor, tan sin segundo,
Por priuilegio de mis cortos hados,
Seran lleuados por el ancho mundo.
Mata vn desden, atierra la paciencia,
O verdadera, o falsa vna sospecha,
Matan los zelos con rigor mas fuerte:
Desconcierta la vida larga ausencia,
Contra vn temor de oluido no aprouecha
Firme esperança de dichosa suerte.
En todo ay cierta ineuitable muerte,
Mas yo (milagro nunca visto) viuo
Zeloso, ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el oluido en quien mi fuego auiuo.

Y entre tantos tormentos, nunca alcança
Mi vista a ver en sombra a la esperança,
Ni yo desesperado la procuro,
Antes por estremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
Puedese por ventura en vn instante
Esperar, y temer? o es bien hazello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
Tengo, si el duro zelo està delante
De cerrar estos ojos? si he de vello
Por mil heridas, en el alma abiertas?
Quien no abrira de par en par las puertas
A la desconfiança, quando mira
Descubierto el desden? y las sospechas,
(O amarga conuersion) verdades hechas,
Y la limpia verdad, buelta en mentira?
O en el Reyno de amor, fieros tyranos
Zelos, ponedme vn hierro en estas manos,
Dame desden vna torcida soga,
Mas ay de mi, que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen suceßo en la muerte, ni en la vida,
Pertinaz estarè en mi fantasia:
Dirè, que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
A la de amor antigua tyrania.
Dirè que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
Y que su oluido de mi culpa nace,
Y que en fee de los males que nos haze
Amor su Imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinion, y vn duro lazo.

Acelerando el miserable plazo,
A que me han conduzido sus desdenes,
Ofrecerè a los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro, o palma de futuros bienes.
Tu, que con tantas sin razones muestras
La razon que me fuerça a que la haga,
A la cansada vida que aborrezco:
Pues ya ves que te da notorias muestras,
Esta del coraçon profunda llaga,
De como alegre a tu rigor me ofrezco.
Si por dicha conocès que merezco,
Que el cielo claro de tus bellos ojos,
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas,
Al darte de mi alma los despojos.
Antes con risa en la ocasion funesta,
Descubre, que el fin mio fue tu fiesta,
Mas gran simpleza es auisarte desto,
Pues se que està tu gloria conocida,
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tantalo con su sed, Sisifo venga
Con el peso terrible de su canto.
Ticio trayga su buytre, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto,
Y todos juntos, su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baxa,
(Si ya a vn desesperado son deuidas)
Canten obsequias, tristes, doloridas
Al cuerpo, a quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras, y mil mostruos

Llenen el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece vn amador difunto.
Cancion desesperada, no te quexes,
Quando mi triste compañia dexes,
Antes pues que la causa do naciste,
Con mi desdicha aumentas su ventura,
Aumente en la sepultura no estes triste.

BIen les parecio a los que escuchado auian la cancion de Grisostomo, puesto que el que la leyo, dixo, que no le parecia, que conformaua con la relacion que el auia oydo del recato, y bondad de Marcela, porque en ella se quexaua Grisostomo de zelos, sospechas, y de ausencia, todo en perjuyzio del buen credito, y buena fama de Marcela. A lo qual respondio Ambrosio (como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo): Para que señor os satisfagays dessa duda, es bien que sepays, que quando este desdichado escriuio esta cancion, estaua ausente de Marcela, de quien se auia ausentado por su voluntad, por ver si vsaua con el la ausencia de sus ordinarios fueros. Y como al enamorado ausente, no ay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dè alcance: assi le fatigauan a Grisostomo los zelos imaginados, y las sospechas temidas, como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona, de la bondad de Marcela: la qual, fuera de ser cruel, y vn poco arrogante, y vn mucho desdeñosa, la mesma embidia, ni deue, ni puede ponerla falta alguna. Assi es la verdad, respondio Viualdo, y queriendo leer otro papel de los que auia reseruado del fuego, lo estoruó vna marauillosa vision (que tal parecia ella) que improuisamente seles ofrecio a los ojos: y fue, que por cima de la peña donde se cauaua la sepultura, pa

reciò

recio la paſtora Marcela, tan hermoſa que paſſaua a ſu fama ſu hermoſura. Los que haſta entonces no la auiã viſto, la mirauan con admiracion, y ſilencio: y los que ya eſtauan acoſtumbrados à verla, no quedaron menos ſuſpenſos que los que nunca la auian viſto. Mas á penas la huuo viſto Ambroſio, quando con mueſtras de animo indignado, le dixo: Vienes a ver por ventura, o fiero baſiliſco deſtas montañas, ſi con tu preſencia viertẽ ſangre las heridas deſte miſerable, a quien tu crueldad quitó la vida? O vienes à vſanarte en las crueles hazañas de tu condicion? O à ver deſde eſſa altura, como otro deſapiadado Nero, el incendio de ſu abraſada Roma? O à piſar arrogante eſte deſdichado cadauer, como la ingrata hija al de ſu padre Tarquino? Dinos preſto a lo què vienes, o que es aquello de que mas guſtas, que por ſaber yo, que los penſamientos de Griſoſtomo, jamas dexaron de obedecerte en vida, harê, que aun el muerto, te obedezcan los de todos aquellos que ſe llamaron ſus amigos? No vengo, o Ambroſio, a ninguna coſa de las que has dicho, reſpondio Marcela, ſino a boluer por mi miſma, y à dar a entender, quan fuera de razon van todos aquellos que de ſus penas, y de la muerte de Griſoſtomo me culpan: y aſsi ruego a todos los que aqui eſtays, me eſteys atentos, que no ſerá meneſter mucho tiempo, ni gaſtar muchas palabras, para perſuadir vna verdad à los diſcretos. Hizome el cielo, ſegun voſotros dezis, hermoſa, y de tal manera, que ſin ſer poderoſos a otra coſá, à que me ameys, os mueue mi hermoſura. Y por el amor que me moſtrays, dezis, y aun quereys que eſté yo obligada à amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoſo es amable: mas no alcanço, que por razon de ſer amado, eſtè obligado lo que es amado por hermoſo, à amar à quien le ama. Y mas, que podria acontecer, que el amador

mador de lo hermoso fuesse feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el dezir; Quiero te por hermosa hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran ygualmente las hermosuras, no por esso han de correr yguales los desseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad. Que si todas las bellezas enamorassen, y rindiessen, seria vn andar las voluntades confusas, y descaminadas, sin saber en qual auian de parar: porque siendo infinitos los sujetos hermosos: infinitos auian de ser los desseos, y segun yo he oido dezir, el verdadero amor no se diuide, y ha de ser volũtario, y no forçoso. Siendo esto assi, como yo creo que lo es, porque quereys que rinda mi voluntad por fuerça, obligada no mas, de q̃ dezis que me quereys bien? Sino de dezidme, si como el cielo me hizo hermosa, me hiziera fea, fuera justo que me quexara de vosotros, porque no me amauades? Quanto mas, que aueys de considerar, que yo no escogi la hermosura que tengo, que tal qual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y assi como la vibora no merece ser culpada por la ponçoña, que tiene, puesto que con ella mata, por auersela dado naturaleza: tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, o como la espada aguda, que ni el quema, ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra, y las virtudes, son adornos del alma, sin las quales el cuerpo aunque lo sea, no deue de parecer hermoso. Pues si la honestidad es vna de las virtudes, que al cuerpo y alma mas adornan, y hermosean, porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intencion de aquel que por solo su gusto, con todas sus fuerças, é industrias, procura, que la pierda? Yo naci libre, y para poder viuir libre, escogi la soledad de los campos. Los arboles destas

mon-

montañas son mi compañia,las claras aguas destos arroyos mis espejos:con los arboles,y con las aguas comunico mis pensamientos, y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lexos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras. Y si los desseos se sustentan con esperanças, no auiendo yo dado alguna a Grisostomo, ni a otro alguno el fin de ninguno dellos, bien se puede dezir,que antes le matò su porfia, que mi crueldad. Y si se me haze cargo, que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaua obligada a corresponder a ellos,digo, que quando en esse mismo lugar donde aora se caua su sepultura,me descubriò la bondad de su intencion,le dixe yo,que la mia era viuir en perpetua soledad,y de que sola la tierra gozasse el fruto de mi recogimiento,y los despojos de mi hermosura : y si el con todo este desengaño,quiso porfiar contra la esperança, y nauegar contra el viento, que mucho que se anegasse en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuuiera, fuera falsa. si le contentara, hiziera contra mi mejor intencion, y prosupuesto. Porfió desengañado : desesperó sin ser aborrecido, mirad aora si serà razon, que de su pena se me de a mi la culpa? Quexese el engañado: desesperese aquel aquien le faltaron las prometidas esperanças: confiesse el que yo llamare, hufanese el q̃ yo admitiere : pero no me llame cruel,ni homicida,aquel aquel a quiẽ yo no prometo,engaño, llamo, ni admito. El cielo aun hasta aora no ha querido, que yo ame por destino, y el pensar, que tengo de amar por elecion, es escusado. Este general desengaño, sirua a cada vno de los que me solicitan, de su particular prouecho : y entiendase de aqui adelante que si alguno por mi muriere, no muere de zeloso, ni desdichado,porque quien a nadie quiere a ninguno deue dar zelos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me lla-

ma fiera, y basilisco, dexeme como cosa perjudicial, y mala: el que me llama ingrata, no me sirua: el que desco nocida, no me conozca: quien cruel, no me siga: q̃ esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los buscarà, seruirà, conocerá, ni seguirâ en ninguna manera. Que si a Grisostomo matò su impaciencia, y arrojado desseo, porque se ha de culpar mi honesto proceder, y recato? Si yo conseruo mi limpieza con la compañia de los arboles, porque ha de querer que la pierda, el que quiere que la tenga con los hombres? Yo como sabeys, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas. Tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme, ni quiero, ni aborrezco a nadie. No engaño a este, ni solicito aquel, ni burlo con vno, ni me entretengo con el otro. La conuersacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuydado de mis cabras me entretiene. Tienen mis desseos por termino estas montañas: y si de aqui salen, es a contemplar la hermosura del cielo, passos con que camina el alma a su morada primera. Y en diziendo esto, sin querer oyr respuesta alguna, boluio las espaldas, y se entrò por lo mas cerrado de vn monte que alli cerca estaua, dexando admirados tanto de su discrecion, como de su hermosura, a todos los que alli estauã. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estauan heridos) de quererla seguir, sin aprouecharse del manifiesto desengaño, q̃ auian oydo. Lo qual visto por dõ Quixote, pareciendole q̃ alli venia bien vsar de su caualleria, socorriendo a las donzellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas, é intelegibles vozes, dixo: Ninguna persona de qualquier estado, y cõdiciõ q̃ sea, se atreua à seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignaciõ mia. Ella ha mostrado con claras razones la poca, o ninguna culpa que ha tenido en la muerte de

te de Grisostomo, y quan agena viue de condescender con los desseos de ninguno de sus amantes: a cuya causa, es justo, que en lugar de ser seguida, y perseguida, sea hon rada, y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra, que en el ella es sola la que con tan honesta inten cion viue. O ya que fuesse por las amenazas de don Qui xote, o porque Ambrosio les dixo, que concluyessen con lo que a su buen amigo deuian, ninguno de los pasto res se mouio, ni apartò de alli, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisostomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lagrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con vna gruessa peña, en tanto, que se acabaua vna losa, que segun Ambrosio dixo, pensaua mandar hazer, con vn epitafio que auia de dezir desta manera.

Yaze aqui de vn amador
El misero cuerpo elado,
Que fue pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murio a manos del rigor
De vna esquiua hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tirania de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores, y ramos: y dando todos el pesame a su amigo Ambrosio, se despidieron del. Lo mesmo hizieron Viualdo, y su compañero; y don Quixote se despidio de sus huespedes, y de los caminantes, los quales le rogaron se viniesse con ellos a Seuilla, por ser lugar tan acomodado a hallar auenturas, que en cada calle, y tras cada esquina se ofrecē mas q̃ en otro alguno. Dō Quixote les agradecio el auiso, y el animo, que mostrauan de hazerle merced, y dixo, que por entonces no queria, ni deuia yr a Se-

tilla, hasta que huuiesse despojado todas aquellas sierras de ladrones Malandrines, de quien era fama que todas estauan llenas. Viendo su buena determinació, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornandose á despedir de nueuo le dexaron, y prosiguieron su camino, en el qual no les faltò de que tratar, assi de la historia de Marcela, y Grisostomo, como de las locuras de don Quixote: el qual determinò de yr â buscar à la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que el podia en su seruicio. Mas no le auino como el pensaua, segun se cuenta enel discurso desta verdadera historia, dando aqui fin la segunda parte.

(?)

TERCERA PARTE DEL INGENIOSO Hidalgo don Quixote de la Mancha.

Cap. XV. Donde se cuenta la desgraciada auentura que se topò don Quixote, en topar con vnos desalmados Yangueses.



VENTA El sabio Cide Hamete Venengeli, que assi como don Quixote se despidio de sus huespedes, y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisostomo: el y su escudero se entraron por el mesmo bosque, donde vieron, que se auia entrado la pastora Marcela. Y auiendo andado mas de dos horas por el buscandola por todas partes sin poder hallarla, vinieron a parar a vn prado lleno de fresca yerua, junto del qual corria vn arroyo apazible, y fresco: tanto, que combidó, y forçò a passar alli las horas de la siesta, que rigurosamente començaua ya a entrar. Apearonse don Quixote, y Sancho, dexando al jumento, y a Rozinante a sus anchuras pacer de la mucha yerua que alli auia dieron saco a las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz, y compañia amo, y moço comieron, lo que en ellas hallaron. No se hauia curado Sancho de echar sueltas a Rozinante, seguro de que le conocia por tan manso, y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Cordoua no le hizieran tomar mal si

niestro. Ordenó pues la suerte, y el diablo, que no todas vezes duerme, que andauan por aquel valle paciendo vna manada de hacas Galicianas, de vnos arrieros Yangueses: de los quales es costumbre sestear con su recua en lugares, y sitios de yerua, y agua. Y aquel donde acertô a hallarse don Quixote, era muy a proposito de los Yangueses. Sucedio pues, que a Rozinante le vino en dessseo de refocilarse con las señoras facas: y saliendo assi co mo las olio de su natural passo, y costumbre, sin pedir licencia a su dueño, tomô vn trotillo algo picadillo, y se fue a comunicar su necessidad con ellas. Mas ellas, que a lo, que parecio, deuian de tener mas gana de pacer, que de al, recibieronle con las herraduras, y con los dientes, de tal manera, que a poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedò sin silla en pelota. Pero lo, que el deuio mas de sentir fue, que viendo los harrieros la fuerça, que a sus yeguas se les hazia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo. Ya en esto don Quixote, y Sancho (q̃ la paliza de Rozinante auian visto) llegauan hijadeando. Y dixo dõ Quixote a Sancho: A lo que yo veo amigo Sancho, estos no son caualleros, sino gente soez, y de baxa ralea: Digolo, porque bien me puedes ayudar a tomar la deuida vengança del agrauio, que delante de nuestros ojos se le ha hecho a Rozinante. Que diablos de vengança hemos de tomar, respondio Sancho, si estos son mas de veynte, y nosotros no mas de dos, y aun quiça nosotros, sino vno, y medio. Yo valgo por ciento, replico don Quixote, y sin hazer mas discursos echò mano a su espada, y arremetio a los Yangueses, y lo mesmo hizo Sancho Pança, incitado, y mouido del exemplo de su amo. Y a las primeras, dio don Quixote vna cuchillada a vno, que le abrio vn sayo de cuero de que venia vestido con gran parte de la espalda. Los Yangueses que se vieron maltra

tar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron a sus estacas, y cogiendo a los dos en medio, començaron a menudear sobre ellos con grande ahinco, y vehemécia. Verdad es, que al segundo toque, dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le auino a don Quixote, sin que le valiesse su destreza, y buen animo. Y quiso su ventura, que viniesse a caer a los pies de Rozinante, que aun no se auia leuantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rusticas, y enojadas. Viendo pues los Yangueses, el mal recado, que auian hecho, con la mayor presteza, que pudieron cargaron su recua; y siguieron su camino, dexando a los dos auentureros de mala traça, y de peor talante. El primero, que se resintio, fue Sancho Pança, y hallandose junto a su señor, có voz enferma, y lastimada dixo: Señor don Quixote? a señor don Quixote? Que quieres Sancho hermano, respondio don Quixote, con el mismo tono afeminado, y doliente, que Sancho. Querria si fuesse posible, respondio Sancho Pança, que vuestra merced me diesse dos tragos de aquella beuida del feo Blas, si es, que la tiene vuestra merced aî a mano, quiça será de prouecho para los quebrantamientos de huessos, como lo es para las feridas. Pues a tenerla yo aqui, desgraciado yo, que nos faltaua, respondio dó Quixote: Mas, yo te juro Sancho Pança, a fè de cauallero andante que antes, que passen dos dias (si la fortuna no ordena otra cosa) la tengo de tener en mi poder, o mal me han de andar las manos. Pues en quantos le parece a vuestra merced, que podremos mouer los pies, replicò Sancho Pança. De mi se dezir (dixo el molido cauallero dó Quixote) q̃ no sabre poner termino a essos dias: Mas yo me té go culpa de todo, que no auia de poner mano a la espada contra hombres, q̃ no fuessen armados caualleros como yo. Y assi creo que en pena de auer passado las leyes de la

caua

caualleria, ha permitido el Dios de las batallas, que se me diesse este castigo: por lo qual hermano Sancho, conuiene q̃ estes aduertido en esto q̃ aora te dire, porq̃ importa mucho a la salud de entrambos: y es, que quando veas que semejante canalla nos haze algun agrauio, no aguardes a que yo ponga mano al espada para ellos, porque no lo harè en ninguna manera, sino pon tu mano a tu espada y castigalos muy a tu sabor, que si en su ayuda, y defensa acudieren caualleros, yo te sabre defender, y ofendellos con todo mi poder, que ya auras visto por mil señales, y experiencias, hasta adonde se estiende el valor de este mi fuerte braço. (Tal quedò de arrogante el pobre señor, con el vencimiento del valiente Vizcayno). Mas no le parecio tambien a Sancho Pança, el auiso de su amo, que dexasse de responder, diziendo: Señor, yo soy hombre pacifico, mãso, sossegado, y se disimular qualquiera injuria, porque tengo muger, y hijos que sustentar, y criar. Assi, que seale a vuestra merced tambien auiso (pues no puede ser mandato) que en ninguna manera pondre mano a la espada, ni contra villano, ni contra cauallero. Y que desde aqui para delante de Dios, perdono quantos agrauios me han hecho, y han de hazer: ora me los aya hecho, o haga, o aya de hazer persona alta, o baxa, rico, o pobre, hidalgo, o pechero, sin aceptar estado, ni condicion alguna. Lo qual oydo por su amo, le respondio: Quisiera tener aliento para poder hablar vn poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara, tanto quanto, para darte a entender Pança, en el error en que estàs. Ven aca pecador, si el viento de la fortuna, hasta aora tan contrario, en nuestro fauor se buelue, llenãdonos las velas del desseo, para que seguramente, y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las insulas que te tengo prometida: que seria de ti, si ganandola yo, te hiziesse señor della, pues lo vendras a imposibili

tor por no ser cauallero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu señorio; Porque has de saber, que en los Reynos, y prouincias nueuamente conquistados, nunca estan tan quietos los animos de sus naturales, ni tan de parte del nueuo señor, que no se tenga temor, de que han de hazer alguna nouedad, para alterar de nueuo las cosas, y boluer como dizen, a prouar ventura: y assi es menester, que el nuêuo possessor tenga entendimiento para saberse gouernar, y valor para ofender, y defenderse en qualquier acontecimiento. En este que aora nos ha acontecido, respondio Sancho, quisiera yo tener esse entendimiento, y esse valor, que vuestra merced dize: mas yo le juro afè de pobre hombre, que mas estoy para bizmas, que para platicas. Mire vuestra merced si se puede leuantar, y ayudaremos a Rozinante, aunque no lo merece, porque el fue la causa principal de todo este molimiento. Iamas tal crey de Rozinante, que le tenia por persona casta, y tan pacifica como yo. En fin, biẽ dizen, q̃ es menester mucho tiẽpo para venir a conocer las personas: y que no ay cosa segura en esta vida. Quien dixera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas, como vuestra merced dio a aquel desdichado cauallero andante, auia de venir por la posta, y en seguimiento suyo, esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas Sancho, replicò don Quixote, deuen de estar hechas a semejantes nublados, pero las mias criadas entre sinabafas, y olandas, claro està que sentiran mas el dolor desta desgracia. Y sino fuesse porque imagino (que digo imagino) se muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al exercicio de las armas, aqui me dexaria morir de puro enojo. A esto replicò el escudero: Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caualleria, digame vuestra merced, si suceden muy a menu-

menudo, o si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece a mi, que a dos cosechas quedaremos inutiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sabete amigo Sancho, respondio don Quixote, que la vida de los caualleros andantes està sujeta a mil peligros, y desuenturas: y ni mas, ni menos està en potencia propinqua de ser los caualleros andantes, Reyes, y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos, y diuersos caualleros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudierate contar aora (si el dolor me diera lugar) de algunos, que solo por el valor de su braço, han subido a los altos grados, que he contado. Y estos mesmos, se vieron antes, y despues en diuersas calamidades, y miserias: porque el valeroso Amadis de Gaula se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por aueriguado, que le dio teniendo le preso mas de dozientos açotes con las riendas de su cauallo, atado a vna coluna de vn patio. Y aun ay vn autor secreto, y de no poco credito, que dize, que auiendo cogido al cauallero del Febo con vna cierta trampa, que se le hundio debaxo de los pies, en vn cierto castillo, y al caer se halló en vna honda sima debaxo de tierra, atado de pies, y manos, y alli le echaron vna destas que llaman melezinas de agua de nieue, y arena, de lo, que llegò muy al cabo: y sino fuera socorrido en aquella gran cuyta, de vn sabio grande amigo suyo, lo passara muy mal el pobre cauallero. Assi, que bien puedo yo passar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos passaron, que no las, que aora nosotros passamos: porque quiero hazerte sabidor Sancho, que no afrentan las heridas, que se dan con los instrumentos, que a caso se hallan en las manos. Y esto està en la ley del duelo, escrito por palabras expressas, que si el çapatero da a otro con la horma, que tie-

ne en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por esso se dirà q̃ queda apaleado aquel a quien dio cō ella. Digo esto, porque no pienses, que puesto q̃ quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traìan con que nos machacarō, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos (a lo que se me acuerda) tenia estoque, espada, ni puñal. No me dieron a mi lugar, respondio Sancho, a que mirasse en tanto, porque a penas puse mano a mi tizona, quando me santiguaron los ombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos, y la fuerça de los pies, dando conmigo a donde aora yago, y adonde no me da pena alguna, el pensar si fue afrenta o no, lo de los estacaços, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impressos en la memoria, como en las espaldas. Con todo esso, te hago saber hermano Pança, replicò don Quixote, que no ay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. Pues que mayor desdicha puede ser, replicò Pança, de aquella, que aguarda al tiempo que la cōsuma, y a la muerte que la acabe. Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con vn par de bizmas se curan, aun no tan malo: pero voy viendo, que no han de bastar todos los emplastos de vn hospital, para ponerlas en buen termino siquiera. Dexate desso, y saca fuerças de flaqueza Sancho, respondio don Quixote, que assi hare yo, y veamos como està Rozinante, que a lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No ay de que marauillar se desso, respondio Sancho, siendo el tambien cauallero andante. De lo, que yo me marauillo, es de que mi jumento aya quedado libre, y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre dexa la ventura vna puerta abierta en las desdichas, para dar remedio a ellas, dixo don Quixote. Digolo, porque essa bestezuela podra suplir

aora

aora la falta de Rozinante, lleuandome a mi desde aqui, à algun castillo, donde sea curado de mis feridas. Y mas, que no tendrê a deshonra la tal caualleria, porque me acuerdo auer leydo, que aquel buen viejo Sileno, ayo, y pedagogo del alegre Dios de la risa, quando entrò en la ciudad de las cien puertas, yua muy a su plazer cauallero sobre vn muy hermoso asno. Verdad serâ, que el deuia de yr cauallero como vuestra merced dize, respondio Sancho: pero ay grande diferencia del yr cauallero, al yr atrauessado como costal de vasura. A lo qual respondio don Quixote: Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra, que la quitan. Assi que Pança amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho, leuantate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aqui, antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oydo dezir a vuestra merced, dixo Pança, que es muy de caualleros andantes, el dormir en los paramos, y desiertos lo mas del año, y que lo tienen a mucha ventura. Esso es, dixo don Quixote, quando no pueden mas, o quando estan enamorados: y es tan verdad esto, que ha auido cauallero que se ha estado sobre vna peña, al Sol, y â la sombra, y â las inclemencias del cielo, dos años, sin que lo supiesse su señora. Y vno destos fue Amadis, quando llamandose Beltenebros, se aloxò en la peña Pobre, ni se si ocho años, o ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta. Basta que el estuuo alli, haziendo penitencia, por no se que sin sabor q̃ le hizo la señora Oriana. Pero dexemos ya esto Sancho, y acaba antes q̃ suceda otra desgracia al jumento, como a Rozinante. Aũ ahi seria el diablo, dixo Sancho, y despidiẽdo treynta ayes, y sesenta sospiros, y ciento y veynte pesetes, y reniegos de quien alli le auia traìdo, se leuantò, quedandose agouiado en la mitad del camino, como arco

co Turquesco, sin poder acabar de endereçarse: y con todo este trabajo aparejó su asno (que tambien auia andado algo distraydo con la demasiada libertad de aquel dia. Leuantó luego a Rozinante, el qual si tuuiera lengua con que quexarse, a buen seguro, que Sancho, ni su amo no le fueran en çaga. En resolucion Sancho acomodò a don Quixote sobre el asno, y puso de reata a Rozinante: y lleuando al asno de cabestro, se encaminò poco mas a menos házia donde le parecio que podia estar el càmino Real. Y la suerte, que sus cosas debien en mejor yua guian do, aun no huuo andado vna pequeña legua, quando le deparó el camino, en el qual descubrio vna venta, que a pesar suyo, y gusto de don Quixote, auia de ser castillo. Porfiaua Sancho que era venta, y su amo que nò, sino castillo: y tanto durò la porfia, que tuuieron lugar sin acabar la de llegar a ella, en la qual Sancho se entrò sin mas aueriguacion con toda su recua.

Cap. XVI. De lo que le sucedio al ingenioso hidalgo en la venta, que el imaginaua ser castillo.

EL Ventero, que vio a don Quixote atrauessado en el asno, preguntó a Sancho, que mal traía? Sancho le respondio, que no era nada, sino, que auia dado vna cayda de vna peña a baxo, y q̃ venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger a vna, no de la condicion q̃ suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritatiua, y se dolia de las calamidades de sus proximos: y assi acudio luego a curar a don Quixote: y hizo, q̃ vna hija suya donzella, muchacha, y de muy buen parecer la ayudasse a curar a su huesped. Seruia en la venta assi mesmo vna mo-

moça Asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del vn ojo tuerta, y del otro no muy sana. Verdad es, q̃ la gallardia del cuerpo suplia las d̃mas faltas. No tenia siete palmos de los pies a la cabeça, y l as espaldas q̃ algun tãto le cargauã, la hazian mirar al suelo, mas de lo q̃ ella quisiera. Esta gentil moça pues ayudò a la dõzella, y las dos hizierõ vna muy mala cama a don Quixote en vn camaranchõ, q̃ en otros tiẽpos daua manifiestos indicios q̃ auia seruido de pajar muchos años: en la qual tambien aloxaua vn harriero, q̃ tenia su cama hecha vn poco mas allà de la de nuestro don Quixote. Y aunq̃ era de las enxalmas, y mantas de sus machos, hazia mucha vẽtaja a la de don Quixote, q̃ solo contenia quatro mal lisas tablas, sobre dos no muy yguales bãcos, y vn colchõ, q̃ en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, q̃ a no mostrar q̃ erã d̃ lana por algunas roturas, al tiẽto en la dureza semejauã de guijarro, y dos sauanas hechas de cuero de adarga, y vna fraçada, cuyos hilos si se quisierã contar, no se perdiera vno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostò donQuixote: y luego la ventera, y su hija le emplastaron de arriba a baxo, alũbrandoles Maritornes, q̃ assi se llamaua la Asturiana. Y como al bizmalle viesse la ventera tan acardenalado a partes a don Quixote dixo, q̃ aquello mas parecian golpes, que cayda. No fueron golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos, y tropeçones, y que cada vno auia hecho su cardenal. Y tambien le dixo: Haga vuestra merced señora de manera que queden algunas estopas que no faltara quien las aya menester, que tãbien me duelen a mi vn poco los lomos. Dessa manera, respondio la ventera tãbien deuistes vos de caer? No cay, dixo Sancho Pança, sino q̃ del sobre salto que tomè de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mi el cuerpo, que me parece, que me han dado mil palos. Bien podria ser esso, dixo la donzella, que a mi me

ha acontecido muchas vezes, soñar, que caia de vna torre abaxo, y que nunca acabaua de llegar al suelo, y quando despertaua del sueño, hallarme tan molida, y quebrantada, como si verdaderamente huuiera caydo. Aî está el toque señora, respondio Sancho Pança, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto, que aora estoy, me hallo con pocos menos cardenales, que mi señor don Quixote. Como se llama este cauallero? preguntò la Asturiana Maritornes. Don Quixote de la Mancha, respondio Sancho Pança, y es cauallero auenturero, y de los mejores, y mas fuertes, que de luengos tiempos aca se han visto en el mundo. Que es cauallero auenturero? replicò la moça Tan nueua soys en el mundo, que no lo sabeys vos, respondio Sancho Pança: Pues sabed hermana mia, que cauallero auenturero es vna cosa, que en dos palabras se vee apaleado, y Emperador, Oy està la mas desdichada criatura del mundo, y la mas menesterosa, y mañana tendra dos ò tres coronas de Reynos que dar a su escudero. Pues como vos, siendolo deste tan buen señor, dixo la vẽtera, no teneys, a lo que parece, siquiera algun Condado? Aun es temprano, respondio Sancho, porque no ha sino vn mes q̃ andamos buscãdo las auenturas, y hasta aora no hemos topado con ninguna, que lo sea. Y tal vez ay, que se busca vna cosa, y se halla otra. Verdad es, que si mi señor don Quixote sana desta herida, o cayda, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanças conel mejor titulo de España. Todas estas platicas estaua escuchando muy atento don Quixote, y sentandose en el lecho como pudo tomando de la mano a la ventera, le dixo: Creedme fermosa señora, que os podeys llamar ventu rosa, por auer alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele dezirse, que la alabança propia enuileze; pero mi escudero os dirâ quien soy: solo os digo, que tendre eternamen-

te escrito en mi memoria el seruicio q̃ me auedes fecho, para agradeceroslo mientras la vida me durare. Y pluguiera a los altos cielos, que el amor no me tuuiera tan rendido, y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata, que digo entre mis dientes, que los desta fermosa donzella fueran señores de mi libertad. Confusas estauan la ventera, y su hija, y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante cauallero, que assi las entendian como si hablara en Griego: aunque bien alcãçaron que todas se encaminauan a ofrecimiento, y requiebros: y como no vsadas a semejante lenguage, mirauanle, y admirauanse, y pareciales otro hombre de los que se vsauan, y agradeciendole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dexaron. Y la Asturiana Maritornes curò a Sancho, que no menos lo auia menester, que su amo. Auia el harriero concertado con ella, que aquella noche se refocilarian juntos: y ella le auia dado su palabra, de que en estando sossegados los huespedes, y durmiendo sus amos, le yria a buscar, y satisfazerle el gusto en quanto le mandasse. Y cuentase desta buena moça, q̃ jamas dio semejantes palabras que no las cumpliesse, aũque las diesse en vn monte, y sin testigo alguno: porque presumia muy de hidalgá, y no tenia por afrenta estar en aquel exercicio de seruir en la venta; porque dezia ella, que desgracias, y malos sucessos, la auian traydo a aquel estado. El duro, estrecho, apocado, y fementido lecho de don Quixote, estaua primero en mitad de aquel estrellado establo: y luego junto a el hizo el suyo Sancho, q̃ solo contenia vna estera de enea, y vna manta, que antes mostraua ser de angeo tundido, que de lana Sucedia a estos dos lechos el del harriero, fabricado como se ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traîa: aunque eran doze, lucios, gordos, y famosos, porque eran vnos de los ricos harrieros

de Areualo, ſegun lo dize el autor deſta hiſtoria, q̃ deſte harriero haze particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren dezir que era algo pariente ſuyo. Fuera de que Cide Mahamate Benengeli fue hiſto riador muy curioſo, y muy puntual en todas las coſas: y echaſe bien de ver, pues las que quedan referidas, cõ ſer tan minimas, y tan rateras, no las quiſo paſſar en ſilẽcio. De donde podran tomar exemplo los hiſtoriadores graues, que nos cuentan las acciones, tan corta, y ſucintamente, que a penas nos llegan a los labios, dexandoſe en el tintero, ya por deſcuydo, por malicia, o ignorancia, lo mas ſuſtancial de la obra. Bien aya mil vezes el autor de Tablante de Ricamonte, y aquel del otro libro, donde ſe cuentan los hechos del Conde Tomillas, y con que puntualidad lo deſcriuen todo. Digo pues, que deſpues de auer viſitado el harriero a ſu recua, y dadole el ſegũdo pienſo, ſe tendio en ſus enxalmas, y ſe dio à eſperar à ſu puntualiſsima Maritornes. Ya eſtaua Sancho bizmado y acoſtado, y aũque procuraua dormir, no lo conſentia el dolor de ſus coſtillas: y don Quixote con el dolor de las ſuyas, tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta eſtaua en ſilencio, y en toda ella no auia otra luz que la quedaua vna lampara, que colgada en medio del portal ardia. Eſta marauilloſa quietud, y los penſamientos que ſiempre nueſtro cauallero traîa, de los ſuceſſos que a cada paſſo ſè cuentan en los libros, autores de ſu deſgracia, le truxó a la imaginacion, vna de las eſtrañas locuras que buenamente imaginar ſe pueden: y fue, que el ſe imaginò auer llegado a vn famoſo caſtillo (que como ſe ha dicho, caſtillos eran a ſu parecer todas las ventas donde aloxaua) y que la hija del ventero, lo êra del ſeñor del caſtillo: la qual vencida de ſu gentileza, ſe auia enamorado del, y prometido que aquella noche a furto de ſus padres, vendria a yazer con el vna bue-

na pieça. Y teniendo toda esta quimera (que el se auia fabricado) por firme, y valedera, se començò a acuytar, y â pensar en el peligroso trance en que su honestidad se auia de ver. Y propuso en su coraçon, de no cometer aleuosia a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma Reyna Ginebra con su dama Quintañona se le pusiessen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegò el tiempo, y la hora (que para el fue menguada) de la venida de la Asturiana, la qual en camisa, y descalça, cogidos los cabellos en vna aluanega de fustan, con tacitos, y atentados passo sentrò en el aposento, donde los tres aloxauā, en busca del harriero. Pero a penas llegò a la puerta quando don Quixote la sintio, y sentandose en la cama a pesar de sus bizmas, y con dolor de sus costillas, tēdio los braços para recebir a su fermosa donzella la Asturiana, que toda recogida, y callando, yua con las manos delante, buscando a su querido. Topò con los braços de don Quixote, el qual la asio fuertemente de vna muñeca, y tirandola hâzia si (sin que ella osasse hablar palabra) la hizo sentar sobre la cama. Tentole luego la camisa, y aunque ella era de harpillera, â el le parecio ser de finissimo, y delgado cendal. Trahia en las muñecas vnas cuētas de vidro, pero a el le dieron vislumbres de preciosas perlas Orientales. Los cabellos, q̄ en alguna manera tirauan à crines, el los marcó por hebras de lucidissimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo Sol escurecia. Y el aliento, q̄ sin duda alguna olia a ensalada, fiambre, y trasnochada, a el le parecio q̄ arrojaua d̄ su boca vn olor suaue, y aromatico: y finalmente el la pintò en su imaginació de la misma traça, ẏ modo, lo q̄ auia leydo en sus libros de la otra Princesa, q̄ vino a ver el mal ferido cauallero, vēcido de sus amores, cō todos los adornos q̄ aqui vā puestos. Y era tāta la ceguedad del pobre hidalgo q̄ el tacto, ni el aliēto, ni otras cosas q̄ trahia en si la buena dō-

zella,

zella, no le desengañauan, las quales pudieran hazer vomitar à otro que no fuera harriero. Antes le parecia que tenia entre sus braços â la diosa de la hermosura. Y teniendola bien asida, con vox amorosa, y baxa, le començò a dezir: Quisiera hallarme en terminos, fermosa, y alta señora, de poder pagar tamaña merced, como la q̃ con la vista de vuestra gran fermosura me auedes fecho: pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir a los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfazer à la vuestra, fuera imposible. Y mas que se añade à esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fé, que tengo dada, à la sin par Dulcinea del Toboso, vnica señora de mis mas escondidos pensamiẽtos: que si esto no huuiera de por medio, no fuera yo tã sandio cauallero, que dexara passar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaua congoxadissima, y trasudando, de verse tan asida de don Quixote, y sin entender ni estar atenta a las razones que le dexia, procuraua sin hablar palabra desasirse. El bueno del harriero, a quien tenian despierto sus malos desseos, desde el punto que entrò su coyma por la puerta la sintiò: estuuo atentamente escuchando todo lo que don Quixòte dezia, y zeloso de que la Asturiana le huuiesse faltado la palabra por otro, se fue llegãdo mas al lecho de don Quixote, y estuuose quedo, hasta ver en que parauan aquellas razones que el no podia entender. Pero como vio que la moça forcejaua por desasirse, y don Quixote trabajaua por tenerla: pareciendole mal la burla, enarbolò el braço en alto, y descargò tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado cauallero, que le bañò toda la boca en sangre: y no contento con esto, se le subio encima de las costillas, y con los pies, mas que de trote, se las passeò todas

de cabo á cabo. El lecho, que era vn poco endeble, y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del harriero, dio consigo en el suelo, à cuyo gran ruydo despertò el ventero, y luego imaginò que deuian de ser pendencias de Maritornes, porque auiendola llamado à vozes no respondia. Con esta sospecha se leuantò, y encendiendo vn candil, se fue hàzia donde auia sentido la pelaza. La moça viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada, se acogio à la cama de Sancho Pança, que aun dormia, y alli se acorrucò, y se hizo vn ouillo. El ventero entrô diziendo: Adonde estàs puta? A buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertò Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de si, pensô que tenia la pesadilla, y començò a dar puñadas a vna, y otra parte, y entre otras alcançò con no se quantas à Maritornes, la qual sentida del dolor, echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho con tantas, que a su despecho le quitò el sueño: el qual viendose tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alçandose como pudo, se abraçò con Maritornes, y començaron entre los dos la mas reñida, y graciosa escaramuça del mundo. Viendo pues el harriero à la lumbre del candil del ventero, qual andaua su dama, dexando a don Quixote, acudio a dalle el socorro necessario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente: porque fue á castigar à la moça, creyendo sin duda, que ella sola era la ocasion de toda aquella armonia. Y asi como suele dezirse, el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo: daua el harriero a Sancho, Sancho a la moça, la moça a el, el ventero a la moça, y todos menudeauan con tanta priessa, que no se dauan punto de reposo: y fue lo bueno, que al ventero se le apagò el candil, y como quedaron ascuras, dauanse tan sin compassion todos à bulto, que a do quiera que

po-

ponian la mano, no dexauan cosa sana. Aloxaua a caso aquella noche en la venta vn quadrillero, de los que llaman de la santa Hermandad vieja de Toledo, el qual oyendo asi mismo el estraño estruendo de la pelea, asio de su media vara, y de la caxa de lata de sus titulos, y entrô ascuras en el aposento, diziendo: Tenganse â la justicia, tenganse a la santa Hermandad. Y el primero con quien topò, fue con el apuñeado de don Quixote, que estaua en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno, y echandole à tiento mano a las barbas, no cessaua de dezir: Fauor a la justicia: pero viendo que el que tenia asido no se bullia, ni meneaua, se dio a entender que estaua muerto, y que los que alli dentro estauan eran sus matadores: y con esta sospecha, reforçô la voz, diziendo: Cierrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aqui a vn hombre. Esta voz sobresaltô a todos, y cada qual dexô la pendencia en el grado que le tomò la voz. Retirose el ventero a su aposento, el harriero a sus enxalmas, la moça a su rancho: solos los desuenturados, don Quixote, y Sancho, no se pudieron mouer de donde estauan. Soltò en esto el quadrillero la barba de don Quixote, y salio a buscar luz para buscar, y prender los delinquentes, mas no la hallò, porque el ventero de industria auia muerto la lampara, quando se retirò a su estancia, y fuele forçoso acudir a la chimenea, donde con mucho trabajo, y tiempo encendio el quadrillero otro candil.

(:?:)

Cap. XVII. Donde se prosiguen los inumerables trabajos que el brauo don Quixote, y su buen escudero Sancho Pança passaron en la venta, que por su mal pensò que era Castillo.

AVIA ya buelto en este tiempo de su parassismo don Quixote, y con el mismo tono de voz con que el dia antes auia llamado a su escudero, quando estaua tendido en el val de las estacas, le començò a llamar, diziẽdo: Sancho amigo duermes? Duermes amigo Sancho? Que tengo de dormir, pesia á mi, respondio Sancho lleno de pesadũbre, y de despecho, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puedeslo creer assi sin duda, respondio don Quixote: porque ó yo se poco, ò este castillo es encantado. Porque has de saber, mas esto que aora quiero dezirte hasme de jurar que lo tendras secreto hasta despues de mi muerte. Si juro, respondio Sancho. Digolo, replicò don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que si juro, tornô a dezir Sancho, que lo callarê hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega à Dios que lo pueda descubrir mañana. Tan malas obras te hago Sancho, respõdio don Quixote, que me querrias ver muerto con tanta breuedad? No es por esso, respódio Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriessen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixo don Quixote, que mas fio de tu amor, y de tu cortesia: y assi has de saber, que esta noche me hà sucedido vna de las mas estrañas auenturas, que yo sabre encarecer

recer, y por contartela en breue, sabras, que poco há q̃ a mi vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta, y fermosa donzella, que en gran parte de la tierra se puede hallar. Que te podria dezir del adorno de su persona? Que de su gallardo entendimiento? Que de otras cosas ocultas, que por guardar la fè que deuo a mi señora Dulcinea del Toboso, dexare passar intactas, y en silencio? Solo te quiero dezir, que embidioso el cielo de tanto bien, como la vẽtura me auia puesto en las manos. O quiça (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaua con ella en dulcissimos, y amorosissimos coloquios, sin que yo la viesse, ni supiesse por donde venia, vino vna mano pegada a algun braço de algun descomunal Gigante, y assentome vna puñada en las quixadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molio de tal suerte, que estoy peor que ayer quando los harrieros, q̃ por demasias de Rozinante, nos hizieron el agrauio que sabes. Por donde conjeturo, que el tesoro de la fermosura desta donzella, le deue de guardar algun encantado Moro, y no deue de ser para mi. Ni para mi tampoco, respondio Sancho, porque mas de quatrocientos Moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas, fue tortas y pan pintado. Pero digame señor: Como llama â esta buena y rara auentura, auiendo quedado della qual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuuo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho. Pero yo que tuue, sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? Desdichado de mi, y de la madre que me pario, que ni soy cauallero andante, ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanças me cabe la mayor parte. Luego tambien estás tu aporreado, respondio don Quixote? No le he dicho que si, pese â mi linage, dixo Sancho. No tengas pena amigo

amigo, dixo don Quixote, que yo harè aora el balsamo precioso, con que sanaremos en vn abrir y cerrar de ojos. Acabò en esto de encender el candil el quadrillero, y entrò a ver el que pensaua que era muerto, y assi como le vio entrar Sancho, viendole venir en camisa, y con su paño de cabeça, y candil en la mano, y con vna muy mala cara, preguntò a su amo: Señor, si serà este a dicha el Moro encantado que nos buelue a castigar, si se dexô algo en el tintero? No puede ser el Moro, respondio don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nadie. Sino se dexan ver, dexanse sentir, dixo Sancho, sino diganlo mis espaldas. Tambien lo podriã dezir las mias, respondio don Quixote, pero no es bastante indicio esse, para creer, que este que se vee sea el encantado Moro. Llegò el quadrillero, y como los hallò hablando en tan sossegada cõuersacion, quedo suspenso. Bien es verdad, que aun don Quixote se estaua boca arriba, sin poderse menear de puro molido, y emplastado. Llegose a el el quadrillero, y dixole: Pues, como va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondio don Quixote, si fuera que vos. Vsasse en esta tierra hablar dessa suerte a los caualleros andãtes, majadero? El quadrillero que se vio tratar tan mal, de vn hõbre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alçando el candil con todo su azeyte, dio a dõ Quixote con el en la cabeça, de suerte que le dexó muy bien descalabrado, y como todo quedò a escuras, saliose luego. Y Sancho Pança dixo: Sin duda señor que este es el Moro encantado, y deue de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas, y los candilazos. Assi es, respondio don Quixote, y no ay que hazer caso destas cosas de encantamentos, ni ay para q̃ tomar colera, ni enojo con ellas, que como son inuisibles y fantasticas, no hallaremos de quiẽ vengarnos, aunq̃ mas lo procuremos. Leuantate Sancho si puedes, y llama al

alcayde

alcayde desta fortaleza, y procura que se me dè vn poco de azeyte, vino, sal, y romero, para hazer el salutifero balsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester aora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Leuantose Sancho cõ harto dolor de sus huessos, y fue ascuras donde estaua el ventero, y encontrandose con el quadrillero, q̃ estaua escuchando en que paraua su enemigo, le dixo: Señor quien quiera que seays, hazednos merced, y beneficio, de darnos vn poco de romero, azeyte, sal, y vino, q̃ es menester para curar vno de los mejores caualleros andantes q̃ ay en la tierra, el qual yaze en aquella cama mal ferido, por las manos del encantado Moro q̃ està en esta venta. Quando el quadrillero tal oyò, tuuole por hombre falto de seso. Y porq̃ ya començaua â amanecer, abrio la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dixo lo q̃ aquel buen hombre queria. El ventero le proueyò de quanto quiso, y Sancho se lo lleuò a don Quixote, que estaua cõ las manos en la cabeça, quexandose del dolor del candilazo, que no le auia hecho mas mal, que leuantarle dos chichones algo crecidos: y lo que el pensaua que era sangre, no era sino sudor q̃ sudaua con la congoxa de la passada tormenta. En resolucion, el tomô sus simples, de los quales hizo vn compuesto, mezclandolos todos, y coziendolos vn buen espacio, hasta que le parecio que estaua en su punto. Pidio luego alguna redoma para echallo, y como no la huuo en la venta, se resoluio de ponello en vna alcuza, o azeytera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion. Y luego dixo sobre la alcuza mas de ochenta Pater nostres, y otras tantas Aue Marias, Salues, y Credos, y à cada palabra acompañaua vna cruz, a modo de bendicion: à todo lo qual se hallarõ presentes, Sãcho, el ventero, y quadrillero, q̃ ya el harriero sossegadamente andaua entendiẽdo en el beneficio de

ſus machos. Hecho eſto, quiſo el miſmo hazer luego la eſperiencia de la virtud de aquel precioſo balſamo que el ſe imaginaua: y aſsi ſe beuio de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedaua en la olla donde ſe auia cozido caſi media azumbre, y apenas lo acabò de beuer, quãdo començo a vomitar de manera, que no le quedò coſa en el eſtomago, y con las anſias, y agitacion del vomito, le dio vn ſudor copioſiſsimo, por lo qual mandò que le arropaſſen, y le dexaſſen ſolo. Hizieronlo aſsi, y quedoſe dormido mas de tres horas, al cabo de las quales deſpertó, y ſe ſintio aliuiadiſsimo del cuerpo, y en tal manera mejor de ſu quebrantamiento, que ſe tuuò por ſano. Y verdaderamente creyo que auia acertado con el balſamo de Fierabras, y que con aquel remedio, podia acometer deſde alli adelante ſin temor alguno, qualeſquiera ruynas, batallas, y pendencias, por peligroſas q̃ fueſſen. Sancho Pança, que tambien tuuo â milagro la mejoria de ſu amo, le rogò que le dieſſe a el, lo que quedaua en la olla, que no era poca cantidad. Concedioſelo don Quixotè, y el tomandola a dos manos, con buena fê, y mejor talante, ſe la echò a pechos, y enuaſô bien poco menos que ſu amo. Es pues el caſo, que el eſtomagò del pobre Sancho, no deuia de ſer tan delicado como el de ſu amo, y aſsi primero que vomitaſſe le dierõ tantas anſias, y vaſcas, con tantos traſudores, y deſmayos, que el penſo biẽ y verdaderamente, que era llegada ſu vltima hora: y viẽdoſe tan afligido, y congoxado, maldezia el balſamo, y al ladron que ſe lo auia dado. Viendole aſsi don Quixote, le dixo: Yo creo Sancho que todo eſte mal te viene de no ſer armado cauallero: porque tengo para mi, que eſte licor no deue de aprouechar a los que no lo ſon. Si eſſo ſabia vueſtra merced, replicò Sancho, mal aya yo, y toda mi parentela, para que conſintio que lo guſtaſſe? En eſto hizo ſu operaciõ el breuage, y comẽçò el pobre

eſcu-

escudero a desaguarse por entrambas canales, con tanta priessa, que la estera de Enea sobre quien se auia buelto a echar, ni la manta de angeo cõ que se cubria, fuerõ mas de prouecho. Sudaua, y trãsudaua con tales parasismos, y accidentes, que no solamente el, sino todos pensaron q̃ se le acabaua la vida. Durole esta borrasca, y mala andança casi dos horas, al cabo de las quales no quedó como su amo, sino tan molido, y quebrantado, que no se podia tener. Pero don Quixote, que como se ha dicho, se sintio aliuiado y sano, quiso partirse luego a buscar auenturas, pareciendole que todo el tiempo que alli se tardaua, era quitarsele al mundo, y à los enel menesterosos de su fauor y amparo: y mas con la seguridad, y confiança que lleuaua en su balsamo: y assi forçado deste desseo, el mismo ensillò a Rozinante, y enalbardô al jumento de su escudero, a quien tambien ayudò a vestir, y â subir en el asno. Pusole luego a cauallo, y llegandose a vn rincon de la venta, asio de vn lançon que alli estaua, para que le siruiesse de lança. Estauanle mirando todos quantos auia en la venta, que passauan de mas de veynte personas, mirauale tambien la hija del ventero, y el tambien no quitaua los ojos della, y de quando en quando arrojaua vn sus piro, que parecia que lo arrancaua de lo profundo de sus entrañas, y todos pensauan que deuia de ser del dolor q̃ sentia en las costillas, alomenos pensauanlo aquellos q̃ la noche antes le auian visto bizmar. Y â que estuuieron los dos a cauallo, puesto a la puerta de la venta, llamò al ventero, y con voz muy reposada y graue, le dixo: Muchas y muy grandes son las mercedes, señor Alcayde, q̃ en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadissimo à agradeceroslas todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en hazeros vengado de algun soberuio que os aya fecho algun agrauio, sabed que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden, y vengar a los que

reci-

reciben tuertos, y castigar aleuosias. Recorred vuestra memoria, y si hallays alguna cosa deste jaez que encomendarme, no ay sino dezilla, que yo os prometo, por la orden de cauallero que recebi, de fazeros satisfecho, pagado, â toda vuestra voluntad. El ventero le respondio con el mismo sossiego: Señor cauallero, yo no tengo necessidad de que vuestra merced me vengue ningũ agrauio, porque yo se tomar la vengança que me parece, quando se me hazen. Solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, assi de la paja, y ceuada de sus dos bestias, como de la cena, y camas. Luego venta es esta? Replicò don Quixote. Y muy honrada, respondio el ventero. Engañado he viuido hasta aqui, respondio don Quixote, que en verdad que pense q̃ era castillo, y no malo pero pues es assi, que no es castillo sino venta: lo que se podra hazer por aora es, q̃ perdoneys por la paga, que yo no puedo contrauenir a la orden de los caualleros andantes: de los quales se cierto (sin que hasta aora aya leydo cosa en contrario) que jamas pagaron posada, ni otra cosa, en venta donde estuuiessen. Porque se les deue de fuero, y de derecho, qualquier buen acogimiento que se les hiziere, en pago del insufrible trabajo que padecen, buscã do las auenturas de noche, y de dia, en inuierno, y en verano, a pie, y á cauallo, con sed, y con hambre, con calor, y con frio, sugetos a todas las inclemencias del cielo, y â todos los incomodos de la tierra. Poco tengo yo q̃ ver en esso, respondio el ventero, pagueseme lo que se me deue, y dexemonos de cuentos, ni de cauallerias, que yo no tengo cuenta con otra cosa, que con cobrar mi haziẽ da. Vos soys vn sandio, y mal hostalero, respondio don Quixote, y poniendo piernas a Rozinante, y terciando su lançon se salio de la venta sin que nadie le detuuiesse: y el sin mirar si le seguia su escudero, se alongô vn buen

trecho.

trecho. El ventero que le vio yr, v que no le pagaua,acudio a cobrar de Sancho Pança, el qual dixo, que pues su señor no auia querido pagar, que tampoco el pagaria, porque siendo el escudero de cauallero andante como era, la misma regla, y razon corria por el, como por su amo, en no pagar cosa alguna, en los mesones, y ventas. Amohinose mucho desto el ventero, y amenazole, que sino le pagaua, que lo cobraria de modo que le pesasse. A lo qual Sancho respondio, que por la ley de caualleria que su amo auia recebido, no pagaria vn solo cornado, aunque le costasse la vida, porque no auia de perder por el la buena, y antigua vsança de los caualleros andantes, ni se auian de quexar de los escuderos de los tales, q̃ estauan por venir al mundo, reprochandole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaua en la venta, se hallassen quatro perayles de Segouia, tres agujeros del potro de Cordoua, y dos vezinos de la heria de Seuilla, gente alegre, bien intencionada, maleante, y juguetona, los quales casi como instigados, y mouidos de vn mismo espiritu, se llegaron a Sancho, y apeandole del asno, vno dellos entrò por la manta de la cama del huesped: y echandole en ella, alçaron los ojos, y vieron que el techo era algo mas baxo de lo que auian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por limite el cielo. Y alli puesto Sancho en mitad de la manta, comencaron a leuantarle en alto, y à holgarse con el, como con perro por carnestolendas. Las vozes que el misero manteado daua, fueron tantas, que llegaron a los oydos de su amo: el qual deteniendose a escuchar atentamente, creyò, que alguna nueua auentura le venia, hasta que claramente conocio que el que gritaua era su escudero, y boluiendo las riendas, con vn penado galope llegò a la venta, y hallandola cerrada la

da la rodeô,por ver si hallaua por donde entrar. Pero no huuo llegado a las paredes del corral (que no eran muy altas) quando vio el mal juego que se le hazia a su escudero Viole baxar y subir por el ayre, con tanta gracia, y presteza, que si la colera le dexara, tengo para mi que se riera. Prouó a subir desde el cauallo a las bardas,pero estaua tan molido y quebrantado,que aun apearse no pudo: y assi desde encima del cauallo començò a dezir tantos denuestos, y baldones a los que a Sancho manteauã, que no es possible acertar a escreuillos, mas no por esto cessauan ellos de su risa, y de su obra, ni el bolador Sancho dexaua sus quexas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos,mas todo aprouechaua poco,ni aprouechò, hasta que de puro cansados le dexaron. Truxeronle alli su asno,y subiendole encima,le arroparon con su gauan. Y la compassiua de Maritornes, viendole tan fatigado, le parecio ser bien socorrelle con vn jarro de agua,y assi se le truxo del pozo, por ser mas frio. Tomole Sãcho, y lleuandole a la boca, se parò a las vozes que su amo le daua, diziendo: Hijo Sancho no beuas agua, hijo no la beuas,que te matara, ves aqui tengo el santissimo balsamo (y enseñauale la alcuza del breuage) que con dos gotas que del beuas sanaràs sin duda. A estas vozes boluio Sancho los ojos como de traues, y dixo con otras mayores: Por dicha hasele oluidado a vuestra merced, como yo no soy cauallero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas,que me quedaron de anoche. Guardese su licor con todos los diablos, y dexeme a mi. Y el acabar de dezir esto, y el començar a beuer, todo fue vno: mas como al primer trago vio que era agua, no quiso passar adelante, y rogò a Maritornes que se le truxesse de vino: y assi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagò de su mismo dinero, porque en efecto se dize della, q̃ aunq̃ estaua en aquel trato, tenia vnas sombras, y lexos d̃ Christiana

tiana. Afsi como beuio Sancho, dio de los carcaños a su asno, y abriendole la puerta de la venta de par en par, se salio della muy contēto de no auer pagado nada, y de auer salido con su intencion, aunque auia sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es, que el ventero se quedô con sus alforjas, en pago de lo que se le deuia: mas Sancho no las echô menos, segun salio turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, afsi como le vio fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente, que aunque don Quixote fuera verdaderamente de los caualleros andantes de la tabla redonda, no le estimaran en dos ardites.

Cap. XVIII. Donde se cuentan las razones que passò Sancho Pança con su señor don Quixote, con otras auenturas dignas de ser contadas.

LLEGO Sancho a su amo, marchito, y desmayado, tanto que no podia harrear a su jumento. Quando afsi le vio don Quixote, le dixo: Aora acabo de creer Sancho el bueno, q̃ aquel castillo, o venta, es encantado sin duda, porq̃ aquellos que tan atrozmente tomaron passatiempo contigo, que podian ser sino fantasmas, y gente del otro mundo! Y confirmo esto, por auer visto que quando estaua por las bardas del corral, mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rozinante, porque me deuian de tener encãtado: que te juro por la fê de quien soy, que si pudiera subir, o apearme, que yo te hiziera vengado de manera, que aquellos follones, y Malandrines, se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contrauenir

a las leyes de caualleria, que como ya muchas vezes te he dicho, no consienten que cauallero ponga mano contra quien no lo sea, sino fuere en defensa de su propia vida, y persona, en caso de vrgente, y gran necessidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera, o no fuera armado cauallero, pero no pude: aunque tengo para mi. que aquellos que se holgaron conmigo, no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra merced dize, sino hõbres de carne, y de huesso, como nosotros: y todos segun los oì nombrar, quando me bolteauan, tenian sus nõbres, que el vno se llamaua Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez; y el ventero oì q̃ se llamaua Iuan Palomeque el Zurdo. Assi que señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del cauallo, en al estuuo, que en encantamentos. Y lo que yo saco en limpio de todo esto, es, que estas auẽturas que andamos buscando, al cabo, al cabo, nos han de traer a tantas desuenturas, que no sepamos qual es nuestro pie derecho. Y lo que seria mejor, y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el boluernos a nuestro lugar, aora q̃ es tiempo de la siega, y de entender en la hazienda, dexandonos de andar de ceca en meca, y de zoca en colodra, como dizen. Que poco sabes Sancho, respondio don Quixote, de achaque de caualleria, calla, y ten paciencia, que dia vendra, donde veas por vista de ojos, quã honrosa cosa es andar en este exercicio. Sino dime, que mayor contento puede auer en el mundo, o q̃ gusto puede ygualarse al de vencer vna batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno sin duda alguna. Assi deue de ser, respondio Sancho, puesto que yo no lo se. Solo se, que despues que somos caualleros andantes, o vuestra merced lo es (que yo no ay para que me cuente en tan honroso numero) jamas hemos vencido batalla alguna, sino fue la del Vizcayno, y aun de aquella salio vuestra

merced

merced con media oreja, y media zelada menos, q̃ despues acâ todo ha ſido palos, y mas palos, puñadas, y mas puñadas, lleuando yo de ventaja el manteamiento, y auerme ſucedido por perſonas encantadas, de quien no puedo vengarme, para ſaber haſta donde llega el guſto del vencimiento del enemigo, como vueſtra merced dize. Eſſa es la pena que yo tengo, y la que tu deues tener Sancho, reſpondio don Quixote: pero de aqui adelante, yo procurarê auer a las manos alguna eſpada hecha por tal maeſtria, que al que la truxere conſigo, no le puedan hazer ningun genero de encantamentos. Y aun podria ſer que me deparaſſe la ventura aquella de Amadis, quãdo ſe llamaua el cauallero de la ardiente eſpada, que fue vna de las mejores eſpadas que tuuo cauallero en el mũdo: porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaua como vna nauaja, y no auia armadura por fuerte, y encantada que fueſſe, que ſe le paraſſe delante. Yo ſoy tan vẽturoſo, dixo Sancho, q̃ quando eſſo fueſſe, y vueſtra merced vinieſſe a hallar eſpada ſemejãte, ſolo vendria a ſeruir, y aprouechar a los armados caualleros, como el balſamo, y à los eſcuderos q̃ ſe los papen duelos. No temas eſſo Sancho; dixo don Quixote, q̃ mejor lo harâ el cielo contigo. En eſtos coloquios yuan don Quixote, y ſu eſcudero: quando vio don Quixote, que por el camino q̃ yuan, venia hâzia ellos vna grande, y eſpeſſa poluareda, y en viendola ſe boluio a Sancho, y le dixo: Eſte es el dia, o Sancho, en el qual ſe ha de ver el bien q̃ me tiene guardado mi ſuerte. Eſte es el dia digo, en q̃ ſe ha de moſtrar tanto como en otro alguno, el valor de mi braço, y en el q̃ tengo de hazer obras q̃ queden eſcritas en el libro de la fama, por todos los venideros ſiglos. Vees aq̃lla poluareda, q̃ alli ſe leuanta Sancho? Pues toda es cuaxada de vn copioſiſsimo exercito, que de diuerſas ê inumerables gentes por alli viene marchando. A eſſa cuenta dos

deuen de ser, dixo Sancho, porque desta parte contraria se leuanta assi mismo otra semejante poluareda. Boluio a mirarlo don Quixote, y vio que assi era la verdad: y alegrandose sobremanera, penso sin duda alguna, q̃ eran dos exercitos que venian a enuestirse, y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porque tenia a todas horas, y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamentos, sucessos, desatinos, amores, desafios, que en los libros de cauallerias se cuentan: y todo quãto hablaua pensaua, o hazia, era encaminado a cosas semejantes, y la poluareda que auia visto, la leuantauan dos grandes manadas de ouejas y carneros, que por aquel mismo camino, de dos diferentes partes venian, las quales con el poluo no se echaron de ver, hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmaua don Quixote, que eran exercitos, que Sancho lo vino a creer, y â dezirle: Señor, pues que hemos de hazer nosotros? Que, dixo don Quixote, fauorecer, y ayudar â los menesterosos, y desualidos. Y has de saber Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduze, y guia, el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande Isla Trapobana: este otro que a mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado braço, porque siempre entra en las batallas con el braço derecho desnudo. Pues porque se quieren tan mal estos dos señores, preguntô Sancho? Quierense mal, respondio don Quixote, porque este Alifanfaron es vn furibundo pagano, y estâ enamorado de la hija de Pentapolin, que es vna muy fermosa, y ademas agraciada señora, y es Christiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano, sino dexa primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se buelue a la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, sino haze muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En esso harâs lo que

deues

deues Sancho, dixo don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes, no se requiere ser armado cauallero. Bien se me alcança esso, respondio Sancho: pero dõde pondremos a este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de passada la refriega, porque en entrar enella en semejante caualleria, no creo que està en vso hasta aora. Assi es verdad, dixo don Quixote, lo que puedes hazer del, es, dexarle a sus auenturas, aora se pierda, o no, porque seràn tantos los cauallos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rozinante, no le trueque por otro. Pero estame atento, y mira que te quiero dar cuenta de los caualleros mas principales que en estos dos exercitos vienen. Y para que mejor los veas, y notes, retiremonos â aquel altillo que alli se haze, de donde se deuen de descubrir los dos exercitos. Hizieronlo assi, y pusieronse sobre vna loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que a don Quixote se le hizieron exercito, si las nubes del poluo que leuãtauan no les turbara, y cegara la vista: pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia, ni auia con voz leuantada començò a dezir: Aquel cauallero q̃ alli ves, de las armas xaldes, que trae en el escudo vn leon coronado, rendido a los pies de vna donzella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de Plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros Giganteos, que està a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarã de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo vna puerta, que segun es fama, es vna de las del templo que derribò Sanson, quando con su muerte se vengò de sus enemigos. Pero buelue los ojos a estotra parte, y veras delante, y en la frente destotro exercito, al

siempre vencedor, y jamas vencido, Timonel de Carcajona, principe de la nueua Vizcaya, que viene armado cõ las armas partidas â quarteles azules, verdes, blancas, y amarillas, y trae en el escudo vn gato de oro en campo leonado, con vna letra que dize, Miu, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dize es la sin par Miulina, hija del Duque Alfeñiquen del Algarue. El otro que carga, y oprime los lomos de aquella poderosa Alfana, que trae los armas como nieue blancas, y el escudo blanco, y sin empresa alguna, es vn cauallero nouel de nacion Frances, llamado Pierres Papin, señor de las Baronias de Vtrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños â aquella pintada, y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duq̃ de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo vna esparraguera, con vna letra en Castellano, que dize asi, Rastrea mi suerte. Y desta manera fue nombrando muchos caualleros del vno, y del otro esquadron que el se imaginaua: y à todos les dio sus armas, colores, empresas, y motes de improuiso, lleuado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguio, diziendo: A este esquadron frontero, forman, y hazen gentes de diuersas naciones; aqui estan los que beuen las dulces aguas del famoso Xanto, los Montuosos que pisan los Masilicos cãpos: los que criban el finissimo, y menudo oro en la felice Arabia: los que gozan las famosas, y frescas riberas del claro Termodóte: los que sangran por muchas, y diuersas vias al dorado Pactolo: los Numidas dudosos en sus promessas: los Persas en arcos, y flechas famosos: los Partos, los Medos, que pelean huyendo: los Arabes de mudables casas: los Citas tan crueles como blancos: los Etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo.

En

En estotro esquadron vienen los que beuen las corrientes cristalinas del oliuifero Betis, los que tersan, y pulen sus rostros con el licor del siempre rico, y dorado Tajo: los que gozan las prouechosas aguas del diuino Genil: los que pisan los Tartesios campos de pastos abundãtes: los que se alegran en los eliseos Xerezanos prados: los Manchegos ricos, y coronados de rubias espigas: los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre Goda: los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las estẽdidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso: los que tiemblan con el frio del siluoso Pirineo, y cõ los blancos copos del leuantado Apenino. Finalmente, quantos toda la Europa en si contiene y encierra. Valame Dios, y quantas prouincias dixo, quantas naciones nombrò, dandole a cada vna con marauillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto, y empapado en lo que auia leydo en sus libros mentirosos! Estaua Sancho Pança colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de quando en quando boluia la cabeça a ver si veîa los caualleros, y Gigantes que su amo nombraua: y como no descubria a ninguno, le dixo: Señor encomiendo al diablo hombre ni Gigante, ni cauallero de quantos vuestra merced dize, parece por todo esto alomenos yo no los veo, quiça todo deue ser encantamento, como las fantasmas de anoche. Como dizes esso, respondio don Quixote? No oyes el relinchar de los cauallos, el tocar de los clarines, el ruydo de los atambores? No oygo otra cosa, respondio Sancho, sino muchos balidos de ouejas, y carneros: y assi era la verdad, porque ya llegauan cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo don Quixote, te haze Sancho que ni veas, ni oyas a derechas. Porque vno de los efetos del miedo es, turbar los sentidos, y hazer que las co-

ſas no parezcan lo que ſon: y ſi es que tanto temes, retirate a vna parte, y dexame ſolo, que ſolo baſto a dar la vitoria a la parte a quien yo diere mi ayuda: y diziendo eſto, puſo las eſpuelas a Rozinante, y pueſta la lança en el riſtre, baxô de la coſtezuela como vn rayo. Diole vozes Sancho, diziendole: Bueluaſe vueſtra merced ſeñor dó Quixote, que voto a Dios que ſon carneros, y ouejas las que va a enueſtir. Bueluaſe, deſdichado del padre q̃ me engendrô, que locura es eſta? Mire que no ay Gigante, ni cauallero alguno, ni gatos, ni armas, ni eſcudos partidos, ni enteros; ni veros azules, ni endiablados: que es lo que haze pecador ſoy yo a Dios? Ni por eſſas boluio dó Quixote, antes en altas vozes yua diziendo: Ea caualleros, los que ſeguis, y militays debaxo de las vanderas del valeroſo Emperador Pentapolin del arremangado braço, ſeguidme todos, vereys quan facilmente le doy vengança de ſu enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Eſto diziẽdo ſe entrò por medio del eſquadrõ de las ouejas, y començò de alanceallas con tanto corage, y denuedo, como ſi de veras alanceara a ſus mortales enemigos. Los paſtores, y ganaderos, que con la manada venian, dauan le vozes, que no hizieſſe aquello, pero viendo q̃ no aprouechauan, deſciñeronſe las hondas, y començaron a ſaludalle los oydos, con piedras como el puño. Don Quixote no ſe curaua de las piedras, antes diſcurriendo a todas partes dezia. Adonde eſtàs ſoberuio Alifanfaron, vẽte a mi, que vn cauallero ſolo ſoy, q̃ deſſea de ſolo a ſolo prouar tus fuerças, y quitarte la vida, en pena de la q̃ das al valeroſo Pentapolin Garamanta. Llegô en eſto vna peladilla de arroyo, y dandole en vn lado le ſepulto dos coſtillas en el cuerpo. Viendoſe tan mal trecho, creyò ſin duda que eſtaua muerto, o mal ferido; y acordandoſe de ſu licor, ſacô ſu alcuza, y puſoſela a la boca, y començo a echar licor en el eſtomago: mas antes que aca-
baſſe

baſſe de enuaſsar lo que a el le parecia que era baſtante, llegò otra almendra, y diole en la mano, y en el alcuza tan de lleno, que ſe la hizo pedaços, lleuandole de camino tres o quatro dientes, y muelas de la boca, y machucandole malamẽte dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero, y tal el ſegundo, que le fue forçoſo al pobre cauallero, dar conſigo del cauallo a baxo. Llegaronſe a el los paſtores, y creyeron que le auian muerto. Y aſsi con mucha prieſſa recogieron ſu ganado, y cargaró de las reſes muertas, que paſſauan de ſiete, y ſin aueriguar otra coſa ſe fueron. Eſtauaſe todo eſte tiempo Sancho ſobre la cueſta, mirando las locuras que ſu amo hazía, y arrancauaſe las barbas, maldiziendo la hora, y el punto en que la fortuna ſe le auia dado a conocer. Viendole pues caydo en el ſuelo, y que ya los paſtores ſe auiã ydo, baxô de la cueſta, y llegoſe â el, y hallole de muy mal arte, aunque no auia perdido el ſentido, y dixole: No le dezia yo, ſeñor don Quixote, que ſe boluieſſe, que los que yua a acometer no eran exercitos, ſino manadas de carneros. Como eſſo puede deſparecer, y contrahazer, aq̃l ladró del ſabio mi enemigo. Sabete Sancho que es muy facil coſa a los tales, hazernos parecer lo que quieren, y eſte Maglimo que me perſigue, embidioſo de la gloria q̃ vio que yo auia de alcançar deſta batalla, ha buelto los eſquadrones de enemigos en manadas de ouejas. Sino haz vna coſa Sancho, por mi vida, porque te deſengañes y veas ſer verdad lo que te digo, ſube en tu aſno, y ſiguelos bonitamente, y veras como en alexandoſe de aqui algun poco, ſe bueluẽ en ſu ſer primero, y dexando de ſer carneros, ſon hombres hechos y derechos, como yo te los pintê primero. Pero no vayas aora, que he meneſter tu fauor, y ayuda: llegate à mi, y mira quantas muelas, y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegoſe Sancho tan cerca, que

caſi

casi le metia los ojos en la boca, y fue a tiempo q̃ ya auia obrado el balsamo en el estomago de don Quixote, y al tiempo que Sancho llegò a mirarle la boca, arrojo de si mas rezio que vna escopeta quanto dentro tenia, y dio con todo ello en las barbas del cópassiuo escudero. Santa Maria, dixo Sancho, y que es esto que me ha sucedido, sin duda este pecador està herido de muerte, pues vomita sangre por la boca Pero reparando vn poco mas en ello, echô de ver en la color, sabor, y olor, q̃ no era sangre, sino el balsamo de la alcuza, que el le auia visto beuer: y fue tanto el asco que tomô, que reboluiendosele el estomago, vomitô las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudio Sancho a su asno para sacar de las alforjas cõ que limpiarse, y cõ que curar a su amo, y como no las hallô, estuuo a punto de perder el juyzio: maldixose de nueuo, y propuso en su coraçon, de dexar a su amo, y boluerse a su tierra, aũque perdiesse el salario de lo seruido, y las esperãças del gouierno de la prometida Insula Leuantose en esto dõ Quixote, y puesta la mano yzquierda en la boca, porq̃ no se le acabassen de salir los dientes, asio con la otra las riendas de Rozinante, que nunca se auia mouido de junto a su amo (tal era de leal, y bien acondicionado) y fuesse adonde su escudero estaua, de pechos sobre su asno, con la mano en la mexilla, en guisa de hombre pensatiuo ademas. Y viendole don Quixote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dixo: Sabete Sancho, que no es vn hombre mas que otro, sino haze mas que otro. Todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es possible, que el mal, ni el bien sean durables, y de aqui se sigue, que auiendo durado mucho el mal, el bien està ya cerca. Assi que no deues congojarte, por las desgracias que a mi me suceden,

pues

pues a ti no te cabe parte dellas. Como no, respondio Sancho: por ventura el que ayer mantearon, era otro q̃ el hijo de mi padre? Y las alforjas que oy me faltan con todas mis alhajas, son de otro que del mismo? Que te faltan las alforjas Sancho, dixo don Quixote? Si que me faltan, respondio Sancho. Desse modo no tenemos que comer oy, replicô don Quixote. Esso fuera, respondio Sancho, quando faltarân por estos prados las yeruas que vuestra merced dize que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malauenturados caualleros andantes, como vuestra merced es. Con todo esso, respondio don Quixote, tomara yo aora mas ayna vn quartal pan, o vna hogaza, y dos cabeças de sardinas arenques, que quantas yeruas descriue Dioscorides, aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna. Mas con todo esto sube en tu jumento Sancho el bueno, y vente tras mi, que Dios que es proueedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su seruicio, como andamos, pues no falta a los mosquitos del ayre, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua. Y es tan piadoso, que haze salir su Sol, sobre los buenos, y los malos, y llueue sobre los injustos, y justos. Mas bueno era vuestra merced, dixo Sancho, para predicador, que para cauallero andante. De todo sabian, y han de saber los caualleros andantes Sancho, dixo don Quixote, porque cauallero andante huuo en los passados siglos, que assi se paraua a hazer vn sermon, o platica en mitad de vn campo real, como si fuera graduado por la vniuersidad de Paris: de donde se infiere, que nunca la lança embotò la pluma, ni la pluma la lança. Aora bien, sea assi como vuestra merced dize, respondio Sancho, vamos aora de aqui, y procuremos donde aloxar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no aya mantas, ni manteadores, ni fantasmas,

tasmas, ni Moros encantados, que si los ay, daré al diablo el hato, y el garauato. Pideselo tu a Dios hijo, dixo don Quixote, y guia tu por donde quisieres, que esta vez quiero dexar a tu elecion el alojarnos: pero dame acà la mano, y atientame con el dedo, y mira bien quantos dietes, y muelas me faltan deste lado derecho, de la quixada alta, que alli siento el dolor. Metio Sancho los dedos, y estandole tentando, le dixo: Quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondio don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras, y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dize señor, respondio Sancho. Digo quatro, sino eran cinco, respondio don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caydo, ni comido de neguijon, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas, y media: y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda està rasa como la palma de la mano. Sinventura yo, dixo don Quixote, oyendo las tristes nueuas que su escudero le daua, que mas quisiera que me huuieran derribado vn braço, como no fuera el de la espada. Porque te hago saber Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar vn diente, que vn diamante. Mas a todo esto estamos sugetos los que professamos la estrecha orden de la caualleria: sube amigo, y guia, que yo te seguire al passo que quisieres. Hizolo assi Sancho, y encaminose hàzia donde le parecio que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por alli yua muy seguido. Yendose pues poco a poco, porque el dolor de las quixadas de don Quixote no le dexaua sossegar, ni atender à darse priessa, quiso Sancho entretenelle, y diuertirle, diziendole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fue lo que se dirá en el siguiente capitulo.

Cap.

Cap. XIX. De las diſcretas razones que Sancho paſſaua con ſu amo, y de la auentura q̃ le ſucedio con vn cuerpo muerto: con otros acontecimientos famoſos.

PAreceme ſeñor mio, que todas eſtas deſuenturas que eſtos dias nos han ſucedido, ſin duda alguna han ſido pena del pecado cometido por vueſtra merced contra la orden de ſu caualleria, no auiendo cumplido el juramẽto que hizo, de no comer pan â manteles, ni con la Reyna folgar, con todo aquello que a eſto ſe ſigue, y vueſtra merced jurô de cumplir, haſta quitar aquel almete de Malandrino, ò como ſe llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon Sancho, dixo don Quixote. Mas para dezirte verdad, ello ſe me auia paſſado de la memoria: y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no auermelo tu acordado en tiempo, te ſucedio aquello de la manta: pero yo harê la enmienda, que modos ay de compoſiciõ en la orden de la caualleria para todo. Pues jurê yo algo por dicha, reſpondio Sancho? No importa que no ayas jurado, dixo don Quixote, baſta que yo entiendo que de participantes no eſtâs muy ſeguro: y por ſi, o por no, no ſerâ malo proueernos de remedio. Pues ſi ello es aſsi, dixo Sancho, mire vueſtra merced no ſe le torne a oluidar eſto, como lo del juramento, quiça les boluera la gana a las fantaſmas, de ſolazarſe otra vez conmigo, y aun con vueſtra merced ſi le ven tan pertinaz. En eſtas, y otras platicas, les tomô la noche en mitad del camino, ſin tener, ni deſcubrir donde aquella noche ſe recogieſſen: y lo que no auia de bueno en ello, era,

era, que perecian de hambre, que con la falta de las al-forjas, les faltô toda la despensa, y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedio vna a-uentura, que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecia. Y fue, que la noche cerrô con alguna escuridad, pero con todo esto caminauan, creyendo Sancho, que pues aquel camino era Real, a vna, o dos leguas, de buena razon hallaria en el alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que yuan, venian hâzia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se mouian. Pasmose Sancho en viendolas, y don Quixote no las tuuo todas consigo: tirô el vno del cabestro a su asno, y el otro de las riendas a su Rozino, y estuuieron quedos, mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se yuan acercando a ellos, y mientras mas se llegauan, mayores parecian. A cuya vista Sancho començô a temblar como vn azogado, y los cabellos de la cabeça se le erizaron a don Quixote. El qual animandose vn poco, dixo: Esta sin duda Sancho deue de ser grandissima, y peligrosissima auentura, donde serà necessario que yo muestre todo mi valor y esfuerço. Desdichado de mi, respondio Sancho, si acaso esta auentura fuesse de fantasmas, como me lo va pareciendo, adonde aura costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dixo don Quixote, no consentire yo, q̃ te toque en el pelo de la ropa: que si sa otra vez se burlaron cõtigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral, pero aora estamos en campo raso, donde podrê yo como quisiere esgrimir mi espada. Y si le encantan y entomeçen, como la otra vez lo hizieron, dixo Sancho, que aprouecharâ estar en campo abierto,

ô no,

o no? Con todo esso, replicô don Quixote, te ruego Sancho, que tengas buen animo, que la experiencia te darà a entender el que yo tengo. Si tendrê, si a Dios plaze, respondio Sancho, y apartandose los dos à vn lado del camino, tornaron a mirar atentamente, lo que aquello de aquellas lumbres que caminauan podia ser: y de alli a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto rematô el animo de Sancho Pança, el qual començò a dar diente con diente, como quien tiene frio de quartana: y crecio mas el batir, y dentellear, quando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veynte encamisados, todos a cauallo, con sus hachas encendidas en las manos: de tras de los quales venia vna litera, cubierta de luto, a la qual seguian otros seys de acauallo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran cauallos en el sossiego con que caminauan. Yuan los encamisados murmurando entre si, con vna voz baxa, y compassiua. Esta estraña vision a tales horas, y en tal despoblado, bien bastaua para poner miedo en el coraçon de Sancho, y aun en el de su amo: y assi fuera en quanto a don Quixote, que ya Sancho auia dado al traues con todo su esfuerço. Lo contrario le auino a su amo, al qual en aquel punto se le representô en su imaginacion al viuo, que aquella era vna de las auenturas de sus libros. Figurosele, que la litera eran andas donde deuia de yr algun mal ferido, o muerto cauallero, cuya vengança a el solo estaua reseruada: y sin hazer otro discurso enristrô su lançon, pusose bien en la silla, y con gentil brio, y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forçosamente auian de passar; y quando los vio cerca alçô la voz, y dixo: Deteneos caualleros, quien quiera que seays, y dadme cuenta de quien soys? de donde venis? adonde vays? que es lo que

lo que en aquellas andas lleuays? que segũ las muestras: o vosotros aueys fecho, o vos han fecho algun desaguisado, y conuiene, y es menester que yo lo sepa, o biẽ para castigaros del mal que fezistes, o bien para vengaros, del tuerto que vos fizieron. Vamos de priessa, respõdio vno de los encamisados, y està la venta lexos, y no nos podemos detener a dar tanta cuenta como pedis: y picando la mula passô adelante. Sintiose desta respuesta grandemente don Quixote, y trauando del freno, dixo: Deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, sino conmigo soys todos en batalla. Era la mula assombradiza, y al tomarla del freno se espantô de manera, que alçandose en los pies dio con su dueño por las ancas en el suelo. Vn moço que yua a pie, viendo caer el encamisado, començô a denostar a don Quixote, el qual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanço, arremetio a vno de los enlutados, y mal ferido dio con el en tierra: y reboluiendose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia, y desbarataua, que no parecia sino que en aquel instante le auian nacido alas a Rozinante, segun andaua de ligero, y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa, y sin armas, y assi con facilidad en vn momento dexarõ la refriega, y començaron a correr por aquel campo, cõ las hachas encendidas, que no parecian sino a los de las mascaras, que en noche de regozijo, y fiesta corren. Los enlutados assi mismo rebueltos, y embueltos en sus faldamentos, y lobas, no se podian mouer: assi que muy a su saluo don Quixote los apaleò a todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado: porque todos pensaron q̃ aquel no era hõbre, sino diablo del infierno que les salia a quitar el cuerpo muerto, que en la litera lleuauan. Todo lo miraua Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y dezia entre si: Sin duda este mi amo es tan valiente, y esforça-

força-

forçado como el dize. Eſtaua vna hacha ardiendo en el ſuelo, junto al primero que derribô la mula, a cuya luz le pudo ver don Quixote, y llegandoſe â el le puſo la pũta del lançon en el roſtro, diziendole, que ſe rindieſſe, ſino que le mataria. A lo qual reſpondio el caydo: Harto rendido eſtoy, pues no me puedo mouer, que tengo vna pierna quebrada, ſuplico a vueſtra merced, ſi es cauallero Chriſtiano, que no me mate, que cometerâ vn gran ſacrilegio, que ſoy Licenciado, y tengo las primeras ordenes. Pues quien diablos os ha traydo aqui, dixo don Quixote, ſiendo hombre de Igleſia? Quien ſeñor, replicô el caydo, mi deſuentura. Pues otra mayor os amenaza, dixo don Quixote, ſino me ſatisfazeys a todo quantô primero os preguntê. Con facilidad ſerâ vueſtra merced ſatisfecho, reſpondio el Licenciado, y aſsi ſabra vueſtra merced, que aunque denantes dixe que yo era Licenciado, no ſoy ſino Bachiller, y llamome Alonſo Lopez, ſoy natural de Alcouendas, vengo de la ciudad de Baeça, cõ otros onze Sacerdotes, que ſon los que huyeron con las hachas: vamos a la ciudad de Segouia acompañando vn cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de vn cauallero que murio en Baeça; donde fue depoſitado, y aora (como digo) lleuauamos ſus hueſſos a ſu ſepultura, q̃ eſtâ en Segouia, de donde es natural. Y quien le matô? preguntô don Quixote. Dios, por medio de vnas calenturas peſtilentes que le dieron, reſpódio el Bachiller. Deſſa ſuerte, dixo don Quixote, quitado me ha nueſtro Señor del trabajo que auia de tomar en vengar ſu muerte, ſi otro alguno le huuiera muerto: pero auiendole muerto quiẽ le matô no ay ſino callar, y encoger los ombros, porque lo miſmo hiziera ſi a mi miſmo me matara. Y quiero que ſepa vueſtra reuerencia, que yo ſon vn cauallero de la Mancha, llamado don Quixote, y es mi oficio y exercicio, andar por el mundo endereçando tuer-

tos, y desfaziendo agrauios. No se como pueda ser esso de endereçar tuertos, dixo el Bachiller, pues a mi de derecho me aueys buelto tuerto, dexandome vna pierna quebrada, la qual no se verâ derecha en todos los dias de su vida: y el agrauio que en mi aueys deshecho, ha sido dexarme agrauiado de manera, que me quedarê agrauiado para siempre: y harta desuentura ha sido topar cõ vos que vays buscando auenturas. No todas las cosas, respondio don Quixote, suceden de vn mismo modo: el daño estuuo, señor Bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepelizes, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejauades cosa mala, y del otro mundo, y assi yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiendoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que erades los mismos Satanases del infierno, que por tales os juzguê, y tuue siẽpre. Ya que assi lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplico â vuestra merced señor cauallero andante (que tan mala andança me ha dado) me ayude a salir de debaxo desta mula, que me tiene tomada vna pierna entre el estribo, y la silla. Hablara yo para mañana, dixo don Quixote, y hasta quando aguardauades a dezirme vuestro afan? Dio luego vozes a Sancho Pança, que viniesse: pero el no se curô de venir, porque andaua ocupado desbalijando vna azemila de repuesto, que trahian aquellos buenos señores, bien bastezida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gauan, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargô su jumento, y luego acudio a las vozes de su amo, y ayudô a sacar al señor Bachiller, de la opresion de la mula: y poniendole encima della, le dio la hacha, y don Quixote le dixo, que siguiesse la derrota de sus compañeros, a quien de su parte pidiesse perdon del agrauio,

nio, que no auia ſido en ſu mano dexar de auerle hecho. Dixole tambien Sancho: Si a caſo quiſieren ſaber eſſos ſeñores, quien ha ſido el valeroſo que tales los puſo, dirales vueſtra merced, que es el famoſo dõ Quixote de la Mancha, que otro nombre ſe llama, El cauallero de la triſte figura. Con eſto ſe fue el Bachiller, y don Quixote preguntô a Sancho, que que le auia mouido a llamarle el cauallero de la triſte figura, mas entonces que nunca? Yo ſe lo dire, reſpondio Sancho, porque le he eſtado mirando vn rato a la luz de aquella hacha que lleua aquel mal andante, y verdaderamente tiene vueſtra merced la mas mala figura de poco acâ, que jamas he viſto: y deuelo de auer cauſado, o ya el canſancio deſte combate, o ya la falta de las muelas, y dientes. No es eſſo, reſpondio don Quixote, ſino que el ſabio a cuyo cargo deue de eſtar el eſcreuir la hiſtoria de mis hazañas, le aura parecido, que ſerâ bien que yo tome algun nombre apelatiuo, como lo tomauan todos los caualleros paſſados: qual ſe llamaua el de la ardiente Eſpada: qual el del Vnicornio: aquel de las Donzellas: aqueſte el del aue Fenix: el otro el cauallero del Grifo: eſtotro el de la Muerte: y por eſtos nombres, ê inſignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y aſsi digo, que el Sabio ya dicho, te aura pueſto en la lengua, y en el penſamiento aora, que me llamaſſes el cauallero de la triſte figura, como pienſo llamarme deſde oy en adelante: y para que mejor me quadre tal nombre, determino de hazer pintar, quando aya lugar en mi eſcudo, vna muy triſte figura. No ay para que ſeñor querer gaſtar tiempo, y dineros en hazer eſſa figura, dixo Sancho, ſino lo que ſe ha de hazer es, que vueſtra merced deſcubra la ſuya, y dê roſtro a los que le miraren, que ſin mas ni mas, y ſin otra

imag en, ni escudo le llamarân el de la triste Figura: y creame que le digo verdad, porque le prometo a vuestra merced señor, (y esto sea dicho en burlas) que le haze tan mala cara la hambre, y la falta de las muelas, que como yo tengo dicho, se podrâ muy bien escusar la triste pintura. Riose don Quixote del donayre de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo, ô rodela, como auia imaginado, y dixole: Yo entiendo Sancho, que quedo descomulgado, por auer puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *Iuxta illud, si quis suadente diabolo, &c.* Aunque se bien que no puse las manos, sino este lançon: quanto mas, que yo no pense que ofendia a Sacerdote, ni a cosas de la Iglesia, a quiẽ respeto, y adoro como Catolico, y fiel Christiano que soy, sino a fantasmas, y â vestiglos del otro mundo: Y quando esso assi fuesse, en la memoria tengo lo que le passô al Cid Ruy Diaz quando quebrô la silla del Embaxador de aquel Rey, delante de su Santidad del Papa, por lo qual lo descomulgô, y anduuo aquel dia el buen Rodrigo de Viuar, como muy honrado, y valiente cauallero. En oyendo esto el Bachiller se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera don Quixote mirar, si el cuerpo que venia en la litera eran huessos, o no, pero no lo consintio Sancho, diziendole: Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa auentura lo mas a su saluo, de todas las que yo he visto, esta gente aunque vencida, y desbaratada, podria ser que cayesse en la cuenta, de que los vencio sola vna persona, y corridos, y auergonçados desto, boluiessen a rehazerse, y â buscarnos, y nos diessen muy bien en que entender. El jumento estâ como conuiene, la montaña es cerca, la hambre carga, no ay que hazer mas, sino retirarnos con gentil compas de pies: y como dizen, vayasse el muerto â la sepultura, y

el viuo

el vino a la hogaza: y antecogiendo su asno, rogô a su señor que le siguiesse: el qual pareciendole que Sancho tenia razon, sin boluerle a replicar le siguio. Y â poco trecho que caminauan por entre dos montañuelas, se hallaron en vn espacioso, y escondido valle, donde se apearon, y Sancho aliuiô el jumento, y tendidos sobre la verde yerua, con la salsa de su hambre, almorçaron, comieron, merendaron, y cenaron â vn mismo punto, satisfaziendo sus estomagos con mas de vna fiambrera que los señores clerigos del difunto (que pocas vezes se dexan mal passar) en la azemila de su repuesto trahian. Mas sucedioles otra desgracia, q̃ Sancho la tuuo por la peor de todas, y fue, que no tenian vino que beuer, ni aũ agua que llegar â la boca: y acossados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estauan, estaua colmado de verde, y menuda yerua, lo que se dirâ en el siguiente capitulo.

Cap. XX. De la jamas vista, ni oyda auentura que con mas poco peligro fue acabada del famoso cauallero en el mundo, como la que acabò el valeroso don Quixote de la Mancha.

NO es posible señor mio, sino que estas yeruas dan testimonio de que por aqui cerca deue de estar alguna fuente, o arroyo, que estas yeruas humedece: y assi serâ bien que vamos vn poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Pareciole bien el consejo a don Quixote, y tomando de la rienda a Rozinante,

te, y Sancho del cabestro a su asno, despues de auer puesto sobre el los relieues que de la cena quedaron, començaron a caminar por el prado arriba a tiento, porque la escuridad dela noche no les dexaua ver cosa alguna: mas no huuieron andado dozientos passos quando llegô a sus oydos vn grande ruydo de agua, como que de algunos grandes, y leuantados riscos se despeñaua. Alegroles el ruydo en gran manera, y parandose a escuchar hazia que parte sonaua, oyeron a deshora otro estruendo, que les aguô el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso, y de poco animo. Digo que oyeron que dauan vnos golpes a compas, con vn cierto cruxir de hierros, y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pauor a qualquier otro coraçon que no fuera el de don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron a entrar entre vnos arboles altos, cuyas hojas mouidas del blando viento, hazian vn temeroso, y manso ruydo: de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruydo del agua, con el susurro de las hojas, todo causaua horror, y espanto: y mas quando vieron, que ni los golpes cessauan, ni el viento dormia, ni la mañana llegaua: añadiendose a todo esto, el ignorar el lugar donde se hallauan. Pero don Quixote, acompañado de su intrepido coraçõ, saltô sobre Rozinante, y embraçando su rodela, terciô su lançon, y dixo: Sancho amigo, has de saber, que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la tabla redonda, los doze de Francia, y los nueue de la fama, y el que ha de poner en oluido los Platires, los Tablantes, Oliuantes, y Tirantes: los Febos, y Be-

y Belianises, con toda la caterua de los famosos caualleros andantes del passado tiempo, haziendo en este en q̃ me hallo tales grandezas, estrañezas, y fechos de armas, q̃ escurezcan las mas claras q̃ ellos hizieron. Bien notas escudero fiel, y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos arboles, el temeroso ruydo de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña, y derumba desde los altos mõtes de la luna, y quel incessable golpear que nos hiere, y lastima los oydos; las quales cosas todas juntas, y cada vna por si, son bastantes a infundir miedo, temor, y espanto en el pecho del mismo Marte, quanto mas en aquel que no està acostumbrado a semejantes acontecimientos, y auenturas. Pues todo esto que yo te pinto, son incentiuos, y despertadores de mi animo, que ya haze que el coraçon me rebiente en el pecho, con el desseo que tiene de acometer esta auentura, por mas dificultosa q̃ se muestra. Assi que aprieta vn poco las cinchas a Rozinante, y quedate a Dios, y esperame aqui hasta tres dias no mas, en los quales sino boluiere, puedes tu boluerte a nuestra aldea, y desde alli, por hazerme merced, y buena obra, yras al Toboso, donde diras a la incõparable señora mia Dulcinea, que su cautiuo cauallero murio, por acometer cosas que le hiziessen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyò las palabras de su amo, comẽço a llorar con la mayor ternura del mundo, y à dezirle: Señor, yo no se porque quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa auentura: aora es de noche, aqui no nos vee nadie, bien podemos torcer el camino, y desuiarnos del peligro, aunque no beuamos en tres dias: y pues no ay quien nos vea, menos aura quiẽ nos note de cobardes. Quanto mas, que yo he oydo muchas vezes predicar al cura de nuestro lugar (que vuestra merced muy bien conoce) que quien busca el

peligro perece en el: aſsi que no es bien tentar a Dios, acometiendo tan deſaforado hecho, donde no ſe puede eſcapar ſino por milagro: y baſta los que ha hecho el cielo con vueſtra merced, en librarle de ſer manteado, como yo lo fuy, y en ſacarle vencedor, libre, y ſaluo de entre tantos enemigos como acompañauan al difunto. Y quando todo eſto no mueua, ni ablande eſſe duro coraçon, mueuale el penſar, y creer, que apenas ſe aura vueſtra merced apartado de aqui, quãdo yo de miedo dè mi anima â quien quiſiere lleuarla. Yo ſali de mi tierra, y dexê hijos, y muger, por venir a ſeruir a vueſtra merced, creyendo valer mas, y no menos: pero como la cudicia rompe el ſaco, a mi me ha raſgado mis eſperanças, pues quando mas viuas las tenia de alcançar aquella negra, y mal hadada Inſula, que tantas vezes vueſtra merced me ha prometido, veo que en pago, y trueco della, me quiere aora dexar en vn lugar tã apartado del trato humano. Por vn ſolo Dios, ſeñor mio, que nõ ſe me faga tal deſaguiſado: y ya que del todo no quiera vueſtra merced deſiſtir de acometer eſte fecho, dilatelo, alomenos haſta la mañana, que a lo que a mi me mueſtra la ciencia que aprendi, quando era paſtor, no deue auer deſde aqui al alua tres horas: porque la boca de la bozina eſtâ encima de la cabeça, y haze la media noche en la linea del braço yzquierdo. Como puedes tu Sancho, dixo don Quixote, ver donde haze eſſa linea, ni donde eſtâ eſſa boca, o eſſe colodrillo que dizes, ſi haze la noche tan eſcura, que no parece en todo el cielo eſtrella alguna? Aſsi es, dixo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos, y vee las coſas debaxo de tierra, quanto mas encima en el cielo, pueſto que por buen diſcurſo bien ſe puede entender que ay poco de aqui al dia. Falte lo que faltare, reſpondio don Quixote, que no ſe ha de dezir por mi aora, ni en ningun tiempo, que lagrimas, y ruegos me apartaron

de

de hazer lo que deuia a estilo de cauallero: y assi te rue go Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en co raçon de acometer aora esta tan no vista, y tan temerosa auentura, tendrà cuydado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza. Lo que has de hazer, es, apretar biẽ las cinchas a Rozinante, y quedarte aqui, que yo darê la buelta presto, o viuo, o muerto. Viendo pues Sancho la vltima resolucion de su amo, y quan poco valian con el sus lagrimas, consejos, y ruegos, determinô de aprouecharse de su industria, y hazerle esperar hasta el dia si pudiesse: y assi quando apretaua las cinchas al cauallo, bonitamente, y sin ser sentido atô con el cabestro de su asno, ambos pies a Rozinante, de manera que quando don Quixote se quiso partir no pudo, porque el cauallo no se podia mouer sino a saltos. Viendo Sancho Pança el buen sucesso de su embuste, dixo: Ea señor, que el cielo comouido de mis lagrimas, y plegarias, ha ordenado que no se pueda mouer Rozinante, y si vos quereys porfiar, y espolear, y dalle, serà enojar a la Fortuna, y dar cozes (como dizen) contra el aguijon. Desesperaua se con esto don Quixote, y por mas que ponia las piernas al cauallo, menos le podia mouer: y sin caer en la cuẽ ta de la ligadura, tuuo por bien de sossegarse, y esperar, o à que amaneciesse, o a que Rozinante se meneasse, creyendo sin duda, que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y assi le dixo: Pues assi es Sancho, que Rozinante no puede mouerse, yo soy contento de esperar â que ria el alua, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No ay que llorar, respondio Sancho, que yo entretendre a vuestra merced, contando cuentos desde aqui al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse â dormir vn poco sobre la verde yerua, à vso de caualleros andantes, para hallarse mas descansado quãdo llegue el dia, y punto de acometer esta tan desemejable a-
uen-

uentura que le eſpera. A que llamas apear, o a que dormir, dixo don Quixote? Soy yo por ventura de aquellos caualleros que toman repoſo en los peligros? Duermen tu que naciſtes para dormir, o haz lo que quiſieres, que yo hare lo que viere que mas viene con mi pretenſion. No ſe enoje vueſtra merced ſeñor mio, reſpondio Sancho, que no le dixe por tanto: y llegandoſe a el, puſo la vna mano en el arzon delantero, y el otro en el otro, de modo que quedô abraçado con el muslo yzquierdo de ſu amo, ſin oſarſe apartar del vn dedo: tal era el miedo que tenia a los golpes, que toda via alternatiuamente ſonauan. Dixole don Quixote, que contaſſe algun cuento para entretenerle, como ſe lo auia prometido: a lo que Sancho dixo, que ſi hiziera, ſi le dexara el temor de lo q̃ oîa, pero con todo eſſo yo me esforçare a dezir vna hiſtoria, que ſi la acierto a contar, y no me van a la mano, es la mejor de las hiſtorias: y éſtême vueſtra merced atẽto, que ya comienço. Eraſe que ſe era, el bien que viniere para todos ſea, y el mal para quien lo fuere a buſcar. Y aduierta vueſtra merced, ſeñor mio, que el principio q̃ los antiguos dieron a ſus conſejas, no fue aſsí como quiera, que fue vna ſentencia de Caton Zonzorino Romano, q̃ dize. Y el mal para quiẽ le fuere a buſcar, que viene aqui como anillo al dedo, para que vueſtra merced ſe eſtê quedo, y no vaya a buſcar el mal a ninguna parte, ſino que nos boluamos por otro camino, pues nadie nos fuerça a que ſigamos eſte, donde tantos miedos nos ſobreſaltan. Sigue tu cuento Sancho, dixo don Quixote, y del camino que hemos de ſeguir, dexame a mi el cuydado. Digo pues, proſiguio Sancho, que en vn lugar de Eſtremadura auia vn paſtor cabrerizo, quiero dezir, que guardaua cabras, el qual paſtor, ô cabrerizo, como digo de mi cuento, ſe llamaua Lope Ruyz, y eſte Lope Ruyz, andaua enamorado de vna paſtora que ſe llamaua Torralua, la qual

pastora llamada Torralua, era hija devn ganadero rico, y este ganadero rico, Si dessa manera cuenta tu cuento Sancho, dixo dō Quixote, repitiendo dos vezes lo q̃ vas diziẽdo, no acabarâs en dos dias: dilo seguidamẽte, y cuentalo como hōbre de entendimiento, y sino no digas nada. De al misma manera que yo lo cuento, respondio Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no se contarlo de otra, ni es bien que V. merced me pida que haga vsos nueuos. Di como quisieres, respondio don Quixote, que pues la suerte quiere que no pueda dexar de escucharte, prosigue. Assi, que señor mio de mi anima, prosiguio Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaua enamorado de Torralua la pastora, que era vna moça rolliza, zahareña, y tiraua algo a hombruna, porque tenia vnos pocos vigotes, que parece que aora la veo. Luego cococistela tu; dixo don Quixote? No la conoci yo, respondio Sancho, pero quien me contô este cuento, me dixo, que era tan cierto y verdadero, que podia bien quando lo contasse a otro, afirmar y jurar, que lo auia visto todo. Assi, que yendo dias, y viniendo dias, el diablo que no duerme, y que todo lo añasca, hizo demanera, que el amor que el pastor tenia a la pastora, se boluiesse en omezillo, y mala voluntad, y la causa fue, segun malas lenguas, vna cierta cantidad de zelillos que ella le dio, tales, que passauan de la raya, y llegauan a lo vedado, y fue tanto lo que el pastor la aborrecio de alli adelante, que por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra, ê yrse donde sus ojos no la viessen jamas. La Torralua que se vio desdeñada del Lope, luego le quiso bien, mas que nunca le auia querido. Essa es natural condicion de mugeres, dixo don Quixote, desdeñar a quien las quiere, y amar a quien las aborrece, passa adelante Sancho. Sucedio, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su deter-

determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminô por los campos de Estremadura, para passarse a los Reynos de Portugal. La Torralua que lo supo se fue tras el, y seguiale a pie, y descalça desde lexos, con vn bordon en la mano, y con vnas alforjas al cuello, donde lleuaua (segun es fama) vn pedaço de espejo, y otro de vn peyne, y no se que botezillo de mudas para la cara: mas lleuasse lo que lleuasse, que yo no me quiero meter aora en aueriguallo. Solo dirê que dizen, que el pastor llegô cõ su ganado a passar el rio Guadiana, y en aquella sazon yua crecido, y casi fuera de madre: y por la parte q̃ llegô no auia barca, ni barco, ni quien le passasse a el, ni a su ganado de la otra parte, de lo que se congoxô mucho, porque veîa que la Torralua venia ya muy cerca, y le auia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos, y lagrimas: mas tanto anduuo mirando, que vio vn pescador q̃ tenia junto a si vn barco tan pequeño, que solamente podian caber en el vna persona, y vna cabra: y con todo esto le hablô, y concertô con el, que le passasse a el, y â trezientas cabras que lleuaua. Entrô el pescador en el barco, y passô vna cabra, boluio y passô otra, tornô a boluer y tornô a passar otra. Tenga vuestra merced cuenta cõ las cabras que el pescador va passando, porque si se pierde vna de la memoria, se acabarâ el cuento, y no será possible contar mas palabra del. Sigo pues, y digo, que el desembarcadero de la otra parte, estaua lleno de cieno, y resbaloso, y tardaua el pescador mucho tiempo en yr, y boluer. Con todo esto, boluio por otra cabra, y otra, y otra. Haz cuenta que las passô todas, dixo don Quixote, no andes yendo, y viniendo dessa manera, que no acabarâs de passarlas en vn año. Quantas han passado hasta aora, dixo Sancho? Yo q̃ diablos se, respondio dõ Quixote. He aî lo que yo dixe, que tuuiesse buena cuenta. Pues por Dios q̃ se ha acabado el cuento, que no ay passar

ſar adelante. Como puede ſer eſſo, reſpondio dō Quixote? tan de eſſencia de la hiſtoria es, ſaber las cabras q̄ han paſſado por eſtenſo, que ſi ſe yerra vna del numero, no puedes ſeguir adelante con la hiſtoria? No ſeñor, en ninguna manera, reſpondio Sancho, porque aſsi como yo pregunté a vueſtra merced, que me dixeſſe quantas cabras auian paſſado, y me reſpondio que no ſabia, en aquel miſmo inſtante ſe me fue a mi de la memoria quā-to me quedaua por dezir, y â fê que era de mucha virtud y contento. De modo, dixo don Quixote, que ya la hiſ-toria es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Digote de verdad, reſpondio don Quixote, q̄ tu has contado vna de las mas nueuas conſejas, cuento, ô hiſtoria, que nadie pudo penſar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dexarla, jamas ſe podrâ ver, ni au-râ viſto en toda la vida, aunque no eſperaua yo otra co-ſa de tu buen diſcurſo, mas no me marauillo, pues quiçá eſtos golpes que no ceſſan, te deuen de tener turbado el entendimiento. Todo puede ſer, reſpondio Sancho, mas yo ſe que en lo de mi cuento, no ay mas que dezir, que alli ſe acaba, do comiença el yerro de la cuenta del paſſage de las cabras. Acabe norabuena donde quiſiere, dixo don Quixote, y veamos ſi ſe puede mouer Rozinan te. Tornole a poner las piernas, y el tornô a dar ſaltos y â eſtarſe quedo, tanto eſtaua de bien atado. En eſto pa-rece ſer, o que el frio de la mañana que ya venia, o que Sancho huuieſſe cenado algunas coſas lenitiuas, o que fueſſe coſa natural (que es lo que mas ſe deue creer) a el le vino en voluntad, y deſſeo de hazer lo que otro no pu diera hazer por el. Mas era tanto el miedo que auia en-trado en ſu coraçon, que no oſaua apartarſe vn negro de vña de ſu amo. Pues penſar de no hazer lo que tenia ga-na, tampoco era poſsible, y aſsi lo que hizo por bien de paz, fue ſoltar la mano derecha, que tenia aſida al arzon

trasero,

trasero, con la qual bonitamente, y sin rumor alguno, se soltò la lazada corrediza, con que los calçones se sostenian, sin ayuda de otra alguna, y en quitandosela dieron luego â baxo, y se le quedaron como grillos: tras esto alçò la camisa lo mejor que pudo, y echò al ayre entrãbas posaderas, (que no eran muy pequeñas). Hecho esto (que el pensò que era lo mas que tenia que hazer, para salir de aquel terrible aprieto, y angustia) le sobreuino otra mayor, que fue, que le parecio que no podia mudarse, sin hazer estrepito, y ruydo, y començò à apretar los dientes, y à encoger los ombros, recogiendo en si el aliento todo quanto podia. Pero con todas estas diligencias, fue tan desdichado, que al cabo al cabo, vino â hazer vn poco de ruydo, bien diferente de aquel que a el le ponia tanto miedo. Oyolo don Quixote, y dixo: Que rumor es esse Sanoho? No se señor, respondio el, alguna cosa nueua deue de ser, que las auenturas, y desuenturas, nunca comiençan por poco. Tornò otra vez á prouar ventura, y sucediole tan bien, que sin mas ruydo, ni alboroto que el passado, se hallò libre de la carga q̃ tanta pesadumbre le auia dado. Mas como don Quixote tenia el sentido del olfato, tan viuo como el de los oydos, y Sancho estaua tan junto, y cosido con el, que casi por linea recta subian los vapores hàzia arriba, no se pudo escusar, de que algunos no llegassen à sus narizes: y apenas huuieron llegado, quando el fue al socorro, apretandolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso, dixo: Pareceme Sancho, que tienes mucho miedo? Si tẽgo, respondio Sadcho, mas en que lo echa de ver vuestra merced aora mas que nunca? En que aora mas que nunca hueles, y no à ambar, respondio don Quixote. Bien podra ser, dixo Sancho, mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae à deshoras, y por estos no acostumbrados pasos. Retirate tres, o quatro
alla

alla amigo, dixo don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narizes) y desde aqui adelante ten mas cuẽta con tu persona, y con lo que deues a la mia, q̃ la mucha conuersacion que tengo contigo, ha engendrado este menosprecio. Apostarê, replicò Sancho, que piensa vuestra merced, que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deua. Pero es meneallo amigo Sancho, respondio dõ Quixote. En estos coloquios, y otros semejãtes, passaron la noche, amo y moço. Mas viendo Sancho q̃ â mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligò a Rozinante, y se atò los calçones. Como Rozinante se vio libre (aunq̃ el de suyo no era nada brioso) parece que se resintio, y començô à dar manotadas, porque corbetas (con perdon suyo) no las sabia hazer. Viendo pues don Quixote, que ya Rozinante se mouia, lo tuuo a buena señal, y creyò que lo era, de q̃ acometiesse aq̃lla temerosa auentura. Acabô en esto de descubrirse el alua, y de parecer distintamente las cosas, y vio don Quixote, q̃ estaua entre vnos arboles altos, q̃ eran castaños, q̃ hazen la sombra muy escura: sintio tambien q̃ el golpear no cessaua, pero no vio quiẽ lo podia causar. Y assi sin mas detenerse, hizo sentir las espuelas a Rozinante, y tornando a despedirse de Sancho, le mandò q̃ alli le aguardasse tres dias, a lo mas largo (como ya otra vez se lo auia dicho) y que si al cabo dellos no huuiesse buelto tuuiesse por cierto, q̃ Dios auia sido seruido, de q̃ en aq̃lla peligrosa auentura se le acabassen sus dias. Tornole á referir el recado y embaxada, que auia de lleuar de su parte a su señora Dulcinea, y q̃ en lo q̃ tocaua a la paga de sus seruicios, no tuuiesse pena, porq̃ el auia dexado hecho su testamento, antes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante a su salario, rata por cantidad del tiempo que huuiesse seruido. Pero que si Dios le sacaua de aquel peligro, sano, y saluo, y

sin

ſin cautela, ſe podia tener por muy mas que cierta la prometida Inſula. De nueuo tornò a llorar Sancho, oyendo de nueuo las laſtimeras razones de ſu buen ſeñor, y determinò de no dexarle, haſta el vltimo tranſito, y fin de aquel negocio. Deſtas lagrimas, y determinacion tã honrada de Sancho Pança, ſaca el autor deſta hiſtoria, que deuia de ſer bien nacido, y por lo menos Chriſtiano viejo. Cuyo ſentimiento enternecio algo a ſu amo, pero no tanto que moſtraſſe flaqueza alguna, antes diſsimulando lo mejor que pudo, començò a caminar hàzia la parte por donde le parecio que el ruydo del agua, y del golpear venia. Seguiale Sancho a pie, lleuando como tenia de coſtumbre, del cabeſtro a ſu jumento, perpetuo compañero de ſus proſperas, y aduerſas fortunas. Y auiendo andado vna buena pieça por entre aquellos caſtaños, y arboles ſombrios, dieron en vn pradezillo que al pie de vnas altas peñas ſe hazia, de las quales ſe precipitaua vn grandiſsimo golpe de agua. Al pie de las peñas eſtauan vnas caſas mal hechas, que mas pareciã ruynas de edificios, que caſas, de entre las quales aduirtierõ que ſalia el ruydo, y eſtruendo de aquel golpear (que aũ no ceſſaua.) Alborotoſe Rozinante con el eſtruendo del agua, y de los golpes: y ſoſſegandole don Quixote, ſe fue llegando poco a poco a las caſas, encomendandoſe de todo coraçon a ſu ſeñora, ſuplicandole que en aq̃lla temeroſa jornada, y empreſa le fauorecieſſe: y de camino ſe encomendaua tambien a Dios, que no le oluidaſſe. No ſe le quitaua Sancho del lado, el qual alargaua quanto podia el cuello, y la viſta por entre las piernas de Rozinante, por ver ſi veria ya, lo que tan ſuſpenſo, y medroſo le tenia. Otros cien paſſos ſerian los que anduuieron, quando al doblar de vna punta, parecio deſcubierta, y patente la miſma cauſa, ſin que pudieſſe ſer otra, de aquel horriſono, y para ellos eſpantable ruydo, que tan ſuſ-

pensos, y medrosos toda la noche los auia tenido. Y eran (sino lo has, ô lector, por pesadumbre, y enojo) seys maços de batan, q̃ con sus alternatiuos golpes aquel estruẽdo formauan. Quando don Quixote vio lo que era, enmudecio, y pasmose de arriba â baxo. Mirole Sancho, y vio q̃ tenia la cabeça inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Mirô tambien don Quixote a Sancho, y viole que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, con euidentes señales de querer rebentar con ella: y no pudo su melancolia tanto con el, que a la vista de Sancho, pudiesse dexar de reyrse, y como vio Sancho que su amo auia començado, soltô la presa de manera, que tuuo necessidad de apretarse las hijadas con los puños, por no rebentar riyendo. Quatro vezes sossegô, y otras tantas boluio a su risa con el mismo impetu que primero: de lo qual ya se daua al diablo don Quixote: y mas quando le oyô dezir, como por modo de fisga: Has de saber, ô Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada, ô de oro. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, la hazañas grandes, los valerosos fechos. Y por aqui fue repitiendo, todas, ô las mas razones que don Quixote dixo la vez primera que oyeron los temerosos golpes Viendo pues don Quixote, que Sancho hazia burla del, se corrio, y enojô en tanta manera, que alçô el lançon y le assentô dos palos, tales, que si como los recibio en las espaldas, los recibiera en la cabeça, quedara libre de pagarle el salario, sino fuera â sus herederos. Viendo Sancho que sacaua tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no passasse adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: Sossieguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlays, no me burlo yo, respondio don Quixote. Venid acá señor alegre, pareceos a

vos,que si como estos fueron maços de batan, fueran otra peligrosa auentura, no auia yo mostrado el animo que conuenia, para emprendella, y acaballa? Estoy yo obligado a dicha(siendo como soy cauallero) a conocer, y distinguir los sones,y saber quales son de batanes,ô no? Y mas que podria ser(como es verdad)que no los he visto en mi vida, como vos los aureys visto, como villano ruyn que soys, criado, y nacido entre ellos. Sino hazed vos que estos seys maços, se bueluan en seys Iayanes, y echadmelos a las barbas vno a vno,ô todos juntos,y quãdo yo no diere cõ todos patas arriba,hazed de mi la burla que quisieredès. No aya mas señor mio, replicó Sancho,que yo confiesso, que he andado algo risueño en demasia: pero digame vuestra merced,aora que estamos en paz,assi Dios le saque de todas las auenturas que le sucedieren,tan sano,y saluo como le ha sacado desta, no ha ydo cosa de reyr,y lo es de contar,el gran miedo que hemos tenido,alomenos el q̃ yo tuue, que de vuestra merced,ya yo se,que no le conoce,ni sabe que es temor,ni espanto? No niego yo,respondio don Quixote, que lo q̃ nos ha sucedido,no sea cosa digna de risa pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en su punto las cosas. Alomenos, respondio Sancho,supo vuestra merced poner en su pũto el lançon,apuntandome a la cabeça,y dandóme en las espaldas:gracias a Dios, y a la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya,que todo saldra en la colada, que yo he oydo dezir: Esse te quiere bien, que te haze llorar: y mas que suelen los principales señores,tras vna mala palabra que dizen a vn criado,darle luego vnas calças,aunqué no se,lo que le suelèn dar tras auerle dado de palos:si ya no es,que los caualleros andantes, dan tras palos Insulas,ô Reynos,en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo don Quixote, que todo lo que dizes viniesse a

ser

ser verdad: y perdona lo passado, pues eres discreto, y sabes q̃ los primeros mouimientos no son en mano del hõbre: y està aduertido de aqui adelante en vna cosa (para q̃ te abstengas, y reportes en el hablar demasiado cõmigo) que en quantos libros de cauallerias he leydo, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablasse tanto con su señor, como tu con el tuyo. Y en verdad que lo tengo a gran falta tuya, y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo estimar en mas. Si que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, Conde fue de la Insula firme. Y se lee del, que siempre hablaua â su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeça, y doblado el cuerpo (more Turquesco). Pues q̃ diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fue tan callado, que para declararnos la excelencia de su marauilloso silencio, sola vna vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia. De todo lo que he dicho, has de inferir Sancho, q̃ es menester hazer diferencia, de amo a moço, de señor a criado, y de cauallero, a escudero. Assi que desde oy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, han de ser mal para el cantaro. Las mercedes, y beneficios que yo os he prometido, llegarân a su tiempo, y sino llegaren, el salario alomenos no se hà de perder (como ya os he dicho). Està bien quanto vuestra merced dize, dixo Sancho. Pero querria yo saber (por si a caso no llegasse el tiempo de las mercedes, y fuesse necessario acodir al de los salarios) quanto ganaua vn escudero de vn cauallero andante en aquellos tiempos? y si se concertauan por meses, ò por dias, como peones de aluañir? No creo yo, respondio don Quixote, que jamas los tales escuderos estuuieron a salario, sino a merced. Y si yo aora te lè he señalado a ti en el testamento cerrado que dexe en

 mi casa,

mi casa, fue por lo que podia suceder, que aun no se como prueua en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caualleria, y no querria que por pocas cosas penasse mi anima en el otro mundo. Porque quiero que sepas Sancho, que en el no ay estado mas peligroso, que el de los auentureros. Assi es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruydo de los maços de vn batan, pudo alborotar, y dessassossegar el coraçon de vn tan valeroso andante auenturero, como es vuestra merced: Mas bien puede estar seguro, que de aqui adelante, no despliegue mis labios, para hazer donayre de las cosas de vuestra merced, sino fuere para honrarle como a mi amo, y señor natural. Dessa manera, replicô don Quixote, viuirâs sobre la haz de la tierra, porque despues de a los padres, a los amos se ha de respetar, como si lo fuessen.

Cap. XXI. Que trata de la alta auentura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro inuẽcible cauallero.

EN ESTO Comẽçô a llouer vn poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes. Mas auiales cobrado tal aborrecimiento don Quixote por la passada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro: y assi torciendo el camino a la derecha mano dieron en otro como el que auian lleuado el dia de antes. De alli a poco, descubrio don Quixote vn hombre a cauallo, que traîa en la cabeça vna cosa que relumbraua, como si fuera de oro, y aun el apenas le huuo visto, quando se boluio a Sancho, y le dixo: Pareceme Sancho, que no ay refrã que no sea verdadero, porque todos son senten-

ſentencias ſacadas de la miſma experiencia, madre de las ciencias todas: eſpecialmente aquel que dize: Donde vna puerta ſe cierra, otra ſe abre. Digolo, porque ſi anoche nos cerró la ventura la puerta de la q̃ buſcauamos, engañandonos con los batanes, aora nos abre de par en par otra, para otra mejor, y mas cierta auentura, que ſi yo no acertare a entrar por ella, mia ſerá la culpa, ſin que la pueda dar a la poca noticia de batanes, ni a la eſcuridad de la noche. Digo eſto, porque ſino me engaño, hàzia noſotros viene vno, que trae en ſu cabeça pueſto el yelmo de Mambrino, ſobre que yo hize el juramento que ſabes. Mire vueſtra merced bien lo que dize, y mejor lo que haze, dixo Sancho, que no querria que fueſſen otros batanes, que nos acabaſſen de batanar, y aporrear el ſentido. Valate el diablo por hombre, replicó don Quixote, que va de yelmo a batanes? No ſe nada, reſpondio Sancho, mas a fe que ſi yo pudiera hablar tanto como ſolia, que quiçâ diera tales razones, que vueſtra merced viera que ſe engañaua en lo que dize. Como me puedo engañar en lo que digo, traydor eſcrupuloſo, dixo don Quixote? Dime, no vees aquel cauallero que hâzia noſotros viene, ſobre vn cauallo ruzio rodado, que trae pueſto en la cabeça vn yelmo de oro? Lo que veo, y columbro, reſpondio Sancho, no es ſino vn hombre ſobre vn aſno pardo, como el mio, que trae ſobre la cabeça vna coſa que relumbra. Pues eſſe es el yelmo de Mambrino, dixo don Quixote, apartate a vna parte, y dexame con el a ſolas, verâs quan ſin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo eſta auentura, y que da por mio el yelmo que tanto he deſſeado. Yo me tengo en cuydado el apartarme, replicó Sancho: mas quiera Dios, torno a dezir, que oregano ſea, y no batanes. Ya os he dicho hermano, que no me menteys, ni por pienſo mas eſſo de los batanes, dixo don Quixote,

que voto, y no digo mas, que os batanee el alma. Calló Sancho, con temor que su amo no cumpliesse el voto, que le auia echado redondo como vna bola. Es pues el caso, que el yelmo, y el cauallo, y cauallero que don Quixote veîa, era esto, que en aquel contorno auia dos lugares, el vno tan pequeño, que ni tenia botica, ni barbero, y el otro que estaua junto a el, si, y assi el barbero del mayor, seruia al menor: en el qual tuuo necessidad vn enfermo de sangrarse, y otro de hazerse la barba, para lo qual venia el barbero, y traîa vna bazia de azofar. Y quiso la suerte, que al tiempo que venia, començô a llouer, y porque no se le manchasse el sombrero, que deuia de ser nueuo, se puso la bazia sobre la cabeça, y como estaua limpia, desde media legua relumbraua. Venia sobre vn asno pardo, como Sancho dixo, y esta fue la ocasion que a dõ Quixote le parecio cauallo ruzio rodado, y cauallero, y el yelmo de oro: que todas las cosas que veîa, con mucha facilidad las acomodaua à sus desuariadas cauallerias, y mal andantes pensamientos. Y quando el vio que el pobre cauallero llegaua cerca, sin ponerse cõ el en razones, a todo correr de Rozinante, le enristrô con el lançon baxo, lleuando intencion de passarse de parte a parte. Mas quando a el llegaua, sin detener la furia de su carrera, le dixo: Defiendete cautiua criatura, ô entriegame de tu voluntad, lo que con tanta razon se me deue. El barbero, que tan sin pensarlo, ni temerlo, vio venir aquella fantasma sobre si, no tuuo otro remedio, para poder guardarse del golpe de la lança, sino fue el dexarse caer del asno abaxo, y no huuo tocado al suelo, quando se leuantô mas ligero que vn gamo, y començò a correr por aquel llano, que no le alcançara el viento. Dexose la bazia en el suelo, con la qual se contentô don Quixote, y dixo que el pagano auia andado discreto, y que auia imitado al Castor, el qual viendose acosado de los caçadores

dores,se taraça, y corta con los dientes, aquello por lo que el por distinto natural sabe,que es perseguido. Madô a Sancho.que alçasse el yelmo, el qual tomandole en las manos,dixo: Por Dios que la bazia es buena,y que va le vn real de a ocho,como vn marauedi. Y dandosela à su amo,se la puso luego en la cabeça, rodeandola à vna parte,y a otra,buscandole el encaxe:y como no se le hallaua, dixo: Sin duda que el pagano,a cuya medida se forjô primero esta famosa celada, deuia de tener grandisima cabeça,y lo peor dello es,que le falta la mitad. Quando Sãcho oyô llamar a la bazia,celada, no pudo tener la risa, mas vinosele a las mientes la colera de su amo, y callô en la mitad della. De que te ries Sancho, dixo don Quixote? Riome,respondio el,de considerar la gran cabeça que tenia el pagano,dueño deste almete,que no semeja si vna bazia de barbero, pintiparada. Sabes que ymagino Sancho, que esta famosa pieça deste encantado yelmo, por algun estraño acidente deuio de venir a manos de quien no supo conocer,ni estimar su valor, y sin saber lo que hazia,viendola de oro purisimo,deuio de fundir la otra mitad para aprouecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bazia de barbero, como tu dizes: pero sea lo que fuere, que para mi que la conozco, no haze al caso su transmutacion, que yo la adereçarê en el primer lugar donde aya herrero, y de suerte que no le haga ventaja,ni aun le llegue,la que hizo y forjô el dios de las herrerias, para el dios de las batallas: y en este entretanto la traerê como pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto mas, que bien serà bastante,para defenderme de alguna pedrada. Esso serà dixo Sancho, sino se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos exercitos,quãdo le santiguarõ a vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza, donde venia aquel benditissimo breuaje, que me hizo vomitar

las assaduras. No me da mucha pena el auerle perdido, que ya sabes tu Sancho, dixo don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respõdio Sancho. Pero si yo le hiziere, ni le prouare mas en mi vida, aqui sea mi hora. Quanto mas que no pienso ponerme en ocasion de auerle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos, de ser ferido, ni de ferir a nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden preuenir, y si vienen, no ay que hazer otra cosa, sino encoger los ombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse yr por donde la suerte, y la manta nos lleuare. Mal Christiano eres Sancho, dixo oyendo esto don Quixote, porque nunca oluidas la injuria que vna vez te han hecho: pues sabete que es de pechos nobles, y generosos, no hazer caso de niñerias. Que pie sacaste coxo, que costilla quebrada, que cabeça rota, para que no se te oluide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fue, y passatiempo, que a no entenderlo yo assi, ya yo huuiera buelto alla, y huuiera hecho en tu vengança mas daño, q̃ el q̃ hizieron los Griegos por la robada Elena. La qual si fuera en este tiẽpo, ô mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura, que no tuuiera tanta fama de hermosa como tiene: y aqui dio vn suspiro, y le puso en las nubes. Y dixo Sancho, por burlas, pues la vengança no puede passar en veras: pero yo se de que calidad fueron las veras, y las burlas, y se tambien que no se me caeran de la memoria, como nunca se quitaran de las espaldas. Pero dexando esto a parte, digame vuestra merced, que haremos deste cauallo ruzio rodado, que parece asno pardo, que dexô aqui desamparado aquel Martino, que vuestra merced derribô, que segun el puso los pies en poluorosa, y cogio las de Villadiego, no lleua pergenio de boluer por el jamas, y para mis barbas, sino es bueno el ruzio. Nunca

yo acoſtumbro, dixo don Quixote, deſpojar a los que venço, ni es vſo de caualleria, quitarles los cauallos, y dexarlos a pie: ſi ya no fueſſe que el vencedor huuieſſe perdido en la pendencia el ſuyo, que en tal caſo, licito es tomar el del vencido, como ganado en guerra licita. Aſsi que Sancho dexa eſſe cauallo, ô aſno, ô lo que tu quiſieres que ſea, que como ſu dueño nos vea alongados de aqui, boluerâ por el. Dios ſabe ſi quiſiera lleuarle, replicô Sancho, ô por lo menos trocalle con eſte mio, que no me parece tan bueno, verdaderamente que ſon eſtrechas las leyes de caualleria, pues no ſe eſtienden a dexar trocar vn aſno por otro. y querria ſaber ſi podria trocar los aparejos ſiquiera. En eſſo no eſtoy muy cierto, reſpondio don Quixote, y en caſo de duda (haſta eſtar mejor informado) digo que los trueques, ſi es que tienes dellos neceſidad eſtrema. Tan eſtrema es, reſpondio Sancho, que ſi fueran para mi miſma perſona, no los huuiera meneſter mas: y luego abilitado con aquella licencia, hizo mutatio caparum, y puſo ſu jumento a las mil lindezas, dexandole mejorado en tercio, y quinto. Hecho eſto, almorçaron las ſobras del real q̃ del azemila deſpojarõ beuierõ del agua del arroyo de los batanes, ſin boluer la cara à mirallos) tal era el aborrecimiento q̃ les tenian, por el miedo en q̃ les auian pueſto, que cortada la colera, y aun la malencolia, ſubieron a cauallo, y ſin tomar determinado camino (por ſer muy de caualleros andantes el no tomar ninguno cierto) ſe puſieron a caminar por donde la voluntad de Rozinante quiſo (que ſe lleuaua tras ſi la de ſu amo, y aun la del aſno, que ſiempre le ſeguia por donde quiera que guiaua, en buen amor, y compañia). Con todo eſto boluieron al camino real, y ſiguieron por el a la ventura, ſin otro deſignio alguno. Yendo pues aſsi caminando, dixo Sancho a ſu amo: Señor quiere vueſtra merced darme licencia, que departa vn poco con el, que deſpues q̃

me puso aquel aspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estomago, y vna sola que aora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malograsse? Dila, dixo don Quixote, y se breue en tus razonamientos, que ninguno ay gustoso, si es largo. Digo pues señor, respondio Sancho, que de algunos dias a esta parte he considerado, quan poco se gana, y grā gea, de andar buscando estas auenturas, que vuestra merced busca por estos desiertos, y encrucijadas de caminos, donde ya que se vençan, y acaben las mas peligrosas, no ay quien las vea, ni sepa, y assi se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuyzio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen. Y assi me parece que seria mejor (saluo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuessemos a seruir â algun Emperador, ô a otro Principe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo seruicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerças, y mayor entendimiento: que visto esto del señor a quien seruiremos, por fuerça nos ha de remunerar, a cada qual, segun sus meritos, y alli no faltarâ quiē ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los limites escuderiles: aunque se dezir, que si se vsa en la caualleria escriuir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dizes mal Sancho, respondio don Quixote, mas antes que se llegue a esse termino, es menester andar por el mundo, como en aprouacion, buscando las auenturas: para que acabando algunas, se cobre nombre, y fama, tal, que quando se fuere a la Corte de algun gran Monarca, ya sea el cauallero conocido por sus obras, y que apenas le ayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, quando todos le sigan, y rodeen dando vozes, diziendo: Este es el cauallero del Sol,

ò de

ô de la Serpiente, ò de otra insignia alguna, debaxo de la qual huuiere acabado grandes hazañas. Este es diran, el que vencio en singular batalla al Gigantazo Brocabruno de la gran fuerça, el que desencantô al gran Mameluco de Persia del largo encantamento, en que auia estado casi nouecië tos años. Assi q̃ de mano en mano yràn pregonando sus hechos, y luego al alborotô de los muchachos, y de la demas gente, se pararâ a las fenestras de su Real palacio, el Rey de aquel Reyno: y assi como vea al cauallero, conociendole por las armas, ô por la empresa del escudo, forçosamente ha de dezir: Ea sus salgan mis caualleros, quantos en mi Corte estan, a recebir a la flor de la caualleria que alli viene, a cuyo mandamiento saldran todos, y el llegarâ hasta la mitad de la escalera, y le abraçarâ estrechissimamente, y le darâ paz, besandole en el rostro, y luego le lleuara por la mano al aposento de la señora Reyna, adonde el cauallero la hallarâ con la Infanta su hija, que ha de ser vna de las mas fermosas, y acabadas donzellas, que en gran parte de lo descubierto de la tierra a duras penas se puede hallar. Sucederâ tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el cauallero, y el en los della, y cada vno parezca al otro cosa mas diuina que humana, y sin saber como, ni como no, han de quedar presos, y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuyta en sus coraçones, por no saber como se han de fablar, para descubrir sus ansias, y sentimientos. Desde alli le lleuaran sin duda à algun quarto del palacio, ricamente adereçado: donde auiendole quitado las armas, le traeran vn rico manton de escarlata, con que se cubra: y si bien parecio armado, tan bien, y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenarâ con el Rey, Reyna, ê Infanta, donde nunca quitarà los ojos della mirandola à furto de los circunstãtes: y ella harà lo mismo, y cõ la misma

saga-

ſagacidad, porque como tengo dicho, es muy diſcreta donzella. Leuantarſe han las tablas, y entrarâ a deshora por la puerta de la ſala vn feo, y pequeño enano, con vna fermoſa dueña, que entre dos Gigantes, detras del enano viene, con cierta auentura, hecha por vn antiquiſsimo ſabio, que el que la acabare ſerâ tenido por el mejor cauallero del mundo. Mandarâ luego el Rey, que todos los que eſtan preſentes la prueuen, y ninguno le darâ fin, y cima, ſino el cauallero hueſped, en mucho pro de ſu fama, de lo qual quedarâ contentiſsima la infanta, y ſe tendrâ por contenta, y pagada ademas, por auer pueſto, y colocado ſus penſamientos en tan alta parte. Y lo bueno es, que eſte Rey, ô Principe, ô lo que es, tiene vna muy reñida guerra, con otro tan poderoſo como el: y el cauallero hueſped le pide (al cabo de algunos dias que ha eſtado en ſu Corte) licencia para yr a ſeruirle en aquella guerra dicha. Daraſela el Rey, de muy buen talante, y el cauallero le beſara corteſmente la manos, por la merced que le faze. Y aquella noche ſe deſpedirâ de ſu ſeñora la Infanta, por las rexas de vn jardin, q̃ cae en el apoſento donde ella duerme, por las quales ya otras muchas vezes la auia fablado, ſiẽdo medianera, y ſabidora de todo, vna donzella de quien la Infanta mucho ſe fia. Suſpirarâ el, deſmayaraſe ella, traerâ agua la donzella, acuytaraſe mucho, porque viene la mañana, y no querria que fueſſen deſcubiertos, por la honra de ſu ſeñora. Finalmente, la Infanta boluerâ en ſi, y darâ ſus blancas manos por la reja al cauallero, el qual ſe las beſarâ mil, y mil vezes, y ſe las bañara en lagrimas. Quedarâ concertado entre los dos, del modo que ſe han de hazer ſaber ſus buenos, ô malos ſuceſſos: y rogarale la Princeſa, que ſe detenga lo menos que pudiere: prometerſelo ha el con muchos juramentos, tornale a beſar las manos, y deſpideſe con tanto ſentimiento, que eſtarâ poco por acabar la vida: vaſe

vaſedeſde alli a ſu apoſento, echaſe ſobre ſu lecho, no pude dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vaſe a deſpedir del Rey, y de la Reyna, y de la Infanta, diziendole (auiendoſe deſpedido de los dos) que la ſeñora Infanta eſtâ mal diſpueſta, y que no puede recebir viſita: pienſa el cauallero, que es de pena de ſu partida, traſpaſſaſele el coraçõ, y falta poco de no dar indicio manifieſto de ſu pena: eſtâ la donzella medianera delante, halo de notar todo, vaſelo a dezir a ſu ſeñora, la qual la recibe con lagrimas, y le dize, que vna de las mayores penas que tiene, es no ſaber quien ſea ſu cauallero, y ſi es de linage de Reyes, ô no: aſſegura la donzella, que no puede caber tanta corteſia, gentileza, y valentia, como la de ſu cauallero, ſino en ſujeto Real, y graue. Cõſuelaſe con eſto la cuytada, y procura conſolarſe, por no dar mal indicio de ſi a ſus padres. Y acabo de dos dias ſale en publico: ya ſe es ydo el cauallero, pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, buelue a la Corte, vee a ſu ſeñora por dõde ſuele, conciertaſe que la pida â ſu padre por muger, en pago de ſus ſeruicios, no ſe la quiere dar el Rey, porque no ſabe quien es. Pero con todo eſto, ô robada, ô de otra qualquier ſuerte que ſea, la Infanta viene a ſer ſu eſpoſa, y ſu padre lo viene a tener a gran ventura, porque le vino â aueriguar, que el tal cauallero, es hijo de vn valeroſo Rey de no ſe que Reyno, porque creo que no deue de eſtar en el Mapa. Mureſe el padre, hereda la Infanta, queda Rey el cauallero en dos palabras. Aqui entra luego el hazer merced a ſu eſcudero, y a todos aquellos que le ayudaron a ſubir a tan alto eſtado. Caſa â ſu eſcudero con vna donzella de la Infanta, que ſerà ſin duda la que fue tercera en ſus amores, que es hija de vn Duque muy principal. Eſſo pido, y barras derechas, dixo Sancho, a eſſo me atengo, porque todo

al pie

al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamandose: el cauallero de la triste Figura. No lo dudes Sancho, replicô don Quixote, porque del mismo, y por los mismos passos que esto he contado, suben, y han subido los caualleros andantes a ser Reyes, y Emperadores. Solo falta aora mirar, que Rey de los Christianos, ô de los Paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa: pero tiempo aurà para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, q̃ se acuda a la Corte. Tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle Rey con guerra, y con hija hermosa, y que yo aya cobrado fama increyble por todo el vniuerso, no se yo como se podia hallar que yo sea de linage de Reyes, ô por lo menos, primo segũdo de Emperador? Porque no me querrà el Rey dar a su hija por muger, sino està primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos: assi que por esta falta, temo perder lo que mi braço tiene bien merecido. Bien es verdad, que yo soy hijodalgo, de solar conocido, de possession, y propiedad, y de deuengar quinientos sueldos: y podria ser que el sabio que escriuiesse mi historia, deslindasse de tal manera mi parentela, y decendencia, que me hallasse quinto, ó sexto nieto de Rey. Porque te hago saber Sancho, que ay dos maneras de linages en el mundo: vnos que traen, y deriuan su decendencia de Principes. y Monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como piramides. Otros tuuieron principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar a ser grandes señores. De manera que està la diferencia, en que vnos fueron, que ya no son: y otros son que ya no fueron, y podria ser yo destos, que despues de aueriguado, huuiesse sido mi principio grande, y famoso, con lo qual se deuia de contentar el Rey mi suegro que huuiere de ser. Y quando

no, la

no,la Infanta me ha de querer de manera, que a pesar de su padre,aunque claramente sepa que soy hijo de vn açacan,me ha de admitir por señor,y por esposo:y sino aqui entra el roballa,y lleuarla donde mas gusto me diere,que el tiempo, ô la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Aí entra bien tambien,dixo Sancho, lo que algunos desalmados dizẽ. No pidas de grado, lo que puedes tomar por fuerça. Aunque mejor quadra dezir: Mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. Digolo, porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced,no se quisiere domeñar a entregarle a mi señora la Infanta, no ay sino como vuestra merced dize,roballa, y trasponella. Pero està el daño,que en tanto que se hagã las pazes, y se goze pacificamente del Reyno,el pobre escudero se podrà estar a diente en esto de las mercedes:si ya no es, q̃ la donzella tercera, q̃ ha de ser su muger, se sale con la Infanta,y el passe cõ ella su mala ventura,hasta q̃ el cielo ordene otra cosa,porque bien podrà,creo yo, desde luego darsela su señor por legitima esposa. Esso no ay quien lo quite,dixo don Quixote. Pues como esso sea, respondio Sãcho,no ay sino encomẽdarnos a Dios,y dexar correr la suerte,por dõde mejor lo encaminare. Hagalo Dios,respondio dõ Quixote,como yo desseo,y tu Sãcho has menester,y ruyn sea quiẽ por ruyn se tiene. Sea por Dios,dixo Sancho,que yo Christiano viejo soy, y para ser Cõde esto me basta. Y aun te sobra,dixo don Quixote,y quãdo no lo fueras,no hazia nada al caso, porque siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres, ni me sirvas con nada:porque en haziendote Conde, catate aí cauallero, y digan lo que dixeren, que a buena fe q̃ue te han de llamar señoria, mal que les pese. Y montas que no sabria yo autorizar el litado,dixo Sancho. Ditado has de dezir,que no litado,dixo su amo. Sea assi, respondio Sancho Pança. Digo que le sabria bien acomodar,

porque

porque por vida mia que vn tiẽpo fuy muñidor de vna cofradia, y que me assentaua tan biẽ la ropa de muñidor, que dezian todos q̃ tenia presencia para poder ser Prioste de la misma cofradia. Pues que serâ, quando me ponga vn ropon Ducal acuestas, ô me vista de oro, y de perlas, a vso de Conde estrangero para mi tengo, que me hã de venir a ver de cien leguas. Bien pareceràs, dixo don Quixote, pero serâ menester q̃ te rapes las barbas a menudo, que segũ las tienes de espessas, aborrascadas, y mal puestas, sino te las rapas a nauaja cada dos dias por lo menos, a tiro de escopeta, se echarâ de ver lo que eres. Que ay mas, dixo Sancho, sino tomar vn barbero, y tenerle assalariado en casa, y aun si fuera menester, le harê que ande tras mi, como cauallerizo de grande. Pues como sabes tu, preguntô don quixote, que los grandes lleuan detras de si a sus cauallerizos? Yo se lo dirê, respondio Sancho: Los años passados estuue vn mes en la Corte, y alli vi, que passeandose vn señor muy pequeño, que dezian que era muy grande, vn hombre le seguia a cauallo, a todas las bueltas, que daua que no parecia, sino que era su rabo. Preguntê que como aquel hombre no se juntaua con el otro hombre, sino que siempre andaua tras del? Respondierõ me, q̃ era su cauallerizo y que era vso de grandes, lleuar tras si a los tales. Desde entonces lo se tambien q̃ nunca se me ha oluidado. Digo que tienes razon dixo don Quixote, y que assi puedes tu lleuar a tu barbero, que los vsos no vinieron todos juntos, ni se inuentaron a vna, y puedes ser tu el primero Conde que lleua tras si su barbero: y aũ es de mas confiança el hazer la barba, que ensillar vn cauallo. Quedose esso del barbero a mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede, el procurar venir a ser Rey, y el hazerme Conde. Assi serâ, respondio don Quixote, y alçando los ojos vio, lo que se dirâ en el siguiente capitulo.

Cap. XXII. De la libertad que dio don Quixote a muchos deſdichados, que mal de ſu grado los lleuauan donde no quiſieran yr.

CVenta Cide Hamete Benengeli, autor Arauigo, y Manchego, en eſta grauiſsima, altiſonante, minima, dulce, è imaginada hiſtoria, que deſpues q̃ entre el famoſo don Quixote de la Mancha, y Sancho Pança ſu eſcudero paſſaron aquellas razones, que en el fin del capitulo veynte, y vno quedan referidas: Que don Quixote alçò los ojos, y vio que por el camino que lleuaua, venian haſta doze hombres a piè, enſartados como cuentas en vna grã cadena de hierro por los cuellos, y todos con eſpoſas a las manos. Venian aſsi miſmo con ellos dos hombres de a cauallo, y dos de apie. Los de a cauallo con eſcopetas de rueda, y los de apie con dardos, y eſpadas, y que aſsi como Sancho Pança los vido, dixo: Eſta es cadena de galeotes, gente forçada del Rey, que và a las galeras. Como gente forçada, preguntò don Quixote? es poſsible q̃ el Rey haga fuerça a ninguna gente? No digo eſſo, reſpondio Sancho, ſino q̃ es gente, que por ſus delitos và condenada, a ſeruir al Rey en las galeras de por fuerça. En reſolucion, replico dó Quixote: como quiera que ello ſea, eſta gente aunque los lleuan van de por fuerça, y no de ſu voluntad. Aſsi es, dixo Sancho. Pues deſſa manera, dixo ſu amo, aqui encaxa la execucion de mi oficio, desfazer fuerças, y ſocorrer, y acudir a los miſerables. Aduierta vueſtra merced, dixo Sancho, que la juſticia, que es el miſmo Rey, no haze fuerça, ni agrauio a ſemejante gente, ſino que los caſtiga en pena de ſus delitos. Llegò en eſto la cadena de los galeotes, y don Quixote, con muy

cortefes razones, pidio à los que yuan en fu guarda, fueſ-
ſen ſeruidos, de informalle, y dezille, la cauſa, o cauſas,
porq̃ lleuauan aquella gente de aquella manera? Vna de
las guardas de acauallo reſpondio, que eran galeotes, gẽ
te de ſu Mageſtad, que yua â galeras, y que no auia mas
que dezir, ni el tenia mas que ſaber. Con todo eſſo, repli-
cò don Quixote, querria ſaber de cada vno dellos en par
ticular la cauſa de ſu deſgracia? Añadio a eſtas, otras ta-
les y tan comedidas razones, para mouerlos à que le di-
xeſſen lo que deſſeaua, que la otra guarda de acauallo le
dixo: Aũque lleuamos aqui el regiſtro, y la fè de las ſen-
tencias, de cada vno deſtos malauenturados, no es tiem
po eſte de detenerles à ſacarlas, ni á leellas, vueſtra mer-
ced llegue, y ſe lo pregunte à ellos miſmos, que ellos lo
diran, ſi quiſieren, que ſi querran, porque es gente q̃ re-
cibe guſto, de hazer, y dezir vellaquerias. Con eſta licẽ
cia que don Quixote ſe tomara, aunque no ſe la dieran,
ſe llegò à la cadena, y al primero le preguntò: Que por-
que pecados yua de tan mala guiſa? El reſpondio, q̃ por
enamorado. Por eſſo no mas? replicò don Quixote, pues
ſi por enamorados echan â galeras, dias ha que pudiera
yo eſtar bogando en ellas. No ſon los amores como los
q̃ vueſtra merced pienſa, dixo el galeote, q̃ los mios fue-
ron, que quiſe tanto à vna canaſta de colar, ateſtada de
ropa blanca, q̃ la abracê conmigo tan fuertemente, que
a no quitarmela la juſticia por fuerça, aun haſta aora no
la huuiera dexado de mi voluntad. Fue en fragante, no
huuo lugar de tormento, concluyoſe la cauſa, acomoda
ronme las eſpaldas cõ ciento, y por añadidura tres años
de gurapas, y acaboſe la obra. Que ſon gurapas, pregun
tò don Quixote? Gurapas ſon galeras, reſpõdio el galeo
te, el qual era vn moço, de haſta edad de veynte, y qua-
tro años, y dixo que era natural đ Piedrahita. Lo miſmo
preguntó don Quixote al ſegundo, el qual no reſpõdio
pala-

palabra, segun yua de triste, y melancolico; mas respon dio por el el primero, y dixo: Este señor va por Canario, digo, que por musico, y cantor. Pues como, repitio don Quixote, por musicos, y cantores van tambien a galeras? Si señor, respondio el galeote, que no ay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he yo oydo dezir, dixo don Quixote, que quien canta, sus males espanta, Acâ es al reues, dixo el galeote, que quien canta vna vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dixo don Quixote; mas vna de las guardas le dixo: Señor cauallero, cantar en el ansia se dize entre esta gente non santa, confessar en el tormento. A este pecador le dieron tormento, y confessò su delito, que era ser quatrero, que es ser ladron de bestias y por auer confessado, le condenaron por seys años à galeras, amen de dozientos açotes que ya lleua en las espaldas. Y va siempre pensatiuo, y triste, porque los demas ladrones que allâ quedan, y aqui van, le maltratan, y aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco, porque confessò, y no tuuo animo de dezir nones. Porque dizen ellos, que tantas letras tiene vn no, como vn si: y q̃ harta ventura tiene vn delinquente, que estâ en su lengua su vida, o su muerte, y no en la de los testigos, y prouanças, y para mi tengo, que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo assi, respondio don Quixote, el qual passando al tercero, preguntò lo que a los otros: el qual de presto, y con mucho desenfado, respondio, y dixo: Yo voy por cinco años à las señoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo darê veynte de muy buena gana, dixo don Quixote, por libraros dessa pesadumbre. Esso me parece, respondio el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se està muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Digolo, porque si à su tiempo tuuiera yo essos veynte ducados que vuestra merced aora me ofrece, huuiera vnta-

do con ellos la pendola del escriuano, y auiuado el inge nio del procurador, de manera, que oy me viera en mitad de la plaça de Zocodouer de Toledo, y no en este camino atraylllado como galgo, pero Dios es grande, paciencia, y basta. Passó don Quixote al quarto, que era vn hombre de venerable rostro, con vna barba blanca, q̃ le passaua del pecho: el qual oyendose preguntar la causa, porque alli venia, començó a llorar, y no respondio palabra: mas el quinto condenado le siruio de lengua, y dixo: Este hombre honrado, và por quatro años a galeras, auiendo passeado las acostumbradas, vestido en pópa, y acauallo. Esso es, dixo Sancho Pança, a lo que a mi me parece, auer salido a la verguença. Assi es, replicò el galeote: y la culpa porq̃ le dieron esta pena, es por auer sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efeto quiero dezir, que este cauallero và por alcahuete, y por tener assi mismo sus puntas, y collar de hechizero. A no auerle añadido essas puntas, y collar, dixo don Quixote, por solamente el alcahuete limpio, no merecia el yr à bogar en las galeras, sino a mãdallas, y â ser General dellas, porque no es assi como quiera el oficio de alcahuete, que ès oficio de discretos, y necessarissimo en la republica bien ordenada, y que no le deuia exercer sino gente muy bien nacida: y aun auia de auer veedor, y examinador de los tales, como le ay de los demas oficios, con numero deputado, y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se escusarian mucho males, que se causan, por andar este oficio, y exercicio entre gente idiota, y de poco entendimiento: como son mugerzillas de poco mas a menos, pajezillos, y truhanes de pocos años, y de muy poca experiencia, que a la mas necessaria ocasion, y quando es menester dar vna traça que importe, se les yelan las migas entre la boca, y la mano, y no saben qual es su mano derecha. Quisiera

passar

passar adelante, y dar las razones, porque conuenia hazer elecion de los que en la republica auian de tener tan necessario oficio: pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo dire, a quien lo pueda proueer, y remediar. Solo digo aora, que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me ha quitado el assunto de ser hechizero. Aunque bien se que no ay hechizos en el mundo, que puedan mouer, y forçar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro aluedrio, y no ay yerua ni encanto que le fuerce: lo que suelen hazer algunas mugerzillas simples, y algunos embusteros vellacos, es algunas misturas, y venenos con que bueluẽ locos a los hombres, dando a entender que tienen fuerça para hazer querer bien, siendo como digo cosa impossible, forçar la voluntad. Assi es, dixo el buen viejo, y en verdad señor, que en lo de hechizero, que no tuue culpa, en lo de alcahuete, no lo pude negar: pero nunca pẽsè que hazia mal en ello, que toda mi intencion era, que todo el mundo se holgasse, y viuiesse en paz, y quietud, sin pendencias ni penas: pero no me aprouechò nada este buen desseo, para dexar de yr a donde no espero boluer, segun me cargan los años, y vn mal de orina que lleuo, que no me dexa reposar vn rato: y aqui tornò a su llãto como de primero, y tuuole Sancho tanta compassiõ, que sacò vn real de a quatro del seno, y se le dio de limosna. Passò adelante dõ Quixote, y preguntò a otro su delito, el qual respondio con no menos, sino con mucha mas gallardia que el passado: Yo voy aqui, porque me burlè demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas, que no lo eran mias: finalmẽte tanto me burlè con todas, que resultô de la burla, crecer la parentela tan intricadamente, que no ay Summista que la declare. Prouoseme todo, faltò fauor, no tuue di-

neros, vime â pique de perder los tragaderos: sentencia ronme à galeras por seys años, consenti; castigo es de mi culpa, moço soy, dure la vida, que con ella todo se al cança. Si vuestra merced, señor cauallero, lleua algu- na cosa con que socorrer à estos pobretes, Dios se lo pa garà en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuyda do de rogar à Dios en nuestras oraciones por la vida, y salud de vuestra merced, que sea tan larga, y tan buena, como su buena presencia merece. Este yua en habito de estudiante, y dixo vna de las guardas, que era muy grande hablador, y muy gentil Latino. Tras todos es- tos, venia vn hombre de muy buen parecer, de edad de treynta años, sino que al mirar metia el vn ojo en el otro: vn poco venia diferentemente atado que los demas, por que traía vna cadena al pie, tan grande, que se la liaua por todo el cuerpo, y dos argollas â la garganta, la vna en la cadena, y la otra, de las que llaman guarda amigo, ò pie de amigo. De la qual decendian dos hierros, q lle- gauan â la cintura, en los quales se asian dos esposas, don de lleuaua las manos, cerradas con vn gruesso candado, de manera, que ni con las manos podia llegar â la boca, ni podia baxar la cabeça â llegar â las manos. Preguntò don Quixote, que como yua aquel hombre con tantas prisiones, mas que los otros? Respondiole la guarda: Porque tenia aquel solo mas delitos, que todos los otros juntos: y que era tan atreuido, y tan grande vellaco, q̃ aunque le lleuauan de aquella manera, no yuan seguros del, sino que temian que se les auia de huyr. Que deli- tos puede tener, dixo don Quixote, sino han merecido mas pena que echarle à las galeras? Va por diez años, replicò la guarda, q̃ es como muerte ceuil: No se quiera saber mas, sino que este bué hombre es el famoso Gines de Passamonte, que por otro nombre llaman. Ginesillo de Parapilla. Señor Comissario, dixo entonces el galeo-

te,

te, vayaſe poco à poco, y no andemos aora a deslindar nombres, y ſobrenombres, Gines me llamo, y no Gineſillo, y Paſſamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como boace dize, y cada vno ſe dê vna buelta à la redonda, y no hara poco. Hable con menos tono, replicô el Comiſſario, ſeñor ladron de mas de la marca, ſino quiere que le haga callar, mal que le peſe. Bien parece, reſpondio el galeote, que va el hombre como Dios es ſeruido, pero algun dia ſabra alguno, ſi me llamo Gineſillo de Parapilla, o nó. Pues no te llaman aſsi embuſtero, dixo la guarda? Si llaman, reſpondio Gines, mas yo harê que no me lo llamen, o me las pelaria, donde yo digo entre mis dientes. Señor cauallero, ſi tiene algo q̃ darnos, denoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querèr ſaber vidas agenas: y ſi la mia quiere ſaber, ſepa que yo ſoy Gines de Paſſamonte, cuya vida eſtá eſcrita por eſtos pulgares. Dize verdad, dixo el Comiſſario, que el miſmo ha eſcrito ſu hiſtoria, que no ay mas que deſſear, y dexa empeñado el libro en la carcel en dozientos reales. Y le pienſo quitar, dixo Gines, ſi quedara en dozientos ducados. Tan bueno es, dixo don Quixote. Es tan bueno, reſpondio Gines, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos quantos de aquel genero ſe han eſcrito, o eſcriuieren. Lo que le ſe dezir à boace, es, que trata verdades, y que ſon verdades tan lindas, y tan donoſas, que no pueden auer mentiras que ſe le ygualen. Y como ſe intitula el libro, preguntó don Quixote? La vida de Gines de Paſſamonte, reſpondio el miſmo. Y eſtà acabado, preguntô don Quixote? Como puede eſtar acabado, reſpondio el, ſi aun no eſtà acabada mi vida: lo que eſtá eſcrito, es deſde mi nacimiento, haſta el punto que eſta vltima vez me han echado en galeras. Luego otra vez aueys eſtado en ellas, dixo don Quixote? Para ſeruir à Dios, y al Rey, otra vez he eſtado

quatro años, y ya se à que sabe el vizcocho, y el corbacho, respődio Gines: y no me pesa mucho de yr à ellas, porque alli tendre lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que dezir: y en las galeras de España, ay mas sossiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escriuir, porque me lo se decoro, Abil pareces, dixo don Quixote? Y desdichado, respondio Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen a los vellacos, dixo el Comissario. Ya le he dicho señor Comissario, respondio Passamonte, que se vaya poco a poco, que aquellos señores no le dieron essa vara, para que maltratasse a los pobretes que aqui vamos, sino para que nos guiasse, y lleuasse, adóde su Magestad manda: sino por vida de, basta, que podria ser que saliessen algun dia en la colada, las manchas que se hizieron en la venta; y todo el mundo calle, y viua bien, y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alçò la vara en alto el Comissario, para dar a Passamonte en respuesta de sus amenazas, mas don Quixote se puso en medio, y le rogò que no le maltratasse, pues no era mucho, q̃ quien lleuaua tan atadas las manos, tuuiesse algun tanto suelta la lengua: y boluiendose a todos los de la cadena, dixo: De todo quanto me aueys dicho, hermanos carissimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vays a padecer no os dan mucho gusto, y que vays a ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad: y que podria ser, que el poco animo que aquel tuuo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco fauor del otro, y finalmẽte el torcido juyzio del juez, huuiesse sido causa de vuestra perdicion, y de no auer salido con la justicia que de vuestra parte teniades. Todo lo qual se me representa a mi aora en la memoria, de manera que me está diziendo, persuadiendo,

diendo,y aun forçando, q̃ muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojò al mundo,y me hizo professar en el la orden de cauallería que professo, y el voto q̃ en ella hize, de fauorecer a los menesterosos, y opressos de los mayores. Pero porque se,que vna de las partes de la prudencia es,que lo que se puede hazer por bien no se haga por mal,quiero rogar a estos señores guardianes, y Comissario, sean seruidos de desataros, y dexaros yr en paz, que no faltaran otros que siruan al Rey en mejores ocasiones: porque me parece duro caso hazer esclauos a los que Dios,y naturaleza hizo libres. Quãto mas, señores guardas, añadio don Quixote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allà se lo aya cada vno con su pecado, Dios ay en el cielo que no se descuyda de castigar al malo,ni de premiar al bueno:y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yendoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre, y sossiego, porque tenga,si lo cumplis, algo que agradeceros: y quando de grado no lo hagays, esta lança, y esta espada, con el valor de mi braço, haran que lo hagays por fuerça. Donosa majaderia, respondio el Comissario: bueno està el donayre con que ha salido a cabo de rato, los forçados del Rey quiere q̃ le dexemos, como si tuuieramos autoridad para soltarlos, o el la tuuiera para mandarnoslo. Vayase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderecese esse bazin que trae en la cabeça, y no ande buscando tres pies al gato. Vos soys el gato, y el rato, y el vellaco, respondio don Quixote: y diziendo,y haziendo, arremetio con el tan presto,que sin que tuuiesse lugar de ponerse en defensa,dio con el en el suelo, mal herido de vna lançada: y auinole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atonitas, y suspensas del no esperado acontecimiento, pero boluiendo sobre

si, pu-

si, pusieron mano à sus espadas los de à cauallo, y los de à pie à sus dardos, y arremetieron à don Quixote, q̃ con mucho sossiego los aguardaua: y sin duda lo passara mal, si los galeotes viendo la ocasion que se les ofrecia de alcançar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fue la rebuelta de manera, que las guardas, ya por acudir à los galeotes q̃ se desatauan, ya por acometer a don Quixote, que los acometia, no hizieron cosa que fuesse de prouecho. Ayudò Sancho por su parte, à la soltura de Gines de Passamonte, que fue el primero que saltò en la campaña libre, y desembaraçado; y arremetiendo al Comissario caydo, le quitò la espada, y la escopeta, con la qual apũtando al vno, y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedò guarda en todo el campo, porque se fuerõ huyendo, assi de la escopeta de Passamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tirauan. Entristeciose mucho Sancho deste sucesso, porque se le representò que los que yuan huyendo auian de dar noticia del caso à la santa Hermandad, la qual à campana herida saldria à buscar los delinquentes, y assi se lo dixo a su amo, y le rogò que luego de alli se partiessen, y se emboscassen en la sierra, que estaua cerca. Bien està esso, dixo don Quixote, pero yo se lo que aora conuiene que se haga: y llamando todos los galeotes, que andauan alborotados, y auian despojado al Comissario, hasta dexarle en cueros, se le pusierõ todos à la redonda para ver lo que les mandaua, y assi les dixo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y vno de los pecados que mas à Dios ofende, es la ingratitud. Digolo, porque ya aueys visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mi aueys recebido, en pago del qual querria, y es mi voluntad, que cargados de essa cadena que quitè de vuestros cuellos, luego os pongays en camino,

mino,

mino, y vays a la ciudad del Toboſo, y alli os preſenteys ante la ſeñora Dulcinea del Toboſo, y le digays, que ſu cauallero, el de la triſte figura, ſe le embia à encomendar: y le conteys punto por punto todos los que ha tenido eſta famoſa auentura, haſta poneros en la deſſeada libertad: y hecho eſto os podreys yr donde quiſieredes, a la buena ventura. Reſpondio por todos Gines de Paſſamonte, y dixo: Lo que vueſtra merced nos manda, ſeñor, y libertador nueſtro, es impoſsible de toda impoſsibilidad cumplirlo, porque no podemos yr juntos por los caminos, ſino ſolos y diuididos, y cada vno por ſu parte, procurando meterſe en las entrañas de la tierra, por no ſer hallado de la ſanta Hermandad, que ſin duda alguna ha de ſalir en nueſtra buſca: lo q̃ vueſtra merced puede hazer, y es juſto que haga, es, mudar eſſe ſeruicio y montazgo de la ſeñora Dulcinea del Toboſo, en alguna cantidad de Aue Marias, Credos, que noſotros diremos por la intencion de vueſtra merced, y eſta es coſa que ſe podra cumplir de noche, y de dia: huyendo, o repoſando: en paz, o en guerra: pero penſar que hemos de boluer aora à las ollas de Egypto, digo, à tomar nueſtra cadena, y à ponernos en camino del Toboſo, es penſar que es aora de noche, que aun no ſon las diez del dia, y es pedir à noſotros eſſo, como pedir peras al olmo. Pues voto â tal dixo don Quixote (ya pueſto en colera) don hijo de la puta, don Gineſillo de Paropillo, o como os llamays, que aueys de yr vos ſolo, rabo entre piernas, con toda la cadena acueſtas. Paſſamonte que no era nada bien ſufrido, eſtando ya enterado que don Quixote no era muy cuerdo (pues tal diſparate auia cometido, como el de querer darles libertad) viendoſe tratar mal, y de aquella manera, hizo del ojo â los compañeros, y apartandoſe â parte, començaron â llouer tantas y tantas piedras ſobre don Quixote, q̃ no ſe daua manos

acu-

à cubrirse con la rodela: y el pobre de Rozinante no ha zia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronze. Sancho se puso tras su asno, y con el se defendia de la nu be, y pedrisco que sobre entrambos llouia. No se pudo escudar tan bien don Quixote, que no le acertassen no se quantos guijarros en el cuerpo, con tanto fuerça, que dieron con el en el suelo: y apenas huuo caydo, quando fue sobre el él estudiante, y le quitò la vazia de la cabeça, y diole con ella tres, o quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedaços. Quitaronle vna ropilla que trahia sobre las armas, y las medias calças le querian quitar, si las greuas no lo estoruaran.. A Sancho le quitaron el gauan, y dexandole en pelota, repartiendo entre si los demas despojos de la ba talla, se fueron cada vno por su parte, con mas cuydado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, e yr apresentarse ante la Señora Dul cinea del Toboso. Solos quedaron jumento, y Rozinante, Sancho, y don Quixote. El jumento cabizbaxo, y pensatiuo, sacudiendo de quando en quando las orejas, pensando que aun no auia cessado la borrasca de las piedras que le perseguian los oydos. Rozinante, tendido junto a su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada. Sancho en pelota, y temeroso de la santa Hermãdad. Don Quixote mohinissimo de verse tan mal parado, por los mismos a quien tanto bien auia hecho.

Cap. XXIII. De lo que le acontecio al famoso don Quixote en Sierra Morena, q̃ fue vna de las mas raras auenturas que en esta ver dadera historia se cuentan.

Viendose tan mal parado don Quixote, dixo a su escudero: Siempre Sancho lo he oydo dezir, que el

hazer

hazer bien â villanos,es echar agua en la mar. Si yo huuiera creydo lo que me dixiste,yo huuiera escusado esta pesadumbre, pero ya està hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante. Asi escarmentarâ vuestra merced, respondio Sancho, como yo soy Turco: pero pues dize, q̃ si me huuiera creydo se huuiera escusado este daño,creame aora,y escusarà otro mayor: porque le hago saber,que cõ la santa Hermandad no ay vsar de cauallerias, que no se le dâ a ella por quantos caualleros andantes ay dos marauedis: y sepa que ya me parece,q̃ sus saetas me zumban por los oydos. Naturalmente eres couarde Sancho,dixo don Quixote, pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu cõsejo, y apartarme de la furia que tanto temes,mas ha de ser con vna condiciõ, q̃ jamas en vida, ni en muerte has de dezir a nadie, q̃ yo me retirè, y apartê deste peligro de miedo, sino por cõplazer a tus ruegos: q̃ si otra cosa dixeres, mentiràs en ello: y desde aora para entonces, y desde entõces para aora te desmiento, y digo q̃ mientes, y mentirâs todas las vezes q̃ lo pensares,o lo dixeres: y no me repliques mas, q̃ en solo pensar q̃ me aparto,y retiro de algun peligro, especialmente deste, q̃ parece q̃ lleua algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme,y para aguardar aqui solo,no solamẽte a la santa Hermandad q̃ dizes, y temes,sino a los hermanos de los doze Tribus d̃ Israel, y a los siete Mancebos,y a Castor,y a Polux,y aũ a todos los hermanos,y hermandades q̃ ay en el mundo. Señor, respondio Sancho, q̃ el retirar no es huyr, ni el esperar es cordura, quando el peligro sobrepuja a la esperança: y de sabios es guardarse oy para mañana, y no auẽturarse todo en vn dia. Y sepa,que aunque çafio,y villano, toda via se me alcança algo desto que llaman, buen gouierno: asi que no se arrepienta de auer tomado mi con-

sejo, sino suba en Rozinante, si puede, o sino yo le ayudare, y sigame, que el caletre me dize, que hemos menester aora mas los pies que las manos. Subio don Quixote, sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por vna parte de Sierra Morena, que alli junto estaua, lleuando Sancho intencion de atrauessarla toda, ê yr à salir al Viso, o â Almodouar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados, si la Hermandad los buscasse. Animole à esto auer visto, que de la refriega de los galeotes se auia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgô à milagro, segun fue lo que lleuaron, y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron a la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le parecio à Sancho, passar aquella noche, y aun otros algunos dias, alomenos todos aquellos que durasse el matalotaje que lleuaua: y assi hizierõ noche entre dos peñas, y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, q̃ segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera Fê, todo lo guia, guisa, y compone a su modo, ordenô, que Gines de Passamonte, el famoso embustero, y ladron, que de la cadena, por virtud, y locura de dõ Quixote, se auia escapado, lleuado del miedo de la santa Hermandad (de quien con justa razon temia) acordô de esconderse en aquellas montañas: y lleuole su suerte, y su miedo à la misma parte donde auia lleuado a don Quixote, y â Sancho Pança, a hora y tiempo que los pudo conocer, y à punto que los dexô dormir. Y como siempre los malos son desagradecidos, y la necessidad sea ocasion de acudir à lo que se deue, y el remedio presentè vença à lo por venir, Gines, que no era ni agradecido, ni bien intẽcionado, acordò de hurtar el asno a Sancho Pãça, no curandose de Rozinante, por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormia Sancho

Pança,

Pança, hurtole su jumento, y antes que amaneciesse se halló bien lexos de poder ser hallado. Salio el Aurora alegrando la tierra, y entristeciendo à Sancho Pança, porque hallô menos su Ruzio, el qual viendose sin el, començò à hazer el mas triste, y doloroso llanto del mundo: y fue de manera, que don Quixote despertò a las vozes, y oyò que en ellas dezia: O hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, embidia de mis vezinos, aliuio de mis cargas: y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porq̃ con veynte, y seys marauedis que ganaua cada dia, mediaua yo mi despensa. Don Quixote que vio el llanto, y supo la causa, consolò a Sancho cõ las mejores razones que pudo, y le rogò que tuuiesse paciencia, prometiendole de darle vna cedula de cambio, para que le diessen tres en su casa, de cinco que auia dexado en ella. Consolose Sancho con esto, y limpiò sus lagrimas, templo sus solloços, y agradecio à don Quixote la merced que le hazia. El qual como entrò por aquellas montañas, se le alegrò el coraçon, pareciendole aquellos lugares acomodados para las auenturas que buscaua. Reducianseles à la memoria los marauillosos acaecimientos, que en semejantes soledades, y esperezas auian sucedido a caualleros andantes: Yua pensando en estas cosas, tan embeuecido, y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaua. Ni Sancho lleuaua otro cuydado (despues q̃ le parecio que caminaua por parte segura) sino de satisfazer su estomago con los relieues que del despojo clerical auian quedado, y assi yua tras su amo cargado con todo aquello que auia de lleuar el Ruzio, sacando de vn costal, y embaulando en su pança: y no se le diera por hallar otra auentura entretanto que yua de aquella manera, vn ardite. En esto alçô los ojos, y vio que su amo estaua parado, procurando con la punta del lanzon alçar

no se

alçar no se que bulto que estaua caydo en el suelo, por lo qual se dio priessa à llegar à ayudarle, si fuesse menester: y quando llegò fue à tiempo, que alçaua con la punta del lançon vn coxin, y vna maleta asida à el, medio podridos, o podridos del todo, y deshechos: mas pesaua tanto, que fue necessario que Sancho se apeasse à tomarlos, y mandole su amo que viesse lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con vna cadena, y su candado, por lo roto, y podrido della vio lo que en ella, que erán quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienço, no menos curiosas que limpias, y en vn pañizuelo hallô vn buen montonzillo de escudos de oro: y assi como los vio, dixo: Bendito sea todo el cielo, q̃ nos ha deparado vna auentura q̃ sea de prouecho. Y buscando mas, hallò vn librillo de memoria, ricamente guarnecido. Este le pidio don Quixote, y mandole que guardasse el dinero, y lo tomasse para el. Besole las manos Sancho, por la merced, y desbalijando a la balija de su lenceria, la puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por don Quixote, dixo: Pareceme Sancho (y no es possible q̃ sea otra cosa) que algun caminante descaminado deuio de passar por esta Sierra, y salteandole Malandrines, le deuierõ de matar, y le truxeron à enterrar en esta tan escondida parte? No puede ser esso, respondio Sancho, porquè si fueran ladrones, no se dexaran aqui este dinero. Verdad dizes, dixo don Quixote, y assi no adiuino, ni doy en lo q̃ esto pueda ser: mas esperate veremos si en este librillo de memoria ay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear, y venir en conocimiento de lo que desseamos. Abriole, y lo primero que hallô en el, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue vn Soneto, q̃ leyendole alto porque Sancho tambien lo oyesse, vio que dezia desta manera.

O Le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, o no es mi pena
Igual à la ocasion que me condena,
Al genero mas duro de tormento.
Pero si amor es dios, es argumento,
Que nada ignora, y es razon muy buena,
Que vn dios no sea cruel: pues quien ordena
El terrible dolòr que adoro, y siento?
Si digo que soys vos Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruyna.
Presto aurè de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal, de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

Por essa troba, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por esse hilo que esta aì se saquè el ouillo de todo. Que hilo està aqui, dixo don Quixote? Pareceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombrò aì hilo. No dixe sino Fili, respondio don Quixote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se quexa el autor deste Soneto: y à fê que deue de ser razonable Poeta, o yo se poco del arte. Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende à vuestra merced de trobas? Y mas de lo q̃ tu piensas, respondio don Quixote, y veraslo quando lleues vna carta escrita en verso de arriba à baxo, a mi señora Dulcinea del Toboso: porq̃ quiero que sepas Sancho, q̃ todos, o los mas caualleros andantes de la edad passada, eran grandes trobadores, y grandes musicos, q̃ estas dos habilidades, o gracias (por mejor dezir) son anexas à los enamorados andãtes. Verdad es, q̃ las coplas de los passados caualleros, tienen mas de espiritu, que de

primor. Lea mas vuestra merced dixo Sancho, q̃ ya hallarà algo que nos satisfaga. Boluio la hoja don Quixote, y dixo: Esto es prosa, y parece carta. Carta missiua, señor, preguntò Sancho? En el principio no parece sino de amores, respondio dõ Quixote. Pues lea vuestra merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me plaze, dixo don Quixote, y leyendola alto, como Sancho se lo auia rogado, vio que dezia desta manera.

Tu falsa promessa, y mi cierta desuentura, me lleuan à parte, donde antes bolueràn a tus oydos las nueuas de mi muerte, que las razones de mis quexas. Desechasteme, o ingrata, por quiẽ tiene, mas no por quien vale mas que yo: mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no embidiara yo dichas agenas, ni llorarà desdichas propias. Lo que leuantò tu hermosura, han derribado tus obras: por ella entendi, que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quedate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo, q̃ los engaños de tu esposo esten siẽpre encubiertos, porq̃ tu no quedes arrepentida d̃ lo q̃ hiziste, y yo no tome vengança de lo que no desseo.

Acabando de leer la carta, dixo don Quixote: Menos por esta que por los versos se puede sacar mas, de q̃ quiẽ la escriuio es algun desdeñado amante. Y ojeando casi todo el librillo, hallò otros versos, y cartas, que algunos pudo leer, y otros no: pero lo que todos contenian, erã quexas, lamentos, desconfianças, sabores, y sinsabores, fauores, y desdenes, solenizados los vnos, y llorados los otros. En tanto que don Quixote passaua el libro, passaua Sancho la maleta, sin dexar rincon en toda ella, ni en el coxin que no buscasse, escudriñasse, ê inquiriesse, ni costura que no deshiziesse, ni vedixa de lana que no escarmenasse, porque no se quedasse nada por diligencia, ni mal recado: tal golosina auian despertado en el los hallado-

llados efcudos,que paffauan de ciento. Y aunque no hallò mas de lo hallado,dio por bien empleados los buelos de la manta, el vomitar del breuaje, las bendiciones de las eftacas,las puñadas del harriero, la falta de las alforjas,el robo del gauan,y toda la hambre, fed,y canfancio que auia paffado en feruicio de fu buen feñor, pareciendole q̃ eftaua mas que rebien pagado con la merced recebida,de la entrega del hallazgo. Con grã deffeo quedò el cauallero de la trifte figura,de faber quien fueffe el dueño de la maleta,conjeturando por el Soneto,y carta, por el dinero en oro,y por las tan buenas camifas,que deuia de fer de algun principal enamorado, a quien defdenes,y malos tratamientos de fu dama,deuian de auer cõduzido à algũ defefperado termino. Pero como por aql lugar inhabitable,y efcabrofo,no parecia perfona alguna de quien poder informarfe, no fe curò de mas, que de paffar adelante, fin lleuar otro camino q̃ aquel que Rozinante queria,q̃ era por donde el podia caminar: fiempre con imaginaciõ q̃ no podia faltar por aquellas malezas, alguna eftraña auentura. Yendo pues con efte penfamiẽto,vio que por cima de vna montañuela, que delante de los ojos fe le ofrecia, yua faltãdo vn hombre de rifco en rifco,y de mata en mata,con eftraña ligereza. Figurofele q̃ yua defnudo, la barba negra, y efpeffa, los cabellos muchos,y rebultados,los pies defcalços,y las piernas fin cofa alguna: los muslos cubrian vnos calçones, al parecer de terciopelo leonado,mas tan hechos pedaços, que por muchas partes fe le defcubrian las carnes. Traîa la cabeça defcubierta, y aunque pafsò con la ligereza q̃ fe ha dicho,todas eftas menudencias mirò, y notò el cauallero de la trifte figura: y aunque lo procurò no pudo feguille, porque no era dado à la debilidad de Rozinante andar por aquellas afperezas, y mas fiendo el de fuyo pifacorto, y flematico. Luego imaginò don Quixote, que

aquel era el dueño del coxin, y de la maleta, y propuso en si de buscalle, aunque supiesse andar vn año por aquellas montañas hasta hallarle: y assi mandô a Sancho, que se apeasse del asno, y atajasse por la vna parte de la montaña, que el yria por la otra, y podria ser que topassen cô esta diligencia, con aquel hombre que con tanta priessa se les auia quitado de delante. No podre hazer esso, respondio Sancho, porque en apartandome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me assalta con mil generos de sobresaltos, y visiones. Y siruale esto que digo de auiso, para que de aqui adelante no me aparte vn dedo de su presencia. Assi serâ, dixo el de la triste figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi animo, el qual no te ha de faltar, aũque te falte el anima del cuerpo: y vente aora tras mi poco a poco, o como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta serreçuela, quiça toparemos con aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro, que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondio: Harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos, y â caso fuesse el dueño del dinero, claro està que lo tengo de restituyr, y assi fuera mejor sin hazer esta inutil diligencia, posseerlo yo con buena fê, hasta que por otra via menos curiosa, y diligente pareciera su verdadero señor, y quiça fuera a tiempo q̃ lo huuiera gastado, y entonces el Rey me hazia franco. Engañaste en esso Sancho, respôdio don Quixote, que ya q̃ hemos caydo en sospecha de quien es el dueño, casi delante, estamos obligados a buscarle, y boluerselos: y quando no le buscassemos, la vehemente sospecha q̃ tenemos de q̃ el lo sea, nos pone yà en tãta culpa como si lo fuesse. Assi q̃ Sancho amigo, no te dê pena el buscalle, por la q̃ a mi se me quitarâ, si le hallo: y assi picô a Rozinãte, y siguiole Sãcho â pie, y cargado, merced âGinesillo d̃ Passamôte. Y auiẽdo rodeado la

mon-

montaña, hallarõ en vn arroyo cayda, muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos, vna mula, ensillada, y enfrenada. Todo lo qual confirmò en ellos mas la sospecha, de que aquel que huía era el dueño de la mula, y del coxin. Estandola mirando, oyeron vn silvo, como de pastor que guardaua ganado: y â deshora a su siniestra mano, parecieron vna buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña, parecio el cabrero q̃ las guardaua, que era vn hombre anciano. Diole vozes don Quixote, y rogole que baxasse dónde estauan. El respondio a gritos, que quien les auia traydo por aq̃l lugar, pocas, o ningunas vezes pisado, sino d pies de cabras, o de lobos, y otras fieras que por alli andauan? Respondiole Sancho, que baxasse, que de todo le darian buena cuenta. Baxò el cabrero, y en llegando adonde don Quixote estaua, dixo: Apostarê que està mirando la mula de alquiler que està muerta en essa hondonada, pues a buena fe que ha ya seys meses que està en esse lugar. Diganme, han topado por aî à su dueño? No hemos topado a nadie, respondio don Quixote, sino a vn coxin, y a vna maletilla que no lexos deste lugar hallamos. Tambien la hallê yo, respondio el cabrero, mas nunca la quise alçar, ni llegar a ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidiessen por de hurto, que es el diablo sotil, y de baxo de los pies se leuanta allombre cosa donde tropiece, y caya, sin saber como, ni como no. Esso mismo es lo que yo digo, respondio Sancho, que tambiẽ la hallê yo, y no quise llegar a ella con vn tiro de piedra: alli la dexê, y alli se queda como se estaua, que no quiero perro con cencerro. Dezidme buen hombre, dixo don Quixote, sabeys vos quien sea el dueño destas prendas? Lo q̃ sabré yo dezir, dixo el cabrero, es, que aura al pie de seys meses, poco más a menos, que llegò a vna majada de pastores, que estarà como tres leguas deste lugar, vn man-

cebo de gentil talle, y apostura, cauallero sobre essa mis ma mula que aî està muerta, y con el mismo coxin, y ma leta, que dezis que hallastes, y no tocastes. Preguntonos, que qual parte desta sierra era la mas aspera, y escõdida. Diximosle, que era esta donde aora estamos: y es, assi la verdad, porque si entrays media legua mas adentro, quiça no acertareys a salir: y estoy marauillado de como aueys podido llegar aquî, porque no ay camino, ni senda que á este lugar encamine. Digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, boluio las riendas, y encaminô hàzia el lugar donde le señalamos, dexandonos a todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda, y de la priessa con que le viamos caminar, y boluerse hàzia la sierra: y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que desde alli a algunos dias salio al camino a vno de nuestros pastores, y sin dezille nada se allegò a el, y le dio muchas pañadas, y cozes, y luego se fue a la borrica del hato, y le quitò quanto pan, y quesso en ella traîa: y con estraña ligereza, hecho esto, se boluio a entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduuimos a buscar casi dos dias, por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallamos metido en el hueco de vn gruesso, y valiẽte alcornoque. Salio à nosotros con mucha mansedũbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado, y tostado del Sol, de tal suerte, que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aũ que rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dieron a entender que era el que buscauamos. Saludonos cortèsmente, y en pocas, y muy buenas razones nos dixo, que no nos marauillassemos de verle andar de aquella suerte, porque assi le conuenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le auia sido impuesta. Rogamosle que nos dixesse quien era, mas nunca lo pudimos acabar con el. Pedimosle tambien, que quando

do huuiesse menester el sustento (sin el qual no podia pas sar) nos dixesse donde le hallariamos, porque cõ mucho amor, y cuydado se lo lleuariamos: y que si esto tampoco fuesse de su gusto, que alomenos saliesse a pedirlo, y no a quitarlo a los pastores. Agradecio nuestro ofrecimiento, pidio perdon de los assaltos passados, y ofrecio de pedillo de alli adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna a nadie. En quanto lo que tocaua a la estancia de su habitacion dixo, que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaua la noche, y acabo su platica con vn tan tierno llanto, que bien fueramos de piedra los que escuchado le auiamos, si en el no le acompañaramos: considerandole como le auiamos visto la vez primero, y qual le veîamos entonces. Porque como tengo dicho, era vn muy gentil, y agraciado mancebo, y en sus corteses, y concertadas razones, mostraua ser bien nacido, y muy cortesana persona. Que puesto que eramos rusticos los que le escuchauamos, su gentileza era tanta, que bastaua a darse a conocer a la misma rusticidad. Y estando en lo mejor de su platica parò, y enmudeciose: clauò los ojos en el suelo por vn buen espacio, en el qual todos estuuimos quedos, y suspensos, esperãdo en q̃ auia de parar aquel embelesamiento, con no poca lastima de verlo, porq̃ por lo q̃ hazia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo, sin mouer pestaña gran rato, y otras vezes cerrarlos, apretãdo los labios, y enarcando las cejas, facilmente conocimos, que algun accidente de locura le auia sobreuenido: mas el nos dio a entender presto, ser verdad lo que pensauamos: porque se leuantò con gran furia del suelo, donde se auia echado, y arremetio con el primero que hallò junto a si con tal denuedo, y rabia, que sino se le quitaramos le matara a puñadas, y a bocados. Y todo esto hazia, diziendo: A fementido Fernando, aqui, aqui me pa-

garàs la sinrazon que me hiziste, estas manos te sacarán el coraçon, donde aluergan, y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude, y el engaño: y a estas añadia otras razones, que todas se encaminauan a dezir mal de aquel Fernando, y à tacharle de traydor, y fementido. Quitamos se le pues con no poca pesadũbre, y el sin dezir mas palabra se apartô de nosotros, y se emboscô corriendo por entre estos xarales, y malezas, de modo que nos impossibilitô el seguille. Por esto conjeturamos, que la locura le venia a tiempos, y que alguno que se llamaua Fernando, le deuia de auer hecho alguna mala obra, tan pesada, quanto lo mostraua el termino a que le auia conducido. Todo lo qual se ha confirmado despues aca, con las vezes (que han sido muchas) que el ha salido al camino, vnas a pedir a los pastores le den de lo que lleuan para comer, y otras a quitarselo por fuerça: porque quando està con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma a puñadas: y quando està en su seso lo pide por amor de Dios, cortês, y comedidamẽte, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguio el cabrero, que ayer determinamos yo, y quatro zagales, los dos criados, y los dos amigos mios, de buscarle, hasta tãto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerça, ya por grado, le hemos de lleuar â la villa de Almodouar, que està de aqui ocho leguas, y alli le curaremos, si es que su mal tiene cura, o sabremos quien es quando estè en su seso, y si tiene parientes aquien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabre deziros de lo que me aueys preguntado: y entended que el dueño de las prendas que hallastes, es el mismo que vistes passar con tanta ligereza, como desnudez: que ya le auia dicho don Quixote; como auia visto passar aquel hombre saltando

tando

tando por la sierra. El qual quedò admirado de lo que al cabrero auia oydo, y quedò con mas desseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en si lo mismo que ya tenia pensado, de buscalle por toda la montaña, sin dexar rincon, ni cueua en ella que no mirasse, hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte, de lo que el pensaua, ni esperaua: porq̃ en aquel mismo instante parecio por entre vna quebrada de vna sierra que salia donde ellos estauan, el mancebo que buscaua: el qual venia hablando entre si, cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lexos. Su trage era qual se ha pintado, solo que llegando cerca vio don Quixote, que vn coleto hecho pedaços que sobre si traìa, era de ambar: por donde acabò de entender, que persona que tales habitos traìa, no deuia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo a ellos, los saludò con vna voz desentonada, y bronca, pero con mucha cortesia. Don Quixote le boluio las saludes, con no menos comedimiento, y apeandose de Rozinante, con gentil continente, y donayre le fue à abraçar, y le tuuo vn buen espacio estrechamente entre sus braços, como si de luengos tiempos le huuiera conocido. El otro, a quien podemos llamar, el Roto de la mala figura (como a don Quixote, el de la triste) despues de auerse dexado abraçar, le apartò vn poco de si, y puestas sus manos en los ombros de don Quixote, le estuuo mirando, como que queria ver si le conocia: no menos admirado quiça, de ver la figura, talle, y armas de don Quixote, que don Quixote lo estaua de verle a el. En resolucion, el primero que hablò despues del abraçamiento, fue el roto, y dixo lo que se dirà adelante.

(:?:)

Cap.

Cap. XXIIII. Donde se prosigue la auentura de la Sierra Morena.

DIze la historia, que era grandissima la atencion con que don Quixote escuchaua al astroso cauallero de la Sierra, el qual prosiguiendo su platica, dixo: Por cierto, señor, quien quiera que seays, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras, y la cortesia que conmigo aueys vsado: y quisiera yo hallarme en terminos que con mas que la voluntad pudiera seruir la que aueys mostrado tenerme, en el buen acogimiento que me aueys hecho, mas no quiere mi suerte darme otra cosa cõ que corresponda a las buenas obras que me hazen, que buenos dessseos de satisfazerlas. Los q̃ yo tengo respondio dõ Quixote, son de seruiros, tanto, que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la estrañeza de vuestra vida mostrays tener, se podia hallar algun genero de remedio: y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia possible. Y quando vuestra desuentura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas a todo genero de consuelo, pensaua ayudaros a llorarla, y à plañirla como mejor pudiera, q̃ toda via es consuelo en las desgracias, hallar quiẽ se duela dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun genero de cortesia, yo os suplico señor, por la mucha que veo que en vos se encierra: y juntamẽte os conjuro, por la cosa que en esta vida mas aueys amado, o amays, que me digays quien soys, y la causa q̃ os ha traydo a viuir, y à morir entre estas soledades, como bruto animal, pues morays entre ellos, tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro trage, y persona. Y juro (añadio don Quixote) por la orden de cauallería q̃

receb i

recebi (aun que indigno, y pecador) y por la professiõ de cauallero andante, que si en esto, señor, me cõplazeys, de seruiros cõ las veras a que me obliga el ser quien soy: ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio: ora ayudando os â llorarla, como os lo he prometido. El cauallero del bosque, q̃ de tal manera oyò hablar al de la triste figura, no hazia sino mirarle, y remirarle, y tornarle a mirar de arriba â baxo: y despues q̃ le huuo bien mirado, le dixo: Si tienen algo q̃ darme a comer, por amor de Dios q̃ me lo den, q̃ despues de auer comido yo harê todo lo q̃ se me manda, en agradecimiento de tã buenos desseos como aqui se me han mostrado. Luego sacarõ, Sancho de su costal, y el cabrero de su çurron con q̃ satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo q̃ le dieron como persona atontada, tan apriessa, q̃ no daua espacio de vn bocado al otro, pues antes los angullia q̃ tragaua: y en tãto q̃ comia, ni el, ni los que le mirauan hablauan palabra. Como acabo de comer, les hizo de señas q̃ le siguiessen, como lo hizieron, y el los lleuò â vn verde pradezillo, q̃ â la buelta de vna peña, poco desuiada de alli estaua. En llegando a el se tendio en el suelo, encima de la yerua, y los demas hizieron lo mismo: y todo esto sin q̃ ninguno hablasse, hasta q̃ el Roto, despues de auerse acomodado en su assiento, dixo: Si gustays señores, que os diga en breues razones la inmensidad de mis desuenturas, aueysme de prometer, de q̃ cõ ninguna pregunta, ni otra cosa, no interrõpereys el hilo de mi triste historia: porq̃ en el punto q̃ lo hagays, en esse se quedarà lo q̃ fuere cõtando. Estas razones del Roto, truxerõ â la memoria a dõ Quixote el cuento q̃ le auia contado su escudero, quando no acertô el numero de las cabras q̃ auian passado el rio, y se quedô la historia pendiente. Pero boluiẽdo al Roto, prosiguio, diziendo: Esta preuencion q̃ hago, es, porq̃ querria passar breuemente por el cuento de mis desgracias:
que

que el traerlas a la memoria no me sirue de otra cosa, q̃ añadir otras de nueuo: y mientras menos me preguntaredes, mas presto acabarê yo de dezillas, puesto que no dexarê por contar cosa alguna, que sea de importancia, para no satisfazer del todo a vuestro desseo. Don Quixote se lo prometio en nombre de los demas: y el con este seguro, començò desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria vna ciudad de las mejores desta Andaluzia, mi linage noble, mis padres ricos, mi desuentura tanta, que la deuen de auer llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliuiar con su riqueza: q̃ para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Viuia en esta misma tierra vn cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á dessearme. Tal es la hermosura de Luscinda, donzella tan noble, y tan rica como yo, pero de mas vẽtura, y de menos firmeza de la que a mis honrados pensamientos se deuia. A esta Luscinda amê, quise, y adorê, desde mis tiernos, y primeros años: y ella me quiso a mi, con aquella sencillez, y buen animo, que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaua dello, porque bien veîan, que quando passaran adelante, no podiã tener otro fin, que el de casarnos: cosa que casi la concertaua la ygualdad de nuestro linage, y riquezas. Crecio la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le parecio, que por buenos respetos estaua obligado a negarme la entrada de su casa: casi imitando en esto, a los padres de aquella Tisbe, tan decantada de los Poetas. Y fue esta negaciõ, añadir llama a llama, y desseo a desseo: porque aunque pusieron silencio a las lenguas, no le pudieron poner a las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar à entender a quien quieren, lo q̃ en el alma estâ encerrado, que muchas vezes la presencia de la cosa ama

da,

da, turba, y enmudece la intencion mas determinada, y la lengua mas atreuida. Ay cielos, y quantos villetes la escriui? Quan regaladas, y honestas respuestas tuue? Quãtas canciones compuse, y quantos enamorados versos, donde el alma declaraua, y trasladaua sus sentimientos, pintaua sus encẽdidos desseos, entretenia sus memorias, y recreaua su voluntad? En efeto, viendome apurado, y que mi alma se consumia con el desseo de verla, determinê poner por obra, y acabar en vn punto, lo que me parecio que mas conuenia para salir con mi desseado, y merecido premio: y fue, el pedirsela a su padre por legitima esposa, como lo hize. A lo q̃ el me respondio: Que me agradecia la voluntad que mostraua de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas, pero que siẽdo mi padre viuo, à el tocaua de justo derecho, hazer aquella demanda: porque si no fuesse con mucha voluntad, y gusto suyo, no era Luscinda para tomarse, ni darse a hurto. Yo le agradeci su buen intento, pareciendome q̃ lleuaua razon en lo que dezia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dixesse. Y con este intento, luego en aquel mismo instante fuy à dezirle à mi padre lo q̃ desseaua: y al tiempo q̃ entrê en vn aposento donde estaua, le hallê con vna carta abierta en la mano, la qual antes q̃ yo le dixesse palabra, me la dio, y me dixo: Por essa carta veras Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hazerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, señores, deueys de saber, es vn grande de España, q̃ tiene su estado en lo mejor desta Andaluzia. Tomê, y ley la carta la qual venia tan encarecida, q̃ à mi mismo me parecio mal, si mi padre dexaua de cũplir lo q̃ en ella se le pedia, q̃ era, q̃ me embiasse luego donde el estaua, q̃ queria, que fuesse compañero, no criado, de su hijo el mayor: y que el tomaua a cargo el ponerme en estado, que correspondiesse à la estimaciõ en que me tenia. Ley

la carta, y enmudeci leyendola, y mas quando oi q̃ mi padre me dezia: De aqui â dos dias te partiras Cardenio, â hazer la voluntad del Duque, y da gracias à Dios que te và abriendo camino por donde alcances lo que yo se que mereces. Añadio â estas otras razones de padre con sejero. Llegosse el termino de mi partida, hablé vna noche á Luscinda, dixele todo lo que passaua, y lo mismo hize a su padre, suplicandole se entretuuiesse algunos dias, y dilatasse el darla estado, hasta que yo viesse lo q̃ Ricardo me queria. El me lo prometio, y ella me la confirmô con mil juramentos, y mil desmayos. Vine en fin dóde el Duque Ricardo estaua, fuy del tan bien recebido, y tratado que desde luego començò la embidia à hazer su oficio, teniendomela los criados antiguos; pareciendoles, que las muestras que el Duque daua de hazerme merced, auian de ser en perjuyzio suyo. Pero el que mas se holgò con mi yda, fue vn hijo segundo del Duque, llamado Fernando, moço gallardo, gentilhombre, liberal, y enamorado: el qual en poco tiempo quiso que fuesse tan su amigo, que daua que dezir a todos: y aũque el mayor me queria bien, y me hazia merced, no llegò al estremo con que don Fernando me queria, y trataua. Es pues el caso, que como entre los amigos no ay cosa secreta, que no se comunique, y la priuança que yo tenia con dó Fernando, dexaua de serlo, por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraua, especialmente vno enamorado, que le traía con vn poco de desassossiego. Queria bien à vna labradora, vassalla de su padre: y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta, y honesta, q̃ nadie que la conocia se determinaua en qual destas cosas tuuiesse mas excelencia, ni mas se auentajasse. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora, reduxeron à tal termino los desseos de don Fernando, que se determinò para poder alcançarlo (y conquistar la entereza de la labrado-

bradora) darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera, era procurar lo impossible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y cõ los mas viuos exemplos que pude, procurê estoruarle, y apartar le de tal proposito. Pero viendo que no aprouechaua, determinê de dezirle el caso al Duque Ricardo su padre. Mas don Fernando, como astuto, y discreto, se rezelò, y temio desto, por parecerle que estaua yo obligado, en vez de buen criado, no tener encubierta cosa que tan en perjuyzio de la honra de mi señor el Duque venia: y assi por diuertirme, y engañarme, me dixo: Que no hallaua otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sugeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses: y q̃ queria que el ausencia fuesse, que los dos nos viniessemos en casa de mi padre, con ocasion que darian al Duque, que venia à ver, y à feriar vnos muy buenos cauallos, que en mi ciudad auia, que es madre de los mejores del mundo. A penas le oî yo dezir esto, quando (mouido de mi aficion) aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprouara yo por vna de las mas acertadas q̃ se podian imaginar: por ver quan buena ocasiõ y coyũtura se me ofrecia, de boluer a ver a mi Luscinda. Con este pensamiẽto, y desseo, aproue su parecer, y esforcê su proposito, diziendole, que lo pusiesse por obra con la breuedad possible, porque en efeto la ausencia hazia su oficio, a pesar de los mas firmes pensamientos. Y quando el me vino a dezir esto, segun despues se supo, auia gozado â la labradora, con titulo de esposo, y esperaua ocasion de descubrirse a su saluo, temeroso de lo que el Duque su padre haria, quando supiesse su disparate: Sucedio pues, que como el amor en los moços, por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como tiene por vltimo fin el deleyte, en llegando â alcançarle, se acaba, y ha de boluer atras aquello que parecia amor: porq̃

no

no puede passar adelante del termino que le puso natura leza, el qual termino no le puso à lo que es verdadero amor. Quiero dezir, que assi como don Fernando gozò a la labradora, se le aplacaron sus desseos, y se resfriarõ sus ahincos: y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, aora de veras procuraua yrse, por no poner los en execucion. Diole el Duque licencia, y mandome que le acompañasse. Venimos a mi ciudad, recibiole mi padre como quien era: vi yo luego a Luscinda, tornarõ a viuir (auuque no auian estado muertos, ni amortiguados) mi desseos, de los quales di cuenta, por mi mal, à dõ Fernando, por parecerme, q̃ en la ley de la mucha amistad que mostraua, no le deuia encubrir nada. Alabele la hermosura, donayre, y discrecion de Luscinda, de tal manera, que mis alabanças mouieron en el los desseos de querer ver donzella de tan buenas partes adornada. Cũplíselos yo, por mi corta suerte, enseñandosela vna noche, a la luz de vna vela, por vna ventana por donde los dos soliamos hablarnos. Viola, en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por el vistas, las puso en oluido. Enmudecio, perdio el sentido, quedò absorto: y finalmẽte tan enamorado, qual lo vereys en el discurso del cuento de mi desuentura. Y para encenderle mas el desseo (que à mi me zelaua, y al cielo a solas descubria) quiso la fortuna, que hallasse vn dia vn villete suyo pidiẽdome que la pidiesse â su padre por esposa: tan discreto, tan honesto, y tan enamorado, que en leyendolo me dixo, que en sola Luscinda se encerrauan todas las gracias de hermosura, y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estauan repartidas. Bien es verdad, que quiero confessar aora, que puesto que yo veîa cõn quan justas causas don Fernando a Luscinda alabaua, me pesaua de oyr aquellas alabanças de su boca, y comencè à temer, y con razon à rezelarme del, porq̃ no se passaua momen-

momento, donde no quisiesse que tratassemos de Luscinda, y el mouia la platica, aunque la truxesse por los cabellos, cosa que despertaua en mi vn no se que de zelos, no porque yo temiesse reues alguno de la bondad, y de la fê de Luscinda, pero con todo esso me hazia temer mi suerte, lo mismo que ella me asseguraua. Procuraua siempre don Fernando leer los papeles que yo a Luscinda embiaua, y los que ella me respondia, a titulo que de la discrecion de los dos gustaua mucho. Acaecio pues, que auiendome pedido Luscinda vn libro de cauallerias en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula. No huuo bien oydo don Quixote nombrar libro de cauallerias, quando dixo: Con que me dixera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada â libros de cauallerias, no fuera menester otra exageració, para darme a entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuuiera tan bueno, como vos señor le aueys pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: assi que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor, y entendimiento, que con solo auer entendido su aficion, la confirmó por la mas hermosa, y mas discreta muger del mundo: y quisiera yo, señor, que vuestra merced le huuiera embiado junto con Amadis de Gaula al bueno de don Rugel de Grecia, que yo se que gustara la señora Luscinda mucho de Daraya, y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus Bucolicas, cãtadas, y representadas por el con todo donayre, discrecion, y desemboltura: pero tiempo podra venir en que se enmiẽde essa falta, y no dura mas en hazerse la enmienda, de quanto quiera vuestra merced ser seruido de venirse conmigo a mi aldea, que alli le podrê dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma, y el entretenimiento

miento de mi vida: aunque tengo para mi, que ya no tengo ninguno, merced a la malicia de malos, y embidiosos encantadores. Y perdoneme vuestra merced, el auer contrauenido a lo que prometimos, de no interromper su platica, pues en oyendo cosas de cauallerias, y de caualleros andantes, assi es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la Luna. Assi que, perdon, y proseguir, que es lo que aora haze màs al caso: En tanto que don Quixote estaua diziendo lo que queda dicho, se le auia caydo a Cardenio la cabeça sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensatiuo. Y puesto que dos vezes le dixo don Quixote, que prosiguiesse su historia, ni alçaua la cabeça, ni respondia palabra. Pero al cabo de vn buen espacio la leuantô, y dixo: No se me puede quitar del pensamiento, ni aurà quiẽ me lo quite en el mundo, ni quien me dê a entender otra cosa; y seria vn majadero el que lo contrario entendiesse, ó creyesse, sino que aquel vellaconazo del Maestro Elisabat, estaua amancebado con la Reyna Madasima. Esso no, voto a tal, respondio con mucha colera dõ Quixote, (y arrojôle como tenia de costumbre) y essa es vna muy gran malicia, ó vellaqueria, por mejor dezir. La Reyna Madasima fue muy principal señora, y no se ha de presumir, que tan alta Princessa se auia de amancebar con vn saca potras: y quien lo contrario entẽdiere, miente como muy gran vellazo. Y yo se lo daré a entender, a pie, ó a cauallo: armado, ô desarmado: de noche, ô de dia, ô como mas gusto le diere. Estauale mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya auia venido el acidente de su locura, y no estaua para proseguir su historia, ni tan poco don Quixote se la oyera, segun le auia disgustado lo q̃ de Madasima le auia oydo. Estraño caso, que assi boluio por ella, como si verdaderamente fuera

fuera su verdadera, y natural señora: tal le teniã sus desco mulgados libros. Digo pues, q̃ como ya Cardenio estaua loco, y se oyò tratar de mentis, y de vellaco, cõ otros denuestos semejantes, pareciole mal la burla, y alçô vn guijarro que hallô junto a si, y dio con el en los pechos tal golpe a don Quixote, q̃ le hizo caer de espaldas. Sancho Pãça que de tal modo vio parar a su señor, arremetio al loco con el puño cerrado: y el Roto le recibio de tal suerte, que con vna puñada dio con el a sus pies, y luego se subio sobre el, y le brumô las costillas muy a su sabor. El cabrero que le quiso defender, corrio el mismo peligro. Y despues que los tuuo a todos rendidos, y molidos, los dexô, y se fue con gentil sosiego, a emboscarse en la montaña. Leuantose Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudio a tomar la vengança del cabrero, diziendole, que el tenia la culpa de no auerles auisado, que à aquel hombre le tomaua â tiempos la locura, q̃ si esto supieran, huuieran estado sobre auiso, para poderse guardar. Respondio el cabrero, q̃ ya lo auia dicho, y que si el no lo auia oydo, q̃ no era suya la culpa. Replicò Sãcho Pãça, y tornô a replicar el cabrero: y fue el fin de las replicas, asirse de las barbas, y darse tales puñadas que si don Quixote no los pusiera en paz, se hizieran pedaços. Dezia Sancho, asido cõ el cabrero: Dexeme vuestra merced, señor cauallero de la triste Figura, que en este que es villano como yo, y no està armado cauallero, bien puedo a mi saluo satisfazerme del agrauio q̃ me ha hecho, peleando con el mano a mano, como hombre honrado. Assi es, dixo dõ Quixote: pero yo se que el no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguô, y don Quixote boluio a preguntar al cabrero, si seria possible hallar a Cardenio, porque quedaua con grandissimo desseo de saber el fin de su historia. Dixole el cabrero lo que primero auia dicho, que era no

ſaber de cierto ſu manida: pero que ſi anduuieſſe mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, ò cuerdo, ò loco.

Cap. XXV. Que trata de las eſtrañas coſas que en Sierramorena ſucedieron al valiēte cauallero de la Mancha: y de la imitacion q̃ hizo a la penitencia de Beltenebros.

Deſpidioſe del cabrero don Quixote, y ſubiēdo otra vez ſobre Rozinante, mandò a Sancho que le ſiguieſſe, el qual lo hizo con ſu jumento, de muy mala gana. Y uanſe poco a poco entrando en lo mas aſpero de la montaña, y Sancho yua muerto por razonar con ſu amo, y deſſeaua que el començaſſe la platica, por no contrauenir a lo que le tenia mandado: mas no pudiendo ſufrir tanto ſilencio, le dixo: Señor don Quixote, vueſtra merced me eche ſu bendicion, y me dê licencia, que deſde aqui me quiero boluer a mi caſa, y a mi muger, y a mis hijos, con los quales por lo menos hablarê, y departirê todo lo que quiſiere, porque querer vueſtra merced que vaya con el por eſtas ſoledades, de dia, y de noche, y que no le hable quādo me diere guſto, es enterrarme en vida. Si ya quiſiera la ſuerte que los animales hablaran, como hablauan en tiempo de Guiſopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y cō eſto paſſara mi mala ventura: que es rezia coſa, y que no ſe puede lleuar en paciencia, andar buſcando auenturas toda la vida, y no hallar, ſino cozes, y manteamientos, ladrillazos, y puñadas, y con todo eſto, nos hemos de coſer la boca, ſin oſar dezir lo que el hombre tiene en ſu coraçon, como ſi fuera mudo. Ya te entiendo Sancho reſ-

respondio don Quixote, tu mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua, dale por alçado, y di lo que quisieres, con condicion, que no ha de durar este alçamiento mas de en quanto anduuieremos por estas sierras. Sea assi, dixo Sancho, hable yo aora, que despues Dios sabe lo que será, y començando a gozar de esse saluo conduto, digo: Que que le yua à vuestra merced en boluer tanto por aquella Reyna Magimasa, ó como se llama? O que hazia al caso, que aquel Abad fuesse su amigo, ò no? Que si vuestra merced passara con ello, pues no era su juez, bien creo yo, que el loco passara adelante con su historia, y se huuieran ahorrado el golpe del guijarro, y las cozes, y aun mas de seys tornifcones. A fè Sancho, respondio don Quixote, que si tu supieras como yo lo se, quan honrada, y quan principal señora era la Reyna Madasima, yo se que dixeras, que tuue mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron. Porque es muy gran blasfemia dezir, ni pensar, que vna Reyna estè amancebada con vn cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat, que el loco dixo, fue vn hombre muy prudẽte, y de muy sanos consejos, y siruio de ayo, y de medico a la Reyna: pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo. Y porque veas que Cardenio no supo lo que dixo, has de aduertir, que quando lo dixo, ya estaua sin juyzio. Esso digo yo, dixo Sancho, que no auia para que hazer cuenta de las palabras de vn loco, porque si la buena suerte no ayudara à vuestra merced, y encaminara el guijarro a la cabeça, como le encaminò al pecho, buenos quedaramos, por auer buelto por aquella mi señora, que Dios cohonda. Pues montas que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos, y contra locos, està obligado qualquier cauallero andante a boluer por la honra de las mugeres, qualesquiera que sean, quãto mas

por las Reynas de tan alta guisa, y pro, como fue la Reyna Madasima, a quien yo tengo particular aficion, por sus buenas partes: porque fuera de auer sido fermosa ademas, fue muy prudente, y muy sufrida en sus calamidades, que las tuuo muchas. Y los consejos, y compañia del maestro Elisabat, le fue, y le fueron de mucho prouecho, y aliuio, para poder lleuar sus trabajos, con prudencia, y paciencia. Y de aqui tomô ocasion el vulgo ignorante, y mal intencionado, de dezir, y pensar, que ella era su manceba: y mienten digo otra vez, y mentirân otras dozientas, todos los que tal pensaren, y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondio Sancho, allà se lo ayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados, ò no, a Dios aurân dado la cuenta, de mis viñas vengo, no se nada, no soy amigo de saber vidas agenas, que el que compra, y miente en su bolsa lo siente. Quanto mas, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano: mas que lo fuessen, que me va àmi? Y muchos piensan que ay tozinos, y no ay estacas. Mas quien puede poner puertas al campo? Quanto mas, que de Dios dixeron. Valame Dios, dixo don Quixote, y que de necedades vas Sancho ensartando, que va de lo que tratamos, a los refranes que enhilas? Por tu vida Sancho que calles, y de aqui adelante entremetete en espolear a tu asno, y dexa de hazello en lo que no te importa. Y entiende con todos cinco sentidos, que todo quanto yo he hecho, hago, è hiziere, va muy puesto en razon, y muy conforme a las reglas de caualleria, que las se mejor que quantos caualleros professaron en el mundo. Señor, respondio Sancho, y es buena regla de caualleria, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda, ni camino, buscando, aun lo que el qual despues de hallado, quiça le vendrâ en voluntad de acabar lo que dexò comêçado, no de su cuẽto, sino de la cabeça de vuestra merced, y de mis costillas acaban-

acabandonos las de romper de todo punto? Calla te digo otra vez Sancho, dixo don Quixote, porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes el desseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hazer en ellas vna hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre, y fama, en todo lo descubierto de la tierra, y serâ tal, que he de echar con ella el sello a todo aquello que puede hazer perfeto, y famoso a vn andante cauallero. Y es de muy gran peligro essa hazaña, preguntô Sancho Pança? No, respondio el de la triste Figura, puesto que de tal manera podia acorrer el dado, que echassemos azar, en lugar de encuetro, pero todo ha de estar en tu diligencia. En mi diligencia, dixo Sancho? Si, dixo don Quixote, porque si buelues presto, de adonde pienso embiarte, presto se acabarà mi pena, y presto començarà mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero Sancho que sepas, que el famoso Amadis de Gaula, fue vno de los mas perfetos caualleros andãtes: no he dicho bien, fue vno, fue el solo, el primero, el vnico, el señor de todos quantos huuo en su tiempo en el mundo. Mal año, y mal mes para don Belianis, y para todos aquellos que dixeren, que se le ygualò en algo, porque se engañan juro cierto. Digo assi mismo, que quando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas vnicos pintores que sabe. Y esta misma regla corre por todos los mas oficios, ò exercicios de cuenta, que siruen para adorno de las republicas. Y assi lo ha de hazer, y haze, el que quisiere alcançar nombre de prudente, y sufrido, imitando a Vlises, en cuya persona, y trabajos, nos pinta Omero, vn retrato viuo de prudẽcia, y de sufrimiẽto, como tãbiẽ nos mostrò Virgilio, en persona de Eneas, el valor de vn hijo piadoso, y la sagazidad de vn valiente, y entendido capitan, no pintandolo, ni descubriẽdolo

como ellos fueron: sino como auian de ser, para quedar exemplo a los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte Amadis fue el norte, el luzero, el sol de lss valientes, y enamorados caualleros, a quien deuemos de imitar todos aquellos, que debaxo de la vandera de amor, y de la caualleria militamos. Siendo pues esto assi, como lo es, hallo yo Sancho amigo, que el cauallero andante que mas le imitare, estarà mas cerca de alcançar la perfecion de la caualleria. Y vna de las cosas en que mas este cauallero mostrô su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeza, y amor, fue quando se retirô, desdeñado de la señora Oriana, a hazer penitencia en la peña Pobre, mudando su nombre, en el de Beltenebros, nombre por cierto significatiuo, y propio para la vida que el de su voluntad auia escogido. Assi que me es a mi mas facil, imitarle en esto, que no en hender Gigantes, descabeçar serpientes, matar endriagos, desbaratar exercitos, fracasar armadas, y deshazer encantamentos. Y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efetos, no ay para que se dexe passar la ocasion, que aora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efeto, dixo Sancbo, que es lo que vuestra merced quiere hazer, en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondio don Quixote, que quiero imitar à Amadis, haziendo aqui del desesperado, del sandio, y del furioso. Por imitar juntamente al valiente don Roldan, quando hallò en vna fuente las señales de que Angelica la Bella auia cometido vileza con Medoro. De cuya pesadumbre se boluio loco, y arrancò los arboles, enturbio las aguas de las claras fuentes, matô pastores, destruyò ganados, abrasô choças, derribô casas, arrastrò yeguas, y hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre, y escritura. Y puesto que yo no pienso imitar a Roldan, ô Orlando, ô Rotolando (que todos estos tres

nom-

nombres tenia) parte por parte, en todas las locuras que hizo, dixo, y pienso harê el bosquexo, como mejor pudiere, en las que me pareciere ser mas essenciales. Y podrà ser que viniesse a contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hazer locuras de daño, sino de lloros, y sentimientos, alcançò tanta fama como el que mas. Pareceme a mi, dixo Sancho, que los caualleros que lo tal fizieron, fueron prouocados, y tuuieron causa para hazer essas necedades, y penitencias: pero vuestra merced, que causa tiene para boluerse loco? Que dama le ha desdeñado? O que señales ha hallado, que le den a entender, que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñeria con Moro, ò Christiano? Aî està el punto, respondio don Quixote, y essa es la fineza de mi negocio: que boluerse loco vn cauallero andante con causa, ni grado, ni gracias: el toque està, desatinar sin ocasion, y dar a entender a mi dama, que si en seco hago esto, que hiziera en mojado. Quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho, de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oyste dezir à aquel pastor de Marias Ambrosio, quien està ausente todos los males tiene, y teme. Assi que Sancho amigo no gastes tiempo en aconsejarme, que dexe tan rara, tan feliz, y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de ser, hasta tanto que tu bueluas con la respuesta de vna carta que contigo pienso embiar, a mi señora Dulcinea: y si fuere tal qual a mi fê se le deue, acabarse ha mi sandez, y mi penitencia: y si fuere al contrario, serè loco de veras, y siendolo no sentirè nada. Assi que de qualquiera manera que responda, saldrê del conflito, y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me truxeres por cuerdo, ò no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime Sancho, traes bien guardado el yelmo de Mambrino, que ya vi que le alçaste del suelo, quando

aquel desagradecido le quiso hazer pedaços? pero no pudo, donde se puede echar de ver, la fineza de su temple. A lo qual respondio Sancho: Viue Dios señor cauallero de la triste Figura, que no puedo sufrir, ni lleuar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dize, y q̃ por ellas vengo a imaginar, que todo quanto me dize de cauallerias, y de alcançar Reynos, é Imperios, de dar Insulas, y de hazer otras mercedes y grandezas, como es vso de caualleros andantes, que todo deue de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, o patraña, o como lo llamaremos: porque quien oyere dezir a vuestra merced, que vna bazia de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro dias, que ha de pensar, sino que quien tal dize, y afirma deue de tener guero el juyzio. La bazia yo la lleuo en el costal toda abollada, y lleuola para adereçarla en mi casa, y hazerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algun dia me vea con mi muger, y hijos. Mira Sancho, por el mismo que denantes juraste, te juro, dixo don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene, ni tuuo escudero en el mundo: que es possible, que en quanto ha que andas conmigo, no has echado de ver, que todas las cosas de los caualleros andantes parecen quimeras, necedades, y desatinos, y que son todas hechas al reues? Y no porque sea ello assi, sino porque andan entre nosotros siempre vna caterua de encantadores, que todas nuestras cosas mudan, y truecan, y las bueluen, segun su gusto, y segun tienen la gana de fauorecernos, ò destruyrnos, y assi esso que a ti te parece bazia de barbero, me parece a mi el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerà otra cosa. Y fue rara prouidencia del sabio que es de mi parte, hazer que parezca bazia à todos, lo que real, y verdaderamente es yelmo de Mambrino: a causa, que siendo el de tanta estima, todo el mundo me

perſeguirà, por quitarmele, pero como ven que no es mas de vn bazin de barbero, no ſe curan de proçuralle. Como ſe moſtró bien en el que quiſo rompelle, y le dexò en el ſuelo ſin lleuarle, que afê que ſi le conociera, que nunca el le dexara. Guardale amigo, que por aora no le he meneſter, que antes me tengo de quitar todas eſtas armas, y quedar deſnudo como quando naci, ſi es que me da en voluntad de ſeguir en mi penitencia, mas a Roldan, que à Amadis. Llegaron en eſtas platicas al pie de vna alta montaña, que caſi como peñon tajado eſtaua ſola entre otras muchas que la rodeauan. Corria por ſu falda vn manſo arroyuelo, y haziaſe por todo ſu redõdez vn prado tan verde, y vicioſo que daua contento a los ojos que le miraua. Auia por alli muchos arboles ſilueſtres, y algunas plantas, y flores, que hazian el lugar apazible. Eſte ſitio eſcogio el cauallero de la triſte Figura, para hazer ſu penitencia, y aſsi en viendole, començô a dezir en voz alta, como ſi eſtuuiera ſin juyzio: Eſte es el lugar, ô cielos, que diputo, y eſcojo para llorar la deſuentura en que voſotros miſmos me aueys pueſto. Eſte es el ſitio donde el humor de mis ojos acrecentarà las aguas deſte pequeño arroyo, y mis continuos, y profundos ſuſpiros mouerán a la continua las hojas deſtos montarazes arboles, en teſtimonio, y ſeñal, de la pena que mi aſſendereado coraçon padece. O voſotros, quien quiera que ſeays, ruſticos dioſes, que en eſte inhabitable lugar teneys vueſtra morada, oyd las quexas deſte deſdichado amante, a quien vna luenga auſencia, y vnos imaginados zelos, han traydo a lamentarſe entre eſtas aſperezas, y a quexarſe de la dura condicion de aquella ingrata, y bella, termino, y fin de toda humana hermoſura. O voſotras Napeas, y Driadas, que teneys por coſtumbre de habitar en las eſpeſſuras de los montes, aſsi los ligeros, y laſciuos ſatiros, de quien ſoys, aunque en

vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sossiego, que me ayudeys a lamentar mi desuentura, ô alomenos, no os canseys de oylla. O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, assi el cielo te la dè buena, en quãto acertares a pedirle, que consideres el lugar, y el estado a que tu ausencia me ha conduzido, y que con buen termino correspondas, al que a mi fê se le deue. O solitarios arboles (que desde oy en adelante aueys de hazer compañia à mi soledad) dad indicio con el blando mouimiento de vuestras ramas, que no os desagrade mi presencia. O tu escudero mio, agradable compañero, en mis prosperos, y aduersos sucessos, toma bien en la memoria lo que aqui me verâs hazer, para que lo cuẽtes, y recetes a la causa total de todo ello. Y diziendo esto, se apeó de Rozinante, y en vn momento le quitò el freno, y la silla, y dandole vna palmada en las ancas, le dixo: Libertad te da el que sin ella queda, ô cauallo tan estremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte. Vete por dó quisieres, que en la frente lleuas escrito, que no te ygualó en ligereça el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costò a Bradamante. Viendo esto Sancho, dixo: Bien aya quien nos quitô aora del trabajo de desenalbardar al ruzio, que a fê que no faltaran palmadicas q̃ dalle, ni cosas que dezille en su alabança: pero si el aqui estuuiera, no consintiera yo q̃ nadie le desalbardara, pues no auia para que, que a el no le tocauan las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaua su amo, que era yo, quãdo Dios queria. Y en verdad señor cauallero de la triste Figura, que si es que mi partida, y su locura de vuestra merced, va de veras, que serà bien tornar a ensillar à Rozinante, para que supla la falta del ruzio, porque será ahorrar tiempo a mi yda, y buelta, que si la hago a pie, no se quando llegarè, ni quan-

ni quando boluerê, porque en resolucion, soy mal caminante. Digo Sancho, respondio don Quixote, que sea como tu quisieres, que no me parece mal tu designio: y digo que de aqui a tres dias te partiras, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago, y digo, para que se lo digas. Pues que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estàs en el cuento, respondio don Quixote, aora me falta rasgar las vestiduras, esparzir las armas, y darme de calabaçadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced como se da essas calabaçadas, que a tal peña podrà llegar, y en tal punto, que con la primera se acabasse la maquina desta penitencia: y seria yo de parecer, que ya que a vuestra merced le parece, que son aqui necessarias calabaçadas, y que no se puede hazer esta obra sin ellas, se contẽtasse, pues todo esto es fingido, y cosa contrahecha, y de burla, se cõtentasse, digo, cõ dárselas en el agua, o en alguna cosa blanda, como algodon, y dexeme a mi el cargo, que yo dirê a mi señora, que vuestra merced se las dana en vna punta de peña, mas dura que la de vn diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respõdio don Quixote, mas quierote hazer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera, seria contrauenir a las ordenes de caualleria, que nos mandan, q̃ no digamos mentira alguna, pena de relapsos, y el hazer vna cosa por otra, lo mismo es que mentir. Assi que mis calabaçadas, han de ser verdaderas, firmes, y valederas, sin que lleuen nada del sofistico, ni del fantastico. Y será necessario, que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltasse el balsamo que perdimos. Mas fue perder el asno, respondio Sancho, pues se perdieron en el las hilas, y todo, y ruegole a vuestra merced, que
no se

no se acuerde mas de aquel maldito breuage, que en solo oyrle mētar, se me rebuelue el alma, quanto y mas el estomago. Y mas le ruego, que haga cuenta q̃ son ya passados los tres dias que me ha dado de termino, para ver las locuras que haze, que ya las doy por vistas, y por passadas en cosa juzgada, y dirê marauillas a mi señora, y escriua la carta, y despacheme luego, porque tengo gran desseo de boluer a sacar a vuestra merced deste purgatorio donde le dexô. Purgatorio le llamas Sancho, dixo don Quixote, mejor hizieras de llamarle infierno, y aun peor, si ay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondio Sancho, nula es retencio, segun he oydo dezir. No entiendo que quiere dezir retencio, dixo don Quixote. Retencio es, respondio Sancho, que quien estâ en el infierno, nunca sale del, ni puede. Lo qual serà al reues en vuestra merced, ô a mi me andaràn mal los pies, si es que lleuo espuelas para auiuar a Rozinante: y pongame yo vna por vna en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le dirê tales cosas, de las necedades, y locuras (que todo es vno) que vuestra merced ha hecho, y queda haziendo, que la venga â poner mas blanda que vn guante, aunque la halle mas dura que vn alcornoque, con cuya respuesta dulce, y melificada, boluerê por los ayres como bruxo, y sacarê a vuestra merced deste purgatorio, q̃ parece infierno, y no lo es, pues ay esperança de salir del: la qual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que estan en el infierno, ni creo que vuestra merced dirâ otra cosa. Assi es la verdad, dixo el de la triste Figura, pero que haremos para escriuir la carta? y la librança pollinezca, tambien añadio Sancho. Todo yrâ inserto, dixo don Quixote, y seria bueno, ya que no ay papel, que la escriuiessemos domo hazian los antiguos, en hojas de arboles, ò en vnas tablitas de cera, aunque tan dificultoso serà hallarse esso aora, como el

papel,

papel. Mas ya me ha venido a la memoria, donde serà bien, y aun mas que bien escriuilla, que es en el librillo de memoria que fue de Cardenio, y tu tendras cuydado, de hazerla trasladar en papel de buena letra en el primer lugar que hallares, donde aya maestro de escuela de muchachos, ô sino qualquiera sacristan te la trasladarâ: y no se la des a trasladar a ningun escriuano, que hazen letra processada, que no la entenderâ Satanas. Pues que se ha de hazer de la firma, dixo Sancho? Nunca las cartas de Amadis se firmaron, respondio don Quixote. Està bien, respondio Sancho, pero la librança forçosamente se ha de firmar, y essa si se traslada, diràn que la firma es falsa, y quedareme sin pollinos. La librança yrà en el mismo librillo firmada, que en viendola mi sobrina, no pondrâ dificultad en cumplilla. Y en lo que toca â la carta de amores, pondràs por firma: Vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste Figura. Y harâ poco al caso, que vaya de mano agena, porque a lo que yo me se acordar, Dulcinea no sabe escriuir, ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores, y los suyos, han sido siempre Platonicos, sin estenderse a mas, que a vn honesto mirar. Y aun esto tan de quando en quando, que osarê jurar con verdad, que en doze años que ha que la quiero mas que a la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro vezes, y aun podrâ ser; que destas quatro vezes no huuisse ella echado de ver la vna que la miraua. Tal es el recato, y encerramiẽto con que sus padres, Lorenço Corchuelo, y su madre Aldonça Nogales, la han criado. Ta, ta, dixo Sancho, que la hija de Lorenço Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre, Aldonça Lorenrenço? Essa es, dixo don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el vniuerso. Bien la conozco, dixo Sancho, y se dezir, que tira tan bien vna barra, como el mas

forçudo

forçudo çagal de todo el pueblo. Viue el dador, que es moça de chapa, hecha, y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo, a qualquier cauallero andante, ô por andar, que la tuuiere por señora. O hide puta, que rejo que tiene, y que voz: se dezir, que se puso vn dia encima del campanario del aldea, à llamar vnos çagales suyos, que andauan en vn barbecho de su padre, y aunque estauan de alli mas de media legua, assi la oyeron, como si estuuieran al pie de la torre: y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo haze mueca, y donayre. Aora digo, señor cauallero de la triste Figura, que no solamente puede, y deue vuestra merced hazer locuras por ella, sino que con justo titulo puede dessesperarse, y ahorcarse, que nadie aurà que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleue el diablo: y querria ya verme en camino, solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y deue de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres, andar siempre al campo, al sol, y al ayre. Y confiesso a vuestra merced vna verdad, señor don Quixote, que hasta aqui he estado en vna grande ignorancia, que pensaua bien, y fielmente, que la señora Dulcinea, deuia de ser alguna Princesa, de quien vuestra merced estaua enamorado, ô alguna persona tal, que mereciesse los ricos presentes que vuestra merced le ha embiado: assi el del Vizcayno, como el de los galeotes, y otros muchos que deuen ser, segun deuen de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado, y ganô en el tiempo que yo aun no era su escudero. Pero bien considerado, que se le ha de dar a la señora Aldonça Lorenço, digo a la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan a hincar de rodillas delante della, los vencidos que vuestra merced embia, y ha de embiar? Porque podria ser, que al tiempo que ellos

llegassen,

llegassen, estuuiesse ella rastrillando lino, ò trillando en las heras, y ellos se corriessen de verla, y ella se riyesso, y enfadasse del presente. Ya te tengo dicho antes de aora muchas vezes Sancho, dixo don Quixote, que eres muy grãde hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas vezes despuntas de agudo: mas para que veas quan necio eres tu, y quan discreto soy yo, quiero que me oygas vn breue cuento: Has de saber, q̃ vna viuda hermosa, moça libre, y rica, y sobre todo desenfadada, se enamorô de vn moço motilon, rollizo, y de buen tomo: alcançolo a saber su mayor, y vn dia dixo a la buena viuda, por via de fraternal reprehension: Marauillado estoy señora, y no sin mucha causa, de que vna muger tan principal, tã hermosa, y tan rica como vuestra merced se aya enamorado de vn hombre tan soez, tan baxo, y tan idiota como fulano, auiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos teologos, en quien vuestra merced pudiera escoger, como entre peras, y dezir, este quiero, aqueste no quiero? Mas ella le respondio cõ mucho donayre, y desemboltura: Vuestra merced señor mio, està muy engañado, y piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofia sabe, y mas q̃ Aristoteles. Assi que Sancho, por lo q̃ yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta Princesa de la tierra. Si que no todos los Poetas que alaban damas, debaxo de vn nombre que ellos a su aluedrio les ponẽ, es verdad que las tienen. Piensas tu que las Amarilis, las Filis, las Siluas, las Dianas, las Galateas, y otras tales, de q̃ los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias estan llenos, fueron verdaderamente damas de carne, y huesso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que las mas se las fingen por dar sujeto a sus versos, y porq̃ los tengan

por enamorados, y por hombres que tienen valor para serlo. Y assi bastame a mi pẽsar, y creer, q̃ la buena de Aldonça Lorenço es hermosa, y honesta: y en lo del linage importa poco, q̃ no han de yr â hazer la informaciõ del, para darle algũ habito, y yo me hago cuenta, q̃ es la mas alta Princesa del mundo. Porq̃ has de saber Sancho, si no lo sabes, q̃ dos cosas solas incitan á amar mas que otras, q̃ son la mucha hermosura, y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porq̃ en ser hermosa, ninguna le yguala, y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluyr con todo, yo imagino, que todo lo que digo es assi, sin que sobre, ni falte nada. Y pintola en mi imaginacion como la desseo, assi en la belleza, como en la principalidad: y ni la llega Elena, ni la alcança Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades preteritas, Griega, Barbara, ô Latina. Y diga cada vno lo q̃ quisiere, q̃ si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no serê castigado de los rigurosos. Digo q̃ en todo tiene vuestra merced razon, respondio Sancho, y q̃ soy vn asno: mas no se yo para que nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado: pero venga la carta, y a Dios q̃ me mudo. Sacô el libro de memoria don Quixote, y apartandose a vna parte, con mucho sossiego comencô a escriuir la carta, y en acabandola llamò a Sancho, y le dixo, q̃ se la queria leer, porq̃ la tomasse de memoria, si acaso se le perdiesse por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo qual respondio Sãcho: Escriuala vuestra merced dos, ó tres vezes aî en el libro, y demele que yo le lleuarê biẽ, guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas vezes se me oluida como me llamo. Pero cõ todo esso, digamela que holgarê mucho de oylla, que deue de yr como de molde. Escucha q̃ assi dize, dixo dõ Quixote.

Carta de don Quixote, a Dulcinea del Toboso.

Soberana, y alta señora.

EL FERIDO De punta de ausencia, y el llagado de las telas del coraçon, dulcissima Dulcinea del Toboso, te embia la salud que el no tiene. Si tu fermosura me desprecia: Si tu valor no es en mi pro. Si tus desdenes son en mi afincamiẽto, maguer que yo sea à saz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuyta, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buẽ escudero Sãcho te darà entera relacion, ô bella ingrata, amada enemiga mia del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida aurê satisfecho a tu crueldad, y a mi desseo.

Tuyo hasta la muerte.

El cauallero de la triste Figura.

Por vida de mi padre, dixo Sancho en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oydo. Pesia a mi, y como que le dize vuestra merced aí todo quanto quiere, y que bien que encaxa en la firma el cauallero de la triste Figura. Digo de verdad, que es vuestra merced el mismo diablo, y que no ay cosa que no sepa. Todo es menester, respondio dõ Quixote, para el oficio q̃ yo traygo. Ea pues, dixo Sancho ponga vuestra merced en esotra buelta la cedula de los tres pollinos,

 y fir-

y firme la con mucha claridad, porque la conozcan en viendola. Que me plaze, dixo don Quixote, y auiendo-la escrito se la leyò, que dezia assi.

Mandarà vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho Pança mi escudero tres de los cinco que dexê en casa, y estan a cargo de vuestra merced. Los quales tres pollinos, se los mandô librar, y pagar por otros tantos aqui recebidos de contado, que cô esta, y con su carta de pago serân bien dados. Fecha en las entrañas de Sierramorena, a veynte, y siete Agosto, deste presente año.

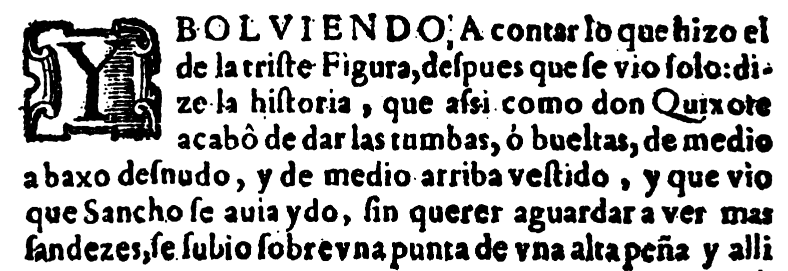
Buena està, dixo Sancho, firmela vuestra meced. No es menester firmarla, dixo don Quixote, sino solamente poner mi rubrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos, y aun para trezientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondio Sancho, dexeme, yrè a ensillar a Rozinante, y aparejese a echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandezes que vuestra merced ha de hazer, que yo dirè que le vi hazer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero Sancho, y porque es menester assi, quiero y digo que me veas en cueros, y hazer vna, ò dos dozenas de locuras, que las harê en menos de media hora, porque auiendolas tu visto por tus ojos, puedas jurar a tu saluo en las demas que quisieres añadir: y assegurôte, que no dirâs tu tantas quantas yo pienso hazer. Por amor de Dios señor mio, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que me darâ mucha lastima, y no podrè dexar de llorar, y tengo tal la cabeça del llanto que anoche hize por èl ruzio, que no estoy para meterme en nueuos lloros: y si es que vuestra merced gusta, de que yo vea algunas locuras, hagalas vestido breues, y las que le vinieren mas a cuento. Quanto mas, que para mi no era menester nada desso, y como ya

tengo

tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi buelta, que ha de ser con las nueuas que vuestra merced dessea, y merece. Y sino aparejese la señora Dulcinea, que sino responde como es razon, voto hago solene a quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estomago a cozes, y a bofetones: porque donde se ha de sufrir, que vn cauallero andante, tan famoso como vuestra merced, se buelua loco, sin que, ni para que, por vna? No me lo haga dezir la señora, porque por Dios que despotrique, y lo eche todo a doze, aunque nunca se venda. Bonico soy yo para esso, mal me conoce: pues a fê que si me conociesse, que me ayunasse. A fe Sancho, dixo don Quixote, que alo que parece, que no estas tu mas cuerdo que yo. Nô estoy tan loco, respondio Sãcho, mas estoy mas colerico. Pero dexando esto a parte, que es lo que ha de comer vuestra merced, en tanto que bueluo? Ha de salir al camino como Cardenio, a quitarselo a los pastores? No te dè pena esse cuydado, respondio don Quixote, porque aunque tuuiera, no comiera otra cosa que las yeruas, y frutos, que este prado, y estos arboles me dieren, que la fineza de mi negocio està en no comer, y en hazer otras asperezas. A esto dixo Sancho, sabe vuestra merced que temo, que no tengo de acertar a boluer a este lugar donde aora le dexo, segun està escondido. Toma bien las señas, que yo procurare no apartarme destos contornos, dixo don Quixote: y aun tendrê cuydado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quando bueluas. Quanto mas, que lo mas acertado serâ, para que no me yerres, y te pierdas, que cortes algunas retamas, de las muchas que por aqui ay, y las vayas poniendo de trecho a trecho, hasta salir a lo raso, las quales te seruirân de mojones, y señales, para que me halles quando bueluas, à imitacion del laberinto de Perseo. Assi lo harê, respondio Sancho Pança: y cortando algunos,

pidio la bendiciõ a su señor, y no sin muchas lagrimas de entrambos, se despidio del. Y subiendo sobre Rozinante, a quien don Quixote encomendô mucho, y que mirasse por el, como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparziendo de trecho a trecho los ramos de la retama, como su amo se lo auia aconsejado: y assi se fue, aunque toda via le importunaua don Quixote, que le viesse, si quiera hazer dos locuras. Mas no huuo andado cien passos, quando boluio, y dixo: Digo señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto hazer locuras, serâ bien que vea si quiera vna, aunque bien grande la he visto, en la quedada de vuestra merced. No te lo dezia yo dixo don Quixote, esperate Sanchô, que en vn credo las harê. Y desnudandose con toda priessa los calçones, quedô en carnes, y en pañales; y luego sin mas ni mas dio dos çapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeça á baxo, y los pies en alto, descubriendo cosas, que por no verlas otra vez boluio Sancho la rienda à Rozinante, y se dio por contento, y satisfecho, de que podia jurar, que su amo quedaua loco, y assi le dexaremos yr su camino hasta la buelta, que fue breue.

Capitulo. XXVI. Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quixote en Sierramorena.



Y BOLVIENDO A contar lo que hizo el de la triste Figura, despues que se vio solo: dize la historia, que assi como don Quixote acabô de dar las tumbas, ó bueltas, de medio a baxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se auia ydo, sin querer aguardar a ver mas sandezes, se subio sobre vna punta de vna alta peña y alli

tornò a pensar lo que otras muchas vezes auia pensado, sin auerse jamas resuelto en ello. Y era, que qual seria mejor, y le estaria mas a cuẽto imitar a Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ò à Amadis en las malencolicas, y hablando entre si mismos dezia: Si Roldan fue tan buen cauallero, y tan valiente como todos dizen, que marauilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, sino era metiendole vn alfiler de ablanca por la punta del pie, y el traìa siempre los çapatos con siete suelas de hierro. Aunque no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendio, y le ahogò entre los braços en Roncesualles Pero dexando en el lo de la valentia á vna parte, vengamos a lo de perder el juyzio, que es cierto que le perdio por las señales que hallò en la fortuna, y por las nueuas que le dio el pastor, de que Angelica auia dormido mas de dos siestas con Medoro vn Morillo de cabellos enrriçados, y page de Agramante. Y si el entẽdio que esto era verdad, y que su dama le auia cometido desaguissado, no hizo mucho en boluerse loco. Pero yo como puedo imitarlle en las locuras, sino le imito en la ocasion dellas, porque mi Dulcinea del Toboso osare yo jurar, que no ha visto en todos los dias de su vida Moro alguno, assi como el es, en su mismo trage, y que se està oy como la madre que la pario: y hariale agrauio manifiesto, si imaginando otra cosa della, me boluiesse loco de aquel genero de locura de Roldan el furioso. Por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juyzio, y sin hazer locuras, alcançô tanta fama de enamorado, como el que mas. Porque lo que hizo, segun su historia, no fue mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le auia mandado, que no pareciesse ante su presencia, hasta que fuesse su voluntad: de que se retirô a la peña Pobre, en compañia de vn ermitaño, y alli se hartô de llorar, hasta que el cielo le acorrio en

medio de ſu mayor cuyta, y neceſsidad. Y ſi eſto es verdad, como lo es, para que quiero yo tomar trabajo aora, de deſnudarme del todo, ni dar peſadumbre a eſtos arboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para que enturbiar el agua clara deſtos arroyos, los quales me hã de dar de beuer, quando tenga gana. Viua la memoria de Amadis, y ſea imitado de don Quixote de le mancha, en todo lo que pudiere: del qual ſe dirà lo que del otro ſe dixo, que ſino acabò grandes coſas, murio por acometellas. Y ſi yo no ſoy deſechado, ni deſdeñado de mi Dulcinea, baſtame, como ya he dicho, eſtar auſente della. Ea pues, manos a la obra, venid à mi memoria coſas de Amadis, y enſeñadme por donde tengo de començar a imitaros: mas ya ſe que lo mas que el hizo, fue rezar, y aſsi lo haré yo. Y ſiruieron le de roſario vnas agallas grandes de vn alcornoque, que enſartò, de que hizo vn diez. Y lo que le fatigaua mucho, era no hallar por alli otro hermitaño, que le confeſſaſſe, y con quien conſolarſe: y aſsi ſe entretenia paſſeandoſe por el pradezillo, eſcriuiendo, y grauando por las cortezas de los arboles, y por la menuda arena, muchos verſos, todos acomodados a ſu trifteza, y algunos en alabança de Dulcinea. Mas los que ſe pudieron hallar enteros, y que ſe pudieſſen leer deſpues que a el alli le hallaron, no fueron mas que eſtos que aqui ſe ſiguen.

Arboles, yeruas, y plantas,
Que en aqueſte ſitio eſtays,
Tan altas, verdes, y tantas,
Si de mi mal no os holgays
Eſcuchad mis quexas ſantas.

Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaros escote,
Aqui llorò don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Es aqui el lugar, adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido a tanto mal
Sin saber como, ò por donde.
Traele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea,
Y assi hasta henchir vn pipote,
Aqui llorô don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Buscando las auenturas
Por entre las duras peñas,
Maldiziendo entrañas duras,
Que entre riscos, y entre breñas,
Halla el triste desuenturas.
Hiriole amor con su açote,
No con su blanda correa,
Y en en tocandole al cogote,
Aqui llorò don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos, el añadidura del Toboso al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que deuio de imaginar don Quixote, que si en nombrando a Dulcinea, no dezia tambien el Toboso, no se podria entender la copla, y assi fue la verdad, como el despues confessò. Otros muchos escriuio, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros, mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar a los Faunos, y Siluanos de aquellos bosques, a las ninfas de los rios, a la dolorosa, y humida Eco, que le respondiessen, consolassen, y escuchassen, se entretenia, y en buscar algunas yeruas con que sustentarse, en tanto que Sancho boluia, que si como tardò tres dias, tardarà tres semanas, el cauallero de la triste Figura quedarà tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo pario. Y serâ bien dexalle embuelto entre sus suspiros, y versos, por contar lo que le auino a Sancho Pança en su mandaderia. Y fue, que en saliendo al camino Real, se puso en busca del Toboso, y otro dia llegò a la venta, donde le auia sucedido la desgracia de la manta, y no la huuo bien visto, quando le parecio que otra vez ândaua en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegô a hora que lo pudiera, y deuiera hazer, por ser la del comer, y lleuar en desseo de gustar algo caliente, que auia grandes dias que todo era fiambre. Esta necessidad le forçò a que llegasse junto a la venta, toda via dudoso, si entraria, ò no. Y estando en esto salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron: y dixo el vno al otro. Digame señor licenciado aquel del cauallo no es Sancho Pança, el que dixo el ama de nuestro auenturero, que auia salido con su señor por escudero? Si es, dixo el Licenciado, y aquel es el cauallo de nuestro don Quixote. Y conocieronle tambien, como aquellos que eran el Cura, y el barbero de su mismo

lugar, y los que hizieron el escrutinio, y auto general de los libros, los quales assi como acabaron de conocer a Sancho Pança, y a Rozinante, dessosos de saber de don Quixote se fueron a el, y el Cura le llamô por su nõbre, diziendole: Amigo Sancho Pança, adonde queda vuestro amo? Conociolos luego Sancho Pança, y determinò de encubrir el lugar, y la suerte, donde, y como su amo quedaua: y assi les respondio, que su amo quedaua ocupado en cierta parte, y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el barbero, Sancho Pança, si vos no nos dezis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le aueys muerto, y robado, pues venis encima de su cauallo: en verdad que nos aueys de dar el dueño del rozin, ô sobre esso morena. No ay para que conmigo amenazas, que yo no soy hõbre que robo, ni mato a nadie, a cada vno mate su vẽtura, ò Dios que le hizo. Mi amo queda haziendo penitencia en la mitad desta montaña, muy a su sabor. Y luego de corrida, y sin parar les contô de la suerte que quedaua, las auenturas que le auian sucedido, y como lleuaua la carta à la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenço Corchuelo, de quien estaua enamorado hasta los higados. Quedaron admirados los dos, de lo que Sãcho Pança les contaua, y aunque ya sabian la locura de don Quixote, y el genero della, siempre que la oìan se admirauan de nueuo. Pidieronle a Sancho Pança, que les enseñasse la carta que lleuaua à la señora Dulcinea del Toboso. El dixo, que yua escrita en vn libro de memoria, y que era orden de su señor, que la hiziesse trasladar en papel, en el primer lugar que llegasse. A lo qual dixo el Cura, que se la mostrasse, que el la trasladaria de muy buena letra. Metio la mano en el seno Sancho Pança, buscando el librillo: pero no le hallô, ni le po-

le podia hallar, si le buscara hasta aora, porque se auia quedado don Quixote con el, y no se le auia dado, ni a el se le acordô de pedirsele. Quando Sancho vio que no hallaua el libro, fuessele parando mortal el rostro: y tornandose a tentar todo el cuerpo muy apriessa, tornô a echar de ver que no le hallaua, y sin mas ni mas se echô entrambos puños a las barbas, y se arrãcô la mitad dellas: y luego apriessa, y sin cessar se dio media dozena de puñadas en el rostro, y en las narizes, que se las bañô todas en sangre. Visto lo qual por el Cura, y el barbero, le dixeron, que que le auia sucedido, que tan mal se paraua? Que me ha de suceder, respondio Sancho, sino el auer perdido de vna mano a otra, en vn instante tres pollinos, que cada vno era como vn castillo. Como es esso, replicó el barbero? He perdido el libro de memoria, respondio Sancho, donde venia carta para Dulcinea, y vna cedula firmada de su señor, por la qual mandaua, que su sobrina me diesse tres pollinos, de quatro, ô cinco que estauan en casa. Y con esto les contô la perdida del ruzio, Con solole el Cura, y dixole, que en hallando a su señor, el le haria reualidar la manda, y que tornasse á hazer la librança en papel, como era vso, y costumbre, porque las que se hazian en libros de memoria, jamas se acetauan, ni cumplian. Con esto se consolò Sancho, y dixo, que como aquello fuesse asi, que no le daua mucha pena la perdida de la carta de Dulcinea, porque el la sabia casi de memoria, de la qual se podria trasladar, donde, y quando quisiessen. Dezildo Sancho pues, dixo el barbero, que despues la trasladaremos. Parose Sancho Pança à rascar la cabeça, para trae a la memoria la carta: y ya se ponia sobre vn pie, y ya sobre otro. Vnas vezes miraua al suelo, otras al cielo: y al cabo de auerse roydo la mitad de la yema de vn dedo, teniendo suspensos a los que esperauan q̃ ya la dixesse, dixo al cabo de vn grandissimo rato: Por

Dios

Dios señor Licenciado, que los diablos lleuen la cosa que de la carta se me acuerda. aunque en el principio dezia: Alta, y sobajada señora. No dirá dixo el barbero, sobajada, sino sobrehumana, ò soberana señora. Assi es, dixo Sancho. Luego si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo, el llagado, y falto de sueño, y el ferido besa à vuestra merced las manos, ingrata, y muy desconocida hermosa, y no se que dezia de salud, y de enfermedad que le embiaua: y por aqui yua escurriendo, hasta que acabaua, en vuestro hasta la muerte, El cauallero de la triste Figura. No poco gustaron los dos de vèr la buena memoria de Sancho Pança, y alabaronsela mucho, y le pidieron que dixesse la carta otras dos vezes, para que ellos ansi mismo la tomassen de memoria, para trasladalla à su tiempo. Tornola á dezir Sancho otras tres vezes, y otras tantas boluio a dezir otros tres mil disparates. Tras esto contô assimismo las cosas de su amo, pero no hablô palabra a cerca del manteamiento que le auia sucedido en aquella venta, en la qual rehusaua entrar. Dixo tambien, como su señor en trayendo q̃ le truxesse buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se auia de poner en camino, a procurar como ser Emperador, ô por lo menos Monarca, que assi lo tenian concertado entre los dos: y era cosa muy facil venir a serlo, segun era el valor de su persona, y la fuerça de su braço, y que en siendolo, le auia de casar a el, porque ya seria viudo, que no podia ser menos. Y le auia de dar por muger a vna donzella de la Emperatriz, heredera de vn rico, y grande estado de tierra firme, sin Insulos ni Insulas, que ya no las queria. Dezia esto Sancho con tanto reposo, limpiandose de quando en quando las narizes, y cõ tan poco juyzio, que los dos se admiraron de nueuo, cõsiderando, quan vehemente auia sido la locura de don Quixote, pues auia lleuado tras si el juyzio de aquel pobre

pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaua, pareciendoles, que pues no le dañaua nada la conciencia, mejor era dexarle en el, y a ellos les seria de mas gusto oyr sus necedades: y assi le dixeron, que rogasse a Dios por la salud de su señor, que cosa contingente, y muy agible era venir con el discurso del tiempo a ser Emperador, como el dezia, ô por lo menos Arçobispo, ô otra dignidad equiualente. A lo qual respondio Sancho: Señores, si la fortuna rodeasse las cosas de manera, que a mi amo le viniesse en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arçobispo, querria yo saber aora, que suelen dar los Arçobispos andantes a sus escuderos? Suelenles dar, respondio el Cura, algun beneficio simple, ô curado, ô alguna sacristania, q̃ les vale mucho de rẽta arrẽtada, amen del pie de altar, q̃ se suele estimar en otro tanto. Para esso serà menester, replicô Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar a Missa por lo menos: y si esto es assi, desdichado de yo, que soy casado, y no se la primera letra del A b c, que serâ de mi, si mi amo le da antojo de ser Arçobispo, y no Emperador, como es vso, y costumbre de los caualleros andantes? No tengays pena Sancho amigo, dixo el barbero, que aqui rogaremos á vuestro amo, y se lo acõsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea Emperador, y no Arçobispo, porque le será mas facil, a causa de que el es mas valiente, que estudiante. Assi me ha parecido a mi, respondio Sancho, aunque se dezir, que para todo tiene abilidad. Lo que yo pienso hazer de mi parte, es rogarle a nuestro Señor, que le heche á aquellas partes donde el mas se sirua, y adonde a mi mas mercedes me haga. Vos lo dezis como discreto, dixo el Cura, y lo hareys como buen Christiano. Mas lo que aora se ha de hazer, es dar orden como sacar a vuestro amo de aquella inutil penitencia que dezis que

queda

queda haziēdo: y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer q̄ ya es hora, será biē nos entremos en esta venta. Sancho dixo, que entrassen ellos, que el esperaria alli fuera, y q̄ despues les diria la causa porq̄ no entraua ni le conuenia entrar en ella: mas que les rogaua que le sacassen alli algo de comer, que fuesse cosa caliente, y assi mismo ceuada para Rozinante. Ellos se entraron, y le dexaron, y de alli a poco, el barbero le sacô de comer. Despues auiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que desseauan, vino el Cura en vn pensamiento muy acomodado al gusto de don Quixote, y para lo que ellos querian. Y fue, q̄ dixo al barbero, que lo que auia pensado era, que el se vestiria en habito de donzella andante, y q̄ el procurasse ponerse lo mejor q̄ pudiesse, como escudero, y que assi yrian a donde don Quixote estaua, fingiendo ser ella vna donzella afligida, y menesterosa, y le pediria vn dō, el qual el no podria dexarsele de otorgar, como valeroso cauallero andante. Y que el don que le pensaua pedir, era que se viniesse con ella, donde ella le lleuasse, a desfazelle vn agrauio que vn mal cauallero le tenia fecho: y que le suplicaua ansi mismo, que no la mandasse quitar su antifaz, ni la demandasse cosa de su fazienda, fasta que la huuiesse fecho derecho de aquel mal cauallero, y que creyesse sin duda, que don Quixote vendria en todo quanto le pidiesse por este termino, y que desta manera le sacarian de alli, y le lleuarian à su lugar donde procurarian ver si tenia algun remedio su estraña locura.

Cap.

Cap. XXVII. De como salieron con su intencion el Cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuentan en esta grande historia.

NO LE Parecio mal al barbero, la inuencion del Cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidieronle a la ventera vna saya, y vnas tocas, dexandole en prẽdas vna sotana nueua del Cura. El barbero hizo vna gran barba de vna cola ruzia, ó roxa de buey, donde el ventero tenia colgado el peyne. Preguntoles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas? El Cura le contô en breues razones la locura de don Quixote, y como conuenia aquel difraz, para sacarle de la montaña donde a la sazon estaua. Cayeron luego el ventero, y la ventera en que el loco era su huesped del balsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al Cura todo lo que con el les auia passado, sin callar lo q̃ tanto callaua Sancho. En resolucion, la vẽtera vistio al Cura de modo, q̃ no auia mas q̃ ver. Pusole vna saya de paño llena de faxas de terciopelo negro, de vn palmo en ancho, todas acuchilladas, y vnos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos cõ vnos ribetes de raso blanco, q̃ se deuieron de hazer ellos, y la saya en tiempo del Rey Bamba. No consintio el Cura que le tocassen, sino pusose en la cabeça vn birretillo de lienço colchado que lleuaua para dormir de noche: y ciñose por la frente vna liga de tafetan negro, y con otra liga hizo antifaz con que se cubrio muy bien las barbas, y el rostro. Encasquetose su sombrero, q̃ era tan grande que le podia seruir de quitasol: y cubriendose el herreruelo, subio en su mula â mugeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaua à la cintura, entre roxa, y blanca, como aquella que (como se ha

dicho)

dicho) era hecha de la cola de vn buey barroso. Despidieronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometio de rezar vn rosario, aunque pecadora, porq̃ Dios les diesse buen sucesso en tan arduo, y tan Christiano negocio, como era el que auian emprendido. Mas à penas huuo salido de la venta, quando le vino al Cura vn pensamiento, que hazia mal en auerse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que vn Sacerdote se pusiesse assi, aunque le fuesse mucho en ello: y diziendoselo al barbero, le rogò, que trocassen trages, pues era mas justo, que el fuesse la donzella menesterosa, y que el haria el escudero, y que assi se profanaua menos su dignidad: y que sino lo queria hazer, determinaua, de no passar adelante, aunque a don Quixote se le lleuasse el diablo. En esto llegò Sancho, y de ver â los dos en aquel trage, no pudo tener la risa. En efeto, el barbero vino en todo aquello que el Cura quiso: y trocando la inuẽciõ, el Cura le fue informando el modo que auia de tener, y las palabras que auia de dezir a don Quixote, para mouerle, y forçarle, a que cõ el se viniesse, y dexasse la querencia del lugar que auia escogido para su vana penitencia. El barbero respondio, que sin que se le diesse liciõ, el lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuuiessen junto de donde don Quixote estaua, y assi doblò sus vestidos, y el Cura acomodô su barba, y siguieron su camino, guiandolos Sancho Pãça: el qual les fue contando lo que les acontecio con el loco que hallaron en la sierra: encubriendo empero el hallazgo de la maleta, y de quanto en ella venia, que maguer que tóto, era vn poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho auia dexado puestas las señales de las ramas, para acertar el lugar donde auia dexado a su señor: y en reconociendole, les dixo, como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era

que aquello hazia al caso para la libertad de su señor: porque ellos le auian dicho antes, que el yr de aquella suerte, y vestirse de aquel modo, era toda la importancia, para sacar a su amo de aquella mala vida, que auia escogido: y que le encargauan mucho, que no dixesse a su amo quien ellos eran, ni que los conocia. Y que si le preguntasse, como se lo auia de preguntar, si dio la carta a Dulcinea, dixesse q̃ si, y que por no saber leer, le auia respondido de palabra, diziendole, que le mandaua, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniesse a ver con ella, que era cosa, que le importaua mucho: porque con esto, y con lo que ellos pensauan dezirle, tenian por cosa cierta, reduzirle a mejor vida, y hazer con el q̃ luego se pusiesse en camino, para yr â ser Emperador, o Monarca, que en lo de ser Arçobispo, no auia de que temer. Todo lo escuchò Sancho, y lo tomò muy bien en la memoria, y les agradecio mucho la intencion que temiã de aconsejar a su señor, fuesse Emperador, y no Arçobispo, porq̃ el tenia para si, que para hazer mercedes a sus escuderos, mas podian los Emperadores, q̃ los Arçobispos andantes. Tambien les dixo, que seria bien, que el fuesse delante a buscarle, y darle la respuesta de su señora, q̃ ya seria ella bastante a sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiessen en tanto trabajo. Parecioles bien lo q̃ Sancho Pança dezia, y assi determinaron de aguardarle hasta que boluiesse con las nueuas del hallazgo de su amo. Entrose Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dexando a los dos en vna, por donde corria vn pequeño, y manso arroyo, a quien hazian sombra agradable, y fresca otras peñas, y algunos arboles que por alli estauan. El calor, y el dia que alli llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande: la hora, las tres de la tarde: todo lo qual hazia al sitio mas agradable, y que combidasse a que en el esperassen

rassen la buelta de Sancho, como lo hizieron. Estando pues los dos alli, sossegados, y à la sombra, llegò a sus oydos vna voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce, y regaladamente sonaua: de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiesse auer quien tan bien cantasse. Porq̃ aunque suele dezirse, que por las seluas, y campos se hallan pastores de vozes estremadas, mas son encarecimientos de Poetas, que verdades: y mas quando aduirtieron que lo que oîan cãtar eran versos, no de rusticos ganaderos, sino de discretos Cortesanos. Y confirmò esta verdad, auer sido los versos que oyeron estos.

QVien menoscaba mis bienes?
Desdenes.
Y *quien aumenta mis duelos?*
Los zelos.
Y *quien prueua mi paciencia?*
Ausencia.
De esse modo en mi dolencia
Ningun remedio se alcança,
Pues me matan la esperança,
Desdenes, zelos, y ausencia.
Quien me causa este dolor?
Amor.
Y quien mi gloria repugna?
Fortuna.
Y quien consiente mi duelo?
El cielo.
De esse modo yo rezelo
Morir deste mal estraño,

Pues se aunan en mi daño
Amor, fortuna, y el cielo.

Quien mejorarà mi suerte?
La muerte.
Y *el bien de amor quien le alcança?*
mudança.
Y *sus males quien los cura?*
Locura.
De esse modo no es cordura
Querer curar la passion,
Quando los remedios son,
Muerte, Mudança, y Locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la vóz, y la destreza del que cantaua, causò admiracion, y contento en los dos oyentes, los quales se estuuieron quedos, esperando, si otra alguna cosa oîan: pero viendo que duraua algun tanto el silencio, determinaron de salir a buscar el musico, que con tan buena voz cantaua. Y queriendolo poner en efeto, hizo la misma voz, que no se mouiessen, la qual llegò de nueuo a sus oydos, cantando este Soneto.

SONETO.

S*Anta amistad, que con ligeras alas,*
Tu apariencia quedandose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo,
Subiste alegre a las Impireas salas.

Desde

Desde alla (quando quieres) nos señalas
La justa paz, cubierta con vn velo,
Por quien á vezes se trasluze el zelo
De buenas obras, que a la fin son malas.
Dexa el cielo, o amistad, o no permitas,
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye a la intencion sincera.
Que si tus aparencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confussion primera.

El canto se acabò con vn profundo suspiro, y los dos con atencion boluieron a esperar si mas se cantaua: pero viendo que la musica se auia buelto en solloços, y en lastimeros ayes, acordaron de saber, quien era el triste, tan estremado en la voz, como doloroso en los gemidos. Y no anduuieron mucho, quando al boluer de vna punta de vna peña, vieron à vn hombre, del mismo talle, y figura que Sancho Pança les auia pintado, quando les cõtò el cuento de Cardenio: el qual hõbre quando los vio, sin sobresaltarse estuuo quedo, con la cabeça inclinada sobre el pecho, a guisa de hombre pensatiuo, sin alçar los ojos â mirarlos, mas de la vez primera, quando de improuiso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le auia conocido) se llegô a el, y con breues, aunque muy discretas razones, le rogò, y persuadio, que aquella tan miserable vida dexasse, porque alli no la perdiesse, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaua Cardenio entonces en su entero juyzio, libre de aquel furioso accidente, que tan â menudo le sacaua de si mismo: y assi auiendo a los dos en trage tan no vsado de los

que por aquellas soledades andauan, no dexò de admirarse algun tanto: y mas quando oyò que le auian hablado en su negocio, como en cosa sabida (porque las razones que el Cura le dixo, assi lo dieron a entender) y assi respondió desta manera: Bien veo yo, señores, quiẽ quiera que seays, que el cielo, que tiene cuydado de socorrer à los buenos, y aun à los malos muchas vezes, sin yo merecerlo, me embia en estos tan remotos, y apartados lugares del trato comun de las gentes, algunas personas, que poniendome delante de los ojos con viuas, y varias razones, quan sin ella ando, en hazer la vida q̃ hago, han procurado sacarme desta à mejor parte: pero como no saben que se yo, que en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quiça me deuen de tener por hōbre de flacos discursos: y aun lo que peor seria, por de ningun juyzio. Y no seria marauilla, que assi fuesse, porque a mi se me trasluze, que la fuerça de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte a estoruarlo, vengo a quedar como piedra, falto de todo buen sentido, y conocimiento: y vengo a caer en la cuēta desta verdad, quando algunos me dizen, y muestrã señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no se mas, que dolerme en vano, y maldezir sin prouecho mi ventura: y dar por disculpa de mis locuras, el dezir la causa dellas, a quantos oyr la quierẽ, porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se marauillaràn de los efetos: y sino me dieren remedio, alomenos no me daràn culpa, conuirtiendoseles el enojo de mi desemboltura, en lastima de mis desgracias. Y si es que vosotros señores, venis con la misma intēcion que otros han venido, antes que passeys adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego, que escucheys el cuento, que no le tiene de mis desuenturas: porque quiça despues

pues de entẽdido, ahorrareys del trabajo que tomareys en consolar vn mal, que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no desseauan otra cosa, que saber de su missma boca la causa de su daño, le rogaron se la contasse, ofreciendole de no hazer otra cosa de la que el quisiesse en su remedio, o consuelo: y con esto el triste cauallero començò su lastimera historia, casi por las mismas palabras, y passos que la auia contado a don Quixote, y al cabrero, pocos dias atras, quando por ocasion del Maestro Elisabat, y puntualidad de don Quixote, en guardar el decoro a la caualleria, se quedò el cuẽto imperfeto, como la historia lo dexa contado. Pero aora quiso la buena suerte, que se detuuo el accidente de la locura, y le dio lugar de contarlo hasta el fin: y assi llegando al passo del villete, que auia hallado don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dixo Cardenio, que le tenia bien en la memoria, y que dezia desta manera.

Luscinda à Cardenio.

CAda dia descubro en vos valores, que me obligan, y fuerçan, a que en mas os estime: y assi si quisieredes sacarme desta deuda, sin executarme en la honra, lo podreys muy bien hazer. Padre tengo, que os conoce, y que me quiere bien, el qual sin forçar mi voluntad cũplirà lo que serà justo que vos tengays, si es que me estimays como dezis, y como yo creo.

Por este villete me moui à pedir a Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fue por quien quedò Luscinda en la opinion de don Fernando, por vna de las mas discretas, y auisadas mugeres de su tiempo. Y este villete fue, el que le puso en desseo de destruyrme, antes q̃ el mio se efetuasse. Dixele yo a dõ Fernando, en lo

que reparaua el padre de Luſcinda, que era en que mi pa dre ſe la pidieſſe: lo qual yo no le oſaua dezir, temeroſo que no vendria en ello: no porque no tuuieſſe bien cono cida la calidad, bondad, virtud, y hermoſura de Luſcinda, y que tenia partes baſtantes para enoblecer qualquier otro linage de Eſpaña: ſino porque yo entendia del, que deſſeaua que no me caſaſſe tan preſto, haſta ver lo que el Duque Ricardo hazia conmigo. En reſolucion, le dixe, que no me auẽturaua a dezirſelo a mi padre, aſsi por aquel inconueniente, como por otros muchos que me acobardauan, ſin ſaber quales eran: ſino que me parecia, que lo que yo deſſeaſſe, jamas auia de tener efeto. A todo eſto me reſpondio don Fernando, que el ſe encargaua de hablar à mi padre, y hazer cõ el, que hablaſſe al de Luſcinda. O Mario ambicioſo, o Catilina cruel, o Quilla facinoroſo, o Galalon embuſtero, o Vellido traydor, o Iulian vengatiuo, o Iudas codicioſo. Traydor, cruel, vengatiuo, y embuſtero, que deſeruicios te auia hecho eſte triſte, q̃ con tanta llaneza te deſcubrio los ſecretos, y contentos de ſu coraçon? Que ofenſa te hize? Que palabras te dixe, o que conſejos te di, que no fueſſen todos encaminados â acrecentar tu honra, y tu prouecho? Mas de que me quexo, deſuenturado de mi, pues es coſa cierta, que quando traen las deſgracias la corriente de las eſtrellas, como vienen de alto a baxo deſpeñandoſe cõ furor, y con violencia, no ay fuerça en la tierra que las detenga, ni induſtria humana que preuenirlas pueda. Quiẽ pudiera imaginar, que don Fernando, cauallero iluſtre, diſcreto, obligado de mis ſeruicios, poderoſo para alcãçar lo que el deſſeo amoroſo le pidieſſe, donde quiera q̃ le ocupaſſe, ſe auia de enconar (como ſuele dezirſe) en tomarme a mi vna ſola oueja, que aun no poſſeîa? Pero quedenſe eſtas conſideraciones aparte, como inutiles, y ſin prouecho, y añudemos el roto hilo de mi deſdichada

hiſto-

historia. Digo pues, que pareciendole a don Fernãdo, que mi presencia le era inconueniente para poner en execucion su falso, y mal pensamiẽto, determinò de embiarme a su hermano mayor, con ocasion de pedirle vnos dineros, para pagar seys cauallos, que de industria, y solo para este efeto de que me ausentasse (para poder mejor salir con su dañado intento) el mismo dia que se ofrecio hablar a mi padre los cõprò, y quiso que yo viniesse por el dinero. Pude yo preuenir esta traycion? Pude por vẽtura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandissimo gusto me ofreci â partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dixe lo que con don Fernando quedaua concertado, y que tuuiesse firme esperança, de q̃ tendrian efeto nuestros buenos, y justos desseos. Ella me dixo, tan segura como yo de la traycion de don Fernando, que procurasse boluer presto, porque creîa que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardasse mi padre de hablar al tuyo. No se que se fue, que en acabando de dezirme esto, se le llenaron los ojos de lagrimas, y vn nudo se le atrauessô en la garganta, que no le dexaua hablar palabra, de otras muchas que me parecio q̃ procuraua dezirme. Quedê admirado deste nueuo accidente, hasta alli jamas en ella visto, porque siempre nos hablauamos, las vezes que la buena fortuna, y mi diligẽcia lo concedia, con todo regozijo, y contento, sin mezclar en nuestras platicas, lagrimas, suspiros, zelos, sospechas, o temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por auermela dado el cielo por señora. Esageraua su belleza, admirauame de su valor, y entendimiẽto. Boluiame ella el recambio, alabando en mi lo que como enamorada le parecio digno de alabança. Con esto nos contauamos cien mil niñerias, y acaecimientos de nuestros vezinos, y conocidos: y â lo que mas se estendia mi desembol-

boltura,

boltura, era â tomarle casi por fuerça, vna de sus bellas, y blancas manos, y llegarla a mi boca, segũ daua lugar la estrecheza de vna baxa rexa que nos diuidia. Pero la noche que precedio al triste dia de mi partida, ella llorô, gimiô, y suspirô, y se fue, y me dexô lleno de confusion, y sobresalto, espantado de auer visto tan nueuas, y tan tristes muestras de dolor, y sentimiento en Luscinda. Pero por no destruyr mis esperanças, todo lo atribuy a la fuerça del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me parti triste, y pensatiuo, llena el alma de imaginaciones, y sospechas, sin saber lo que sospechaua, ni imaginaua. Claros indicios que mostrauan el triste sucesso, y desuentura que me estaua guardada. Llegue al lugar donde era embiado. Di las cartas al hermano de don Fernando. Fuy bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar (bien a mi disgusto) ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viesse: porque su hermano le escriuia, que le embiasse cierto dinero, sin su sabiduria. Y todo fue inuencion del falso don Fernando, pues no le faltauan a su hermano dineros para despacharme luego. Orden, y mandato fue este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme impossible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y mas auiendola dexado con la tristeza que os he cõtado. Pero con todo esto obedeci, como buen criado, aunque veîa que auia de ser a costa de mi salud. Pero a los quatro dias que alli lleguê, llegò vn hombre en mi busca cõ vna carta que me dio, que en el sobrescrito conoci ser de Luscinda, porque la letra del era suya. Abrila temeroso, y con sobresalto, creyendo que cosa grande deuia de ser la que la auia mouido a escriuirme, estando ausente, pues presente pocas vezes lo hazia. Preguntele al hombre, antes de leerla, quien se la auia dado, y el tiempo

tiempo que auia tardado en el camino. Dixome, que a caso passando por vna calle de la ciudad a la hora de medio dia, vna señora muy hermosa le llamò desde vna ventana, los ojos llenos de lagrimas, y que con mucha priessa le dixo: Hermano, si soys Christiano, como pareceys, por amor de Dios os ruego, que encamineys luego, luego esta carta al lugar, y â la persona que dize el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareys vn gran seruicio a nuestro Señor. Y para que no os falte comodidad de poderlo hazer, tomad lo que vá en este pañuelo: y diziendo esto, me arrojò por la ventana vn pañuelo donde venian atados cien reales, y esta sortija de oro que aqui traygo, con essa carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia, se quitô de la ventana; aũque primero vio como yo tomê la carta, y el pañuelo, y por señas le dixe, que haria lo que me mandaua. Y assi viendome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traerosla, y conociendo por el sobrescrito, q̃ erades vos a quien se embiaua, porq̃ yo, señor, os conozco muy biẽ: y obligado assi mismo de las lagrimas de aquella hermosa señora, determinê de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo a darosla. Y en diez, y seys horas q̃ ha que se me dio, he hecho el camino que sabeys, que es de diez, y ocho leguas. En tanto q̃ el agradecido, y nueuo correo esto me dezia, estaua yo colgado de sus palabras, temblandome las piernas, de manera, que a penas podia sostenerme. En efeto abrila carta, y vi que contenia estas razones. La palabra que don Fernando os dio, de hablar á vuestro padre para que hablasse al mio, la ha cumplido mucho mas en su gusto que en vuestro prouecho. Sabed señor, que el me ha pedido por esposa, y mi padre lleuado de la ventaja que el piensa que don Fernando os haze, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aqui a dos dias se ha de hazer el despo-

desposorio: tan secreto, y tan a solas, q̃ solo han de ser testigos los cielos, y alguna gente de casa. Qual yo quedo, imaginaldo. Si os cumple venir, veldo. Y si os quiero bien, o no, el sucesso deste negocio os lo darâ a entender. A Dios plega, que esta llegue a vuestras manos, antes que la mia se vea en condicion de juntarse cõ la de quien tan mal sabe guardar la fè que promete.

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hizieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta, ni otros dineros: que bien claro conoci entonces, que no la compra de los cauallos, sino la de su gusto, auia mouido a don Fernando a embiarme a su hermano. El enojo que contra don Fernando concebi, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de seruicios, y desseos tenia grangeada, me pusieron alas, pues casi como en buelo, otro dia me puse en mi lugar al punto, y hora que conuenia para yr â hablar a Luscinda. Entrê secreto, y dexê vna mula en que venia, en casa del buen hombre que me auia lleuado la carta. Y quiso la suerte, que entonces la tuuiesse tan buena, que hallê a Luscinda puesta a la rexa, testigo de nuestros amores. Conociome Luscinda luego, y conocila yo, mas no como deuia ella conocerme, y yo conocerla. Pero quien ay en el mundo que se pueda alabar, que ha penetrado, y sabido el confuso pensamiento, y condicion mutable d̃ vna muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que assi como Luscinda me vio, me dixo: Cardenio de boda estoy vestida, ya me estan aguardando en la sala, don Fernando el traydor, y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo serã de mi muerte, que de mi desposorio. No te turbes amigo, sino procura hallarte presente a este sacrificio, el qual sino pudiere ser estoruado de mis razones, vna daga lleuo escondida, que podra estoruar mis determinadas fuerças, dando fin a mi vida, y prin-

y principio a que conozcas la voluntad que te he tenido, y tengo. Yo le respondi turbado, y apriessa, temeroso no me faltasse lugar para responderla: Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tu lleuas daga para acreditarte, aqui lleuo yo espada para defenderte con ella, o para matarme, si la suerte nos fuere cõtraria. No creo que pudo oyr todas estas razones, porque senti que la llamauan apriessa, porque el desposado aguardaua. Cerrose con esto la noche de mi tristeza: pusoseme el sol de mi alegria: quedê sin luz en los ojos, y sin discurso en el entendimiento. No acertaua â entrar en su casa, ni podia mouerme a parte alguna: pero considerando quanto importaua mi presencia, para lo que suceder pudiesse en aquel caso, me animê, lo mas que pude, y entrê en su casa. Y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaua, nadie me echò de ver. Assi que sin ser visto, tuue lugar de ponerme en el hueco que hazia vna ventana de la misma sala, que con las puntas, y remates de dos tapizes se cubria, por entre las quales podia yo ver, sin ser visto, todo quanto en la sala se hazia. Quien pudiera dezir aora los sobresaltos que me dio el coraçon mientras alli estuue? Los pensamientos que me ocurrieron? Las consideraciones que hize? que fueron tantas, y tales, que ni se pueden dezir, ni aun es bien que se digan: basta que sepays que el desposado entrò en la sala, sin otro adorno q̃ los mismos vestidos ordinarios que solia. Traîa por padrino a vn primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no auia persona de fuera, sino los criados de casa. De alli a vn poco salio de vna recamara Luscinda, acompañada de su madre, y de dos donzellas suyas: tan bien aderecada, y compuesta, como su calidad y hermosura merecian: y como quien era la perfecion de la gala, y bizarria cortesana. No me dio lugar mi suspension, y arrobamien-

bamiento, para que miraſſe, y notaſſe en particular lo q traîa veſtido, ſolo pude aduertir à las colores, que eran encarnado, y blanco: y en las vislumbres q̃ las piedras, y joyas del tocado, y de todo el veſtido hazian, à todo lo qual ſe auentajaua la belleza ſingular de ſus hermoſos, y rubios cabellos, tales, que en competencia de las precioſas piedras, y de las luzes de quatro hachas que en la ſala eſtauan, la ſuya con mas reſplandor â los ojos ofrecian. O memoria, enemiga mortal de mi deſcanſo, de que ſirue repreſentarme aora la incomparable belleza de aq̃lla adorada enemiga mia? No ſera mejor, cruel memoria, que me acuerdes, y repreſentes lo que entonces hizo, para q̃ mouido de tan manifieſto agrauio, procure, ya que no la vengança, alomenos perder la vida? No os canſeys ſeñores, de oyr eſtas digreſsiones q̃ hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni deuan contarſe ſucintamente, y de paſſo, pues cada circunſtancia ſuya, me parece a mi que es digna de vn largo diſcurſo. A eſto le reſpondio el Cura, que no ſolo no ſe canſauan en oyrle, ſino que les daua mucho guſto las menudencias que contaua por ſer tales, que merecian no paſſarſe en ſilencio, y la miſma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, proſiguio Cardenio, que eſtando todos en la ſala entró el Cura de la parrochia, y tomando a los dos por la mano, para hazer lo que en tal acto ſe requiere, al dezir: Quereys, ſeñora Luſcinda, al ſeñor don Fernando que eſtâ preſente, por vueſtro legitimo eſpoſo, como lo manda la ſanta madre Igleſia? yo ſaqué toda la cabeça, y cuello, de entre los tapizes, y con atentiſſimos oydos, y alma turbada, me puſe a eſcuchar lo que Luſcinda reſpondia: eſperando de ſu reſpueſta la ſentẽcia de mi muerte, o la confirmacion de mi vida. O quien ſe atreuiera â ſalir entonces, diziendo a vozes: A Luſcinda, Luſcinda, mira lo que hazes, conſidera lo que me deues,

ues, mira ꝗ eres mia, y ꝗ no puedes ser de otro. Aduierte, ꝗ el dezir tu, Si, y el acabarseme la vida, ha de ser todo a vn punto. A traydor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida, que quieres? que pretendes? considera, que no puedes Christianaméte llegar al fin de tus desseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. A loco de mi, aora ꝗ estoy ausente, y lexos del peligro, digo ꝗ auia de hazer lo que no hize. Aora que dexê robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuuiera coraçon para ello, como lo tẽgo para quexarme. En fin, pues fuy entonces couarde, y necio, no es mucho ꝗ muera aora corrido, arrepentido, y loco. Estaua esperando el Cura la respuesta de Luscinda, ꝗ se detuuo vn buen espacio en darla, y quando yo pẽse ꝗ sacaua la daga para acreditarse, o desataua la lengua para dezir alguna verdad, o desengaño, ꝗ en mi prouecho redundasse, oygo ꝗ dixo con voz desmayada, y flaca: Si quiero: y lo mismo dixo don Fernando, y dandole el anillo, quedarõ en indissoluble nudo ligados. Llegò el desposado a abraçar a su esposa, y ella poniendose la mano sobre el coraçon, cayò desmayada en los braços de su madre. Resta aora dezir, qual quedê yo, viendo en el Si, que auia oydo, burladas mis esperanças, falsas las palabras, y promessas de Luscinda: imposibilitado de cobrar en algun tiempo, el bien que en aquel instante auia perdido. Quedê falto de consejo, desamparado, a mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra ꝗ me sustentaua, negãdome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentò de manera, ꝗ todo ardia de rabia, y de zelos. Alborotaronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochãdole su madre el pecho para ꝗ le diesse el ayre, se descubriò en el vn papel cerrado, que don Fernando tomò luego, y se le puso a leer à la luz de vna delas hachas, y en acaban-

acabando de leerle se sentò en vna silla, y se puso la mano en la mexilla, con muestras de hombre muy pensatiuo, sin acudir à los remedios que a su esposa se hazian, para que del desmayo boluiesse. Yo viendo alborotada toda la gente de casa, me auenturê a salir, ora fuesse visto, o no, con determinacion que si me viessen, de hazer vn desatino, tal, que todo el mundo viniera a entender la justa indignacion de mi pecho, en el castigo del falso dõ Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traydora. Pero mi suerte, que para mayores males (si es possible que los aya) me deue tener guardado, ordenó, que en aquel punto me sobrasse el entendimiẽto, que despues acâ me ha faltado: y assi sin querer tomar vengança de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiẽto mio fuera facil tomarla) quise tomarla de mi mano, y executar en mi la pena que ellos merecian: y aun quiça con mas rigor del que con ellos se vsara, si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos, siempre mata, sin acabar la vida. En fin, yo sali de aquella casa, y vine a la de aquel donde auia dexado la mula: hize, que me la ensillasse, sin despedirme del subi en ella, y sali de la ciudad, sin osar, como otro Lot, boluer el rostro a miralla: y quando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio combidaua a quexarme, sin respeto, o miedo de ser escuchado, ni conocido, soltê la voz, y desatè la lengua en tantas maldiciones de Luscinda, y de don Fernando, como si cõ ellas satisfiziera el agrauio que me auian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa, y desagradecida: pero sobre todos, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la auia cerrado los ojos de la voluntad, para quitarmela a mi, y entregarla a aquel con quien mas liberal, y franca la fortuna se auia mostrado, y en mitad de la fuga

destas

deſtas maldiciones, y vituperios la deſculpaua, diziendo(que no era mucho que vna donzella recogida en caſa de ſus padres, hecha, y acoſtumbrada ſiempre a obedecerlos, huuieſſe querido condecender con ſu guſto pues le dauan por eſpoſo a vn cauallero tan principal, tan rico, y tan gentil hombre, que a no quererl recebirle ſe podia penſar, ô que no tenia juyzio, ò que en otra parte tenia la voluntad, coſa que redundaua tan en perjuyzio de ſu buena opinion, y fama. Luego boluia diziendo, que pueſto que ella dixera, que yo era ſu eſpoſo, vieran ellos que no auia hecho en eſcogerme tan mala eleccion, que no la diſculparan, pues antes de ofrecerſeles don Fernando, no pudieran ellos miſmos acertar a deſſear, ſi con razon midieſſen ſu deſſeo, otro mejor que yo, para eſpoſo de ſu hija: y que bien pudiera ella antes de ponerſe en el trãce forçoſo, y vltimo, de dar la mano, dezir, q va yo le auia dado la mia, q̃ yo viniera, y condecẽdiera cõ todo quãto ella acertara â fingir en eſte caſo. Enfin me reſolui, en q̃ poco amor, poco juyzio, mucha ambicion, y deſſeos de grandezas hizieron que ſe oluidaſſe de las palabras con que me auia engañado, entretenido, y ſuſtentado en mis firmes eſperanças, y honeſtos deſſeos. Con eſtas vozes, y con eſta inquietud caminé lo que quedaua de la noche, y di al amanecer en vna entrada deſtas ſierras, por las quales caminê otros tres dias, ſin ſenda, ni camino alguno, haſta que vine a parar a vnos prados, que no ſe a que mano deſtas montañas caen, y alli preguntè a vnos ganaderos, que hàzia donde era lo mas aſpero deſtas ſierras. Dixeronme, que hàzia eſta parte. Luego me encaminé a ella, con intencion de acabar aqui la vida: y en entrando por eſtas aſperezas, del canſancio, y de la hambre ſe cayó mi mula muerta: o lo que yo mas creo, por deſechar de ſi tan inutil carga como en mi lleuaua. Yo quedè a pie, rendido de la natura-

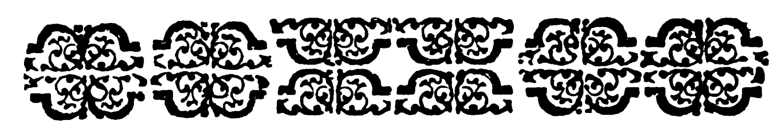
leza, traspassado de hãbre, sin tener, ni pensar buscar quiẽ me socorriesse. De aquella manera estuue no se que tiẽpo, tendido en el suelo, al cabo del qual me leuanté sin hambre, y hallè junto a mi à vnos cabreros, que sin duda deuieron ser los que mi necessidad remediaron: porque ellos me dixeron de la manera que me auian hallado, y como estaua diziendo tantos disparates, y desatinos, que daua indicios claros de auer perdido el juyzio: y yo he sentido en mi, despues acá, que no todas vezes le tengo cabal, sino tã desmedrado, y flaco, que hago mil locuras, rasgandome los vestidos, dando vozes por estas soledades, maldiziendo mi ventura, y repitiendo en vano el nõbre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso, ni intento entonces, que procurar acabar la vida vozeando: y quando en mi me bueluo, me hallo tan cansado, y molido, que a penas puedo mouerme. Mi mas comun habitacion es en el hueco de vn Alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros, y cabreros que andan por estas montañas, mouidos de caridad me sustentan, poniendome el manjar por los caminos, y por las peñas por donde entienden que acaso podrè passar, y hallarlo: y assi aunque entonces me falte el juyzio, la necessidad natural me da à conocer el mantenimiento, y despierta en mi el desseo de apetecerlo, y la voluntad de tomarlo. Otras vezes me dizen ellos, quando me encuentran con juyzio, que yo salgo a los caminos, y que se lo quito por fuerça, aunque me lo den de grado a los pastores que vienen con ello del lugar a las majadas. Desta manera passo mi miserable, y estrema vida hasta que el cielo sea seruido de conduzirle a su vltimo fin, ô de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura, y de la traycion de Luscinda, y del agrauio de don Fernando, que si esto el haze sin quitarme la vida, yo boluerê a mejor discurso mis pẽsamiẽtos:

don-

donde no,no ay sino rogarle,q̃ absolutaméte tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mi valor, ni fuerças para sacar el cuerpo desta estrecheza en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es,ô señores,la amarga histora de mi desgracia: dezidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos, que los que en mi aueys visto, Y no os canseys en persuadirme, ni aconsejarme, lo que la razon os dixere que puede ser bueno para mi remedio,porque han de aprouechar conmigo,lo que aprouecha la medicina recetada de famoso Medico, al enfermo que recebir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda:y pues ella gusta de ser agena,siendo,ò deuiendo ser mia,guste yo de ser de la desuentura,pudiendo auer sido de la buena dicha. Ellà quiso con su mudança hazer estable mi perdicion: yo querrè con procurar perderme,hazer contenta su voluntad,y serà exemplo a los por venir, de que a mi solo faltò lo que a todos los desdichados sobra, àlos quales suele ser consuelo là imposibilidad de tenerle,y en mi es causa de mayores sentimientos,y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aqui dio fin Cardenio a su larga platica,y tan desdichada como amorosa historia. Y al tiépo que el Cura se preuenia para dezirle algunas razones de consuelo, le suspendio vna voz que llegò a sus oydos. que en lastimados acentos oyeron que dezia, lo que se dirá en la quarta parte desta narracion, que en este punto dio fin a la tercera el sabio,y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

(:?:)

.:.



QVARTA PARTE DEL INGENIOSO Hidalgo don Quixote de la Mancha.

Capitul. XXVIII. Que trata de la nueua, y agradable auentura que al Cura, y barbero ſucedio en la miſma ſierra.



ELICISSIMOS Y venturoſos fueron los tiempos donde ſe echò al mũdo el audaciſsimo cauallero don Quixote de la Mancha, pues por auer tenido tan honroſa, determinacion, como fue el querer reſucitar, y boluer al mundo, la ya perdida, y caſi muerta orden de la andante caualleria, gozamos aora en eſta nueſtra edad neceſsitada, de alegres entretenimientos, no ſolo de la dulçura de ſu verdadera hiſtoria, ſino de los cuẽtos, y epiſodios della, que en parte no ſon menos agradables, y artificioſos, y verdaderos, que la miſma hiſtoria, la qual proſiguiendo ſu raſtrillado, torcido, y haſpado hilo, cuenta, que aſsi como el Cura començô a preuenirſe para conſolar a Cardenio, lo impidio vna voz que llegô a ſus oydos, que con triſtes acentos dezia deſta manera.

Ay

Ay Dios, si será posible que he ya hallado lugar que pueda seruir de escondida sepultura à la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Si será, si la soledad q̃ prometen estas sierras no me miente. Ay desdichada, y quan mas agradable compañia harán estos riscos, y malezas a mi intencion, pues me darán lugar para que con quexas comunique mi desgracia al cielo, q̃ no la de ningun hōbre humano, pues no ay ninguno en la tierra de quiē se pueda esperar consejo en las dudas, aliuio en las quexas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron, y percibieron el Cura, y los que con el estauan: y por parecerles, como ello era, que alli junto las dezian, se leuantaron a buscar el dueño, y no huuieron andado veynte passos, quando detras de vn peñasco vieron sentado al pie de vn fresno, a vn moço, vestido como labrador, el qual por tener inclinado el rostro, a causa de que se lauaua los pies en el arroyo que por alli corria, no se le pudieron ver por entonces: y ellos llegaron con tanto silencio, que del no fueron sentidos, ni el estaua á otra cosa atento, que a lauarse los pies, que eran tales, que no parecian sino dos pedaços de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se auian nacido. Suspendioles la blancura, y belleza de los pies, pareciendoles que no estauan hechos a pisar terrones, ni à andar tras el arado, y los bueyes, como mostraua el habito de su dueño: y assi viendo que no auian sido sentidos, el Cura que yua delante, hizo señas a los otros dos, que se agaçapassen, ô escondiessen detras de vnos pedaços de peña que alli auia, assi lo hizieron todos, mirando con atencion lo que el moço hazia: el qual traîa puesto vn capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con vna toalla blanca. Traia ansi mismo, vnos calçones, y polaynas de paño pardo, y en la cabeça vna montera parda. Tenia las polaynas hasta

la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia. Acabose de lauar los hermosos pies, y luego con vn paño de tocar, que sacò debaxo de la montera, se los limpio: y al querer quitarsele alçò el rostro, y tuuieron lugar los que mirandole estauan, de ver vna hermosura incomparable, tal, que Cardenio dixo al Cura, con voz baxa: Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino diuina. El moço se quitò la montera, y sacudiendo la cabeça à vna, y a otra parte, se començaron a descoger, y desparzir vnos cabellos, que pudieren los del Sol tenerles embidia. Con esto conocieron que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos auian visto, y aun los de Cardenio, sino huuieran mirado, y conocido a Luscinda, que despues afirmô, que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos, y rubios cabellos, no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debaxo de ellos. que sino eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia, tales, y tantos eran. En esto les siruio de peyne vnas manos, que si los pies en el agua auian parecido pedaços de cristal, las manos en los cabellos semejauan pedaços de apretada nieue: todo lo qual, en mas admiracion, y en mas desseo de saber quien era, ponia à los tres que la mirauan. Por esto determinaron de mostrarse, y al mouimiento que hizieron de ponerse en pie, la hermosa moça alçò la cabeça, y apartandose los cabellos de delante de los ojos, con entrambas manos, mirô los que el ruydo hazian: y a penas los huuo visto, quando se leuantô en pie, y sin aguardar a calçarse, ni a recoger los cabellos, asio con mucha presteza vn bulto como de ropa, que junto a si tenia, y quiso ponerse en huyda, llena de turbacion, y sobresalto: mas no huuo dado seys passos, quando no pudiendo sufrir los delicados

pies

pies la aspereza de las piedras, dio consigo enel suelo. Lo qual visto por los tres, salieron a ella, y el Cura fue el primero que le dixo: Deteneos, señora, quiẽ quiera q̃ seays, que los que aqui veys solo tienen intencion de seruiros: no ay para que os pongays en tan impertinente huyda, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros cõsentir. A todo esto ella no respondia palabra, atonita, y confusa. Llegaron pues a ella, y asiendola por la mano el Cura prosiguiò, diziendo: Lo que vuestro trage, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren señales claras, que no deuen de ser de poco momento las causas que han disfraçado vuestra belleza en habito tan indigno, y traydola à tanta soledad como es esta, en la qual ha sido ventura el hallaros: sino para dar remedio a vuestros males, alomenos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al estremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar si quiera, el consejo que con buena intencion se le da, al q̃ lo padece. Assi que, señora mia, ò señor mio, ó lo que vos quisieredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena, ò mala suerte, q̃ en nosotros juntos, ò en cada vno hallareys quiẽ os ayude a sentir vuestras desgracias. En tanto que el Cura dezia estas razones, estaua la disfraçada moça como embelesada, mirandolos a todos, sin mouer labio, ni dezir palabra alguna: bien assi como rustico aldeano, que de improuiso se le muestran cosas raras, y del jamas vistas. Mas boluiendo el Cura à dezirle otras razones, al mismo efeto encaminadas, dando ella vn profundo suspiro, rompio el silencio, y dixo: Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos, no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nueuo aora, lo que si se me creyesse, seria mas por cortesia,

que por otra razon alguna Presupuesto esto, digo seño res, que os agradezco el ofrecimiento que me aueys hecho, el qual me ha puesto en obligacion de satisfazeros en todo lo que me aueys pedido: puesto que temo, que la relacion que os hiziere de mis desdichas, os ha de causar al par de la compassion la pesadumbre, porque no aueys de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, auiendome ya conocido por muger, y viendome moça, sola, y en este trage, cosas todas juntas, y cada vna por si, que pueden echar por tierra qualquier honesto credito, os aurè de dezir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dixo sin parar, la que tan hermosa muger parecia, tan suelta lengua, con voz tan suaue, que no menos les admiró su discrecion que su hermosura. Y tornandole à hazer nueuos ofrecimientos, y nueuos ruegos, para que lo prometido cumpliesse, ella sin hazerse mas de rogar, calçandose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodò en el assiento de vna piedra, y puestos los tres al rededor della, haziendose fuerça por detener algunas lagrimas que a los ojos se le veniã, con voz reposada, y clara començò la historia de su vida desta manera.

En esta Andaluzia ay vn lugar, de quien toma titulo vn Duque, que le haze vno de los que llaman Grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado, y al parecer, de sus buenas costumbres, y el menor, no se yo de que sea heredero, sino de las trayciones de Vellido, y de los embustes de Galalon. Deste señor son vassallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza ygualaran à los de su fortuna, ni ellos tuuieran mas que dessear, ni yo temiera verme en la disdicha en q̃ me veo: porque quiçâ nace

mi po-

mi poca ventura, de la que no tuuieron ellos en no auer nacido iluſtres. Bien es verdad, que no ſon tan baxos q̃ puedan afrentarſe de ſu eſtado, ni tan altos, que a mi me quiten la imaginacion que tẽgo, de que de ſu humildad viene mi deſgracia. Ellos en fin ſon labradores, gente llana, ſin mezcla de alguna raça mal ſonante, y como ſuele dezirſe, Chriſtianos viejos rancioſos, pero tan rãcios, que ſu riqueza, y magnifico trato, les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aũ de caualleros. Pueſto que de la mayor riqueza, y nobleza que ellos ſe preciauan, era de tenerme a mi por hija: y aſsi por no tener otra, ni otro que los heredaſſe, como por ſer padres, y aficionados, yo era vna de las mas regaladas hijas que padres jamas regalaron. Era el eſpejo en que ſe mirauan, el baculo de ſu vejez, y el ſujeto a quien encaminauan, midiendolos con el cielo todos ſus deſſeos: de los quales, por ſer ellos tan buenos, los mios no ſalian vn punto. Y del miſmo modo que yo era ſeñora de ſus animos, anſi lo era de ſu hazienda. Por mi ſe recebian, y deſpediã los criados. La razon, y cuenta de lo que ſe ſembraua, y cogia, paſſaua por mi mano. Los molinos de azeyte, los lagares del vino, el numero del ganado mayor, y menor, el de las colmenas: finalmente, de todo aquello que vn tan rico labrador como mi padre puede tener, y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma, y ſeñora, con tanta ſolicitud mia, y con tanto guſto ſuyo, q̃ buenamente no acertaré a encarecerlo. Los ratos que del dia me quedauan, deſpues de auer dado lo que conuenia à los mayorales, ó capatazes, y a otros jornaleros, los entretenia en exercicios que ſon a las dõzellas tan licitos como neceſſarios, como ſon, los que ofrece la aguja, y la almohadilla, y la rueca muchas vezes: y ſi alguna por recrear el animo, eſtos exercicios dexaua, me acogia al entretenimiento de leer algun libro deuoto, ò a tocar vna harpa,

porque la experiencia me mostraua,que la musica compone los animos descompuestos, y aliuia los trabajos q̃ nacen del espiritu. Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres: la qual si tan particularmente he cõtado,no ha sido por ostentacion, ni por dar a entender que soy rica, sino porque se aduierta,quan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho,al infelice en que aora me hallo. Es pues el caso, que passando mi vida en tantas ocupaciones, y en vn encerramiento tal, que al de vn monesterio pudiera compararse,sin ser vista,à mi parecer,de otra persona alguna, que de los criados de casa,porque los dias que yua à Missa, era tan demañana,y tan acompañada de mi madre,y de otras criadas,y yo tan cubierta, y recatada, que apenas vian mis ojos mas tierra de aquella, donde ponia los pies: y con todo esto,los del amor,ó los de la ociosidad, por mejor dezir,a quien los de lince no pueden ygualarse,me vieron,puestos en la solicitud de don Fernando,que este es el nombre del hijo menor del Duque, que os he contado. No huuo bien nõbrado a don Fernando la q̃ el cuento contaua, quando a Cardenio se le mudô la color del rostro,y començo a trasudar con tan grande alteracion, que el Cura,y el barbero,que miraron en ello,temieron que le venia aquel acidente de locura, q̃ auian oydo dezir que de quando en quãdo le venia. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar,y estarse quedo,mirando de hito en hito a la labradora,imaginando quien ella era, la qual sin aduertir en los mouimientos de Cardenio, prosiguiò su historia,diziendo: Y no me huuieron biẽ visto, quando(segun el dixo despues) quedò tan preso de mis amores, quanto lo dieron bien a entender sus demonstraciones. Mas por acabar presto con el cuento(que no le tiene) de mis desdichas, quiero passar en silencio las diligencias que don Fernando hizo, para declararme

su voluntad. Sobornò toda la gente de mi casa, dio, y ofrecio dadiuas, y mercedes a mis parientes. Los dias erã todos de fiesta, y de regozijo en mi calle. Las noches no dexauan dormir a nadie las musicas. Los villetes que sin saber como, a mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones, y ofrecimientos, con menos letras que promessas, y juramentos. Todo lo qual, no solo no me ablandaua, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reduzirme a su voluntad hazia, las hiziera para el efeto contrario: no porque a mi me pareciesse mal la gentileza de don Fernando, ni que tuuiesse a demasia sus solicitudes, porque me daua vn no se q̃ de contento, verme tã querida y estimada de vn tan principal cauallero: y no me pesaua ver en sus papeles mis alabanças: q̃ en esto, por feas q̃ seamos las mugeres, me parece a mi, que siempre nos da gusto el oyr q̃ nos llaman hermosas. Pero a todo esto se opone mi honestidad, y los consejos continuos que mis padres me dauan, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de don Fernando, porque ya à el no se le daua nada de que todo el mundo la supiesse. Dezianme mis padres, que en sola mi virtud, y bondad dexauan, y depositauan su honra, y fama: y que con cõsiderasse la desigualdad que auia entre mi, y don Fernãdo, y que por aqui echaria de ver, que sus pensamientos (aunque el dixesse otra cosa) mas se encaminauan a su gusto, que a mi prouecho. Y que si yo quisiesse poner en alguna manera algun inconueniente, para que el se dexasse de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustasse, assi de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunuezinos, pues todo se podia esperar de su mucha hazienda, y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me dezian,
forti-

fortificaua yo mi entereza, y jamas quise responder a dō Fernando palabra que le pudiesse mostrar, aunque de muy lexos, esperança de alcançar su desseo. Todos estos recatos mios, que el deuia de tener por desdenes, deuieron de ser causa de auiuar mas su lasciuo apetito (que este nombre quiero dar a la voluntad que mostraua) la qual si ella fuera como deuia, no la supierades vosotros aora, porque huuiera faltado ocasion de deziros la. Finalmente don Fernando, supo que mis padres andauan por darme estado: por quitalle a el la esperança, de posseerme, ò alomenos, porque yo tuuiesse mas guardas para guardarme. Y esta nueua, ò sospecha, fue causa para que hiziesse, lo que aora oyreys. Y fue que vna noche estando yo en mi aposento, con sola la compañia de vna donzella que me seruia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuydo, mi honestidad no se viesse en peligro: sin saber, ni imaginar como, en medio destos recatos, y preuenciones, y en la soledad deste silencio, y encierro, me le halle delante. Cuya vista me turbò de manera, que me quitò la de mis ojos, y me enmudeciò la lengua. Y assi no fuy poderosa de dar vozes, ni aun el creo que me las dexara dar, porque luego se llegò a mi, y tomādome entre sus braços (porque yo como digo, no tuue fuerças para defenderme, segun estaua turbada) comenҫò a dezirme tales razones, que no se como es possible, que tenga tanta abilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas. Hazia el traydor que sus lagrimas acreditassen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrezilla sola, entre los mios mal exercitada en casos semejantes, comencé no se en que modo, a tener por verdaderas tantas falsedades: pero no de suerte, que me mouiessen a compassion, menos que buena, sus lagrimas, y suspiros. Y assi passandoseme aquel sobresalto primero, tornê algun

algun tanto a cobrar mis perdidos eſpiritus, y con mas animo del que penſe que pudiera tener. le dixe: Si como eſtoy ſeñor en tus braços, eſtuuiera entre los de vn leõ fiero, y el librarme dellos ſe me aſſegurara, con que hiziera, ò dixera coſa que fuera en perjuyzio de mi honeſtidad, aſsi fuera poſsible hazella, ó dezilla, como es poſsible dexar de auer ſido lo que fue. Aſsi que ſi tu tienes ceñido mi cuerpo con tus braços, yo tengo atada mi alma con mis buenos deſſeos, que ſon tan diferentes de los tuyos, como lo veràs, ſi con hazerme fuerça, quiſieres paſſar adelante en ellos. Tu vaſſalla ſoy, pero no tu eſclaua, ni tiene, ni deue tener imperio, la nobleza de tu ſangre, para deshonrar, y tener en poco la humildad de la mia. Y en tanto me eſtimo yo villana, y labradora, como tu ſeñor, y cauallero. Conmigo no han de ſer de ningun efeto tus fuerças, ni hã de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus ſuſpiros, y lagrimas enternecerme. Si alguna de todas eſtas coſas que he dicho, viera yo en el que mis padres me dierã por eſpoſo, a ſu voluntad ſe ajuſtara la mia, y mi voluntad de la ſuya no ſaliera. De modo, que como quedara con honra, aunque quedara ſin guſto, de grado te entregara, lo que tu ſeñor aora con tanta fuerça procuras. Todo eſto he dicho, porque no es penſar, que de mi alcance coſa alguna, el que no fuere mi ligitimo eſpoſo. Sino reparas mas que en eſſo, belliſsima Dorotea (que eſte es el nombre deſta deſdichada dixo el desleal cauallero) vees aqui te doy la mano de ſerlo tuyo, y ſean teſtigos deſta verdad los cielos, a quien ninguna coſa ſe eſconde, y eſta imagen de nueſtra Señora que aqui tienes. Quando Cardenio le oyò dezir, que ſe llamaua Dorotea, tornò de nueuo a ſus ſobreſaltos, y acabò de confirmar por verdadera ſu primera opinion, pero no quiſo interronper el cuento, por ver en que venia à parar, lo

que el

que el ya casi sabia, solo dixo: Que Dorotea es tu nõbre, señora? Otra he oydo yo dezir del mismo, q̃ quiçà corre parejas con tus desdichas. Passa adelante, que tiẽpo vendrà, en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen. Reparò Dorotea en las razones de Cardenio, y en su estraño, y desastrado trage, y rogole, q̃ si alguna cosa de su haziẽda sabia, se la dixesse luego. Porque si algo le auia dexado bueno la fortuna, era el animo que tenia, para sufrir qualquier desastre, que le sobreuiniesse, segura de que a su parecer ninguno podia llegar, que el que tenia acrecẽtasse vn punto. No le perdiera yo señora, respondio Cardenio, en dezirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta aora no se pierde coyuntura, ni a ti te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondio Dorotea, lo q̃ en mi cuento passa, fue, que tomando don Fernando vna ymagen, que en aquel aposento estaua, la puso por testigo de nuestro desposorio con palabras eficacissimas, y juramentos estraordinarios, me dio la palabra de ser mi marido. Puesto q̃ antes que acabasse de dezirlas, le dixe, q̃ mirasse bien lo q̃ hazia, y que considerasse el enojo q̃ su padre auia de recebir, de verle casado con vna villana, vassalla suya, q̃ no le cegasse mi hermosura, tal qual era. Pues no era bastãte, para hallar en ella disculpa de su yerro: y que si algun bien me queria hazer, por el amor que me tenia, fuesse dexar correr mi suerte a lo ygual, de lo que mi calidad podia. Porque nunca los tan desyguales casamientos se gozan ni duran mucho, en aquel gusto con q̃ se comiençan. Todas estas razones q̃ aqui he dicho, le dixe, y otras muchas, de q̃ no me acuerdo, pero no fueron parte, para q̃ el dexasse de seguir su intẽto, bien assi como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconuenientes. Yo a esta sazon hize vn breue discurso conmigo, y me dixe a mi misma: Si q̃ no serè yo la primera, que por via de matrimonio aya subido de humilde a

grande estado, ni serà don Fernando el primero, a quien hermosura, ô ciega aficion (que es lo mas cierto) aya hecho tomar compañia desigual a su grandeza? Pues sino hago, ni mundo, ni vso nueuo, bien es acudir a esta hôra, que la suerte me ofrece. Puesto q̃ en este no dure mas la voluntad q̃ me muestra, de quanto dure el cumplimien- de su desseo, q̃ en fin, para con Dios, serè su esposa. Y si quiero con desdenes despedille, en termino le veo, que no vsando el q̃ deue, vsará el de la fuerça, y vẽdrè a quedar deshõrada, y sin disculpa, de la culpa q̃ me podia dar, el que no supiere, quan sin ella he venido a este punto. Porque, q̃ razones seràn bastantes, para persuadir a mis padres, y a otros, que este cauallero entrò en mi aposento, sin consentimiento mio? Todas estas demandas, y respuestas, reboluí en vn instante en la imaginacion. Y sobre todo, me començaron á hazer fuerça, y a inclinarme a lo que fue (sin yo pensarlo) mi peticion, los juramentos de don Fernando, los testigos que ponia, las lagrimas que derramaua, y finalmente su disposicion, y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir a otro tan libre, y recatado coraçon, como el mio. Llamê a mi criada, para que en la tierra acõpañasse a los testigos del cielo. Tornô don Fernando a reyterar, y confirmar sus juramentos. Añadio a los primeros nueuos santos por testigos, echose mil futuras maldiciones, sino cumpliesse lo que me prometia. Boluio a humedecer sus ojos, y acrecentar sus suspiros, apretome mas entre sus braços, de los quales jamas me auia dexado. Y con esto, y con boluerse a salir del aposento mi donzella, yo dexè de serlo, y el acabô de ser traydor, y fementido. El dia que sucedio a la noche de mi desgracia, se venia aun no tan apriessa, como yo pienso que dõ Fernando desseaua. Porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir,

es

es apartarse de dōde le alcançaron. Digo esto, porq̃ don Fernando dio priessa por partirse de mi, y por industria de mi donzella, q̃ era la misma que alli le auia traydo, antes que amaneciesse, se vio en la calle. Y al despedirse de mi (aunque no con tanto ahinco, y vehemencia, como quando vino) me dixo q̃ estuuiesse segura de su fê, y de ser firmes, y verdaderos sus juramentos: y para mas cōfirmacion de su palabra, sacô vn rico anillo del dedo, y lo puso en el mio. En efeto el se fue, y yo quedè, ni se si triste, ò alegre: esto se bien dezir, q̃ quedê confusa, y pensatiua, y casi fuera de mi, con el nueuo acaecimiēto, y no tuue animo, ò no se me acordò de reñir a mi dōzella, por la traycíō cometida, de encerrar a don Fernando en mi mismo aposento: porq̃ aun no me determinaua, si era bié, ó mal, el q̃ me auia sucedido. Dixele al partir a dōFernando, q̃por el mismo camino de aquella, podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta q̃ quando el quisiesse, aq̃l hecho se publicasse. Pero no vino otra alguna, sino fue la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la Iglesia en mas de vn mes, q̃ en vano me canse en solicitalle: puesto q̃ supe, que estaua en la villa, y q̃ los mas dias yua â caça, exercicio de q̃ el era muy aficionado. Estos dias, y estas horas, biē se yo q̃ para mi fueron aciagos, y menguados. Y bien se q̃ comencè a dudar en ellos, y aun a descreer de la fè de don Fernando. Y se tambien, que mi dōzella oyô entonces las palabras q̃ en reprehension de su atreuimiento antes no auia oydo. Y se q̃ me fue forçoso tener cuēta con mis lagrimas, y con la cōpostura de mi rostro por no dar ocasion a q̃ mis padres me preguntassen, que de que andaua descōtenta, y me obligassen a buscar mentiras que dezilles. Pero todo esto se acabó en vn pūto, llegandose vno donde se atropellaron respetos, y se acabaron las honrados discursos, y adonde se perdio la paciencia, y salieron a plaça mis secretos pensamiētos. Y

esta

esto fue, porque de alli a pocos dias, se dixo en el lugar, como en vna Ciudad alli cerca, se auia casado don Fernando con vna donzella hermosissima en todo estremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, q̃ por la dote, pudiera aspirar a tan noble casamiento. Dixose, que se llamaua Luscinda, có otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiració. Oyô Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa, que encoger los ombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dexar de alli a poco caer por sus ojos dos fuentes de lagrimas. Mas no por esto dexò Dorotea de seguir su cuento, diziendo, llegô esta triste nueua a mis oydos, y en lugar de elarseme el coraçon en oylla, fue tanta la colera, y rabia que se encendio en el, que faltô poco para no salirme por las calles, dando vozes, publicando la aleuosia, y traycion, que se me auia hecho. Mas templose esta furia por entonces, con pensar de poner aquella misma noche por obra, lo que puse. Que fue, ponerme en este habito, que me dio vno de los que llaman çagales en casa de los labradores, q̃ era criado de mi padre, al qual descubri toda mi desuentura, y le rogue me acompañasse hasta la Ciudad, donde entendi que mi enemigo estaua. El despues que huuo reprehendido mi atreuimiẽto, y afeado mi determinacion, viendome resuelta en mi parecer, se ofrecio a tenerme compañia, como el dixo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerre en vna almohada de lienço, vn vestido de muger, y algunas joyas, y dineros, por lo que podia suceder. Y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta a mi traydora donzella, sali de mi casa acompañada de mi criado, y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la Ciudad a pie, lleuada en buelo del desseo de llegar, ya que no a estoruar, lo que tenia por hecho, alomenos a dezir a don Fernando, me dixesse con que alma lo auia hecho.

Lleguê en dos dias,y medio, donde queria,y en entrãdo por la Ciudad, preguntê por la casa de los padres de Luscinda, y al primero aquien hize la pregunta, me respondio mas de loque yo quisiera oyr. Dixome la casa,y todo lo que auia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan publica en la Ciudad, que se hazen corrillos, para contarla por toda ella. Dixome,que la noche q̃ don Fernando se desposò con Luscinda, despues de auer ella dado el si,de ser su esposa, le auia tomado vn rezio desmayo,y q̃ llegando su esposo a desabrocharle el pecho, para q̃ le diesse el ayre, le hallô vn papel escrito de la misma letra deLuscinda,en que dezia,y declaraua,q̃ ella no podia ser esposa de don Fernando, porq̃ lo era de Cardenio, q̃ a lo que el hombre me dixo, era vn cauallero muy principal, de la misma Ciudad. Y que si auia dado el si, a don Fernando,fue por no salir de la obediencia de sus padres:en resolucion,tales razones dixo que contenia el papel, que daua a entender, que ella auia tenido intencion de matarse,en acabandose de desposar, y daua alli las razones, porque se auia quitado la vida. Todo lo qual dizen que confirmò vna daga que le hallaron no se en que parte de sus vestidos. Todo lo qual, visto por don Fernando, pareciendole que Luscinda le auia burlado, y escarnecido,y tenido en poco, arremetio a ella, antes que de su desmayo boluiesse, y con la misma daga que le hallarō,la quiso dar de puñaladas, y lo hiziera,si sus padres, y los que se hallaron presentes, no se lo estoruaran. Dixeron mas,que luego se ausentò don Fernando, y q̃ Luscinda no auia buelto d̃ su parasismo,hasta otro dia, q̃ contò a sus padres, como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio,segun dezian, se hallô presente a los desposorios, y que en viendola desposada, lo qual el jamas pensò, se salio de la Ciudad desesperado, dexandole primero escrita

vna carta, donde daua a entender el agrauio que Luſcinda le auia hecho, y de como el ſe yua, adonde gentes no le vieſſen. Eſto todo era publico, y notorio en toda la Ciudad, y todos hablauan dello, y mas hablaron, quando ſupieron que Luſcinda auia faltado de caſa de ſu padre, y de la Ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juyzio ſus padres, y no ſabian que medio ſe tomar para hallarla. Eſto que ſupe, puſo en vando mis eſperanças, y tuue por mejor no auer hallado a don Fernando, q̃ no hallarle caſado, pareciendome q̃ aun no eſtaua del todo cerrada la puerta a mi remedio, dandome yo a entẽder, que podria ſer, que el cielo huuieſſe pueſto aq̃l impedimento en el ſegundo matrimonio, por atraerle a conocer, lo que al primero deuia, y à caer en la cuẽta, de que era Chriſtiano, y que eſtaua mas obligado a ſu alma, que a los reſpetos humanos. Todas eſtas coſas reboluia en mi fantaſia, y me conſolaua ſin tener conſuelo, fingiendo vnas eſperanças largas, y deſmayadas, para entretener la vida, q̃ ya aborrezco. Eſtando pues en la Ciudad, ſin ſaber que hazerme, pues a don Fernando no hallaua, llegò a mis oydos vn publico pregon, donde ſe prometia grande hallazgo a quien me hallaſſe, dando las ſeñas de la edad, y del miſmo trage que traìa. Y oì dezir que ſe dezia, que me auia ſacado de caſa de mis padres el moço q̃ comigo vino, coſa que me llegò al alma, por ver quan de cayda andaua mi credito, pues no baſtaua perderle con mi venida, ſino añadir el con quien, ſiendo ſugeto tan baxo, y tan indigno de mis buenos penſamiẽtos. Al punto q̃ oì el pregon, me ſali de la Ciudad con mi criado, que ya començaua a dar mueſtras de titubear en la fe que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo eſpeſſo deſta montaña, con el miedo de no ſer hallados. Pero como ſuele dezirſe, que vn mal llama a otro, y que el fin de vna deſgracia ſuele

ſer principio de otra mayor: aſsi me ſucedio a mi, porque mi buen criado, haſta entonces fiel, y ſeguro, aſsi como me vio en eſta ſoledad, incitado de ſu miſma vellaqueria, antes que de mi hermoſura, quiſo aprouecharſe de la ocaſion, que a ſu parecer eſtos yermos le ofrecian. Y con poca verguença, y menos temor de Dios, ni reſpeto mio, me requirio de amores, y viendo que yo con feas, y juſtas palabras reſpondia a las deſuerguenças de ſus propoſitos, dexò aparte los ruegos, de quiẽ primero penſò aprouecharſe, y començò a vſar de la fuerça. Pero el juſto cielo, que pocas, o ningunas vezes, dexa de mirar, y fauorecer a las juſtas intenciones, fauorecio las mias, de manera, que con mis pocas fuerças, y con poco trabajo, di con el por vn derrumbadero, donde le dexê, ni ſe ſi muerto, o ſi viuo. Y luego con mas ligereza, que mi ſobreſalto, y canſacio pedian, me entrê por eſtas montañas, ſin lleuar otro penſamiento, ni otro diſignio, que eſconderme en ellas, y huyr de mi padre, y de aquellos que de ſu parte me andauan buſcando con eſte deſſeo. Ha no ſe quantos meſes que entrê en ellas, donde hallè vn ganadero, que me lleuò por ſu criado, a vn lugar q̃ eſtà en las entrañas deſta ſierra, al qual he ſeruido de çagal todo eſte tiempo, procurando eſtar ſiempre en el cãpo, por encubrir eſtos cabellos, que aora tan ſin penſarlo me han deſcubierto. Pero toda mi induſtria, y toda mi ſolicitud, fue, y ha ſido, de ningun prouecho, pues mi amo vino en conocimiento, de que yo no era varon, y nacio en el, el miſmo mal penſamiento, que en mi criado, y como no ſiempre la fortuna, con los trabajos da los remedios, no hallê derrumbadero, ni barranco, de dõde deſpeñar y deſpenar al amo, como le hallê para el criado. Y aſsi tuue por menor inconueniente, dexalle y eſconderme de nueuo entre eſtas aſperezas, que prouar con el mis fuerças, o mis deſcul-

pas.

pas. Digo pues, que me tornê a emboſcar, y â buſcar, donde ſin impedimento alguno pudieſſe con ſuſpiros, y lagrimas, rogar al cielo ſe duela de mi deſuentura, y me dê induſtria, y fauor para ſalir della, o para dexar la vida entre eſtas ſoledades, ſin que quede memoria deſta triſte, que tan ſin culpa ſuya aurà dado materia, para que de ella ſe hable, y murmure en la ſuya, y en las agenas tierras.

Cap. XXIX. Que trata de la diſcordia de la hermoſa Dorotea, con otras coſas de mucho guſto y paſſatiempo.

ESta es ſeñores, la verdadera hiſtoria de mi tragedia, mirad, y juzgad aora, ſi los ſuſpiros que eſcuchaſtes, las palabras que oyſtes, y las lagrimas que de mis ojos ſalian, tenian ocaſion baſtante, para moſtrarſe en mayor abundancia: y conſiderada la calidad de mi deſgracia, vereys que ſerà en vano el conſuelo, pues es impoſsible el remedio della. Solo os ruego, lo que con facilidad podreys, y deueys hazer, que me aconſegeys donde podrê paſſar la vida, ſin que me acabe el temor, y ſobreſalto que tengo, de ſer hallada de los que me buſcan, que aunque ſe que el mucho amor que mis padres me tienen, me aſſegura, que ſere dellos bien recebida, es tanta la verguença que me ocupa, ſolo el penſar que no como ellos penſauan, tengo de parecer a ſu preſencia, que tengo por mejor deſterrarme para ſiempre, de ſer viſta, que no verles el roſtro, cō penſamiento q̃ ellos miran el mio, ageno de la honeſtidad, que de mi ſe deuian de tener prometida. Callô en diziēdo eſto, y el roſtro ſe le cubrio de vn color, que moſtrô bien claro el ſentimiento, y verguença del alma. En las

ſuyas ſintieron los que eſcuchadola auian, tanta laſtima, como admiracion, de ſu deſgracia: y aunque luego quiſie ra el Cura conſolarla, y aconſejarla, tomô primero la ma no Cardenio, diziendo. En fin ſeñora, que tu eres la hermoſa Dorotea, la hija vnica del rico Cleonardo. Admirada quedô Dorotea, quando oyò el nombre de ſu padre, y de ver quan de poco era el que le nombraua, porque ya ſe ha dicho de la mala manera que Cardenio eſtaua veſ tido. Y aſsi le dixo: Y quien ſoys vos hermano, que aſsi ſabeys el nombre de mi padre, porque yo haſta aora (ſi mal no me acuerdo) en todo el diſcurſo del cuento, de mi deſdicha, no le he nombrado? Soy, reſpondio Cardenio, aquel ſin ventura, que ſegun vos ſeñora aueys dicho, Luſzinda dixo que era ſu eſpoſa. Soy el deſdichado Cardenio, a quien el mal termino de aquel que a vos os ha pueſ to en el que eſtays, me ha traydo a que me veays, qual me veys, roto, deſnudo, falto de todo humano conſuelo, y lo que es peor de todo, falto de juyzio, pues no le tengo, ſino quando al cielo ſe le antoja darmele, por algun breue eſpacio. Yo, Teodora, ſoy el que me hallè preſente a las ſinrazones de don Fernando, y el que aguardô oyr el ſi, que de ſer ſu eſpoſa pronunciò Luſzinda. Yo ſoy el que no tuuo animo, para ver en que paraua ſu deſmayo, ni lo que reſultaua del papel, que le fue hallado en el pecho. Porque no tuuo el alma ſufrimiento, para ver tantas deſuenturas juntas, y aſsi dexè la caſa, y la paciencia, y vna carta que dexè a vn hueſped mio, a quien rogue, que en manos de Luſzinda la puſieſſe, y vineme a eſtas ſoledades, con intencion de acabar en ellas la vida, que deſde aquel tiempo aborreci, como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la ſuerte quitarmela, contentandoſe con quitarme el juyzio, quiça para guardarme para la buena ventura, que he tenido en hallaros: pues ſiendo verdad, como creo que lo es, lo que aqui aueys contado aun podria

dria ser, que a entrambos nos touiesse el cielo guardado mejor sucesso en nuestros desastres, que nosotros pensamos. Porque presupuesto que Luszinda no puede casarse con don Fernando por ser mia, ni don Fernando con ella, por ser vuestro, y auerlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar, que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues està toda via en ser, y no se ha enagenado, ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperança, ni fundado en desuariadas imaginaciones, suplicoos señora, que tomeys otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodandoos a esperar mejor fortuna. Que yo os juro por la fe de Cauallero, y de Christiano, de no desampararos, hasta veros en poder de don Fernando, y que quando con razones no le pudiere atraer, a que conozca lo que os deue, de vsar entonces la libertad que me concede el ser Cauallero, y poder con justo titulo desafialle, en razon de la sin razon que os haze, sin acordarme de mis agrauios, cuya vengança dexarè al cielo, por acudir en la tierra a los vuestros. Con lo que Cardenio dixo, se acabò de admirar Dorotea, y por no saber que gracias boluer a tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besarselos, mas no lo consintio Cardenio: y el Licenciado respondio por entrambos, y aprouó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogô, aconsejó, y persuadió, que se fuessen con el a su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltauan, y que alli se daria orden, como buscar a don Fernando, o como lleuar a Dorotea a sus padres, o hazer lo que mas les pareciesse conueniente. Cardenio, y Dorotea, se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El barbero que a todo auia estado suspenso, y callado, hizo tambien su buena pla-

rica, y se ofrecio con no menos voluntad que el Cura, a todo aquello que fuesse bueno para seruirles. Contò assi mismo con breuedad la causa que alli los auia traydo, con la estrañeza de la locura de don Quixote, y como aguardauan a su escudero, que auia ydo a buscalle. Vinosele a la memoria a Cardenio, como por sueños, la pẽdencia que con don Quixote auia tenido, y contola a los demas, mas no supo dezir, por que causa fue su question. En esto oyeron vozes, y conocieron que el que las daua, era Sancho Pança, que por no auerlos hallado en el lugar donde los dexô, los llamaua a vozes. Salieronle al encuentro, y preguntadole por don Quixote, les dixo, como le auia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo, y muerto de hambre, y suspirãdo por su señora Dulcinea, y que puesto que le auia dicho, que ella le mandaua que saliesse de aquel lugar, y se fuesse al del Toboso, dõde le quedaua esperando, auia respondido, que estaua determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que ouiesse fecho fazañas, que le fiziessen digno de su gracia. Y que si aquello passaua adelante, corria peligro de no venir a ser Emperador, como estaua obligado, ni aun Arçobispo, que era lo menos que podia ser. Por esso que mirassen lo que se auia de hazer, para sacarle de alli. El Licenciado le respondio, que no tuuiesse pena, que ellos le sacarian de alli mal que le pesasse. Contò luego a Cardenio, y à Dorotea, lo que tenian pensado, para remedio de don Quixote, alomenos para lleuarle a su casa. A lo qual dixo Dorotea, que ella haria la donzella menesterosa mejor que el barbero, y mas que tenia alli vestidos conque hazerlo al natural. Y que la dexassen el cargo, de saber representar todo aquello que fuesse menester, para lleuar adelante su intento, porque ella auia leydo muchos libros de cauallerias, y sabia bien el estilo que tenian las donzellas cuytadas, quando pedian sus dones a

los

los andantes caualleros. Pues no es menester mas, dixo el Cura, sino que luego se ponga por obra. Que sin duda la buena suerte se muestra en fauor mio, pues tan sin pen sarlo, a vosotros señores se os ha començado a abrir puer ta para vuestro remedio, y â nosotros se nos ha facilita do la que auiamos menester. Sacò luego Dorotea de su almohada vna saya entera de cierta telilla rica, y vna mã tellina, de otra vistosa tela verde, y de vna caxita vn co llar, y otras joyas, con que en vn instante se adornò, de manera, que vna rica, y gran señora parecia. Todo aq̃llo, y mas, dixo que auia sacado de su casa, para lo que se ofreciesse, y que hasta entonces no se le auia ofrecido ocasion de auello menester. A todos contentò en estremo su mucha gracia, donayre, y hermosura, y confirma ron a don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaua. Pero el que mas se admirò, fue Sancho Pança, por parecerle (como era asi verdad) q̃ en todos los dias de su vida auia visto tan hermosa criatu ra: y asi preguntò al Cura con grande ahinco, le dixes se, quien era aquella tan fermosa señora? Y que era lo q̃ buscaua por aquellos andurriales? Esta hermosa señora, respondio el Cura, Sancho hermano, es como quien no dize nada, es la heredera por linea recta de varõ del grã reyno de Micomicon, la qual viene en busca de vuestro amo, a pedirle vn don, el qual es, que le desfaga vn tuer to, o agrauio que vn mal gigante le tiene fecho: y â la fa ma que de buen cauallero vuestro amo tiene por todo lo descubierto de Guinea, ha venido a buscarle esta Prin cesa. Dichosa buscada, y dichoso hallazgo, dixo a esta sazon Sancho Pança, y mas si mi amo es tan venturoso, que desfaga esse agrauio, y enderece esse tuerto, matan do a esse hideputa desse gigante que vuestra merced di ze: que si matarà si el le encuentra, si ya no fuesse fantas ma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder al-

guno. Pero vna cosa quiero suplicar a vuestra merced, entre otras, señor Licenciado, y es que porque a mi amo no le tome gana de ser Arçobispo (que es lo que yo temo que vuestra merced le aconseje) q̃ se case luego con esta Princesa, y assi quedarâ impossibilitado de recebir ordenes Arçobispales, y vendra con facilidad a su Imperio, y yo al fin de mis desseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me esta bien que mi amo sea Arçobispo, porque yo soy inutil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme aora a traer dispensacion es para poder tener renta por la Iglesia, teniendo, como tẽgo muger, y hijos, seria nunca acabar. Assi que, señor, todo el toque estâ, en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta aora no se su gracia, y assi no la llamo por su nombre. Llamase respondio el Cura, la Princesa Micomicona, porque llamandose su reyno Micomicõ, claro estâ que ella se ha de llamar assi. No ay duda en esso, respõdio Sancho, que yo he visto a muchos, tomar el apellido, y alcurnia del lugar donde nacieron, llamandose Pedro de Alcala, Juan de Vbeda, y Diego de Valladolid, y esto mismo se deue de vsar allâ en Guinea, tomar las Reynas los nombres de sus reynos. Assi deue de ser dixo el Cura, y en lo de casarse vuestro amo, yo harê en ello todos mis poderios. Con lo que quedô tan cõtento Sancho, quãto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver, quan encaxados tenia en la fantasia los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daua a entender que auia de venir a ser Emperador. Ya en esto se auia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el barbero se auia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dixeron à Sancho, que los guiasse a donde don Quixote estaua, al qual aduirtieron que no dixesse q̃ conocia al Licenciado, ni al barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir a ser Emperador

su

ſu amo. Pueſto que ni el Cura, ni Cardenio quiſieron yr cõn ellos, porque no ſe le acordaſſe a don Quixote la pẽdencia que con Cardenio auia tenido: y el Cura, porque no era meneſter por entonces ſu preſencia, y aſsi los dexaron yr delante, y ellos los fueron ſiguiendo a pie, poco a poco. No dexô de auiſar el Cura lo que auia de hazer Dorotea: a lo que ella dixo, que deſcuydaſſen, que todo ſe haria ſin faltar punto, como lo pedian, y pintauan los libros de cauallerias. Tres quartos de legua aurian andado, quando deſcubrieron a don Quixote entre vnas intricadas peñas, ya veſtido, aunque no armado: y aſsi como Dorotea le vio, y fue informada de Sancho, que aquel era don Quixote, dio del açote a ſu palafren, ſiguiendole el bien barbado barbero: y en llegando junto a el, el eſcudero ſe arrojô de la mula, y fue a tomar en los braços a Dorotea, la qual apeandoſe con grande deſemboltura, ſe fue a hincar de rodillas ante las de dõ Quixote: y aunque el pugnaua por leuantarla, ella ſin leuantarſe le fablô en eſta guiſa: De aqui no me leuantarê, o valeroſo, y esforçado cauallero, faſta que la vueſtra bondad, y corteſia me otorgue vn don, el qual redundarâ en honra, y prez de vueſtra perſona, y en pro de la mas deſconſolada, y agrauiada donzella que el Sol ha viſto. Y ſi es que el valor de vueſtro fuerte braço correſponde a la voz de vueſtra immortal fama, obligado eſtays a fauorecer a la ſin ventura que de tan lueñes tierras viene, al olor de vueſtro famoſo nombre, buſcandoos para remedio de ſus deſdichas. No os reſpondere palabra, fermoſa ſeñora, reſpondio don Quixote, nì oyre mas coſa de vueſtra fazienda, faſta que os leuanteys de tierra. No me leuantarè, ſeñor, reſpondio la afligida donzella, ſi primero, por la vueſtra corteſia, no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo, y concedo, reſpondio don Quixote, como no ſe aya de cumplir

plir en daño, o mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi coraçon, y libertad tiene la llaue. No será en daño, ni en mengua de los que dezis, mi buen señor, replicò la dolorosa donzella. Y estando en esto, se llegò Sancho Pança al oydo de su señor, y muy pasito le dixo: Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar â vn gigantazo, y esta que lo pide es la alta Princesa Micomicona, Reyna del gran reyno Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondio don Quixote, que yo harê lo q̃ soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, cóforme a lo que professado tengo: y boluiendose a la donzella, dixo: La vuestra gran fermosura se leuante, que yo le otorgo el dó que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dixo la donzella, que la vuestra magnanima persona se venga luego conmigo donde yo le lleuare, y me prometa, que no se ha de entremeter en otra auentura, ni demãda alguna, hasta darme vengança de vn traydor, que contra todo derecho diuino, y humano, me tiene vsurpado mi reyno. Digo que assi lo otorgo, respondio don Quixote, y assi podeys señora, desde oy mas, desechar la malẽcolia q̃ os fatiga, y hazer q̃ cobre nueuos brios, y fuerças vuestra desmayada esperança, q̃ có el ayuda de Dios, y la de mi braço, vos os vereys presto restituyda en vuestro reyno, y sentada en la silla de vuestro antiguo, y grãde estado, a pesar, y â despecho de los follones que contradezirlo quisieren: y manos à labor, que en la tardança dizen que suele estar el peligro. La menesterosa donzella, pugnò con mucha porfia, por besarle las manos, mas don Quixote, que en todo era comedido, y cortès cauallero, jamas lo consintio, antes la hizo leuantar, y la abraçò con mucha cortesia, y comedimiento: y mandò a Sancho, que requiriesse las cinchas a Rozinante, y le armasse luego al punto, Sancho descolgò las armas, que

como

como trofeo, de vn arbol estauan pendientes, y requiriendo las cinchas, en vn punto armò a su señor: el qual viendose armado, dixo: Vamos de aqui, en el nombre de Dios a fauorecer esta gran señora. Estauase el barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de dissimular la risa, y de que no se le cayesse la barba, con cuya cayda quiça quedaran todos sin conseguir su buena intencion: y viendo que ya el don estaua concedido, y con la diligẽcia q̃ don Quixote se alistaua para yr à cumplirle, se leuãtô, y tomò de la otra mano a su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subio don Quixote sobre Rozinante: y el barbero se acomodò en su caualgadura, quedandose Sancho a pie, donde de nueuo se le renouò la perdida del ruzio, con la falta que entonces le hazia: mas todo lo lleuaua cõ gusto, por parecerle que ya su señor estaua puesto en camino, y muy a pique de ser Emperador: porque sin duda alguna pensaua que se auia de casar con aquella Princessa, y ser por lo menos Rey de Micomicon: solo le daua pesadumbre, el pensar que aquel reyno era en tierra de negros, y que la gente, que por sus vassallos le diessen, auian de ser todos negros: a lo qual hizo luego en su imaginacion vn buen remedio, y dixose a si mismo. Que se me dâ a mi que mis vassallos sean negros, aura mas que cargar con ellos, y traerlos a España, donde los podrê vender, y adonde me los pagarân de contado, de cuyo dinero podrê comprar algũ titulo, o algun oficio con que viuir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormios, y no tengays ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treynta, o diez mil vassallos, en dacame essas pajas. Par Dios que los he de bolar chico con grande, o como pudiere: y que por negros que sean los he de boluer blancos, o amarillos: llegaos que me mamo el dedo. Con esto andaua tan solicito, y tan contento, que se le oluidaua la

ua la pesadumbre de caminar à pie. Todo esto mirauan de entre vnas breñas, Cardenio, y el Cura, y no sabian q̃ hazerse para juntarse con ellos: pero el Cura, q̃ era gran tracista, imaginò luego lo que harian para conseguir lo que desseauan, y fue, que con vnas tixeras que traîa en vn estuche, quitò con mucha presteza la barba a Cardenio, y vistiole vn capotillo pardo que el traîa, y diole vn herreruelo negro, y el se quedò en calças, y en jubon: y quedò tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que el mismo no se conociera, aunque a vn espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros auian passado adelãte, en tanto que ellos se disfraçaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas, y malos passos de aquellos lugares no concedian que anduuiessen tanto los de acauallo, como los de a pie. En efeto, ellos se pusieron en el llano a la salida de la sierra, y assi como salio della don Quixote, y sus camaradas, el Cura se le puso a mirar muy de espacio, dando señales de que le yua reconociendo: y al cabo de auerle vna buena pieça estado mirando, se fue a el abiertos los braços, y diziendo a vozes: Para bien sea hallado el espejo de la caualleria, el mi buen compatriota don Quixote de la Mancha, la flor, y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta essencia de los caualleros andantes: y diziendo esto, tenia abraçado por la rodilla de la pierna yzquierda a don Quixote: el qual espantado de lo que veîa, y oîa dezir, y hazer aquel hõbre se le puso a mirar con atencion, y al fin le conocio, y quedò como espantado de verle, y hizo grande fuerça por apearse, mas el Cura no lo consintio, por lo qual dõ Quixote dezia: Dexeme vuestra merced, señor Licenciado, que no es razon que yo estê acauallo, y vna tã reuerẽda persona como vuestra merced estê a pie. Esso no cõsentirê yo en ningũ modo, dixo el Cura, estese la vues

tra grandeza a cauallo, pues estando a cauallo acaba las mayores fazañas, y auenturas q̃ en nuestra edad se han visto, que a mi aunque indigno sacerdote, bastarame subir en las ancas de vna destas mulas destos señores q̃ con vuestra merced caminan, sino lo han por enojo: y aũ harè cuenta, q̃ voy cauallero sobre el cauallo Pegaso, o sobre la cebra, o alfana en q̃ caualgaua aquel famoso Moro Muzaraque, q̃ aun hasta aora yaze encãtado en la grã cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Aũ no caîa yo en tanto, mi señor Licenciado, respondio dõ Quixote, y yo se q̃ mi señora la Princessa serâ seruida, por mi amor, demandar a su escudero, dê a vuestra merced la silla de su mula, q̃ el podrà acomodarse en las ancas, si es q̃ ella las sufre. Si sufre, a lo q̃ yo creo, respõdio la Princessa: y tambien se q̃ no serâ menester mandarselo al señor mi escudero, q̃ el es tan cortês, y tan Cortesano, q̃ no consentirà que vna persona Eclesiastica vaya a pie, pudiendo yr a cauallo. Assi es, respõdio el barberó, y apeandose en vn punto, combidò al Cura con la silla, y el la tomò sin hazerse mucho de rogar. Y fue el mal, q̃ al subir a las ancas el barbero, la mula, que en efeto era de alquiler, que para dezir que era mala, esto basta, alçò vn poco los quartos traseros, y dio dos cozes en el ayre, que a darlas en el pecho de Maese Nicolas, o en la cabeça, el diera al diablo la venida por don Quixote. Con todo esso le sobresaltaron de manera, que cayò en el suelo, con tan poco cuydado de las barbas, que se le cayerõ: y como se vio sin ellas, no tuuo otro remedio, sino acudir à cubrirse el rostro con ambas manos, y â quexarse, que le auian derribado las muelas. Don Quixote, como vio todo aquel maço de barbas, sin quixadas, y sin sangre, lexos del rostro del escudero caydo, dixo: Viue Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado, y arrancado del rostro, como si las quitaran a posta.

El Cura que vio el peligro que corria su inuenciõ, de ser descubierta, acudio luego a las barbas, y fuesse con ellas adonde yazia Maese Nicolas, dando aun vozes toda via, y de vn golpe llegandole la cabeça a su pecho, se las puso, murmurando sobre el vnas palabras, que dixo q̃ era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian: y quando se las tuuo puestas se apartò, y quedò el escudero tan bien barbado, y tan sano como de antes: de que se admirò don Quixote sobre manera, y rogô al Cura, que quando tuuiesse lugar le enseñasse aquel ensalmo, que el entendia que su virtud a mas que pegar barbas se deuia de estender, pues estaua claro, que de donde las barbas se quitassen, auia de quedar la carne llagada, y mal trecha, y que pues todo lo sanaua, a mas que barbas aprouechaua. Assi es, dixo el Cura, y prometio de enseñarsele en la primera ocasion. Concertaronse, que por entonces subiesse el Cura, y à trechos se fuessen los tres mudando, hasta que llegassen a la venta, que estaria hasta dos leguas de alli. Puestos los tres a cauallo, es a saber, don Quixote, la Princessa, y el Cura: y los tres a pie, Cardenio, el barbero, y Sancho Pança, don Quixote dixo a la donzella: Vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere. Y antes que ella respondiesse, dixo el Licẽciado: Hâzia que reyno quiere guiarle vuestra señoria, es por ventura hàzia el de Micomicõ, que si deue de ser, o yo se poco de reynos? Ella que estaua bien en todo, entendio que auia de responder, que si, y assi dixo: Si señor, hàzia esse reyno es mi camino. Si assi es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de passar, y d' alli tomarâ vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrâ embarcar con la buena ventura: y si ay viento prospero, mar tranquilo, y sin borrasca, en en poco menos de nueue años se podrà èstar a vista de la gran laguna Meona, digo, Meotides, que està poco mas

de

de cien jornadas mas acà del reyno de vuestra grãdeza. Vuestra merced està engañado, señor mio, dixo ella, porque no ha dos años que yo parti del, y en verdad que nunca tuue buen tiẽpo, y con todo esso he llegado a ver lo que tanto desseaua, que es al señor don Quixote de la Mancha, cuyas nueuas llegaron a mis oydos, asi como puse los pies en España, y ellas me mouieron a buscarle, para encomendarme en su cortesia, y fiar mi justicia del valor de su inuencible braço. No mas, cessen mis alabãças, dixo a esta sazon don Quixote, porque soy enemigo de todo genero de adulacion, y aunque esta no lo sea, toda via ofenden mis castas orejas semejantes platicas. Lo que yo se dezir, señora mia, que aora tenga valor, o no, el que tuuiere, o no tuuiere, se ha de emplear en vuestro seruicio, hasta perder la vida: y assi dexando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado me diga, que es la causa que le ha traydo por estas partes, tan solo, tan sin criados, y tan a la ligera, que me pone espanto? A esso yo respondere con breuedad, respondio el Cura, porque sabra vuestra merced, señor don Quixote, q̃ yo, y Maese Nicolas, nuestro amigo, y nuestro barbero, yuamos a Seuilla, a cobrar cierto dinero, que vn pariente mio q̃ ha muchos años que passò a Indias, me auia embiado, y no tan pocos que no passan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal, y passando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro quatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, q̃ le conuino al barbero ponerselas postizas: y aun a este mançebo que aqui va, señalando a Cardenio, le pusierõ como de nueuo. Y es lo bueno, que es publica fama por todos estos contornos, que los que nos saltearon son de vnos galeotes, que dizen que libertô, casi en este mismo sitio, vn hombre tan valiẽte, que a pesar del Comissario, y de las guardas, los soltô a todos: y sin duda alguna, el

deuia de eſtar fuera de juyzio, o deue de ſer tan grande vellaco como ellos, o algun hombre ſin alma, y ſin conciencia, pues quiſo ſoltar al lobo entre las ouejas, a la raposa entre las gallinas, a la moſca entre la miel: quiſo defraudar la juſticia, yr contra ſu Rey, y ſeñor natural, pues fue contra ſus juſtos mandamientos. Quiſo, digo, quitar a las galeras ſus pies, poner en alboroto a la ſanta Hermandad, que auia muchos años que repoſaua. Quiſo finalmente hazer vn hecho, por dõde ſe pierda ſu alma, y no ſe gane ſu cuerpo. Auiales contado Sancho al Cura, y al barbero, la auentura de los galeotes que acabò ſu amo con tanta gloria ſuya, y por eſto cargaua la mano el Cura refiriendola, por ver lo que hazia, o dezia dõ Quixote, al qual ſe le mudaua la color a cada palabra, y no oſaua dezir que el auia ſido el libertador de aquella buena gente: Eſto pues, dixo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por ſu miſericordia ſe lo perdone al que no los dexò lleuar al deuido ſuplicio.

Cap. XXX. Que trata del gracioſo artificio, y orden que ſe tuuo en ſacar à nueſtro enamorado cauallero de la aſperiſsima penitencia en que ſe auia pueſto.

NO huuo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: Pues miafe, ſeñor Licenciado, el que hizo eſſa fazaña fue mi amo, y no porque yo no le dixe antes, y le auiſè, que miraſſe lo que hazia, y que era pecado darles libertad, porque todos yuan alli por grandiſsimos vellacos. Majadero, dixo a eſta ſazon don Quixote, a los caualleros andãtes no les toca, ni atañe aueriguar, ſi los affligidos, encadenados, y opreſſos que encuentran por los caminos, van

de aquella manera, o estan en aquella angustia por sus culpas, o por sus gracias, solo le toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus vellaquerias. Yo topê vn rosario, y sarta de gente, mohina, y desdichada, y hize con ellos lo que mi religiõ me pide, y lo demas allà se auenga: y à quien mal le ha parecido, saluo la santa dignidad del señor Licenciado, y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caualleria, y que miente como vn hideputa, y mal nacido: y esto le harê conocer con mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dixo afirmandose en los estribos, y calandose el morrion, porque la vazia de barbero, que a su cuenta era el yelmo de Mambrino, lleuaua colgado del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hizieron los galeotes. Dorotea (q̃ era discreta, y de gran donayre) como quien ya sabia el mẽguado humor de don Quixote, y que todos hazian burla del, sino Sancho Pança, no quiso ser para menos, y viendole tan enojado, le dixo: Señor cauallero, miembresele a la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que cõforme a el, no puede entremeterse en otra auẽtura, por vrgente que sea: sossiegue vuestra merced el pecho, que si el señor Licenciado supiera que por esse inuicto braço auian sido librados los galeotes, el se diera tres punto en la boca, y aun se mordiera tres vezes la lengua, antes que auer dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Esso juro yo bien, dixo el Cura, y aun me huuiera quitado vn vigote. Yo callarê, señora mia, dixo don Quixote, y reprimirê la justa colera, que ya en mi pecho se auia leuantado, y yrê quieto, y pacifico, hasta tanto que os cumpla el don prometido: pero en pago deste buen desseo, os suplico me digays, sino se os haze de mal, qual es la vuestra cuyta? y quantas, quienes, y quales son las

perſonas de quiẽ os tengo de dar deuida, ſatisfecha, y entera vengança? Eſſo harè yo de gana, reſpondio Dorotea, ſi es que no os enfadan oyr laſtimas, y deſgracias. No enfadará, ſeñora mia, reſpondio don Quixote: a lo que reſpondio Dorotea: Pues aſsi es, eſtenme vueſtras mercedes atentos. No houo ella dicho eſto, quando Cardenio, y el barbero ſe le puſierõ al lado, deſſeoſos de ver como fingia ſu hiſtoria: y lo miſmo hizo Sancho, q̃ tan enſañado yua con ella como ſu amo. Y ella, deſpues de auerſe pueſto bien en la ſilla, y preuenidoſe con toſer, y hazer otros ademanes con mucho donayre, començò a dezir deſta manera.

Primeramente quiero que vueſtras mercedes ſepan, ſeñores mios, que a mi me llaman: y detuuoſe aqui vn poco, porque ſe le oluidò el nombre que el Cura le auia pueſto: pero el acudio al remedio, porque entendio en lo que reparaua, y dixo: No es marauilla, ſeñora mia, q̃ la vueſtra grandeza ſe turbe, y empache, contando ſus deſuenturas, que ellas ſuelen ſer tales, que muchas vezes quitan la memoria a los que maltratan, de tal manera, q̃ aun de ſus miſmos nombres no ſe les acuerda, como hã hecho con vueſtra gran ſeñoria, q̃ ſe ha oluidado q̃ ſe llama la Princeſſa Micomicona, legitima heredera del gran reyno Micomicon: y con eſte apuntamiento puede la vueſtra grandeza reduzir aora facilmente a ſu laſtimada memoria, todo aquello que contar quiſiere. Aſsi es la verdad, reſpondio la donzella, y deſde aqui adelãte, creo que no ſerâ meneſter apuntarme nada, que yo ſaldre a buen puerto con mi verdadera hiſtoria: la qual es, que el Rey mi padre, que ſe llamauá Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en eſto que llaman el arte Magica, y alcançò por ſu ciencia, que mi madre que ſe llamaua la Reyna Xaramilla, auia de morir primero que el, y que de alli a poco tiempo el tambien auia de paſſar deſta vida, y yo

auia de quedar huerfano de padre,y madre. Pero dezia el, que no le fatigaua tanto esto,quanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta, que vn descomunal Gigante, señor de vna grande Insula, que casi alinda con nuestro reyno, llamado Pandafilando de la fosca vista: porque es cosa aueriguada, que aunque tiene los ojos en su lugar, y derechos, siempre mira al reues, como si fuesse vizco: y esto lo haze el de maligno, y por poner miedo, y espanto a los que mira. Digo que supo, que este Gigante en sabiendo mi horfandad, auia de passar con gran poderio sobre mi reyno, y me lo auia de quitar todo, sin dexarme vna pequeña aldea donde me recogiesse. Pero que podia escusar toda esta ruyna, y desgracia, si yo me quisiesse casar con el: mas a lo q̃ el entendia, jamas pensaua que me vendria a mi en voluntad de hazer tan desigual casamiento: y dixo en esto la pura verdad, porque jamas me ha passado por el pensamiento, casarme con aquel Gigante, ni con otro alguno, por grande, y desaforado que fuesse. Dixo tambien mi padre, que despues q̃ el fuesse muerto, y viesse yo, que Pandafilando començaua a passar sobre mi reyno, que no aguardasse a ponerme en defensa, porque seria destruyrme, sino que libremente le dexasse desembaraçado el reyno, si queria escusar la muerte, y total destruycion de mis buenos, y leales vassallos, porque no auia de ser possible defenderme de la endiablada fuerça del Gigante: sino que luego, con algunos de los mios, me pusiesse en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando a vn cauallero andante, cuya fama en este tiempo se estenderia por todo este reyno, el qual se auia de llamar, si mal no me acuerdo, don Açote, o don Gigote. Don Quixote diria, señora dixo a esta sazon Sancho Pança, o por otro nombre, el cauallero de la triste figura. Assi es la verdad, dixo Dorotea. Dixo mas, que auia de ser alto

de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debaxo del ombro yzquierdo, o por alli junto, auia de tener vn lunar pardo, con ciertos cabellos a manera de cerdas. En oyendo esto don Quixote, dixo a su escudero: Ten aqui Sancho, hijo, ayudame a desnudar, que quiero ver si soy el cauallero que aquel sabio Rey dexô profetizado. Pues para que quiere vuestra merced desnudarse, dixo Dorotea? Para ver si tengo esse lugar que vuestro padre dixo, respondio don Quixote. No ay para q̃ desnudarse, dixo Sancho, que yo se que tiene vuestra merced vn lunar dessas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hóbre fuerte. Esso basta dixo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que estê en el ombro, o que estê en el espinazo, importa poco, basta que aya lunar, y estê donde estuuiere, pues todo es vna misma carne: y sin duda acertò mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor dó Quixote, que el es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro viené con las de la buena fama, que este cauallero tiene, no solo en España, pero en toda la Mancha, pues apenas me huue desembarcado en Ossuna, quando oî dezir tantas hazañas suyas, que luego me dio el alma, que era el mismo que venia a buscar. Pues como se desembarcò vuestra merced en Ossuna, señora mia, preguntô don Quixote, sino es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiesse, tomò el Cura la mano, y dixo: Deue de querer dezir la señora Princesa, q̃ despues que desembarcò en Malaga, la primera parte donde oyò nueuas de vuestra merced, fue en Ossuna. Esso quise dezir, dixo Dorotea. Y esto lleua camino, dixo el Cura, y prosiga vuestra Magestad adelante. No ay que proseguir, respondio Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena, en hallar al señor don Quixote, que ya me cuento, y tengo por Reyna, y señora de todo

do mi Reyno, pues el por su cortesia, y magnificencia me ha prometido el don de yrse comigo, donde quiera que yo le lleuare, que no serà a otra parte, que a ponerle delante de Pandafilando de la fosca vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene vsurpado: que todo esto ha de suceder à pedir de boca, pues assi lo dexò profetizado Tinacrio el Sabidor mi buẽ padre: el qual tambien dexô dicho, y escrito en letras Caldeas, o Griegas, que yo no las se leer, que si este cauallero de la profecia, despues de auer degollado al Gigante, quisiesse casarse comigo, que yo me otorgasse luego sin replica alguna, por su legitima esposa, y le diesse la possession de mi reyno, junto con la de mi persona. Que te parece Sancho amigo? dixo a este punto don Quixote, no oyes lo q̃ passa? no te lo dixe yo? mira si tenemos ya reyno que mandar, y Reyna con quien casar. Esso juro yo, dixo Sancho: Para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado. Pues monta que es mala la Reyna, assi se me bueluan las pulgas de la cama; y diziendo esto, dio dos çapatetas en el ayre, cõ muestras de grandissimo contento, y luego fue a tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haziendola detener, se hinco de rodillas ante ella, suplicandole le diesse las manos para besarselas, en señal que la recibia por su Reyna, y señora. Quien no auia de reyr de los circustantes, viẽdo la locura del amo, y la simplicidad del criado. En efeto Dorotea se las dio, y le prometio de hazerle gran señor en su reyno, quando el cielo le hiziesse tanto bien, que se lo dexasse cobrar, y gozar. Agradecioselo Sancho con tales palabras, que renouò la risa en todos. Esta señores, prosiguio Dorotea, es mi historia, solo resta por deziros, que de quanta gente de acompañamiento saqué de mi reyno, no me ha quedado sino solo este bien barbado escudero, porque todos se anegaron en

vna gran borrasca que tuuimos a vista del puerto. Y el, y yo salimos en dos tablas a tierra, como por milagro, y assi es todo milagro, y misterio el discurso de mi vida, como lo aueys notado. Y si en alguna cosa he andado demasiada, o no tan acertada como deuiera, echad la cul pa a lo que el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos, y extraordinarios, quitan la memoria al que los padece. Essa no me quitaran a mi, o alta, y valerosa señora, dixo don Quixote, quantos yo passare en seruiros, por grandes, y no vistos que sean. Y assi de nueuo confirmo el don que os he pro metido, y juro de yr con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, a quien pienso con el ayuda d Dios, y de mi braço, tajar la cabeça soberuia, con los filos desta (no quiero dezir buena) espada, merced a Gines de Passamonte, que me lleuô la mia: esto dixo entre dientes, y prosiguio diziendo: y despues de auer sela tajado, y puestoos en pacifica possession de vuestro estado, quedarà a vuestra voluntad, hazer de vuestra per sona lo que mas en talante os viniere. Porque mientras que yo tuuiere ocupada la memoria, y cautiua la voluntad, perdido el entendimiento por aqlla, y no digo mas, no es possible q̃ yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunque fuesse con el Aue fenix. Pareciole tan mal a Sancho, lo q̃ vltimamente su amo dixo, acerca de no querer casarse, que con grande enojo, alçando la voz, dixo: Boto a mi, y juro a mi, q̃ no tiene vuestra merced señor don Quixote cabal juyzio: pues como es possible, que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? Piensa q̃ le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante vẽtura, como la q̃ aora se le ofre ce? Es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no porcierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por dezir, que no llega a su çapato de la que està delante. Assi norama-
la

la alcançarè yo el Condado que espero, si vuestra merced se anda a pedir cotufas enel golfo, casesse, casesse luego, encomiendole yo a satanas, y tome esse reyno que se le viene a las manos, de vobis, vobis, y en siendo Rey, hagame Marques, o Adelantado, y luego siquiera se lo lleue el diablo todo. Don Quixote, que tales blasfemias oyò dezir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alçando el lançon, sin hablalle palabra a Sancho, y sin dezirle esta boca es mia, le dio tales dos palos, que dio con el en tierra, y sino fuera porque Dorotea le dio vozes que no le diera mas, sin duda le quitara alli la vida. Pensays, le dixo, acabo de rato, villano ruyn, que ha de auer lugar siempre para ponerme la mano en la horcaxadura, y que todo ha de ser errar vos, y perdonaros yo? Pues no lo penseys vellaco descomulgado, que sin duda lo estas, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y no sabeys vos, faquin, belitre, que sino fuesse por el valor que ella infunde en mi braço, que no le tendria yo para matar vna pulga? Dezid socarron de lengua viperina, y quien pensays que ha ganado este reyno? Y cortado la cabeça a este Gigante? Y hechoos a vos Marques (que todo esto doy ya por hecho, y por cosa passada en cosa juzgada) sino es el valor de Dulcinea, tomando a mi braço por instrumento de sus hazañas, ella pelea en mi, y vẽce en mi, y yo viuo, y respiro en ella, y tengo vida, y ser. O hideputa vellaco, y como soys desagradecido, que os veys leuantado del poluo de la tierra a ser señor de titulo, y correspondeys a tan buena obra, con dezir mal de quien os la hizo. No estaua tan mal trecho Sancho, que no oyesse todo quanto su amo le dezia, y leuantandose con vn poco de presteza, se fue a poner de tras del palafren de Dorotea, y desde alli dixo a su amo: Digame señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro està que no serà el reyno

suyo,

ſuyo, y no ſiendolo, que mercedes me puede hazer? Eſto es de lo que yo me quexo, caſeſe vueſtra merced vna por vna con eſta Reyna, aora que la tenemos aqui, como llouida del cielo, y deſpues puede boluerſe cō mi ſeñora Dulcinea, q̃ Reyes deue de auer auido en el mundo, que ayan ſido amancebados. En lo de la hermoſura, no me entremeto, que en verdad ſi va à dezirla, que entrambas me parecen bien, pueſto que yo nunca he viſto â la ſeñora Dulcinea. Como que no la has viſto traydor blasfemo, dixo don Quixote, pues no acabas de traerme aora vn recado de ſu parte? Digo que no la he viſto tan deſpacio, dixo Sancho, que pueda auer notado particularmente ſu hermoſura, y ſus buenas partes punto por punto, pero aſsi à bulto me parece bien. Aora te diſculpo, dixo don Quixote, y perdoname el enojo que te he dado, que los primeros mouimientos no ſon en manos de los hombres. Ya yo lo veo, reſpondio Sancho, y aſsi en mi la gana de hablar, ſiempre es primero mouimiento, y no puedo dexar de dezir, por vna vez ſiquiera, lo q̃ me viene à la lengua. Con todo eſſo, dixo don Quixote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas vezes va el cantarillo â la fuente, y no te digo mas. Aora bien, reſpondio Sancho, Dios eſtâ en el cielo que veé las trampas, y ſerâ juez de quien haze mas mal, yo en no hablar bien, o vueſtra merced en obrallo. No aya mas, dixo Dorotea, corred Sancho, y beſad la mano a vueſtro ſeñor, y pedilde perdon, y de aqui adelante andad mas atentado en vueſtras alabāças, y vituperios, y no digays mal de aqueſa ſeñora Toboſa, aquien yo no conozco, ſino es para ſeruilla, y tened confiança en Dios, que no os ha de faltar vn eſtado donde viuays como vn Principe. Fue Sancho cabizbaxo, y pidio la mano a ſu ſeñor, y el ſe la dio, con repoſado continente, y deſpues que ſe la huuo beſado, le echò la bendicion, y dixo a Sancho que ſe adelantaſſen

taſſen

rassen vn poco, que tenia que preguntalle, y que departir con el cosas de mucha importancia. Hizolo assi Sancho, y apartaronse los dos algo adelante, y dixole don Quixote, despues que veniste no he tenido lugar, ni espacio, para pregũtarte muchas cosas de particularidad, a cerca de la embaxada que lleuaste, y de la respuesta q̃ truxiste, y aora pues la fortuna nos ha concedido tiempo, y lugar, no me niegues tu la ventura, que puedes darme, con tan buenas nueuas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondio Sancho, que a todo darê tan buena salida, como tuue la entrada. Pero suplico a vuestra merced, señor mio, que no sea de aqui adelante tan vengatiuo. Porque lo dizes Sancho, dixo don Quixote? Digolo, respondio, porque estos palos de agora, mas fueron por la pendencia que entre los dos trauò el diablo la otra noche, que por lo que dixe contra mi señora Dulcinea, a quien amo, y reuerencio como a vna reliquia, aunque en ella no lo aya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes a essas platicas Sancho, por tu vida, dixo don Quixote, que me dan pesadumbre: ya te perdonê entonces, y bien sabes tu que suele dezirse, a pecado nueuo, penitencia nueua. Mientras esto passaua vieron venir por el camino donde ellos yuan a vn hõbre cauallero sobre vn jumento, y quando llegô cerca les parecia que era Gitano: pero Sancho Pança que do quiera que via asnos se le yuan los ojos, y el alma, à penas huuo visto al hombre, quando conociò que era Gines de Passamonte, y por el hilo del Gitano sacò el ouillo de su asno, como era la verdad, pues era el ruzio sobre que Passamonte venia: el qual por no ser conocido, y por vender el asno se auia puesto en trage de Gitano, cuya lengua, y otras muchas sabia muy bien hablar, como si fueran naturales suyas. Violе Sancho, y conociole, y à penas le huuo visto, y conocido, quando a
gran-

grandes vozes le dixo: A ladron Ginesillo dexa mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, dexa mi asno, dexa mi regalo, huye puto, ausentate ladrō, y desampara lo que no es tuyo. No fueron menester tantas palabras, ni baldones, porque a la primera saltô Gines, y tomando vn trote que parecia carrera, en vn punto se ausentó, y alexò de todos. Sancho llegò a su ruzio, y abraçandole, le dixo: Como has estado bien mio, ruzio de mis ojos, compañero mio, y con esto le besaua, y acariciaua, como si fuera persona, el asno callaua, y se dexaua besar, y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegarō todos, y dieronle el parabien del hallazgo del ruzio, especialmente don Quixote, el qual le dixo, q̃ no por esso anulaua la poliça de los tres pollinos, Sancho se lo agradecio. En tanto que los dos yuan en estas platicas, dixo el Cura â Dorotea, q̃ auia andado muy discreta, assi en el cuento, como en la breuedad del, y en la similitud que tuuo con los de los libros de cauallerias: ella dixo, q̃ muchos ratos se auia entretenido en leellos, pero que no sabia ella, dōde eran las prouincias, ni puertos de mar, y que assi auia dicho atiento, que se auia desembarcado en Ossuna. Yo lo entendi assi, dixo el Cura, y por esso acudi luego a dezir, lo que dixe, con que se acomodò todo. Pero no es cosa estraña, ver con quanta facilidad cree este desuenturado hidalgo todas estas inuenciones, y mentiras, solo porque lleuan el estilo, y modo de las necedades de sus libros. Si es, dixo Cardenio, y tan rara, y nunca vista, que yo no se si queriendo inuentarla, y fabricarla mentirosamente, huuiera tan agudo ingenio, que pudiera dar en ella. Pues otra cosa ay en ello, dixo el Cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dize, tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonissimas razones, y muestra tener vn entendimiento claro, y apazible en todo.

do. De manera, que como no le toquen en ſus caualle-rias, no aurá nadie que le juzgue, ſino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos yuan en eſta cóuerſacion, proſiguio don Quixote con la ſuya, y dixo a Sancho: Echemos, Pança amigo, pelillos a la mar, en eſto de nueſtras pendencias, y dime aora, ſin tener cuenta có enojo, ni rencor alguno. Donde, como, y quando hallaſte a Dulcinea? Que hazia? Que le dixiſte? Que te reſpondio? Que roſtro hizo, quando leìa mi carta? Quien te la trasladô? Y todo aquello que vieres, que en eſte caſo es digno de ſaberſe, de preguntarſe, y ſatisfazerſe, ſin que añadas, o mientas por darme guſto: ni menos te acortes, por no quitarmele. Señor, reſpódio Sancho, ſi va à dezir la verdad, la carta no me la trasladò nadie, porque yo no lleuê carta alguna. Aſsi es como tu dizes, dixo don Quixote, porque el librillo de memoria donde yo la eſcriui, le hallê en mi poder, acabo de dos dias de tu partida, lo qual me cauſò grandiſsima pena, por no ſaber lo que auias tu de hazer, quando te vieſſes ſin carta, y creî ſiempre que te boluieras, deſde el lugar donde la echaras menos. Aſsi fuera, reſpondio Sãcho, ſino la huuiera yo tomado en la memoria, quando vueſtra merced me la leyò, de manera que ſe la dixe a vn ſacriſtan, que me la trasladô del entendimiento, tan pũto por punto, que dixo que en todos los dias de ſu vida, aũque auia leydo muchas cartas de deſcomunion, no auia viſto, ni leydo tan linda carta como aquella. Y tieneſla toda via en la memoria Sancho, dixo don Quixote? No ſeñor, reſpondio Sancho, porque deſpues que la di, como vi que no auia de ſer de mas prouecho, di en oluidalla. Y ſi algo ſe me acuerda, es aquello de ſobajada, digo del ſoberana ſeñora, y lo vltimo, vueſtro haſta la mute, el cauallero de la triſte figura. Y en medio deſtas dos coſas, le puſe mas đ trezientas almas, y vidas, y ojos mios

Cap. XXXI. De los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quixote, y Sancho Pança su escudero, con otros sucessos.

TOdo esso no me descontenta, prosigue adelante, dixo don Quixote. Llegaste, y que hazia aquella Reyna de la hermosura? a buen seguro, que la hallaste ensartando perlas, o bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautiuo cauallero. No la hallè, respondio Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en vn corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste amigo, el trigo era cādeal, o trechel? No era sino rubion, respondio Sancho. Pues yo te asseguro, dixo don Quixote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna: pero passa adelante. Quando le diste mi carta besola? Pusosela sobre la cabeça? hizo alguna ceremonia, digna de tal carta? o que hizo? Quando yo se la yua â dar, respondio Sancho, ella estaua en la fuga del meneo de vna buena parte de trigo, que tenia en la criua. Y dixome, poned amigo essa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acriuar todo lo que aqui està. Discreta señora, dixo don Quixote, esso deuio de ser por leerla de espacio, y recrearse con ella. Adelante Sancho, y en tanto que estaua en su menester, que coloquios passò contigo? Que te preguntò de mi? Y tu que le respondiste? Acaba cuentamelo todo, no se te quede en el tintero vna minima. Ella no me preguntò nada, dixo Sancho, mas yo le dixe de la manera q̃ vuestra merced por su seruicio quedaua haziendo penitencia, desnudo de la cintura arriba,

me-

metido entre estas sierras, como si fuera saluage, durmiẽdo en el suelo, sin comer pan a manteles, ni sin peynarse la barba, llorando, y maldiziendo su fortuna. En dezir que maldezia mi fortuna, dixiste mal, dixo don Quixote, porque antes la bendigo, y bendezire todos los dias de mi vida, por auerme hecho digno de merecer amar tã alta señora, como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondio Sancho, que a buena fè, que me lleua a mi mas de vn coto. Pues como Sancho, dixo don Quixote, haste medido tu con ella? Medime en esta manera, respondio Sancho, que llegando a ayudar a poner vn costal de trigo sobre vn jumento, llegamos tan juntos, que echê de ver, que me lleuaua mas de vn gran palmo. Pues es verdad, replicò don Quixote, que no acompaña essa grãdeza, y la adorna con mil millones, y gracias del alma. Pero no me negaràs Sancho vna cosa, quando llegaste junto a ella, no sentiste vn olor sabeo, vna fragrancia aromatica, y vn no se que de bueno, que yo no acierto a dalle nombre, digo vn tuhò, o tufo, como si estuuieras en la tienda de algun curioso guantero? Lo que se dezir, dixo Sancho, es que senti vn olorzillo algo hombruno, y deuia de ser, que ella con el mucho exercicio estaua sudada, y algo correosa. No seria esso, respondio don Quixote, sino que tu deuias de estar romadizado, o te deuiste de oler a ti mismo, porque yo se bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aq̃l ambar desleydo. Todo puede ser, respondio Sancho, q̃ muchas vezes sale de mi aquel olor, que entonces me parecio que salia de su merced, de la señora Dulcinea, pero no ay de que marauillarse, que vn diablo parece a otro. Y bien, prosiguio don Quixote, he aqui que acabô de limpiar su trigo, y de embiallo al molino, que hizo quando leyô la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyô, porque dixo que no sabia leer, ni escriuir,

criuir, antes la rasgò, y la hizo menudas pieças, diziẽdo que no la queria dar à leer a nadie, porque no se supiessen en el lugar sus secretos, y que bastaua lo que yo le auia dicho de palabra, a cerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria, que por su causa quedaua haziendo. Y finalmente me dixo, que dixesse a vuestra merced, que le besaua las manos, y q̃ alli quedaua con mas desseo de verle, que de escriuirle: y q̃ assi le suplicaua, y mandaua, que vista la presente, saliesse de aquellos matorrales, y se dexasse de hazer disparates, y se pusiesse luego, luego, en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediesse, porque tenia gran desseo de ver a vuestra merced. Riose mucho quã-do le dixe, como se llamaua vuestra merced el cauallero de la triste figura. Preguntele si auia ydo allâ el Vizcayno de marras, dixome que si, y que era vn hombre muy de bien. Tambien le preguntê por los galeotes, mas dixome que no auia visto hasta entonces alguno. Todo va bien hasta agora, dixo don Quixote. Pero dime, q̃ joya fue la que te dio al despedirte, por las nueuas que de mi le lleuaste? Porque es vsada, y antigua costumbre, entre los caualleros, y damas andantes, dar a los escuderos, donzellas, o enanos, que les lleuan nueuas de sus damas a ellos, a ellas de sus andantes, alguna rica joya, en albricias, en agradecimiento de su recado. Bien puede esso ser assi, y yo la tengo por buena vsança, pero esso deuia de ser en los tiempos passados, que aôra solo se deue de acostumbrar a dar vn pedaço de pan, y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea por las bardas de vn corral, quando della me despedi: y aun por mas señas, era el queso ouejuno. Es liberal en estremo, dixo don Quixote, y sino te dio joya de oro, sin duda deuio de ser, porque no la tendria alli a la mano para dartela, pero buenas son mangas despues de Pascua, yo

la

la verê, y se satisfará todo. Sabes de que estoy maravillado Sancho? De que me parece que fuyste, y veniste por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado, en yr, y venir desde aqui al Toboso, auiendo de aqui allà, mas de treynta leguas. Por lo qual me doy a entender, que aquel sabio nigromante, que tiene cuẽta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerça le ay, y le ha de auer, so pena que yo no seria buen cauallero andante. Digo que este tal te deuiô de ayudar à caminar, sin que tu lo sintiesses, que ay sabio destos que coge a vn cauallero andante durmiendo en su cama, sin saber como, ò en que manera amanece otro dia mas de mil leguas de donde anochecio. Y sino fuesse por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caualleros andantes vnos a otros, como se socorren a cada passo. Que acaece estar vno peleando en las sierras de Armenia con algun Endriago, ò con algun fiero Vestiglo, ò con otro cauallero, donde lleua lo peor de la batalla, y està ya à punto de muerte: y quando no os me cato, assoma por acullà encima de vna nube, ò sobre vn carro de fuego, otro cauallero amigo suyo, que poco antes se hallaua en Inglaterra, que le fauorece, y libra de la muerte, y à la noche se halla en su posada cenando muy a su sabor, y suele auer de la vna à la otra parte, dos, ò tres mil leguas. Y todo esto se haze por industria, y sabiduria destos sabios encantadores, que tienen cuydado destos valerosos caualleros. Assi que amigo Sancho, no se me haze dificultoso creer, que en tan breue tiempo ayas ydo, y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo te deuio de lleuar en bolandillas, sin que tu lo sintiesses, Assi seria, dixo Sancho, porque a buena fè, que andaua Rozinante, como si fuera asno de Gitano con azogue en los oydos. Y como si lleuaua azogue, dixo don Quixote, y aun vna legion de

V demo-

demonios, que es gente que camina, y haze caminar sin cansarse, todo aquello que se les antoja. Pero dexando esto a parte, que te parece a ti que deuo yo de hazer aora, cerca de lo que mi señora me manda, que la vaya â ver, que aunque yo veo que esto y obligado a cumplir su mandamiento, veome tambien impossibilitado del don que he prometido a la Princesa, que con nosotros viene, y fuerçame la ley de caualleria, â cumplir mi palabra, antes que mi gusto. Por vna parte me acossa, y fatiga el desseo de ver a mi señora, por otra me incita, y llama, la prometida fè, y la gloria q̃ he de alcançar en esta empressa. Pero lo que pienso hazer, serà caminar a priessa, y llegar presto donde està este Gigante, y en llegando le cortarè la cabeça, y pondrè a la Princesa pacificamente en su Estado, y al pũto darè la buelta, à ver a la luz que mis sentidos alumbra. A la qual darè tales disculpas, que ella venga à tener por buena mi tardança, pues verà que todo redunda en aumento de su gloria, y fama, pues quanta yo he alcançado, alcançò, y alcançarè por las armas en esta vida, toda me viene del fauor que ella me da, y de ser yo suyo. Ay, dixo Sancho, y como està vuestra merced lastimado de essos cascos. Pues digame señor, piensa vuestra merced caminar este camino en balde? Y dexar pisar, y perder vn tan rico, y tan principal casamiento como este? Donde le dan en dote vn Reyno, q̃ a buena verdad, que he oydo dezir, que tiene mas de veynte mil leguas de contorno, y que es abundantissimo de todas las cosas que son necessarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal, y que Castilla juntos. Calle por amor de Dios, y tenga verguença de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdoneme, y casesse luego en el primer lugar que aya Cura, y sino aì està nuestro Licẽciado, que lo harà de perlas. Y aduierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le

doy

doy le viene de molde, que mas vale paxaro en mano, que buytre bolando, porque quien bien tiene, y mal escoge, por bien que se enoja, no se venga. Mira Sancho, respondio don Quixote, si el consejo que me das de que me case, es porq̃ sea luego Rey, en matando al Gigante, y tenga comodo para hazerte mercedes, y darte lo prometido. Hagote saber, que sin casarme podrè cumplir tu desseo muy facilmẽte, porque yo sacarè de adahala, antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar vna parte del Reyno, para que la pueda dar à quien yo quisiere: y en dandomela, à quien quieres tu que la dè, sino a ti? Esso està claro, respondio Sancho, pero mire vuestra merced que la escoja hàzia la marina, porque sino me contentare la viuienda, pueda embarcar mis negros vassallos, y hazer dellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se cure de yr por aora à ver mi señora Dulcinea, sino vayasse a matar al Gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta, que ha de ser de mucha honra, y de mucho prouecho. Digote Sancho, dixo don Quixote, que estàs en lo cierto, y que aurè de tomar tu consejo, en quanto el yr antes con la Princesa, que a ver a Dulcinea. Y auisote que no digas nada a nadie, ni a los q̃ con nosotros vienen, de lo que aqui hemos departido, y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no serà bien que yo, ni otro por mi los descubra. Pues si esso es assi, dixo Sancho, como haze vuestra merced, que todos los que vence por su braço, se vayan a presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado. Y siendo forçoso que los que fueren, se han de yr a hincar de finojos ante su presencia, y dezir que van de parte de vuestra merced a dalle la obediencia, como se pueden encubrir los

pensamientos de entrambos? O que necio, y que simple que eres, dixo don Quixote. Tu no ves Sancho, que esso todo redunda en su mayor ensalçamiento. Porque has de saber, que en este nuestro estilo de caualleria, es gran honra tener vna dama muchos caualleros andantes que la siruan, sin que se estiendan mas sus pensamientos, que â seruilla, por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos, y buenos desseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caualleros. Con essa manera de amor, dixo Sancho, he oydo yo predicar, que se ha de amar a nuestro Señor, por si solo, sin q̃ nos mueua esperança de gloria, ó temor de pena. Aunque yo le querria amar, y seruir, por lo que pudiesse. Valate el diablo por villano, dixo don Quixote, y que de discreciones dizes a las vezes, no parece sino que has estudiado. Pues a fè mia que no se leer, respondio Sancho. En esto les dio vozes, Maesse Nicolas, que esperassen vn poco, que querian detenerse a beuer en vna fuentezilla que alli estaua. Detuose don Quixote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaua cansado de mentir tanto, y temia no le cogiesse su amo a palabras. Porque puesto que el sabia que Dulcinea era vna labradora del Toboso, no la auia visto en toda su vida. Auiase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia, quãdo la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hazian mucha ventaja à los que dexaua. Apearonse junto a la fuente, y con lo que el Cura se acomodò en la venta, satisfizieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian. Estando en esto, acertô à passar por alli vn muchacho, que yua de camino, el qual poniendose a mirar con mucha atencion a los que en la fuente estauan: de alli a poco arremetio a don Quixote, y abraçandole por las piernas, començò a llorar muy de proposito, diziendo: Ay señor mio, no me conoce vuestra merced? Pues mireme bien,

que yo soy aquel moço Andres, que quitô vuestra merced de la encina donde estaua atado. Reconociole don Quixote, y asiendole por la mano, se boluio a los que alli estauan, y dixo: Porque vean vuestras mercedes, quã de importancia es auer caualleros andantes en el mundo que desfagan los tuertos, y agrauios, que en el se hazen, por los insolentes, y malos hombres, que en el viuen, sepã vuestras mercedes, que los dias passados, passando yo por vn bosque, oí vnos gritos, y vnas vozes muy lastimosas, como de persona afligida, y menesterosa: acudi luego, lleuado de mi obligacion, hàzia la parte donde me parecio que las lamentables vozes sonauan, y hallè atado a vna encina á este muchacho que aora está delante (de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dexarà mentir en nada.) Digo que estaua atado a la enzina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estauale abriendole á açotes con las riendas de vna yegua vn villano, que despues supe que era amo suyo: y assi como yo le vi, le preguntè la causa de tan atroz vapulamiento, respondio el zafio, que le açotaua, porq̃ era su criado, y que ciertos descuydos que tenia, naciã mas de ladron, que de simple. A lo qual este niño dixo: Señor no me açota sino porque le pido mi salario. El amo replicò, no se que arengas, y disculpas, las quales aunque de mi fueron oydas, no fueron admitidas. En resoluciõ, yo le hize desatar, y tomè juramento al villano, de que le lleuaria consigo, y le pagaria vn real sobre otro, y aun sahumados. No es verdad todo esto hijo Andres? no notaste con quanto imperio se le mandè, y con quanta humildad prometio de hazer todo quanto yo le impuse, y notifique, y quise? Responde, no te turbes, ni dudes en nada, di lo que passò a estos señores, porque se vea, y cõsidere, ser del prouecho que digo, auer caualleros andãtes por los caminos. Todo lo q̃ vuestra merced ha dicho

es mucha verdad, respondio el muchacho, pero el fin del negocio sucedio muy al reues de lo que vuestra merced se imagina. Como al reues, replicó don Quixote, luego no te pagò el villano? No solo no me pagò, respondio el muchacho, pero assi como vuestra merced traspuso del bosque, y quedamos solos, me boluio à atar a la misma enzina, y me dio de nueuo tantos açotes, que quedè hecho vn San Bartolome desollado. Y a cada açote que me daua, me dezia vn donayre, y chufeta, acerca de hazer burla de vuestra merced, que a no sentir yo tanto dolor, me riyera de lo que dezia. En efeto, el me parò tal, que hasta aora he estado curandome en vn hospital, del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo qual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamauã, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se cõtẽtara cõ darme vna, ò dos dozenas de açotes, y luego me soltara, y pagara quãto me deuia. Mas como vuestra merced le deshonrò tan sin proposito, y le dixo tantas villanias, encendiosele la colera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, quando se vio solo descargò sobre mi el nublado, de modo que me parece, que no serê mas hombre en toda mi vida. El daño estuuo, dixo don Quixote, en yrme yo de alli, que no me auia de yr hasta dexarte pagado: porque bien deuia yo de saber por luengas experiencias, que no ay villano que guarde palabra que tiene, si el vee que no le està bien guardalla. Pero ya te acuerdas Andres, que yo jurè que si no te pagaua, que auia de yr a buscarle, y que le auia de hallar, aũque se escondiesse en el vientre de la Vallena. Assi es la verdad, dixo Andres, pero no aprouechò nada. Aora veràs si aprouecha dixo don Quixote, y diziendo esto, se leuantô muy apriessa, y mandó a Sancho que enfrenasse a Rozinante (que estaua paciendo en tanto que ellos comian.)

mian.) Preguntole Dorotea, que era lo que hazer queria? El le respondio, que queria yr a buscar al villano, y castigalle de tan mal termino, y hazer pagado à Andres, hasta el vltimo marauedi, a despecho, y pesar de quantos villanos huuiesse el mundo. A lo que ella respondio, que aduirtiesse, que no podia conforme al don prometido entremeterse en ninguna empresa, hasta acabar la suya, y que pues esto sabia el mejor que otro alguno, que sossegasse el pecho, hasta la buelta de su Reyno. Assi es verdad, respondio don Quixote, y es forçoso que Andres tenga paciencia hasta la buelta, como vos señora dezis, que yo le torno a jurar, y a prometer de nueuo, de no parar hasta hazerle vengado, y pagado. No me creo dessos juramentos, dixo Andres, mas quisiera tener aora con que llegar à Seuilla, que todas las venganças del mundo: deme si tiene aî algo que coma, y lleue, y quedese con Dios su merced, y todos los caualleros andantes, que tambien andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmigo. Sacô de su repuesto Sancho vn pedaço de pan, y otro de queso, y dandoselo al moço, le dixo: Toma hermano Andres, que a todos nos alcança parte de vuestra desgracia. Pues que parte os alcança à vos, preguntó Andres? Esta parte de queso, y pan que os doy, respōdio Sancho, que Dios sabe si me ha de hazer falta, ô no, porque os hago saber amigo que los escuderos de los caualleros andantes éstamos sujetos a mucha hambre, y á mala ventura, y aun a otras cosas, que se sienten mejor que se dizen. Andres asio de su pan, y queso, y viendo que nadie le daua otra cosa abaxò su cabeça, y tomò el camino en las manos, como suele dezirse. Bien es verdad, que al partirse dixo a don Quixote: Por amor de Dios señor cauallero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea q̃ me hazen pedaços no me socorra, ni ayude, sino dexeme cō

mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrà de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga, y a todos quantos caualleros andantes han nacido en el mundo. Y uase a leuantar don Quixote para castigalle, mas el se puso à correr de modo, que ninguno se atreuio a seguillo. Quedò corridisimo don Quixote del cuento de Andres, y fue menester que los demas tuuiessen mucha cuenta con no reyrse, por no acaballe de correr del todo.

Capit. XXXII. Que trata de lo que sucedio en la venta à toda la quadrilla de don Quixote.

ACabose la buena comida, ensillaron luego, y sin que les sucediesse cosa digna de contar, llegaron otro dia à la venta, espanto, y assombro de Sancho Pança: y aunque el quisiera no entrar en ella, no lo pudo huyr. La ventera, ventero, su hija, y Maritornes, que vieron venir a don Quixote, y a Sancho, les salieron a recebir con muestras de mucha alegria, y el las recibio con graue continente, y aplauso, y dixoles que le adereçassen otro mejor lecho que la vez passada: à lo qual respondio la huespeda, que como la pagasse mejor que la otra vez, que ella se la daria de Principes. Don Quixote dixo, que si haria, y assi le adereçaron vna razonable en el mismo camaranchon de marras: y el se acostò luego, porque venia muy quebrantado, y falto de juyzio. No se huuo bien encerrado, quando la huespeda arremetio al barbero, y asiendole de la barba, dixo: Para mi santiguada, q̃ no se ha aun de aprouechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de boluer mi cola, que anda lo de mi marido por essos suelos que es verguença, digo el peyne, que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aũque

que

que ella mas tiraua, hasta que el Licenciado le dixo, que se la diesse, que ya no era menester mas vsar de aquella industria, sino que se descubriesse, y mostrasse en su misma forma, y dixesse a dõ Quixote q̃ quando le despojaron los ladrones galeotes se auia venido à aquella venta huyendo, y que si preguntasse por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le auia embiado adelãte a dar auiso a los de su Reyno, como ella yua, y lleuaua consigo el libertador de todos. Con esto dio de buena gana la cola à la ventera el barbero, y assi mismo le boluieron todos los aderentes, que auia prestado para la libertad de don Quixote. Espantaronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura, que les adereçassen de comer de lo que en la venta houiesse, y el huesped con esperança de mejor paga, con diligencia les adereçò vna razonable comida, y a todo esto dormia don Quixote, y fuerõ de parecer de no despertalle. Porque mas prouecho le haria por entonces el dormir, que el comer. Tratarõ sobre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija, y Maritornes, todos los passageros, de la estraña locura de don Quixote, y del modo que le auian hallado. La huespeda les contò lo que con el, y con el harriero les auia acontecido, mirando si acaso estaua alli Sancho, como no le viesse, contò todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron. Y como el Cura dixesse, que los libros de cauallerias, que don Quixote auia leydo le auian buelto el juyzio, dixo el ventero. No se yo como puede ser esso, que en verdad que a lo que yo entiendo no ay mejor letura en el mundo, y que tengo ai dos, ô tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me hã dado la vida, no solo a mi, sino a otros muchos. Porque quando es tiempo de la siega se recogen aqui las fiestas muchos segadores, y siempre ay algunos que

saben leer, el qual coge vno destos libros en las manos, y rodeamonos del mas de treynta, y estamosle escuchando con tãto gusto que nos quita mil canas: alomenos de mi se dezir, que quando oyo dezir aquellos furibundos, y terribles golpes que los caualleros pegan, que me toma gana de hazer otro tanto, y que querria estar oyendolos noches, y dias. Y yo ni mas, ni menos, dixo la ventera, porque nunca tẽgo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estays escuchando leer, que estays tan embobado, que no os acordays de reñir por entonces. Assi es la verdad, dixo Maritornes, y a buena fê, que yo tambien gusto mucho de oyr aquellas cosas, que son muy lindas, y mas quando cuentan, que se estâ la otra señora debaxo de vnos naranjos abraçada con su cauallero, y que les está vna dueña haziendoles la guarda muerta de embidia, y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles. Y a vos que os parece señora donzella, dixo el Cura, hablando con la hija del vẽtero? No se señor, en mi anima, respondio ella, tãbien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiẽdo, que recibo gusto en oyllo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caualleros hazen, quando estan ausentes de sus señoras: que en verdad, que algunas vezes me hazen llorar de compassion que les tengo. Luego bien las remediarades vos señora dõzella, dixo Dorotea, si por vos llorarã? No se lo q̃ me hiziera, respõdio la moça, solo se q̃ ay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caualleros tigres, y leones, y otras mil inmundicias. Y Iesus, yo no se que gente es aquella tan desalmada, y tan sin conciencia, que por no mirar a vn hombre honrado, le dexan que se muera, ô que se buelua loco. Yo no se para que es tanto melindre, si lo hazen de honradas, casense con ellos, que ellos no dessean otra cosa, Calla niña, dixo la ventera, que pa-

rece-

rece q̃ sabes mucho destas cosas: y no està bien a las dõze llas saber, ni hablar tãto. Como me lo pregũta este señor, respõdio ella, no pude dexar de respõdelle. Aora bien dixo el Cura, traedme señor huesped, aquessos libros, q̃ los quiero ver. Que me plaze, respõdio el, y entrando en su aposento saco del vna maletilla vieja cerrada cõ vna cadenilla, y abriẽdola halló en ella tres libros grãdes, y vnos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro q̃ abrio, vio q̃ era don Cirongilio de Tracia: y el otro d̃ Felixmarte de Yrcania: y el otro la historia del grã Capitan Gonçalo Hernandez de Cordoua, cõ la vida de Diego Garcia de Paredes. Assi como el Cura leyò los dos titulos primeros, boluio el rostro al barbero, y dixo: Falta nos hazẽ aqui a aora el ama de mi amigo, y su sobrina. No hazẽ respondio el barbero, q̃ tambiẽ se yo lleuarlos al corral, ó a la chimenea, q̃ en verdad, q̃ ay muy buẽ fuego en ella. Luego quiere V. m. q̃mar mas libros, dixo el ventero? No mas, dixo el Cura, q̃ estos dos el de dõ Cirongilio, y el de Felixmarte. Pues por ventura, dixo el vẽtero, mis libros son hereges, ò flematicos, que los quiere quemar? Cismaticos quereys dezir amigo, dixo el barbero, q̃ no flematicos. Assi es replicò el vẽtero: mas si alguno quiere quemar sea esse del grã Capitã, y desse Diego Garcia, q̃ antes dexarè quemar vn hijo, q̃ dexar quemar ninguno dessotros. Hermano mio, dixo el Cura, estos dos libros son mẽtirosos, y estã llenos de disparates, y deuaneos. Y este del grã Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gõçalo Hernãdez de Cordoua: el qual por sus muchas, y grandes hazañas, merecio ser llamado de todo el mundo el gran Capitan, renombre famoso, y claro, y del solo merecido. Y este Diego Garcia de Paredes, fue vn principal cauallero, natural d̃ la ciudad de Truxillo, en Estremadura, valentissimo soldado, y de tantas fuerças naturales, que detenia cõ vn dedo vna rueda de

molino

molino en la mitad de su furia. Y puesto con vn montante en la entrada de vna puente detuuo a todo vn innumerable exercito, que no passasse por ella. Y hizo otras tales cosas, q̃ como si el las cuenta, y las escriue, el assi mismo con la modestia de cauallero, y de coronista propio las escriuiera otro libre, y desapassionado, pusieran en su oluido las de los Hetores, Aquiles, y Roldanes. Tomaos cõ mi padre, dixo el dicho ventero, mirad de q̃ se espãta de detener vna rueda de molino, por Dios aora: auia vr̃a merced de leer lo q̃ leî yo de Felixmarte de Yrcania, que de vn reues solo partio cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de hauas, como los fraylezicos que hazen los niños. Y otra vez arremetio con vn gradissimo, y poderosissimo exercito donde lleuò mas de vn millon, y seyscientos mil soldados, todos armados desde el pie, hasta la cabeça, y los desbaratò a todos, como si fueran manadas de ouejas. Pues que me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, q̃ fue tan valiente, y animoso, como se verà en el libro donde cuenta, que nauegando por vn rio le salio de la mitad del agua vna serpiente de fuego, y el assi como la vio se arrojò sobre ella, y se puso ahorcaxadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta, con tanta fuerça, que viendo la serpiente que la yua ahogando, no tuuo otro remedio, sino dexarse yr a lo hondo del rio, lleuandose tras si al cauallero, que nunca la quiso soltar, y quãdo llegaron allá abaxo, se hallò en vnos palacios, y en vnos jardines tan lindos, que era marauilla: y luego la sierpe se boluiò en vn viejo anciano, q̃ le dixo tantas de cosas que no ay mas que oyr. Calle señor, que si oyesse esto se bolueria loco de plazer. Dos higas para el gran Capitan, y para esse Diego Garcia, que dize. Oyendo esto Dorotea, dixo callando a Cardenio: Poco le falta à nuestro huesped para hazer la segunda parte de dõ

Quixo-

Quixote? Assi me parece a mi, respondio Cardenio, porque segun dà indicio, el tiene por cierto, que todo lo q̃ estos libros cuentan passò, ni mas menos que lo escriuen, y no le harán creer otra cosa frayles descalços. Mirad hermano, tornô a dezir el Cura, que no huuo en el mundo Felixmarte de Yrcania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caualleros semejantes, que los libros de cauallerias cuentan. Porque todo es compostura, y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos dezis de entretener el tiempo, como lo entretienen leyendolos vuestros segadores: porque realmente os juro que nunca tales caualleros fueron en el mundo, ni tales hazañas, ni disparates acontecieron en el. A otro perro con esse huesso, respondio el ventero, como si yo no supiesse quantas son cinco, y a donde me aprieta el çapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco. Bueno es, que quiera darme vuestra merced a entender, que todo aquello que estos buenos libros dizen, sea disparates, y mentiras, estando impresso cõ licencia de los señores del Cõsejo Real, como si ellos fueran gente, que auian de dexar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamentos, que quitan el juyzio. Ya os he dicho amigo, replicò el Cura, que esto se haze para entretener nuestros ociosos pensamientos: y assi como se consiente en las Republicas bien concertadas, que aya juegos de Axedrez, de pelota, y de trucos, para entretener à algunos, que ni tienen, ni deuen, ni pueden trabajar: assi se consiẽte imprimir, y que aya tales libros: creyendo, como es verdad, que no ha de auer alguno tàn ignorante, que tẽga por historia verdadera ninguna destos libros. Y si me fuera licito aora, y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas acerca de lo que han de tener los libros de cauallerias para ser buenos, que quiça fueran de prouecho, y

aun

aun de gusto para algunos: pero yo espero, que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto, creed señor vētero lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allà os auenid con sus verdades, ó mentiras, y buen prouecho os hagan, y quiera Dios, que no coxeeys del pie que coxea vuestro huesped don Quixote. Esso no, respondio el vētero, que no serè yo tan loco, que me haga cauallero andante; que bien veo, que aora no se vsa lo que se vsaua en aquel tiempo, quando se dize que andauan por el mūdo estos famosos caualleros. A la mitad desta platica se hallô Sancho presente, y quedó muy confuso, y pensatiuo de lo que auia oydo dezir, que aora no se vsauan caualleros andantes, y que todos los libros de caualleria eran necedades, y mentiras: y propuso en su coraçon de esperar en lo que paraua aquel viage de su amo, y que sino salia con la felicidad que el pensaua, determinaua de dexalle, y boluerse con su muger, y sus hijos a su acostumbrado trabajo. Lleuauase la maleta, y los libros el ventero, mas el Cura le dixo: Esperad que quiero ver q̃ papeles son essos, que de tan buena letra estan escritos: sacolos el huesped, y dandoselos a leer, vio hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian vn titulo grande que dezia: Nouela del curioso impertinēte: leyó el Cura para si tres, ó quatro renglones, y dixo: Cierto que no me parece mal el titulo desta nouela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondio el ventero: Pues bien puede leella su reuerēcia, porque le hago saber, que à algunos huespedes que aqui la han leydo les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras, mas yo no se la he querido dar, pensando boluersela a quien aqui dexó esta maleta oluidada con estos libros, y essos papeles, que bien puede ser que buelua su dueño por aqui algun tiempo: y aunque se

que

que me han de hazer falta los libros, a fè que se los he de boluer, que aunque ventero toda via soy Christiano. Vos teneys mucha razon amigo, dixo el Cura, mas con todo esso si la nouela me contenta, me la aueys de dexar trasladar: De muy buena gana, respondio el ventero. Mientras los dos esto dezian, auia tomado Cardenio la nouela, y començado a leer en ella: y pareciendole lo mismo que al Cura, le rogò que la leyesse de modo que todos la oyessen. Si leyera dixo el Cura, sino fuera mejor gastar este tiempo en dormir, que en leer. Harto reposo serà para mi, dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espiritu tan sossegado, q̃ me conceda dormir, quando fuera razon. Pues dessa manera, dixo el Cura, quiero leerla por curiosidad, siquiera quiçà tendrà alguna de gusto. Acudio Maesse Nicolas a rogarle lo mismo, y Sancho tambien: lo qual visto del Cura, y entendiendo que a todos daria gusto, y el le recebiria, dixo: Pues assi es, estenme todos atentos, que la nouela comiença desta manera.

Capitul. XXXIII. Donde se cuenta la nouela del curioso impertinente.

EN Florencia, ciudad rica, y famosa de Italia, en la Prouincia que llaman Toscana, viuian Anselmo, y Lotario, dos caualleros ricos, y principales, y tan amigos, que por excelencia, y antonomasia de todos los que los conocian, los dos amigos, eran llamados: eran solteros, moços de vna misma edad, y de vnas mismas costumbres: todo lo qual era bastante causa à que los dos con reciproca amistad se correspondiessen. Bien es verdad, que el Anselmo era algo mas inclinado a los passatiempos amorosos que el Lotario, al qual lleuauã tras si los de la caça. Pero quãdo se ofre-

se ofrecia dexaua Anselmo de acudir a sus gustos, por seguir los de Lotario: y Lotario dexaua los suyos por acudir a los de Anselmo: y desta manera andauan tan a vna sus voluntades, q̃ no auia cõcertado relox q̃ assi lo anduuiesse. Andaua Anselmo perdido de amores de vna dõzella principal, y hermosa, de la misma ciudad, hija de tã buenos padres, y tan buena ella por si, que se determinò (con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hazia) de pedilla por espósa à sus padres, y assi lo puso en execucion, y el que lleuò la embaxada, fue Lotario, y el que concluyó el negocio tan a gusto de su amigo, que en breue tiempo se vio puesto en la possession que desseaua, y Camila tan contenta de auer alcançado à Anselmo por esposo, que no cessauan de dar gracias al cielo, y a Lotario, por cuyo medio tanto bien le auia venido, Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuò Lotario, como solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando hõralle, festejalle, y regozijalle con todo aquello que a el le fue possible. Pero acabadas las bodas, y sossegada ya la frequencia de las visitas, y para bienes, començò Lotario a descuydarse con cuydado de las ydas en casa de Anselmo, por parecerle a el (como es razon que parezca à todos los que fueren discretos) que no se han de visitar, ni continuar las casas de los amigos casados, de la misma manera que quando eran solteros. Porque aunque la buena, y verdadera amistad no puede, ni deue de ser sospechosa en nada, con todo esto es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender, aun de los mismos hermanos, quanto mas de los amigos. Notò Anselmo la remission de Lotario, y formò del quexas grandes, diziendole, que si el supiera, que el casarse auia de ser parte para no comunicalle, como solia, que jamas lo huuiera hecho: y que si por la buena correspondencia que los

dos tenian mientras el fue soltero auian alcançado tan dulce nombre como el ser llamados los dos amigos, que no permitiesse, por querer hazer del circunspecto, sin otra ocasion alguna, que tan famoso, y tan agradable nõbre se perdiesse: y que assi le suplicaua, si era licito, que tal termino de hablar se vsasse entre ellos, que boluiesse a ser señor de su casa, y a entrar, y salir en ella, como de antes, assegurandole que su esposa Camila no tenia otro gusto, ni otra voluntad que la que el queria que tuuiesse: y que por auer sabido ella con quantas veras los dos se amauan, estaua confusa de ver en el tanta esquiueza. A todas estas, y otras muchas razones, que Anselmo dixo a Lotario, para persuadille, boluiesse como solia â su casa, respondio Lotario con tanta prudencia, discreciõ, y auiso, que Anselmo quedô satisfecho de la buena intencion de su amigo: y quedaron de concierto, que dos dias en la semana, y las fiestas fuesse Lotario a comer cõ el: y aunque esto quedô assi concertado entre los dos, propuso Lotario de no hazer mas de aquello que viesse que mas conuenia à la honra de su amigo, cuyo credito estaua en mas que el suyo propio. Dezia el, y dezia bien, que el casado a quien el cielo auia concedido muger hermosa tanto cuydado auia de tener, que amigos lleuaua â su casa, como en mirar con que amigas su muger conuersaua, porque lo que no se haze, ni concierta en las plaças, ni en los templos, ni en las fiestas publicas, ni estaciones, (cosas que no todas vezes las han de negar los maridos a sus mugeres) se concierta, y facilita en casa de la amiga, ò la parienta de quien mas satisfacion se tiene. Tambien dezia Lotario, que tenian necessidad los casados de tener cada vno algun amigo que le aduirtiesse de los descuydos, que en su proceder hiziessen, porq̃ suele acontecer, que con el mucho amor que el marido a la muger tiene, ò no le aduierte, ò no le dize por no

enojalla, que haga, ô dexe de hazer algunas cosas, que el hazellas, ô no, le seria de honra, ò de vituperio: de lo qual siendo del amigo aduertido facilmente pondria remedio en todo: pero donde se hallarâ amigo tan discreto, y tan leal, y verdadero, como aqui Lotario le pide: no lo se yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda solicitud, y aduertimiento miraua por la honra de su amigo, y procuraua dezmar, frisar, y acortar los dias del concierto del yr a su casa, porque no pareciesse mal al vulgo ocioso, y a los ojos vagabundos, y maliciosos la entrada de vn moço rico, gentilhombre, y bien nacido, y de las buenas partes, que el pensaua que tenia, en la casa de vna muger tan hermosa como Camila: que puesto que su bōdad, y valor podia poner freno a toda maldiciente lengua, toda via no queria poner en duda su credito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaua, y entretenia en otras cosas, que el daua â entender ser inescusables. Assi que en quexas del vno, y disculpas del otro, se passauan muchos ratos, y partes del dia, Sucedio pues, que vno, que los dos se andauan passeando por vn prado fuera de la ciudad. Anselmo dixo a Lotario las semejantes razones.

Pensauas amigo Lotario, que a las mercedes que Dios me ha hecho en hazerme hijo de tales padres, como fueron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, assi los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo correponder con agradecimiento, q̄ llegue al bien recebido, y sobre al q̄ me hizo en darme a ti por amigo, y a Camila por muger propia; dos prendas q̄ las estimo, sino en el grado q̄ deuo, y en el que puedo, pues con todas estas partes, q̄ suelen ser el todo con q̄ los hombres suelen, y pueden viuir contētos, viuo yo el mas despechado, y el mas desabrido hombre de todo el vniuerso mundo? Porque no se que dias a esta parte me fatiga, y

aprieta

aprieta vn desseo tan estraño, y tan fuera del vso comun de otros, q̃ yo me marauillo de mi mismo, y me culpo, y me riño a solas, y procuro callarlo, y encubrillo de mis propios pensamientos: y assi me ha sido possible salir cõ este secreto, como si dẽ industria procurara dezillo a todo mundo: y pues q̃ en efeto el ha de salir a plaça quiero q̃ sea en la del archiuo de tu secreto: confiado q̃ con el, y con la diligencia q̃ pondrás, como mi amigo verdadero en remediarme, yo me verê presto libre de la angustia q̃ me causa, y llegara mi alegria por tu solicitud al grado q̃ ha llegado mi descontẽto por mi locura. Suspenso teniã a Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en que auia de parar tan larga preuencion, ò preambulo: y aunque yua reboluiendo en su imaginacion q̃ desseo podria ser aquel q̃ a su amigo tanto fatigaua, dio siempre muy lexos del blanco de la verdad: y por salir presto de la agonia q̃ le causaua aquella suspension le dixo, que hazia notorio agrauio a su mucha amistad, en andar buscando rodeos, para dezirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podia prometer del, ò ya consejos para entretenellos, ò ya remedio para cumplillos. Assi es la verdad, respondio Anselmo, y con essa confiança te hago saber amigo Lotario, que el desseo que me fatiga, es pẽsar si Camila mi esposa està tan buena, y tan perfeta como yo piẽsò: y no puedo enterarme en esta verdad, sino es prouandola, de manera que la prueua manifieste los quilates de su bõdad, como el fuego muestra los del oro. Porque yo tẽgo para mi (ô amigo) que no es vna muger mas buena de quanto es, ò no es solicitada: y que aquella sola es fuerte, que no se dobla á las promessas, à las dadiuas, a las lagrimas, y a las continuas importunidades de los solicitos amantes. Porque que ay que agradecer, dezia el, que vna muger sea buena, si nadie le dize que sea mala? Que mucho que estê recogida, y temerosa la

que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido, que encogiendola en la primera desemboltura, la ha de quitar la vida? Ansi que la que es buena por temor, ò por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendrè a la solicitada, y perseguida, que salio con la corona del vencimiento. De modo que por estas razones, y por otras muchas que te pudiera dezir, para acreditar. y fortalecer la opinion que tengo, desseo que Camila mi esposa passe por estas dificultades, y se acrisole, y quilate en el fuego de verse requerida, y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus desseos: y si ella sale, como creo que saldrâ, con la palma desta batalla, tendrê yo por sin ygual mi ventura. Podrè yo dezir, que està colmo el vazio de mis desseos: Dirê que me cupo en suerte, a muger fuerte, de quien el Sabio dize, que quien la hallarà? Y quando esto suceda al reues de lo que pienso, con el gusto de ver que acertê en mi opinion, lleuarè sin pena, la que de razon podrâ causarme mi tan costosa experiencia. Y prosupuesto que ninguna cosa de quantas me dixeres en contra de mi desseo, ha de ser de algun prouecho, para dexar de ponerle por la obra, quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas a ser el instrumento que labre aquessa obra de mi gusto, que yo te darè lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necessario para solicitar a vna muger honesta, honrada, recogida, y desinteressada. Y mueueme, entre otras cosas, a fiar de ti esta tan ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento a todo trance, y rigor, sino a solo a tener por hecho lo que se ha de hazer por buen respeto, y assi no quedarê yo ofendido mas de con el desseo, y mi injuria quedarà escondida en la virtud de tu silencio, que bien se, que en lo que me tocare ha de ser eterno como el de la muerte. Assi q̃ si quieres

que yo tenga vida, que pueda dezir, que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia, ni perezosamente, sino con el ahinco, y diligencia que mi desseo pide, y con la confiança que nuestra amistad me assegura. Estas fueron las razones que Anselmo dixo a Lotario, a todas las quales estuuo tan atento, que sino fueron las que quedan escritas que le dixo, no desplegô sus labios hasta que huuo acabado: y viendo que no dezia mas, despues que le estuuo mirando vn buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas huuiera visto, que le causara admiracion, y espanto, le dixo: No me puedo persuadir, ô amigo Anselmo, a que no sean burlas las cosas que me has dicho, que a pensar que de veras las dezias, no consintiera, que tan adelante passaras, porque con no escucharte preuiniera tu larga arenga: sin duda imagino, ô que no me conoces, ô que yo no te conozco. Pero no, que bien se que eres Anselmo, y tu sabes que yo soy Lotario: el daño estâ, en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tu deues de auer pensado, que tampoco yo soy el Lotario que deuia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir â aquel Lotario q̃ tu conoces. Porque los buenos amigos han de prouar a sus amigos, y valerse dellos, como dixo vn Poeta, *vsque ad aras*, que quiso dezir, que no se auian de valer de su amistad en cosas que fuessen contra Dios. Pues si esto sintio vn Gentil de la amistad, quanto mejor es que lo sienta el Christiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad diuina? Y quando el amigo tirasse tanto la barra, que pusiesse a parte los respetos del cielo, por acudir a los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras, y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra, y la vida de su amigo. Pues dime tu aora, Anselmo, qual destas dos

cosas tienes en peligro, para que yo me auenture a complacerte, y à hazer vna cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides, segun yo entiendo, que procure, y solicite quitarte la honra, y la vida, y quitarmela à mi juntamente. Porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro està, que te quito la vida, pues el hombre sin honra, peor es que vn muerto: y siendo yo el instrumento, como tu quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, yo vengo a quedar deshonrado, y por el mismo consiguiente sin vida? Escucha amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme, hasta que acabe de dezirte lo que se me ofreciere, a cerca de lo que te ha pedido tu desseo, que tiempo quedarà para que tu me repliques, y yo te escuche. Que me plaze, dixo Anselmo, di lo que quisieres. Y Lotario prosiguio, diziendo: Pareceme, ò Anselmo, que tienes tu aora el ingenio como el que siempre tienen los Moros, a los quales no se les puede dar a entender el error de su secta, con las acotaciones de la santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en articulos de fè, sino que les han de traer exemplos palpables, faciles, intelegibles, demonstratiuos, indubitables, con demonstraciones Matematicas, que no se pueden negar, como quando dizen: Si de dos partes yguales quitamos partes yguales, las que quedan tambien son yguales. Y quando esto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, haseles de mostrar con las manos, y ponerselo delante de los ojos, y aun con todo esto, no basta nadie con ellos a persuadirles las verdades de nuestra sacra Religion. Y este mismo termino, y modo me conuendrà vsar contigo, porque el desseo que en ti ha nacido, va tan descaminado, y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que

ha de

ha de ser tiempo mal gastado, el que ocupare en darte a entender tu simplicidad, que por aora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dexarte en tu desatino, en pena de tu mal desseo: mas no me dexa vsar deste rigor la amistad que te tengo, la qual no consiente que te dexe puesto en tan manifiesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime Anselmo, tu no me has dicho que tengo de solicitar a vna retirada? persuadir a vna honesta? ofrecer a vna desinteressada? seruir a vna prudente? Si que me lo has dicho. Pues si tu sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteressada, y prudẽte, que buscas? Y si piensas que de todos mis assaltos ha de salir vencedora, como saldrâ sin duda, que mejores titulos piensas darle despues, que los que aora tiene? ò que será mas despues de lo que es aora? O es que tu no la tienes por la que dizes, ò tu no sabes lo que pides. Sino la tienes por lo que dizes, para que quieres prouarla, sino como a mala, hazer della lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hazer experiencia de la misma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Assi que es razon concluyente, que el intentar las cosas, de las quales antes nos puede suceder daño que prouecho, es de juyzios sin discurso, y temerarios: y mas quando quieren intentar aquellas a que no son forçados, ni compelidos, y que de muy lexos traen descubierto, que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ò por el mũdo, ò por entrambos a dos: las que se acometen por Dios, son las que acometieron los santos, acometiendo a viuir vida de Angeles, en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mũdo son las de aquellos que passan tanta infinidad de agua, tanta diuersidad de climas, tãta estrañeza de gẽtes, por adquirir

estos

estos que llaman, bienes de fortuna. Y las que se intentan por Dios, y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que a penas veen en el contrario muro abierto tanto espacio, quãto es el que pudo hazer vna redonda bala de artilleria, quando puesto a parte todo temor, sin hazer discurso, ni aduertir al manifiesto peligro que les amenaza, lleuados en buelo de las alas del desseo de boluer por su fê, por su nacion, y por su Rey, se arrojan intrepidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria, y prouecho intentarlas, aunque tan llenas de inconuenientes, y peligros. Pero la que tu dizes, que quieres intentar, y poner por obra, ni te ha de alcançar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres: porque puesto que salgas con ella como desseas, no has de quedar, ni mas vfano, ni mas rico, ni mas honrado que estás aora: y sino sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda: porque no te ha de aprouechar pensar entonces, qne no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte, y deshazerte, que la sepas tu mismo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero dezir vna estancia, que hizo el famoso Poeta Luys Tansilo, en el fin de su primera parte de las lagrimas de san Pedro, que dize assi.

Crece el dolor, y crece la verguença
En Pedro quando el dia se ha mostrado,
Y aunque alli no vee à nadie, se auerguença
de si mismo, por ver que auia pecado:
Que a vn magnanimo pecho auer verguença,
No solo ha de mouerle el ser mirado

Que

Que de si se auerguença quando yerra,
Si bien otro no vee que cielo y tierra.

Assi, que no escusarás con el secreto tu dolor, antes tendràs que llorar contino, sino lagrimas de los ojos, lagrimas de sangre del coraçõ, como las lloraua aquel simple Doctor q̃ nuestro Poeta nos cuenta, q̃ hizo la prueua del vaso, que con mejor discurso se escusô de hazerla el prudente Reynaldos: que puesto que aquello sea ficcion Poetica, tiene en si encerrados secretos morales, dignos de ser aduertidos, y entendidos, ê imitados. Quãto mas, que con lo que aora pienso dezirte, acabaràs de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime Anselmo, si el cielo, ô la suerte buena, te huuiera hecho señor, y legitimo possessor de vn finissimo diamante, de cuya bondad, y quilates estuuiessen satisfechos quantos lapidarios le viessen, que todos a vna voz, y de comun parecer dixessen, que llegaua en quilates, bondad, y fineza, á quanto sé podia estender la naturaleza de tal piedra, y tu mismo lo creyesses assi, sin saber otra cosa en contrario, seria justo que te viniesse en desseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre vn ayunque, y vn martillo, y alli a pura fuerça de golpes, y braços, prouar si es tan duro, y tan fino como dizen? y mas si lo pusiesses por obra: que puesto caso que la piedra hiziesse resistencia â tan necia prueua, no por esso se le añadiria mas valor, ni mas fama: y si se rompiesse, cosa que podria ser, no se perderia todo? Sì por cierto, dexando a su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finissimo diamante, assi en tu estimacion, como en la agena, y que no es razon ponerla en contin-

gencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir a mas valor del que aora tiene: y si faltasse, y no resistiesse, considera desde aora, qual quedaria sin ella, y con quanta razon te podrias quexar de ti mismo, por auer sido causa de su perdicion, y la tuya? Mira que no ay joya en el mundo que tanto valga, como la muger casta, y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal, que llega al estremo de bondad que sabes, para que quieres poner esta verdad en duda? Mira amigo, que la muger es animal imperfeto, y que no se le han de poner embaraços donde tropiece, y cayga, sino quitarselos, y despejalle el camino de qualquier inconueniente, para que sin pesadumbre corra ligera à alcançar la perfecion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales, que el Arminio es vn animalejo que tiene vna piel blanquissima, y que quando quieren caçarle los caçadores, vsan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele passar, y acudir, las atajan con lodo, y despues ojeandole, le encaminan hàzia aquel lugar, y assi como el Arminio llega al lodo, se està quedo, y se dexa prēder, y cautiuar, a trueco de no passar por el cieno, y perder, y ensuziar su blancura, que la estima en mas que la libertad, y la vida. La honesta, y casta muger, es Arminio, y es mas que nieue blanca, y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere, que no la pierda, antes la guarde, y conserue, ha de vsar de otro estilo diferente que con el Arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos, y seruicios de los importunos amantes, porque quiçà, y aun sin quiça, no tiene tanta virtud, y fuerça natural, que pueda por si misma atropellar, y passar por aquellos embaraços: y es necessario quitarselos, y poner-

ponerſé delante la limpieça de la virtud, y la belleza que encierra en ſi la buena fama. Es aſsi miſmo la buena muger,como eſpejo de criſtal luziente,y claro, pero eſta ſugeto a empañarſe, y eſcurecerſe con qualquiera aliento que le toque. Haſe de vſar con la honeſta muger el eſtilo que con las reliquias,adorarlas, y no tocarlas. Haſe de guardar,y eſtimar la muger buena, como ſe guarda, y eſtima vn hermoſo jardin que eſtâ lleno de flores,y roſas,cuyo dueño no conſiente, que nadie le paſſee,ni manoſee, baſta que deſde lexos, y por entre las verjas de hierro gozen de ſu fragrancia, y hermoſura. Finalmente,quiero dezirte vnos verſos q̃ ſe me han venido a la memoria,que los oî en vna comedia moderna, que me parece que hazen al propoſito de lo que vamos tratando. Aconſejaua vn prudente viejo a otro padre de vna donzella,que la recogieſſe,guardaſſe,y encerraſſe,y entre otras razones le dixo eſtas.

Es de vidro la muger,
Pero no ſe ha de prouar,
Si ſe puede,ò no quebrar,
Porque todo podria ſer.
Y es mas facil el quebrarſe,
Y no es cordura ponerſe
A peligro de romperſe
Lo que no puede ſoldarſe.
Y en eſta opinion eſten
Todos,y en razon la fundo,
Que ſi ay Danaes en el mundo,
Ay pluuias de oro tambien.

Quanto

Quanto hasta aqui te he dicho, ò Anselmo, ha sido por lo que a ti te toca, y aora es bien que se oyga algo de lo q̃ a mi me conuiene: y si fuere largo, perdoname, q̃ todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tu me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretẽdes esto, sino q̃ procuras, que yo te la quite a ti. Que me la quieres quitar a mi, està claro, pues quando Camila vea q̃ yo la solicito, como me pides, cierto està, que me ha de tener por hombre sin honra, y mal mirado, pues intento, y hago vna cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy, y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite a ti, no ay duda, porq̃ viendo Camila q̃ yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liuiandad, que me dio atreuimiento a descubrirle mi mal desseo, y teniendose por deshonrada te toca à ti, como a cosa suya, su misma deshonra. Y de aqui nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adultera, puesto que el no lo sepa, ni aya dado ocasion, para que su muger no sea la que deue, ni aya sido en su mano, ni en su descuydo, y poco recato, estornar su desgracia, con todo le llaman, y le nombran con nombre de vituperio, y baxo: y en cierta manera le miran, los que la maldad de su muger saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle cõ los ojos de lastima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera està en aquella desuentura. Pero quierote dezir la causa, porque con justa razon es deshonrado el marido de la muger mala, aunque el no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni aya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canses de oyrme, que todo ha de redundar en tu prouecho. Quando Dios criô a nuestro primero Padre en el Parayso terrenal, dize la diuina Escritura, que infundio Dios sueño en Adan, y que estãdo

durmiendo le sacô vna costilla del lado siniestro, de la qual formò a nuestra madre Eua: y assi como Andan despertò, y la mirò, dixo: Esta es carne de mi carne, y huesso de mis huessos. Y Dios dixo: Por esta dexara el hombre a su padre, y madre, y seràn dos en vna carne misma. Y entonces fue instituydo el diuino Sacramento del Matrimonio con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerça, y virtud este milagroso Sacramento, que haze que dos diferentes personas, sean vna misma carne: y aun haze mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de vna voluntad. Y de aqui viene, que como la carne de la esposa sea vna misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ô los defetos que se procurã, redundan en la carne del marido; aunque el no aya dado; como queda dicho, ocasion parã aquel daño. Porque assi como el dolor del pie, ò de qualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo; por ser todo de vna carne misma: y la cabeça siente el daño del touillo, sin que ella se le aya causado. Assi el marido es participante de la deshonra de la muger, por ser vna misma cosa con ella. Y como las honras, y deshonras del mundo, sean todas, y nazcan de carne, y sangre, y las de la muger mala sean deste genero, es forçoso, que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonrado, sin que el lo sepa. Mira pues, ò Anselmo, al peligro que te pones, en querer turbar el sossiego en que tu buena esposa viue. Mira por quan vana, ê impertinẽte curiosidad, quieres reboluer los humores que aora estan sossegados en el pecho de tu casta esposa. Aduierte, que lo que auenturas a ganar, es poco; y que lo que perderâs serâ tanto, que lo dexarè en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho no basta à mouerte de tu mal proposito, bien puedos buscar otro instru-

instrumento de tu deshonra, y desuentura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad; que es la mayor perdida que imaginar puedo. Callò en diziendo esto, el virtuoso, y prudente Lotario, y Anselmo quedò tan confuso, y pensatiuo, que por vn buen espacio no le pudo responder palabra, pero en fin le dixo: Con la atẽcion qne has visto he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido dezirme, y en tus razones, exemplos, y comparaciones, he visto la mucha discrecion que tienes, y el estremo de la verdadera amistad que alcanças: y ansi mismo veo, y confiesso, que sino sigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyendo del bien, y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has de considerar, que yo padezco aora la enfermedad q̃ suelen tener algunas mugeres, q̃ se les antoja comer tierra, yesso, carbon, y otras cosas peores, y aun asquerosas para mirarse, quanto mas para comerse assi que es menester vsar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hazer cõ facilidad, solo con que comiences, aunque tibia, y fingidamente, a solicitar a Camila, la qual no ha de ser tan tierna, que a los primeros encuentros dè con su honestidad por tierra, y con solo este principio quedarè contento, y tu auràs cũplido con lo que deues a nuestra amistad, no solamente dandome la vida, sino persuadiendome de no verme sin honra. Y estàs obligado à hazer esto, por vna razon sola, y es, que estando yo, como estoy determinado, de poner en platica esta prueua, no has tu de consentir que yo dè cuenta de mi desatino a otra persona, cõ que pondria en auentura el honor que tu procuras que no pierda y quãdo el tuyo no estè en el punto que deue en la intencion de Camila, en tanto que la solicitares, importa poco, ò nada, pues con breuedad, viendo ella la entereza que esperamos, le podràs dezir la pura verdad de nuestro artificio, con que boluerà tu credito al ser primero. Y pues

tan poco auenturas, y tanto contento me puedes dar auenturandote, no lo dexes de hazer, aunque mas incõuenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho con solo que comiences darê por concluyda la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo que mas exemplos traerle, ni que mas razones mostrarle para que no las siguiesse: y viendo q̃ le amenazauá que daria à otro cuenta de su mal desseo, por euitar mayor mal, determinô de contentarle, y hazer lo q̃ le pedia con proposito, ê intenciõ de guiar aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila quedasse Anselmo satisfecho, y assi le respondio, que no comunicasse su pensamiento con otro alguno, q̃ el tomaua à su cargo aquella empresa, la qual comêçaria quãdo a el le diesse mas gusto. Abraçole Anselmo, tierna, y amorosamente, y agradeciole su ofrecimiento, como si alguna grande merced le houiera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos, q̃ desde otro dia siguiente se començasse la obra, que el le daria lugar, y tiempo como a sus solas pudiesse hablar a Camila, y assi mismo le daria dineros, y joyas q̃ darla, y que ofrecerla. Aconsejole, q̃ le diesse musicas, que escriuiesse versos en su alabança, y que quando el no quisiesse tomar trabajo de hazerlos, el mismo los haria. A todo se ofrecio Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensaua: y con este acuerdo se boluieron a casa de Anselmo, donde hallaron a Camila cõ ansia, y cuydado, esperando a su esposo, porque aquel dia tardaua en venir mas de lo acostumbrado. Fuesse Lotario a su casa, y Anselmo quedô en la suya, tan cõtento, como Lotario fue pensatiuo, no sabiendo, que traça dar para salir bien de aquel impertinente negocio. Pero aquella noche pensô el modo que tendria para engañar á Anselmo, sin ofender a Camila: y otro dia vino a comer con su amigo, y fue biẽ recebido de Camila,

la qual

la qual le recebia, y regalaua con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, leuantaron los manteles, y Anselmo dixo a Lotario, que se quedasse alli con Camila, en tanto que el yua à vn negocio forçoso, que dentro de hora y media bolueria. Rogole Cámila que no se fuesse, y Lotario se ofrecio à hazerle compañia, mas nada aprouechô cõ Anselmo, antes importunô a Lotario, que se quedasse, y le aguardasse, porque tenia que tratar cõ el vna cosa de mucha importancia. Dixo tambien a Camila, que no dexasse solo a Lotario, en tãto que el boluiesse. En efeto el supo tãbien fingir la necessidad, ò necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuesse Anselmo, y quedaron solos a la mesa Camila, y Lotario, porq̃ la demas gente de casa, toda se auia ydo a comer. Viose Lotario puesto en la estacada que su amigo desseaua: y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura à vn esquadron de caualleros armados: mirad si era razon que le temiera Lotario? Pero lo que hizo, fue poner el codo sobre el braço de la silla, y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdon a Camila del mal comedimiento, dixo que queria reposar vn poco en tanto que Anselmo boluia. Camila le respondio, que mejor reposaria en el estrado, q̃ en la silla, y assi le rogô se entrasse a dormir en el. No quiso Lotario, y alli se quedô dormido, hasta que boluio Anselmo: el qual como hallô a Camila en su aposento, y a Lotario durmiendo, creyô que como se auia tardado tanto, ya aurian tenido los dos lugar para hablar, y aun para dormir, y no vio la hora en que Lotario despertasse, para boluerse con el fuera, y preguntarle de su ventura. Todo le sucedio como el quiso. Lotario despertô, y luego salieron los dos de casa, y assi le preguntô lo que desseaua: y le respondio Lotario, que no le auia parecido ser bien que la

primera vez se descubriesse del todo, y assi no auia hecho otra cosa, que alabar a Camila de hermosa, diziendole, que en toda la Ciudad no se trataua de otra cosa, q̃ de su hermosura, y discrecion, y que este le auia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiendola à que otra vez le escuchasse con gusto: vsando en esto del artificio que el demonio vsa quando quiere engañar â alguno que esta puesto en atalaya de mirar por si, que se transforma en Angel de luz, siendolo el de tinieblas, y poniendole delante aparencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencion, si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contẽtô mucho à Anselmo, y dixo, que cada dia daria el mismo lugar, aunque no saliesse de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiesse venir en conocimiento de su artificio. Sucedio pues, que se passaron muchos dias que sin dezir Lotario palabra a Camila, respondia â Anselmo, que la hablaua, y jamas podia sacar della vna pequeña muestra de venir en ninguna cosa q̃ mala fuesse, ni aun dar vna señal de sombra de esperãça: antes dezia que le amenazaua, que si de aquel mal pensamiento no se quitaua, que lo auia de dezir â su esposo. Bien estâ, dixo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila à las palabras, es menester ver, como resiste à las obras, yo os darê mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcays, y aun se los deys: y otros tantos para que compreys joyas con que ceuarla; que las mugeres suelẽ ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas q̃ sean, á esto de traerse bien, y andar galanas: y si ella resiste a esta tentacion, yo quedarê satisfecho, y no os darê mas pesadumbre. Lotario respondio, que ya que auia començado, que el lleuaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibio los quatro mil escudos, y con ellos quatro

mil confusiones, porque no sabia que dezirse para mentir de nueuo, pero en efeto determinô de dezirle, q̃ Camila estaua tan entera à las dadiuas, y promessas, como â las palabras, y que no auia para que cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaua en balde. Pero la suerte q̃ las cosas guiaua de otra manera, ordenò, que auiendo dexado Anselmo solos, à Lotario, y â Camila, como otras vezes solia, el se encerrò en vn aposento, y por los agujeros de la cerradura estuuo mirando, y escuchando lo que los dos tratauan, y vio que en mas de media hora Lotario no hablô palabra à Camila, ni se la hablâra, si alli estuuiera vn siglo. Y cayô en la cuenta, de que quanto su amigo le auia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficion, y mentira. Y para ver si esto era ansi, salio del aposento, y llamando a Lotario a parte, le preguntô, que nueuas auia, y de que temple estaua Camila? Lotario le respondio, que no pensaua mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan aspera, y dessabridamente, que no tendria animo para boluer à dezirle cosa alguna. Hâ, dixo Anselmo, Lotario, Lotario, y quan mal correspondes à lo que me deues, y à lo mucho que de ti confio. Aora te he estado mirando, por el lugar que concede la entrada desta llaue, y he visto que no has dicho palabra a Camila. Por donde me doy a entender, que aun las primeras le tienes por dezir: y si esto es assi, como sin duda lo es, para que me engañas? O porque quieres quitarme con tu industria, los medios que yo podria hallar para conseguir mi desseo? No dixo mas Anselmo, pero bastò lo que auia dicho, para dexar corrido, y confuso a Lotario. El qual casi como tomando por punto de honra, el auer sido hallado en mentira, jurô a Anselmo, que desde aquel momento, tomaua tan a su cargo el contentalle, y no mentille, qual lo veria, si con curiosidad lo espiaua: quanto mas, que no seria menester vsar de ningu-

na diligencia, porque la que el pensaua poner en satisfazelle, le quitaria de toda sospecha, Creyole Anselmo, y para dalle comodidad mas segura, y menos sobresaltada, determinò de hazer ausencia de su casa, por ocho dias, yendose à la de vn amigo suyo, que estaua en vna aldea, no lexos de la Ciudad. Con el qual amigo cõcertô, que le embiasse a llamar con muchas veras, para tener ocasion cõ Camila, de su partida. Desdichado, y mal aduertido de ti Anselmo, que es lo que hazes? que es lo que traças? que es lo que ordenas? Mira, que hazes contra ti mismo, traçando tu deshonra, y ordenando tu perdiciõ. Buena es tu esposa Camila, quieta, y sossegadamente la possees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tu eres su cielo en la tierra, el blanco de sus desseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustandola en todo con la tuya, y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad, y recogimiento, te da sin ningun trabajo, toda la riqueza que tiene, y tu puedes dessear, para que quieres ahondar la tierra, y buscar nueuas vetas, de nueuo, y nunca visto tesoro, poniendote a peligro, que toda venga abaxo, pues en fin se sustenta sobre los debiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo impossible, es justo que lo possible se le niegue. Como lo dixo mejor vn Poeta diziendo.

BVsco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traydor lealdad.

Pero mi suerte de quien
Iamas espero algun bien,
Con el cielo ha estatuydo,
Que pues lo impossible pido,
Lo possible aun no me den.

Fuesse otro dia Anselmo â la aldea, dexando dicho â Camila, que el tiempo que el estuuiesse ausente, vendria Lotario á mirar por su casa, y â comer cõ ella, q̃ tuuiesse cuydado de tratallo como à su misma persona. Afligiose Camila, como muger discreta, y honrada, de la orden que su marido le dexaua: y dixole que aduirtiesse, q̃ no estaua bien, que nadie, el ausente, ocupasse la silla de su mesa, y que si lo hazia por no tener confiança, que ella sabria gouernar su casa, que prouasse por aquella vez, y veria por experiẽcia, como para mayores cuydados era bastante. Anselmo le replicô, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hazer, que baxar la cabeça, y obedecelle. Camila dixo, que ansi lo haria, aunque contra su voluntad. Partiose Anselmo, y otro dia vino a su casa Lotario, donde fue recebido de Camila con amoroso, y honesto acogimiento. La qual jamas se puso en parte, donde Lotario la viesse a solas, porque siempre andaua rodeada de sus criados, y criadas, especialmente de vna donzella suya, llamada Leonela, a quiẽ ella mucho queria, por auerse criado desde niñas las dos juntas, en casa de los padres de Camila, y quando se casô con Anselmo, la truxo consigo. En los tres dias primeros, nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera, quando se leuantauan los manteles, y la gente se yua à comer cõ mucha priessa, porque assi se lo tenia mandado Camila. Y aun tenia orden Leonela, que comiesse primero que Camila, y que de su lado jamas se quitasse: mas ella, que en otras cosas

de

de su gusto tenia puesto el pensamiento, y auia menester aquellas horas, y aquel lugar, para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas vezes el mandamiento de su señora, antes los dexaua solos, como si aquello le huuierã mandado. Mas la honesta presencia de Camila, la grauedad de su rostro, la compostura de su persona, era tanta, que ponia freno a la lengua de Lotario. Pero el prouecho que las muchas virtudes de Camila hizieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundô mas en daño de los dos. Porque si la lengua callaua, el pensamiento discurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los estremos de bondad, y de hermosura que Camila tenia, bastantes a enamorar â vna estatua de marmol, no vn coraçon de carne. Mirauala Lotario en el lugar, y espacio que auia de hablarla, y consideraua, quan digna era de ser amada: y esta consideracion començó poco a poco â dar assalto a los respectos que a Anselmo tenia, y mil vezes quiso ausentarse de la Ciudad, y yrse donde jamas Anselmo le viesse a el, ni el viesse a Camila: mas ya le hazia impedimento, y detenia el gusto que hallaua en mirarla. Haziase fuerça, y peleaua consigo mismo, por desechar, y no sentir el cõtento, que le lleuaua a mirar a Camila. Culpauase a solas de su desatino, llamauase mal amigo, y aun mal Christiano. Hazia discursos, y comparaciones entre el, y Anselmo, y todos parauan en dezir, que mas auia sido la locura, y confiança de Anselmo, que su poca fidelidad. Y que si assi tuuiera disculpa para con Dios, como para cõ los hombres, de lo que pensaua hazer, que no temiera pena por su culpa. En efeto, la hermosura, y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le auia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra. Y sin mirar a otra cosa, que aquella a que su gusto le inclinaua, al cabo de tres dias de la ausen-

cia de Anſelmo, en los quales eſtuuo en continua batalla, por reſiſtir â ſus deſſeos, començò a requebrar a Camila con tanta turbacion, y con tan amoroſas razones, que Camila quedò ſuſpenſa, y no hizo otra coſa, que leuantarſe de donde eſtaua, y entrarſe en ſu apoſento, ſin reſpondelle palabra alguna. Mas no por eſta ſequedad, ſe deſmayò en Lotario la eſperança, que ſiempre nace juntamente con el amor, antes tuuo en mas a Camila. La qual auiendo viſto en Lotario lo que jamas penſara, no ſabia que hazerſe. Y pareciendole no ſer coſa ſegura, ni bien hecha, darle ocaſion, ni lugar, á que otra vez la hablaſſe, determinô de embiar aquella miſma noche, como lo hizo a vn criado ſuyo con vn villete a Anſelmo, donde le eſcriuio eſtas razones.

Cap. XXXIIII. Donde ſe proſigue la nouela del curioſo impertinente.

ASSI como ſuele dezirſe, que parece mal el exercito ſin ſu General, y el caſtillo ſin ſu Caſtellano. Digo yo, que parece muy peor la muger caſada, y moça, ſin ſu marido, quando juſtiſsimas ocaſiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal ſin vos, y tan impoſsibilitada, de no poder ſufrir eſta auſencia, que ſi preſto no venis, me aure de yr â entretener en caſa de mis padres, aunque dexe ſin guarda la vueſtra. Porque la que me dexaſtes, ſi es que quedò con tal titulo, creo que mira mas por ſu guſto, que por lo que a vos os toca, y pues ſoys diſcreto, no tengo mas que deziros, ni aun es bien que mas os diga.

Eſta carta recibio Anſelmo, y entendio por ella, que Lotario auia ya començado la empreſa, y que Camila deuia de auer reſpondido como el deſſeaua. Y alegre ſobre

bre manera de tales nueuas, respondio a Camila de palabra, que no hiziesse mudamiento de su casa en modo ninguno, porque el bolueria con mucha breuedad. Admirada quedò Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confussion que primero, porque ni se atreuia à estar en su casa, ni menos yrse a la de sus padres. Porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la yda yua contra el mandamiento de su esposo. En fin se resoluio en lo que le estuuo peor, que fue, en el quedarse, con determinacion de no huyr la presencia de Lotario, por no dar que dezir à sus criados, y ya le pesaua de auer escrito, lo que escriuio a su esposo, temerosa de que no pensase, que Lotario auia visto en ella alguna desemboltura, que le huuiesse mouido a no guardalle el decoro que deuia. Pero fiada en su bondad, se fio en Dios, y en su buen pensamiento, con que pensaua resistir callando, a todo aquello que Lotario dezirle quisiesse, sin dar mas cuenta a su marido, por no ponerle en alguna pendencia, y trabajo. Y aun andaua buscando manera como disculpar à Lotario con Anselmo, quando le preguntasse la ocasion, que le auia mouido a escriuirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados, ni prouechosos, estuuo otro dia escuchando a Lotario, el qual cargò la mano de manera, que començò a titubear la firmeza d Camila, y su honestidad tuuo harto que hazer en acudir a los ojos, para q̃ no diessen muestra de alguna amorosa compassion, que las lagrimas, y las razones de Lotario en su pecho auiã desper tado. Todo esto notaua Lotario, y todo le encendia. Finalmente a el le parecio, que era menester en el espacio, y lugar, que daua la ausencia de Anselmo, apretar el cer co à aquella fortaleza. Y assi acometio a su pretension, con las alabanças de su hermosura, porque no ay cosa q̃ mas presto rinda, y allane las encastilladas torres de la va

nidad de las hermosas que la misma vanidad, puesta en las lenguas de la adulacion. En efeto, el con toda diligencia minò la roca de su entereza cō tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronze, viniera al suelo. Lloro, rogò, ofreciò, adulò, porfiò, y fingio Lotario, con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dio al traues con el recato de Camila, y vino a triunfar de lo que menos se pensaua, y mas desseaua. Rindiose Camila, Camila se rindio: pero que mucho, si la amistad de Lotario no quedò en pie? Exemplo claro, que nos muestra, que solo se vence la passion amorosa, con huylla, y que nadie se ha de poner abraços con tan poderoso enemigo. Porque es menester fuerças diuinas, para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir, los dos malos amigos, y nueuos amantes. No quiso Lotario dezir a Camila la pretension de Anselmo, ni que el le auia dado lugar, para llegar à aquel punto. Porque no tuuiesse en menos su amor, y pensasse que assi a caso, y sin pensar, y no de proposito, la auia solicitado. Boluio de alli a pocos dias Anselmo a su casa, y no echo de ver lo que faltaua en ella, que era lo que en menos tenia, y mas estimaua. Fuesse luego à ver à Lotario, y hallole en su casa, abraçaronse los dos, y el vno preguntò por las nueuas de su vida, o de su muerte. Las nueuas que te podrê dar, o amigo Anselmo, dixo Lotario son de que tienes vna muger, que dignamente puede ser exemplo, y corona de todas las mugeres buenas. Las palabras que le he dicho, se las ha lleuado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dadiuas no se han admitido, de algunas lagrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, assi como Camila es cifra de toda belleza, es archiuo donde assiste la honestidad, y viue el comedimiento, y el recato, y todas las virtudes que pueden

den hazer loable, y bien afortunada a vna honrada muger. Buelue a tomar tus dineros amigo, que aqui los tengo, sin auer tenido necessidad de tocar a ellos, que la entereza de Camila, no se rinde a cosas tan baxas, como son dadiuas, ni promessas. Contentate Anselmo, y no quieras hazer mas prueuas de las hechas. Y pues a pie enxuto has passado el mar de las dificultades, y sospechas, que de las mugeres suelen, y pueden tenerse, no quieras entrar de nueuo en el profundo pielago, de nueuos inconuenientes, ni quieras hazer experiencia con otro piloto, de la bondad, y fortaleza del nauio que el cielo te dio en suerte, para que en el passasses la mar deste mundo. Sino haz cuenta que estàs ya en seguro puerto, y aferrate con las ancoras de la buena cõsideracion, y dexate estar hasta que te vengan a pedir la deuda, que no ay hidalguia humana, que de pagarla se escuse. Contentissimo quedò Anselmo, de las razones de Lotario, y assi se las creyo, como si fueran dichas por algun Oraculo. Pero con todo esso le rogò, que no dexasse la empresa, aũque no fuesse mas de por curiosidad, y entretenimiento, aunque no se aprouechasse de alli adelante de tan ahincadas diligencias, como hasta entonces. Y que solo queria, q̃ le escriuiesse algunos versos en su alabança, debaxo del nombre de Clori, porque el le daria à entender a Camila, que andaua enamorado de vna dama, a quien le auia puesto aquel nombre, por poder celebrarla, con el decoro que a su honestidad se le deuia. Y que quando Lotario no quisiera tomar trabajo de escriuir los versos, q̃ el los haria. No sera menester esso, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten. Dile tu a Camila lo q̃ has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los harè, sino tan buenos como el sugeto merece, seran por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuer

do,

do el impertinente, y el traydor amigo. Y buelto Lotario à su casa, preguntó a Camila, lo que ella ya se marauillaua, que no se lo huuiesse preguntado. Que fue, que le dixesse la ocasion porque le auia escrito el papel que le embiô. Camila le respondio, que le auia parecido, que Lotario la miraua vn poco mas desembueltamente, que quando el estaua en casa. Pero que ya estaua desengañada, y creya que auia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huya de vella, y de estar con ella a solas. Dixole Anselmo, que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque el sabia que Lotario andaua enamorado de vna donzella principal de la Ciudad, a quien el celebraua debaxo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuuiera, no auia que temer de la verdad de Lotario, y de la mucha amistad de entrambos. Y à no estar auisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que el se lo auia dicho a Anselmo, por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanças de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos: mas por estar ya aduertida, passó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogô Anselmo a Lotario, dixesse alguna cosa de las que auia compuesto a su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia dezir lo que quisiesse. Aunque la conociera, respondio Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa a su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobrio haze a su buen credito. Pero sea lo que fuere. lo q̃ se dezir, que ayer hize vn Soneto à la ingratitud desta Clori, que dize ansi.

(:?:)

SONETO.

EN el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño a los mortales
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo, y á mi Clori dando.
Y al tiempo quando el Sol se va mostrando
Por las rosadas puertas Orientales,
Con suspiros, y acentos desiguales
Voy la antigua querella renouando.
Y quando el Sol de su estrellado asiento
Derechos rayos à la tierra embia,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
Buelue la noche, y bueluo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfia,
Al cielo sordo, à Clori sin oydos.

Bien le parecio el Soneto a Camila, pero mejor a Anselmo, pues le alabò, y dixo que era demasiadamente cruel la dama, que a tan claras verdades no correspondia. A lo que dixo Camila: Luego todo aquello que los Poetas enamorados dizen, es verdad? En quanto Poetas no la dizen, respondio Lotario, mas en quãto enamorados siempre quedan tan cortos, como verdaderos. No ay duda desso, replicò Anselmo, todo por apoyar, y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuydada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario. Y assi con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido, q̃ sus desseos, y escritos, â ella

ella ſe encaminauan, y que ella era la verdadera Clori, le rogò, que ſi otro Soneto, o otros verſos ſabia, los dixeſſe? Si ſe, reſpondio Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, o por mejor dezir, menos malo. Y podreyslo bien juzgar, pues es eſte.

SONETO.

Yo ſe que muero, y ſi no ſoy creydo,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto,
Verme à tus pies, o bella ingrata muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podrè yo verme en la region de oluido,
De vida, y gloria, y de fauor deſierto,
Y alli verſe podra en mi pecho abierto,
Como tu hermoſo roſtro eſtà eſculpido.
Que eſta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfia,
Que en tu miſmo rigor ſe fortalece.
Ay de aquel que nauega el cielo eſcuro,
Por mar no vſado, y peligroſa via,
Adonde Norte, o puerto no ſe ofrece.

Tambien alabô eſte ſegundo Soneto Anſelmo como auia hecho el primero, y deſta manera yua añadiendo eſlabon, a eslabon à la cadena, con que ſe enlazaua, y trauaua ſu deshonra, pues quando mas Lotario le deshonraua, entonces le dezia que eſtaua mas honrado. Y con eſto, todos los eſcalones que Camila baxaua hàzia el centro de ſu menoſprecio, los ſubia en la opinion de ſu marido, hâzia la cumbre de la virtud, y de ſu buena fama. Sucedio

cedio en esto, que hallandose vna vez entre otras sola Camila con su donzella, le dixo: Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en quan poco he sabido estimarme, pues siquiera no hize, que con el tiempo comprara Lotario la entera possession, que le di tan presto de mi volũtad. Temo q̃ ha d̃ desestimar mi presteza, o ligereza, sin que eche de ver la fuerça que el me hizo, para no poder resistirle. No te de pena esso señora mia, respondio Leonela, que no està la monta, ni es causa para mengua, la estimacion, darse lo que se da presto, si en efeto lo que se da es bueno, y ello por si digno de estimarse. Y aun suele dezirse, que el que luego dà, da dos vezes. Tambien se suele dezir, dixo Camila, que lo que cuesta poco, se estima en menos. No corre por ti essa razon, respondio Leonela, porque el amor, segun he oydo dezir, vnas vezes buela, y otras anda, con este corre, y con aquel va despacio, â vnos entibia, y â otros abrasa, à vnos hiere, y à otros mata. En vn mismo punto comiença la carrera de sus desseos, y en aquel mismo punto la acaba, y concluye. Por la mañana suele poner el cerco à vna fortaleza, y à la noche la tiene rendida, porque no ay fuerça que le resista. Y siendo assi, de que te espantas, o de que temes, si lo mismo deue de auer acontecido a Lotario, auiendo tomado el amor por instrumento de rendirnos la ausencia de mi señor? Y era forçoso que en ella se concluyesse lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiẽpo, para que Anselmo le tuuiesse de boluer, y con su presencia quedasse imperfeta la obra? Porque el amor no tiene otro mejor ministro, para executar lo que dessea, que es la ocasion: de la ocasion se sirue en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto se yo muy bien mas de experiencia, que de oydas: y algun dia te lo dire señora, que yo tãbien soy de carne, y de sangre moça. Quanto mas señora Camila, que no te entregaste, ni

diste

diste tan luegò, que primerò no huuiesses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones, y en las promessas, y dadiuas de Lotario toda su alma, viendo en ella, y en sus virtudes, quan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansi, no te assalten la imaginacion essos escrupulosos, y melindrosos pensamientos, sino assegurate, que Lotario te estima, como tu le estimas a el, y viue cõ contento, y satisfacion, de que ya que cayste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor, y de estima. Y q̃ no solo tiene las quatro. SS. que dizen que han de tener los buenos enamorados, sino todo vn A.b.ç. entero: sino escuchame, y veras como te lo digo de coro. El es segũ yo veo, y à mi me parece, agradecido, bueno, cauallero, dadiuoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, moço, noble, honesto, principal, quantioso, rico: y las. SS. que dizen. Y luego, tacito, verdadero. La X. no le quadra, porque es letra aspera. La Y. ya esta dicha. La Z. zelador de tu honra. Riose Camila del A. b. c. de su donzella, y tuuola por mas platica en las cosas de amor, que ella dezia. Y asi lo confessò ella, descubriendo a Camila, como trataua amores con vn mancebo biẽ nacido de la misma Ciudad. De lo qual se turbò Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apurola, si passauan sus platicas a mas que serlo. Ella con poca verguença, y mucha desembol tura, le respondio, q̃ si passauan. Porque es cosa ya cier ta, que los descuydos de las señoras quitan la verguença à las criadas, las quales quando ven a las amas, echar tras pies, no se les da nada a ellas, de coxear, ni de que lo sepan. No pudo hazer otra cosa Camila, sino rogar à Leonela, no dixesse nada de su hecho, al que dezia ser su amante, y que tratasse sus cosas con secreto, porque no viniessen a noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondio, que asi lo haria, mas cumpliolo de manera, que

que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella auia de perder su credito. Porque la deshonesta, y atreuida Leonela, despues que vio, que el proceder de su ama no era el que solia, atreuiosse a entrar, y poner dentro de casa â su amante, confiada que aũque su señora le viesse, no auia de osar descubrille. Que este daño acarrean entre otros, los pecados de las señoras, que se hazen esclauas de sus mismas criadas, y se obligan â encubrirles sus deshonestidades, y vilezas, como acontecio con Camila. Que aunque vio vna, y muchas vezes, que su Leonela estaua con su galan en vn aposento de su casa, no solo no la osaua reñir, mas dauale lugar a que lo encerrasse, y quitauale todos los estoruos, para que no fuesse visto de su marido. Pero no los pudo quitar, que Lotario no le viesse vna vez salir, al romper del alua. El qual sin conocer quien era, pensò primero que deuia de ser alguna fantasma. Mas quando le vio caminar, emboçarse, y encubrirse con cuydado, y recato, cayô de su simple pensamiento, y dio en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara. Penso Lotario, que aquel hombre que auia visto salir tan à deshora de casa de Anselmo, no auia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordô si Leonela era en el mundo. Solo creyô que Camila, de la misma manera que auia sido facil, y ligera cō el, lo era para otro, que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de su hōra, con el mismo a quien se entregò rogada, y persuadida. Y cree que con mayor facilidad se entrega a otros, y da infalible credito a qualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece, sino que le faltó a Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus aduertidos discursos. Pues sin hazer alguno que bueno fuesse, ni aun razonable sin mas, ni mas, antes que Anselmo se leuantasse im-

se impaciente, y ciego de la zelosa rabia, que las entrañas le roìa, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le auia ofendido, se fue a Anselmo, y le dixo: Sabete Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando comigo mismo, haziendome fuerça, à no dezirte lo que ya no es possible, ni justo, que mas te encubra. Sabete que la fortaleza de Camila, esta ya rendida, y sugeta a todo aquello que yo quisiere hazer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liuiano antojo suyo, o si lo hazia por prouarme, y ver si eran con proposito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he començado. Creî ansi mismo, que ella si fuera la que deuia, y la que entrãbos pensauamos, ya te huuiera dado cuenta de mi solicitud. Pero auiendo visto que se tarda, conozco, que son verdaderas las promessas q̃ me ha dado, de que quando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablarà en la recamara, dõde estâ el repuesto de tus alhajas, (y era la verdad, q̃ alli le solia hablar Camila,) y no quiero que precipitosamente corras â hazer alguna vengança, pues no estâ aun cometido el pecado sino con pensamiento, y podria ser, q̃ deste, hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudasse el de Camila, y naciesse en su lugar el arrepentimiento. Y assi ya que en todo, o en parte has seguido siempre mis consejos, sigue, y guarda vno que aora te dirê, para que sin engaño, y con medroso aduertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te conuenga. Finge q̃ te ausentas por dos, o tres dias, como otras vezes sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recamara, pues los tapizes que alli ay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entonces veras por tus mismos ojos, y yo por los mios, lo que Camila quiere: y si fuere la maldad que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad, y discre-

cion

cion podràs ser el verdugo de tu agrauio." Absorto, suspenso, y admirado quedô Anselmo, con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo, donde menos las esperaua oyr, porque ya tenia à Camila por vencedora de los fingidos assaltos de Lotario, y començaua à gozar la gloria del vencimiento. Callándo estuuo por vn buen espacio mirando al suelo sin mouer pestaña, y alcabo dixo: Tu lo has hecho Lotario, como yo esperaua de tu amistad, en todo he de seguir tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto, que ves que conuiene en caso tan no pensado. Prometioselo Lotario, y en apartandose del, se arrepintio totalmente de quanto le auia dicho, viendo quã neciamente auia andado, pues pudiera el vengarse de Camila, y no por camino tan cruel, y tan deshonrado. Maldezia su entendimiento, afeaua su ligera determinacion, y no sabia que medio tomarse para deshazer lo hecho, ò para dalle alguna razonable salida. Al fin acordò de dar cuenta de todo a Camila, y como no faltaūa lugar para poderlo hazer, aquel mismo dia la hallô sola: y alli assi como vio que la podia hablar, le dixo: Sabed amigo Lotario que tengo vna pena en el coraçon, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere rebentar en el pecho, y ha de ser marauilla, sino lo haze. Pues ha llegado la desuerguença de Leonela à tanto, que cada noche encierra à vn galan suyo en esta casa, y se està con el hasta el dia, tan acosta de mi credito, quãto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir a horas tan inusitadas de mi casa, y lo que me fatiga es que no la puedo castigar, ni reñir: que el ser ella secretario de nuestros tratos me ha puesto vn freno en la boca, para callar los suyos, y temo que de aqui ha de nacer algun mal sucesso. Al principio que Camila esto dezia, creyò Lotario que era artificio para desmentille, que el hombre que auia visto salir era de

Leonela,y no suyo.: pero viendola llorar, y affligirse, y pedirle remedio, vino a creer la verdad, y en creyendo-la acabô de estar confuso,y arrepentido del todo. Pero con todo estò respondio a Camila,que no tuuiesse pena, que el ordenaria remedio para atajar la insolēcia de Leonela. Dixole assi mismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos auia dicho à Anselmo, y como estaua concertado de esconderse en la recamara para ver desde alli a la clara la poca lealtad, que ella le guardaua. Pidiole perdon desta locura, y consejo para poder remedialla, y salir bien de tan rebuelto laberinto, como su mal discurso le auia puesto. Espantada quedô Camila de oyr lo que Lotario le dezia, y con mucho enojo, y muchas, y discretas razones le riñô, y afeô su mal pensamiento, y la simple, y mala determinacion que auia tenido. Pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien, y para el mal, mas que el varon: puesto que le va faltando, quando de proposito se pone à hazer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dixo a Lotario que procurasse que otro dia se escondiesse Anselmo dōde dezia, porque ella pensaua sacar de su escondimiento comodidad, para que desde alli en adelante los dos se gozassen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento lé aduirtio, que tuuiesse cuydado q̄ en estando Anselmo escondido, el viniesse quando Leonela le llamasse, y q̄ a quanto ella le dixesse, le respōdiesse, como respondiera; aunque no supierà que Anselmo le escuchaua. Porfiò Lotario, q̄ le acabasse de declarar su intencion, porque con mas seguridad, y auiso guardásse todo lo que viesse ser necessario. Digo, dixo Camila, que no ay mas q̄ aguardar, sino fuere responderme como yo os preguntare. No queriendo Camila darle antes cuēta de lo que pensaua hazer, temerosa q̄ no quisiesse seguir

el parecer que a ella tan bueno le parecia, y siguiesse, ô buscasse otros, que no podrian ser tan buenos. Con esto se fue Lotario, y Anselmo otro dia, con la escusa de yr a aquella aldea de su amigo se partio, y boluio a esconderse, que lo pudo hazer con comodidad, porq̃ de industria se la dieron Camila y Leonela. Escõdido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar, que tẽdria el que esperaua ver por sus ojos hazer notomia de las entrañas de su honra, yuase a pique de perder el sumo bien, q̃ el pensaua q̃ tenia en su querida Camila. Seguras ya, y ciertas Camila, y Leonela, q̃ Anselmo estaua escõdido, entraron en la recamara: y apenas huuo puesto los pies en ella Camila, quando dando vn grande suspiro, dixo: Ay Leonela amiga, no seria mejor, que antes que llegasse a poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estoruarlo, que tomasses la daga de Anselmo que te he pedido, y passasses con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon q̃ yo lleue la pena de la agena culpa. Primero quiero saber, q̃ es lo que vierõ en mi los atreuidos, y deshonestos ojos de Lotario, que fuesse causa de darle atreuimiento a descubrirme vn tan mal desseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo, y en deshõra mia. Põte Leonela a essa ventana, y llamale, que sin duda alguna el deue de estar en la calle, esperando poner en efeto su mala intencion. Pero primero se pondrá la cruel, quanto honrada mia. Ay señora mia, respondio la sagaz, y aduertida Leonela, y que es lo que quieres hazer con esta daga? Quieres por ventura quitarte la vida, o quitarsela à Lotario? que qualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en perdida de tu credito, y fama. Mejor es que dissimules tu agrauio, y no des lugar a que este mal hombre entre aora en esta casa, y nos halle solas: mira señora que somos flacas

mugeres, y el es hombre, y determinado, y como viene con aquel mal proposito ciego, y apassionado, quiçà antes que tu pongas en execucion el tuyo hará el lo que te estaria mas mal, que quitarte la vida. Mal aya mi señor Anselmo, que tanto mal ha querido dar a este desuella caras en su casa. Y ya señora que le mates, como yo pienso que quieres hazer, que hemos de hazer del despues de muerto? Que amiga, respondio Camila, dexaremosle, para que Anselmo le entierre, pues serà justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra su misma infamia. Llamale acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la deuida vengança de mi agrauio, parece que ofendo a la lealtad que a mi esposo deuo. Todo esto escuchaua Anselmo, y à cada palabra que Camila dezia, se le mudauan los pensamientos. Mas quando entendio que estaua resuelta en matar a Lotario, quiso salir, y descubrirse, porque tal cosa no se hiziesse: pero detuuole el desseo de ver en que paraua tanta gallardia, y honesta resolucion, con proposito de salir a tiēpo que la estoruasse. Tomòle en esto a Camila vn fuerte desmayo, y arrojādose encima de vna cama que alli estaua, començò Leonela â llorar muy amargamente, y a dezir: Ay desdichada de mi, si fuesse tan sin ventura, que se me muriesse aqui entre mis braços la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exemplo de la castidad, con otras cosas à estas semejantes, que ninguno la escuchara, que no la tuuiera por la mas lastimada, y leal donzella del mundo, y a su señora por otra nueua, y perseguida Penolope. Poco tardò en boluer de su desmayo Camila, y al boluer en si, dixò: Porque no vas Leonela â llamar al mas desleal amigo de amigo q̃ vio el Sol, ò cubriò la noche. Acaba, corre, aguija, camina, no se desfogue con la tardança el fuego de la colera que tengo, y se passe en

amena-

la justa vengança que espero. Ya voy a llamarle, señora, mia, dixo Leonela, mas has me de dar primero essa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida à todos los que bien te quieren. Ve segura Leonela amiga, que no harê, respondio Camila, porque ya que sea atreuida, y simple a tu parecer en boluer por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dizen, que se matò sin auer cometido error alguno, y sin auer muerto primero a quien tuuo la causa de su desgracia: yo morirè si muero, pero ha de ser vengada, y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir a este lugar a llorar sus atreuimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliesse à llamar a Lotario, pero en fin salio, y entretanto que boluia quedò Camila diziendo, como que hablaua consigo misma: Valame Dios, no fuera mas acertado auer despedido a Lotario, como otras muchas vezes lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta, y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? mejor fuera sin duda: pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan a manos lauadas, y tan a passo llano se boluiera a salir de donde sus malos pensamientos le entraron. Pague el traydor con la vida, lo que intentò con tan lasciuo desseo. Sepa el mundo (si acaso llegare a saberlo) de que Camila no solo guardò la lealtad a su esposo, sino que le dio vengança del que se atreuio a ofendelle. Mas con todo creo, que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo, pero ya se la apuntè a dar en la carta que le escriui al aldea, y creo que el no acudir el al remedio del daño que alli le señalè, deuio de ser que de puro bueno, y confiado, no quiso, ni pudo creer, que en el pecho de su tan firme amigo pudiesse caber genero de pensamiento que contra

ſu honra fueſſe, ni aun yo lo creî deſpues por muchos dias, ni lo creyera jamas, ſi ſu inſolencia no llegara à tanto, que las manifieſtas dadiuas, y las largas promeſſas, y las continuas lagrimas no me lo manifeſtaran. Mas para que hago yo aora eſtos diſcurſos? tiene por ventura vna reſolucion gallarda neceſsidad de conſejo alguno? no por cierto. A fuera pues traydores, aqui venganças: entre el falſo, venga, llegue, muera, y acabe, y suceda lo que ſucediere. Limpia entrê en poder del que el cielo me dio por mio, limpia he de ſalir del, y quando mucho ſaldrè bañada en mi caſta ſangre, y en la impura del mas falſo amigo que vio la amiſtad en el mundo, y diziendo eſto ſe paſſeaua por la ſala con la daga deſembaynada, dando tan deſconcertados, y deſaforados paſſos, y haziendo tales ademanes, que no parecia ſino que le faltaua el juyzio, y que no era muger delicada, ſino vn rufian deſeſperado. Todo lo miraua Anſelmo cubierto detras de vnos tapizes donde ſe auia eſcondido, y de todo ſe admiraua, y ya le parecia que lo que auia viſto, y oydo era baſtante ſatisfacion para mayores ſoſpechas: y ya quiſiera la prueua de venir Lotario aunque temeroſo de algun mal repentino ſuceſſo: y eſtando ya para manifeſtarſe, y ſalir para abraçar, y deſengañar a ſu eſpoſa, ſe detuuo, porque vio que Leonela boluia con Lotario de la mano, y aſsi como Camila le vio, haziendo con la daga en el ſuelo vna gran raya delante della, le dixo: Lotario, aduierte lo que te digo ſi a dicha te atreuieres, a paſſar deſta raya que ves, ni aun llegar a ella, en el punto que viere, que lo intentas, en eſſe miſmo me paſſarè el pecho con eſta daga que en las manos tengo: y antes que a eſto me reſpondas palabra, quiero que otras algunas me eſcuches, que deſpus reſponderàs lo que mas te agradare. Lo primero, quiero Lotario que me digas ſi conoces à Anſelmo mi marido, y en que opinion le tienes?

tienes? Y lo segundo, quiero saber tambien si me conoces a mi? Respondeme a esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder: pues no son dificultades las q̃ te pregunto? No era tan ignorante Lotario, que dessde el primer punto q̃ Camila le dixo que hiziesse esconder â Anselmo, no huuiesse dado en la cuenta de lo que ella pensaua hazer, y assi correspondio con su intencion tan discretamente, y tan a tiempo, que hizieran los dos passar aquella mentira por mas que cierta verdad, y assi respondio a Camila desta manera: No pẽsè yo, hermosa Camila, que me llamauas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aqui vengo: si lo hazes por dilatarme la prometida merced, desde mas lexos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien dessseado, quanto la esperança està mas cerca de posseello: pero porque no digas, que no respondo a tus preguntas, digo que conozco a tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero dezir lo que tu tambien sabes de nuestra amistad por me hazer testigo del agrauio que el amor haze que le haga poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te cono nozco, y tẽgo en la misma possession q̃ el te tiene, q̃ a ser assi, por menosprendas que las tuyas, no auia yo de yr contra lo que deuo a ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, aora por tan poderoso enemigo como el amor por mi rompidas, y violadas. Si esso confiessas, respondio Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, con que rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tu te deuieras mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agrauias? Pero ya cayo, ay desdichada de mi, en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que a ti mismo deues, que deue de auer sido alguna de-

fembolturamia, que no quiero llamarla deshoneſtidad, pues no aurà procedido de deliberada determinacion, ſino de algun deſcuydo de los que las mugeres, que pienſan que no tienen de quien recatarſe, ſuelen hazer inaduertidamente. Sino dime quando, ò traydor, reſpondi a tus ruegos con alguna palabra, ò ſeñal, que pudieſſe deſpertar en ti alguna ſombra de eſperança, de cumplir tus infames deſſeos? Quando tus amoroſas palabras no fueron deshechas, y reprehendidas de las mias, con rigor, y con aſpereza? Quando tus muchas promeſſas, y mayores dadiuas fueron de mi creydas, ni admitidas? Pero por parecerme, que alguno no puede perſeuerar en el intento amoroſo luengo tiempo, ſino es ſuſtentado de alguna eſperança, quiero atribuyrme a mi la culpa de tu impertinencia: pues ſin duda algun deſcuydo mio ha ſuſtentado tanto tiempo tu cuydado, y aſsi quiero caſtigarme, y darme la pena que tu culpa merece. Y porque vieſſes, que ſiendo conmigo tan inhumana, no era poſsible dexar de ſerlo contigo, quiſe traerte a ſer teſtigo del ſacrificio que pienſo hazer a la ofendida honra de mi tan honrado marido, agrauiado de ti con el mayor cuydado que te ha ſido poſsible: y de mi tambien con el poco recato que he tenido del huyr la ocaſion, ſi alguna te di para fauorecer, y canonizar tus malas intenciones. Torno a dezir, que la ſoſpecha que tengo que algun deſcuydo mio engendrò en ti tan deſuariados penſamientos, es la que mas me fatiga, y la que yo mas deſſeo caſtigar cõ mis propias manos porque caſtigandome otro verdugo, quiça ſeria mas publica mi culpa: pero antes que eſto haga, quiero matar muriendo, y lleuar conmigo quien me acabe de ſatisfazer el deſſeo de la vengança que eſpero, y tengo, viendo allà, donde quiera que fuere la pena que da la juſticia deſintereſſada, y que no ſe dobla al que en terminos tan deſeſperados me ha puesto. Y

dizien-

diziendo estas razones con vna increyble fuerça, y ligereza arremetio a Lotario con la daga desembaynada, con tales muestras de querer enclauarsela en el pecho, que casi el estuuo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas, ô verdaderas, porque le fue forçoso valerse de su industria, y de su fuerça, para estoruar que Camila no le diesse, la qual tan viuamente fingia aquel estraño embuste, y fealdad, que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podia auer a Lotario, ô fingiendo que no podia, dixo: Pues la suerte no quiere satisfazer del todo mi tan justo desseo, alomenos no serà tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga: y haziendo fuerça para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia assida, la sacò, y guiando su punta por parte que pudiesse herir no profundamente, se la entrô, y escondio por mas arriba de la islilla del lado yzquierdo jũto al ombro, y luego se dexò caer en el suelo como desmayada. Estauan Leonela, y Lotario suspensos, y atonitos, de tal sucesso: y toda via dudauan de la verdad de aquel hecho, viendo a Camila tendida en tierra, y bañada en su sangre: acudio Lotario con mucha presteza despauorido, y sin aliento a sacar la daga, y en ver la pequeña herida salio del temor que hasta entonces tenia, y de nueuo se admirô de la sagazidad, prudencia, y mucha discrecion de de la hermosa Camila: y por acudir con lo que a el le tocaua, començò a hazer vna larga, y triste lamentaciõ sobre el cuerpo de Camila, como si estuuiera difunta, echandose muchas maldiciones, no solo a el, sino al que auia sido causa de auelle puesto en aquel termino. Y como sabia que le escuchaua su amigo Anselmo, dezia cosas, que el que le oyera le tuuiera mucha mas lastima que a Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en braços, y la puso en el lecho, suplicando a

Lotario fuesse a buscar quien secretamente a Camila curasse. Pediale asi mismo consejo, y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniesse antes que estuuiesse sana. El respondio que dixessen lo que quisiessen, que el no estaua para dar consejo que de prouecho fuesse, solo le dixo, que procurasse tomarle la sangre, porque el se yua adonde gentes no le viessen. Y con muestras de mucho dolor, y sentimiento se salio de casa, y quando se vio solo, y en parte donde nadie le veia, no cessaua de hazerse Cruzes, marauillandose de la industria de Camila, y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraua quan enterado auia de quedar Anselmo de que tenia por muger a vna segunda Porcia, y desseaua verse con el, para celebrar los dos la mentira, y la verdad mas disimulada, que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomò, como se ha dicho, la sangre a su señora, que no era mas de aquello que bastô para acreditar su embuste, y lauando con vn poco de vino la herida, se la atô lo mejor que supo, diziendo tales razones en tanto que la curaua, que aunque no huuieran precedido otras, bastaran á hazer creer à Anselmo que tenia en Camila vn simulacro de la honestidad. Iuntaronse a las palabras de Leonela, otras de Camila, llamandose cobarde, y de poco animo, pues le auia faltado al tiempo que fuera mas necessario tenerle, para quitarse la vida, que tan aborrecida tenia. Pedia consejo a su donzella, si diria, ò no todo aquel sucesso a su querido esposo, la qual le dixo, que no se lo dixesse, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena muger estaua obligada, a no dar ocasion a su marido a que riñesse, sino a quitalle todas aquellas que le fuesse posible. Respondio Camila, que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria. Pero que en

todo

todo caſo conuenia buſcar que dezir à Anſelmo de la cauſa de aquella herida, que el no podria dexar de ver a lo que Leonela reſpondia, que ella, ni aun burlando no ſabia mentir. Pues yo hermana, replicò Camila, que tengo de ſaber? que no me atreuerè a forjar, ni ſuſtentar vna mentira ſi me fueſſe en ello la vida? Y ſi es que no hemos de ſaber dar ſalida à eſto, mejor ſerá dezirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentiroſa cuenta. No tengas pena ſeñora de aqui a mañana, reſpondio Leonela, yo penſarè que le digamos, y quiçâ que por ſer la herida donde es, ſe podrà encubrir ſin que el la vea, y el cielo ſerà ſeruido de fauorecer a nueſtros tan juſtos, y tan honrados penſamientos. Soſsiegate ſeñora mia, y procura ſoſſegar tu alteracion, porque mi ſeñor no te halle ſobreſaltada: y lo demas dexalo a mi cargo, y al de Dios, que ſiempre acude a los buenos deſſeos. Atentiſſimo auia eſtado Anſelmo a eſcuchar, y a ver repreſentar la tragedia de la muerte de ſu honra: la qual con tan eſtraños, y eficaces afetos la repreſentaron los perſonages della, que parecio que ſe auian transformado en la miſma verdad de lo que fingian. Deſſeaua mucho la noche, y el tener lugar para ſalir de ſu caſa, y yr a verſe con ſu buen amigo Lotario, congratulandoſe con el de la margarita precioſa que auia hallado en el deſengaño de la bondad de ſu eſpoſa. Tuuieron cuydado las dos de darle lugar, y comodidad a que ſalieſſe, y el ſin perdella ſalio, y luego fue a buſcar a Lotario, el qual hallado, no ſe puede buenamente contar los abraços que le dio, las coſas que de ſu contento le dixo, las alabanças que dio a Camila. Todo lo qual eſcuchô Lotario ſin poder dar mueſtras de alguna alegria: porque ſe le repreſentaua à la memoria quan engañado eſtaua ſu amigo, y quan injuſtamente el lo agrauiaua. Y aunque Anſelmo veia que Lotario no ſe alegraua, creîa ya ſer

la cau-

la causa por auer dexado a Camila herida, y auer el sido la causa. Y assi entre otras razones le dixo, que no tuuiesse pena del sucesso de Camila, porque sin duda la herida era ligera: pues quedauan de concierto de encubrirsela á el. Y que segun esto no auia de que temer, sino que de alli adelante se gozasse, y alegrasse con el, pues por su industria, y medio el se veía leuantado a la mas alta felicidad, que acertará dessearse, y queria que no fuessen otros sus entretenimientos que en hazer versos en alabança de Camila, que la hiziessen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabò su buena determinacion, y dixo, que el por su parte ayudaria á leuantar tan ilustre edificio. Con esto quedò Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo auer en el mũdo: el mismo lleuaua por la mano a su casa, creyendo que lleuaua el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama. Recebiale Camila cõ rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Durò este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses boluio fortuna su rueda, y salio a plaça la maldad con tã to artificio hasta alli cubierta, y à Anselmo le costô la vida su impertinente curiosidad.

Capit. XXXV. Donde se da fin a la nouela del Curioso impertinente.

POco mas quedaua por leer de la nouela, quãdo del camaranchon donde reposaua don Quixote, salio Sancho Pança todo alborotado, diziendo a vozes: Acudid señores presto, y socorred a mi señor, que anda embuelto en la mas reñida: y trauada batalla, que mis ojos han visto. Viue Dios que ha dado vna cuchillada al gigante enemigo de la señora Princesa Micomicona, q̃ le ha tajado la cabeça

cercen,

cercen, a cercen, como si fuera vn nabo. Que dezis hermano, dixo el Cura, (dexando de leer lo que de la nouela quedaua) estays en vos Sancho? Como diablos puede ser esso que dezis, estando el gigante dos mil leguas de aqui. En esto oyeron vn gran ruydo en el aposento, y que don Quixote dezia à vozes: Tente ladron, malandrin, follòn, que aqui te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra. Y parecia que daua grandes cuchilladas por las paredes. Y dixo Sancho, no tienen que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea, ò à ayudar, ami amo: aunque ya no serâ menester, porque sin duda alguna el gigante estâ ya muerto, y dando cuenta a Dios de su passada, y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeça cortada, y cayda à vn lado que es tamaña como vn gran cuero de vino. Que me maten, dixo, a esta sazon el ventero, si don Quixote, ò don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que a su cabecera estauan llenos, y el vino derramado deue de ser lo que le parece sangre a este buen hombre. Y con esto entrô en el aposento, y todos tras el, y hallaron a don Quixote en el mas estraño trage del mundo: estaua en camisa, la qual no era tan cumplida, que por delante le acabasse de cubrir los muslos, y por detras tenia seys dedos menos: las piernas eran muy largas, y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenia en la cabeça vn bonetillo colorado grasiento, que era del ventero. En el braço yzquierdo tenia rebuelta la manta de la cama, con quien tenia ogeriza Sancho, y el se sabia bien el porque. Y en la derecha desembaynada la espada, con la qual daua cuchilladas a todas partes, diziendo palabras, como si verdaderamente estuuiera peleando con algun gigante: y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaua durmiendo, y soñando que estaua en batalla con el gigante. Que fue tan intensa la

imaginacion de la auentura que yua à fenecer, que le hizo soñar que ya auia llegado al Reyno de Micomicon, y que ya estaua en la pelea con su enemigo, y auia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daua en el gigante, que todo el aposento estaua lleno de vino: lo qual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetiò con don Quixote, y a puño cerrado le començô a dar tantos golpes, que si Cardenio, y el Cura no se le quitaran, el acabara la guerra del gigante, y con todo aquello no despertaua el pobre cauallero, hasta que el barbero truxo vn gran caldero de agua fria del pozo, y se le echò por todo el cuerpo de golpe, con lo qual despertó don Quixote, mas no cõ tanto acuerdo, que echasse de ver de la manera que estaua. Dorotea que vio quã corta, y sotilmente estaua vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaua Sancho buscando la cabeça del gigante, por todo el suelo, y como nò la hallaua, dixo: Ya yo se que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez en este mismo lugar donde aora me hallo, me dieron muchos moxicones, y porraços, sin saber quien me los daua, y nunca pude ver a nadie: y aora nò parece por aqui esta cabeça, que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo, como de vna fuente. Que sangre, ni que fuente dizes, enemigo de Dios y de sus santos, dixo el ventero? No vees, ladron, que la sangre, y la fuẽte no es otra cosa, que estos cueros que aqui estã horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos, de quien los horadò? No se nada, respondio Sancho, solo se, que vendrê a ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeça se me ha de deshazer mi Condado, como la sal en el agua. Y estaua peor Sancho despierto, que su amo durmiendo: tal le tenian las promessas que su amo le auia hecho. El ventero se desespe-

raua

raua de ver la flema del escudero, y el maleficio del señor, y juraua que no auia de ser como la vez passada, que se le fueron sin pagar: y que aora no le auian de valer los priuilegios de su caualleria, para dexar de pagar lo vno, y lo otro, aun hasta lo que pudiessen costar las botanas que se auian de echar a los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos a don Quixote, el qual creyendo que ya auia acabado la auentura, y que se hallaua delante de la Princessa Micomicona, se hincô de rodillas delante del Cura, diziendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta, y fermosa señora, viuir de oy mas segura, sin q̃ le pueda hazer mal esta mal nacida criatura: y yo tambiẽ de oy mas soy quito de la palabra que os di, pues con el ayuda del alto Dios, y con el fauor de aquella por quien yo viuo, y respirò, tambien la he cumplido. No lo dixe yo? dixo oyendo esto Sancho, si que no estaua yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante? Ciertos son los toros, mi Condado está de molde. Quien no auia de reyr con los disparates de los dos, amo, y moço? Todos reian, sino el ventero, que se daua à Satanas. Pero en fin, tanto hizieron el barbero, Cardenio, y el Cura, que con no poco trabajo dieron con don Quixote en la cama, el qual se quedò dormido, con muestras de grandissimo cansancio. Dexaronle dormir, y salieronse al portal de la venta, a consolar a Sãcho Pança, de no auer hallado la cabeça del gigante: aunque mas tuuieron que hazer en aplacar al ventero, que estaua desesperado por la repentina muerte de sus cueros: y la ventera dezia en voz, y en grito: En mal punto, y en hora menguada entró en mi casa este cauallero andante, que nunca mis ojos le huuieran visto, que tan caro me cuesta. Lo vez passada se fue con el coste de vna noche, de cena, cama, paja, ceuada para el, y para su escudero, y vn rozin, y vn jumento, diziendo que era

cauallero auenturero, que mala auentura le dê Dios, a el, y a quantos auentureros ay en el mundo: y que por esto no estaua obligado a pagar nadá, que asi estaua escrito en los aranzeles de la caualleria andantesca. Y aora por su respeto, vino estotro señor, y me lleuò mi cola, y hamela buelto con mas de dos quartillos de daño, toda pelada, que no puede seruir para lo que la quiere mi marido. Y por fin, y remate de todo, romperme mis cueros, y derramarme mi vino: que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los huessos de mi padre, y por el siglo de mi madre, sino me lo han de pagar vn quarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quiẽ soy. Estas, y otras razones tales, dezia la ventera, con grande enojo: y ayudauala su buena criada Maritornes. La hija callaua, y de quã lo en quãdo se sonreía. El Cura lo sossegó todo, prometiendo de satisfazarles su perdida, lo mejor que pudiesse, asi de los cueros, como del vino: y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hazian. Dorotea cõsolò a Sancho Pança, diziendole, que cada, y quando q̃ pareciesse auer sido verdad que su amo huuiesse descabeçado al gigante, le prometia, en viendose pacifica en su Reyno, de darle el mejor Condado q̃ en el huuiesse. Cõsolose con esto Sancho, y asseguró a la Princessa, que tuuiesse por cierto que el auia visto la cabeça del gigante, y que por mas señas, tenia vna barba q̃ le llegaua a la cintura, y que sino parecia, era porque todo quanto en aquella casa passaua, era por via de encantamento, como el lo auia prouado otra vez que auia posado en ella. Dorotea, dixo que asi lo creia, y que no tuuiesse pena, que todo se haria bien, y sucederia à pedir de boca. Sossegados todos, el Cura quiso acabar de leer la nouela, porque vio que faltaua poco. Cardenio, Dorotea, y todos los demas le rogaron la acabasse: el que a todos

dos quiso dar gusto, y por el que el tenia de leerla, prosiguio el cuento, que assi dezia.

Sucedio pues, que por la satisfacion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, viuia vna vida contenta, y descuydada: y Camila de industria hazia mal rostro a Lotario, porque Anselmo entendiesse al reues, de la voluntad que le tenia; y para mas confirmacion de su hecho, pidio licencia Lotario, para no venir a su casa, pues claramente se mostraua la pesadumbre que con su vista Camila recebia, mas el engañado Anselmo le dixo, que en ninguna manera tal hiziesse. Y desta manera, por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto, el gozo que tenia Leonela de verse calificada, en sus amores, llegò a tanto, que sin mirar à otra cosa, se yua tras el à suelta riẽda, fiada en que su señora la encubria, y aun la aduertia del modo que con poco rezelo pudiesse ponerle en execucion. En fin, vna noche sintio Anselmo passos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar à ver quiẽ los daua, sintio que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerça hizo, q̃ la abrio, y entrò dentro à tiempo que vio que vn hombre saltaua por la ventana à la calle: y acudiendo con presteza a alcançarle, o conocerle, no pudo conseguir lo vno, ni lo otro, porque Leonela se abraçô con el, diziendole: Sossiegate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aqui saliò q̃ es cosa mia, y tãto, que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo, sacò la daga, y quiso herir à Leonela, diziendole, que le dixesse la verdad, sino que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se dezia, le dixo: No me mates, señor, que yo te dirê cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, sino muerta eres. Por aora serà impossible, dixo Leonela, segun estoy de tur-

bada, dexame hasta mañana, que entonces sabras de mi lo que te ha de admirar: y està seguro, que el que saltò por esta ventana, es vn mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sossegose con esto Anselmo, y quiso aguardar el termino que se le pedia, porque no pensaua oyr cosa que contra Camila fuesse, por estar de su bondad tan satisfecho, y seguro, y assi se salio del aposento, y dexò encerrada en el a Leonela, diziendole, que de alli no saldria, hasta que le dixesse lo q̃ tenia que dezirle. Fue luego a ver a Camila, y à dezirle, como le dixo, todo aquello que con su donzella le auia passado, y la palabra que le auia dado de dezirle grandes cosas, y de importancia. Si se turbò Camila, o no, no ay para que dezirlo, porque fue tanto el temor que cobrô, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela auia de dezir â Anselmo, todo lo que sabia de su poca fé, que no tuuo animo para esperar si su sospecha salia falsa, o no. Y aquella misma noche, quando le parecio que Anselmo dormia, juntò las mejores joyas que tenia, y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salio de casa, y se fue a la de Lotario, a quien contò lo que passaua, y le pidio, que la pusiesse en cobro, o que se ausentassen los dos, donde de Anselmo pudiessen estar seguros. La confusion en que Camila puso a Lotario, fue tal, que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resoluerse en lo que haria. En fin, acordó de lleuar a Camila a vn monasterio, en quiẽ era Priora vna su hermana. Consintio Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la lleuò Lotario, y la dexò en el monasterio: y el ansi mismo, se ausentò luego de la ciudad, sin dar parte a nadie de su ausencia. Quando amanecio, sin echar de ver Anselmo, q̃ Camila faltaua de su lado, con el desseo que tenia de saber lo que Leonela queria dezirle, se leuantò, y fue a dõde la auia dexado encerrada. Abrio, y entrò en el aposento

sento, pero no hallò en el a Leonela, solo hallò puestas vnas sabanas añudadas à la ventana, indicio, y señal, que por alli se auia descolgado, ê ydo. Boluio luego muy triste, a dezirselo a Camila, y no hallandola en la cama, ni en toda la casa, quedò assombrado. Pregũtò a los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo q̃ pedia. Acertó a caso andando a buscar a Camila, que vio sus cofres abiertos, y que dellos faltauan las mas de sus joyas, y con esto acabò de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de sù desuentura. Y ansi como estaua, sin acabarse de vestir, triste, y pensatiuo, fue a dar cuenta de su desdicha a su amigo Lotario: mas quando no le hallò, y sus criados le dixeron, que aquella noche auia faltado de casa, y auia lleuado consigo todos los dineros que tenia, pensò perder el juyzio. Y para acabar de concluyr con todo, boluiẽdose a sù casa, no hallò en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenia, sino la casa desierta, y sola. No sabia que pensar, q̃ dezir, ni q̃ hazer, y poco a poco se le yua boluiendo el juyzio. Contemplauase, y mirauase en vn instante, sin muger, sin amigo, y sin criados: desamparado, a su parecer, del cielo q̃ le cubria, y sobre todo sin honra, porq̃ en la falta de Camila vio su perdicion. Resoluiose en fin, acabo de vna gran pieça de yrse a la aldea de su amigo, donde auia estado quando dio lugar a q̃ se maquinasse toda aq̃lla desuentura. Cerrô las puertas de su casa, subio â cauallo, y con desmayado aliento se puso en camino: y a penas huuo andado la mitad, quando acossado de sus pensamiẽtos, le fue forçoso apearse, y arrendar su cauallo â vn arbol, a cuyo tronco se dexó caer, dãdo tiernos, y dolorosos suspiros: y alli se estuuo, hasta casi q̃ anochecia, y aquella hora vio, que venia vn hombre â cauallo de la ciudad: y despues de auerle saludado le preguntò, q̃ nueuas auia en Florencia? El ciudadano respondio:

Las mas estrañas que muchos dias ha se han oydo en ella, porque se dize publicamente, que Lotario aquel grã de amigo de Anselmo el rico, que viuia a san Iuan, se lleuò esta noche a Camila, muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho vna criada de Camila, que a noche la hallô el Gouernador, descolgandose con vna sabana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto, no sê puntualmente como passò el negocio, solo se, que toda la ciudad està admirada deste sucesso, porque no se podia esperar tal hecho, de la mucha, y familiar amistad de los dos, que dizen que era tanta, que los llamauan: Los dos amigos. Sabese por ventura, dixo Anselmo, el camino que lleuan Lotario, y Camila? Ni por pienso, dixo el ciudadano, puesto que el Gouernador ha vsado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vays, señor, dixo Anselmo. Con el quedeys, respondio el ciudadano, y fuesse. Con tan desdichadas nueuas, casi, casi llegô a terminos Anselmo, no solo de perder el juyzio, sino de acabar la vida. Leuantose como pudo, y llegò a casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia: mas como le vio llegar amarillo, consumido, y seco, entendio que de algun graue mal venia fatigado. Pidio luego Anselmo, que le acostassen, y que le diessen adereço de escriuir. Hizose assi, y dexaronle acostado, y solo, porque el assi lo quiso, y aunque le cerrassen la puerta. Viendose pues solo, començô a cargar tanto la imaginacion de su desuentura, que claramente conocio por las premissas mortales que en si sentia que se le yua acabando la vida, y assi ordenò de dexar noticia de la causa de su estraña muerte: y començando a escriuir, antes q̃ acabasse de poner todo lo q̃ queria, le faltò el aliento, y dexò la vida en las manos del dolor, que le causò su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaua

maua, acordó de entrar a saber, si passaua adelante su indisposicion, y hallole tendido boca abaxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaua con el papel escrito, y abierto: y el tenia aun la pluma en la mano. Llegosse el huesped a el, auiẽdole llamado primero, y trauandole por la mano, viendo que no le respondia, y hallandole frio, vio que estaua muerto. Admirose, y congoxose en gran manera, y llamô a la gente de casa para que viessen la desgracia a Anselmo sucedida: y finalmente leyó el papel, que conocio que de su misma mano estaua escrito, el qual contenia estas razones.

Vn necio, é impertinente desseo me quitò la vida. Si las nueuas de mi muerte llegaren a los oydos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaua ella obligada a hazer milagros, ni yo tenia necessidad de querer que ella los hiziesse: y pues yo fuy el fabricador de mi deshonra, no ay para que.

Hasta aqui escriuio Anselmo, por donde se echô de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabò la vida. Otro dia dio auiso su amigo, a los parientes de Anselmo de su muerte: los quales ya sabian su desgracia, y el monesterio donde Camila estaua, casi en el termino de acompañar a su esposo en aquel forçoso viage, no por las nueuas del muerto esposo, mas por las q̃ supo del ausente amigo. Dizese, que aunque se vio binda, no quiso salir del monasterio, ni menos hazer professsion de monja, hasta que no de alli a muchos dias le vinieron nueuas, que Lotario auia muerto en vna batalla que en aquel tiempo dio Monsiur de Lautrec, al gran Capitan Gonçalo Fernandez de Cordoua, en el Reyno d̃ Napoles, donde auia ydo a parar el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo professsion, y acabò en breues dias la vida a las rigurosas manos de triste-

zas, y melancolias. Este fue el fin que tuuieron todos, nacido de vn tã desatinado principio. Bien, dixo el Cura, me parece esta nouela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad, y si es fingido, fingio mal el autor, porque no se puede imaginar, que aya marido tan necio, que quiera hazer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre vn galan, y vna dama, pudierase lleuar, pero entre marido y muger, algo tiene de impossible: y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

Cap. XXXVI. Que trata de la braua, y descomunal batalla que don Quixote tuuo cõ vnos cueros de vino tinto, con otros raros sucessos que en la venta le sucedieron.

ESTando en esto, el ventero q̃ estaua à la puerta de la venta, dixo: Esta que viene es vna hermosa tropa de huespedes, si ellos paran aqui, gaudeamus tenemos. Que gente es, dixo Cardenio? Quatro hombres, respondio el ventero, vienen a cauallo à la gineta, con lanças, y adargas, y todos con antifazes negros: y junto con ellos viene vna muger vestida de blanco en vn sillon, ansi mismo cubierto el rostro: y otros dos moços de a pie. Vienen muy cerca, preguntò el Cura? Tan cerca, respondio el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrio el rostro, y Cardenio se entrò en el aposento de don Quixote, y casi no auian tenido lugar para esto, quando entraron en la venta todos los que el ventero auia dicho: y apeandose los quatro de acauallo, que de muy gentil talle, y disposiciõ

eran, fueron à apear à la muger que en el sillon venia: y tomandola vno dellos en sus braços, la sentò en vna silla que estaua à la entrada del aposento donde Cardenio se auia escondido. En todo este tiempo, ni ella, ni ellos se auian quitado los antifazes, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla, dio vn profundo suspiro, y dexò caer los braços, como persona enferma, y desmayada. Los moços de a pie, lleuaron los cauallos à la caualleriza. Viendo esto el Cura, desseoso de saber que gente era aquella, que con tal trage, y tal silencio estaua; se fue donde estauan los moços, y á vno dellos le preguntò lo que ya desseaua: el qual le respondio: Pardiez, señor, yo no sabrê deziros que gente sea esta, solo se, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegò â tomar en sus braços à aquella señora que aueys visto: y esto digolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se haze otra cosa mas de la que el ordena, y manda. Y la señora quien es, preguntò el Cura? Tampoco sabrê dezir esso, respondio el moço, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar si la he oydo muchas vezes, y dar vnos gemidos, q̃ parece que con cada vno dellos quiere dar el alma: y no es de marauillar que no sepamos mas de lo que auemos dicho, porq̃ mi compañero, y yo, no ha mas de dos dias que los acompañamos, porq̃ auiendolos encontrado en el camino, nos rogaron, y persuadieron, q̃ viniessemos con ellos hasta el Andaluzia, ofreciendose à pagarnoslo muy bien. Y aueys oydo nombrar à alguno dellos, preguntò el Cura? No por cierto, respondio el moço, porque todos caminan con tanto silencio, que es marauilla, porque no se oye entre ellos otra cosa, que los suspiros, y solloços de la pobre señora, que nos mueuen a lastima: y sin duda tenemos creydo, que ella va forçada dõde quiera que va: y segun se puede colegir por su ha-

bito, ella es monja, o va à serlo, que es lo mas cierto: y quiça porque no le deue de nacer de voluntad el mógio. va triste, como parece. Todo podria ser, dixo el Cura, y dexandolos, se boluio a donde estaua Dorotea, la qual como auia oydo suspirar â la emboçada, mouida de natural compassion, se llego a ella, y le dixo: Que mal sentis señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener vso, y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezcó vna buena voluntad de seruiros? A todo esto callaua la lastimada señora: y aunque Dorotea tornò cō mayores ofrecimientos, toda via se estaua en su silencio, hasta que llegô el cauallero emboçado (que dixo el moço que los demas obedecian) y dixo a Dorotea: No os canseys, señora, en offrecer nada a essa muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se haze, ni procureys que os responda, sino quereys oyr alguna mentira de su boca. Iamas la dixe (dixo a esta sazon la que hasta alli auia estado callando) antes por ser tan verdadera, y tan sin traças mentirosas, me veo aora en tanta desuentura: y desto vos mismo quiero que seays el testigo, pues mi pura verdad os haze a vos ser falso, y mentiroso. Oyò estas razones Cardenio, bien clara, y distintamente, como quien estaua tan junto de quien las dezia, que sola la puerta del aposento de don Quixote estaua en medio, y assi como las oyò, dando vna gran voz, dixo: Valgame Dios; que es esto que oygo? Que voz es esta que ha llegado a mis oydos? Boluio la cabeça a estos gritos, aquella señora, toda sobresaltada, y no viendo quien las daua, se leuantô en pie, y fuesse a entrar en el aposento: lo qual visto por el cauallero, la detuuo, sin dexarla mouer vn passo. A ella con la turbacion, y desassossiego, se le cayò el tafetan con que traîa cubierto el rostro, y descubrio vna hermosura incomparable, y vn rostro milagroso, aunque descolorido, y assombra

do:

do: porque con los ojos andaua rodeando todos los lugares donde alcançaua con la vista, con tanto ahinco, q̃ parecia persona fuera de juyzio, cuyas señales, sin saber por que las hazia, pusieron gran lastima en Dorotea, y en quantos la mirauan. Teniala el cauallero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir à alçarse el emboço que se le caîa, como en efeto se le cayò del todo: y alçando los ojos Dorotea (que abraçada con la señora estaua) vio, que el que abraçada ansi mismo la tenia, era su esposo don Fernando: y à penas le huuo conocido, quando arrojando de lo intimo de sus entrañas vn luengo, y tristissimo ay, se dexò caer de espaldas, desmayada: y â no hallarse alli junto el barbero, que la recogio en los braços, ella diera consigo en el suelo: Acudio luego el Cura a quitarle el emboço, para echarle agua en el rostro, y assi como la descubrio la conocio don Fernando, que era el que estaua abraçado con la otra, y quedô como muerto en verla, pero no porque dexasse con todo esto, de tener à Luscinda, que era la q̃ procuraua soltarse de sus braços: la qual auia conocido en el suspiro â Cardenio, y el la auia conocido a ella. Oyò assi mismo Cardenio, el ay que dio Dorotea, quando se cayò desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salio del aposento despauorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenia abraçada a Luscinda. Tambien don Fernando conocio luego a Cardenio: y todos tres, Luscinda, Cardenio, y Dorotea, quedaron mudos, y suspensos, casi sin saber lo que les auia acontecido. Callauan todos, y mirauanse todos, Dorotea a don Fernando, don Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscinda, y Luscinda a Cardenio. Mas quien primero rompio el silencio fue Luscinda, hablando a don Fernando desta manera: Dexadme señor don Fernãdo, por lo que deueys a ser quien soys, ya que por otro respeto

pero no lo hagays, dexadme llegar al muro de quien yo, ſoy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vueſtras importunaciones, vueſtras amenazas, vueſtras promeſſas, ni vueſtras dadiuas. Notad como el cielo, por deſuſados, y â noſotros encubiertos caminos, me ha puesto a mi verdadero eſpoſo delãte. Y bien ſabeys por mil coſtoſas experiencias, que ſola la muerte fuera baſtante para borrarle de mi memoria: ſean pues parte tan claros deſengaños, para que boluays (ya que no podays hazer otra coſa) el amor en rabia, la voluntad en deſpecho, y acabadme cõ el la vida, q̃ como yo la rinda delante de mi buen eſpoſo, la darê por bien empleada: quiça con mi muerte quedarà ſatisfecho de la fê que le mantuue, haſta el vltimo trance de la vida. Auia en eſte entretanto buelto Dorotea en ſi, y auia eſtado eſcuchando todas las razones que Luſcinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era: que viendo que dõ Fernando aun no la dexaua de los braços, ni reſpondia a ſus razones, esforçandoſe lo mas que pudo, ſe leuantô, y ſe fue â hincar de rodillas a ſus pies, y derramando mucha cantidad de hermoſas, y laſtimeras lagrimas, aſsi le començò a dezir.

Si ya no es, ſeñor mio, que los rayos deſte Sol que en tus braços eclypſado tienes, te quitan, y ofuſcan los de tus ojos, ya auras echado de ver, que la que a tus pies eſtâ arrodillada, es la ſin ventura (haſta que tu quieras) la deſdichada Dorotea. Yo ſoy aquella labradora humilde, a quien tu por tu bondad, o por tu guſto, quiſiſte leuantar â la alteza de poder llamarſe tuya Soy la que encerrada en los limites de la honeſtidad viuio vida contenta, haſta que á las vozes de tus importunidades, y al parecer, juſtos, y amoroſos ſentimientos, abrio las puertas de ſu recato, y te entregò las llaues de ſu libertad: dadiua, de ti tan mal agradecida, qual lo mueſtra bien claro,

ro,auer ſido forçoſo hallarme en el lugar donde me ha-
llas, y verte yo à ti de la manera que te veo. Pero cǒ to-
do eſto, no querria que cayeſſe en tu imaginacion, pēſar
que he venido aqui con paſſos de mi deshonra, auiendo-
me traydo ſolo los del dolor, y ſentimiento de verme de
ti oluidada. Tu quiſiſte q̃ yo fueſſe tuya, y quiſiſtelo de
manera, q̃ aunque aora quieras que no lo ſea, no ſerà poſ
ſible q̃ tu dexes de ſer mio. Mira, ſeñor mio, q̃ puede ſer
recompenſa â la hermoſura, y nobleza por quien me de-
xas, la incomparable voluntad q̃ te tengo. Tu no puedes
ſer de la hermoſa Luſcinda, porq̃ eres mio: ni ella puede
ſer tuya, porq̃ es de Cardenio. Y mas facil ſerâ, ſi en ello
miras, reduzir tu voluntad â querer a quien te adora, q̃
no encaminar la q̃ te aborrece a q̃ bien te quiera. Tu ſoli
citaſte mi deſcuydo, tu rogaſte a mi entereza, tu no igno
raſte mi calidad: tu ſabes bien de la manera q̃ me entre-
guê à toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de
llamarte a engaño. Y ſi eſto es aſsi, como lo es, y tu eres
tan Chriſtiano como cauallero, porq̃ por tantos rodeos
dilatas de hazerme venturoſa en los fines, como me hi-
ziſte en los principios? Y ſino me quieres por la q̃ ſoy, q̃
ſoy tu verdadera, y legitima eſpoſa, quiere me alomenos,
y admiteme por tu eſclaua, q̃ como yo eſtè en tu po
der, me tendré por dichoſa, y bien afortunada. No per-
mitas, con dexarme, y deſampararme, q̃ ſe hagan, y jun-
ten corrillos en mi deshonra. No des tan mala vejez a
mis padres, pues no lo merecen los leales ſeruicios, q̃ co
mo buenos vaſſallos à los tuyos ſiempre han hecho. Y ſi
te parece que has de aniquilar tu ſangre por mezclarla
con la mia, conſidera, que pocas, o ninguna nobleza ay
en el mundo, que no aya corrido por eſte camino: y que
la que ſe toma de las mugeres, no es la que haze al caſo
en las iluſtres decendencias. Quanto mas, que la verda-
dera nobleza cǒſiſte en la virtud, y ſi eſta à ti te falta, ne-
gando-

gandome lo que tan justamente me deues, yo quedare con mas ventajas de noble, que las que tu tienes. En fin, señor, lo que vltimamente te digo, es, que quieras, o no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras, q̃ no han, ni deuen ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello porque me desprecias. Testigo sera la firma que heziste, y testigo el cielo, a quien tu llamaste por testigo de lo que me prometias. Y quando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar vozes callando en mitad de tus alegrias, boluiendo por esta verdad q̃ te he dicho, y turbando tus mejores gustos, y contentos. Estas, y otras razones dixo la lastimada Dorotea cõ tanto sentimiento, y lagrimas, que los mismos que acõpañauan a don Fernando, y quantos presentes estauan, la acompañaron en ellas. Escuchola don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dio fin â las suyas, y principio a tantos solloços, y suspiros, que bien auia de ser coraçon de bronze el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirandola estaua Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion, y hermosura: y aunq̃ quisiera llegarse a ella, y dezirle algunas palabras de consuelo, no la dexauã los braços de don Fernando, que apretada la tenian: el qual lleno de confussion, y espanto, al cabo de vn buen espacio, que atentamente estuuo mirando a Dorotea abrio los braços, y dexando libre a Luscinda, dixo: Venciste hermosa Dorotea, venciste porque no es possible tener animo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda auia tenido, assi como la dexô dõ Fernando, yua a caer en el suelo, mas hallandose Cardenio alli junto, q̃ â las espaldas de don Fernando se auia puesto porque no le conociesse, pospuesto todo temor, y auenturando a todo riesgo, acudio â sostener a Luscinda, y cogiendola entre sus braços, le dixo: Si el piadoso

cielo

cielo gusta, y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme, y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendras mas seguro que en estos braços que aora te reciben, y otro tiempo te recibieron quando la fortuna quiso que pudiesse llamarte mia. A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y auiendo començado a conocerle primero por la voz, y assegurandose que el era con la vista, casi fuera de sentido, y sin tener cuenta a ningun honesto respeto, le echò los braços al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: Vos si señor mio, soys el verdadero dueño desta vuestra cautiua, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagã à esta vida, q̃ en la vuestra se sustenta. Estraño espectaculo fue este para don Fernando, y para todos lo circunstantes, admirandose de tan no visto sucesso. Pareciole a Dorotea que don Fernando auia perdido la color del rostro, y que hazia ademan de querer vengarse d̃ Cardenio porque le vio encaminar la mano a ponella en la espada, y assi como lo penso con no vista presteza se abraçò con el por las rodillas, besandoselas, y teniendole apretado que no le dexaua mouer, y sin cessar vn punto de sus lagrimas, le dezia: Que es lo que piensas hazer vnico refugio mio, en este tan impensado trance? Tu tienes a tus pies a tu esposa, y la q̃ quieres que lo sea està en los braços de su marido, mira si te estarà bien, o te serà possible deshazer lo que el cielo à hecho, o si te conuendrà, querer leuantar à ygualar à ti mismo à la que pospuesto todo inconueniente, confirmada en su verdad, y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañados de licor amoroso el rostro, y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es, te ruego, y por quien tu eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengue en tal manera, que con quietud, y sossiego permitas que ellos

dos amantes le tengan sin impedimento tuyo, todo el tiẽ po que el cielo quisiere concedersele, y en esto mostraras la generosidad de tu ilustre, y noble pecho, y vera el mundo que tiene contigo mas fuerça la razon, que el apetito. En tanto que esto dezia Dorotea, aunque Cardenio tenia abraçada à Luscinda, no quitaua los ojos de dõ Fernando, con determinacion de que si le viesse hazer algun mouimiento en su perjuyzio, procurar defenderse, y ofender, como mejor pudiesse á todos aquellos que en su daño se mostrassen, aunque le costasse la vida: pero a esta sazon acudieron los amigos de don Fernando, y el Cura, y el barbero, que a todo auian estado presentes, sin que faltasse el bueno de Sancho Pança, y todos rodeauan a don Fernando, suplicandole tuuiesse por bien de mirar las lagrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creyan que lo era, lo que en sus razones auia dicho, que no permitiesse, quedasse defraudada de sus tan justas esperanças. Que considerasse, que no a caso, como parecia, sino con particular prouidencia del cielo se auian todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaua. Y que aduirtiesse, dixo el Cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los diuidiessen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicissima su muerte: y que en los lazos inremediables era suma cordura, forçandose, y venciendose a si mismo, mostrar vn generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozassen el bien que el cielo ya les auia concedido, que pusiesse los ojos ansi mismo en la beldad de Dorotea, y verla que pocas, o ninguna se le podian ygualar, quanto mas hazerle ventaja, y que juntasse a su hermosura su humildad, y el estremo del amor que le tenia: y sobre todo aduirtiesse, que si se preciaua de cauallero, y de Christiano, que no podia hazer otra cosa que complille la palabra dada, y que cumpliendo-

sela

sela cumpliria con Dios, y satisfaria à las gentes discretas, las quales saben, y conocen que es prerrogatiua de la hermosura, aunque estê en sugeto humilde como se acompañe con la honestidad, poder leuantarse, ê ygualarse à qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la leuanta, ê yguala à si mismo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no interuenga pecado, no deue de ser culpado el que las sigue. En efeto à estas razones añadieron todos otras tales, y tantas, q̃ el valeroso pecho de don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandò, y se dexò vencer de la verdad que el no pudiera negar, aunque quisiera: y la señal que dio de auerse rendido, y entregado al buen parecer que se le auia propuesto, fue abaxarse, y abraçar a Dorotea, diziendole: Leuantaos señora mia, que no es justo que estê arrodillada à mis pies la que yo tengo en mi alma: y si hasta aqui no he dado muestras de lo que digo, quiça ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fê con que me amays, os sepa estimar en lo que mereceys: lo que os ruego es, que no me reprehendays mi mal termino, y mi mucho descuydo. Pues la misma ocasion, y fuerça que me mouio para acetaros por mia, essa misma me impelio para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, bolued, y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareys disculpa de todos mis yerros: y pues ella hallò, y alcançô lo que desseaua, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viua ella segura, y contenta luengos, y felices años con su Cardenio, que yo de rodillas rogarê al cielo que me los dexe viuir con mi Dorotea: y diziendo esto, la tornò a abraçar, y à juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fue necessario tener gran cuenta con que las lagrimas no acabassen de dar indubitables señales de su amor, y arrepenti-

pentimiento. No lo hizieron assi las de Luscinda, y Cardenio, y aun las de casi todos los que alli presentes estauan, porque començaron á derramar tantas los vnos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun graue, y mal caso a todos auia sucedido. Hasta Sancho Pança lloraua, aunque despues dixo, que no lloraua el, sino por ver que Dorotea no era como el pensaua la Reyna Micomicona, de quien el tantas mercedes esperaua. Durò algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos: y luego Cardenio, y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante don Fernando, dandole gracias de la merced que les auia hecho con tan corteses razones, que don Fernando no sabia que responderles, y assi los leuantò, y abraço con muestras de mucho amor, y de mucha cortesia. Preguntô luego a Dorotea, le dixesse como auia venido â aquel lugar tan lexos del suyo? Ella con breues, y discretas razones cótò todo lo q̃ antes auia contado a Cardenio: de lo qual gustô tanto dó Fernando, y los que con el venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo, tanta era la gracia con q̃ Dorotea contaua sus desuenturas. Y assi como huuo acabado, dixo don Fernando lo que en la ciudad le auia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraua ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser suya, dixo que la quiso matar, y lo hiziera si de sus padres no fuera impedido: y que assi se salio de su casa despechado, y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad, y que otro dia supo como Luscinda auia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiesse dezir donde se auia ydo, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino a saber como estaua en vn monasterio con voluntad de quedarse en el toda la vida, sino la pudiesse passar con Cardenio, y que assi como lo supo escogiendo para su compañia aquellos tres caualleros,

vino

vino al lugar donde estaua, a la qual no auia querido hablar temeroso, que en sabiendo que el estaua alli auia de auer mas guarda en el monasterio: y assi aguardando vn dia â que la porteria estuuiesse abierta, dexô a los dos a la guarda de la puerta, y el con otro auian entrado en el monasterio buscando à Luscinda, la qual hallaron en el claustro hablando con vna monja, y arrebatandola sin darle lugar a otra cosa se auian venido con ella a vn lugar donde se acomodaron de aquello que huuierõ menester para traella. Todo lo qual auian podido hazer bien a su saluo por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dixo, que assi como Luscinda se vio en su poder, perdio todos los sentidos, y que despues de buelta en si, no auia hecho otra cosa sino llorar, y suspirar sin hablar palabra alguna: y q̃ assi acompañados de silencio, y de lagrimas auian llegado a aquella vẽta, que para el era auer llegado al cielo, donde se rematan, y tienen fin todas las desuenturas de la tierra.

Cap. XXXVII. Que trata donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas auenturas.

TOdo esto escuchaua Sancho, no cõ poco dolor de su anima, viendo que se le despareciã, ê yuan en humo las esperanças de su ditado: y que la linda Princesa Micomicona se le auia buelto en Dorotea, y el Gigante en don Fernando, y su amo se estaua durmiendo á sueño suelto, bien descuydado dẽ todo lo sucedido. No se podia assegurar Dorotea si era soñado el bien que posseya. Cardenio estaua en el mismo pensamiento: y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daua gracias al cielo, por

la merced recebida, y auerle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaua tan apique de perder el credito, y el alma: y finalmente quantos en la venta estauã, estauan contentos, y gozosos del buen sucesso que auiã tenido, tan trauados, y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el Cura como discreto, y à cada vno daua el parabien del bien alcançado: pero quien mas jubilaua, y se contentaua era la ventera, por la promessa que Cardenio, y el Cura le auian hecho de pagalle todos los daños, ê interesses que por cuenta de don Quixote le huuiessen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desuenturado, y el triste: y assi cô malenconico semblante entrò a su amo, el qual acabaua de despertar, a quien dixo: Bien puede vuestra merced, señor triste figura, dormir todo lo que quisiere sin cuydado de matar a ningun gigante, ni de boluer a la Princessa su Reyno, que ya todo està hecho, y concluydo. Esso creo yo bien, respondio don Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal, y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de vn reues, zas, le derribè la cabeça en el suelo, y fue tanta la sangre que le salio, que los arroyos corrian por la tierra, como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced dezir mejor, respondio Sancho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es vn cuero horadado, y la sangre seys arrobas de vino tinto, que encerraua en su vientre: y la cabeça cortada, es la puta que me pario, y lleuelo todo Satanas. Y que es lo que dizes loco, replicô don Quixote, estâs en tu seso? Leuantase vuestra merced, dixo Sancho, y verà el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verâ a la Reyna conuertida en vna dama particular llamada Dorotea, cô otros sucessos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me

mara-

marauillaria de nada desso, replicò don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aqui estuuimos, te dixe yo, que todo quanto aqui sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que aora fuesse lo mismo. Todo lo creyera yo, respondio Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa desse jaez, mas no lo fue, sino real, y verdaderamente: y vi yo que el ventero que aqui està oy dia tenia del vn cabo de la manta, y me empujaua hàzia el cielo con mucho donayre, y brio, y con tanta risa, como fuerça; y donde interuiene conocerse las personas tengo para mi, aunque simple, y pecador, que no ày encantamento alguno, sino mucho molimiento, y mucha malauentura. Aora bien, Dios lo remediarà, dixo don Quixote, dàme de vestir, y dexame salir alla fuera, que quiero ver los sucessos, y transformaciones que dizes. Diole de vestir Sancho, y en el entretanto que don Quixote se vestia, contò el Cura à don Fernando, y â los demas que alli estauan las locuras de don Quixote, y del artificio que auian vsado, para sacarle de la peña pobre donde el se imaginaua estar, por desdenes de su señora. Contoles assi mismo casi todas las auenturas que Sancho auia contado, de que no poco se admiraron, y rieron, por parecerles, lo que a todos parecia, ser el mas estraño genero de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dixo mas el Cura, que pues ya el buen sucesso de la señora Dorotea impidia passar con su disignio adelante, que era menester inuentar, y hallar otro para poderle lleuar à su tierra. Ofreciose Cardenio de proseguir lo començado, y que Luscinda haria, y representaria suficientemente la persona de Dorotea. No, dixo don Fernando, no ha de ser assi, que yo quiero que Dorotea prosiga su inuencion, que como no sea muy lexos de aqui el lugar deste buen cauallero, yo holgarè de que se pro-

cure su remedio. No està mas de dos jornadas de aqui, pues aunque estuuiera mas, gustara yo de caminallas, a trueco de hazer tan buena obra. Salio en esto dõ Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aun que abollado, de Mambrino en la cabeça, embraçado de su rodela, y arrimado a su tronco, o lançon. Suspendio a don Fernando, y â los demas la estraña presencia de don Quixote, viendo su rostro de media legua de an dadura, seco, y amarillo, la desigualdad de sus armas, y su messurado continente, y estuuierõ callando hasta ver lo que el dezia, el qual con mucha grauedad, y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo.

Estoy informado (hermosa señora) deste mi escudero que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reyna, y gran señora que soliades ser, os aueys buelto en vna particular donzella: si esto ha sido por orden del Rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diesse la necessaria, y deuida ayuda, digo, que no supo, ni sabe de la Missa la media, y que fue poco versado en las historias cauallerescas, porque si el las huuiera leydo, y passado tan atentamente, y con tanto espacio como yo las passè, y leî, hallara à cada passo, como otros caualleros de menor fama que la mia, auian acabado cosas mas dificultosas, no siendolo mucho matar a vn gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con el, y quiero callar, porque no me digan que miento: pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirà, quando menos lo pensemos. Vistesos vos cõ dos cueros, que no con vn gigante, dixo a esta sazon el ventero, al qual mãdò don Fernando que callasse, y no interrumpiesse la platica de don Quixote en ninguna manera: y don Quixote prosiguio, diziendo: Digo en fin alta, y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre

ha hecho este Metamorfosros en vuestra persona, que no le deys credito alguno: porque no ay ningun peligro en la tierra, por quien no le abra camino mi espada, con la qual poniendo la cabeça de vuestro enemigo en tierra, os pondrê a vos la corona de la vuestra en la cabeça en breues dias. No dixo mas don Quixote, y esperò a que la Princessa le respondiesse, la qual como ya sabia la determinacion de don Fernando, de que se prosiguiesse adelante en el engaño hasta lleuar à su tierra a dó Quixote, con mucho donayre, y grauedad le respondio: Quienquiera què os dixo, valeroso cauallero de la triste figura, que yo me auia mudado, y trocado de mi ser, no os dixo lo cierto, porque la misma que a yer fuy, me soy oy: verdad es, q̃ alguna mudança han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera dessearme: pero no por esso hê dexado de ser la que antes, y de tener los mismos pẽsamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, ê inuencible braço, que siempre he tenido. Asi que señor mio, vuestra bondad buelua la honra al padre q̃ me engendrò, y tengale por hombre aduertido, y prudente, pues con su ciencia hallò camino tan facil, y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo, que si por vos señor no fuera, jamas acertara à tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos della los mas destos señores que estan presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya oy se podrà hazer poca jornada, y en lo demas del buen sucesso que espero, lo dexarê a Dios, y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea, y en oyendolo don Quixote, se boluio a Sancho, y con muestras de mucho enojo, le dixo: Aora te digo Sanchuelo, que eres el mayor vellacuelo que ay en España: dime ladron, bagamundo, no me acabaste de dezir aora

ra que esta Princessa se auia buelto en vna donzella que se llamaua Dorotea? y que la cabeça que entiendo que corte a vn gigante, era la puta que te pario, con otros disparates que me pusieron en la mayor confussion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Voto, y mirò al cielo, y â preto los dientes, que estoy por hazer vn estrago en ti, que ponga sal en la mollera a todos quantos mentirosos escuderos huuiere de caualleros andantes de aqui adelante en el mundo. Vuestra merced se sossiegue, señor mio, respondio Sancho, que bien podria ser que yo me huuiesse engañado en lo que toca a la mutacion de la señora Princessa Micomicona: pero en lo que toca à la cabeça del gigante, o alomenos â la horadacion de los cueros, y à lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño viue Dios, porque los cueros alli estan heridos à la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho vn lago el aposento, y sino al freyr de los hueuos lo verá: quiero dezir, que lo verâ, quando aqui su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: Delo demas, de que la señora Reyna se este como se estaua, me regozijo en el alma, porque me va mi parte, como a cada hijo de vezino. Aora yo te digo Sancho, dixo don Quixote, que eres vn mentecato, y perdoname, y basta. Basta, dixo don Fernando, y no se hable mas en esto: y pues la señora Princessa dize, que se camine mañana, porque ya oy es tarde, hagase assi, y esta noche la podremos passar en buena conuersacion, hasta el venidero dia donde todos acompañaremos al señor don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas, ê inauditas hazañas, que ha de hazer en el discurso desta grande empresa que a su cargo lleua. Yo soy el que tengo de seruiros, y acompañaros, respondio dō Quixote: y agradezco mucho la merced que se me haze, y la buena opinion que de mi se tiene, la qual procurarê

rarê que salga verdadera, o me costará la vida, y aũ mas, si mas costar me puede. Muchas palabras de comedimiento, y muchos ofrecimientos passaron entre dõ Quixote, y don Fernando: pero a todo puso silencio vn passagero que en aquella sazon entro en la venta: el qual en su trage mostraua ser Christiano rezien venido de tierra de Moros, porque venia vestido con vna casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas, y sin cuello: los calçones eran assi mismo de lienço azul, con bonete de la misma color: traya vnos borzeguies datilados, y vn alfange Morisco, puesto en vn tahali que le atrauessaua el pecho. Entrò luego tras el encima de vn jumento vna muger a la Morisca vestida, cubierto el rostro con vna toca en la cabeça: traìa vn bonetillo de brocado, y vestida vna almalafa que desde los ombros a los pies la cubria: Era el hombre de robusto, y agraciado talle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de rostro, largo de vigotes, y la barba muy bien puesta, en resolucion el mostraua en su apostura, que si estuuiera bien vestido le juzgaran por persona de calidad, y biẽ nacida. Pidio en entrando vn aposento, y como le dixeron ꝗ en la venta no le auia, mostrò recebir pesadũbre, y llegandose à la ꝗ en el trage parecia mora, la apeò en sus braços. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija, y Maritornes lleuados del nueuo, y para ellos nunca visto trage, rodearon à la Mora, y Dorotea ꝗ siempre fue agraciada, comedida, y discreta, pareciendole ꝗ assi ella, como el ꝗ la traya se cõgoxauan por la falta del aposento, le dixo: No os de mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo ꝗ aqui falta, pues es propio đ ventas no hallarse en ellas: pero con todo esto si gustaredes de possar con nosotras, señalando â Luscinda, quiça en el discurso de este camino aureys hallado otros no tã buenos acogimiẽtos? No respondio nada a esto la emboçada, ni hizo

otra cosa que leuantarse de donde sentado se auia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeça doblò el cuerpo, en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna deuia de ser Mora, y que no sabia hablar Christiano. Llegò en esto el cautiuo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces auia estado, y viendo que todas tenian cercada à la que con el venia, y que ella a quanto le dezian callaua, dixo: Señoras mias, esta donzella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme a su tierra, y por esto no deue de auer respondido, ni responde a lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondio Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañia, y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le harà el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga a seruir a todos los estrangeros que del lo tuuieren necessidad, especialmente siendo muger a quien se sirue. Por ella, y por mi, respondio el cautiuo, os beso señora mia las manos, y estimo mucho, y en lo que es razon, la merced ofrecida, que en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Dezidme señor, dixo Dorotea, esta señora es Christiana, o Mora? porque el trage, y el silencio nos haze pensar, que es lo que no querriamos que fuesse? Mora es en el trage, y en el cuerpo: pero en el alma es muy grande Christiana, porque tiene grandissimos desseos de serlo. Luego no es bautizada replicò Luscinda? No ha auido lugar para ello, respondio el cautiuo, despues que salio de Argel su patria, y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligasse a bautizalla, sin que supiesse primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Iglesia manda: pero Dios serà seruido que presto se bautize

con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su habito, y el mio. Estas razones puso gana en todos los que escuchandole estauan, de saber quien fuesse la Mora, y el cautiuo: pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazon era mas para procurarles descanso, que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomô por la mano, y la lleuô a sentar junto à si, y le rogò que se quitasse el emboço. Ella mirô al cautiuo, como si le preguntara, le dixesse lo que dezian, y lo que ella haria. El en lengua Arabiga le dixo, que le pedian se quitasse el emboço, y que lo hiziesse, y assi se lo quitô, y descubriô vn rostro tan hermoso, que Dorotea la tuuo por mas hermosa que a Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que a Dorotea, y todos los circunstantes conocieron que si alguno se podria ygualar al de las dos, era el de la Mora, y aun huuo algunos que le auentajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerrogatiua, y gracia de reconciliar los animos, y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al desseo de seruir, y acariciar â la hermosa Mora. Preguntò don Fernando al cautiuo como se llamaua la Mora, el qual respondio que Lela Zorayda, y assi como esto oyô, ella entendio lo que le auian preguntado al Christiano, y dixo con mucha priessa llena de congoxa, y donayre: No, no Zorayda; Maria, Maria, dando à entender que se llamaua Maria, y no Zorayda. Estas palabras, y el grande afecto con que la Mora las dixo, hizieron derramar mas de vna lagrima à algunos de los que la escucharon, especialmente a las mugeres que de su naturaleza son tiernas, y compassiuas. Abraçola Luscinda con mucho amor, diziendole: Si, si, Maria, Maria, à lo qual respondio la Mora: Si, si, Maria, Zorayda macange, que quiere dezir, no. Ya en esto llegaua la noche, y por orden de los que venian

nian con don Fernando, auia el ventero puesto diligencia, y cuydado en adereçarles de cenar, lo mejor que a el le fue possible. Llegada pues la hora, sentaronse todos a vna larga mesa, como de tinelo, porque no la auia redonda, ni quadrada en la venta. Y dieron la cabecera, y principal asiento, puesto que el lo rehusaua a dó Quixote, el qual quiso que estuuiesse á su lado la señora Micomicona, pues el era su aguardador. Luego se sentaró Luscinda, y Zorayda, y frontero dellas don Fernando, y Cardenio, y luego el cautiuo, y los demas caualleros, y al lado de las señoras el Cura, y el barbero. Y assi cenaron con mucho contento, y acrecentoseles mas, viendo que dexando de comer don Quixote, mouido de otro semejante espiritu, que el que le mouiô a hablar tanto, como hablò quando cenò con los cabreros, començò a dezir: Verdaderamente si bien se considera, señores mios, grandes, è inauditas cosas ven los que professan la orden de la andante caualleria. Sino qual de los viuientes aurâ en el mundo, que aora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, q̃ juzgue, y crea, que nosotros somos, quien somos? Quiẽ podrâ dezir que esta señora que està a mi lado es la grã Reyna que todos sabemos, y que yo soy aquel cauallero de la triste figura, que anda por aî en boca de la fama? Aora no ay que dudar, sino que esta arte, y exercicio, excede a todas aquellas, y aquellos, que los hõbres inuentaron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto à mas peligros està sugeto. Quitenseme delante, los que dixeren que las letras hazen ventaja à las armas, que les dirê, y sean quien se fueren, que no saben lo que dizen. Porque la razon que los tales suelen dezir, y à lo q̃ ellos mas se atienen, es, que los trabajos del espiritu exceden à los del cuerpo. Y que las armas, solo con el cuerpo se exercitan, como si fuesse su exercicio oficio de ga-

napanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerças. O como si en esto que llamamos armas, los que las professamos, no se encerrassen los actos de la fortaleza, los quales piden para executallo mucho entendimiento. O como sino trabajasse el animo del guerrero, que tiene a su cargo vn exercito, o la defensa de vna Ciudad sitiada assi con el espiritu, como con el cuerpo. Sino vease si se alcança con las fuerças corporales, â saber, y congeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el preuenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansi, que las armas requieren espiritu como las letras, veamos aora, qual de los dos espiritus, el del letrado, o el del guerrero, trabaja mas? Y esto se vendrâ a conocer por el fin, y paradero a que cada vno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin, y paradero de las letras, (y no hablo aora de las diuinas, que tienen por blanco, lleuar, y encaminar las almas al cielo, que a vn fin, tan sin fin como este, ninguno otro se le puede ygualar) hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiua, y dar â cada vno lo que es suyo, entender, y hazer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso, y alto, y digno de grande alabança, pero no de tanta, como merece aquel â que las armas atienden, las quales tienen por objeto, y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden dessear en esta vida. Y assi las primeras buenas nueuas que tuuo el mundo, y tuuieron los hombres, fueron las que dieron los Angeles, la noche que fue nuestro dia, quando cantaron en los ayres: Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra â los hombres de buena voluntad: y â la salutacion,

que el mejor maestro de la tierra, y del cielo, enseñó a sus allegados, y fauorecidos, fue dezirles, que quando entrassen en alguna casa, dixessen: Paz sea en esta casa. Y otras muchas vezes les dixo: Mi paz os doy, mi paz os dexo, paz sea con vosotros. Bien como joya, y prenda dada, y dexada de tal mano, jöya que sin ella en la tierra, ni en el cielo, puede auer bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra que lo mismo es dezir armas, que guerra. Prosupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto haze ventaja al fin de las letras, vengamos aora à los trabajos del cuerpo del letrado, y à los del professor de las armas, y veasse quales son mayores. De tal manera, y por tan buenos terminos yuà prosiguiendo en su platica don Quixote, que obligò a que por entonces ninguno de los que escuchandole estauan, le tuuiessen por loco. Antes como todos los mas eran caualleros, a quien son anejas las armas, le escuchauan de muy buena gana, y el prosiguio, diziendo: Digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: Principalmente pobreza, (no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el estremo que pueda ser) y en auer dicho que padece pobreza, me parece que no auia que dezir mas de su mala ventura. Porque quien es pobre, no tiene cosa buena, esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto. Pero con todo esso no es tanta que no coma, aunque sea vn poco mas tarde de lo que se vsa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante, este que entre ellos llaman andar à la sopa, y no les falta algun ageno brasero, o chimenea, que sino calienta, alomenos entibie su frio, y en fin la noche duermen muy bien debaxo de cubierta. No quiero llegar a otras menudencias, conuiene a saber de la falta de cami-

camisas, y no sobra de çapatos, la raridad, y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, quando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, aspero, y dificultoso, tropeçando aqui, cayendo alli, leuantandose aculla, tornando a caer acâ, llegan al grado que dessean, el qual alçando a muchos hemos visto (que auiendo passado por estas Siertes, y por estas Scilas, y Caribdis, como lleuados en buelo de la fauorable fortuna) digo que los hemos visto mandar, y gouernar el mundo desde vna silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en vna estera, en reposar en olandas, y damascos. Premio justamente merecido de su virtud, pero contrapuestos, y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atras en todo, como aora dire.

Cap. XXXVIII. Que trata del curioso discurso que hizo don Quixote, de las armas, y las letras.

PRosiguiendo don Quixote, dixo: Pues començamos en el estudiante por la pobreza, y sus partes, veamos si es mas rico el soldado. Y veremos que no ay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque estâ atenido a la miseria de su paga, que viene, o tarde, o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida, y de su cõciencia. Y a vezes suele ser su desnudez tanta, que vn coleto acuchillado le sirue de gala, y de camisa, y en la mitad del inuierno le suele reparar de las inclemencias del cielo. Estando en la campaña rasa, cõ solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vazio, tengo por aueriguado,

guado, que deue de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda. La qual sino es por su culpa, jamas pecara de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y reboluerse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sabanas. Lleguese pues a todo esto el dia, y la hora de recebir el grado de su exercicio: lleguese vn dia de batalla, que alli le pondran la borla en la cabeça, hecha de hilas, para curarle algun balazo, que quiça le aurâ passado las sienes, o le dexara estropeado de braço, o pierna. Y quando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde, y conserue, sano, y viuo, podrâ ser que se quede en la misma pobreza que antes estaua, y q̃ sea menester que suceda vno, y otro rencuentro, vna, y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo. Pero estos milagros vense raras vezes. Pero dezidme señores, si aueys mirado en ello? Quan menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda aueys de responder, que no tienen comparacion ni se pueden reduzir a cuenta los muertos, y que se podran contar los premiados viuos, con tres letras de guarismo. Todo esto es al reues en los letrados, porque de faldas, que no quiero dezir de mangas, todos tienen en que entretenerse. Assi que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder, que es mas facil, premiar â dos mil letrados, que a treynta mil soldados. Porque a aquellos se premian con darles oficios, que por fuerça se han de dar a los de su professiõ: y â estos no se pueden premiar, sino con la misma hazienda del señor a quien siruen: y esta impossibilidad fortifica mas la razon que tengo? Pero dexemos esto â parte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino boluamos â la preemi-

nencia

nencia de las armas, contra las letras. Materia que hasta aora està por auerigua , segun son las razones, que cada vna de su parte alega: y entre las que he dicho, dizē las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas. Por que la guerra tābien tiene sus leyes, y està sugeta a ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras, y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podran sustentar sin ellas. Porque con las armas, se defienden las republicas, se conseruan los Reynos, se guardan las Ciudades, se asseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios. Y finalmēte, si por ellas no fuesse, las republicas, los Reynos, las Monarquias, las Ciudades, los caminos de mar, y tierra estarian sugetos al rigor, y à la confussion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de vsar de sus preuilegios, y de sus fuerças. Y es razon aueriguada, que aquello q̃ mas cuesta, se estima, y deue de estimar en mas. Alcançar alguno a ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguido de cabeça, indigestiones de estomago, y otras cosas a estas aderentes, que en parte ya las tengo referidas. Mas llegar vno por sus terminos a ser buen soldado, le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque a cada passo està a pique de perder la vida. Y que temor de necessidad, y pobreza, puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene vn soldado, que hallandose cercado en alguna fuerça, y estādo de posta, o guarda, en algun rebellin, o cauallero, siente que los enemigos estan minando hàzia la parte donde el està, y no puede apartarse de alli, por ningun caso, ni huyr el peligro, que de tan cerca le amenaza. Solo lo que puede hazer, es, dar noticia a su Capitan de lo que passa, para que lo remedie con alguna contramina, y el estarse quedo temiendo, y esperando, quando impro-

uisamente ha de subir à las nubes sin alas, y baxar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le yguala, o haze ventaja, el de enuestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacio. Las quales enclauijadas, y trauadas, no le queda al soldado mas espacio, del que concede dos pies de tabla del espolon. Y con todo esto, viendo que tiene delante de si tantos ministros de la muerte, que le amenazan, quantos cañones de artilleria le assestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo vna lança, y viendo que al primer descuydo de los pies yria à visitar los profundos senos de Neptuno: y con todo esto, con intrepido coraçon, lleuado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabuzeria, y procura passar por tan estrecho passo al baxel contrario. Y lo que mas es de admirar, que apenas vno ha caydo, donde no se podrà leuantar hasta la fin del mundo, quando otro ocupa su mismo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro, y otro, le sucede, sin dar tiempo al tiẽpo de sus muertes, valentia, y atreuimiento, el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien ayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria, a cuyo inuentor, tengo para mi, que en el infierno se le està dando el premio de su diabolica inuencion, con la qual dio causa, q̃ vn infame, y cobarde braço, quite la vida a vn valeroso cauallero, y que sin saber como, o por donde, en la mitad del corage, y brio, que enciende, y anima a los valientes pechos, llega vna desmandada bala (disparada, de quien quiça huyô, y se espantò, del resplandor que hizo el fuego, al disparar de la maldita maquina) y corta, y caba en vn instante los pensamientos, y vida, de quien la merecia gozar luengos siglos. Y assi considerando esto, estoy por dezir, que en el

el alma me pesa de auer tomado este exercicio de cauallero andante en edad tan detestable, como es esta, en q̃ aora viuimos: porque aunque a mi ningun peligro me pone miedo, toda via me pone rezelo, pensar si la poluora, y el estaño, me han de quitar la ocasion de hazerme famoso, y conocido por el valor de mi braço, y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere seruido, que tanto serê mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto a mayores peligros me he puesto, que se pusieron los caualleros andantes, de los passados siglos. Todo este largo preambulo, dixo don Quixote, en tanto que los demas cenauan, oluidandose de lleuar bocado a la boca, puesto que algunas vezes le auia dicho Sancho Pança, que cenasse, que despues auria lugar, para dezir todo lo que quisiesse. En los que escuchado le auian, sobreuino nueua lastima, de ver que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento, y buen discurso en todas las cosas que tratauan, le huuiesse perdido tan rematadamente, en tratandole de su negra, y pizmienta caualleria. El Cura le dixo, que tenia mucha razon, en todo quanto auia dicho en fauor de las armas, y que el aunque letrado, y graduado, estaua de su mismo parecer. Acabaron de cenar, leuantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija, y Maritornes adereçauan el camaranchon de don Quixote de la Mancha, donde auian determinado, que aquella noche las mugeres solas en el se recogiessen: don Fernando rogò al cautiuo, les contasse el discurso de su vida, porque no podria ser, sino que fuesse peregrino, y gustoso, segun las muestras que auia començado a dar viniendo en compañia de Zorayda. A lo qual respondio el cautiuo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaua, y que solo temia, que el cuento no auia de ser tal, que les diesse el gusto que el desseaua.

Pero que con todo esso, por no faltar en obedecelle le contaria: El Cura, y todos los demas se lo agradecieron, y de nueuo se lo rogaron. Y el viendose rogar de tantos, dixo: Que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerça. Y assi esten vuestras mercedes atentos, y oyràn vn discurso verdadero, à quien podria ser que no llegassen los mentirosos, que con curioso, y pensado artificio, suelen componerse. Con esto que dixo, hizo que todos se acomodassen, y le prestassen vn grande silencio, y el viendo que ya callauan, y esperauan lo que dezir quisiesse, con voz agradable, y reposada començó a dezir desta manera.

Capitul. XXXIX. Donde el cautiuo cuenta su vida, y sucessos.

EN VN Lugar de las montañas de Leon, tuuo principio mi linage, con quien fue mas agradecida, y liberal la naturaleza, que la fortuna. Aunque en la estrecheça de aquellos pueblos, toda via alcãçaua mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si assi se diera maña à conseruar su hazienda, como se la daua en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal, y gastador, le procedio de auer sido soldado los años de su juuentud, Que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se haze franco, y el franco prodigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras vezes. Passaua mi padre los terminos de la liberalidad, y rayaua en los de ser prodigo. Cosa que no le es de ningun prouecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nõbre, y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones, y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre, que segun el dezia, no podia yrse a la

mano contra su condicion, quiso priuarse del instrumẽto, y causa, que le hazia gastador, y dadiuoso, que fue priuarse de la hazienda, sin la qual el mismo Alexandro pareciera estrecho. Y assi llamandanos vn dia á todos tres, a solas en vn aposento, nos dixo vnas razones semejantes a las que aora dirè: Hijos para deziros que os quiero bien, basta saber, y dezir, que soys mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy a la mano, en lo que toca à conseruar vuestra haziẽda. Pues para que entendays desde aqui adelante, que os quiero como padre, y que no os quiero destruyr como padrastro, quiero hazer vna cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada, y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estays ya en edad de tomar estado, ô alomenos de elegir exercicio, tal que quando mayores os honre, y aproueche. Y lo que he pensado, es, hazer de mi hazienda quatro partes, las tres os darè a vosotros, a cada vno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedarè yo, para viuir, y sustentarme los dias que el cielo fuere seruido de darme de vida. Pero querria, q̃ despues que cada vno tuuiesse en su poder la parte que le toca de su hazienda, siguiesse vno de los caminos que le dirè. Ay vn refrã en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breues, sacadas de la luenga, y discreta experiẽcia, y el q̃ yo digo, dize: Iglesia, ô mar, ò casa Real, como si mas claramente dixera. Quien quisiere valer, y ser rico, siga, ò la Iglesia, ô nauegue, exercitando el arte de la mercancia, ô entre à seruir a los Reyes en sus casas, porq̃ dizen: Mas vale migaja de Rey, q̃ merced de señor. Digo esto, porque querria, y es mi volũtad, q̃ vno de vosotros siguiesse las letras, el otro la mercãcia, y el otro siruiesse al Rey en guerra, pues es dificultoso entrar a seruirle en su casa, que ya q̃ la guerra no dê muchas riquezas, suele

dar mucho valor, y mucha fama. Dentro de ocho dias os darè toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en vn ardite, como lo vereys por la obra. Dezidme aora, si quereys seguir mi parecer, y consejo en lo que os he propuesto, y mãdandome a mi por ser el mayor, que respondiesse. Despues de auerle dicho que no se deshiziesse de la hazienda, sino que gastasse todo lo que fuesse su voluntad, que nosotros eramos moços para saber ganarla, vine a concluyr, en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el exercicio de las armas, siruiendo en el a Dios, y a mi Rey. El segundo hermano, hizo los mismos ofrecimientos, y escogio el yrse a las Indias, lleuando empleada la hazienda que le cupiesse. El menor, y a lo que yo creo el mas discreto, dixo que queria seguir la Iglesia, ò yrse à acabar sus començados estudios a Salamanca. Assi como acabamos de concordarnos, y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abraçô a todos, y con la breuedad que dixo, puso por obra quãto nos auia prometido, y dando a cada vno su parte, que a lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porq̃ vn nuestro tio compró toda la hazienda, y la pagò de contado, porque no saliesse del tronco de la casa. En vn mismo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mismo, pareciendome a mi ser inhumanidad, que mi padre quedasse viejo, y con tan poca hazienda, hize con el, que de mis tres mil tomasse los dos mil ducados, porque a mi me bastaua el resto, para acomodarme, de lo que auia menester vn soldado. Mis dos hermanos mouidos de mi exemplo, cada vno le dio mil ducados. De modo, que a mi padre le quedaron quatro mil ducados en dinero, y mas tres mil, que à lo que parece valia la hazienda q̃ le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en rayzes. Digo en fin, q̃ nos despedimos del, y de aquel nuestro tio q̃ he dicho, no sin mucho

senti-

sentimiento, y lagrimas de todos, encargandonos, que les hiziessemos saber todas las vezes que huuiesse comodidad para ello, de nuestros sucessos, prosperos, ò aduersos. Prometimosselo, y abraçandonos, y echandonos su bendicion, el vno tomô el viage de Salamanca, y el otro de Seuilla, y yo el de Alicante, adonde tuue nueuas que auia vna naue Ginouesa, que cargaua alli lana para Genoua. Este hará veynte y dos años, que sali de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido del, ni de mis hermanos nueua alguna. Y lo que en este discurso de tiempo he passado, lo dire breuemente. Embarqueme en Alicante, lleguè con prospero viage a Genoua, fuy desde alli a Milan, donde me acomodè de armas, y de algunas galas de soldado, de donde quise yr à assentar mi plaça al Piamonte, y estando ya de camino para Alexandria de la Palla, tuue nueuas que el gan Duque de Alua passaua à Flandes. Mudè proposito, fuyme con el, seruile en las jornadas que hizo, halleme en la muerte de los Condes de Eguemon, y de Hornos, alcancè a ser Alferez de vn famoso Capitan de Guadalajara, llamado Diego de Vrbina. Y acabo de algun tiempo que lleguè a Flandes, se tuuo nueuas de la liga, que la Santidad del Papa Pio quinto de Felice recordacion, auia hecho con Venecia, y con España, contra el enemigo comun, que es el Turco. El qual en aquel mismo tiempo auia ganado con su armada la famosa Isla de Chipre, q̄ estaua debaxo del dominio de Venecianos, perdida lamentable, y desdichada. Supose cierto que venia por General desta liga el serenissimo don Iuan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey don Felipe. Diuulgose el grandissimo aparato de guerra que se hazia. Todo lo qual me incitò, y comouio el animo, y el desseo de verme en la jornada que se esperaua: y aunque tenia barruntos, y casi promessas ciertas, de que en

la primera ocasion que se ofreciesse, seria promouido a Capitan, lo quise dexar todo, y venirme, como me vine a Italia. Y quiso mi buena suerte, que el señor don Iuan de Austria acabaua de llegar â Genoua, que passaua à Napoles, â juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Micina. Digo en fin, que yo me hallé en aquella felicissima jornada, ya hecho Capitan de Infanria, à cuyo honroso cargo me subio mi buena suerte, mas que mis merecimientos. Y aquel dia, q̃ fue para la Christiandad tan dichoso, porque en el se desengañò el mundo, y todas las naciones, del error en que estauan, creyẽdo que los Turcos eran inuencibles por la mar, en aquel dia digo, donde quedò el orgullo, y soberuia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como alli huuo. Porque mas ventura tuuieron los Christianos que alli murieron, que los que viuos, y vencedores quedaron. Yo solo fuy el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los Romanos siglos, alguna naual corona, me vi aquella noche, que siguio a tan famoso dia, con cadenas a los pies, y esposas a las manos. Y fue desta suerte, que auiendo el Vchali Rey de Argel, atreuido, y venturoso cosario, enuestido, y rendido la Capitana de Malta, que solos tres caualleros quedaron viuos en ella, y estos mal heridos, acudio la Capitana de Iuan Andrea à socorrella en la qual yo yua con mi compañia, y haziendo lo que deuia en ocasion semejante, salte en la galera contraria, la qual desuiandose de la que auia euestido, estoruò que mis soldados me siguiessen, y assi me hallè solo entre mis enemigos, a quien no pude resistir por ser tantos, en fin me rindieron lleno de heridas. Y como ya aueys señores oydo dezir, que el Vchali se saluò con toda su esquadra, vine yo a quedar cautiuo en su poder, y solo fuy el triste entre tantos alegres, y el cautiuo entre tantos libres, porque fueron quinze mil

Chris-

Christianos los que aquel dia alcançaron la desseada libertad, que todos veniã al remo en la Turquesca armada. Lleuaronme a Costantinopla, donde el gran Turco Selin hizo General de la mar a mi amo, porque auia hecho su deuer en la batalla, auiendo lleuado por muestra de su valor el Estandarte de la religion de Malta. Halleme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Nauarino, bogando en la Capitana de los tres fanales. Vi, y noté la ocasion q̃ alli se perdio, de no coger en el puerto toda el armada Turquesca. Porque todos los Leuãtes, y Gènizaros, que en ella venian, tuuieron por cierto, que les auian de enuestir dentro del mesmo puerto, y tenian à punto su ropa, y passamaques, que son sus çapatos, para huuirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que auian cobrado a nuestra armada. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa, ni descuydo del General, que a los nuestros regia, sino por los pecados de la Christiandad: y porque quiere, y permite Dios, que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto el Vchali se recogio a Modon, que es vna isla que està junto a Nauarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estuuose quedo, hasta que el señor don Iuã se boluio. En este viage se tomò la galera, que se llamaua la Presa, de quien era Capitan vn hijo de aquel famoso cossario Barbaroxa: tomola la Capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados por aquel venturoso, y jamas vencido Capitan don Aluaro de Baçan, Marques de santa Cruz. Y no quiero dexar de dezir lo que sucedio en la presa de la Presa. Era tã cruel el hijo de Barbaroxa, y trataua tã mal a sus cautiuos, que assi como los que venian al remo vieron que la galera Loba les yua entrando, y que los alcançaua, soltaron todos a vn tiempo los remos, y asieron de su Capitan, q̃

estaua sobre el estanterol, gritando que bogassen a priessa, y passandole de banco en banco, de popa à proa, le dieron bocados, que a poco mas que passò del arbol, ya auia passado su anima al infierno. Tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataua, y el odio que ellos le tenian. Boluimos a Constantinopla, y el año siguiente, que fue el de setenta, y tres, se supo en ella, como el señor dō Iuan auia ganado a Tunez, y quitado aquel Reyno a los Turcos, y puesto en possession del a Muley Hamet, cortando las esperanças que de boluer a reynar en el tenia Muley Hamida, el Moro mas cruel, y mas valiēte que tuuo el mundo. Sintio mucho esta perdida el gran Turco, y vsando de la sagazidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas que el la desseauan: y el año siguiente de setenta y quatro, acometio a la Goleta, y al fuerte, que junto a Tunez auia dexado medio leuantado el señor don Iuā. En todos estos trances andaua yo al remo, sin esperança de libertad alguna: alomenos no esperaua tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escriuir las nueuas de mi desgracia à mi Padre. Perdiose en fin la Goleta, perdiose el fuerte, sobre las quales plaças huuo de soldados Turcos, pagados, setenta y cinco mil: y de Moros, y Alarabes de toda la Africa, mas de quatrocientos mil, acompañado este tan gran numero de gente con tantas municiones, y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos, y a puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta, y el fuerte. Perdiose primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdio por culpa de sus defensores, los quales hizieron en su defensa todo aquello que deuian, y podian, sino porque la experiencia mostrò la facilidad con que se podian leuantar trincheas en aquella desierta arena, porque a dos palmos se hallaua agua, y los Turcos no la hallaron

llaron a dos varas: y asi con muchos sacos de arena leuantaron las trincheas tan altas, que sobre pujauan las murallas de la fuerça, y tirandoles a cauallero, ninguno podia parar, ni asistir a la defensa. Fue comun opinion, que no se auian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña, al desembarcadero: y los que esto dizen hablan de lexos, y con poca experiencia de casos semejantes: porque si en la Goleta, y en el fuerte a penas auia siete mil soldados, como podia tan poco numero (aunque mas esforçados fuessen) salir a la campaña, y quedar en las fuerças, contra tanto como era el de los enemigos? Y como es posible dexar de perderse fuerça que no es socorrida, y mas quando la cercan enemigos muchos, y porfiados, y en su misma tierra. Pero a muchos les parecio, y asi me parecio a mi, que fue particular gracia, y merced que el cielo hizo a España, en permitir q̃ se assolasse aquella oficina, y capa de maldades, y aquella gomia, ô esponja, y polilla de la infinidad de dineros, que alli sin prouecho se gastauan, sin seruir de otra cosa, que de conseruar la memoria de auerla ganado, la felicissima del inuictissimo Carlos Quinto, como si fuera menester para hazerla eterna (como lo es, y serâ) que aquellas piedras la sustentarã? Perdiose tambiẽ el fuerte, pero fueronle ganando los Turcos palmo a palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa, y fuertemente, que passaron de veynte, y cinco mil enemigos los que mataron en veynte y dos assaltos generales que les dieron. Ninguno cautiuaron sano, de trecientos que quedaron viuos, señal cierta, y clara de su esfuerço, y valor, y de lo bien que se auian defendido, y guardado sus plaças. Rindiose a partido vn pequeño fuerte, ô torre que estaua en mitad del estaño, a cargo de don Iuan Zonaguera, cauallero Valenciano, y famoso soldado. Cautiuaron a don Pedro Puertocarrero,

General de la Goleta, el qual hizo quanto fue possible, por defender su fuerça, y sintio tanto el auerla perdido, que de pesar murio en el camino de Constantinopla, donde le lleuauan cautiuo. Cautiuaron ansi mismo al General del Fuerte, que se llamaua, Gabrio Cerbellon, cauallero Milanes, grande ingeniero, y valentissimo soldado. Murieron en estas dos fuerças muchas personas de Cuenta, de las quales fue vna, Pagan de Oria, cauallero del habito de san Iuan, de condicion generoso, como lo mòstrò la suma liberalidad que vsó con su hermano el famoso Iuan Andrea de Oria: y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fue auer muerto a manos de vnos Alarabes, de quiẽ se fió viendo ya perdido el Fuerte, que se ofrecieron de lleuarle en habito de Moro a Tabarca, que es vn portezuelo, ò casa que en aquellas riberas tienen los Ginoueses, que se exercitan en la pesqueria del coral. los quales Alarabes le cortaron la cabeça, y se la truxeron al General de la armada Turquesca: el qual cumplio con ellos nuestro refran Castellano. Que aunque la traycion aplaze, el traydor se aborrece: y assi se dize, que mandò el General ahorcar a los que le truxeron el presente, porque no se le auian traydo viuo. Entre los Christianos que en el Fuerte se perdieron, fue vno llamado don Pedro de Aguilar natural no se de que lugar del Andaluzia, el qual auia sido Alferez en el Fuerte, soldado de mucha cuẽta, y de raro entendimiẽto: especialmente tenia particular gracia en lo que llaman Poesia. Digolo, porque su suerte le truxo a mi galera, y a mi banco, y a ser esclauo de mi mismo Patron: y antes que nos partiessemos de aquel puerto, hizo este cauallero dos Sonetos, a manera de epitafios, el vno a la Goleta, y el otro al Fuerte. Y en verdad que los tengo de dezir, porque los se de memoria, y creo que antes causaran gusto que pesadumbre. En el punto que el cautiuo

nom-

nombrò a don Pedro de Aguilar, don Fernando mirô a sus camaradas, y todos tres se sonriyeron: y quando llegè a dezir de los Sonetos, dixo el vno, Antes que vuestra merced passe adelante, le suplico me diga, que se hizo esse don Pedro de Aguilar que ha dicho? Lo que se es, respondio el cautiuo, que al cabo de dos años que estuuo en Constantinopla, se huyó en trage de Arnaute, con vn Griego espia, y no se si vino en libertad: puesto que creo que si, porque de alli a vn año vi yo al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el sucesso de aquel viage. Pues no fue, respondio el cauallero, porque esse don Pedro es mi hermano, y està aora en nuestro lugar, bueno, y rico, casado, y con tres hijos. Gracias sean dadas a Dios, dixo el cautiuo, por tantas mercedes como le hizo, porque no ay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se yguale à alcançar la libertad perdida. Y mas replicò el cauallero, que yo se los Sonetos que mi hermano hizo. Digalos pues Vuessa merced, dixo el cautiuo, que los sabrà dezir mejor que yo. Que me plaze, respondio el cauallero: y el de la Goleta dezia assi:

Cap. XL. Donde se prosigue la historia del cautiuo.

SONETO.

Almas dichosas que del mortal velo
Libres, y essentas, por el bien que obrastes,
Desde la baxa tierra os leuantastes
A lo mas alto, y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira, y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerça exercitastes,
Que en propia, y sangre agena colorastes
El mar vezino, y arenoso suelo.

Prime-

Primero que el valor, faltò la vida
En los cansados braços, que muriendo
Con ser vencidos lleuan la vitoria.
Y esta vuestra mortal triste cayda,
Entre el muro, y el hierro os va adquiriendo
Fama, que el mundo os da, y el cielo gloria.

Dessa misma manera le se yo, dixo el cautiuo. Pues el del Fuerte, si mal no me acuerdo, dixo el cauallero, dize assi.

SONETO

De entre esta tierra esteril, derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados,
Subieron viuas a mejor morada.
Siendo primero en vano exercitada
La fuerça de sus braços esforçados,
Hasta que al fin de pocos, y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los passados siglos, y presentes.
Mas no mas justas de su duro seno
Auran al claro cielo almas subido,
Ni aun el sostuuo cuerpos tan valientes,

No parecieron mal los Sonetos, y el cautiuo se alegrò con las nueuas que de su camarada le dieron: y prosiguiendo su cuento, dixo: Rendidos pues la Goleta, y el Fuer-

Fuerte, los Turcos dieron orden en desmantelar la Goleta, porque el Fuerte quedô tal, que no huuo que poner por tierra: y para hazerlo con mas breuedad, y menos trabajo, la minaron por tres partes, pero con ninguna se pudo bolar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas: y todo aquello que auia quedado en pie de la fortificacion nueua, que auia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino a tierra. En resolucion, la armada boluio a Constantinopla, triunfante, y vencedora: y de alli a pocos meses murio mi amo el Vchali, al qual llamauan, Vchali Fartax, que quiere dezir en lengua Turquesca, el renegado tiñoso, porque lo era: y es costumbre entre los Turcos, ponerse nombres de alguna falta que tengan, ò de alguna virtud que en ellos aya. Y esto es, porque no ay entre ellos, sino quatro apellidos de linages, que deciendén de la casa Otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre, y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del animo: y este tiñoso bogò al remo, siendo esclauo del gran señor catorze años, y a mas de los 34. de su edad renegó, de despecho de que vn Turco estando al remo, le dio vn bofeton, y por poderse vengar, dexò su fè: y fue tanto su valor, que sin subir por los torpes medios, y caminos q̃ los mas priuados del gran Turco suben, vino a ser Rey de Argel, y despues à ser General de la mar, q̃ es el tercero cargo que ay en aquel señorio. Era Calabres de nacion, y moralmente fue hombre de bien, y trataua con mucha humanidad a sus cautiuos, que llegò a tener tres mil, los quales despues de su muerte se repartieron, como el lo dexô en su testamento, entre el gran señor (que tambiẽ es hijo heredero de quantos mueren, y entra à la parte con los mas hijos que dexa el difunto) y entre sus renegados: y yo cupe a vn renegado Veneciano, que siendo grumete de vna naue, le cautiuò el Vchali, y le quiso tãto, que

que fue vno de los mas regalados garzones suyos, y el vino a ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamauase Azanaga, y llegô a ser muy rico, y a ser Rey de Argel, con el qual yo vine de Constantinopla algo contento, por estar tan cerca de España, no porque pensasse escriuir a nadie el desdichado sucesso mio, sino por ver si me era mas fauorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya auia prouado mil maneras de huyrme, y ninguna tuuo sazon, ni ventura: y pensaua en Argel buscar otros medios de alcançar lo que tanto desseaua, porque jamas me desamparó la esperança de tener libertad, y quando en lo que fabricaua, pensaua, y y ponia por obra, no correspondia el sucesso a la intencion, luego sin abandonarme, fingia, y buscaua otra esperança que me sustentasse, aunque fuesse debil, y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en vna prision, ó casa, que los Turcos llaman baño, donde encierran los cautiuos Christianos, assi los que son del Rey, como de algunos particulares, y los que llaman del Almazen, que es como dezir, cautiuos del Consejo, que siruen a la ciudad en las obras publicas que haze, y en otros oficios: y estos tales cautiuos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun, y no tienen amo particular, no ay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen lleuar a sus cautiuos algunos particulares del pueblo, principalmente quando son de rescate, porque alli los tienen holgados, y seguros, hasta que venga su rescate. Tambien los cautiuos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, sino es quando se tarda su rescate, que entonces, por hazerles que escriuan por el con mas ahinco les hazen trabajar, y yr por leña con los demas, que es vn no pequeño trabajo. Yo pues era vno de los de rescate, que como se supo que

era Capitan, puesto que dixe mi poca posibilidad, y falta de hazienda, no aprouechó nada para que no me pusiessen en el numero de los caualleros, y gente de rescate. Pusieronme vna cadena mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y asi passaua la vida en aquel baño con otros muchos caualleros, y gente principal, señalados, y tenidos por de rescate. Y aunque la hambre, y desnudez pudiera fatigarnos a vezes, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaua tanto, como oyr, y ver a cada passo las jamas vistas, ni oydas crueldades que mi amo vsaua con los Christianos. Cada dia ahorcaua el suyo, empalaua a este, desorejaua aquel, y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los Turcos conocian que lo hazia no mas de por hazerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el genero humano. Solo libró bien con el vn soldado Español, llamado tal de Saauedra, el qual con auer hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcançar libertad, jamas le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dixo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temiamos todos que auia de ser empalado, y asi lo temio el mas de vna vez: y sino fuera porque el tiẽpo no da lugar, yo dixera aora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros, y admiraros, harto mejor q̃ con el cuẽto de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision, caían las ventanas de la casa de vn Moro rico, y principal, las quales, como de ordinario son las de los Moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosias muy espessas, y apretadas. Acaecio pues, que vn dia estando en vn terrado de nuestra prision, con otros tres compañeros, haziendo pruevas de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo, estando solos, porque todos los demas Christianos auian

salido

ſalido a trabajar, alcè a caſo los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho parecia vna caña, y al remate della pueſto vn lienço atado, y la caña ſe eſtaua blandeando, y mouiendoſe, caſi como ſi hiziera ſeñas, que llegaſſemos a tomarla. Miramos en ello, y vno de los que conmigo eſtauan, fue a ponerſe debaxo de la caña, por ver ſi la ſoltauan, ò lo que hazian: pero aſſi como llegô alçaron la caña, y la mouieron a los dos lados, como ſi dixeran, no, con la cabeça. Boluioſe el Chriſtiano, y tornaronla á baxar, y hazer los miſmos mouimientos que primero. Fue otro de mis compañeros, y ſucediole lo miſmo que al primero. Finalmente fue el tercero, y auinole lo que al primero, y al ſegundo. Viẽdo yo eſto, no quiſe dexar de prouar la ſuerte, y aſsi como lleguè a ponerme debaxo de la caña, la dexarõ caer, y dio a mis pies dentro del baño: acudi luego a deſatar el lienço, en el qual vi vn nudo, y dentro del venian diez zianiys, que ſon vnas monedas de oro baxo, que vſan los Moros, que cada vna vale diez reales de los nueſtros. Si me holgue con el hallazgo, no ay para que dezirlo, pues fue tanto el contento, como la admiracion de penſar de donde podia venirnos aquel bien, eſpecialmente a mi, pues las mueſtras de no auer querido ſoltar la caña ſino a mi, claro dezian, que a mi ſe hazia la merced. Tomè mi buen dinero, quebrè la caña, boluime al terradillo, mire la ventana, y vi que por ella ſalia vna muy blanca mano, que la abrian, y cerrauan muy aprieſſa. Con eſto entendimos, o imaginamos, que alguna muger que en aquella caſa viuia, nos deuia de auer hecho aquel beneficio: y en ſeñal de que lo agradeciamos, hizimos zalemas a vſo de Moros, inclinando la cabeça, doblando el cuerpo, y poniendo los braços ſobre el pecho. De alli a poco ſacaron por la miſma ventana vna pequeña cruz, hecha de cañas, y luego la boluieron a entrar. Eſta ſeñal nos confir-

confirmò, en que alguna Christiana deuia de estar cautiua en aquella casa, y era la que el bien nos hazia: pero la blancura de la mano, y las axorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos, que deuia de ser Christiana renegada, à quien de ordinario suelen tomar por legitimas mugerer sus mismos amos, y aun lo tienen a ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos, dimos muy lexos de la verdad del caso, y assi todo nuestro entretenimiento desde alli adelante, era mirar, y tener por norte, a la ventana donde nos auia aparecido la estrella de la caña: pero bien se passaron quinze dias en qne no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna. Y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud, saber quien en aquella casa viuia, y si auia en ella alguna Christiana renegada, jamas huuo quiẽ nos dixesse otra cosa, sino que alli viuia vn Moro principal, y rico, llamado Agimorato, Alcayde que auia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad. Mas quando mas descuydados estauamos, de que por alli auian de llouer mas zianiys, vimos a deshora parecer la caña. y otro lienço en ella, con otro ñudo mas crecido: y esto fue a tiempo que estaua el baño como la vez passada, solo, y sin gente. Hizimos la acostumbrada prueua, yendo cada vno primero que yo, de los mismos tres que estauamos, pero a ninguno se rindio la caña sino a mi, porque en llegando yo la dexaron caer. Desatè el ñudo, y hallè quarenta escudos de oro Españoles, y vn papel escrito en Arabigo, y al cabo de lo escrito hecha vna grande cruz. Besè la cruz, tomê los escudos, boluime al terrado, hizimos todos nuestras zalemas, tornô a parecer la mano, hize señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos, y alegres con lo sucedido, y como ninguno de nosotros no enten-

dia el Arabigo, era grande el desseo que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyesse. En fin yo me determiné de fiarme de vn renegado, natural de Murcia, que se auia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligauan a guardar el secreto que le encargasse: porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de boluerse a tierra de Christianos, traer consigo algunas firmas de cautiuos principales, en que dan fè en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien a Christianos, y que lleua desseo de huyrse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos ay, que procuran estas fees con buena intencion: otros se siruen dellas, a caso, y de industria: que viniendo a robar a tierra de Christianos, si a dicha se pierden, ò los cautiuan, sacan sus firmas. y dizen, que por aquellos papeles se verà el proposito con que venian, el qual era, de quedarse en tierra de Christianos, y que por esso venian en corso con los demas Turcos. Con esto se escapan de aquel primer impetu, y se reconcilian con la Iglesia, sin que se les haga daño, y quando ven la suya, se bueluen a Berberia á ser lo que antes eran. Otros ay que vsan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de Christianos. Pues vno de los renegados que he dicho, era este amigo, el qual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditauamos quanto era possible: y si los Moros le hallaran estos papeles, le quemaran viuo. Supe que sabia muy bien Arabigo, y no solamente hablarlo, sino escriuirlo. Pero antes que del todo me declarasse con el, le dixe, que me leyesse aquel papel, que acaso me auia hallado en vn agugero de mi rancho. Abriole, y estuuo vn buen espacio mirandole, y construyendole, murmurando entre los dientes Preguntele,

guntele. si lo entendia? Dixome, que muy bien, y que si queria que me lo declarasse palabra por palabra, que le diesse tinta, y pluma, porque mejor lo hiziesse. Dimosle luego lo que pedia, y el poco a poco lo fue traduziẽdo: y en acabando, dixo: Todo lo que va aqui en Romãce sin faltar letra, es lo que contiene este papel Morisco: y hase de aduertir, que adonde dize, Lela Marien, quiere dezir, nuestra Señora la Virgen Maria. Leymos el papel, y dezia assi.

Quando yo era niña, tenia mi padre vna esclaua, la qual en mi lengua me mostrô la Zala Christianesca, y me dixo muchas cosas de Lela Marien. La Christiana murio, y yo se que no fue al fuego, sino con Ala, porque despues la vi dos vezes, y me dixo, que me fuesse a tierra de Christianos, a ver a Lela Marien, que me queria mucho. No se yo como vaya, muchos Christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido cauallero, sino tu. Yo soy muy hermosa, y muchacha, y tengo muchos dineros que lleuar conmigo. Mira tu si puedes hazer como nos vamos, y serâs allá mi marido, si quisieres, y sino quisieres, no se me darà nada, que Lela Marien me darà con quien me case. Yo escriui esto, mira à quien lo das a leer, no te fies de ningun Moro, porque son todos marfuzes. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras a nadie, porque si mi padre lo sabe, me echarà luego en vn pozo, y me cubrirà de piedras. En la caña pondrè vn hilo, ata alli la respuesta: y sino tienes quien te escriua Arabigo, dimelo por señas, que Lela Marien hará que te entienda. Ella, y Ala te guarde, y essa cruz que yo beso muchas vezes, que assi me lo mandò la cautiua.

Mirad, señores, si es razon que las razones deste papel nos admirassen, y alegrassẽ, y assi lo vno, y lo otro fue

de manera, que el renegado entendio, que no a caso se auia hallado aquel papel, sino que realmente à alguno de nosotros se auia escrito, y assi nos rogò, que si era verdad lo que sospechaua, que nos fiassemos del, y se lo dixessemos, que el auenturaria su vida por nuestra libertad, y diziendo esto, sacò del pecho vn crucifixo de metal, y con muchas lagrimas jurô por el Dios que aquella imagen representaua, en quien el, aunque pecador, y malo, bien, y fielmente creia, de guardarnos lealtad, y secreto, en todo quanto quisiessemos descubrirle, porque le parecia, y casi adeuinaua, que por medio de aquella que aquel papel auia escrito, auia el, y todos nosotros de tener libertad, y verse el en lo que tanto desseaua, que era reduzirse al gremio de la santa Iglesia su madre, de quien como miembro podrido estaua diuidido, y apartado por su ignorancia, y pecado. Con tantas lagrimas, y con muestras de tanto arrepentimiento dixo esto el renegado, que todos de vn mismo parecer consentimos, y venimos en declarar la verdad del caso, y assi le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostramosle la ventanilla por donde parecia la caña, y el marcò desde alli la casa, y quedò de tener especial, y gran cuydado, de informarse quien en ella viuia. Acordamos ansi mismo, que seria bien responder al villete de la Mora: y como teniamos quien lo supiesse hazer, luego al momento el renegado escriuio las razones que yo le fuy notando, que puntualmente fueron las que dirê, porque de todos los puntos sustanciales que en este sucesso me acontecieron, ninguno se me ha ydo de la memoria, ni aun se me yrá en tanto que tuuiere vida. En efeto, lo que a la Mora se le respondio, fue esto.

El verdadero Ala te guarde, señora mia, y aquella ben-

bendita Marien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en coraçon, que te vayas a tierra de Christianos, porque te quiere bien. Ruegale tu que se sirua de darte a entender, como podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que si harâ. De mi parte, y de la de todos estos Christianos que estan conmigo, te ofrezco de hazer por ti todo lo que pudieremos, hasta morir. No dexes de escriuirme, y auisarme lo que pensares hazer, que yo te responderé siempre, que el grande Alâ nos ha dado vn Christiano cautiuo, que sabe hablar, y escriuir tu lengua, tan bien como lo verás por este papel. Assi que sin tener miedo, nos puedes auisar de todo lo que quisieres. A lo que dizes, que si fueres a tierra de Christianos, que has de ser mi muger, yo te lo prometo, como buen Christiano: y sabe que los Christianos cumplen lo que prometen, mejor que los Moros. Ala, y Marien su Madre sean en tu guarda, señora mia.

Escrito, y cerrado este papel, aguardè dos dias a que estuuiesse el baño solo, como solia, y luego sali al passo acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, q̃ no tardó mucho en assomar. Assi como la vi, aunque no podia ver quien la ponia, mostrê el papel, como dando a entender, que pusiessen el hilo: pero ya venia puesto en la caña, al qual atè el papel, y de alli a poco tornó a parecer nuestra estrella con la blanca vandera de paz del atadillo, dexaronla caer, y alcela yo, y hallè en el paño en toda suerte de moneda, de plata, y de oro, mas de cincuenta escudos, los quales cinquenta vezes mas doblaron nuestro contento, y confirmaron la esperança de tener libertad. Aquella misma noche boluio nuestro renegado, y nos dixo, que auia sabido que en aquella casa viuia el mismo Moro que a nosotros nos auian dicho q̃ se llamaua Agimorato, riquissimo por todo estremo,

el qual tenia vna sola hija, heredera de toda su hazienda: y que era comun opinion en toda la ciudad, ser la mas hermosa muger de la Berberia: y que muchos de los Virreyes que alli venian la auian pedido por muger, y que ella nunca se auia querido casar: y que tambien supo, que tuuo vna Christiana cautiua, que ya se auia muerto. Todo lo qual concertaua con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado, en que orden se tendria para sacar a la Mora, y venirnos todos a tierra de Christianos: y en fin se acordô por entonces, que esperassemos al auiso segundo de Zorayda, que assi se llamaua la que aora quiere llamarse Maria. Porque bien vimos, que ella, y no otra alguna era la que auia de dar medio a todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dixo el renegado, que no tuuiessemos pena, que el perderia la vida, ô nos pondria en libertad. Quatro dias estuuo el baño con gente, que fue ocasion que quatro dias tardasse en parecer la caña: al cabo de los quales en la acostumbrada soledad del baño parecio con el lienço tan preñado, que vn felicissimo parto prometia. Inclinose a mi la caña, y el lienço, hallè en el otro papel, y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaua alli el renegado, dimosle a leer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dixo que assi dezia.

Yo no se, mi señor, como dar orden que nos vamos a España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hazer, es, que yo os darè por esta ventana muchissimos dineros de oro, rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya vno en tierra de Christianos, y compre allà vna barca, y buelua por los demas, y a mi me hallarà en el jardin de mi padre, que està a la puerta de Babazon, junto a la marina, donde tengo de estar todo este Verano con mi padre, y con mis criados: de alli de noche me podreys sacar sin

miedo,

miedo, y lleuarme a la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque sino yo pedirê a Marien que te castigue. Si note fias de nadie, que vaya por la barca, rescatate tu, y ve, que yo se que bolnerás mejor que otro, pues eres cauallero, y Christiano. Procura saber el jardin, y quando te passees por aî sabrè que estâ solo el baño, y te darè mucho dinero. Ala te guarde, señor mio.

Esto dezia, y contenia el segundo papel: lo qual visto por todos, cada vno se ofrecio a querer ser el rescatado, y prometio de yr, y boluer con toda puntualidad, y tambien yo me ofreci a lo mismo: a todo lo qual se opusó el renegado, diziendo, q̃ en ninguna manera consintiria que ninguno saliesse de libertad, hasta que fuessen todos juntos, porque la experiencia le auia mostrado, quan mal cumplian los libres las palabras que dauan en el cautiuerio: porque muchas vezes auian vsado de aquel remedio algunos principales cautiuos rescatando a vno que fuesse a Valencia, ô Mallorca con dineros para poder armar vna barca, y boluer por los que le auian rescatado, y nunca auian buelto: porque de la libertad alcançada, y el temor de no boluer a perderla, les borraua de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos dezia, nos contó breuemẽte vn caso que casi en aquella misma sazon auia acaecido a vnos caualleros Christianos, el mas estraño que jamas sucediò en aquellas partes, donde a cada passo suceden cosas de grande espanto, y de admiracion. En efeto el vino a dezir, que lo que se podia, y deuia hazer, era, que el dinero que se auia de dar para rescatar al Christiano, que se le diesse a el, para comprar alli en Argel vna barca, con achaque de hazerse mercader, y tratante en Tetuan, y en aquella costa, y que siendo el señor de la barca facilmente se daria

traça para sacarlos del baño, y embarcarlos a todos. Quanto mas que si la Mora, como ella dezia, daua dineros para rescatarlos a todos, que estando libres era facilisima cosa aun embarcarse en la mitad del dia: y que la dificultad que se ofrecia mayor, era, que los Moros no consienten, que renegado alguno compre, ni tenga barca, sino es baxel grande para yr en corso: porque se temen, que el que compra barca, principalmẽte si es Español, no la quiere sino para yrse a tierra de Christianos: pero que el facilitaria este inconueniente, con hazer que vn Moro Tangerino fuesse a la parte con el en la compañia de la barca, y en la ganancia de las mercancias, y cõ esta sombra el vendria à ser señor de la barca, con que daua por acabado todo lo demas. Y puesto que a mi, y a mis camaradas nos auia parecido mejor lo de embiar por la barca à Mallorca, como la Mora dezia, no osamos contradezirle, temerosos que si no haziamos lo que el dezia, nos auia de descubrir, y poner a peligro de perder las vidas, si descubriesse el trato de Zorayda, por cuya vida dieramos todos las nuestras: y assi determinamos de ponernos en las manos de Dios, y en las del renegado. Y en aquel mismo punto se le respondio a Zorayda, diziendole que hariamos todo quantó nos aconsejaua, porque lo auia aduertido tan bien, como si Lela Marien se lo huuiera dicho, y que en ella sola estaua dilatar aquel negocio, ò ponello luego por obra. Ofrecimele de nueuo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaecio a estar solo el baño, en diuersas vezes con la caña, y el paño, nos dio dos mil escudos de oro, y vn papel donde dezia, que el primer Iuma, que es el Viernes, se yua al jardin de su padre, y que antes que se fuesse nos daria mas dinero: y que si aquello no bastasse, que se lo auisassemos, que nos daria quanto le pidiessemos, que su padre tenia tantos, que no le echariamos menos, quanto mas, que

que ella tenia las llaues de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado, para comprar la barca: con ochocientos me rescatè yo, dando el dinero a vn mercader Valenciano, que a la sazon se hallaua en Argel, el qual me rescató del Rey, tomandome sobre su palabra, dandola de que con el primer baxel que viniesse de Valencia pagaria mi rescate. Porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que auia muchos dias que mi rescate estaua en Argel, y que el mercader por sus grangerias lo auia callado. Finalmente, mi amo era tan cauiloso, que en ninguna manera me atreui a que luego se desembolsasse el dinero. El Iueues antes del Viernes, que la hermosa Zorayda se auia de yr al jardin, nos dio otros mil escudos, y nos auisò de su partida: rogandome, que si me rescatasse supiesse luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscasse ocasion de yr allá, y verla. Respondile en breues palabras, que assi lo haria, y que tuuiesse cuydado de encomendarnos a Lela Mariē, con todas aquellas oraciones que la cautiua le auia enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatassen, por facilitar la salida del baño: y porque viendome a mi rescatado, y a ellos no, pues auia dinero, no se alborotassen, y les persuadiesse el diablo que hiziessen alguna cosa en perjuyzio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran, me podia assegurar deste temor, con todo esso no quise poner el negocio en auentura, y assi los hize rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza, y seguridad, pudiesse hazer la fiança: al qual nunca descubrimos nuestro trato, y secreto, por el peligro que auia.

(:?:)

Capit. XLI. Donde toda via prosigue el cautiuo su sucesso.

NO SE Passaron quinze dias, quando ya nuestro renegado tenia comprada vna muy buena barca, capaz de mas de treynta personas: y para assegurar su hecho, y dalle color, quiso hazer, como hizo, vn viage a vn lugar que se llama Sargel, que está treynta leguas de Argel hàzia la parte de Oran, en el qual ay mucha contratacion de higos passos. Dos, ó tres vezes hizo este viage en compañia del Tagarino que auia dicho. Tagarino llaman en Berberia à los Moros de Aragon: y a los de Granada, Mudejares: y en el Reyno de Fez llaman a los Mudejares, Elchès, los quales son la gẽte de quien aquel Rey mas se sirue en la guerra. Digo pues, que cada vez que passaua con su barca daua fondo en vna caleta, que estaua no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaua: y alli muy de proposito se ponia el renegado con los Morillos que bogauan el remo, ò ya à hazer la çala, ò a como por ensayarse de burlas, a lo que pensaua hazer de veras; y assi se yua al jardin de Zorayda, y le pedia fruta, y su padre se la daua sin conocelle: y aũque el quisiera hablar a Zorayda, como el despues me dixo, y dezille que el era el que por orden mia la auia de lleuar a tierra de Christianos, que estuuiesse contenta, y segura, nunca le fue possible, porque las Moras no se dexan ver de ningun Moro, ni Turco, sino es que su marido, ò su padre se lo manden. De Christianos cautiuos se dexan tratar, y comunicar, aun mas de aquello que seria razonable: y a mi me huuiera pesado que el la huuiera hablado, que quiça la alborotara, viendo, que su negocio andaua en boca de renegados.

Pero

Pero Dios que lo ordenaua de otra manera,no dio lugar al buen desseo que nuestro renegado tenia:el qual viendo quan seguramente yua, y venia à Sargel, y que daua fondo quando, y como, y adonde queria, y que el Tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaua,y q̃ yo estaua ya rescatado, y que solo faltaua buscar algunos Christianos que bogassen el remo,me dixo, que mirasse yo quales queria traer conmigo fuera de los rescatados,y que los tuuiesse hablados para el primer Viernes, donde tenia determinado que fuesse nuestra partida. Viendo esto, hablè a doze Españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estauan veynte baxeles en corso, y se auian lleuado toda la gente de remo: y estos no se hallaran, sino fuera que su amo se quedò aquel Verano sin yr en corso à acabar vna galeota que tenia en Arstillero. A los quales no les dixe otra cosa, sino que el primer Viernes en la tarde se saliessen vno a vno dissimuladamente, y se fuessen la buelta del jardin de Agimorato,y que alli me aguardassen hasta que yo fuesse. A cada vno di este auiso de por si, con orden, que aunque alli viessen otros Christianos, no les dixessen, sino que yo les auia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaua hazer otra, que era la que mas me conuenia, y era la de auisar a Zorayda en el punto que estauan los negocios, para que estuuiesse apercebida, y sobre auiso, que no se sobresaltasse, si de improuiso la assaltassemos antes del tiempo que ella podia imaginar, que la barca de Christianos podia boluer. Y assi determinê de yr al jardin, y ver si podria hablarla: y con ocasion de coger algunas yeruas, vn dia antes de mi partida fuy allá, y la primera persona con quien encontrè fue con su

padre,

padre, el qual me dixo en lengua que en toda la Berberia, y aun en Constantinopla se halla entre cautiuos, y Moros, que ni es Morisca, ni Castellana, ni de otra nacion alguna, sino vna mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de lẽguaje me preguntò, que que buscaua en aquel su jardin, y de quien era. Respondile, que era esclauo de Arnaute Mami (y esto porque sabia yo por muy cierto, que era vn grandissimo amigo suyo) y que buscaua de todas yeruas para hazer ensalada. Preguntome por el consiguiente, si era hombre de rescate, ò no, y que quãto pedia mi amo por mi. Estando en todas estas preguntas, y respuestas, salio de la casa del jardin la bella Zorayda, la qual ya auia mucho que me auia visto: y como las Moras en ninguna manera hazen melindre de mostrarse a los Christianos, ni tampoco se esquiuan (como ya he dicho) no se le dio nada de venir a donde su padre conmigo estaua, antes luego quando su padre vio que venia, y de espacio la llamò, y mandò que llegasse. Demasiada cosa seria dezir yo aora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo, y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostrò a mis ojos: solo dirè, que mas perlas pendiã de su hermosissimo cuello, orejas, y cabellos, q̃ cabellos tenia en la cabeça. En las gargantas de los sus pies, que descubiertas a su vsança traia, traia dos carcaxes (que assi se llamauan las manillas, ò axorcas de los pies, en Morisco) de purissimo oro con tantos diamantes engastados, que ella me dixo despues, que su padre los estimaua en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en grã cantidad, y muy buenas, porque la mayor gala, y bizarria de las Moras, es adornarse de ricas perlas, y aljofar: y assi ay mas perlas, y aljofar entre Moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda

tenia

tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel auia, y de tener asi mismo mas de docientos mil escudos Españoles: de todo lo qual era señora esta que aora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa, ô no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrà conjeturar qual deuia de ser en las prosperidades? Porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias, y sazones, y requiere acidentes para diminuyrse, ô acrecentarse: y es natural cosa que las passiones del animo la leuanten, ò baxen, puesto que las mas vezes la destruyen. Digo en fin, que entonces llegó en todo estremo adereçada, y en todo estremo hermosa, ó alomenos a mi me parecio serlo la mas que hasta entonces auia visto: y con esto viendo las obligaciones en que me auia puesto, me parecia que tenia delante de mi vna deidad del cielo, venida à la tierra para mi gusto, y para mi remedio. Assi como ella llegô, le dixo su padre en su lengua, como yo era cautiuo de su amigo Arnaute Mami, y que venia a buscar ensalada. Ella tomô la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntò, si era cauallero, y que era la causa que no me rescataua. Yo le respondi: Que ya estaua rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaua, pues auia dado por mi, mil y quinientos çoltanis. A lo qual ella respondio. En verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiziera que no te diera el por otros dos tantos: porque vosotros Christianos, siempre mentis en quanto dezis: y os hazeys pobres, por engañar a los Moros. Bien podria ser esso señora, le respondi, mas en verdad, que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la tratarè con quantas personas ay en el mundo. Y quando te vas, dixo Zorayda? Mañana creo yo, dixe: porque esta aqui vn baxel de Francia, que se haze mañana à la

vela,

vela, y pienso yrme con el. No es mejor (replicò Zorayda) esperar a que vengan baxeles de España, y yrte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No respondi yo, aunque si como ay nueuas que viene ya vn baxel de España es verdad, toda via yo le aguardarè, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el desseo q̃ tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dexerà esperar otra comodidad si se tarda, por mejor que sea. Deues de ser sin duda casado en tu tierra, dixo Zorayda, y por esso desseas yr a verte cõ tu muger? No soy respondi yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allà. Y es hermosa la dama à quiẽ se la diste, dixo Zorayda? Tan hermosa es, respondi yo, que para encarecella, y dezirte la verdad, te parece a ti mucho. Desto se riyó muy de veras su padre, y dixo: Guala Christiano, que deue de ser muy hermosa si se parece a mi hija, que es la mas hermosa de todo este Reyno? Sino mirala bien, y veràs como te digo verdad. Seruianos de intrepete a las mas destas palabras, y razones, el padre de Zorayda, como mas ladino, que aunque ella hablaua la bastarda lengua, que como he dicho alli se vsa, mas declaraua su intencion por señas, que por palabras. Estando en estas, y otras muchas razones, llegó vn Moro corriendo, y dixo a grandes vozes, que por las bardas, ò paredes del jardin, auian saltado quatro Turcos, y andauan cogiendo la fruta, aunque no estaua madura. Sobresaltose el viejo, y lo mismo hizo Zorayda. Porque es comun, y casi natural, el miedo que los Moros a los Turcos tienen, especialmente a los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los Moros que a ellos estan sugetos, que los tratan peor que si fuessen esclauos suyos. D go pues, que dixo su padre a Zorayda: Hija retirate a la casa, y encierrate, en

tanto

tanto que yo voy à hablar a estos canes: y tu Christiano busca tus yeruas, y vete en buen hora, y lleuete Ala con bien a tu tierra. Yo me incline, y el se fue a buscar los Turcos, dexandome solo con Zorayda, que començò a dar muestras de yrse donde su padre la auia mandado. Pero a penas el se encubrio con los arboles del jardin, quando ella boluiesse a mi, llenos los ojos de lagrimas, me dixo: Amexi Christiano, amexi, que quiere dezir: Vaste Christiano, vaste? Yo la respondi: Señora si, pero no en ninguna manera sin ti: el primer Iuma me aguarda, y no te sobresaltes quãdo nos veas, que sin duda alguna yremos a tierra de Christianos. Yo le dixe esto de manera, que ella me entendio muy bien a todas las razones que entrambos passamos: y echandome vn braço al cuello, con desmayados passos començò a caminar hazia la casa: y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera, y postura que os he contado, con vn braço al cuello, su padre que ya boluia de hazer yr a los Turcos, nos vio de la suerte, y manera que yuamos, y nosotros vimos que el nos auia visto. Pero Zorayda aduertida, y discreta, no quiso quitar el braço de mi cuello, antes se llegò mas a mi, y puso su cabeça sobre mi pecho, doblando vn poco las rodillas, dando claras señales, y muestras que se desmayaua: y yo ansi mismo di a entender, que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegò corriendo a donde estauamos, y viendo a su hija de aquella manera le preguntò, que que tenia: Pero como ella no le respondiesse, dixo su padre: Sin duda alguna, que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado, y quitandola del mio, la arrimò a su pecho: y ella dando vn suspiro, y aun no enxutos los ojos de lagrimas, boluio a dezir: Amexi Christiano, amexi: Vete Christiano, vete. A lo que su padre respondio: No importa hija que el Chris-

el Christiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los Turcos ya son ydos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna ay que pueda darte pesadumbre: pues como ya te he dicho, los Turcos a mi ruego se boluieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobrasaltaron como has dicho, dixe yo a su padre: mas pues ella dize, que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre, quedate en paz, y con tu licencia bolueré, si fuere menester por yeruas a este jardin, que segun dize mi amo, en ninguno las ay mejores para ensalada, que en el. Todas las que quisieres podràs boluer, respondio Agimorato, que mi hija no dize esto porque tu, ni ninguno de los Christianos la enojauan, sino que por dezir que los Turcos se fuessen, dixo que tu te fuesses, ó porque ya era hora que buscasses tus yeruas. Con esto me despedi al punto de entrãbos, y ella arrancandosele el alma (al parecer) se fue con su padre. Y yo con achaque de buscar las yeruas, rodeê muy bien, y a mi plazer todo el jardin. Mirè bien las entradas, y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer, para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y di cuenta de quanto auia passado al renegado, y a mis compañeros: y ya no veîa la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa, y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin el tiẽpo se passò, y se llegò el dia, y plazo de nosotros tan dessеado: y siguiendo todos el orden, y parecer, que con discreta consideracion, y largo discurso muchas vezes auiamos dado, tuuimos el buen sucesso que desseauamos. Porque el Viernes, que se siguio al dia que yo con Zorayda hablè en el jardin, Morrenago al anochecer dio fondo con la barca, casi frontero de donde la hermosissima Zorayda estaua. Ya los Christianos que auian de bogar el remo, estauan preuenidos, y escondidos por diuersas partes de todos aquellos alrrededores.

res. Todos estauan suspensos y alboroçados, aguardandome, desseosos ya de embestir con el baxel, que à los ojos tenian: porque ellos no sabian el concierto del Renegado, sino que pensauan que a fuerça de braços auian de auer y ganar la libertad, quitando la vida â los Moros que dentro de la barca estauan. Sucedio pues, que assi como yo me mostrê, y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron, se vinieron llegando a nosotros. Esto era ya â tiempo que la Ciudad estaua ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuuimos juntos, dudamos si seria mejor yr primero por Zorayda, o rendir primero â los Moros vagarinos, que bogauan el remo en la barca. Y estando en esta duda, llegò â nosotros nuestro Renegado, diziendonos, que en que nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus Moros estauan descuydados, y los mas de ellos durmiendo. Diximosle en lo que reparauamos, y el dixo, que lo que mas importaua, era rendir primero el baxel, que se podia hazer con grandissima facilidad, y sin peligro alguno, y que luego podiamos yr por Zorayda. Pareciónos bien á todos lo que dezia, y assi sin detenernos mas, haziendo el la guia llegamos al baxel, y saltando el dentro primero metio mano à vn alfanje, y dixo en Morisco: Ninguno de vosotros se mueua de aqui, sino quiere que le cueste la vida. Ya á este tiẽpo auian entrado dentro casi todos los Christianos. Los Moros que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera à su Arraez, quedaronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano â las armas, que pocas, o casi ningunas tenian, se dexaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los Christianos, los quales con mucha presteza lo hizieron, amenazando â los Moros, que si alçauan por alguna via, o manera la voz, que luego al punto los passarian todos a cuchillo

Hecho ya esto, quedandose en guardia dellos la mitad de los nuestros: los que quedauamos, haziendonos assi mismo el renegado la guia, fuymos al jardin de Agimorato, y quiso la buena suerte, que llegando à abrir la puerta, se abrio con tanta facilidad, como si cerrada no estuuiera, y assi con gran quietud, y silencio llegamos à la casa sin ser sentidos de nadie. Estaua la bellissima Zorayda aguardandonos à vna ventana, y assi como sintio gente, preguntò con voz baxa, si eramos Nizarani, como si dixera, o preguntara, si eramos Christianos? Yo le respondi, que si, y que baxasse. Quando ella me conocio, no se detuuo vn punto, porque sin responderme palabra, baxò en vn instante: abrio la puerta, y mostrose a todos tan hermosa, y ricamēte vestida, que no lo acierto a encarecer. Luego que yo la vi le tomè vna mano, y la comencè a besar, y el renegado hizo lo mismo, y mis dos camaradas: y los demas que el caso no sabian, hizieron lo que vieron que nosotros haziamos, que no parecia sino que le dauamos las gracias, y la reconociamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dixo en lengua Morisca, si estaua su padre en el jardin? Ella respondio que si, y que dormia. Pues serà menester despertalle, replicò el renegado, y lleuarnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dixo ella, â mi padre no se ha de tocar en ningũ modo: y en esta casa no ay otra cosa que lo que yo lleuo, que es tanto, que bien aurâ para que todos quedeys ricos, y contentos: y esperaos vn poco, y lo vereys. Y diziendo esto, se boluio a entrar, diziēdo, que muy presto bolueria, que nos estuuiessemos quedos, sin hazer ningun ruydo. Preguntele al renegado, lo que con ella auia passado: el qual me lo contò, a quien yo dixe, que en ninguna cosa se auia de hazer mas de lo que Zorayda quisiesse. La qual ya boluia cargada con vn cofrezillo lle-

no de escudos de oro, tantos, que apenas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte, que su padre despertasse en el interin, y sintiesse el ruydo que andaua en el jardin, y assomandose à la ventana, luego conocio que todos los que en el estauan eran Christianos, y dando muchas, grandes, y desaforadas vozes, començò á dezir en Arabigo: Christianos, Christianos; ladrones, ladrones: por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandissima, y temerosa confusion. Pero el renegado viendo el peligro en que estauamos, y lo mucho que le importaua salir con aquella empresa, antes de ser sentido, con grandissima presteza subio donde Agimorato estaua: y juntamente con el fueron algunos de nosotros, que yo no osè desamparar á la Zorayda, que como desmayada se auia dexado caer en mis braços: en resolucion los que subieron se dieron tan buena maña, que en vn momento baxaron con Agimorato, trayendole atadas las manos, y puesto vn pañizuelo en la boca, que que no le dexaua hablar palabra, amenazandole que el hablarla le auia de costar la vida. Quando su hija le vio, se cubriò los ojos por no verle, y su padre quedò espantado, ignorando quan de su voluntad se auia puesto en nuestras manos. Mas entonces siendo mas necessarios los pies, con diligencia, y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella auian quedado nos esperauan, temerosos de algun mal sucesso nuestro. Apenas serian dos horas passadas de la noche quando ya estauamos todos en la barca, en la qual se le quitò al padre de Zorayda la atadura de las manos, y el paño de la boca: pero tornole â dezir el renegado, que no hablasse palabra, que le quitarian la vida: el como vio alli à su hija començò a suspirar ternissimamente, y mas quando vio que yo estrechamente la tenia abraçada, y que ella sin defenderse, ni quexarse, ni

se, ni esquiuarse, se estaua queda, pero con todo esto callaua, porque no pusiessen en efeto las muchas amenazas que el Renegado le hazia. Viendose pues Zorayda ya en la barca, y que queriamos dar los remos al agua, y viendo alli â su padre, y â los demas Moros que atados estauan, le dixo al Renegado, que me dixesse le hiziesse merced de soltar à aquellos Moros, y de dar libertad à su padre, porque antes se arrojaria en la mar que ver delante de sus ojos, y por causa suya lleuar cautiuo â vn padre que tanto la auia querido. El Renegado me lo dixo, y yo respondi, que era muy contento: pero el respondio, que no conuenia, à causa que si alli los dexauan apellidarian luego la tierra, y alborotarian la Ciudad, y serian causa, que saliessen a buscallos con algunas fragatas ligeras, y les tomassen la tierra, y la mar, de manera, que no pudiessemos escaparnos, que lo que se podria hazer, era, darles libertad en llegando â la primera tierra de Christianos: en este parecer venimos todos, y Zorayda, a quien se le dio cuenta, con las causas que nos mouian à no hazer luego lo que queria, tambien se satisfizo, y luego con regozijado silencio, y alegre diligencia cada vno de nuestros valientes remeros tomô su remo, y començamos, encomendandonos à Dios de todo coraçon à nauegar la buelta de las Isla de Mallorca, que es la tierra de Christianos mas cerca: pero a causa de soplar vn poco el viento Tramontana, y estar la mar algo picada, no fue possible seguir la derrota de Mallorca, y fuenos forçoso dexarnos yr tierra, a tierra la buelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no mas que sessenta millas de Argel: y assi mismo temiamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancia de Tetuan, aunque cada vno por si, y por todos juntos presumia-

ſumiamos, de que ſi ſe encontraua galeota de mercãcia, como no fueſſe de las que andan en corſo, que no ſolo no nos perderiamos, mas que tomariamos baxel donde con mas ſeguridad pudieſſemos acabar nueſtro viage. Yua Zorayda, en tanto que ſe nauegaua, pueſta la cabeça entre mis manos, por no ver a ſu padre, y ſentia yo que yua llamando â Lela Marien, que nos ayudaſſe. Biẽ auriamos nauegado treynta millas, quando nos amanecio, como tres tiros de arcabuz deſuiados de tierra, toda la qual vimos deſierta, y ſin nadie que nos deſcubrieſſe, pero con todo eſſo nos fuymos â fuerça de braços entrãdo vn poco en la mar, que ya eſtaua algo mas ſoſſegado, y auiendo entrado caſi dos leguas, dioſe orden que ſe bogaſſe â quartales en tanto que comiamos algo, que yua bien proueyda la barca, pueſto que los que bogauan dixeron que no era aquel tiempo de tomar repoſo alguno, que les dieſſen de comer los que no bogauan, q̃ ellos no querian ſoltar los remos de las manos en manera alguna. Hizoſe anſi, y en eſto començò a ſoplar vn viento largo que nos obligò a hazer luego vela, y à dexar el remo, y endereçar a Oran por no ſer poſsible poder hazer otro viage: todo ſe hizo con mucha preſteza, y aſsi à la vela nauegamos por mas de ocho millas por hora, ſin lleuar otro temor alguno, ſino el de encontrar con baxel q̃ de corſo fueſſe. Dimos de comer a los Moros vagarmos, y el renegado les conſolò, diziendoles como no yuan cautiuos, que en la primera ocaſion les darian libertad: lo miſmo ſe le dixo al padre de Zorayda, el qual reſpódio: Qualquiera otra coſa pudiera yo eſperar, y creer de vueſtra liberalidad, y buen termino, o Chriſtianos, mas el darme libertad, no me tengays por tan ſimple, q̃ lo imagine, que nunca os puſiſtes voſotros al peligro de quitarmela para boluerla tan liberalmente, eſpecialmente ſabiendo quien ſoy yo, y el intereſſe que ſe os puede

ſeguir de darmela, el qual intereſſe ſi le quereys poner nombre, deſde aqui os ofrezco todo aquello que quiſieredes por mi, y por eſſa deſdichada hija mia, o ſino por ella ſola, que es la mayor, y la mejor parte de mi alma. En diziendo eſto, començò a llorar tan amargamente, q̃ a todos nos mouio a compaſsion, y forçô a Zorayda, q̃ le miraſſe; la qual viendole llorar aſsi, ſe enternecio, que ſe leuantô de mis pies, y fue á abraçar a ſu padre, y juntando ſu roſtro con el ſuyo, començaron los dos tã tierno llanto, que muchos de los que alli yuamos le acompañamos en el: pero quando ſu padre la vio adornada de fieſta, y con tantas joyas ſobre ſi, le dixo en ſu lengua: Que es eſto hija, que ayer al anochecer, antes que nos ſucedieſſe eſta terrible deſgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios, y caſeros veſtidos, y agora ſin que ayas tenido tiempo de veſtirte, y ſin auerte dado alguna nueua alegre de ſolenizarla con adornarte, y pulirte te veo compueſta con los mejores veſtidos que yo ſupe, y pude darte, quando nos fue la ventura mas fauorable? Reſpondeme a eſto, que me tiene mas ſuſpenſo, y admirado, que la miſma deſgracia en que me hallo? Todo lo que el Moro dezia a ſu hija, nos lo declaraua el renegado, y ella no le reſpondia palabra: pero quando el vio a vn lado de la barca el cofrezillo dõde ella ſolia tener ſus joyas, el qual ſabia el bien que le auia dexado en Argel, y no traydole al jardin, quedò mas confuſo, y preguntole, que como aquel cofre auia venido a nueſtras manos; y que era lo que venia dentro? A lo qual el renegado, ſin aguardar que Zorayda le reſpondieſſe, le reſpondio: No te canſes ſeñor en preguntar à Zorayda tu hija tantas coſas, porque con vna que yo te reſponda te ſatiſfare à todas: y aſsi quiero, que ſepas que ella es Chriſtiana, y es la que ha ſido la lima de nueſtras cadenas, y la liber-

bertad de nuestro cautiuerio ella va aqui de su voluntad tan contenta, a lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas à la luz, de la muerte à la vida, y de la pena a la gloria. Es verdad lo que este dize hija, dixò el Moro? Assi es respondio Zorayda. Que en efeto, replicô el viejo, tu eres Christiana, y la que ha puesto a su padre en poder de sus enemigos? A lo qual respondio Zorayda: La que es Christiana yo soy: pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi desseo se estendio à dexarte, ni a hazerte mal, sino a hazerme a mi bien. Y que bien es el que te has hecho hija? Esso, respondio ella, preguntaselo tu à Lela Marien, que ella te lo sabra dezir mejor que yo. Apenas huuo oydo esto el Moro, quando con vna increyble presteza se arrojò de cabeça en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo, y embaraçoso que traìa no le entretuuiera vn poco sobre el agua. Dio vozes Zorayda que le sacassen, y assi acudimos luego todos, y asiendole de la almalafa le sacamos medio ahogado, y sin sentido, de que recibio tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto hazia sobre el vn tierno, y doloroso llanto. Boluimosle boca a baxo, boluio mucha agua: tornô en si al cabo de dos horas, en las quales auiendose trocado el viento nos conuino boluer hàzia tierra, y hazer fuerça de remos por no enuestir en ella: mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos à vna cala que se haze al lado de vn pequeño promontorio, o cabo, q̃ de los Moros es llamado el de la Caua Rumia, que en nuestra lengua quiere dezir la mala muger Christiana, y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar està enterrada la Caua, por quien se perdio España: porque Caua en su lengua, quiere dezir muger mala, y Rumia Christiana, y aun tienen por mal aguero llegar alli à dar fondo, quando la necessi-

dad les fuerça à ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fue abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaua alterada la mar. Pusimos nuestras centienelas en tierra, y no dexamos jamas los remos de la mano: comimos de lo q̃ el renegado auia proueydo, y rogamos a Dios, y â nuestra Señora de todo nuestro coraçon, que nos ayudasse, y fauoreciesse, para que felizmente diessemos fin á tan dichoso principio. Diose orden â suplicacion de Zorayda como echassemos en tierra a su padre, y à todos los demas Moros que alli atados venian: porque no le bastaua el animo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado à su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hazerlo assi al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuessen oydas del cielo, que en nuestro fauor luego boluio el viento tranquilo el mar, combidandonos a que tornassemos alegres a proseguir nuestro començado viage. Viendo esto desatamos á los Moros, y vno á vno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados: pero llegando a desembarcar al padre de Zorayda, que ya estaua en todo su acuerdo, dixo: Porque pensays Christianos que esta mala hembra huelga de que me deys libertad? Pensays que es por piedad que de mi tiene? no por cierto, sino que lo haze por el estoruo que le darà mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos desseos, ni penseys que la ha mouido a mudar religion, entender ella que la vuestra a la nuestra se auentaja, sino el saber que en vuestra tierra se vsa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra: y boluiendose a Zorayda, teniẽdole yo, y otro Christiano de entrambos braços asido, porque algun desatino no hiziesse, le dixo: O infame moça, y mal acõsejada mucha

cha,

cha, adonde vas ciega, y desatinada en poder destos perros naturales enemigos nuestros. Maldita sea la hora en que yo te engendrê, y malditos sean los regalos, y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo que lleuaua termino de no acabar tan presto, di priessa a ponelle en tierra, y desde alli â vozes prosiguio en sus maldiciones, y lamentos, rogando a Mahoma rogasse a Alà que nos destruyesse, confundiesse, y acabasse: y quãdo por auer nos hecho â la vela no podimos oyr sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, messarse los cabellos, y arrastrarse por el suelo: mas vna vez esforçò la voz de tal manera que podimos entẽder que dezia: Buelue amada hija, buelue â tierra que todo te lo perdono, entrega à essos hombres esse dinero que ya es suyo, y buelue â consolar a este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexara la vida si tu le dexas. Todo lo qual escuchaua Zorayda, y todo lo sentia, y lloraua, y no supo dezirle, ni respondelle palabra, sino: Plega a Alà padre mio, que Lela Marien, q̃ ha sido la causa de que yo sea Christiana, ella te consuele en tu tristeza. Alà sabe bien, q̃ no pude hazer otra cosa de la q̃ he hecho, y que estos Christianos no deuen nada â mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos, y quedarme en mi casa, me fuera impossible, segun la priessa que me daua mi alma a poner por obra esta que â mi me parece tan buena, como tu padre amado la juzgas por mala. Esto dixo â tiempo q̃ ni su padre la oîa, ni nosotros ya le veyamos: y assi consolando yo â Zorayda atendimos todos a nuestro viage, el qual nos le facilitaua el propio viento, de tal manera, que bien tuuimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España: mas como pocas vezes, o nunca viene el bien puro, y sencillo sin ser acompañado, o seguido de algun mal que le turbe, o sobresalte, quiso nuestra ventura, o quiça las maldiciones que el Moro

ro

ro a su hija auia echado, que siempre se han de temer de qualquier padre que sean: quiso digo, que estando ya engolfados, y siédo ya casi passadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto baxa, frenillados los remos, porque el prospero viento nos quitaua del trabajo de auerlos menester con la luz de la Luna, que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros vn baxel redondo que con todas las velas tendidas, lleuando vn poco a orça el timon delante de nosotros, atrauessaua, y esto tan cerca que nos fue forçoso amaynar por no enuestirle, y ellos assi mismo hizieron fuerça de timon para darnos lugar que passassemos: auianse puesto a bordo del baxel a preguntarnos quien eramos, y adonde nauegauamos, y de donde veniamos: pero por preguntarnos esto en lengua Francesa, dixo nuestro renegado: Ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios Franceses, que hazen à toda ropa: por este aduertimiéto ninguno respondio palabra, y auiendo passado vn poco delante, que ya el baxel quedaua sotauento, de improuiso soltaron dos pieças de artilleria, y à lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con vna cortaron nuestro arbol por medio, y dieron con el, y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieça vino a dar la vela en mitad de nuestra barca, de modo que la abrio toda sin hazer otro mal alguno: pero como nosotros nos vimos yr â fondo, començamos todos â grandes vozes á pedir socorro, y â rogar â los del baxel que nos acogiessen, porque nos anegauamos: amaynaron entonces, y echando el esquife, o barca à la mar, entraron en el hasta doze Franceses bien armados con sus arcabuzes, y cuerdas encendidas, y assi llegaron junto al nuestro, y viendo quan pocos eramos, y como el baxel se hundia nos recogieron, diziendo, que por auer vsado de la descortesia de no respondelles nos auia sucedido

do aquello. Nuestro renegado tomò el cofre de las riquezas de Zorayda, y dio con el en la mar, sin que ninguno echasse de ver en lo que hazia: en resolucion todos passamos con los Franceses, los quales despues de averse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo quanto teniamos, y à Zorayda le quitaron hasta los carcaxes que traîa en los pies, pero no me daua à mi tanta pesadumbre la que a Zorayda dauan, como me la daua el temor que tenia, de que auian de passar del quitar de las riquissimas, y preciosissimas joyas, al quitar de la joya que mas valia, y ella mas estimaua, pero los desseos de aquella gente no se estienden à mas que al dinero, y desto jamas se vee harta su codicia, lo qual entonces llegò a tanto, que aun hasta los vestidos de cautiuos nos quitaran, si de algun prouecho les fueran: y huuo parecer entre ellos de que à todos nos arrojassen â la mar embueltos en vna vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran Bretones, y si nos lleuauan viuos serian castigados siendo descubierto su hurto, mas el Capitan que era el que auia despojado à mi querida Zorayda, dixo que el se contentaua con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino yrse luego à camino, y passar el estrecho de Gibaltar de noche, o como pudiesse, hasta â la Rochela de donde auia salido, y assi tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su nauio, y todo lo necessario, para la corta nauegacion que nos quedaua, como lo hizieron otro dia, ya â vista de tierra de España, con la qual vista, y alegria, todas nuestras pesadumbres, y pobrezas se nos oluidarô de todo punto, como si propiamente no huuieran passado por nosotros, tanto es el gusto de

to de alcançar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser, quando nos echaron en la barca, dandonos dos barriles de agua, y algun bizcocho, y el Capitã mouido no se de que misericordia al embarcarse la hermosissima Zorayda le dio hasta quarenta escudos de oro, y no consintio que le quitassen sus soldados estos mismos vestidos, que a hora tiene puestos. Entramos en el baxel, dimosles las gracias por el bien que nos hazian, mostrandonos mas agradecidos que quexosos: ellos se hizieron a lo largo siguiẽdo la derrota del estrecho, nosotros sin mirar a otro Norte, que à la tierra que se nos mostraua delante, nos dimos tanta priessa a bogar, que al poner del Sol estauamos tan cerca, que bien pudieramos a nuestro parecer llegar antes que fuera muy noche, pero por no parecer en aquella noche la Luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en que estauamos, no nos parecio cosa segura enuestir en tierra, como a muchos de nosotros les parecia, diziendo, que diessemos en ella, aunque fuesse en vnas peñas, y lexos de poblado, porque assi assegurariamos el temor que de razon se deuia tener, que por alli anduuiessen baxeles de cosarios de Tetuan, los quales anochecen en Berberia, y amanecen en las Costas de España, y hazen de ordinario presa, y se bueluen à dormir a sus casas: pero de los contrarios pareceres, el que se tomô fue, que nos llegassemos poco a poco, y que si el sosiego del mar lo concediesse, desembarcassemos donde pudiessemos. Hizose assi, y poco antes de la media noche seria, quando llegamos al pie de vna disformissima, y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediesse vn poco de espacio, para poder desembarcar comodamente, enuestimos en la arena, salimos todos a tierra, y besamos el suelo, y con lagrimas de alegrissimo contento, dimos todos gracias à Dios Señor nuestro, por el bien tan incomparable, q̃ nos

auia hecho en nueſtro viage: ſacamos de la barca los baſtimentos que tenia, tiramosla en tierra, y ſubimos vn grandiſsimo trecho en la montaña, porque aun alli eſtauamos, y aun no podiamos aſſegurar el pecho, ni acabauamos de creer que era tierra de Chriſtianos la que ya nos ſoſtenia. Amanecio mas tarde, a mi parecer, de lo que quiſieramos: acabamos de ſubir toda la montaña por ver ſi deſde alli algun poblado ſe deſcubria, o algunas cabañas de paſtores, pero aunque mas tendimos la viſta, ni poblado ni perſona, ni ſenda, ni camino deſcubrimos. Con todo eſto determinamos de entrarnos la tierra a dentro: pues no podria ſer menos, ſino que preſto deſcubrieſſemos quien nos dieſſe noticia della: pero lo que a mi mas me fatigaua, era el ver yr a pie a Zorayda por aquellas aſperezas, que pueſto que alguna vez la puſe ſobre mis ombros, mas le canſaua a ella mi canſancio, que la repoſaua ſu repoſo, y aſsi nunca mas quiſo q̃ yo aquel trabajo tomaſſe: y cõ mucha paciencia, y mueſtras de alegria lleuandola yo ſiempre de la mano, poco menos de vn quarto de legua deuiamos de auer andado, quando llegò a nueſtros oydos el ſon de vna pequeña eſquila, ſeñal clara que por alli cerca auia ganado, y mirando todos con atencion ſi alguno ſe parecia, vimos al pie de vn alcornoque vn paſtor moço, que con grande repoſo, y deſcuydo eſtaua labrando vn palo con vn cuchillo, dimos vozes, y el alçando la cabeça ſe puſo ligeramente en pie, y à lo que deſpues ſupimos, los primeros que à la viſta ſe le ofrecieron, fueron el Renegado, y Zorayda, y como el los vio en habito de Moros, penſò que todos los de la Berberia eſtauan ſobre el, y metiendoſe con eſtraña ligereza por el boſque adelante començô a dar los mayores gritos del mundo, diziendo: Moros, Moros ay en la tierra: Moros, Moros, arma, arma. Con eſtas vozes quedamos todos confuſos, y no ſabiamos q̃

hazer-

hazernos, pero considerando que las vozes del pastor auian de alborotar la tierra, y que la caualleria de la costa auia de venir luego a ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudasse las ropas de Turco, y se vistiesse vn gileco, o casaca de cautiuo que vno de nosotros le dio luego, aunque se quedò en camisa, y assi encomendandonos a Dios fuymos por el mismo camino, q̃ vimos que el pastor lleuaua, esperando siempre quando auia de dar sobre nosotros la caualleria de la costa, y no nos engaño nuestro pensamiento, porque aun no aurian passado dos horas, quando auiendo ya salido de aquellas malezas â vn llano descubrimos hasta cincuenta caualleros, que con gran ligereza corriendo a media rienda à nosotros se venian, y assi como los vimos nos estuuimos quedos aguardandolos, pero como ellos llegaron, y vieron, en lugar de los Moros que buscauan, tã to pobre Christiano, quedaron confusos, y vno dellos nos preguntò si eramos nosotros à caso la ocasion, porque vn pastor auia apellidado arma: Si, dixe yo, y queriendo començar â dezirle mi sucesso, y de donde veniamos, y quien eramos: vno de los Christianos que con nosotros venian conocio al ginete que nos auia hecho la pregunta, y dixo sin dexarme a mi dezir mas palabra: Gracias sean dadas a Dios, señores, que a tan buena parte nos ha conduzido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez Malaga, si ya los años de mi cautiuerio no me han quitado de la memoria el acordarme, q̃ vos señor, que nos preguntays quiẽ somos, soys Pedro de Bustamante tio mio: apenas huuo dicho esto el Christiano cautiuo, quando el ginete se arrojò del cauallo, y vino a abraçar al moço, diziendole: Sobrino de mi alma, y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto, yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viuen: y Dios ha sido seruido

do de darles vida, para que gozen el plazer de verte: ya sabiamos que estauas en Argel, y por las señales, y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañia comprehendo que aueys tenido milagrosa libertad. Assi es respondio el moço, y tiempo nos quedara para contaroslo todo. Luego que los ginetes entendieron que eramos Christianos cautiuos, se apearon de sus cauallos, y cada vno nos combidaua con el suyo, para lleuarnos à la Ciudad de Velez Malaga, que legua, y media de alli estaua, algunos dellos boluieron a lleuar la barca a la Ciudad, diziendoles donde la auiamos dexado: otros nos subieron a las ancas: y Zorayda fue en las del cauallo del tio del Christiano. Salionos a recebir todo el pueblo, que ya de alguno que se auia adelantado sabian la nueua de nuestra venida. No se admirauan de ver cautiuos libres, ni Moros cautiuos; porque toda la gente de aquella costa está hecha a ver los vnos, y â los otros, pero admirauanse de la hermosura de Zorayda, la qual en aquel instante, y sazon estaua en su punto, ansi con el cansancio del camino, como con la alegria de verse ya en tierra de Christianos, sin sobresalto de perderse, y esto le auia sacado al rostro tales colores, que sino es que la aficion entonces me engañaua, osara dezir, que mas hermosa criatura no auia en el mundo, alomenos, que yo la huuiesse visto. Fuymos derechos à la Iglesia a dar gracias â Dios por la merced recebida, y assi como en ella entrò Zorayda, dixo que alli auia rostros que se parecian à los de Lela Marien: diximosle q̃ eran imagenes suyas, y como mejor se pudo le dio el renegado a entender lo que significauan, para que ella las adorasse, como si verdaderamente fueran cada vna, de ellas la misma Lela Marien, que la auia hablado: ella q̃ tiene buen entendimiento, y vn natural facil, y

claro entendio luego, quanto acerca de las imagenes se le dixo. Desde alli nos lleuaron, y repartieron a todos en diferentes casas del pueblo, pero al Renegado, Zorayda, y à mi nos lleuô el Christiano que vino con nosotros, y en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor, como a su mismo hijo. Seys dias estuuimos en Velez, alcabo de los quales el Renegado hecha su informacion de quanto le conuenia, se fue à la Ciudad de Granada à reduzirse por medio de la santa Inquisició, al gremio santissimo de la Iglesia, los demas Christianos libertados se fueron cada vno donde mejor le parecio, solos quedamos Zorayda, y yo con solos los escudos que la cortesia del Frances le dio a Zorayda, de los quales comprê este animal en que ella viene, y siruiendola yo hasta aora de padre, y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es viuo, ò si alguno de mis hermanos ha tenido mas prospera ventura, que la mia. Puesto que por auerme hecho el cielo, compañero de Zorayda, me parece, que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleua las incomodidades, que la pobreza trae consigo, y el desseo que muestra tener, de verse ya Christiana, es tanto, y tal, que me admira, y me mueue a seruirla todo el tiempo de mi vida Puesto que el gusto que tengo de verme suyo, y de que ella sea mia, me le turba, y deshaze, no saber si hallarê en mi tierra algun rincon donde recogella, y si auran hecho el tiempo, y la muerte, tal mudança en la hazienda, y vida de mi padre, y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas señores que deziros de mi historia. La qual si es agradable, y peregrina, juzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mi se dezir, que quisiera auerlos contado mas breuemente,

te, puesto que el temor de enfadaros, mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

Cap. XLII. Que trata de lo que mas sucedio en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CAllò en diziendo esto el cautiuo, à quien don Fernando dixo: Por cierto señor Capitan, el modo con que aueys cõtado este estraño sucesso, ha sido tal, que yguala à la nouedad, y estrañeza del mismo caso. Todo es peregrino, y raro, y lleno de accidentes, q̃ marauillan, y suspenden, a quien los oye. Y es de tal manera el gusto que hemos recebido, en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgaramos que de nueuo se començara. Y en diziendo esto, don Antonio, y todos los demas se le ofrecieron, con todo lo hâ ellos posible, para seruirle, con palabras, y razones tan amorosas, y tan verdaderas, que el Capitan se tuuo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofrecio don Fernando, que si queria boluerse con el, que el haria que el Marques su hermano fuesse padrino del Bautismo de Zorayda, y que el por su parte le acomodaria de manera, que pudiesse entrar en su tierra, con el autoridad, y comodo, que a su persona se deuia. Todo lo agradecio cortesissimamente el cautiuo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaua ya la noche, y al cerrar della llegò à la venta vn coche con algunos hombres de acauallo: pidieron posada, a quien la ventera respondio, que no auia en toda la venta vn palmo desocupado. Pues aunque esso sea, dixo vno de los de acauallo, que auian entrado, no ha de

faltar para el señor Oydor, que aqui viene. A este nombre se turbò la huespeda, y dixo: Señor lo que en ello ay, es, que no tengo camas, si es que su merced del señor Oydor la trae, que si deue de traer, entre en buen hora, que yo, y mi marido nos saldremos de nuestro aposento, por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dixo el escudero: pero à este tiempo, ya auia salido del coche vn hombre, que en el trage mostrò luego el oficio, y cargo que tenia, porque la ropa lüenga, con las mangas arrocadas, que vestia, mostraron ser Oydor, como su criado auia dicho. Traìa de la mano a vna donzella, al parecer de hasta diez, y seys años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa, y tan gallarda, que a todos puso en admiracion su vista. De suerte, que a no auer visto a Dorotea, y â Luscinda, y Zorayda, que en la venta estauan, creyeran que otra tal hermosura, como la desta donzella, dificilmente pudiera hallarse. Hallose don Quixote al entrar del Oydor, y de la donzella, y assi como le vio, dixo: Seguramente puede vuestra merced entrar, y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho, y mal acomodado, no ay estrecheza, ni incomodidad en el mundo, que no dê lugar á las armas, y á las letras, y mas si las armas, y letras, traen por guia, y adalid â la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced, en esta fermosa donzella, a quien deuen no solo abrirse, y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y diuidirse, y abaxarse las montañas, para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este parayso, que aqui hallarâ estrellas, y soles, que acompañen el cielo, que vuestra merced trae consigo. Aqui hallarâ las armas en su punto, y la hermosura en su estremo. Admirado quedò el Oydor del razonamiento de don Quixote, a quien se puso a mirar muy de proposito. Y no menos le admiraua su talle, que sus palabras, y
sin

ſin hallar ningunas con que reſpondelle, ſe tornò a admirar de nueuo, quando vio delante de ſi a Luſcinda, Dorotea, y a Zorayda, que a las nueuas de los nueuos hueſpedes, y a las que la ventera les auia dado de la hermoſura de la donzella, auian venido a verla, y a recebirla. Pero don Fernando, Cardenio, y el Cura, le hizieron mas llenos, y mas corteſanos ofrecimientos. En efecto, el ſeñor Oydor entrò confuſo, aſsi de lo que veîa, como de lo que eſcuchaua, y las hermoſas de la venta dieron la bien llegada a la hermoſa donzella. En reſolucion, bien echò de ver el Oydor, que era gente principal toda la que alli eſtaua. Pero el talle, viſage, y la poſtura de don Quixote, le deſatinaua, y auiendo paſſado entre todos corteſes ofrecimientos. y tanteado la comodidad de la venta, ſe ordenô lo que antes eſtaua ordenado, que todas las mugeres ſe entraſſen en el camaranchon ya referido, y que los hombres ſe quedaſſen fuera, como en ſu guarda. Y aſsi fue contento el Oydor, que ſu hija, que era la donzella, ſe fueſſe con aquellas ſeñoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la eſtrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oydor traîa, ſe acomodaron aquella noche, mejor de lo que penſauan. El cautiuo, que deſde el punto que vio al Oydor, le dio ſaltos el coraçon, y barruntos, de que aquel era ſu hermano, preguntò a vno de de los criados, que con el venian, que como ſe llamaua, y ſi ſabia de que tierra era? El criado le reſpondio, que ſe llamaua, el Licenciado Iuan Perez de Viedma, y que auia oydo dezir, que era de vn lugar de las Montañas de Leon. Con eſta relacion, y con lo que el auia viſto, ſe acabò de confirmar, de que aquel era ſu hermano, que auia ſeguido las letras por conſejo de ſu padre. Y alborotado y rentento, llamando a parte a don Fernando, a Cardenio y al Cura, les contò lo que paſſaua, certi-

ficandoles, que aquel Oydor era su hermano. Auiale dicho tambien el criado, como yua proueydo por Oydor à las Indias, en la Audiencia de Mexico. Supo tambien, como aquella donzella era sù hija, de cuyo parto auia muerto su madre, y que el auia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedò en casa. Pidioles consejo, que modo tendria para descubrirse, o para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaria, o le recèbiria con buenas entrañas. Dexeseme â mi el hazer essa experiencia, dixo el Cura, quanto mas que no ay pensar, sino que vos señor Capitan sereys muy bien recebido, porque el valor, y prudencia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo esso, dixo el Capitan, yo querria no de improuiso, sino por rodeos, darmele a conocer. Ya os digo, respondio el Cura, que yo lo traçare de modo, que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaua adereçada la cena, y todos se sentaron a la mesa, eceto el cautiuo, y las señoras, que cenaron de por si en su aposento. En la mitad de la cena, dixo el Cura: Del mismo nombre de vuestra merced, señor Oydor, tuue yo vna camarada en Costantinopla, donde estuue cautiuo algunos años. La qual camarada, era vno de los valientes soldados, y Capitanes, que auia en toda la infanteria Española. Pero tanto quanto tenia de esforçado, y valeroso, tenia de desdichado. Y como se llamaua esse Capitan señor mio, preguntò el Oydor? Llamauase, respondio el Cura, Ruyperez de Viedma, y era natural de vn lugar de las Montañas de Leon. El qual me contò vn caso, que â su padre cõ sus hermanos le auia sucedido, que a no contarmelo vn hombre tan verdadero como el, lo tuuiera por conseja, de aquellas

que las viejas cuentan el inuierno al fuego. Porque me dixo, que su padre auia diuidido su hazienda entre tres hijos que tenia, y les auia dado ciertos consejos, mejores que los de Caton. Y se yo dezir, que el que el escogio, de venir à la guerra, le auia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor, y esfuerço, sin otro braço que el de su mucha virtud, subio a ser Capitan de infanteria, y à verse en camino, y predicamento, de ser presto maestre de Campo. Pero fuele la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar, y tener buena, alli la perdio, con perder la libertad, en la felicissima jornada, donde tantos la cobraron, q̃ fue en la batalla de Lepanto. Yo la perdi en la Goleta, y despues por diferentes sucessos nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde alli vino a Argel, donde se que le sucedio vno de los mas estraños casos, que en el mundo han sucedido. De aqui fue prosiguiendo el Cura, y con breuedad sucinta contò lo que con Zorayda à su hermano auia sucedido. A todo lo qual estaua tan atento el Oydor, que ninguna vez auia sido tan oydor como entonces. Solo llegô el Cura al punto, de quando los Frãceses despojaron â los Christianos que en la barca venian, y la pobreza, y necessidad en que su camarada, y la hermosa Mora auian quedado. De los quales, no auia sabido en que auian parado, ni si auian llegado â España, o lleuadolos los Franceses a Francia. Todo lo que el Cura dezia, estaua escuchando algo de alli desuiado el Capitan, y notaua todos los mouimientos que su hermano hazia. El qual, viendo que ya el Cura auia llegado al fin de su cuento, dando vn grande suspiro, y llenandosele los ojos de agua, dixo: O señor, si supiessedes las nueuas que me aueys contado, y como me tocan tan en parte, que me es forçoso dar muestras dello con estas lagrimas, que contra toda mi discrecion, y recato, me

ſalen por los ojos. Eſſe Capitan tan valeroſo que dezis, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte, y de mas altos penſamientos, que yo, ni otro hermano menor mio, eſcogio el honroſo, y digno exercicio de la guerra. Que fue vno de los tres caminos, que nueſtro padre nos propuſo, ſegun os dixo vueſtra camarada en la conſeja, que à vueſtro parecer le oyſtes. Yo ſegui el de las letras, en las quales, Dios, y mi diligencia, me hã pueſto en el grado que me veys. Mi menor hermano, eſtà en el Piru tan rico, que con lo que ha embiado a mi padre, y à mi, ha ſatisfecho bien la parte que el ſe lleuò. Y aun dado à las manos de mi padre, con que poder hartar ſu liberalidad natural. Y yo anſi miſmo he podido con mas decencia, y autoridad tratarme en mis eſtudios, y llegar al pueſto en que me veo. Viue aun mi padre muriendo, con el deſſeo de ſaber de ſu hijo mayor, y pide à Dios con continuas oraciones, no cierre la muerte ſus ojos, haſta que el vea cõ vida à los de ſu hijo. Del qual me marauillo, ſiendo tan diſcreto, como en tãtos trabajos, y afliciones, o proſperos ſuceſſos, ſe aya deſcuydado de dar noticia de ſi a ſu padre, que ſi el lo ſupiera, o alguno de noſotros, no tuuiera neceſsidad de aguardar al milagro de la caña, para alcançar ſu reſcate. Pero de lo que yo agora me temo es, de penſar ſi aquellos Franceſes le auran dado libertad, o le auran muerto, por encubrir ſu hurto. Eſto todo ſerà, que yo proſiga mi viage, no con aquel contento con que le comence, ſino con toda melancolia, y triſteza. O buen hermano mio, y quien ſupiera agora donde eſtas, que yo te fuera a buſcar, y à librar de tus trabajos, aunque fuera à coſta de los mios. O quien lleuara nueuas à nueſtro viejo padre, de que tenias vida, aunque eſtuuieras en las mazmorras mas eſcondidas de Berberia, que de alli te ſacaran ſus riquezas, las de mi hermano, y las mias. O

Zoray-

Zorayda hermosa y liberal, quien pudiera pagar el bien que à vn hermano heziste, quien pudiera hallarse al renacer de tu alma, y à las bodas, que tanto gusto a todos nos dieran. Estas, y otras semejantes palabras dezia el Oydor, lleno de tanta compassion, con las nueuas que de su hermano le auian dado, que todos los que le oiã, le acompañauan, en dar muestras del sentimiento, q̃ tenian de su lastima. Viẽdo pues el Cura, que tan bien auia salido con su intencion, y con lo que desseaua el Capitã, no quiso tenerlos â todos mas tiempo tristes, y assi se leuantò de la mesa, y entrando donde estaua Zorayda, la tomò por la mano, y tras ella se vinieron, Luscinda, Dorotea, y la hija del Oydor. Estaua esperando el Capitan â ver lo que el Cura queria hazer, que fue, que tomandole a el, assi mismo de la otra mano, cõ entrambos a dos, se fue donde el Oydor, y los demas caualleros estauan, y dixo: Cessen señor Oydor vuestras lagrimas, y colme se vuestro desseo, de todo el bien que acertare à dessearse, pues teneys delante a vuestro buen hermano, y â vuestra buena cuñada: este que aqui veys, es el Capitan Viedma, y esta la hermosa Mora, que tanto bien le hizo. Los Franceses que os dixe, los pusieron en la estrecheza que veys, para que vos mostreys la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudio el Capitan à abraçar à su hermano, y el le puso las manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado: mas quando le acabô de conocer, le abraçò tan estrechamente, derramando tan tiernas lagrimas de contento, que los mas de los que presentes estauan, le huuieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dixeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, quanto mas escriuirse. Alli en breues razones, se dieron cuenta de sus sucessos, alli mostraron puesta en su punto, la buena amistad de dos hermanos,

alli abraçò el Oydor á Zorayda, alli la ofrecio su hazienda, alli hizo que la abraçasse su hija, alli la Christiana hermosa, y la Mora hermosissima renouaron las lagrimas de todos. Alli don Quixote estaua atento, sin hablar palabra, considerando estos tan estraños sucessos, atribuyendolos todos à quimeras de la andante caualleria. Alli concertaron, que el Capitan, y Zorayda, se boluiessen con su hermano à Seuilla, y auisassen à su padre de su hallazgo, y libertad. Para que como pudiesse, viniesse à hallarse en las bodas, y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oydor possible, dexar el camino que lleuaua à causa de tener nueuas, que de alli á vn mes partia flota de Seuilla a la Nueua España, y fuerale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion, todos quedaron contentos, y alegres del buen sucesso del cautiuo, y como ya la noche yua casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse, y reposar lo que de ella les quedaua. Don Quixote se ofrecio â hazer la guardia del castillo, porque de algun Gigante, o otro mal andante follon, no fuessen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura, que en aquel castillo se encerraua. Agradecieronselo los que le conocian, y dieron al Oydor cuenta del humor estraño de don Quixote, de que no poco gusto recibio. Solo Sancho Pança se desesperaua, con la tardança del recogimiento, y solo el se acomodó mejor que todos, echandose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros, como adelante se dirà. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demas acomodandose, como menos mal pudieron, don Quixote se salio fuera de la venta â hazer la centinela del castillo, como lo auia prometido. Sucedido pues, que faltando poco para venir el alua, llegò à los oydos de las damas, vna voz tan entonada, y tan buena, que les obligô â que todas le

pres-

prestassen atento oydo. Especialmente Dorotea, que despierta estaua, â cuya lado dormia doña Clara de Viedma, que ansi se llamaua la hija del Oydor. Nadie podia imaginar quien era la persona, que tan bien cantaua, y era vna voz sola, sin que la acompañasse instrumento alguno. Vnas vezes les parecia que cantauan en el patio, otras que en la caualleriza. Y estando en esta confusion muy atentas, llegô á la puerta del aposento Cardenio, y dixo: Quien no duerme escuche, que oyran vna voz de vn moço de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya lo oymos señor, respondio Dorotea. Y con esto se fue Cardenio, y Dorotea, poniendo toda la atencion possible, entendio que lo que se cantaua era esto.

Cap. XLIII. Donde se cuenta la agradable historia del moço de mulas, con otros estraños acaecimientos en la venta sucedidos.

Marinero soy de amor,
Y en su pielago profundo
Nauego sin esperança,
De llegar à puerto alguno.
Siguiendo voy à vna estrella,
Que desde lejos descubro,
Mas bella, y resplandeciente,
Que quantas vio Palinuro.
Yo no se adonde me guia,
Y à si nauego confuso,

El

El alma à mirarla atenta,
Cuydadosa, y con descuydo.
Recatos impertinentes,
Honestidad contra el vso,
Son nubes que me la encubren,
Quando mas verla procuro.
O clara, y luziente estrella,
En cuya lumbre me apuro,
Al punto que te me encubras,
Será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaua à este punto, le parecio a Dorotea, que no seria bien, que dexasse Clara de oyr vna tã buena voz, y assi mouiendola à vna, y â otra parte, la despertô, diziendole: Perdoname niña, que te despierto, pues lo hago, porque gustes de oyr la mejor voz, q̃ quiça auras oydo en toda tu vida. Clara despertò toda soñolienta, y de la primera vez no entendio lo que Dorotea le dezia, y boluiendoselo a preguntar ella, se lo boluio â dezir, por lo qual estuuo atenta Clara. Pero apenas huuo oydo dos versos, que el que cantaua yua prossiguiendo, quando le tomò vn temblor tan estraño, como si de algun graue acidente de quartana estuuiera enferma, y abraçandose estrechamente con Dorotea, le dixo: Ay señora de mi alma, y de mi vida, para q̃ me despertastes; que el mayor bien q̃ la fortuna me podia hazer por aora, era tenerme cerrados los ojos, y los oydos, para no ver, ni oyr á esse desdichado musico. Que es lo q̃ dizes niña, mira q̃ dizen q̃ el que canta, es vn moço de mulas? No es sino señor de lugares, respondio Clara, y el que el tiene en mi alma con tanta seguridad, q̃ si el no quiere dexalle, no le será quitado eternamente. Admirada quedò Dorotea, de las sentidas razones de la muchacha, pareciẽdole que

q̃ se auentajauan en mucho, a la discrecion q̃ sus pocos años prometian. Y assi le dixo: Hablays de modo señora Clara, q̃ no puedo entenderos: declaraos mas, y dezid me, q̃ es lo que dezis de alma, y de lugares, y deste musico, cuya voz tã inquieta os tiene? Pero no me digays nada por aora, q̃ no quiero perder por acudir â vuestro sobresalto, el gusto q̃ recibo, de oyr al q̃ canta, que me parece q̃ con nueuos versos, y nueuo tono, torna a su canto. Sea en buen hora, respondio Clara, y por no oylle, se tapò con las manos entrãbos oydos, de lo q̃ tambien se admirò Dorotea. La qual estando atenta à lo que se cantaua, vio que proseguian en esta manera.

Dulce esperança mia,
Que rompiendo impossibles, y malezas,
Sigues firme la via,
Que tu misma te finges, y adereças,
No te desmaye el verte,
A cada passo junto al de tu muerte.
No alcançan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos,
Los que no contrastando à la fortuna
Entregan desualidos
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo,
Pues no ay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifiesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.

Amo-

Amorosas porfias
Tal vez alcançan impossibles cosas,
Y ansi aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por esso rezelo,
De no alcançar desde la tierra el cielo.

Aqui dio fin la voz, y principio â nueuos solloços Clara. Todo lo qual encendia el desseo de Dorotea, q̃ desseaua saber la causa de tan suaue canto, y de tan triste lloro. Y assi le boluio à preguntar, q̃ era lo que le queria dezir denantes? Entonces Clara temerosa, de que Luscinda no la oyesse, abraçando estrechamẽte â Dorotea, puso su boca tan junto del oydo de Dorotea, que seguramente podia hablar, sin ser de otro sentida. Y assi le dixo: Este que canta señora mia, es vn hijo de vn cauallero, natural del Reyno de Aragon, señor de dos lugares, el qual viuia frontero de la casa de mi padre en la Corte. Y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa, cõ lienços en el inuierno, y zelosias en el verano, yo no se lo que fue, ni lo que no, que este cauallero que andaua al estudio, me vio, ni se si en la Iglesia, o en otra parte: finalmente, el se enamorô de mi, y me lo diò à entender desde las ventanas de su casa con tantas señas, y cõ tantas lagrimas, que yo le huue de creer, y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hazia, era vna, de juntarse la vna mano con la otra, dandome à entender, que se casaria comigo, y aunque yo me holgaria mucho, de que ansi fuera: como sola, y sin madre, no sabia con quien comunicallo, y assi lo dexê estar, sin dalle otro fauor, sino era quando estaua mi padre fuera de casa, y el suyo tambien, alçar vn poco el lienço, o la zelosia, y dexarme ver toda, de lo que el hazia tanta fiesta, que daua señales de boluerse loco. Llegose

gose en esto al tiempo de la partida de mi padre, la qual el supo, y no de mi, pues nunca pude dezirselo. Cayò malo, â lo que yo entiendo, de pesadumbre, y assi el dia que nos partimos, nunca pude verle, para despedirme dél, siquiera con los ojos. Pero acabo de dos dias que caminauamos, al entrar de vna posada en vn lugar, vna jornada de aqui, le vi à la puerta del meson, puesto en habito de moço de mulas, tan al natural, que si yo no le truxera tan retratado en mi alma, fuera impossible conocelle. Conocile, admireme, y alegreme: el me mirò a hurto de mi padre, de quien el siempre se esconde, quando atrauiessa por delante de mi, en los caminos, y en las posadas do llegamos. Y como yo se quien es, y considero, que por amor de mi viene à pie, y con tanto trabajo, muerome de pesadumbre, y à donde el pone los pies, pongo yo los ojos. No se con que intencion viene, ni como ha podido escaparse de su padre, que le quiere estraordinariamente, porque no tiene otro heredero; y porque el lo merece, como lo verá vuestra merced, quando le vea. Y mas le se dezir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeça, que he oydo dezir, que es muy grande estudiante, y Poeta. Y ay mas, que cada vez que le veo, o le oygo cantar, tiemblo toda, y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestros desseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo esso le quiero de manera, que no he de poder viuir sin el. Esto es señora mia, todo lo que os puedo dezir deste musico, cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echareys bien de ver, que no es moço de mulas, como dezis, sino señor de almas, y lugares, como ya os he dicho. No digays mas señora doña Clara, dixo a esta sazon Dorotea, y esto besandola mil vezes; No digays mas digo, y esperad que venga el nueuo dia, que yo espero en Dios, de en-

de encaminar de manera vuestros negocios, q̃ tengan el felice fin, q̃ tan honestos principios merecen. Ay señora, dixo doña Clara, q̃ fin se puede esperar, si su padre es tan principal, y tan rico, que le parecera, que aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa: pues casarme yo à hurto de mi padre, no lo harè por quanto ay en el mundo. No querria, sino que este moço se boluiesse, y me dexasse, quiça con no velle, y con la gran distancia del camino q̃ lleuamos, se me aliuiaria la pena q̃ aora lleuo: aunq̃ se dezir, q̃ este remedio que me imagino, me ha de aprouechar biẽ poco: no se q̃ diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor q̃ le tengo, siendo yo tan muchacha, y el tan muchacho, q̃ en verdad que creo, que somos de vna edad misma, y q̃ yo no tengo cũplidos diez, y seys años, que para el dia de san Miguel q̃ vendra, dize mi padre q̃ los cumplo. No pudo dexar de reyrse Dorotea, oyendo quan como niña hablaua doña Clara, a quien dixo: Reposemos señora, lo poco q̃ creo queda de la noche, y amanecera Dios, y medraremos, o mal me andaràn las manos. Sossegaronse con esto, y en toda la venta se guardaua vn grande silencio, solamente no dormian la hija de la ventera, y Maritornes su criada. Las quales como ya sabian el humor, de que pecaua don Quixote, y que estaua fuera de la venta, armado, y à cauallo, haziendo la guarda, determinaronlas dos de hazelle alguna burla, o alomenos de passar vn poco el tiẽpo, oyendole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no auia ventana q̃ saliesse al campo, sino vn agujero de vn pajar, por donde echauan la paja por de fuera. A este agujero se pusieron las dos semidonzellas, y vieron q̃ don Quixote estaua à cauallo, recostado sobre su lançon, dando de quãdo en quando tan dolientes, y profundos suspiros, que parecia q̃ con cada vno se le arrancaua el alma. Y assi mismo

oyerõ

oyeron que dezia con voz blanda, regalada, y amorosa: O mi señora Dulcinea del Toboso, estremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archiuo del mejor donayre, deposito de la honestidad: y vltimadamente idea de todo lo prouechoso, honesto, y deleytable q̃ ay en el mundo, y q̃ farâ agora la tu merced, si tendras por ventura las mientes en tu cautiuo cauallero, q̃ à tantos peligros por solo seruirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tu nueuas della, o Luminaria de las tres caras: quiça con embidia de la suya la estâs aora mirando, q̃ o passandose por alguna galeria de sus suntuosos palacios, o ya puesta de pechos sobre algun valcon, esta considerando como, salua su honestidad, y grandeza, ha de amãsar la tormenta q̃ por ella este mi cuytado coraçõ padece, q̃ gloria ha de dar a mis penas, que sossiego a mi cuydado: y finalmente, que vida a mi muerte, y que premio a mis seruicios. Y tu Sol, que ya deues de estar apriessa ensillando tus cauallos, por madrugar, y salir à ver a mi señora, assi como la veas, suplicote q̃ de mi parte la saludes: pero guardate que al verla, y saludarla, no le des paz en el rostro, q̃ tendre mas zelos de ti, que tu los tuuiste de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar, y correr por los llanos de Tesalia, o por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriste entonces, zeloso, y enamorado. A este punto llegaua entonces don Quixote en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la ventera le començò a cecear, y à dezirle: Señor mio, lleguese acà la vuestra merced, si es seruido. A cuyas señas, y voz boluio don Quixote la cabeça, y vio à la luz de la Luna, que entonces estaua en toda su claridad, como le llamauan del agujero, que a el le parecio ventana, y aun con rejas doradas, como conuiene que las tengan tan ricos castillos, como el se imaginaua que era aquella venta: y luego en el instan-

te se le representó en su loca imaginacion, que otra vez como la passada la donzella fermosa hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor, tornaua â solicitarle: y con este pensamiento, por no mostrarse descortes, y desagradecido, boluio las riendas a Rozinante, y se llegò al agujero, y asi como vio â las dos moças, dixo: Lastima os tengo, fermosa señora, de que ayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor, y gentileza, de lo que no deueys dar culpa a este miserable andante cauallero, a quien tiene amor impossibilitado de poder entregar su voluntad a otra, que a aquella, que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querays con significarme mas vuestros desseos, que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneys, hallays en mi otra cosa cō que satisfazeros, que el mismo amor no sea, pedidmela, que yo os juro, por aquella ausente enemiga dulce mia, de darosla en continente, si bien me pidiessedes vna guedeja de los cabellos de Medusa, que erā todos culebras: o ya los mismos rayos del Sol, encerrados en vna redoma. No ha menester nada desso mi señora (señor cauallero) dixo a este punto Maritornes. Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora, respondio dio Quixote? Sola vna de vuestras hermosas manos, dixo Maritornes, por poder desfogar con ella el gran desseo que a este agujero la ha traydo, tan à peligro de su honor, que si su señor padre la huuiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver esso respondio don Quixote, pero el se guardarà bien desso, si ya no quiere hazer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por auer puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Pareciole a Maritornes,

ritornes, que sin duda don Quixote daria la mano que le auia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo q̃ auia de hazer, se baxò del agugero, y se fue a la caualleriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Pança, y cō mucha presteza se boluio a su agugero, a tiempo que don Quixote se auia puesto de pies sobre la silla de Rozinante, por alcançar a la ventana enrejada, dōde se imaginaua estar la ferida donzella; y al darle la mano, dixo: Tomad, señora, essa mano, ò por mejor dezir, esse verdugo de los malechores del mundo: tomad essa mano digo, a quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera possessio de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseys, sino para que mireys la contestura de sus neruios, la trauazon de sus musculos, la anchura, y espaciosidad de sus venas, de donde sacareys, que tal deue de ser la fuerça del braço que tal mano tiene. Aora lo veremos, dixo Maritornes, y haziēdo vna lazada corrediza al cabestro, se la echò a la muñeca, y baxandose del agugero, atò lo que quedaua al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quixote que sintio la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: Mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateys tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os haze, ni es bien que en tan poca parte vengeys el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de don Quixote, ya no las escuchaua nadie, porque assi como Maritornes le atò, ella, y la otra se fueron muertas de risa, y le dexaron assido de manera, que fue impossible soltarse. Estaua pues, como se ha dicho, de pies sobre Rozinante, metido todo el braço por el agugero, y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta con grandissimo temor, y cuydado, que si Rozinante se desuiaua à vn cabo, ò a otro, auia de quedar colgado

del braço, y assi no osaua hazer mouimiento alguno: puesto que de la paciencia, y quietud de Rozinante, bien se podia esperar que estaria sin mouerse vn siglo entero. En resolucion viendose don Quixote atado, y que ya las damas se auian ydo, se dio a imaginar, que todo aquello se hazia por via de encantamento, como la vez passada, quando en aquel mismo castillo le molio aquel Moro encantado del harriero: y maldezia entre si su poca discrecion, y discurso, pues auiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo; se auia auenturado a entrar en el la segunda: siendo aduertimiento de caualleros andantes, que quando han prouado vna auentura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y assi no tiené necessidad de prouarla segunda vez. Con todo esto tiraua de su braço, por ver si podia soltarse, mas el estaua tan bien assido, que todas sus prueuas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraua con tiento, porque Rozinante no se mouiesse: y aunque el quisiera sentarse, y ponerse en la silla, no podia, sino estar en pie, o arrancarse la mano. Alli fue el dessear de la espada de Amadis contra quien no tenia fuerça de encantamento alguno: alli fue el maldezir de su fortuna: alli fue el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia, el tiempo que alli estuuiesse encantado, que sin duda alguna se auia creydo q lo estaua. Alli el acordarse de nueuo de su querida Dulcinea del Toboso: alli fue el llamar a su buen escudero Sancho Pança, que sepultado en sueño, y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaua en aquel instante, de la madre que lo auia parido: alli llamô a los sabios Lirgandeo, y Alquife, que le ayudassen, alli inuocò a su buena amiga Vrganda, que le socorriesse: y finalmente, alli le tomò la mañana, tan desesperado, y confuso, que bramaua como vn toro, porque no esperaua el, que con

el dia

el dia se remediaria su cuyta, porque la tenia po eterna, teniendose por encantado: y haziale creer esto, ver que Rozinante, poco, ni mucho se mouia: y creîa que de aquella suerte, sin comer ni beuer, ni dormir, auian de estar el, y su cauallo, hasta que aquel mal influxo de las estrellas se passasse, o hasta que otro mas sabio encantador le desencantasse. Pero engañose mucho en su creencia, porque apenas començó á amanecer, quando llegaron a la venta, quatro hombres de acauallo, muy bien puestos, y adereçados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron a la puerta de la venta, que aun estaua cerrada, con grandes golpes; lo qual visto por don Quixote, desde donde aun no dexaua de hazer la cintinela, con voz arrogante, y alta, dixo: Caualleros, ò escuderos, ò quien quiera que seays, no teneys para que llamar a las puertas deste castillo, que asaz de claro està, que a tales horas, ò los que estàn dentro duermen, ò no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas, hasta que el Sol este en tendido por todo el suelo: desuiaos a fuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos si serà justo, ò no, que os abran. Que diablos de fortaleza, ó castillo es este, dixo vno, para obligarnos a guardar essas ceremonias: si soys el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar ceuada a nuestras caualgaduras, y passar adelante, porque vamos de priessa. Pareceos caualleros que tengo yo talle de ventero, respondio don Quixote? No se de que teneys talle, respondió el otro, pero se que dezis disparates en llamar castillo a esta venta. Castillo es replicô don Quixote, y aun de los mejores de toda esta prouincia: y gente tiene dentro, que ha tenido cetro en la mano, y corona en la çabeça. Mejor fuera al reues, dixo el caminante, el cetro en la cabeça, y la corona en la mano, y serà, si a mano viene, que deue de estar dentro

alguna compañia de representantes, de los quales es tener a menudo essas coronas, y cetro que dezis: porque en vna venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeys poco del mundo, replicó dõ Quixote, pues ignorays los casos que suelen acontecer en la caualleria andante. Cansauanse los compañeros que con el preguntante venian, del coloquio que con dõ Quixote passaua, y assi tornaron a llamar con grande furia, y fue de modo, que el ventero despertò, y aun todos quantos en la venta estauan, y assi se leuantò a preguntar quien llamaua. Sucedio en este tiempo, que vna de las caualgaduras en que venian los quatro que llamauan, se llegò a oler a Rozinante, que melancolico, y triste, cõ las orejas caydas, sostenia sin mouerse, a su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de resentirse, y tornar a oler a quien lo llegaua à hazer caricias: y assi no se huuo mouido tanto quanto, quando se desuiaron los juntos pies de don Quixote, y resbalando de la silla, dieran con el en el suelo, a no quedar colgado del braço: cosa que le causò tãto dolor, que creyò, ò que la muñeca le cortauan, ò que el braço se le arrancaua, porque el quedò tan cerca del suelo, que con los estremos de las puntas de los pies besaua la tierra, que era en su perjuyzio, porque como sentia lo poco que le faltaua para poner las plantas en la tierra, fatigauase, y estirauase quanto podia, por alcançar al suelo, bien assi como los estan en el tormento de la garrucha puestos a toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperança que se les representa que con poco mas que se estiren llegaràn al suelo.

Capit. XLIIII. Donde se prosiguen los inauditos sucessos de la venta.

EN EFETO, Fueron tantas las vozes que don Quixote dio, que abriendo de presto las puertas de la venta, salio el ventero despauorido a ver quien tales gritos daua: y los que estauan fuera hizieron lo mismo. Maritornes, que ya auia despertado a las mismas vozes, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar, y desatò sin que nadie lo viesse, el cabestro que a don Quixote sostenia, y el dio luego en el suelo, a vista del ventero, y de los caminantes, que llegandose a el le preguntaron, que tenia, que tales vozes daua? El sin responder palabra, se quitò el cordel de la muñeca, y leuantandose en pie, subio sobre Rozinante, embraço su adarga, enristró su lancon, y tomando buena parte del campo, boluio a medio galope, diziendo: Qualquiera que dixere que yo he sido con justo titulo encantado, como mi señora la Princessa Micomicona, me dè licencia para ello, yo le desmiento, le riero, y desafio a singular batalla. Admirados se quedaron los nueuos caminantes de las palabras de dõ Quixote, pero el ventero les quitó de aquella admiracion, diziẽdoles, que era don Quixote, y que no auia que hazer caso del, porque estaua fuera de juyzio. Preguntaronle al ventero, si a caso auia llegado â aquella venta vn muchacho, de hasta edad de quinze años, que venia vestido como moço de mulas, de tales, y tales señas, dando las mismas que traîa el amante de doña Clara. El ventero respondio, que auia tanta gente en la venta, que no auia echado de ver en el que preguntauã. Pero auiendo visto vno dellos el coche donde auia venido el Oydor, dixo: Aqui deue de estar sin duda, porque este es el coche que el di-

zen que ſigue quedeſe vno de noſotros a la puerta, y entren los demas a buſcarle: y aun ſeria bien, que vno de noſotros rodeaſſe toda la venta, porque no ſe fueſſe por las bardas de los corrales. Aſsi ſe harà, reſpondio vno dellos, y entrandoſe los dos dentro, vno ſe quedò a la puerta, y el otro ſe fue a rodear la venta: todo lo qual veia el ventero, y no ſabia atinar para que ſe hazian aquellas diligencias, pueſto que bien creyô que buſcauan aquel moço, cuyas ſeñas le auian dado. Ya à eſta ſazon aclaraua el dia, y aſsi por eſto, como por el ruydo que dõ Quixote auia hecho, eſtauan todos deſpiertos, y ſe leuantauan, eſpecialmente doña Clara, y Dorotea, que la vna con ſobreſalto de tener tan cerca â ſu amante, y la otra con el deſſeo de verle, auian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote que vio que ninguno de los quatro caminantes hazia caſo del, ni le reſpondiã a ſu demanda, moria, y rabiaua de deſpecho, y ſaña: y ſi el hallara en las ordenanças de ſu caualleria, que licitamente podia el cauallero andante, tomar, y emprender otra empreſa, auiendo dado ſu palabra, y fè, de no ponerſe en ninguna, haſta acabar la que auia prometido, el enuiſtiera con todos, y les hiziera reſponder mal de ſu grado. Pero por parecerle no conuenirle biẽ comẽçar nueua empreſa, haſta poner a Micomicona en ſu Reyno, huuo de callar, y eſtarſe quedo, eſperando a ver en que parauan las diligencias de aquellos caminantes: vno de los quales hallô al mancebo que buſcaua, durmiendo al lado de vn moço de mulas, bien deſcuydado de que nadie, ni le buſcaſſe, ni menos de que le hallaſſe. El hombre le trauô del braço, y le dixo: Por cierto ſeñor don Luys, que reſponde bien a quien vos ſoys el habito que teneys, y que dize bien lo cama en que os hallo al regalo con que vueſtra madre os criò. Limpioſe el moço los ſoñolientos ojos, y miró de eſpacio al que le tenia

aſsido,

asido, y luego conocio que era criado de su padre, de que recibiô tal sobresalto, que no acerto, o no pudo hablarle palabra por vn buē espacio: y el criado prosiguiò, diziendo: Aqui no ay q̃ hazer otra cosa, señor don Luys, sino prestar paciencia, y dar la buelta à casa, si ya vuestra merced no gusta, que su padre, y mi señor la dê al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda per vuestra ausencia. Pues como supo mi padre, dixo don Luys, que yo venia este camino, y en este trage? Vn estudiante, respondio el criado, a quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fue el que lo descubrio, mouido a lastima, de las que vio que hazia vuestro padre, al punto que os echó menos, y asi despachò a quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aqui a vuestro seruicio, mas contentos de lo que imaginarse puede, por el buen despacho con que tornaremos, lleuādo os a los ojos que tanto os quieren. Esso serâ como yo quisiere, ó como el cielo ordenare, respondio don Luys. Que aueys de querer, ò que ha de ordenar el cielo, fuera de cōsentir en bolueros, porque no ha de ser posible otra cosa? Todas estas razones que entre los dos passauan, oyò el moçô de mulas, junto a quiē don Luys estaua, y leuantandose de alli, fue a dezir lo que passaua a dō Fernando, y a Cardenio, y a los demas, que ya visto se auian: a los quales dixo, como aquel hombre llamaua de don à aquel muchacho, y las razones que passauan, y como le queria boluer a casa de su padre, y el moço no queria: y con todo esto, y con lo que del sabian de la buena voz q̃ el cielo le auia dado, vinieron todos en grā desseo de saber mas particularmēte a quiē era, y aun de ayudarle, si alguna fuerça le quisiessen hazer, y asi se fuerō hàzia la parte donde aun estaua hablando, y porfiando con su criado. Saliò en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara, toda turbada, llamando Dorotea à

Cardenio a parte, le contô en breues razones la historia del musico, y de doña Clara: a quien el tambien dixo lo que passaua, de la venida â buscarle los criados de su padre, y no se lo dixo tã callando, q̃ lo dexasse de oyr doña Clara, de lo que quedò tan fuera de si, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dixo a Dorotea, q̃ se boluiessen al aposento, que el procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hizieron. Ya estauan todos los quatro que venian a buscar a dõ Luys dentro de la venta, y rodeados del, persuadiendole, que luego sin detenerse vn punto, boluiesse a consolar a su padre. El respondio, que en ninguna manera lo podia hazer, hasta dar fin a vn negocio en que le yua la vida, la honra, y el alma. Apretaronle entonces los criados, diziendole, que en ningun modo boluerian sin el, y que le lleuarian, quisiesse, ô no quisiesse. Esto no hareys vosotros, replicò don Luys, sino es lleuandome muerto: aunque de qualquiera manera que me lleueys, serà lleuarme sin vida. Ya à esta sazon auian acudido a la porfia todos los mas que en la venta estauan, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el Oydor, el Cura, el barbero, y don Quixote, q̃ ya le parecio que no auia necessidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del moço, preguntò a los que lleuarle querian, que que les mouia à querer lleuar contra su voluntad aquel muchacho? Mueuenos, respondio vno de los quatro, dar la vida à su padre, que por la ausencia deste cauallero, queda à peligro de perderla. A esto dixo dõ Luys: No ay para que se dê cuenta aqui de mis cosas, yo soy libre, y boluerè, si me diere gusto, y sino ninguno de vosotros me ha de hazer fuerça. Harasela à vuestra merced la razon, respondio el hombre, y quando ella no bastare con V. m. bastará con nosotros para hazer a lo q̃ venimos, y lo que somos obligados. Sepamos q̃ es esto,
de

de rayz, dixo a este tiempo el Oydor. Pero el hombre, que lo conocio, como vezino de su casa, respondio: No conoce. V.m. señor Oydor a este cauallero, que es el hijo de su vezino, el qual se ha ausentado de casa de su padre en el habito tan indecente a su calidad, como. V.m. puede ver? Mirole entonces el Oydor mas atentamẽte, y conociole, y abraçandole, dixo: Que niñerias son estas señor don Luys, o que causas tan poderosas, que os ayan mouido a venir desta manera, y en este trage, que dize tã mal con la calidad vuestra? Al moço se le vinieron las lagrimas a los ojos, y no pudo respõder palabra al Oydor. Dixo a los quatro, que se sossegassen que todo se haria bien, y tomando por la mano a don Luys, le apartò a vna parte, y le preguntô, que venida auia sido aquella. Y en tanto, que le hazia esta, y otras preguntas, oyeron grandes vozes a la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huespedes que aquella noche auian alojado en ella, viendo a toda la gẽte ocupada en saber lo que los quatro buscauan, auian intentado a yrse sin pagar lo que deuian, mas el ventero que atendia mas a su negocio que a los agenos, les asio al salir de la puerta, y pidio su paga, y les afeò su mala intencion con tales palabras, que les mouio a que le respondiessen con los puños: y assi le començaron a dar tal mano, que el pobre ventero tuuo necessidad de dar vozes, y pedir socorro. La ventera, y su hija, no vieron a otro mas desocupado para poder socorrerle, que a don Quixote, a quien la hija de la ventera dixo: Socorra vuestra merced, señor cauallero, por la virtud, que Dios le dio, a mi pobre padre, que dos malos hombres le estan moliendo como a cibera. A lo qual respondio don Quixote muy de espacio, y con mucha flema: Fermosa donzella, no ha lugar por aora vuestra peticio, porque estoy impedido de entremeterme en otra auentura en tanto que no diere cima a vna en que mi palabra

me ha puesto: mas lo que yo podré hazer por seruiros, ès lo que aora dirê: Corred, y dezid a vuestro padre, que se entretenga en essa batalla lo mejor que pudiere, y que no se dexe vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia à la Princessa Micomicona, para poder socorrerle en su cuyta, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacarè della: Pecadora de mi dixo a ésto Maritornes, que estaua delante: primero que V.m alcance essa licencia que dize, estarà ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondio don Quixote, que como yo la tenga, poco harà al caso, que el estè en el otro mundo, que de alli le sacarè, a pesar del mismo mundo que lo contradiga, ò por lo menos, os darè tal vengança de los que allà le huuieren embiado, que quedeys mas que medianamẽte satisfechas. Y sin dezir mas, se fue a poner de hinojos ante Dorotea, pidiendole con palabras caualleresca, y andantescas, que la su grandeza fuesse seruida de darle licencia de acorrer, y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaua puesto en vna graue mengua. La Princessa se la dio de buen talante: y el luego, embraçando su adarga, y poniendo mano a su espada, acudio a la puerta de la venta, a donde aun toda via traian los dos huespedes a mal traer al ventero, pero assi como llegó embaçó, y se estuuo quedo, aunque Maritornes, y la ventera le dezian, que en que se detenia, que socorriesse a su señor, y marido. Detengome, dixo don Quixote, porque no me es licito poner mano a la espada contra gente escuderil: pero llamadme aqui a mi escudero Sancho, que a el toca, y atañe esta defensa, y vẽgança. Esto passaua en la puerta de la venta, y en ella andauan las puñadas, y moxicones muy en su punto, todo en daño del ventero, y en rabia de Maritornes, la ventera, y su hija, que se desesperaua de ver la cobardia de don Quixote, y de lo

mal

mal que lo passaua su marido, señor, y padre. Pero dexemosle aqui, que no faltarà quien le socorra, ô sino sufra, y calle el que se atreue a mas de a lo que sus fuerças le prometen, y boluamonos a tras cincuenta passos, a ver que fue lo que don Luys respondio al Oydor, que le dexamos a parte, preguntandole la causa de su venida à pie, y de tan vil trage vestido: lo qual el moço, assiendole fuertemente de la manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaua el coraçon, y derramando lagrimas en grande abundãcia, le dixo: Señor mio, yo no se deziros otra cosa, sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitò nuestra vezindad, que yo viesse a mi señora doña Clara, hija vuestra, y señora mia, desde aquel instante la hize dueño de mi voluntad: y si la vuestra, verdadero señor, y padre mio, no lo impide, en este mismo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexè la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage para seguirla, donde quiera que fuesse, como la saeta al blanco, ô como el marinero al Norte. Ella no sabe de mis desseos, mas de lo que ha podido entender de algunas vezes que desde lexos ha visto llorar mis ojos. Ya señor, sabeys la riqueza, y la nobleza de mis padres, y como yo soy su vnico heredero: si os pareçe que estas son partes para que os auentureys à hazerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo: que si mi padre, lleuado de otros designios suyos, no gustare deste biẽ que yo supe buscarme, mas fuerça tiene el tiempo para deshazer, y mudar las cosas, que las humanas volũtades. Callò en diziendo esto el enamorado mancebo, y el Oydor quedô en oyrle suspenso, confuso, y admirado, assi de auer oydo el modo, y la discrecion con que don Luys le auia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino, y no esperado negocio: y assi no respondio otra cosa,

ſino que ſe ſoſſegaſſe por entonces, y entretuuieſſe a ſus criados, que por aquel dia no le boluieſſen, porque ſe tuuieſſe tiempo para conſiderar lo que mejor a todos eſtuuieſſe. Beſole las manos por fuerça don Luys, y aun ſe las bañò con lagrimas, coſa que pudiera enternecer vn coraçon de marmol, no ſolo el del Oydor, que como diſcreto ya auia conocido quan biẽ le eſtaua á ſu hija aquel matrimonio: pueſto que ſi fuera poſsible, lo quiſiera efetuar con voluntad del padre de don Luys, del qual ſabia, que pretendia hazer de titulo a ſu hijo. Ya á eſta ſazon eſtauan en paz los hueſpedes con el ventero, pues por perſuaſion, y buenas razones de don Quixote, mas que por amenazas, le auiã pagado todo lo que el quiſo, y los criados de don Luys aguardauan el fin de la platica del Oydor, y la reſolucion de ſu amo, quando el demonio que no duerme, ordenò, que en aquel miſmo punto entrò en la venta el barbero a quien don Quixote quitò el yelmo de Mambrino, y Sancho Pança los aparejos del aſno que trocò con los del ſuyo: el qual barbero, lleuando ſu jumento a la caualleriza vio a Sancho Pança que eſtaua adereçando no ſe que de la albarda, y aſsi como la vio la conocio, y ſe atreuio á arremeter a Sancho, diziẽdo: A don ladron, que aqui os tengo, venga mi vazia, y mi albarda con todos mis aparejos que me robaſtes. Sãcho que ſe vio acometer tan de improuiſo. y oyò los vituperios que le dezian, con la vna mano aſsio de la albarda, y con la otra dio vn moxicon al barbero, que le bañò los dientes en ſangre: pero no por eſto dexo el barbero la preſa que tenia hecha en el albarda, antes alçò la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruydo, y pendencia, y dezia: Aqui del Rey, y de la juſticia, que ſobre cobrar mi hazienda me quiere matar eſte ladron ſalteador de caminos. Mentis, reſpondio Sancho, que yo no ſoy ſalteador de caminos, que en buena guerra,

rra ganô mi señor don Quixote estos despojos. Y a estaua don Quixote delante con mucho contento de ver quan bien se defendia, y ofendia su escudero, y tuuole desde alli adelante por hombre de pro, y propuso en su coraçon de armarle cauallero en la primera ocasion que se le ofreciesse, por parecerle que seria en el bien empleada la orden de la caualleria, Entre otras cosas que el barbero dezia en el discurso de la pendencia, vino à dezir: Señores assi esta albarda es mia, como la muerte que deuo a Dios, y assi la conozco, como si la huuiera parido, y aí està mi asno en el establo que no me dexara mentir, sino prueuensela, y sino le viniere pintiparada, yo quedarè por infame: y ay mas, que el mismo dia que ella se me quitò, me quitaron tambien vna bazia de açofar nueua que no se auia estrenado, que era señora de vn escudo. Aqui no se pudo contener dõ Quixote sin respõder, y poniẽdose entre los dos, y apartãdoles, depositando la albarda en el suelo, q̃ la tuuiesse de manifiesto, hasta que la verdad se aclarasse, dixo: Porque vean vuestras mercedes clara, y manifiestamente el error en que està este buẽ escudero; pues llama bazia à lo que fue, es, y serà, el yelmo de Mãbrino, el qual se le quitè yo en buena guerra, y me hize señor del con ligitima, y licita possession. en lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabrè dezir, es, que mi escudero Sancho me pidio licencia para quitar los jaezes del cauallo deste vencido couarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la di, y el los tomô, y de auerse conuertido de jaez en albarda, no sabrè dar otra razon, sino es la ordinaria, que como essas transformaciones se veen en los sucessos de la caualleria: para confirmacion de lo qual corre Sancho hijo, y saca aqui el yelmo que este buen hombre dize ser bazia. Pardiez señor, dixo Sancho, sino tenemos otra prueua de nuestra intencion, que la que vuestra merced dize, tan bazia

es el

es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hõbre albarda. Haz lo que te mando replicô don Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento, Sancho fue a do estaua la bazia, y la truxo, y assi como don Quixote la viola tomò en las manos, y dixo: Miren vuestras mercedes con que cara podia dezir este escudero que esta es bazia, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la orden de caualleria que professo, que este yelmo fue el mismo que yo le quitê, sin auer añadido en el, ni quitado cosa alguna. En esso no ay duda, dixo a esta sazon Sancho, porque desde que mi señor le ganô hasta aora, no ha hecho con el mas de vna batalla, quando librò a los sinventura encadenados, y sino fuera por este baziyelmo no lo passara entonces muy bien, porque huuo a saz de pedradas en aquel trance,

Capit. XXXV. Donde se acaba de aueriguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras auenturas sucedidas con toda verdad.

QVE Les parece a vuestras mercedes, señores dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bazia, sino yelmo? Y quien lo cõtrario dixere, dixo don Quixote, le harè yo conocer que miente si fuere cauallero, y si escudero, que remiente mil vezes. Nuestro barbero que a todo estaua presente como tenia tan bien conocido el humor de don Quixote, quiso esforçar su desatino, y lleuar adelante la burla, para q̃ todos riyessen: y dixo hablando con el otro barbero: Señor barbero, ò quien soys, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veynte años carta

de

de examen: y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia, sin que le falte vno, y ni mas ni menos fuy vn tiempo en mi mocedad soldado, y se tambien que es yelmo, y que es morrion, y celada de encaxe, y otras cosas tocantes a la milicia, digo a los generos de armas de los soldados: y digo saluo mejor parecer, remitiendome siempre al mejor entendimiento, que esta pieça que està aqui delante, que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bazia de barbero, pero està tan lexos de serlo, como està lexos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo don Quixote, porque le falta la mitad que es la babera. Assi es, dixo el Cura, que ya auia entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmô Cardenio, don Fernando, y sus camaradas, y aun el Oydor, sino estuuiera tan pensatiuo con el negocio de don Luys, ayudara por su parte a la burla: pero las veras de lo que pensaua le tenian tan suspenso, que poco, ò nada atendia á aquellos donayres. Valame Dios, dixo a esta sazon el barbero burlado, que es possible, que tanta gente honrada diga, que esta no es bazia, sino yelmo: cosa parece esta que puede poner en admiracion a toda vna Vniuersidad por discreta que sea. Basta, si es que esta bazia es yelmo, tambien deue de ser esta albarda jaez de cauallo, como este señor ha dicho. A mi albarda me parece, dixo don Quixote, pero ya he dicho que en esso no me entremeto de q̃ sea albarda, ò jaez. Dixo el Cura, no està en mas de dezirlo el señor don Quixote, que en estas cosas de la caualleria todos estos señores, y yo le damos la ventaja. Por Dios señores mios, dixo don Quixote, que son tantas, y tan estrañas las cosas que en este castillo, en dos vezes que en el he alojado, me han sucedido, que no me

atreua

atreua à dezir afirmatiuamente ninguna cosa, de lo que acerca de lo que en el se contiene, se preguntare, porque imagino que quanto en el se trata va por via de encantamento: la primera vez me fatigó mucho vn Moro encantado que en el ay, y a Sancho no le fue muy bien con otros sus sequaces, y anoche estuue colgado deste braço casi dos horas, sin saber como, ni como no vine a caer en aquella desgracia. Assi que ponerme yo aora en cosa de tanta confusion a dar mi parecer, serà caer en juyzio temerario: en lo que toca à lo que dizen que esta es bazia, y no yelmo, ya yo tengo respondido, pero en lo de declarar si essa es albarda, ò jaez, no me atreuo a dar sentencia difinitiua, solo lo dexo al buen parecer de vuestras mercedes, q̃ ̄içà por no ser armados caualleros, como yo lo soy, no tendràn que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendràn los entendimientos libres, y podràn juzgar de las cosas deste castillo como ellas son, real, y verdaderamente, y no como ami me parecian. No ay duda, respondio a esto don Fernando, sino que el señor don Quixote ha dicho muy biẽ oy, que a nosotros toca la difinicion deste caso: y porque vaya con mas fundamento, yo tomarè en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare daré entera, y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de dõ Quixote, era todo esto materia de grandissima risa: pero para los que la ignorauan les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente a los quatro criados de don Luys, y a don Luys, ni mas, ni menos; y a otros tres passageros que acaso auian llegado a la venta que tenian parecer de ser quadrilleros, como en efeto lo eran: pero el q̃ mas se desesperaua era el barbero, cuya bazia alli delante de sus ojos se la auia buelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaua sin duda alguna, que se le auia de boluer en jaez rico de cauallo, y los vnos, y los

otros

otros se reîan de ver como andaua don Fernando tomã-do los votos de vnos en otros, hablando al oydo, para q̃ en secreto declarassen si era albarda, ò jaez aquella joya, sobre quien tanto se auia peleado: y despues que huuo tomado los votos de aquellos que a don Quixote conocian, dixo en alta voz: El caso es buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que a ninguno pregunto lo que desseo saber, que no me diga, que es disparate el dezir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de cauallo, y aun de cauallo castizo, y assi aureys de tener paciẽcia, porque a vuestro pessar, y al de vuestro asno, este es jaez, y no albarda, y vos aueys alegado, y pronado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo dixo el sobrebarbero, si todas vr̃as mercedes no se engañã, y q̃ assi parezca mi anima ante Dios, como ella me parece a mi albarda, y no jaez: pero allà vã leyes, &c. y no digo mas, y en verdad q̃ no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No menos causauan risa las necedades q̃ dezia el barbero, que los disparates de don Quixote: el qual a esta sazon dixo: Aqui no ay mas que hazer, sino que cada vno tome lo q̃ es suyo, y a quien Dios se la dio, S. Pedro se la bendiga. Vno de los quatro dixo: Si ya no es que esto sea burla pẽsada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiẽto, como son, ò parecen todos los que aqui estan, se atreuan a dezir, y afirmar que esta no es bazia, ni aquella albarda, mas como veo que lo afirman, y lo dizen, me doy, a entender que no carece de misterio el porfiar vna cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad, y la misma experiencia: porque voto a tal, y arrojole redõdo, q̃ no me den a mi a entender quantos oy viuen en el mundo al reues de que esta no sea bazia de barbaro, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dixo el Cura. Tanto monta, dixo el criado, que el caso no consiste

en esso, sino en si es, ò no es albarda, como vuestras mercedes dizẽ. Oyendo esto vno de los quadrilleros q̃ auian entrado, que auia oydo la pendencia, y quistion, lleno de colera, y enfado, dixo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, ó dixere, deue de estar hecho vua. Mentis, como vellaco villano, respondio don Quixote, y alçando el lançõ, que nunca le dexaua de las manos, le yua à descargar tal golpe sobre la cabeça, que a no desuiarse el quadrillero se le dexàra alli tendido: el lançon se hizo pedaços en el suelo, y los demas quadrilleros que vieron tratar mal a su compañero alçarõ la voz pidiendo fauor a la santa Hermandad. El ventero que era de la quadrilla entrò al punto por su varilla, y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de don Luys rodearon à don Luys, porque con el alboroto no se les fuesse. El barbero viendo la casa rebuelta tornò à asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho. Don Quixote puso mano a su espada, y arremetio a los quadrilleros, don Luys daua vozes a sus criados que le dexassen a el, y acorriessen a don Quixote, y a Cardenio, y a don Fernando, que todos fauorecian a don Quixote. El Cura daua vozes: la ventera gritaua, su hija se afligia, Maritornes lloraua, Dorotea estaua confusa, Luscinda suspensa, y doña Clara desmayada. El barbero aporreaua à Sancho, Sancho molia al barbero: don Luys, a quien vn criado suyo se atreuio a asirle del braço, porque no se fuesse, le dio vna puñada, que le bañò los dientes en sangre, el Oydor le defendia: don Fernando tenia debaxo de sus pies a vn quadrillero midiendole el cuerpo cõ ellos muy a su sabor. El ventero tornô a reforçar la voz, pidiendo fauor a la santa Hermandad: de modo q̃ toda la venta era llantos, vozes, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, moxicones, palos, coces, y efusion de sangre: y en la mitad deste caos,
maqui-

maquina, y laberinto de cosas se le representó en la memoria de dõ Quixote, que yua metido de hoz, y de coz en la discordia del cãpo de Agramãte: y assi dixo cõ voz q̃ atronaua la vẽta: Tenganse todos, todos embaynẽ, todos se sossieguẽ, oyganme todos, si todos quierẽ quedar cõ vida. A cuya gran voz todos se pararõ, y el prosiguio, diziẽdo: No os dixe yo señores q̃ este castillo era encantado, y q̃ alguna regiõ de demonios deue d' habitar enel? en confirmaciõ de lo qual quiero q̃ veays por vuestros ojos como se ha passado aqui, y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante: mirad como alli se pelea por la espada: aqui por el cauallo, aculla por el aguila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entẽdemos: venga pues v. m. merced señor Oydor, y vuestra merced señor Cura, y el vno sirua de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y põganos en paz, porque por Dios todo poderoso, que es gran vellaqueria q̃ tanta gẽte principal como aqui estamos se mate por causas tan liuianas; los quadrilleros que no entendian el frasis de don Quixote, y se veian mal parados de don Fernando, Cardenio, y sus camaradas no querian sossegarse, el barbero si, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas, y el albarda: Sancho a la mas minima voz de su amo obedecio, como buen criado: los quatro criados de don Luys tambien se estuuieron quedos, viendo quan poco les yua en no estarlo, solo el ventero porfiaua, que se auian de castigar las insolencias de aquel loco que a cada passo le alborotaua la venta: finalmente el rumor se apaziguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juyzio, y la bazia por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de don Quixote. Puestos pues ya en sossiego, y hechos amigos todos, a persuasion del Oydor, y del Cura, boluieron los criados de don Luys a porfiarle q̃ al momento se viniesse cõ ellos:

y en tanto que el con ellos se auenia, el Oydor comunicô con don Fernando, Cardenio, y el Cura, que deuia hazer en aquel caso, contandoselo con las razones que don Luys le auia dicho, en fin fue acordado que don Fernando dixesse a los criados de don Luys quiē el era, y como era su gusto, que don Luys se fuesse con el al Andaluzia, donde de su hermano el Marques seria estimado como el valor de don Luys merecia, porque desta manera se sabia de la intencion de don Luys que no bolueria por aquella vez a los ojos de su padre si le hiziessen pedaços. Entendida pues de los quatro la calidad de don Fernādo, y la intencion de don Luys, determinarō entre ellos, que los tres se boluiessen a contar lo que passaua à su padre, y el otro se quedasse a seruir a don Luys, y a nō dexalle hasta que ellos boluiessen por el, ó viesse lo que su padre les ordenaua: desta manera se apaziguô aquella maquina de pendencias, por la autoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobrino: pero viendose el enemigo de la concordia, y el emulo de la paz menospreciado, y burlado, y el poco fruto que auia grangeado de auerlos puesto a todos en tan confuso laberinto, acordó de prouar otra vez la mano, resucitando nueuas pendencias, y dessassosiegos. Es pues el caso, que los quadrilleros se sossegaron por auer entreoydo la calidad de los que con ellos se auian combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de qualquiera manera que sucediesse auian de lleuar lo peor de la batalla: pero vno dellos q̄ fue el que fue molido, y pateado por don Fernando, le vino a la memoria, que entre algunos mandamiētos que traia para prender a algunos delinquentes, traia vno cōtra don Quixote, a quien la santa Hermandad auia mandado prender por la libertad que dio a los galeotes, y como Sancho con mucha razon auia temido: imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas q̄ de dō Quixote

traia

traîa, venian bien, y sacando del seno vn pergamino topò con el q̃ buscaua, y poniẽdosele a leer de espacio, porq̃ no era buen letor, a cada palabra q̃ leia, ponia los ojos en don Quixote, y yua cotexando las señas del mandamiento con el rostro de don Quixote, y hallò q̃ sin duda alguna era, el q̃ el mandamiento rezaua, y apenas se huuo certificado, quando recogiendo su pergamino, y quiça tomò el mandamiento, y con la derecha assio a dõ Quixote del cuello fuertemente q̃ no le dexaua alentar, y a grãdes vozes dezia: Fauor a la santa Hermandad, y para q̃ se vea q̃ lo q̃ pido es de veras, leasse este mãdamiẽto dõde se contiene que se prenda a este salteador de caminos. Tomò el mãdamiento el Cura, y vio como era verdad quãto el quadrillero dezia, y como conuenia con las señas con don Quixote, el qual viendose tratar mal de aquel villano Malandrin, puesta la colera en su punto, y cruxiendole los huessos de su cuerpo, como mejor pudo el assio al quadrillero con entrambas manos de la gargãta, q̃ a no ser socorrido de sus compañeros, alli dexara la vida antes q don Quixote la presa. El vẽtero que por fuerça auia de fauorecer a los de su oficio, acudio luego a dalle fauor. La ventera q̃ vio de nueuo a su marido en pendencias, de nueuo alçò la voz, cuyo tenor le lleuarõ luego, Maritornes, y su hija, pidiendo fauor al cielo, y a los que alli estauan. Sancho dixo viendo lo que passaua: Viue el Señor que es verdad quanto mi amo dize de los encantos deste castillo, pues no es possible viuir vna hora con quietud en el. Don Fernando despartio al quadrillero, y a don Quixote, y con gusto de entrambos les desenclauijò las manos, q̃ el vno en el collar del sayo del vno, y el otro en la garganta del otro bien assidas tenin̄: pero no por esto cessauan los quadrilleros de pedir su preso, y que les ayudassen a darsele atado, y entregado a toda su voluntad, porque assi conuenia al seruicio del Rey, y de

la santa Hermandad, de cuya parte de nueuo los pedian socorro, y fauor, para hazer aquella prision de aquel robador, y salteador de sendas, y de carreras. Reiase de oyr dezir estas razones don Quixote, y con mucho sossiego, dixo: Venid acà gente soez, y mal nacida, saltear de caminos llamays al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, acorrer a los miserables, alçar los caydos, remediar los menesterosos: a gēte infame, digna por vuestro baxo, y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caualleria andante, ni os dè a entender el pecado, è ignorancia en que estays en no reuerenciar la sombra, quanto mas la assistencia de de qualquier cauallero andante. Venid acà ladrones en quadrilla, que no quadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la santa Hermandad, dezidme quien fue el ignorante que firmò mandamiento de prision contra vn tal cauallero como yo soy? Quien el que ignorò que son essentos de todo judicial fuero los caualleros andantes? Y que su ley es espada, sus fueros, sus brios, sus prematicas, su voluntad? Quien fue el mentecato, bueluo a dezir, q̃ no sabe que no ay executoria de hidalgo con tātas preeminencias, ni essenciones como la que adquiere vn cauallero andante el dia que se arma cauallero, y se entrega al duro exercicio de la caualleria. Que cauallero andante pagô pecho, alcauala, chapin de la Reyna moneda forera, portazgo, ni barca? Que sastre le lleuô hechura de vestido que le hiziesse? Que Castellano le acogiò en su castillo que le hiziesse pagar el escote: Que Rey no le assentó a su mesa? Que donzella no se le aficionò, y se le entregò rendida à todo su talante, y voluntad: Y finalmente, que cauallero andante ha auido, ay, ni aurà en el mundo, que no tenga brios para dar el solo quatrocientos palos a quatrocientos quadrilleros que se le pōgan delante?

Capitulo. XLVI. De la notable auentura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen cauallero don Quixote.

EN Tanto que dō Quixote esto dezia, estaua persuadiendo el Cura à los quadrilleros como don Quixote era falto de juyzio, como lo veiā por sus obras, y por sus palabras, y que no tenian para que lleuar aquel negocio adelante: pues aunque le prendiessen, y lleuassen, luego le auian de dexar por loco: a lo que respondio el del mandamiēto: Que a el no tocaua juzgar de la locura de don Quixote, uno hazer lo que por su mayor le era mandado, y que vna vez preso, siquiera le soltassen trecientas. Con todo esso, dixo el Cura, por esta vez no le aueys de lleuar, ni aun el dexara lleuarse, a lo que yo entiendo: en efeto tanto les supo el Cura dezir, y tantas locuras supo don Quixote hazer, que mas locos fueran que no el los quadrilleros, sino conocieran la falta de don Quixote, y assi tuuieron por bien de apaziguarse, y aun de ser medianeros de hazer las pazes entre el barbero, y Sancho Pança, que toda via assistian con gran rancor a su pendencia: finalmente ellos como miembros de justicia mediaron la causa, y fueron arbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, sino del todo contentas, alomenos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas, y xaquimas. Y en lo que tocaua à lo del yelmo de Mambrino, el Cura à socapa, y sin que don Quixote lo entendiesse, le dio por la bazia ocho reales, y el barbero le hizo vna cedula del recibo, y de no llamarse a engaño por entonces, ni por siempre jamas Amen. Sossegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales, y de mas tomo, restaua que

los criados de don Luys se contentassen de boluer los tres, y que el vno quedàsse para acompañarle donde dõ Fernando le queria lleuar: y como ya la buena suerte, y mejor fortuna auia començado a romper lanças, y facilitar dificultades en saber de los amantes de la venta, y de los valientes della, quiso lleuarlo al cabo, y dar a todo felice sucesso, porq̃ los criados se contentaron de quanto don Luys queria, de que recibio tanto contento doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro que no conociera el regozijo de su alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los sucessos que auia visto, se entristecia, y alegraua à bulto conforme veía, y notaua los semblantes a cada vno, especialmente de su Español, en quiẽ tenia siempre puestos los ojos, y traía colgada el alma. El ventero a quien se le passò por alto la dadiua, y recompensa que el Cura auia hecho al barbero, pidio el escote de don Quixote, con el menoscabo de sus cueros, y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rozinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagasse primero hasta el vltimo ardite. Todo lo apaziguó el Cura, y lo pagò don Fernando, puesto que el Oydor de muy buena voluntad auia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz, y sossiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como don Quixote auia dicho, sino la missma paz, y quietud del tiempo de Otauiano: de todo lo qual fue comnn opinion, que se deuian dar las gracias a la buena intencion, y mucha eloquencia del señor Cura, y a la incõparable liberalidad de don Fernando. Viendose pues don Quixote libre, y desembaraçado de tantas pẽdencias, assi de su escudero, como suyas, le parecio que seria bien seguir su començado viage, y dar fin à aquella grande auentura, para que auia sido llamado, y escogido: y assi con resoluta determinacion se fue a poner

de

de inojos ante Dorotea, la qual no le consintio que hablasse palabra hasta que se leuantasse, y el por obedecella se puso en pie, y le dixo: Es comun prouerbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas, y graues cosas ha mostrado la experiencia, que la solicitud del negociante trae a buen fin el pleyto dudoso, pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad, q̃ en las de la guerra, a donde la celeridad, y presteza preuiene los discursos del enemigo, y alcança la vitoria, antes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo alta, y preciosa señora, porque me parece, que la estada nuestra en este castillo, ya es sin prouecho, y podria sernos de tanto daño, que lo echassemos de ver algun dia, porque quien sabe si por ocultas espias, y diligentes aurà sabido ya vuestro enemigo el gigante, de que yo voy a destruylle, y dandole lugar el tiempo, se fortificasse en algun inexpugnable castillo, ò fortaleza contra quien valiessen poco mis diligencias, y la fuerça de mi incansable braço: assi que señora mia, preuengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partamonos luego a la buena ventura, que no està mas de tener la vuestra grandeza, lo que dessea, de quanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Callò, y no dixo mas don Quixote, y esperô con mucho sossiego la respuesta de la fermosa Infanta, la qual con ademan señoril, y acomodado al estilo de don Quixote, le respondio desta manera: Yo os agradezco señor cauallero el desseo que mostrays tener de fauorecerme en mi gran coyta, bien assi como cauallero, a quien es anexo, y concerniente fauorecer los huerfanos, y menesterosos: y quiera el cielo que el vuestro, y mi desseo se cumplan, para que veays que ay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo mas volun-

tad que la vuestra, disponed vos de mi a toda vuestra guisa, y talante, que la que vna vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señorios, no ha de querer yr contra lo que la vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dixo dõ Quixote, pues assi es, que vna señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de leuantalla, y ponella en su heredado trono. la partida sea luego porque me va poniendo espuelas el desseo, y el camino, lo que suele dezirse que en la tardança està el peligro: y pues no ha criado el cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante, ni acobarde, ensilla Sancho a Rozinante, y apareja tu jumento, y el palafren de la Reyna, y despidamonos del Castellano, y destos señores, y vamos de aqui luego al punto. Sancho, que a todo estaua presente, dixo meneando la cabeça à vna parte, y a otra: A y señor, señor, y como ay mas mal en el aldeguela que se suena, con perdon sea dicho de las tocas honradas. Que mal puede auer en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio villano? Si vuestra merced se enoja, respondio Sancho, yo callarè, y dexarê dezir lo que soy obligado como buen escudero, y como deue vn buen criado dezir a su señor. Di lo que quisieres, replicò don Quixote, como tus palabras no se encaminen a ponerme miedo: que si tu le tienes, hazes como quien eres: y si yo no le tengo hago como quien soy. No es esso, pecador fuy yo a Dios, respondio Sancho, sino que yo tengo por cierto, y por aueriguado que esta señora que se dize ser Reyna del gran Reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque a ser lo que ella dize, no se anduuiera hocicando con alguno de los que estan en la rueda á buelta de cabeça, y a cada traspuesta. Parose colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo

poſo don Fernando alguna vez a hurto de otros ojos, auia cogido con los labios parte del premio que merecian ſus deſſeos. Lo qual auia viſto Sancho, y pareciendole que aquella deſembol tura, mas era de dama cortesana, que de Reyna de tan gran Reyno. Y no pudo, ni quiſo reſponder palabra à Sancho, ſino dexole proſeguir en ſu platica, y el fue diziendo: Eſto digo ſeñor, porq̃ ſi al cabo de auer andado caminos, y carreras, y paſſado malas noches, y peores dias, ha de venir a coger el fruto de nueſtros trabajos, el que ſe eſtá holgando en eſta venta, no ay para que darme prieſſa, a q̃ enſille a Rozinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues ſerá mejor q̃ nos eſtemos quedos, y cada puta hile, y comamos. O valame Dios, y quan grande que fue el enojo que recibio don Quixote, oyendo las deſcompueſtas palabras de ſu eſcudero. Digo que fue tanto, que con voz atropellada, y tartamuda lẽgua, lançando viuo fuego por los ojos, dixo: O vellaco villano, mal mirado, deſcõpueſto, è ignorãte, infacũdo, deſlẽguado, atreuido murmurador, y maldiziẽte, tales palabras has oſado dezir en mi preſẽcia, y en la deſtas inclitas ſeñoras? Y tales deshoneſtidades, y atreuimientos oſaſte poner en tu confuſa imaginacion? Verè de mi preſencia, monſtruo de naturaleza, depoſitario de mentiras, almario de embuſtes, ſilo de vellaquerias, inuentor de maldades, publicador de ſandezes, enemigo del decoro que ſe deue a las Reales perſonas. Vete no parezcas delante de mi, ſo pena de mi ira: y diendo eſto, enarcò las cejas, hinchô los carrillos, miró a todas partes, y dio con el pie derecho vna gran patada en el ſuelo, ſeñales todas de la ira que encerraua en ſus entrañas. A cuyas palabras, y furibundos ademanes, quedó Sancho tan encogido, y medroſo, que ſe holgara que en aquel inſtante ſe abriera debaxo de ſus pies la tierra, y le tragara. Y no ſupo que hazerſe, ſino boluer

las

las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de don Quixote, dixo, para templarle la ira: No os despecheys señor cauallero de la triste Figura, de las sandezes que vuestro buen escudero ha dicho. Porque quiçà no las deue de dezir sin ocasion, ni de su buen entendimiento, y christiana cõciencia, se puede sospechar que leuante testimonio a nadie: y assi se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos señor cauallero dezis, todas las cosas van, y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho huuiesse visto por esta diabolica via, lo que el dize que vio, tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo a esta sazon don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante a este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera impossible verse de otro modo, que por el de encantos no fuera, que se yo bien de la bõdad, è inocencia deste desdichado, que no sabe leuantar testimonios a nadie. Assi es, y assi será, dixo don Fernando, por lo qual deue vuestra merced señor don Quixote, perdonalle, y reduzille al gremio de su gracia, *Sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacassen de juyzio. Don Quixote respondio, que el le perdonaua, y el Cura fue por Sãcho, el qual vino muy humilde, y hincandose de rodillas, pidio la mano a su amo, y el se la dio, y despues de auersela dexado besar, le hechò la bẽdizion, diziendo: Aora acabarás de conocer Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas vezes te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. Assi lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedio por via ordinaria. No lo creas, respondio don Quixote, que si assi fuera, yo te vengara entonces, y aun aora. Pero ni en-

tonces,

tonces, ni aora pude, ni vi en quien tomar vengança de tu agrauio. Dessearon saber todos, que era aquello de la manta, y el ventero lo contò punto por punto, la bolateria de Sancho Pança, de que no poco se riyeron todos. Y de que no menos se corriera Sancho, si de nueuo no le assegurara su amo, que era encantamento. Puesto que jamas llegò la sandez de Sãcho à tanto, que creyesse no ser verdad pura, y aueriguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de auer sido manteado por personas de carne, y huesso, y no por fantasmas soñadas, ni imaginadas, como su señor lo creìa, y lo afirmaua. Dos dias eran ya passados los que auia que toda aquella ilustre compañia estaua en la venta: y pareciendoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden, para que sin ponerse al trabajo, de boluer Dorotea, y don Fernando con don Quixote a su aldea con la inuencion de la libertad de la Reyna Micomicona, pudiessen el Cura, y el barbero, lleuarsele como desseauan, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron, fue, que se concertaron con vn carretero de bueyes, que a caso acertó a passar por alli, para que lo lleuasse en esta forma. Hizieron vna como jaula, de palos enrejados, capaz, que pudiesse en ella caber holgadamente don Quixote: y luego don Fernando, y sus camaradas, con los criados de don Luys, y los quadrilleros, juntamente con el ventero, todos por orden, y parecer del Cura se cubrieron los rostros, y se disfraçaron, quien de vna manera, y quien de otra: de modo, que a don Quixote le pareciesse ser otra gente, de la que en aquel castillo auia visto. Hecho esto, con grandissimo silencio se entraron a donde el estaua durmiendo, y descansando de las passadas refriegas. Llegaronse a el, que libre, y seguro de tal acontecimiento dormia, y assiendole fuertemente, le ataron muy bien las manos, y los pies: de modo, que quando el despertò con

ſobreſalto, no pudo menearſe, ni hazer otra coſa, mas que admirarſe, y ſuſpenderſe de ver delante de ſi tan eſtraños viſages. Y luego dio en la cuenta, de lo que ſu cõtinua, y deſuariada imaginacion le repreſentaua, y ſe creyó, que todas aquellas figuras eran fantaſmas de aquel encantado caſtillo, y que ſin duda alguna yà eſtaua encãtado, pues no ſe podia menear, ni defender. Todo apũto, como auia penſado que ſucederia el Cura, traçador deſta maquina. Solo Sancho de todos los preſentes eſtaua en ſu miſmo juyzio, y en ſu miſma figura: el qual aunque le faltaua bien poco para tener la miſma enfermedad de ſu amo, no dexò de conocer quien eran todas aquellas cõtrahechas figuras, mas no oſò deſcoſer ſu boca, haſta ver en que paraua aquel aſſalto, y priſion de ſu amo, el qual tampoco hablaua palabra, atendiendo a ver el paradero de ſu deſgracia. Que fue, que trayendo alli la jaula, le encerrarõ dentro, y le clauarõ los maderos tan fuertemente, que no ſe pudieran romper a dos tirones. Tomaronle luego en ombros, y al ſalir del apoſento ſe oyò vna voz temeroſa, todo quanto la ſupo formar el barbero, no el del albarda, ſino el otro, que dezia: O cauallero de la triſte Figura, no te dè afincamiento la priſion en que vas, porque aſsi conuiene para acabar mas preſto la auentura en que tu gran esfuerço te puſo. La qual ſe acabarà, quando el furibundo leon Manchado, con la blanca paloma Toboſina, yazieren en vno, ya deſpues de humilladas las altas ceruizes al blando yugo matrimoñeſco. De cuyo inaudito cõſorcio ſaldrán a la luz del Orbe los brauos cachorros, que imitaràn las rapantes garras del valeroſo padre. Y eſto ſerà antes, que el ſeguidor de la fugitiua ninfa, faga dos vegadas, a la viſita de las luzientes imagines con ſu rapido, y natural curſo. Y tu, ò el mas noble, y obediente eſcudero que tuuo eſpada en cinta, barbas en roſtro, y olfato en las nari-

zes,no te desmaye,ni descontente, ver lleuar assi delãte de tus ojos mismos,a la flor de la caualleria andãte. Que presto,si al Plasmador del mundo le plaze, te veràs tan alto,y tan sublimado,que no te conozcas, y no saldràn defraudadas las promessas,que te ha fecho tu buẽ señor. Y asseguròte,de parte de la sabia Mentironiana, q̃ tu salario te sea pagado,como lo veràs por la obra, y sigue las pisadas del valeroso,y encantado cauallero,que conuiene q̃ vayas donde pareys entrambos:y porque no me es licito dezir otra cosa,à Dios quedad, que yo me bueluo a donde yo me se. Y al acabar de la profecia,alçò la voz de punto,y disminuyòla despues con tan tierno acento,que aun los sabidores de la burla estuuieron por creer, q̃ era verdad lo que oian. Quedò don Quixote consolado con la escuchada profecia,porq̃ luego coligio de todo en todo, la sinificacion de ella:y vio q̃ le prometian el verse ayuntados en santo, y deuido matrimonio cõ su querida Dulcinea del Toboso,de cuyo felize vientre saldriã los cachorros,que eran sus hijos,para gloria perpetua de la Mancha. Y creyendo esto bien,y firmemente, alçò la voz,y dando vn gran suspiro,dixo: O tu quien quiera q̃ seas què tanto biẽ me has pronosticado,ruegote,que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene a cargo q̃ no me dexe perecer en esta prision, donde aora me lleuan,hasta ver cumplidas tan alegres, è incõparables promessas, como son las que aqui se me han hecho. Que como esto sea,tendrè por gloria las penas de mi carcel,y por aliuio estas cadenas que me ciñen,y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda,y talamo dichoso. Y en lo que toca a la consolacion de Sancho Pança mi escudero, yo confio de su bondad, y buen proceder, que no me dexarà, en buena, ni en mala suerte. Porque quando no suceda por la suya, ò por mi corta ventura, el poderle yo

dar la Insula, ò otra cosa equiualente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrà perderse, que en mi testamento, que ya està hecho, dexò declarado lo que se le ha de dar, no conforme a sus muchos, y buenos seruicios, sino a la possibilidad mia. Sancho Pança se le inclinò con mucho comedimiento, y le besò entrambas las manos, porque la vna no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en ombros, aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

Capit. XLVII. Del estraño modo con que fue encantado don Quixote de la Mancha, y con otros famosos sucessos.

QVANDO Don Quixote se vio de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dixo: Muchas, y muy graues historias he yo leydo de caualleros andantes, pero jamas he leydo, ni visto, ni oydo, que a los caualleros encantados, los lleuen desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos, y tardios animales. Porque siempre los suelen lleuar por los ayres con estraña ligereza, encerrados en alguna parda, y escura nube, ò en algun carro de fuego, ò ya sobre algun Hipògrifo, ó otra bestia semejante. Pero que me lleuen a mi aora sobre vn carro de bueyes, viue Dios que me pone en confusion. Pero quiça la caualleria, y los encantos destos nuestros tiempos, deuen de seguir otro camino, que siguieron los antiguos. Y tambien podria ser, que como yo soy nueuo cauallero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya oluidado exercicio de la caualleria auenturera, tambien nueuamente se ayan inuentado otros generos de encantamentos, y otros modos de lleuar

a los

á los encantados. Que te parece desto, Sancho hijo? No se yo lo que me parece, respondio Sancho, por no ser tã leydo como vuestra merced, en las escrituras andantes. Pero con todo esso osaria afirmar, y jurar, que estas visiones que por aqui andã, que no son del todo catolicas. Catolicas mi padre, respondio don Quixote, como han de ser catolicas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantasticos, para venir à hazer esto, y à ponerme en este estado. Y si quieres ver esta verdad, tocalos, y palpalos, y veras como no tienen cuerpo, sino de ayre, y como no consistẽ mas de en la apariencia. Par Dios señor, replicô Sancho, ya yo los he tocado, y este diablo que aqui anda tan solicito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad, muy diferente de la que yo he oydo dezir, que tienen los demonios. Porque segun se dizẽ, todos huelen a piedra azufre, y à otros malos olores, pero este huele à ambar de media legua. Dezia esto Sancho, por don Fernando, que como tan señor, deuia de oler à lo que Sancho dezia. No te marauilles desso, Sancho amigo, respondio don Quixote, porque te hago saber, q̃ los diablos saben mucho, y puesto que traygan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espiritus, y si huelen no pueden oler cosas buenas, sino malas, y hediódas. Y la razon es, que como ellos donde quiera que estan, traen el infierno consigo, y no pueden recebir genero de aliuio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta, y contenta, no es posible q̃ ellos huelan cosa buena. Y si à ti te parece, que esse demonio que dizes, huele à ambar, ò tu te engañas, ò el quiere engañarte, con hazer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios passaron entre amo, y criado, y temiendo don Fernando, y Cardenio, que Sancho no viniesse à caer del todo en la cuenta de su inuencion, a quien andaua ya muy en los alcances, determinaron de abreuiar

con la partida, y llamando á parte al ventero, le ordenaron que ensillasse a Rozinante, y enalbardasse el jumẽto de Sancho, el qual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el Cura se auia concertado con los quadrilleros, q̃ le acompañassen hasta su lugar, dandoles vn tanto cada dia. Colgò Cardenio del arçon de la silla de Rozinante, del vn cabo la adarga, y del otro la bazia, y por señas mãdò à Sancho, que subiesse en su asno, y tomasse de las riendas à Rozinante, y puso à los dos lados del carro a los dos quadrilleros cõ sus escopetas. Pero antes que se mouiesse el carro, salio la ventera, su hija, y Maritornes a despedirse de don Quixote, fingiendo q̃ llorauan de dolor de su desgracia, a quien don Quixote dixo: No llore ys mis buenas señoras, q̃ todas estas desdichas son anexas à los que professan lo que yo professo, y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuuiera yo por famoso cauallero andante. Porque a los caualleros de poco nõbre, y fama, nunca les suceden semejantes casos, porque no ay en el mundo quien se acuerde dellos. A los valerosos si, que tienen embidiosos de su virtud, y valentia, à muchos Principes, y â muchos otros caualleros, q̃ procuran por malas vias destruyr à los buenos. Pero cõ todo esso, la virtud es tan poderosa, que por si sola, a pesar de toda la nigromancia, que supo su primer inuentor Zoroastes, saldra vencedora de todo trance, y darà de si luz en el mundo, como la dâ el Sol en el cielo. Perdonadme fermosas damas, si algũ desaguisado, por descuydo mio os he fecho, que de voluntad, y â sabiendas, jamas le di â nadie. Y rogad a Dios me saque destas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre, no se me caerà de la memoria las mercedes que en este castillo me auedes fecho para gratificarlas, seruillas, y recompensallas, como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto passauan

con

con don Quixote, el Cura, y el barbero, se despidieron de don Fernando, y sus camaradas, y del Capitan, y de su hermano, y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea, y Luscinda, Todos se abraçaron, y quedaron de darse noticia de sus sucessos. Diziendo don Fernando al Cura, donde auia de escreuirle, para auisarle en lo que paraua don Quixote, assegurandole, q̃ no auria cosa que mas gusto le diesse, que saberlo. Y q̃ el assi mismo le auisaria de todo aquello que el viesse q̃ podria darle gusto, assi de su casamiento, como del Bautismo de Zorayda, y sucesso de don Luys, y buelta de Luscinda a su casa. El Cura ofrecio de hazer quanto se le mandaua, con toda puntualidad. Tornaron â abraçarse otra vez, y otra vez tornaron a nueuos ofrecimientos. El ventero se llegò al Cura, y le dio vnos papeles, diziendole que los auia hallado en vn aforro de la maleta, donde se hallò la nouela del curioso impertinente, y que pues su dueño no auia buelto mas por alli, que se los lleuasse todos, que pues el no sabia leer, no los queria. El Cura se lo agradecio, y abriendolos luego, vio que al principio de lo escrito, dezia: Nouela de Rinconete, y Cortadillo, por donde entendio ser alguna nouela: y coligio, que pues la del curioso impertinente auia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuessen todas de vn mismo autor, y assi la guardò, con prosupuesto de leerla, quando tuuiesse comodidad. Subio a cauallo, y tambien su amigo el barbero con sus antifazes, porque no fuessen luego conocidos de don Quixote, y pusieronse a caminar tras el carro, y la orden que lleuauã era esta. Yua primero el carro, guiandole su dueño: â los dos lados yuan los quadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas: seguia luego Sancho Pança sobre su asno, lleuando de rienda a Rozinante. De tras de todo esto yuan el Cura, y el bar-

bero, ſobre ſus poderoſas mulas, cubiertos los roſtros, como ſe ha dicho, con graue, y repoſado continente, no caminando mas de lo que permitia el paſſo tardo de los bueyes. Don Quixote yua ſentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado a las verjas, cõ tanto ſilencio, y tanta paciencia, como ſino fuera hombre de carne, ſino eſtatua de piedra. Y aſsi con aquel eſpacio, y ſilencio, caminaron haſta dos leguas, que llegaron à vn valle, donde le parecio al boyero, ſer lugar acomodado para repoſar, y dar paſto à los bueyes. Y comunicandolo con el Cura, fue de parecer el barbero, q̃ caminaſſen vn poco mas, porque el ſabia detras de vn recueſto q̃ cerca de alli ſe moſtraua, auia vn valle de mas yerua, y mucho mejor q̃ aquel, donde parar querian. Tomo ſe el parecer del barbero, y aſsi tornaron à proſeguir ſu camino. En eſto boluio el Cura el roſtro, y vio q̃ á ſus eſpaldas venian haſta ſeys, o ſiete hõbres de acauallo, bien pueſtos, y adereçados, de los quales fueron preſto alcançados, porque caminauan, no con la flema, y repoſo de los bueyes, ſino como quien yua ſobre mulas de Canonigos, y con deſſeo de llegar preſto à ſeſtear à la venta, q̃ menos de vna legua de alli ſe parecia. Llegaron los diligentes â los perezoſos, y ſaludaróſe corteſmente, y vno de los que venian, que en reſolucion era Canonigo de Toledo, y ſeñor de los demas que le acompañauan, viendo la concertada proceſsion del carro, quadrilleros, Sancho, Rozinante, Cura, y barbero, y mas â don Quixote enjaulado, y apriſionado, no pudo dexar de preguntar, que ſignificaua lleuar aquel hombre de aquella manera. Aun que ya ſe auia dado à entender, viendolas inſignias de los quadrilleros, que deuia de ſer algun facinoroſo ſalteador, ò otro delinquente, cuyo caſtigo tocaſſe à la ſanta Hermandad. Vno de los quadrilleros, a quien fue hecha la pregunta, reſpondio aſsi: Señor lo

que

que ſignifica yr eſte cauallero deſta manera, digalo el, porque noſotros no lo ſabemos. Oyô don Quixote la platica, y dixo: Por dicha vueſtras mercedes ſeñores caualleros, ſon verſados, y periᴄtos en eſto de la caualleria andante, porque ſi lo ſon, comunicarê con ellos mis deſgraᴄias, y ſino, no ay para que me canſe en dezirlas. Y à eſte tiempo auian ya llegado el Cura, y el barbero, viendo que los caminantes eſtauan en platicas con don Quixote de la Mancha, para reſponder de modo, que no fueſſe deſcubierto ſu artificio. El Canonigo, à lo que don Quixote dixo, reſpondio: En verdad hermano, que ſe mas de libros de cauallerias, que de las ſumulas de Villalpando; aſsi que ſi no eſtà mas que en eſto, ſeguramẽte podeys comunicar comigo lo que quiſieredes. A la mano de Dios, replicò don Quixote, pues aſsi es, quiero ſeñor cauallero que ſepades, que yo voy encantado en eſta jaula, por embidia, y fraude, de malos encantadores, que la virtud, mas es perſeguida de los malos, q̃ amada de los buenos. Cauallero andante ſoy, y no de aquellos, de cuyos nombres jamas la fama ſe acordò para eternizarlos en ſu memoria, ſino de aquellos que a deſpecho, y peſar de la miſma embidia, y de quantos Magos criò Perſia, Bracmanes la India, Ginoſofiſtas la Etiopia, ha de poner ſu nombre en el templo de la inmortalidad, para que ſirua de exemplo, y dechado en los venideros ſiglos, donde los caualleros andantes vean los paſſos q̃ han de ſeguir, ſi quiſieren llegar à la cumbre, y alteza honroſa de las armas. Dize verdad el ſeñor don Quixote de la Mancha, dixo a eſta ſazon el Cura, que el va encantado en eſta carreta, no por ſus culpas, y pecados, ſino por la mala intencion de aquellos à quien la virtud enfada, y la valentia enoja. Eſte es ſeñor, el cauallero de la triſte figura, ſi ya le oyſtes nombrar en algun tiempo, cuyas valeroſas hazañas, y grandes hechos, ſeran eſcritos

en bronces duros, y en eternos marmoles, por mas que se canse la embidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canonigo oyò hablar al preso, y al libre en semejante estilo, estuuo por hazerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le auia acontecido: y en la misma admiracion cayeron todos los que cõ el venian. En esto Sancho Pança, que se auia acercado a oyr la platica, para adobarlo todo, dixo: Aora señores, quieranme bien, ò quieranme mal por lo que dixere, el caso de ello es, que asi va encantado mi señor don Quixote, como mi madre; el tiene su entero juyzio, el come, y beue, y haze sus necessidades como los demas hombres, y como las hazia ayer antes que le enjaulassen. Siendo esto asi, como quieren hazerme a mi entender que va encantado? Pues yo he oydo dezir a muchas personas, que los encantados, ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo sino le van à la mano, hablarà mas que treynta procuradores. Y boluiendose à mirar al Cura, prosiguio diziendo: A señor Cura, señor Cura, pensarà vuestra merced que no le conozco, y pensarâ que yo no calo, y adiuino, adonde se encaminan estos nueuos encantamentos, pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por mas que dissimule sus embustes? En fin, donde reyna la embidia, no puede viuir la virtud, ni adonde ay escaseza, la liberalidad. Mal aya el diablo, que si por su reuerencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuuiera casado con la Infanta Micomicona, y yo fuera Conde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, asi de la bondad de mi señor, el de la triste figura, como de la grandeza de mis seruicios. Pero ya veo que es verdad, lo que se dize por aî, q̃ la rueda de la fortuna anda mas lista, q̃ vna rueda de molino, y que los que ayer estauan en pinganitos, oy estan por el

suelo.

ſuelo. De mis hijos, y de mi muger me peſa, pues quando podian, y deuian eſperar, ver entrar a ſu padre por ſus puertas hecho Gouernador, ô Viſorrey de alguna Inſula, o Reyno, le veran entrar hecho moço de cauallos. Todo eſto que he dicho, ſeñor Cura, no es mas de por encarecer a ſu Paternidad, haga conciencia, del mal tratamiento que a mi ſeñor le haze, y mire bien no le pida Dios en la otra vida eſta priſion de mi amo, y ſe le haga cargo de todos aquellos ſocorros, y bienes, que mi ſeñor don Quixote dexa de hazer en eſte tiempo que eſtà preſo. Adobame eſſos candiles, dixo a eſte punto el barbero. Tambien vos Sancho, ſoys de la cofradia de vueſtro amo? Viue el Señor, que voy viendo, que le aueys de tener compañia en la jaula, y que aueys de quedar tan encantado como el, por lo que os toca de ſu humor, y de ſu caualleria. En mal punto os empreñaſtes de ſus promeſſas, y en mal hora ſe os entrò en los caſcos la Inſula que tanto deſſeays. Yo no eſtoy preñado de nadie, reſpondio Sancho, ni ſoy hombre que me dexaria empreñar del Rey que fueſſe, y aunque pobre ſoy Chriſtiano viejo, y no deuo nada a nadie, y ſi Inſulas deſſeo, otros deſſean otras coſas peores, y cada vno es hijo de ſus obras, y debaxo de ſer hombre puedo venir a ſer Papa, quanto mas Gouernador de vna Inſula, y mas pudiendo ganar tantas mi ſeñor, que le falte a quien darlas. Vueſtra merced mire como habla, ſeñor barbero, que no es todo hazer barbas, y algo va de Pedro a Pedro. Digolo porque todos nos conocemos, y â mi no ſe me ha de hechar dado falſo. Y en eſto del encanto de mi amo, Dios ſabe la verdad, y quedeſe aqui, porque es peor menearlo; No quiſo reſponder el barbero a Sancho, porque no deſcubrieſſe con ſus ſimplicidades lo que el, y el Cura tanto procurauan encubrir. Y por eſte miſmo temor auia el Cura dicho al Canonigo, que caminaſſe

vn poco delante, que el le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diessen gusto. Hizolo assi el Canonigo, y adelantose con sus criados, y con el estuuo atento à todo aquello que dezirle quiso, de la condició, vida, locura, y costumbres de don Quixote. Contandole breuemente el principio, y causa de su desuario, y todo el progresso de sus sucessos, hasta auerlo puesto en aquella jaula, y el disignio que lleuauan, de lleuarle a su tierra, para ver si por algun medio, hallauan remedio a su locura. Admiraronse de nueuo los criados, y el Canonigo, de oyr la peregrina historia de don Quixote. Y en acabandola de oyr, dixo: Verdaderamente señor Cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la republica, estos que llaman libros de cauallerias. Y aunque he leydo, lleuado de vn ocioso, y falso gusto, casi el principio de todos los mas que ay impressos, jamas me he podido acomodar à leer ninguno del principio al cabo. Porque me parece, q̃ qual mas, qual menos, todos ellos son vna misma cosa, y no tiene mas este, que aquel, ni estotro, que el otro. Y segun a mi me parece, este genero de escritura, y composicion cae debaxo de aquel de las fabulas, que llaman Milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleytar, y no a enseñar, al contrario de lo que hazen las fabulas Apologas, que deleytan, y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento, de semejantes libros, sea el deleytar, no se yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos, y tan desaforados disparates. Que el deleyte que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura, y concordancia que vee, ò contempla en las cosas que la vista, ò la imaginacion le ponen delante: y toda cosa que tiene en si fealdad, y descompostura, no nos puede causar cótento alguno. Pues que hermosura puede auer, o q̃ proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes,
en

en vn libro ò fabula, donde vn moço de diez, y seys años da vna cuchillada à vn gigante como vna torre, y le diuide en dos mitades como si fuera de alfeñique: y que quando nos quieren pintar vna batalla, despues de auer dicho, que ay de la parte de los enemigos vn millon de combatientes, como sea contra ellos el señor del libro, forçosamente mal que nos pese auemos de entender, q̃ el tal cauallero alcanço la vitoria por solo el valor de su fuerte braço? Pues que diremos de la facilidad con que vna Reyna, ò Emperatriz, heredera, se conduze en los braços de vn andante, y no conocido cauallero? Que ingenio, sino es del todo barbaro, ê inculto, podrâ contentarse leyendo, que vna gran torre llena de caualleros va por la mar adelante, como naue con prospero viẽto, y oy anochece en Lombardia, y mañana amanezca en tierras del Preste Iuan de las Indias, o en otras, que ni las descubrio Tolomeo, ni las vio Marco Polo? Y si à esto se me respondiesse, que los que tales libros componen, los escriuen como cosas de mentira, y que asi no estan obligados â mirar en delicadezas, ni verdades. Responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadera: y tãto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso, y possible. Hanse de casar las fabulas mẽtirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escriuiendose de suerte, que facilitando los impossibles, allanando las grandezas, suspendiendo los animos, admirẽ, suspendan, alborocen, y entretengan, de modo que anden à vn mismo passo la admiracion, y la alegria juntas: y todas estas cosas no podra hazer el que huyere de la verisimilitud: y de la imitacion en quien consiste la perfecion de lo que se escriue, no he visto ningun libro de cauallerias, que haga vn cuerpo de fabula entero cõ todos sus miembros, de manera, que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino q̃ los

com-

componen con tantos miembros, q̃ mas parece q̃ lleuan intencion a formar vna quimera, ô vn monstruo, q̃ a hazer vna figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazañas increybles, en los amores lascinos, en las cortesias mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages: y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la Republica Christiana, como a gente inutil. El Cura le estuuo escuchando cõ grande atencion, y pareciole hombre de buen entendimiento, y q̃ tenia razon en quanto dezia: y assi le dixo, q̃ por ser el de su misma opiniõ, y tener ogeriza â los libros de cauallerias, auia quemado todos los de don Quixote, q̃ eran muchos. Y contole el escrutinio q̃ dellos auia hecho, y los q̃ auia condenado al fuego, y dexado con vida, de q̃ no poco se rio el Canonigo, y dixo, q̃ con todo quanto mal auia dicho de tales libros, hallaua en ellos vna cosa buena, q̃ era el sugeto q̃ ofrecian, para que vn buen entẽdimiento pudiesse mostrarse en ellos, porq̃ dauan largo, y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudiesse correr la pluma, descriuiendo naufragios, tormentas, rencuentros, y batallas, pintando vn Capitan valeroso, con todas las partes q̃ para ser tal se requieren, mostrãdose prudente, preuiniendo las astucias de sus enemigos: y eloquente orador, persuadiendo, o dissuadiendo a sus soldados: maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer. Pintando ora vn lamentable, y tragico sucesso, aora vn alegre, y no pensado acontecimiẽto: alli vna hermosissima dama, honesta, discreta, y recatada: aqui vn cauallero Christiano, valiente, y comedido: acullâ vn desaforado barbaro fanfarron: acà vn Principe cortes, valeroso, y bien mirado: representando bondad, y lealtad de vassallos, grandezas, y mercedes de señores, ya puede mostrarse

trarse astrologo, ya cosmografo excelente, ya musico, ya inteligente en las materias de estado: y tal vez le vendra ocasion de mostrarse nigromante si quisiere. Puede mostrar las astucias de Vlisses, la piedad de Eneas, la valentia de Aquiles, las desgracias de Ector, las trayciones de Sinon, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alexãdro, el valor de Cesar, la clemẽcia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton: y finalmẽte todas aquellas acciones que puedẽ hazer perfeto a vn varon ilustre, aora poniẽdolas en vno solo, aora diuidiendolas en muchos, y siendo esto hecho cõ apazibilidad de estilo, y con ingeniosa inuencion, q̃ tire lo mas que fuere possible a la verdad, sin duda compondra vna tela de varios y hermosos lazos texida, q̃ despues de acabada tal perfecion y hermosura muestre, q̃ cõsiga el fin mejor q̃ se pretende en los escritos, q̃ es enseñar, y deleytar juntamente, como ya tengo dicho. Porq̃ la escritura desatada destos libros dà lugar a que el autor pueda mostrarse Epico, Lirico, Tragico, Comico, con todas aquellas partes que encierran en si las dulcissimas, y agradables ciencias de la Poesia, y de la Oratoria: que la Epica tambien puede escreuirse en prosa como en verso.

Cap. XLVIII. Donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de Canallerias, con otras cosas dignas de su ingenio.

ASSI es como vuestra merced dize, señor Canonigo, dixo el Cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension, los que hasta aqui hã compuesto semejantes libros, sin tener aduertencia à ningun buen discurso, ni al arte, y reglas por dõ-

de

de pudieran guiarſe, y hazerſe famoſos en proſa, como lo ſon en verſo los dos Principes de la Poeſia Griega, y Latina. Yo alomenos, replicò el Canonigo, he tenido cierta tentacion de hazer vn libro de cauallerias, guardando en el todos los puntos que he ſignificado: y ſi he de confeſſar la verdad, tengo eſcritas mas de cien hojas, y para hazer la experiencia, de ſi correſpondian a mi eſtimacion, las he comunicado con hombres apaſsionados deſta leyenda, dotos, y diſcretos, y con otros ignorantes, que ſolo atienden al guſto de oyr diſparates, y de todos he hallado vna agradable aprobacion: pero con todo eſto no he proſeguido adelante, aſsi por parecerme que hago coſa agena de mi profeſsion, como por ver q̃ es mas el numero de los ſimples, que de los prudentes: y que pueſto que es mejor ſer loado de los pocos ſabios, que burlado de los muchos necios, no quiero ſugetarme al confuſo juyzio del deſuanecido vulgo, a quien por la mayor parte toca leer ſemejantes libros: pero lo q̃ mas me le quitò de las manos, y aun del penſamiento, de acabarle, fue vn argumento que hize comigo miſmo, ſacado de las comedias que agora ſe repreſentan, diziendo: Si eſtas que aora ſe vſan, aſsi las imaginadas, como las de hiſtoria, todas, ò las mas ſon conocidos diſparates, y coſas que no lleuan pies ni cabeça, y con todo eſſo el vulgo las oye con guſto, y las tiene y las aprueua por buenas, eſtando tan lejos de ſerlo, y los autores que las cõponen, y los autores que las repreſentan dizen, que aſsi han de ſer, porque aſsi las quiere el vulgo, y no de otra manera: y que las que lleuan traça, y ſiguen la fabula como el arte pide, no ſiruen ſino para quatro diſcretos que las entiẽden, y todos los demas ſe quedan ayunos de entender ſu artificio, y que a ellos les eſtà mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos. Deſte modo vendrà a ſer vn libro, al cabo de auerme quemado las

cejas,

cejas, por guardar los precetos referidos, y vendrê a ser el sastre del cantillo. Y aunque algunas vezes he procurado persuadir á los autores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraeràn, y mas fama cobrarân representando comedias, que sigan el arte, que nò con las disparatadas, ya estan tan asidos, y encorporados en su parecer, que no ay razon, ni euidencia q̃ del los saque. Acuerdome que vn dia dixe à vno destos pertinazes: Dezidme, no os acordays q̃ ha pocos años, que se representaron en España tres Tragedias, que cõpuso vn famoso Poeta de estos Reynos, las quales fuerõ tales, que admiraron, alegraron, y suspendieron a todos quantos las oyeron, assi simples como prudentes, assi del vulgo como de los escogidos, y dierõ mas dineros à los representãtes ellas tres solas, que treynta de las mejores que despues acà se han hecho? Sin duda, respondio el autor que digo, que deue de dezir vuestra merced por la Isabela, la Filis, y la Alexandra? Por essas digo, le repliquè yo: y mirad si guardauan bien los precetos del arte, y si por guardarlos dexaron de parecer lo que eran, y de agradar â todo el mundo? Assi que no està la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Si que no fue disparate la ingratitud vengada, ni le tuuo la Numancia, ni se le hallò en la del Mercader amante, ni menos en la Enemiga fauorable, ni en otras algunas, que de algunos entendidos Poetas han sido compuestas, para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado, y otras cosas añadiâ estas, con que a mi parecer le dexê algo confuso, pero no satisfecho, ni conuencido, para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado V.m. señor Canonigo, dixo a esta sazon el Cura, que ha despertado en mi vn antiguo rancor que tengo cõ las comedias que aora se vsan, tal que yguala al que tengo con los libros de

caua-

cauallerias, porque auiendo de ser la comedia, segun le parece à Tulio, espejo de la vida humana, exẽpto de las costumbres, ê imagen de la verdad, las que aora se representan son espejos de disparates, exemplos de necedades, ê imagenes de lasciuia. Porque que mayor disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir vn niño en mantillas en la primera scena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y que mayor, que pintarnos vn viejo valiente, y vn moço cobarde, vn lacayo rectorico, vn page consejero, vn Rey ganapan, y vna Princessa fregona? Que dire pues de la obseruancia que guardan en los tiempos en que pueden, o podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada començô en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabô en Africa, y aun si fuera de quatro jornadas la quarta acabarà en America, y assi se huuiera hecho en todas las quatro partes del mundo. Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, como es possible que satisfaga a ningun mediano entendimiento? que fingiendo vna accion que passa en tiempo del Rey Pepino, y Carlo Magno, el mismo que en ella haze la persona principal, le atribuyã que fue el Emperador Eraclio, que entrô con la Cruz en Ierusalen, y el que ganô la casa santa, como Godofre de Bullon auiendo infinitos años de lo vno a lo otro, y fundadose la comedia sobre cosa fingida, atribuyrle verdades de historia, y mezclarle pedaços de otras sucedidas â diferentes personas, y tiempos: y esto no con traças verisimiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables: y es lo malo, que ay ignorantes que digan, que esto es lo perfeto, y que lo demas es buscar gullurias. Pues que si venimos à las comedias diuinas, que de milagros fingen en ellas, q̃ de cosas âpocrifas, y mal entendidas, atribuyendo à vn santo los milagros de otro. Y aun

en

en las humanas se atreuen a hazer milagros, sin mas respeto, ni consideracion, q̃ parecerles que alli estarà bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para q̃ la gente ignorante se admire, y venga â la comedia: q̃ todo esto es en perjuyzio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios Españoles: porque los Estrangeros q̃ con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por barbaros, ê ignorantes, viendo los absurdos, y disparates de las que hazemos. Y no seria bastante disculpa desto dezir, que el principal intento que las republicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagã publicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y diuertirla â vezes de los malos humores que suele engendrar la ociosidad: y que pues este se cõsigue con qualquier comedia buena, o mala, no ay para que poner leyes, ni estrechar à los que las cõponen, y representan, a que las hagan como deuian hazerse: pues como he dicho, con qualquiera se consigue lo que cõ ellas se pretende. A lo qual responderia yo, que este fin se cõseguiria mucho mejor sin comparacion alguna, con las comedias buenas, que con las no tales. Porque de auer oydo la comedia artificiosa, y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas: enseñado con las veras: admirado de los sucessos: discreto con las razones: aduertido con los embustes: sagaz con los exemplos: ayrado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afetos ha de despertar la buena comedia en el animo del que la escuchare, por rustico, y torpe que sea. Y de toda imposibilidad es impossible dexar de alegrar, y entretener, satisfazer, y contentar la comedia que todas estas partes tuuiere, mucho mas que aquella que careciere dellas: como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan.

tan. Y no tienen la culpa desto los Poetas que las compo nen, porque algunos ay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben estremadamente lo que deuen hazer. Pero como las comedias se han hecho mercaderia vendible, dizen, y dizen verdad, que los representantes no se las comprarian, sino fuessen de aquel jaez: y assi el Poeta, procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad, vease por muchas è infinitas comedias, que ha compuesto vn felicissimo ingenio destos Reynos, con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verso, con tan buenas razones, cõn tan graues sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, q̃ tiene lleno el mũ do de su fama. Y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas al punto de la perfecion que requieren. Otros las componẽ tan sin mirar lo que hazen, que despues de representadas tienen necessidad los recitantes de huyrse, y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo hã sido muchas vezes, por auer representado cosas en perjuyzio de algunos Reyes, y en deshonra de algunos linages. Y todos estos inconuenientes cessarian, y aun otros muchos mas, que no digo, con que huuiesse en la Corte vna persona inteligente, y discreta, que examinasse todas las comedias, antes que se representassen: no solo aquellas que se hiziessen en la Corte, sino todas las que se quisiessen representar en España, sin la qual aprouacion, sello, y firma, ninguna justicia en su lugar dexasse representar comedia alguna: y desta manera los comediantes tendrian cuydado de embiar las comedias a la Corte, y con seguridad podrian representarlas: y aquellos que las componen, mirarian con mas cuydado, y estudio lo que haziã, temerosos de auer de passar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiẽde: y desta manera

nera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicissimamente lo que en ellas se pretende, assi el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes, y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuydado de castigarlos. Y si se diesse cargo a otro, ò a este mismo que examinasse los libros de cauallerias, que de nueuo se compusiessen, sin duda podrian salir algunos con la perfecion que vuestra merced ha dicho, enriqueziendo nuestra lengua del agradable, y precioso tesoro de la eloquencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciessen à la luz de los nueuos que saliessen, para honesto passatiempo, no solamẽte los ociosos, sino de los mas ocupados. Pues no es possible q̃ estè continuo el arco armado, ni la condicion, y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna licita recreacion. A este punto de su coloquio, llegauan el Canonigo, y el Cura, quando adelantandose el barbero llegò a ellos y dixo al Cura: Aqui señor Licenciado es el lugar que yo dixe que era bueno, para que sesteãdo nosotros, tuuiessen los bueyes fresco, y abundoso pasto: Assi me lo parece a mi, respondio el Cura: y diziendole al Canonigo lo q̃ pensaua hazer, el tambien quiso quedarse con ellos, combidado del sitio de vn hermoso valle que à la vista se les ofrecia: y assi por gozar del, como de la conuersacion del Cura, de quiẽ ya se yua aficionando: y por saber mas por menudo las hazañas de don Quixote, mandò à algunos de sus criados que se fuessen à la venta, que no lejos de alli estaua, y truxessen della lo que huuiesse de comer, para todos: porque el determinaua de se estar en aquel lugar aquella tarde. A lo qual vno de sus criados respondio: Que el azemila del repuesto, que yà deuia de estar en la venta traìa recado bastante, para no obligar à tomar de la venta mas que ceuada. Pues assi es, dixo el Canonigo, lleuense allâ todas las caualgaduras, y hazed

boluer la azemila. En tanto que esto passaua, viendo Sancho que podia hablar â su amo, sin la continua assistécia del Cura, y el barbero, que tenia por sospechosos, se llegò à la jaula, y le dixo: Señor para descargo de mi conciencia le quiero dezir lo que passa cerca de su encantamento, y es: Que aquestos dos que vienen aqui encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro lugar, y el barbero, y imagino hã dado esta traça de lleuarle desta manera, de pura embidia que tienen como vuestra merced se les adelanta en hazer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, siguese, que no va encantado, sino embaydo, y tonto. Para prueua de lo qual le quiero pregũtar vna cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocarà con la mano este engaño, y vera como no va encantado, sino trastornado el juyzio. Pregunta lo que quisieres hijo Sancho, respondio don Quixote, q̃ yo te satisfare, y respondere a toda tu voluntad. Y en lo que dizes, que aquellos que alli van, y vienen con nosotros, son el Cura, y el barbero nuestros compatriotos y conocidos, bien podrà ser que parezca que son ellos mismos: pero que lo sean realmente y en efeto, esso no lo creas en ninguna manera. Lo que has de creer, y entender es, que si ellos se les parecen, como dizes, deue de ser que los que me han encantado auran tomado essa apariencia, y semejança, porque es facil â los encantadores tomar la figura que se les antoja, y auran tomado las destos nuestros amigos: para darte a ti ocasion de q̃ pienses lo que piensas, y ponerte en vn laberinto de imaginaciones que no aciertes a salir del, aunque tuuiesses la soga de Teseo: y tambiẽ lo auran hecho, para que yo bacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño. Porque si por vna parte tu me dizes, que me acompañan el barbero, y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y se de mi, que fuerças huma-

humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bas tantes para enjaularme: que quieres que diga, o piense, sino que la manera de mi encantamento excede a quantas yo he leydo en todas las historias que tratan de caualleros andantes que han sido encantados. Assi que bien puedes darte paz, y sossiego en esto de creer que son los que dizes: porque assi son ellos como yo soy Turco. Y en lo que toca à querer preguntarme algo, di, que yo te respondere, aunque me preguntes de aqui a mañana. Valame nuestra Señora, respondio Sancho, dando vna gran voz, y es possible que sea vuestra merced tan duro de celebro, y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo: y que en esta su prision, y desgracia, tiene mas parte la malicia, que el encanto? Pero pues assi es, yo le quiero prouar euidentemente como no va encantado. Sino digame, assi Dios le saque desta tormenta, y assi se vea en los braços de mi señora Dulcinea, quando menos se piense. Acaba de conjurarme, dixo don Quixote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te respondere con toda puntualidad. Esso pido replicô Sancho: y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de dezir, y la dizen todos aquellos que professan las armas, como vuestra merced las professa debaxo de titulo de caualleros andantes? Digo que no mentirê en cosa alguna, respondio don Quixote. Acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas saluas, plegarias, y preuenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad, y verdad de mi amo, y assi, porque haze al caso a nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento: Si a caso despues que vuestra merced va enjaulado, y à su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana, y voluntad de hazer aguas,

mayores, ò menores, como suele dezirse: No entiendo esso de hazer aguas Sancho, aclarate mas, si quieres que te responda derechamente. ¿Es possible que no entiende vuestra merced de hazer aguas menores, o mayores? Pues en la escuela destetan a los muchachos con ello. Pues sepa, q̃ quiero dezir. Si le ha venido gana de hazer lo que no se escusa? Ya, ya te entiendo Sancho: y muchas vezes: y aun agora la tengo, sacame deste peligro, que no anda todo limpio.

Cap. XLIX. Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Pança tuuo con su señor don Quixote.

HA, dixo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo desseaua saber como al alma, y como â la vida. Venga acâ señor: podria negar lo que comunmente suele dezirse por ay, quando vna persona està de mala voluntad: No se que tiene fulano, que ni come, ni beue, ni duerme, ni responde â proposito â lo que le preguntan, que no parece sino que està encantado? De donde se viene â sacar, que los q̃ no comen, ni beuen, ni duermen, ni hazen las obras naturales que yo digo, estos tales estan encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que beue quando se lo dan, y come quando lo tiene, y responde a todo aquello que le preguntan? Verdad dizes, Sancho, respondio don Quixote: pero ya te he dicho que ay muchas maneras de encantamẽtos, y podria ser, que con el tiempo se huuiessen mudado de vnos en otros: y que agora se vse, que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hazian. De manera, que contra el vso de los tiempos no ay que arguyr, ni

de

de que hazer consequencias. Yo se, y tengo para mi, q̃ voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensasse q̃ no estaua encantado, y me dexasse estar en esta jaula, perezoso, y couarde, defraudando el soccorro que podria dar à muchos menesterosos, y necessitados, que de mi ayuda y amparo deuen tener à la hora de à hora precisa y estrema necessidad. Pues con todo esso, replicò Sancho, digo, que para mayor abundancia y satisfacion, seria bien que vuestra merced prouasse à salir desta carcel, que yo me obligo con todo mi poder â facilitarlo, y aun sacarle della, y prouasse de nueuo a subir sobre su buen Rozinante, que tambien parece que va encantado, segũ va de malencolico, y triste. Y hecho esto, prouassemos otra vez la suerte de buscar mas auenturas: y sino nos sucediesse bien, tiempo nos queda para boluernos â la jaula: en la qual prometo à ley de buen, y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si a caso fuere vuestra merced tan desdichado, ò yo tan simple, que no acierte à salir con lo que digo. Yo soy contento de hazer lo que dizes, Sancho hermano, replicô don Quixote: y quando tu veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecere en todo y por todo: pero tu, Sancho veras como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas platicas se entretuuieron el cauallero andante, y el mal andante escudero, hasta que llegaron, donde ya apeados los aguardauan el Cura, el Canonigo, y el barbero. Desuncio luego los bueyes de la carreta el boyero, y dexolos andar à sus anchuras por aquel verde, y apazible sitio, cuya frescura combidaua à quererla gozar, no à las personas tan encantadas como don Quixote, sino à los tan aduertidos, y discretos como su escudero: el qual rogò al Cura, que permitiesse que su señor saliesse por vn rato de la jaula: porque sino le

dexauan salir, no yria tan limpia aquella prision, como requiria la decencia de vn tal cauallero como su amo. Entendiole el Cura, y dixo, que de muy buena gana haria lo que le pedia, sino temiera, que en viendose su señor en libertad, auia de hazer de las suyas, y yrse donde jamas gentes le viessen. Yo le fio de la fuga, respondio Sancho: Y yo y todo, dixo el Canonigo: y mas si el me dà la palabra como cauallero, de no apartarse de nosotros, hasta que sea nuestra voluntad. Si doy, respondio don Quixote, que todo lo estaua escuchando, quanto mas, que el que està encantado como yo, no tiene libertad para hazer de su persona lo que quisiere: porque el que le encantô le puede hazer, que no se mueua de vn lugar en tres siglos: y si huuiere huydo, le harà boluer en bolandas: y que pues esto erà assi, bien podian soltarle, y mas siendo tan en prouecho de todos: y del no soltarle les protestaua que no podia dexar de fatigarles el olfato, si de alli no se desuiauan. Tomole la mano el Canonigo, aunque las tenia atadas, y debaxo de su buena fê, y palabra, le desenjaularon, de que el se alegrò infinito, y en grande manera deuerse fuera de la jaula. Y lo primero que hizo, fue, estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estaua Rozinante, y dandole dos palmadas en las ancas, dixo: Aun espero en Dios, y en su bẽdita Madre, flor, y espejo de los cauallos, que presto nos hemos de ver los dos qual desseamos: tu con tu señor acuestas, y yo encima de ti, exercitando el oficio para que Dios me echò al mundo. Y diziendo esto don Quixote, se apartò con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliuiado, y con mas desseos de poner en obra lo que su escudero ordenasse. Miraualo el Canonigo, y admirauase de ver la estrañeza de su grande locura, y de que en quanto hablaua, y respondia, mostraua tener bonissimo entendimiento, solamente venia â perder los estribos, como

mo otras vezes se ha dicho, en tratandole de cauallerias: y assi mouido de compassion, despues de auerse sentado todos en la verde yerua, para esperar el repuesto del Canonigo, le dixo: Es possible señor hidalgo, que aya podido tanto con vuestra merced la amarga, y ociosa letura de los libros de cauallerias, que le ayã buelto el juyzio de modo, que venga a creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan lejos de ser verdaderas, como lo està la misma mentira de la verdad? Y como es possible que aya entendimiento humano, que se dê a entender que ha auido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turba multa de tanto famoso cauallero, tanto Emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Yrcania, tanto palafren, tanta donzella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos Gigantes, tantas inauditas auenturas, tanto genero de encantamento, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarria de trages, tantas Princessas enamoradas, tantos escuderos Condes, tantos enanos graciosos, tanto villete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes: y finalmente, tantos y tan disparatadas cosas como los libros de cauallerias contienen? De mi se dezir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar, que son todos mentira, y liuiandad, me dan algun contento: pero quando caygo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared: y aun diera con el en el fuego, si cerca, o presente le tuuiera, bien como a merecedores de tal pena, por ser falsos, y embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como à inuentores de nueuas sectas, y de nueuo modo de vida: y como a quien dà ocasion que el vulgo ignorante venga a creer, y tener por verdaderas, tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atreuimiento, que se atreuen a turbar los ingenios de los dis-

cretos, y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traydo a terminos, que sea forçoso encerrarle en vna jaula, y traerle sobre vn carro de bueyes, como quiẽ trae ò lleua algun leon, ò algun tygre, de lugar en lugar, para ganar con el, dexando que le vean. Ea señor don Quixote, duelase de si mismo, y reduzgase al gremio de la discrecion, y sepa vsar de la mucha que el cielo fue seruido de darle, empleando el felicissimo talento de su ingenio en otra letura, que redunde en aprouechamiento de su conciencia, y en aumento de su honra. Y si toda via, lleuado de su natural inclinacion, quisiere leer libros de hazañas, y de cauallerias, lea en la sacra Escritura el de los Iuezes, que alli hallarà verdades grandiosas, y hechos tan verdaderos como valientes. Vn Viriato tuuo Lusitania, vn Cesar Roma, vn Anibal Cartago, vn Alexandro Grecia, vn Conde Fernan Gonçalez Castilla, vn Cid valencia, vn Gonçalo Fernandez Andaluzia, vn Diego Garcia de Paredes Estremadura, vn Garci Perez de Vargas Xerez, vn Garci Lasso Toledo, vn don Manuel de Leon Seuilla, cuya lecion de sus valerosos hechos, puede entretener, enseñar, deleytar, y admirar à los mas altos ingenios que los leyeren. Esta si serâ letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor don Quixote mio, de la qual saldrà erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin couardia: y todo esto para honra de Dios, prouecho suyo, y fama de la Mancha, do segun he sabido, trae vuestra merced su principio, y origen. Atentissimamente estuuo don Quixote escuchando las razones del Canonigo, y quando vio que ya auia puesto fin à ellas: despues de auerle estado vn buen espacio mirando, le dixo: Pareceme señor hidalgo, que la platica de vuestra merced

ced

ced se ha encaminado a querer darme a entender, que no ha auido caualleros andantes en el mundo, y que todos los libros de cauallerias son falsos, mentirosos, danadores, ê inutiles para la republica; y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, auiendome puesto a seguir la durissima profession de la caualleria andante, que ellos enseñan, negandome, que no ha auido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caualleros de que las escrituras estan llenas? Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dixo a esta sazon el Canonigo. A lo qual respondio don Quixote: Añadio tambien vuestra merced, diziendo, que me auian hecho mucho daño tales libros, pues me auian buelto el juyzio, y puestome en vna jaula, y que me seria mejor hazer la enmienda, y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan, y enseñan. Assi es, dixo el Canonigo. Pues yo, replicô don Quixote, hallo por mi cuenta, que el sin juyzio, y el encantado, es vuestra merced, pues se ha puesto a dezir tantas blasfemias contra vna cosa tan recebida en el mundo, y tenida por tan verdadera, que el que la negasse, como vuestra merced la niega, merecia la misma pena, que vuestra merced dize que dà a los libros, quando los lee, y le enfadan. Porque querer dar à entender à nadie, que Amadis no fue en el mundo, ni todos los otros caualleros auentureros, de que estan colmadas las histotias, serâ querer persuadir, que el Sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta: porque que ingenio puede auer en el mundo, que pueda persuadir a otro, que no fue verdad lo de la Infanta Floripes, y Guy de Borgoña: y lo de Fierabras, con la puente de Mantible, que sucedio en el tiempo de Carlo Magno, que voto a tal, que es tanta verdad, como es aora
de

de dia? Y si es mentira tambien lo deue de ser, que no huuo Hector, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doze Pares de Francia, ni el Rey Artus de Inglaterra, que anda hasta aora conuertido en cueruo, y le esperan en su Reyno por momentos. Y tambien se atreueran à dezir, que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apocrifos los amores de don Tristan, y la Reyna Yseo, como los de Ginebra, y Lançarote, auiendo personas que casi se acuerdan de auer visto à la dueña Quintañona, que fue la mejor escanciadora de vino que tuuo la gran Bretaña: y es esto tan assi, que me acuerdo yo que me dezia vna mi aguela, de partes de mi padre, quando veîa alguna dueña con tocas reuerendas: Aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona, de donde arguyo yo, que la deuio de conocer ella, ò por lo menos, deuio de alcançar â ver algun retrato suyo. Pues quien podra negar, no ser verdadera la historia de Pierres, y la linda Magalona, pues aun hasta oy dia se veen en la armeria de los Reyes, la clauija con que boluia el cauallo de madera, sobre quien yua el valiente Pierres por los ayres, que es vn poco mayor que vn timon de carreta: y junto â la clauija, està la silla de Babieca. Y en Roncesualles està el cuerno de Roldan, tamaño como vna grande viga: de donde se infiere, que huuo doze Pares, que huuo Pierres, que huuo Cides, y otros caualleros semejantes, destos que dizen las gentes, que a sus auenturas vã. Sino digâme tambien, que no es verdad que fue cauallero andante el valiente Lusitano Iuan de Merlo, que fue à Borgoña, y se combatio en la Ciudad de Ras, con el famoso señor de Charni, llamado Mosen Pierres, y despues en la Ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empressas vencedor, y lleno de honrosa fama. Y las auenturas, y desafios, que

que tambien acabaron en Borgoña los valientes Eſpañoles, Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya alcurnia yo deciendo por linea recta de varon) venciendo â los hijos del Conde de ſan Polo. Nieguenme aſsi miſmo que no fue â buſcar las auenturas â Alemania don Fernando de Gueuara, donde ſe combatio con Micer Iorge, cauallero de la caſa del Duque de Auſtria. Digan que fueron burla las juſtas de Suero de Quiñones, del paſſo: las empreſſas de Moſen Luys de Falſes, contra don Gonçalo de Guzman, cauallero Caſtellano, con otras muchas hazañas hechas por caualleros Chriſtianos, deſtos, y de los Reynos eſtrangeros, tan autenticas y verdaderas, que torno â dezir, que el que las negaſſe, careceria de toda razon, y buen diſcurſo. Admirado quedò el Canonigo, de oyr la mezcla que don Quixote hazia, de verdades, y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas coſas, tocantes, y concernientes â los hechos de ſu andante caualleria, y aſsi le reſpôdio: No puedo yo negar ſeñor don Quixote, que no ſea verdad algo de lo que vueſtra merced ha dicho, eſpecialmente en lo que toca â los caualleros andantes Eſpañoles: y aſsi miſmo quiero conceder, que huuo doze Pares de Francia, pero no quiero creer, que hizieron todas aquellas coſas que el Arçobiſpo Turpin dellos eſcriue: porq̃ la verdad dello es, q̃ fueron caualleros eſcogidos por los Reyes de Francia, a quien llamaron Pares, por ſer todos yguales en valor, en calidad, y en valentia, alomenos ſino lo eran, era razon q̃ lo fueſſen, y era como vna religion de las que aora ſe vſan, de Santiago, o de Calatraua, que ſe preſupone que los que la profeſſan, han de ſer, ò deuen ſer caualleros valeroſos, valientes, y bien nacidos: y como aora dizen cauallero de ſan Iuan, ò de Alcántara, dezian en aquel tiempo: Cauallero de los doze Pares, porque no fuerô doze yguales los que para eſ-

ta

ta religion militar se escogieron. En lo de que huuo Cid, no ay duda, ni menos Bernardo del Carpio, pero de que hizieron las hazañas que dizen, creo que la ay muy grande. En lo otro de la clauija, que vuestra merced dize del Conde Pierres, y que esta junto à la silla de Babieca en la armeria de los Reyes, confiesso mi pecado, que soy tan ignorante, ò tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he hechado de ver la clauija, y mas siendo tan grande como vuestra merced ha dicho. Pues alli està sin duda alguna, replicò don Quixote, y por mas señas dizen que està metida en vna funda de vaqueta, porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondio el Canonigo, pero por las ordenes que recebi, que no me acuerdo auerla visto: mas puesto que conceda que està alli, no por esso me obligo a creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turba multa de caualleros como por ay nos cuentan: ni es razon, que vn hombre como vuestra merced, tan honrado, y de tã buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dê a entender, que son verdaderas tantas, y tan estrañas locuras, como las que estan escritas en los disparatados libros de cauallerias.

Cap. L. De las discretas altercaciones que dõ Quixote, y el Canonigo tuuieron, con otros sucessos.

BVeno està esso, respondio don Quixote, los libros que estan impressos con licencia de los Reyes, y con aprouacion de aquellos a quien se remitierõ, y q̃ cõ gusto general son leydos, y celebrados d̃ los grãdes y d̃ los chicos: de los pobres, y

de los

de los ricos: de los letrados, ê ignorantes: de los plebeyos, y caualleros: finalmente, de todo genero de personas, de qualquier estado y condicion, que sean, auian de ser mentira, y mas lleuando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas, punto por punto, y dia por dia, que el tal cauallero hizo, ò caualleros hizieron. Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y creame, que le aconsejo en esto lo que deue de hazer, como discreto, sino lealos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Sino digame, ay mayor contento, que ver, como si dixessemos, aqui aora se muestra delante de nosotros vn gran lago de pez, hiruiendo a boruollones, y que andan nadando, y cruzando por el muchas serpientes, culebras, y lagartos, y otros muchos generos de animales ferozes, y espantables, y que del medio del lago sale vna voz tristissima, que dize: Tu cauallero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estas mirando, si quieres alcançar el bien que debaxo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrojate en mitad de su negro y encendido licor, porque si assi no lo hazes, no seras digno de ver las altas marauillas que en si encierran, y contienen los siete castillos de las siete Fadas, que debaxo desta negregura yazen: y que a penas el cauallero no ha acabado de oyr la voz temerosa, quãdo sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse a considerar el peligro a que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendandose a Dios, y a su señora, se arroja en mitad del bullente lago: y quando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre vnos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa. Alli le parece, que el cielo es mas transparente, y q̃ el Sol luze con claridad mas nueua. Ofrecesele a los ojos vna apazible floresta de tan verdes, y frondo-

frondosos arboles compuesta, que alegra à la vista su verdura, y entretiene los oydos el dulce, y no aprendido canto de los pequeños, infinitos, y pintados paxarillos, que por los intricados ramos van cruzando. Aqui descubre vn arroyuelo, cuyas frescas aguas, que liquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas, y blancas pedrezuelas, que oro cernido, y puras perlas semejan. Aculla vee vna artificiosa fuente de jaspe variado, y de liso marmol compuesta. Acà vee otra à lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas casas, blancas, y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedaços de cristal luziente, y de contrahechas esmeraldas, hazen vna variada labor, de manera, que el arte imitando â la naturaleza, parece que alli la vence. Aculla de improuiso, se le descubre vn fuerte castillo, o vistoso alcaçar, cuyas murallas son de mazizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente, el es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que està formado, no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubies, de perlas, de oro, y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura? Y ay mas que ver despues de auer visto esto, que ver salir por la puerta del castillo vn buen numero de donzellas, cuyos galanos y vistosos trages, si yo me pusiesse aora à dezirlos, como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar? y tomar luego la que parecia principal de todas, por la mano al atreuido cauallero, que se arrojò en el feruiente lago, y lleuarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcaçar, ò castillo, y hazerle desnudar, como su madre le pario, y bañarle con templadas aguas, y luego vntarle todo con olorosos vnguentos, y vestirle vna camisa de cendal delgadissimo, toda olorosa, y perfumada: y acudir donzella, y echarle vn manton sobre los ombros, q̃ otra

por

por lo menos, menos, dizen que suele valer vna ciudad, y aun mas? Que es ver pues, quando nos cuentan que tras todo esto le lleuan a otra sala, donde halla puestas las mesas, con tanto concierto, que queda suspenso, y admirado? Que el verle echar agua a manos, toda de ambar, y de olorosas flores distilada? Que el hazerle sentar sobre vna silla de marfil? Que verle seruir todas las donzellas, guardando vn marauilloso silencio? Que el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito a qual deua de alargar la mano? Qual serâ oyr la musica que en tanto que come suena, sin saberse quien la canta, ni adonde suena? Y despues de la comida acabada, y las mesas alçadas, quedar se el cauallero recostado sobre la silla, y quiça mondandose los dientes, como es costumbre, entrar â deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa donzella, que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del cauallero, y començar â darle cuenta, de que castillo es aquel, y de como ella està encantada en el, con otras cosas, que suspenden al cauallero, y admiran â los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir, que qualquiera parte que se lea, de qualquiera historia de cauallero andante, ha de causar gusto, y marauilla â qualquiera que la leyere. Y vuestra merced creame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y vera como le destierran la melancolia que tuuiere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mi se dezir, que despues que soy cauallero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortês, atreuido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos: y aunque ha tan poco que me vi encerrado en vna jaula como loco, pienso por el valor de mi

mi braço.fauoreciendome el cielo,y no me siendo contraria la fortuna,en pocos dias verme Rey de algun Reyno,a donde pueda mostrar el agradecimiento, y liberalidad que mi pecho encierra: que miafe, señor, el pobre està inabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno,aunq en sumo grado la possea: y el agradecimiento, que solo consiste en el desseo, es cosa muerta, como es muerta la fê sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciesse presto alguna ocasion, donde me hiziesse Emperador,por mostrar mi pecho,haziẽdo bien a mis amigos,especialmente a este pobre de Sãcho Pãça,mi escudero,que es el mejor hombre del mũdo,y querria darle vn Condado, que le tengo muchos dias ha prometido,sino que temo,que no ha de tener abilidad para gouernar su estado. Casi estas vltimas palabras oyô Sancho a su amo, a quien dixo: Trabaje V. m. señor don Quixote,en darme esse Condado,tan prometido de V.m.como de mi esperado, que yo le prometo, que no me falte a mi abilidad para gouernarle: y quãdo me faltare, yo he oydo dezir,que ay hombres en el mundo,que toman en arrendamiento los estados de los señores,y les dan vn tanto cada año, y ellos se tienen cuydado del gouierno,y el señor se està a pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa: y assi hare yo,y no reparare en tanto mas quanto,sino que luego me desistirè de todo, y me gozarè mi renta, como vn Duque,y allà se lo ayan. Esso hermano Sancho, dixo el Canonigo, entiendese en quanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de entender el señor del estado,y aqui entra la abilidad, y buen juyzio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si essa falta en los principios, siempre yran errados los medios,y los fines: y assi suele Dios ayudar al buen desseo del simple, como desfauorecer al malo, del discreto.

No

No se essas filosofias, respondio Sancho Pança, mas solo se que tan presto tuuiesse yo el Condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tãto cuerpo como el que mas, y tan Rey seria yo de mi estado como cada vno del suyo: y siẽdolo, haria lo que quisiesse: y haziendo lo que quisiesse, haria mi gusto: y haziendo mi gusto, estaria contento: y en estando vno contento, no tiene mas que dessear: y no teniendo mas que dessear, acabose, y el estado vẽga, y a Dios, y veamonos, como dixo vn ciego a otro. A lo qual replicó don Quixote: No son malas filosofias essas, como tu dizes, Sancho, pero cõ todo esso ay mucho q̃ dezir sobre esta materia de Condados. Yo no se que aya que dezir, solo me guio por muchos, y diuersos exẽplos que podria traer a este proposito de caualleros de mi profession, que correspondiẽdo a los leales, y señalados seruicios que de sus escuderos auian recebido, les hizieron notables mercedes, haziendoles señores absolutos de ciudades, y insulas: y qual huuo que llegaron sus merecimientos a tanto grado, que tuuo humos de hazerse Rey. Pero para que gasto tiempo en esto ofreciendome vn tan insigne exemplo el grande, y nunca bien alabado Amadis de Gaula, que hizo a su escudero Conde de la Insula Firme, y assi puedo yo sin escrupulo de conciencia, hazer Conde a Sancho Pança que es vno de los mejores escuderos que cauallero andante ha tenido. Admirado quedò el Canonigo, de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) que don Quixote auia dicho, y del modo con que auia pintado la auentura del cauallero del Lago de la impression que en el auian hecho las pensadas mentiras de los libros que auia leydo: y finalmente le admiraua la necedad de Sancho, que con tanto ahinco desseaua alcançar el Condado que su amo le

auia prometido Y a en esto boluian los criados del Canonigo, que a la venta auian ydo por la azemila del repuesto, y haziendo mesa de vna alhombra, y de la verde yerua del prado, a la sombra de vnos arboles se sentaron, y comieron alli, porque el boyero no perdiesse la comodidad de aquel sitio, como queda dicho. Y estando comiendo, a deshora oyeron vn rezio estruendo, y vn son de esquila, que por entre vnas çarças, y espessas matas que alli junto estauē, sonaua, y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas, vna hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blāco, y pardo. Tras ella venia vn cabrero dandole vozes, y diziendole palabras a su vso, para que se detuuiesse, ô al rebaño boluiesse. La fugitiua cabra temerosa, y despauorida, se vino a la gente, como a fauorecerse della, y alli se detuuo: Llegò el cabrero, y asiendola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso, y entendimiento, le dixo: Ha cerrera, cerrera, manchada, manchada, y como andays vos estos dias de pie coxo? que lobos os espantan? Hija no me direys que es esto, hermosa? Mas que puede ser, sino que soys hembra, y no podeys estar sossegada, que mal aya vuestra condicion, y la de todas aquellas a quien imitays. Bolued, bolued amiga, que sino tan contenta, alomenos estareys segura en vuestro aprisco, ò con vuestras compañeras: que si vos que las aueys de guardar, y encaminar, andays tan sin guia, y tan descaminada, en que podràn parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero a los que las oyeron, especialmente al Canonigo, que le dixo: Por vida vuestra hermano, que os sosegueys vn poco, y no os acucieys en boluer tan presto essa cabra à su rebaño, que pues ella es hēbra, como vos dezis, ha de seguir su natural distinto, por mas que vos os pongays a estoruarlo. Tomad este bocado,

cado,y beued vna vez, con que templareys la colera, y en tanto descansarà la cabra. Y el dezir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de vn conejo fiambre todo fue vno. Tomolò, y agradeciolo el cabrero: beuio,y sossegose, y luego dixo: No querria que por auer yo hablado con esta alimaña tan en seso,me tuuiessen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dixe. Rustico soy pero no tanto, que no entienda como se ha de tratar con los hombres,y con las bestias. Esso creo yo muy bien, dixo el Cura, que ya yo se de experiencia,que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filosofos. Alomenos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados: y para que creays esta verdad,y la toqueys con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me côbido, sino os enfadays dello, y quereys, señores, vn breue espacio prestarme oydo atento, os contarè vna verdad, q̃ acredite lo que esse señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia? A esto respondio don Quixote: Por ver q̃ tiene este caso vn no se que de sombra de auẽtura de caualleria, yo por mi parte os oyrè, hermano de muy buena gana, y assi lo haran todos estos señores, por lo mucho q̃ tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas nouedades, q̃ suspendan, alegrẽ, y entretengan los sentidos, como sin duda pienso q̃ le ha de hazer vuestro cuento. Començad pues, amigo, q̃ todos escucharemos. Saco la mia, dixo Sacho, que yo à aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oydo dezir a mi señor don Quixote que el escudero de cauallero andante ha de comer, quãdo se le ofreciere, hasta no poder mas, a causa q̃ se les suele ofrecer entrar a caso por vna selua tan intricada, q̃ no aciertan a salir della en seys dias, y si el hombre

no va harto, ó bien proueydas las alforjas, alli se podrà quedar, como muchas vezes se queda, hecho carne momia. Tu estàs en lo cierto, Sancho, dixo don Quixote, vete a donde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaciõ, como se la darê escuchando el cuento deste buen hombre. Assi la daremos todos a las nuestras, dixo el Canonigo: y luego rogò al cabrero, que diesse principio a lo que prometido auia. El cabrero dio dos palmadas sobre el lomo a la cabra que por los cuernos tenia, diziendole: Recuestate junto a mi, manchada, que tiempo nos queda para boluer a nuestro apero. Parece que lo entendio la cabra, porque en sentandose su dueño, se entendio ella junto a el, con mucho sossiego, y mirandole al rostro daua à entender, que estaua atenta à lo que el cabrero yua diziendo: el qual començó su historia desta manera.

Capit.

Capit. LI. Que trata de lo que contò el cabrero a todos los que lleuauan a don Quixote.

TRES Leguas deste valle està vna aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que ay en todos estos contornos, en la qual auia vn labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era el por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcançaua: mas lo que le hazia mas dichoso, segun el dezia, era tener vna hija de tan estremada hermosura, rara discrecion, donayre, y virtud, que el que la conocia, y la miraua, se admiraua de ver las estremadas partes con que el cielo, y la naturaleza la auian enriquezido. Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seys anos fue hermosissima. La fama de su belleza se començò a estender por todas las circunuezinas aldeas q̃ digo yo, por las circunuezinas no mas, si se estendio a las apartadas ciudades, y aun se entrò por las salas de los Reyes, y por los oydos de todo genero de gẽte, que como a cosa rara, ò como a imagẽ de milagros, de todas partes a ver la venian. Guardauala su padre, y guardauase ella, que no ay candados, guardas, ni cerraduras, que mejor guarden a vna donzella, que las del recato propio: la riqueza del padre, y la belleza de la hija mouieron a muchos, assi del pueblo, como forasteros, a que por muger se la pidiessen, mas el como a quien tocaua disponer de tan rica joya, andaua confuso sin saber determinarse, a quien la entregaria de los infinitos que le importunauã, y entre los muchos que tan buen desseo tenian fuy yo vno, a quien dieron muchas, y grandes esperanças de buen sucesso, conocer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en

la edad floreciente, en la haziēda muy rico, y en el ingenio no menos acabado: con todas estas mismas partes, la pidio tambien otro del mismo pueblo, que fue causa de suspender, y poner en balança la voluntad del padre a quien parecia, que con qualquiera de nosotros estaua su hija bien empleada: y por salir desta confusion determinó dezirselo a Leandra, que assi se llama la rica, que en miseria me tiene puesto, aduirtiendo, que pues los dos eramos yguales, era bien dexar a la voluntad de su querida hija el escoger a su gusto, cosa digna de imitar de todos los padres que a sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dexen escoger en cosas ruynes, y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan a su gusto: no se yo el que tuuo Leandra, solo se que el padre nos entretuuo a entrambos con la poca edad de su hija, y con palabras generales, que ni le obligauan, ni nos desobligaua tampoco. Llamase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque veays con noticia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun està pendiente: pero bien se dexa entender que ha ser desastrado. En esta sazon vino a nuestro pueblo vn Vicente de la Roca, hijo de vn pobre labrador del mismo lugar: el qual Vicente venia de las Italias, y de otras diuersas partes de ser soldado, lleuole de nuestro lugar siendo muchacho de hasta doze años, vn Capitan, que con su compañia por alli acertò a passar, y boluio el moço de alli a otros doze vestido a la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dixes de cristal, y sutiles cadenas de azero: oy se ponia vna gala, y mañana otra: pero todas sutiles, pintadas, de poco peso, y menos tomo: la gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dandole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notò, y contò punto por punto sus galas, y preseas, y hallò que los vestidos

eran tres de diferentes colores,cō ſus ligas,y medias,pero el hazia tantos guiſados, è inuenciones dellas, que ſi no ſe los contaran huuiera quien jurara que auia hecho mueſtras de mas de diez pares de veſtidos, y demas de veynte plumas. Y no pareza impertinencia,y demaſia el to que de los veſtidos voy contando,porque ellos hazē vna buena parte en eſta hiſtoria. Sentauaſe en vn poyo que debaxo de vn grā alamo eſtà en nueſtra plaça, y alli nos tenia à todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos yua contando:no auia tierra en todo el Orbe que no huuieſſe viſto,ni batalla donde no ſe huuieſſe hallado:auia muerto mas Moros que tiene Marruecos, y Tunez, y entrado en mas ſingulares deſafios, ſegun el dezia,que Gante,y Luna. Diego Garcia de Paredes,y otros mil que nombraua, y de todos auia ſalido con vitoria,ſin que le huuieſſen derramado vna ſola gota de ſangre:por otra parte moſtraua ſeñales de heridas, que aũque no ſe diuiſauā,nos hazia entender q̄ eran arcabuzazos dados en diferētes rencuentros,y faciones: finalmēte con vna no viſta arrogancia llamaua de vos a ſus yguales,y a los miſmos que le conocian, y dezia, que ſu padre era ſu braço,ſu linage ſus obras, y que debaxo de ſer ſoldado,al miſmo Rey no deuia nada. Añadioſele a eſtas arrogācias ſer vn poco muſico, y tocar vna guitarra à lo raſgado,de manera que dezian algunos que la hazia hablar:pero no pararon aqui ſus gracias,que tambien la tenia de Poeta, y aſsi de cada niñeria que paſſaua en el pueblo, cōponia vn romāce de legua, y media de eſcritura. Eſte ſoldado,pues q̄ aqui he pintado,eſte Vicēte de la Roca,eſte brauo,eſte galā,eſte muſico,eſte Poeta,fue viſto, y mirado muchas ves de Leādra deſde vna vētana de ſu caſa q̄ tenia la viſta â la plaça,enamorola el oropel de ſus viſtoſos trages:encantaronla ſus romances, que de cada vno que componia daua veynte traſlados:llegaron a ſus

oydos las hazañas que el de si mismo auia referido: y finalmente que assi el diablo lo deuia de tener ordenado, ella se vino a enamorar del antes que en el naciesse presuncion de solicitarla: y como en los casos de amor no ay ninguno que con mas facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el desseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra, y Vicente, y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayesse en la cuenta de su desseo, ya ella tenia le cũplido, auiendo dexado la casa de su querido, y amado padre, (que madre no la tiene) y ausentadose de la aldea con el soldado que salio con mas triunfo desta empresa, que de todas las muchas que el se aplicaua. Admirò el sucesso a toda la aldea, y aũ a todos los que del noticia tuuieron: yo quedè suspenso, Anselmo atonito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la justicia, los quadrilleros listos, tomarõse los caminos, escudriñaronse los bosques, y quãto auia, y al cabo de tres dias hallaron a la antojadiza Leandra en vna cueua de vn monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros, y preciosissimas joyas que de su casa auia sacado: boluieronla à la presencia del lastimado padre, preguntaronle su desgracia, confessò sin apremio que Vicente de la Roca la auia engañado, y debaxo de su palabra de ser su esposo la persuadio que dexasse la casa de su padre, que el la lleuaria à la mas rica, y mas viciosa ciudad que auia en todo el vniuerso mundo, que era Napoles, y q̃ ella mal aduertida, y peor engañada le auia creydo: y robando a su padre, se le entregò la misma noche que auia faltado, y que el la lleuò a vn aspero monte, y la encerrò en aquella cueua, donde la auian hallado: contò tambien como el soldado sin quitarle su honor le robò quanto tenia, y la dexò en aquella cueua, y se fue: sucesso que de nueuo puso en admiracion a todos. Dificil señor se hizo de creer la cõtinencia del moço, pero ella

lo

lo afirmò con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolasse, no haziendo cuenta de las riquezas q̃ le lleuauan: pues le auian dexado a su hija con la joya, que si vna vez se pierde no dexa esperança de que jamas se cobre. El mismo dia que parecio Leandra, la desparecio su padre de nuestros ojos, y la lleuò a encerrar en vn monasterio de vna villa que està aqui cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra siruieron de disculpa de su culpa, alomenos con aquellos que no les yua algun interes en que ella fuesse mala, ô buena: pero los que conocian su discrecion, y mucho entendimiento, no atribuyeron a ignorancia su pecado, sino a su desemboltura, y a la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada, y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, alomenos sin tener cosa que mirar que contento le diesse: los mios en tinieblas sin luz que a ninguna cosa de gusto les encaminasse con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apoçauase nuestra paciencia, maldeziamos las galas del soldado, y abominauamos del poco recato del padre de Leandra: finalmente Anselmo, y yo nos concertamos de dexar el aldea, y venirnos a este valle, donde el apacentando vna gran cantidad de ouejas suyas propias, y yo vn numeroso rebaño de cabras tambien mias, passamos la vida entre los arboles, dando vado a nuestras pasiones, ò cantando juntos alabanças, ô vituperios de la hermosa Leãdra, ò suspirando solos, y a solas comunicando con el cielo nuestras querellas. A imitacion nuestra, otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido a estos asperos montes, vsando el mismo exercicio nuestro y son tantos que parece que este sitio se ha couertido en la pastoral Arcadia, segũ està colmado de pastores,

y de apriscos, y no ay parte en el donde no se oyga el nombre de la hermosa Leandra: este la maldize, y la llama antojadiza, varia, y deshonesta: aquel la cõdena por facil, y ligera: tal la absuelue, y perdona, y tal la justifica, y vitupera: vno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se estiende a tanto la locura, que ay quiẽ se quexe de desden, sin auerla jamas hablado, y aun quien se lamẽte, y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dio a nadie: porque como ya tengo dicho, antes se supo su pecado, que su desseo: no ay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de arbol, que no estè ocupada de algun pastor que sus desuenturas a los ayres cuente; el Eco repite el nombre de Leandro donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes: Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene a todos suspensos, y encantados, esperando sin esperança, y temiendo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos, y mas juyzio tiene, es mi competidor Anselmo, el qual teniendo tantas otras cosas de que quexarse, solo se quexa de ausencia, y al son de vn rabel que admirablemente toca con versos, donde muestra su buen entendimiento, cantando se quexa: yo sigo otro camino mas facil, y a mi parecer el mas acertado, que es dezir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promessas muertas, de su fè rompida: y finalmente del poco discurso, que tienen en saber colocar sus pensamientos, è intenciones: y esta fue la ocasion señores de las palabras, y razones que dixe a esta cabra, quando aqui lleguè, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometi contaros, si he sido en el contarla prolixo, no sere en seruicios corto, cerca de
aqui

aqui tengo mi maxada, y en ella tengo fresca leche, y muy sabrosissimo queso, con otras varias, y sazonadas frutas, no menos a la vista que al gusto agradables.

Capit. LII. De la pendencia que don Quixote tuuo con el cabrero, con la rara auentura de los deceplinantes, a quien dio felize fin a costa de su sudor.

GENERAL Gusto causò el cuento del cabrero a todos los que escuchado le auian, especialmente le recibio el Canonigo, que con estraña curiosidad notò la manera con que le auia contado, tan lexos de parecer rustico cabrero, quan cerca de mostrarse discreto cortesano: y assi dixo que auia dicho muy bien el Cura en dezir, que los montes criauan letrados: todos se ofrecieron a Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto, fue don Quixote, que le dixo: Por cierto hermano cabrero, que si yo me hallara possibilitado de poder començar alguna auentura, que luego, luego me pusiera en camino, porque vos la tuuierades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna deue de estar contra su voluntad) a Leandra à pesar del Abadessa, y de quantos quisieran estoruarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hizierades della a toda vuestra voluntad, y talante, guardando però las leyes de la caualleria, que mandan que a ninguna donzella se le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerça de vn encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi fauor, y ayuda, como me obliga

mi profession, que no es otra, sino de fauorecer a los desualidos, y menesterosos. Mirole el cabrero, y como vio a don Quixote de tan mal pelage, y catadura, admirose, y preguntò al barbero, que cerca de si tenia: Señor quiẽ es este hombre que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ser, respondio el barbero, sino el famoso dõ Quixote de la Mancha, desfazedor de agrauios, endereçador de tuertos, el amparo de las donzellas, el assombro de los gigantes, y el vencedor de las batallas. Esso me semeja, respõdio el cabrero, a lo q̃ se lee en los libros de caualleros andãtes, que hazian todo esso que de este hombre vuestra merced dize: puesto que para mi tengo, ó que vuestra merced se burla, ò que este gentil hombre deue de tener vazios los aposentos de la cabeça. Soys vn grandissimo vellaco, dixo a esta sazon don Quixote, y vos soys el vacio, y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuuo la muy hideputa, puta que os pario, y diziendo, y hablando arrebatò de vn pan que junto a si tenia, y dio con el al cabrero en todo el rostro, cõ tanta furia que le remachò las narizes: mas el cabrero que no sabia de burlas, viendo con quantas veras le maltrataua, sin tener respeto a la alhombra, ni a los manteles, ni a todos aquellos que comiendo estauan, saltò sobre don Quixote, y assiendole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogarle, si Sancho Pança no llegara en aquel punto, y le assiera por las espaldas, y diera con el encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando, y esparciendo quanto en ella estaua. Don Quixote q̃ se vio libre, acudio a subirse sobre el cabrero, el qual lleno de sangre el rostro, molido a cozes de Sancho, andaua buscando a gatas algun cuchillo de la mesa para hazer alguna sanguinolenta vengança: pero estoruaronselo el Canonigo, y el Cura, mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogio debaxo de si a

don

don Quixote, ſobre el qual llouió tanto numero de moxicones, que del roſtro del pobre cauallero llouia tanta ſangre, como del ſuyo. Rebentauan de riſa el Canonigo, y el Cura, ſaltauan los quadrilleros de gozo, çuçauan los vnos, y los otros, como hazen a los perros quando en pendencia eſtan trauados, ſolo Sancho Pança ſe deſeſperaua, porque no ſe podia deſſaſsir de vn criado del Canonigo, que le eſtoruaua que a ſu amo no ayudaſſe. En reſolucion eſtando todos en regozijo, y fieſta, ſino los dos aporreantes que ſe carpian, oyeron el ſon de vna trompeta, tan triſte, que los hizo boluer los roſtros házia donde les parecio que ſonaua: pero el que mas ſe alborotò de oyrle fue don Quixote, el qual aunque eſtaua debaxo del cabrero, harto contra ſu voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo: Hermano demonio, que no es poſsible que dexes de ſerlo, pues has tenido valor, y fuerças para ſugetar las mias, ruegote que hagamos treguas, no mas de por vna hora; porque el doloroſo ſon de aquella trompeta que a nueſtros oydos llega, me parece, que à alguna nueua auentura me llama. El cabrero que ya eſtaua canſado de moler, y ſer molido, le dexô luego, y don Quixote ſe puſo en pie, boluiendo aſsi miſmo el roſtro adonde el ſon ſe oia, y vio a deshora que por vn recueſto baxauan muchos hombres veſtidos de blanco, a modo de diciplinantes. Era el caſo, que aquel año auian las nubes negado ſu rozio a la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca ſe hazian proceſsiones, rogatiuas, y diciplinas, pidiendo a Dios abrieſſe las manos de ſu miſericordia, y les llouieſſe: y para eſte efeto la gente de vna aldea que alli junto eſtaua venia en proceſsion a vna deuota ermita, que en vn recueſto de aquel valle auia. Don Quixote que vio los eſtraños trages de los diciplinantes, ſin paſſarle por la memoria las muchas vezes que los auia de auer viſto, ſe imaginò que era

era cosa de auentura, y que a el solo tocaua, como a cauallero andante, el acometerla: y confirmole mas esta imaginacion pensar, que vna imagen que traian cubierta de luto, fuesse alguna principal señora que lleuauan por fuerça aquellos follones, y descomedidos Malandrines, y como esto le cayò en las mientes, con gran ligereza arremetio a Rozinante, que paciendo andaúa, quitandole del arçon el freno, y el adarga, y en vn punto le enfrenô, y pidiendo a Sancho su espada subio sobre Rozinante, y embraçô su adarga, y dixo en alta voz a todos los que presentes estauan: Aora valerosa compañia veredes quanto importa que aya en el mundo caualleros que professen la orden de la andante caualleria: aora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora que alli va cautiua, si se han de estimar los caualleros andantes: y en diziendo esto, apretò los muslos a Rozinante, porque espuelas no las tenia, y a todo galope, porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia, que jamas la diesse Rozinante, se fue a encontrar con los diciplinantes: bien que fueron el Cura, y el Canonigo, y barbero a detenerle, mas no les fue posible, ni menos le detuuieron las vozes que Sancho le daua, diziendo: A donde va señor dõ Quixote, q̃ demonios lleua en el pecho q̃ le incitan a yr contra nr̃a Fe Catolica. aduierta mal aya yo, que aquella es procession de diciplinantes, y que aquella Señora que lleuan, sobre la peana, es la imagen benditissima de la Virgen sin macilla: mire señor lo que haze, que por esta vez se puede dezir que no es lo que sabe. Fatigose en vano Sancho, porque su amo yua tan puesto en llegar a los ensauanados, y en librar a la Señora enlutada, q̃ no oyó palabra, y aunque la oyera no boluiera, si el Rey se lo mã dara. Llegò pues a la procession, y parô a Rozinante que ya lleuaua desseo de quietarse vn poco, y con turbada, y

ronca voz dixo: Vosotros, que quiza por no ser buenos os encubris los rostros, atended, y escuchad lo que deziros quiero. Los primeros que se detuuieron fueron los que la imagen lleuauan, y vno de los quatro clerigos que cantauan las Ledanias viendo la estraña catadura de don Quixote, la flaqueza de Rozinante, y otras circunstancias de risa que notò, y descubrio en don Quixote, le respondio diziẽdo: Señor hermano, si nos quiere dezir algo, digalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon q nos detengamos a oyr cosa alguna, si ya no es tan breue q̃ en dos palabras se diga. En vna lo dirè, replicò don Quixote, y es esta, que luego al pũto dexeys libre a essa hermosa señora, cuyas lagrimas, y triste semblante dan claras muestras q̃ la lleuays contra su voluntad, y q̃ algun notorio desaguisado le auedes fecho, y yo que naci en el mundo para desfazer semejantes agrauios, no consentirè, q̃ vn solo passo adelante passe, sin darle la desseada libertad q̃ merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron, que dõ Quixote deuia de ser algun hombre loco, y tomaronse a reyr muy de gana, cuya risa fue poner poluora à la colera de don Quixote, porque sin dezir mas palabra sacãdo la espada arremetio a las andas: vno de aquellos que las lleuauan dexando la carga á sus compañeros salio al encuentro de don Quixote enarbolando vna horquilla, ô baston con que sustentaua las andas en tanto que descansaua y recibiendo en ella vna gran cuchillada que le tirô don Quixote, con que se la hizo dos partes, con el vltimo tercio que le quedò en la mano dio tal golpe a don Quixote encima de vn ombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerça, que el pobre don Quixote vino al suelo muy mal parado. Sancho Pança q̃ jadeando le yua á los alcances, viendole caydo, dio vozes a su moledor, que

que no le diesse otro palo, porque era vn pobre cauallero encantado, que no auia hecho mal a nadie en todos los dias de su vida. mas lo que detuuo al villano, no fueron las vozes de Sancho, sino el ver que don Quixote no bullia pie, ni mano, y assi creyendo que le auia muerto, con priessa se alçó la tunica à la cinta, y dio a huyr por la campaña, como vn gamo: ya en esto llegaron todos los de la compañia de don Quixote a donde el estaua, y mas los de la procession que los vieron venir corriendo, y con ellos los quadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal sucesso, y hizieronse todos vn remolino al rededor de la imagen, y alçados los capirotes empuñando las diciplinas, y los clerigos los ciriales, esperauan el assalto, con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiessen a sus acometedores: pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaua, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haziendo sobre el el mas doloroso, y risueño llanto del mundo creyendo que estaua muerto. El Cura fue conocido de otro Cura que en la procession venia, cuyo conocimiẽto puso en sossiego el concebido temor de los dos esquadrones: el primer Cura dio al segundo en dos razones cuenta de quien era don Quixote, y assi el como toda la turba de los diciplinantes fueron a ver si estaua muerto el pobre cauallero, y oyeron que Sancho Pança con lagrimas en los ojos dezia: O flor de la caualleria, que con solo vn garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años. O honra de tu linage, honor, y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el qual faltando tu en el, quedarà lleno de mal hechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorias. O liberal sobre todos los Alexandros, pues por solos ocho meses de seruicio me tenias dada la mejor insula que el mar ciñe, y rodea. O humilde con los soberuios, y arrogante

con

t con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrẽtas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, açote de los malos, enemigo de los ruynes: en fin cauallero andante, que es todo lo q̃ dezirse puede. Con las vozes, y gemidos de Sancho, reuiuio don Quixote, y la primer palabra que dixo fue: El que de vos viue ausente dulcissima Dulcinea, a mayores miserias que estas està sugeto, ayudame Sancho amigo a ponerme sobre el carro encãtado, que no estoy para oprimir la silla de Rozinãte, porque tengo todo este ombro hecho pedaços. Esso harè yo de muy buena gana, señor mio, respondio Sancho, y boluamos a mi aldea en copañia destos señores que su bien dessean, y alli daremos orden de hazer otra salida, q̃ nos sea de mas prouecho, y fama. Bien dizes Sancho, respõdio don Quixote, y serà gran prudencia dexar passar el mal influxo de las estrellas que aora corre. El Canonigo, y el Cura, y barbero, le dixeron que haria muy biẽ en hazer lo que dezia, y assi auiẽdo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Pança, pusieron a don Quixote en el carro, como antes venia. La procession, boluio a ordenarse, y a proseguir su camino. El cabrero se despidio de todos: los quadrilleros no quisieron passar adelante, y el Cura les pagò lo que se les deuia: el Canonigo pidio al Cura le auisasse el sucesso de don Quixote, si sanaua de su locura, ò si proseguia en ella: y con esto tomò licencia para seguir su viage: en fin todos se diuidierõ, y apartarõ, quedando solos el Cura, y barbero, don Quixote, y Pãça, y el bueno de Rozinante, q̃ a todo lo q̃ auia visto estaua cõ tanta paciẽcia, como su amo. El boyero vnzio sus bueyes, y acomodo a dõ Quixote sobre vn haz de heno, y con su acostũbrada flema siguio el camino q̃ el Cura quiso, y a cabo de seys dias llegaron a la aldea de don Quixote, adode entrarõ en la mitad del dia q̃ acerto a ser Domingo, y la gente estaua toda en la plaça, por mi

tad de la qual atrauefsò el carro de dõ Quixote. Acudie rõ todos a ver lo q̃ en el carro venia, y quando conocieron a fu cõpatrioto, quedaron marauillados, y vn muchacho acudio corriendo a dar las nueuas a fu ama, y a fu fobrina, de que fu tio, y fu feñor venia flaco, y amarillo, y tẽdido fobre vn montõ de heno, y fobre vn carro de bueyes. Cofa de laftima fue oyr los gritos q̃ las dos buenas feñoras alçaron, las bofetadas que fe dierõ, las maldiciones q̃ de nueuo echaron a los malditos libros de caualle rias, todo lo qual fe renouô quando vieron entrar a don Quixote por fus puertas. A las nueuas defta venida de dõ Quixote, acudio la muger de Sancho Pança, q̃ ya auia fabido q̃ auia ydo con el, firuiendole de efcudero, y afsi como vio a Sancho lo primero q̃ le preguntó fue que fi venia bueno el afno? Sancho refpondio, q̃ venia mejor q̃ fu amo. Gracias fean dadas a Dios, replicô ella, q̃ tanto bien me ha hecho: pero contadme aora amigo que bien aueys facado de vueftras efcuderias? que faboyana me traeys a mi? que çapaticos à vueftros hijos? No traygo nada deffo, dixo Sancho, muger mia, aunq̃ traygo otras cofas de mas momento, y confideraciõ. Deffo recibo yo mucho gufto, refpõdio la muger: moftradme effas cofas de mas confideracion, y mas momento, amigo mio, q̃ las quiero ver para que fe me alegre efte coraçon, q̃ tan trifte, y defcontẽto ha eftado en todos los figlos de vueftra aufencia? En cafa os las moftrarê muger, dixo Pança, y por aora eftad contenta, que fiendo Dios feruido de que otra vez falgamos en viage, a bufcar auenturas, vos me vereys prefto Conde, ó Gouernador de vna Infula, y no de las de por ai, fino la mejor que pueda hallarfe. Quieralo afsi el cielo, marido mio, que bien lo auemos menefter. Mas dezidme, que es effo de Infulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del afno, refpondio Sancho, a fu tiempo lo veras muger, y aun te admiraras

de oyr-

de oyrte llamar señoria de todos tus vassallos. Que es lo que dezis Sancho, de señorias, Insulas, y vassallos? respõdio Iuana Pança, q̃ assi se llamaua la muger de Sancho, aunq̃ no eran parientes, sino porque se vsa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos. No te acucies Iuana por saber todo esto tã apriessa, basta q̃ te digo verdad, y cose la boca. Solo te sabre dezir assi de passo, q̃ no ay cosa mas gustosa en el mundo q̃ ser vn hõbre honrado escudero de vn cauallero andãte, buscador de auẽturas. Biẽ es verdad, que las mas q̃ se hallan, no salen tan a gusto como el hõbre querria, porq̃ de ciẽto que se encuentran, las nouenta, y nueue suelen salir auiessas, y torcidas. Selo yo de experiencia, porq̃ de algunas he salido manteado, y de otras molido. Pero con todo esso es linda cosa esperar los sucessos, atrauessando mõtes, escudriñando seluas, pisando peñas, visitando castillos, aloxando en ventas, a toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el marauedi. Todas estas platicas passaron entre Sancho Pança, y Iuana Pança su muger, en tanto que el ama, y sobrina de don Quixote, le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirauala el con ojos atrauessados, y no acabaua de entender en q̃ parte estaua. El Cura encargó a la sobrina, tuuiesse gran cuenta con regalar a su tio, y que estuuiessen alerta, de que otra vez no se les escapasse, contando lo que auia sido menester para traelle a su casa. Aqui alçaron los dos de nueuo los gritos al cielo, alli se renouaron las maldiciones de los libros de cauallerias, alli pidieron al cielo, que confundiesse en el centro del abismo a los autores de tantas mentiras, y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas, y temerosas de que se auian de ver sin su amo, y tio, en el mismo pũto que tuuiesse alguna mejoria: y si fue, como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad, y diligencia,

ha buſcado los hechos que don Quixote hizo en ſu tercera ſalida, no ha podido hallar noticia de ellas, alomenos por eſcrituras autenticas, ſolo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que don Quixote, la tercera vez q̃ ſalio de ſu caſa, fue a Çaragoça, donde ſe hallò en vnas famoſas juſtas, q̃ en aquella ciudad ſe hizierõ, y alli le paſſaron coſas dignas de ſu valor, y buẽ entendimiẽto. Ni de ſu fin, y acabamiento pudo alcãçar coſa alguna, ni la alcãçara, ni ſupiera, ſi la buena ſuerte no le deparara vn antiguo medico, q̃ tenia en ſu poder vna caxa de plomo, que ſegun el dixo, ſe auia hallado en los cimientos derribados de vna antigua ermita, q̃ ſe renouaua. En la qual caxa, ſe auian hallado vnos pergaminos eſcritos cõ letras Goticas, pero en verſos Caſtellanos, que contenian muchas de ſus hazañas, y dauan noticia de la hermoſura de Dulcinea del Toboſo, de la figura de Rozinãte, de la fidelidad de Sancho Pança, y de la ſepultura del miſmo dõ Quixote, con diferentes epitafios, y elogios de ſu vida, y coſtumbres. Y los que ſe pudierõ leer, y ſacar en limpio, fuerõ los que aqui pone el fidedigno autor deſta nueua, y jamas viſta hiſtoria. El qual autor no pide a los que la leyeren, en premio del inmẽſo trabajo, q̃ le coſtò inquirir, y buſcar todos los archiuos Manchegos, por ſacarla à luz: ſino que le den el miſmo credito que ſuelẽ dar los diſcretos a los libros de cauallerias, que tan validos andan en el mundo, que con eſto ſe tendrà por bien pagado, y ſatisfecho. Y ſe animarà a ſacar, y buſcar otras, ſino tan verdaderas, alomenos de tanta inuencion, y paſſatiẽpo. Las palabras primeras que eſtauan eſcritas en el pergamino que ſe hallò en la caxa de plomo, eran eſtas.

Los Academicos de la Argamaſilla, lugar de la Manche en vida, y muerte del valeroſo don Quixote de la Mancha, hoc ſcripſerunt.

El Monicongo Academico, de la Argamasilla, à la sepultura de don Quixote.

EPITAFIO.

EL caluatrueno, que adornò a la Mancha,
De mas despojos que Iason de Creta,
El juyzio que tuuo la veleta,
Aguda donde fuera mejor ancha.
El braço que su fuerça tanto ensancha,
Que llego del Catay, hasta Gaeta,
La Musa mas horrenda y mas discreta,
Que grauo versos en broncinea plancha.
El que a cola dexò los Amadises,
Y en muy poquito a Galaores tuuo,
Estribando en su amor, y bizarria.
El que hizo callar los Belianises,
Aquel que en Rozinante errando anduuo,
Yaze debaxo desta losa fria.

Del paniaguado Academico, de la Argamasilla, in laudem Dulcineæ del Toboso,

SONETO.

ESta que veys de rostro amondongado,
Alta de pechos, y ademan brioso,
Es Dulcinea Reyna del Toboso,
De quien fue el gran Quixote aficionado.

Pisò por ella el vno, y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el Eruolo
Llano de Aranjuez, apie, y cansado.
(Culpa de Rozinante.) O dura estrella,
Que esta Manchega dama, y este inuito
Andante cauallero, en tiernos años.
Ella dexò muriendo de ser bella,
Y el aunque queda en marmoles escrito,
No pudo huyr de amor, iras, y engaños.

Del Caprichoso, discretissimo Academico, de la Argamasilla en loor de Rozinante, cauallo de don Quixote de la Mancha.

SONETO.

EN el soberuio tronco diamantino.
Que con sangrientas plantas huella Marte,
(Fren tico) el Manchego su estandarte
Tremola con esfuerço peregrino.
Cuelga las armas, y el azero fino,
Con que destroça, assuela, raja, y parte,
(Nueuas proezas) pero inuenta el arte
Vn nueuo estilo al nueuo Paladino.

Y ſi de ſu Amadis ſe precia Caula,
Por cuyos brauos deſcendientes Grecia,
Triunfo mil vezes, y ſu fama enſancha.
Oy à Quixote le corona el Aula.
De Belona preſide, y del ſe precia,
Mas que Grecia, ni Caula la alta Mancha.
Nunca ſus glorias el oluido mancha,
Pues haſta Rozinante en ſer gallardo,
Excede a Brilladoro, y a Bayardo.

Del Burlador Academico Argamaſillesco, a Sancho Pança.

SONETO.

SAncho Pança es aqueſte en cuerpo chico,
Pero grande en valor, milagro eſtraño,
Eſcudero el mas ſimple, y ſin engaño,
Que tuuo el mundo, os juro, y certifico,
De ſer Conde no eſtuuo en vn tantico,
Sino ſe conjuraran en ſu daño,
Inſolencias, y agrauios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan a vn borrico.
Sobre el anduuo, con perdon ſe miente,
Eſte manſo eſcudero, tras el manſo
Cauallo Rozinante, y tras ſu dueño.
O vanas eſperanças de la gente,
Como paſſays con prometer deſcanſo,
Y al fin parays en ſombra, en humo, en ſueño.

Del Cachidiablo Academico, de la Argamaſilla, en la ſepultura de don Quixote.

EPITAFIO.

AQui yaze el cauallero
Bien molido, y mal andante,
A quien lleuó Rozinante
Por vno, y otro ſendero.
Sancho Pança el majadero,
Yaze tambien junto a el,
Eſcudero el mas fiel,
Que vio el trato de eſcudero.

Del Tiquitoc Academico, de la Argamaſilla, en la ſepultura de Dulcinea del Toboſo.

EPITAFIO.

REpoſa aquì Dulcinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La boluio en poluo, y ceniza,
La muerte eſpantable, y fea.
Fue de caſtiza ralea,
Y tuuo aſſomos de dama,
Del gran Quixote fue llama,
Y fue gloria de ſu aldea:

Estos fueron los versos que se pudieron leer, los demas por estar carcomida la letra, se entregaron a vn Academico, para que por congeturas los declarasse. Tienese noticia que lo ha hecho, a costa de muchas vigilias, y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos a luz, con esperança de la tercera salida de don Quixote.

(.?.)

Forsi altro canterà con miglior plectro.

FINIS.



TABLA DE LOS Capitulos que contiene esta famosa Historia del valeroso cauallero don Quixote de la Mancha.

Primera parte del ingenioso don Quixote de la Mancha.

Segunda parte, del ingenioso don Quixote de la Mancha.

Tercera parte del ingenioso don Quixote de la Mancha.

Capi-

Quarta parte de la hiſtoria del ingenioſo Hidalgo don Quixote de la Mancha.

TABLA.

dio

cabrero

Fin de la Tabla.

